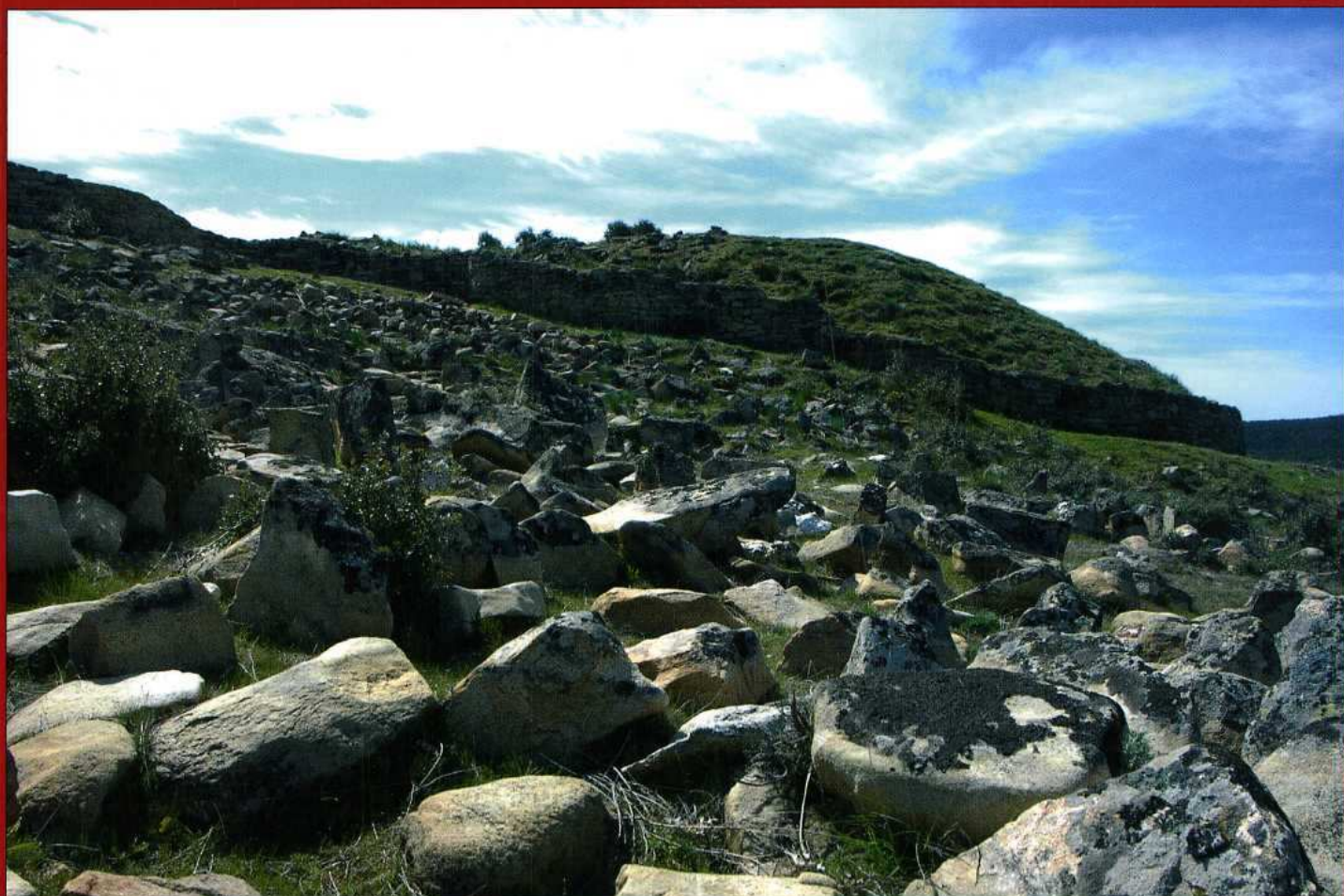


**LUIS BERROCAL-RANGEL  
PIERRE MORET (EDS.)**

# **PAISAJES FORTIFICADOS DE LA EDAD DEL HIERRO**

**LAS MURALLAS PROTOHISTÓRICAS  
DE LA MESETA Y LA VERTIENTE ATLÁNTICA  
EN SU CONTEXTO EUROPEO**



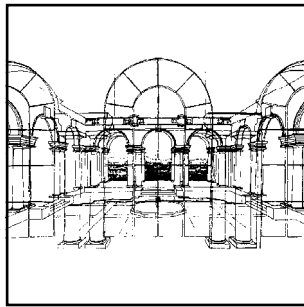
**REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA  
CASA DE VELÁZQUEZ**







**PAISAJES FORTIFICADOS DE LA EDAD DEL HIERRO**  
**LAS MURALLAS PROTOHISTÓRICAS DE LA MESETA**  
**Y LA VERTIENTE ATLÁNTICA EN SU CONTEXTO EUROPEO**



## CASA DE VELÁZQUEZ

PAISAJES fortificados de la Edad del Hierro : las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo. Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Octubre de 2006) / por Luis Berrocal-Rangel y Pierre Moret, eds. — Madrid : Real Academia de la Historia, 2007. — 356 p. : il. ; 30 cm. — (Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia ; Bibliotheca Archaeologica Hispana ; 28).

D. L. M. 40.815-2007.

1. FORTIFICACIONES — España — S.X-I a.C.
  2. LA TENE (Europa occidental).
- I. Berrocal-Rangel, Luis. II. Moret, Pierre. III. Real Academia de la Historia, ed. IV. Título. V. Serie.

Esta obra forma parte del Programa de colaboración de la REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA con las Fundaciones «BANCO BILBAO VIZCAYA ARGENTARIA», «RAMÓN ARECES», «CAJA MADRID», «TELEFÓNICA», «RAFAEL DEL PINO», «ALSTOM», «DELOITTE» y «MAPFRE»

Fundación **BBVA**



Fundación  
*Ramón*  
*Areces*



*Telefónica*



**ALSTOM Deloitte.**



*Portada:* Campo de piedras hincadas, muralla y puerta de Las Cogotas, Ávila (Fotografía: Luis Berrocal).

© LOS AUTORES

© REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA  
I.S.B.N.: 978-84-95983-91-6

© CASA DE VELÁZQUEZ  
I.S.B.N.: 978-84-96820-10-4

Depósito Legal: M. 40.815 - 2007

Fotocomposición e impresión:

TARAVILLA • Mesón de Paños, 6. 28013 Madrid

E-mail: taravilla@telefonica.net

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 28

# PAISAJES FORTIFICADOS DE LA EDAD DEL HIERRO

LAS MURALLAS PROTOHISTÓRICAS DE LA MESETA  
Y LA VERTIENTE ATLÁNTICA EN SU CONTEXTO EUROPEO

*Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Octubre de 2006)*

*por*

LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET, EDS.

*con las colaboraciones de*

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, JESÚS ÁLVAREZ SANCHÍS, MARÍA AGUADO, MARÍA AZCONA,  
RAQUEL CASTELO RUANO, JUAN BLÁNQUEZ PÉREZ, GERMÁN ESTEBAN, STEPHAN FICHTI,  
SOPHIE KRAUSZ, ALBERTO J. LORRIO ALVARADO, SALVADOR MELGUIZO, FERNANDO PRADOS  
MARTÍNEZ, FERNANDO QUESADA SANZ, IAN RALSTON, ARMANDO COELHO FERREIRA DA SILVA,  
ANTÓNIO CARLOS SOUSA SILVA, MARIANO TORRES, ÁNGEL VILLA VALDÉS, MAR ZARZALEJOS PRIETO



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA  
CASA DE VELÁZQUEZ

MADRID, 2007

**REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA  
COMISIÓN DE ANTIGÜEDADES**

*Presidente:* Excmo. Sr. D. FERNANDO CHUECA GOITIA  
*Vocales:* Excmos. Sres. D. JOSÉ M.ª BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, D. JOSÉ M. PITA ANDRADE  
y D. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA

**PUBLICACIONES  
DEL  
GABINETE DE ANTIGÜEDADES**

**BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 28**

**CONSEJO CIENTÍFICO**

*Presidente:*

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, de la Real Academia de la Historia

*Secretario y editor:*

Prof. Dr. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, Académico Anticuaria de la Real Academia de la Historia

*Vocales:*

Prof. Dr. JUAN MANUEL ABASCAL PALAZÓN, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alicante

Dr. D. JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ MARTÍNEZ, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

Dr. MIGUEL BELTRÁN LLORIS, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo de Zaragoza

Prof. Dr. MANUEL BENDALA GALÁN, Catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid

Prof. Dr. GERMÁN DELIBES DE CASTRO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Valladolid

Prof. Dr. GUILLERMO FATÁS CABEZA, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza

Prof. Dr. FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza

Prof. Dr. LUIS GARCÍA MORENO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá de Henares

Prof. Dr. MAURO HERNÁNDEZ, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Alicante

Prof. Dr. MARC MAIER, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Lengua Latina de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. JOSÉ REMESAL, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. GONZALO RUIZ ZAPATERO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid

Dr. D. MANUEL SANTONJA, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares

Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto "Las fortificaciones prerromanas de la Península Ibérica. Estudio e inventario de las defensas protohistóricas de la Meseta y la Vertiente Atlántica (Ss. VIII-I A.C.)", BHA2003/02199 del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica del Ministerio de Ciencia y Tecnología de España.

# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN .....	11
por LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET	
PRIMERA PARTE: ESTUDIOS GENERALES	
LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET	
<i>Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania céltica: Cuestiones a debate</i> .....	15
MARTÍN ALMAGRO-GORBEA y MARIANO TORRES	
<i>Las fortificaciones tartésicas en el Suroeste peninsular</i> .....	35
FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ y JUAN JOSÉ BLÁNQUEZ PÉREZ	
<i>Las fortificaciones coloniales en la Península Ibérica: De los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos</i> .....	57
FERNANDO QUESADA SANZ	
<i>Asedio, sitio, asalto,... aspectos prácticos de la Poliorcética en la Iberia prerromana</i> .....	75
ARMANDO COELHO FERREIRA DA SILVA	
<i>A evolução do sistema defensivo castrejo no Noroeste peninsular</i> .....	99
IAN RALSTON	
<i>Celtic Fortifications in the British Isles</i> .....	113
SOPHIE KRAUSZ	
<i>Les remparts celtiques du Centre de la France</i> .....	135
STEPHAN FICHTL	
<i>Architectures des remparts celtiques de la Tène Finale dans l'Est de la Gaule</i> .....	149
SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS ESPECÍFICOS	
LUIS BERROCAL-RANGEL y ANTÓNIO CARLOS SOUSA SILVA	
<i>O castro dos Ratinhos (Moura - Alqueva, Portugal): Um complexo defensivo no Bronze Final do Sudoeste peninsular</i> .....	169
ÁNGEL VILLA VALDÉS	
<i>El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias proto-histórica</i> .....	191
ALBERTO JOSÉ LORRIO ALVARADO	
<i>El Molón (Camporrobles, Valencia) y su territorio: Fortificaciones y paisaje fortificado de un espacio de frontera</i> .....	213



	<u>Páginas</u>
JESÚS ÁLVAREZ SANCHÍS <i>El poblado fortificado de la Mesa de Miranda y su relación con el poblamiento prerromano del Valle del Amblés (Ávila)</i> .....	237
LUIS BERROCAL-RANGEL <i>El poblado fortificado de El Castrejón de Capote y su paisaje: La fortificación de lo Sagrado</i> .....	255
MAR ZARZALEJOS PRIETO y GERMÁN ESTEBAN <i>La secuencia defensiva prerromana de La Bienvenida-Sisapo (Almodóvar del Campo, Ciudad Real). Los trabajos en el flanco meridional de la fortificación</i> .....	281
SALVADOR MELGUIZO y PIERRE MORET <i>Las fortificaciones del Bajo Aragón entre los siglos III y I a.C.: Un estilo regional</i> .....	306
RAQUEL CASTELO RUANO, MARÍA ACONA y MARÍA AGUADO <i>Fortalezas convertidas en museos. Análisis de las estrategias de difusión y gestión del patrimonio fortificado en la Península Ibérica</i> .....	325

*A María Rosario Lucas Pellicer (1939-2004),  
quien inició con nosotros esta singladura y, desde su  
eterno magisterio, comanda la llegada a buen puerto.*

El Equipo de Investigación "Las fortificaciones prerromanas".



# PRESENTACIÓN

*Entre los procesos históricos que propiciaron el nacimiento de la ciudad en el Occidente europeo, la necesidad de las comunidades protohistóricas de garantizar la estabilidad social y territorial favoreció la participación organizada y vinculada en la realización de grandes construcciones colectivas. Si, en los primeros momentos, éstas fueron de naturaleza eminentemente religiosa, como los megalitos, a lo largo del Primer milenio a.C., las comunidades pre-estatales volcaron sus energías y conocimientos en la edificación de murallas, fosos y otras defensas que delimitaban el espacio habitado.*

*Las murallas se configuraron, así, en las mayores obras emprendidas por los primeros europeos hasta el momento, acaparando, con ello, sus conocimientos estratégicos, habilidades técnicas y valores simbólicos, sociales y religiosos, que permiten considerarlas como lo que han sido hasta hace escasas generaciones, los verdaderos “rostros pétreos” de las comunidades.*

*La importancia social e histórica de estas primeras murallas en el nacimiento de la ciudad, ésta como emblema de la comunidad estatal, es bien conocida en la Europa protohistórica y en la España mediterránea, o “ibera”. Por el contrario, en las comarcas peninsulares del Interior y de la Vertiente atlántica, se constataba una carencia de estudios paralelos que recopilasen y analizasen los conocimientos e interpretaciones sobre sus construcciones defensivas de Época protohistórica.*

*Como respuesta a esta carencia, el lector tiene entre sus manos las actas de un coloquio celebrado en la Casa de Velázquez durante el mes de Octubre de 2006.*

*No se ha pretendido que éstas sean un compendio de aportaciones, más o menos relevantes, sobre el tema tratado, como a menudo sucede en la Investigación arqueológica e histórica en general. Por el contrario, los organizadores de este Coloquio han procurado abordar el tema con una concepción metodológica integrada y encaminada a la resolución de problemas conjuntos que supongan un avance notable en nuestro grado de comprensión y conocimientos sobre el hecho social, técnico y cultural que supuso la generalización del poblamiento amurallado.*

*Del mayor o menor grado del éxito alcanzado en este objetivo, las investigaciones venideras juzgarán, pero, por el momento presente, el lector cuenta ya con un trabajo que es fruto de un proyecto conjunto, en el que participaron desde su inicio un grupo cohesionado de especialistas en la Arqueología protohistórica peninsular y en el que se ha sumado, al final, otro mayor de investigadores venidos de otros territorios europeos y peninsulares, con el fin de enriquecer los diferentes enfoques, análisis y conclusiones.*

*El proyecto de investigación inicial se gestó dentro del Plan General del Conocimiento de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia (Proyecto BHA2003-02199). En él participó, inicialmente, la catedrática de Prehistoria, profesora María Rosario Lucas Pellicer de la UAM quien, con su amplio curriculum y experiencia investigadora, fue una aportación funda-*

*mental a la hora de lograr la concesión del proyecto en 2003. Pero su inesperada partida final, a los pocos meses del inicio de éste, nos privó de su sabiduría y de la calidad de la aportación que se le había destinado, dedicada al estudio de los valores ideológicos y religiosos inherentes a la construcción y uso de las murallas. Los firmantes de estas páginas han intentado mantener su testigo en alto, integrándolo en la aportación generalista que abre esta obra, como la Dra. Castelo y su equipo han hecho, también, en la última, dedicada al estudio de los valores sociales y patrimoniales de estas construcciones desde el análisis de las diferentes políticas aplicadas por las administraciones autonómicas españolas. Hemos dedicado, de acuerdo con el resto del Equipo de investigación, estas actas a su memoria, con la intención de unir su nombre al último proyecto en el que participó y evitar, en la medida posible, su aparente ausencia.*

*Los profesores Álvarez-Sanchís (Universidad Complutense), Castelo (Universidad Autónoma de Madrid), Lorrio (Universidad de Alicante) y Zarzalejos (Universidad Nacional de Educación a Distancia) integraron, también, este grupo inicial, a los que vino a sumarse el Dr. Ángel Villa Valdés, miembro destacado del Servicio de Arqueología del Principado de Asturias y Director del Parque Arqueológico del Navia. Entre todos se abordaron estudios específicos, desde una metodología común de partida, sobre yacimientos paradigmáticos de la Protohistoria peninsular, con el fin de asentar un cuerpo de datos que permitiera futuros ensayos de síntesis y abriera nuevas líneas de investigación. Se abordaron, en profundidad, los estudios de las murallas y elementos defensivos de los poblados de Ratinhos (Moura, Portugal), Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), El Molón de Camporrobles (Valencia-Cuenca), La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila), El Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real) y Palermo-El Palao de Alcañiz (Teruel), abarcando así gran parte del ámbito territorial de estudio. Se procuró, además, ampliar estos estudios al entorno de los yacimientos, desde los accesos inmediatos hasta los contextos comarcales y regionales. Este enfoque territorial ampliado fue uno de los aspectos más importantes del proyecto, y por ello nos hemos atrevido a introducir en el título del coloquio la expresión “paisajes fortificados” que, aunque no sea rigurosamente exacta, expresa como metáfora el objetivo que nos habíamos fijado.*

*De igual forma se acudió a la participación de un nutrido grupo de investigadores españoles y europeos que aportaron síntesis comparativas de los ámbitos geográficos y culturales vecinos al nuestro de estudio, el territorio atlántico y meseteño de la Península. A. C. Ferreira da Silva (U. Porto), S. Fichl (U. Tours), S. Krausz (U. Bordeaux III), I. Ralston (U. Edinburg) y A. C. Sousa Silva (Instituto Portugués do Património Arquitectónico), junto con M. Almagro-Gorbea y M. Torres (U. Complutense), J. Blánquez, F. Prados y F. Quesada (Universidad Autónoma), S. Melguizo, M. Aguado y M. Azcona enriquecieron las conclusiones de este Coloquio, celebrado en el marco del convenio para la colaboración docente e investigadora entre la Casa de Velázquez y la Universidad Autónoma de Madrid. Por último, la Real Academia de la Historia nos hizo el honor de acoger estas actas para su publicación dentro de la prestigiosa Bibliotheca Archaeologica Hispana, en coedición con la Casa de Velázquez.*

*Los editores queremos expresar, por último, nuestro particular agradecimiento tanto al Prof. Dr. Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón, Director de la Real Academia de la Historia, como al director de la Casa de Velázquez, Dr. Jean-Pierre Étienne, y Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológico del Ministerio de Ciencia y Tecnología de España, que han facilitado la realización de esta publicación.*

LUIS BERROCAL-RANGEL  
Universidad Autónoma de Madrid

PIERRE MORET  
Casa de Velázquez

**PRIMERA PARTE**  
**ESTUDIOS GENERALES**



# LAS FORTIFICACIONES PROTOHISTÓRICAS DE LA HISPANIA CÉLTICA. CUESTIONES A DEBATE

LUIS BERROCAL-RANGEL / PIERRE MORET

*Universidad Autónoma de Madrid / E.H.E.H. Casa de Velázquez*

## ABSTRACT

*Recent finds and researches on Iron Age walls of the Meseta and Atlantic part of Iberian Peninsula allow us to review the origins, development and relationships of protohistoric fortifications in Celtic Iberia. Taking into account different approaches of Celticity in the Iberian Peninsula as well as internal cultural processes, the authors address several issues such as chevaux-de-frise, vitrified walls and dry-stone walls with internal crosswalls or compartments, discussing possible Atlantic and Mediterranean relationships.*

## RESUMEN

*Recientes hallazgos y revisiones sobre las murallas protohistóricas de la Meseta y la Orla atlántica peninsular sirven de partida para una revisión de nuestros conocimientos sobre el origen, el desarrollo y la difusión de las técnicas y conocimientos aplicados a la fortificación del poblamiento en la Hispania céltica. Desde los diferentes enfoques interpretativos sobre la celticidad peninsular, siempre admitiendo su desarrollo cultural específico, los autores abordan temas a debate como las murallas vitrificadas peninsulares, los campos de piedras hincadas o las murallas de módulos y cajones, y a relación de éstas con las casamatas y otras aplicaciones técnicas de origen atlántico y mediterráneo.*

## 1. LA CELTICIDAD PENINSULAR, CLAVE DEL CONOCIMIENTO PROTOHISTÓRICO

A inicios del siglo XXI, pasados quince años del magno acontecimiento cultural que supuso la muestra *I Celti. A prima Europa* celebrada en Venecia (Moscati, 1991), que pretendía comprender el celtismo peninsular desde ópticas cercanas a las centroeuropeas, nuestros conocimientos sobre la Protohistoria de la Península Ibérica siguen adoleciendo de las principales dudas que nacieron entonces de la confrontación entre el arte y la cultura material de los celtas de la Península y las del mundo hallstático o lateniense.

Las defensas de las poblaciones protohistóricas de la Hispania céltica —murallas, fosos, torres, piedras hincadas, etc.— no son ajenas a esta problemática y a estas dudas. Plantean cuestiones de muy difícil resolución, como por ejemplo la del origen y difusión de las barreras de piedras hincadas («chevaux-de-frise»), cuyos paralelos en Centroeuropa son demasiado escasos como para mantener el paradigmático papel

de fósil celtizador que se les adjudicaba (Alonso *et al.* 2003). Igual planteamiento parece deducirse de algunos ejemplos septentrionales de murallas de piedra y madera, excavados de antiguo y sin datos que permitan comparar sus resultados (Moret 1991: 14 ss.). E incluso soluciones tan «atlánticas» como las murallas de módulos astures, por ser supuestas innovaciones de estos pueblos indígenas, han sido re-interpretadas como derivación extrema de las murallas de cajones mediterráneas, ampliamente dispersas por el Sur y el Centro de la Península (Camino Mayor, 2000).

Como respuestas a tales dudas se han potenciado las interpretaciones autoctonistas, que valoran especialmente las capacidades innovadoras de las poblaciones del Interior peninsular (los *chevaux de frise* serían soluciones propias de pueblos con abundancia de piedra en sus entornos, como aquellos en los que proliferan en la Península: Alonso *et alii*, 2003). De igual forma se apoyan interpretaciones a *longue durée* (la celticidad peninsular es consecuencia de un largo proceso de aculturación y poblamiento desde el Calcolítico:



Almagro-Gorbea 1994-a y 2001), o difusionista, pero siempre de procedencia mediterránea (las murallas de cajones son préstamos fenicios o púnicos, ya presentes en época tartésica: Ruiz Mata *et alii*, 1998; Escacena y Fernández Troncoso, 2002; Rodero Olivares, 2005...), adjudicando los fenómenos de mayor dificultad interpretativa a una época avanzada y a la influencia de la presencia romana.

El problema estriba en la escasa consideración que se atribuye a las relaciones con el resto de la Europa Occidental, fuera de Portugal o Italia (Etruria, Campania...), escasez evidente si se compara con el papel omnipresente adjudicado a los fenicios. Y esto es especialmente claro cuando se comprende que, ni desde la óptica de las poblaciones prehistóricas ni desde la de los pueblos civilizados mediterráneos, los Pirineos fueron frontera de nada<sup>1</sup>. Pero a diferencia de las relaciones rastreables en la arqueología de civilizaciones estatales mediterráneas, las manifestaciones arqueológicas y epigráficas de los pueblos centroeuropeos conocidos como celtas son mucho menos explícitas y, sin duda por intereses extraños a la mera investigación histórica o por «ingenuidad» histórica, han sido mal interpretadas hasta la exageración tanto dentro como fuera de España (Hill, 1995; James, 1999; Collis, 2003).

En la actualidad, el carácter cultural y étnico de las poblaciones prerromanas del Interior peninsular, por contraposición con la naturaleza mediterránea compartida por iberos y otras culturas ribereñas del *Mare nostrum*, es incuestionable (Almagro-Gorbea, Mariné y Álvarez Sanchís, 2001; Jimeno, 2005; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005; Moret, 2004). Y su desarrollo autóctono, con elementos compartidos con Centroeuropa y con el Mediterráneo tampoco es cuestionado, aún siendo de comprensión difícil, más por el carácter complejo y poligénico de estas culturas que por la inexistencia de unos valores culturales asumidos con anterioridad.

Así la celticidad hispana se entronca en un proceso peninsular específico donde los fenómenos de convergencia con el resto de la Europa atlántica y alpina pueden explicarse, al menos parcialmente, por un trasfondo poblacional y lingüístico común. El profesor Almagro-Gorbea planteó hace años la celticidad peninsular como resultado de un proceso de «longue durée» (1992), a semejanza de lo planteado por Barry Raftery para Irlanda con su *Cumulative Celticity* (1973), pero con la gran ventaja que supone la existencia de testimonios históricos sobre los celtas hispanos en los escritores greco-latinos y de una documentación epigráfica en lengua céltica (Villar *et alii*, 2001; Koch, 1979), y basándose en la importancia cultural del complejo meseteño llamado «Cogotas I», hoy claramente adscrito al Bronce occidental europeo o Atlántico (Delibes y Montero, 1999).

Esta interpretación ha sido matizada posteriormente por su autor, y por otros investigadores (Almagro-Gorbea, 2001: 102; 110-111; Lorrio, 1997: 260; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005: 176), en el sentido de que el substrato protocelta no sería la explicación única del proceso, volviendo a valorizar una propuesta anterior que había focalizado el origen de los celtas peninsulares en la llegada de pueblos de Campos de Urnas por el Pirineo oriental (Ruiz Zapatero 1985), a pesar de los problemas metodológicos que conlleva esta propuesta.

En efecto, lo que se suele llamar Campos de Urnas es una construcción arqueológica, basada en datos heterogéneos, que tal vez deba más a la historiografía del siglo XX que a una realidad étnica concreta. Vamos desencaminados cuando, para explicar el aislamiento de los pueblos de lengua celta en el centro y oeste de la España prerromana, queremos preservar a toda costa la idea de un *continuum* étnico y lingüístico original, roto más tarde, por una razón u otra. Creemos, por el contrario, que una comunidad céltica (tribu, pueblo o fracción de pueblo) pudo perfectamente, en fechas y circunstancias desconocidas, hacer un largo camino por el sudoeste de Europa sin dejar el mínimo rastro de su paso antes de instalarse definitivamente en el interior de España, siempre, por supuesto, que el desplazamiento se hubiese producido en un espacio de tiempo relativamente corto (Moret 2004: 104; cf. Marco, 2004). Esta circunstancia puede explicar algunos de los rasgos y materiales (como el ritual de cremación con ajuar destruido, el gusto por las espadas de antenas, por fíbulas de caballito y de apéndices de botón, por cerámicas con decoraciones en relieve y con apliques plásticos...— fechados entre los siglos IX y V a. C.), que se han querido identificar como traídos por las gentes de «Campos de Urnas tardíos».

En cualquier caso, las hipótesis vigentes no dan respuesta completa a la complejidad cultural que encuentran los romanos al iniciar la Conquista de la Meseta y de los confines atlánticos peninsulares.

## 2. EL DESARROLLO PLURICULTURAL DE LA ARQUITECTURA DEFENSIVA HISPANOCELTA

Como sería de esperar, el resultado de este proceso poligénico es un crisol de culturas con parámetros claramente diferenciados, aún cuando comparten ciertos elementos de carácter social, ideológico y económicos, así como lingüístico que permiten considerarlas ambiguamente como «hispanoceltas» (Almagro-Gorbea, 2005; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005) – (Fig.: 1).

El viejo y multicultural trasfondo indoeuropeo del Calcolítico y la Edad del Bronce, básicamente de naturaleza indígena pero fuertemente condicionado por relaciones ancestrales con la Europa atlántica y alpina, deja su impronta en diferentes ámbitos y con di-

<sup>1</sup> Véanse por ejemplo las interesantes conclusiones aportadas por Marcotte (2006: 34).

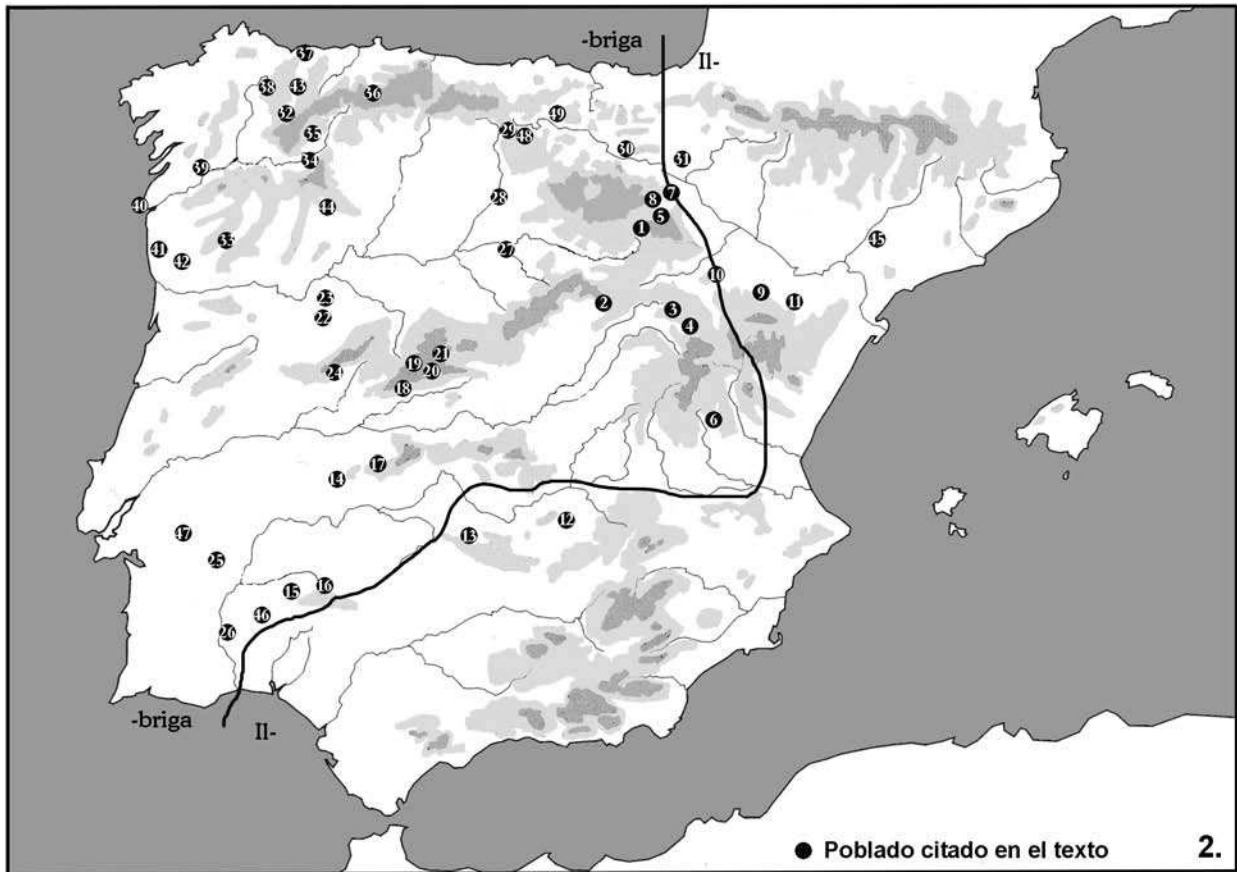


FIGURA 1.—1: Pueblos hispanoceltas y vecinos; 2: Principales poblados citados y frontera lingüística del Indoeuropeo según la dispersión -briga e Il- a partir de Untermann.

ferente intensidad en toda la Vertiente atlántica (Meseta incluida) de la Península, a veces alterado por diversas relaciones y presencias transpirenaicas y mediterráneas. Aunque su comprobación arqueológica es difícil y sigue siendo objeto de debate, las primeras tuvieron sin duda una gran importancia a lo largo del primer milenio a.C. Entre las segundas, la ruta tradicional del Occidente conocida como «Vía de la Plata» parece haber servido de camino interior durante toda la Prehistoria Reciente y, especialmente, durante la Edad del Hierro, sirviendo de cauce de expansión de las ideas y los materiales fenicios. Lógicamente no fue el único eje de relación mediterránea: los valles del Ebro, el Segura y el Vinalopó abrieron otras rutas trascendentes al Mediterráneo, cuyas consecuencias se observarán tanto en la gestación de la Cultura celtíbera en el valle del Ebro (Lorrio, 1997; Burillo, 1998), como en las poblaciones iberizadas de la Meseta Sur (Oretanos y Carpetanos, respectivamente: Benítez, Hevia y Esteban, 2004).

Lógicamente en territorios del Ebro, estas «influencias» mediterráneas serán más perceptibles dando lugar a desarrollos culturales indígenas de naturaleza especialmente mutable, llena de procesos de avance, posibles rupturas y desarrollos tecnológicos y sociales de entidad. Por el contrario, en las tierras más alejadas del Noroeste, la continuidad y la perduración de materiales y costumbres será la tónica dominante llegando incluso en la forma de Cultura Castreña a sobrevivir al Período romano en *Hispania* (Arias Vila, 2002). Por el contrario, las tierras del Duero, Tajo y Guadiana reflejan una mezcla desigual donde el trasfondo «atlántico» se ve alterado por la tradición orientalizante y por la expansión de la Cultura celtibérica al menos desde finales del siglo VI a.C. (Álvarez Sanchís, 2003: 27 ss). Mucho más clara es la llegada de pueblos meseteños al Suroeste peninsular, propiciando desde inicios del IV a.C., la formación y el desarrollo de un complejo cultural tan definido como los llamados Célticos del Guadiana y la Beturia (Berrocal-Rangel, 1992; 2005). Estos tres grandes ámbitos son afectados por unas características culturales específicas que tienen su correspondencia en el amplio substrato indoeuropeo confirmado desde la lingüística (Villar, 2000; Untermann, 2001) y vienen a representar el concepto albergado tras los términos «Hispania Céltica».

Este planteamiento tripartito y generalista fue propuesto por M. Almagro-Gorbea al sintetizar el «urbanismo» de la Hispania Céltica (1994), y nos sirve de marco de partida para nuestro ensayo de síntesis sobre sus fortificaciones, con la salvedad de que, por nuestra parte, preferimos distinguir cuatro grandes ámbitos culturales.

En ellos hemos enmarcado el estudio de las construcciones defensivas, planteando las principales cuestiones y dudas que han surgido en el desarrollo de nuestro proyecto.

De Este a Oeste, y de Sur a Norte, encontramos los siguientes ámbitos (Fig.: 1):

### 1. Los pueblos celtíberos y celtiberizados (Celtíberos, pelendones...):

En el Valle alto y medio del Ebro, y en el Alto Duero, los patrones constructivos heredados de las tradiciones de la Edad del Bronce se unifican progresivamente a partir del siglo IV a. C., primero con la generalización de la planta cuadrangular y, segundo, con la aparición de un «urbanismo» lineal de trama compleja que, siguiendo los patrones anteriores del Bajo Ebro, tiende a cubrir toda el área habitable mediante el desarrollo de casas adosadas a lo largo de calles más o menos longitudinales (tipo «numantino»). Los zócalos de mampostería, a veces con el uso de un aparejo «ciclópeo», sirven de base al desarrollo vertical de paredes de adobe y tapial, con una calidad técnica que, si bien no puede tildarse de extraordinaria, demuestra el conocimiento y el uso del sillar en los casos que se consideran necesarios o convenientes (Lorrio, 1997: 79 ss).

Este desarrollo, magníficamente sintetizado por F. Burillo (1998), tiene su contrapartida en la relativamente rápida dispersión de fortificaciones que podríamos denominar, por planimetría y recursos conceptuales, como «complejas». Esto, además, se refuerza cuando se comparan con los primeros poblados amurallados del Hierro Antiguo, meras superficies cercadas por anchos muros de mampostería sin otros recursos que la adición exterior de paramentos múltiples y bastiones, y, en algunos casos, la presencia de masivos «chevaux de frise» como se observa en los castros sorianos estudiados por F. Romero (2003) – (Fig.: 1.2, nº 1, 2). Se comprende así que durante el siglo V a. C. surjan, en las vías de contacto con el Mediterráneo, poblados definidos con murallas cuyas plantas reflejan la existencia de verdaderos bastiones, posibles torres e incluso sencillos trazados en cremallera propios de una poliorcética extraña a los precedentes del Hierro Antiguo. Por ejemplo, los casos de La Coronilla y El Ceremeño (Guadalajara: Cerdeño y Martín 1995, Cerdeño 2005) tienen su proyección en la impresionante fortaleza de El Molón de Camporrobles, construida a partir de finales del siglo V a. C. (Cuenca-Valencia), con su acceso defendido por una puerta-torre y foso intermedio, y con el camino de carros protegido por una muralla de paramento ciclópeo (Lorrio, 2001 y *vide infra* en este volumen) – (Fig.: 1.2, nº 3, 4 y 5). Posteriormente, a lo largo de los siglos IV a II a. C., los poblados celtibéricos crecen en superficie y en complejidad defensiva, extendiéndose el desarrollo de grandes murallas protegidas por imponentes fosos como el de Inestrillas (La Rioja: Hernández Vera, 2005: 133) o por bastiones y requiebros en las puertas, como en Castilmonlán (Soria: Arlegui, 1992). Y, posiblemente, por torres como la reconocida en San Pedro de Oliete (Vicente *et alii*, 1985: 71-72, fig.: 4, lám.: I) – (Fig.: 1.2, nº 7-9).

Parece que es, ésta, la fase de mayor pujanza de las fortificaciones celtíberas, época en la que se expandirán hasta confines muy alejados, de los que quizá sean ejemplo las murallas de Villasviejas del Tamuja (Cáceres: Hernández Hernández *et alii*, 1989; Martín Bravo, 1999: 196-199) y del Castrejón de Capote (Berrocal-Rangel, 1994; *vide infra* en este mismo volumen), ambos poblados en la Extremadura española e históricamente relacionados con los Celtíberos. Murallas con cortinas de cajones, fosos frente a las entradas, bastiones cuadrangulares y posiblemente torres definirían una poliorcética celtibérica tardía con cierta complejidad y calidad constructiva, capaz, en algunos lienzos del siglo II a. C., de disponer de muros con magníficos sillares perfectamente escuadrados, como los de Segeda II (Zaragoza: Burillo, 2003) – (Fig.: 1.2, nº 10 y 11). Son ejemplos que demuestran una clara habilidad edilicia capaz de rivalizar con los mejores albañiles del Mediterráneo contemporáneo.

Y lógicamente más al Sur, en ámbitos que ya no pueden considerarse celtiberizados aunque dentro de la Vertiente atlántica peninsular lingüísticamente indoeuropea, esta influencia mediterránea se traduce en una verdadera presencia de sus constructores, cuya huella se hace sentir palpablemente. Carpetanos y Oretanos, fuertemente iberizados en sus costumbres desde inicios del siglo V a. C. (Almagro-Gorbea, 1976-1978; Pereira *et alii*, 2003; Benítez *et alii*, 2004), nos presentan no sólo fortificaciones de una complejidad similar a las celtibéricas citadas, como son las murallas del Cerro de las Cabezas (Vélez *et alii*, 2004) – (Fig.: 1.2, nº 12), sino verdaderas construcciones defensivas inspiradas en patrones tardohelenísticos. Es el caso estudiado por M. Zarzalejos y G. Esteban en este mismo volumen, de la muralla de casamatas de La Bienvenida, la *Sisapo* de los túrdulos betúricos (*vide infra*) – (Fig.: 1.2, nº 13).

## 2. Los pueblos del Occidente peninsular (Célticos, Vettones, Lusitanos):

Si entre los Oretanos iberizados y los Celtíberos, la poliorcética se desarrolla a partir del siglo V a. C. en términos de complejidad, tanto conceptualmente como en menor sentido técnicamente, entre sus vecinos pueblos occidentales, el amurallamiento presenta ciertos síntomas de retardo que se hacen más patentes cuando se analizan las calidades técnicas de sus murallas.

En efecto, hemos citado los casos de Villasviejas del Tamuja (Cáceres), entre los vettones meridionales del Tajo, y de Capote (Badajoz), entre los Célticos de la Beturia, ambos yacimientos con relaciones celtibéricas y meridionales según los textos históricos y sus materiales arqueológicos. Ambos muestran poderosos fosos en los flancos más accesibles, murallas con trazados complejos auxiliadas con torres y bastiones en esquinas, puertas defendidas y, en el caso de Capote, una espectacular cortina amurallada de cajo-

nes protegida por un camino de ronda exterior cubierto por antemuro (Berrocal-Rangel, 2006 y *vide infra* en este mismo volumen) – (Fig.: 1.2, nº 14 y 15). Incluso las recientemente excavadas murallas de El Raso nos muestran un patrón que puede ser recurrente en este sector, los encintados protegidos con bastiones o torres cuadrangulares regularmente emplazadas a lo largo de su recorrido (Fernández Gómez, 2005), a la manera de lo documentado en la Beturia Céltica en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (Fernández Corrales *et alii*, 1988) – (Fig.: 1.2, nº 16 y 18). Es un modelo demasiado sencillo para indicar un origen concreto, fácilmente policonvergente, aunque recuerda en mucho a las murallas urbanas de turdetanos y tartesios (Ruiz Mata *et alii*, 1998; Escacena y Fernández Troncoso, 2002). Todos estos esquemas pueden remitir al Mediterráneo, o al contemporáneo desarrollo celtibérico, pero las calidades constructivas de estas edificaciones, realizadas con mampostería a seco o trabada con barro, deja mucho que desear y se equiparan con cualquier otro poblado contemporáneo del Tajo y del Guadiana Medio. Así entre los Célticos, y entre los Vettones, la trama urbana se configura mediante el alineamiento de casas adosadas que conforman calles, una organización que recuerda a la celtibérica. Así se observa en La Mesa de Miranda, El Raso de Candelada, Villasviejas del Tamuja, La Coraja o el mismo Castrejón de Capote. La orografía tan irregular de Las Cogotas implicó un fuerte grado de adaptación urbanística, pero La Mesa de Miranda y El Raso confirman que un patrón «ordenado» debía ser más habitual de lo que se supone (p.e. en Álvarez-Sanchís, 2001: 38). Sólo Ulaca, sin embargo, responde a un modelo más disgregado, quizá reflejo de influencias foráneas, como también indicarían su conocida «sauna» y su ocupación tardía – (Fig.: 1.2, nº 17-21).

Pero, pese a todo, el tipo de amurallamiento en estas tierras del Tajo y Guadiana conserva claros elementos arcaizantes. Uno de ellos, quizá el más perceptible, es el uso de bastiones de planta curvilínea en los castros y *oppida* vettones de Ávila y Salamanca. Ciertamente es que compaginan su presencia, desde el siglo III a. C., con otras defensas de planta cuadrangular, pero esta mezcla parece permanecer hasta la Conquista romana, o incluso más allá, como se podría observar en Yecla de Yeltes o Las Merchanas (Salamanca: Martín Valls, 1983) – (Fig.: 1.2, nº 22 y 23). Sólo así se comprende la aparición entre célticos y vettones de poblados con piedras hincadas y de murallas vitrificadas que parecen fecharse en épocas muy tardías, propias de la Conquista romana (Berrocal-Rangel, 2003). Así serían los castros de Monte Novo (Alto Alentejo: Burgess *et alii*, 1999; Correia y Burgess, 2004) y Passo Alto (Baixo Alentejo: Soares, 2003), entre los Célticos, y del Gasco (Cáceres), entre los vettones (Martínez Díaz, 2003). – (Fig.: 1.2, nº 24-26). Sobre el apasionante tema de las primeras «murallas vitrificadas» conocidas en la Península, por usar el

término traducido del conocido artículo de Olivier Buchsenschutz e Ian Ralston «Les fortifications des Âges des Métaux» (1981), volveremos más adelante.

Yecla es, además, paradigma de un conjunto de poblados amurallados muy característico del ámbito más noroccidental de este extenso territorio: Los castros de Las Arribes del Duero, dotados de campos de *chevaux de frise*, y de grandes murallas de trazados sencillos y aparejos cuasi ciclópeos. Esta es otra de las características del ámbito occidental, el uso de mampuestos y sillares de gran tamaño, en ciertos casos verdaderos ortostatos ciclópeos (La Mesa de Miranda, Cillán). Este rasgo, el gran tamaño, se observa en la práctica totalidad de los castros vettones y célticos, por no citar los mal conocidos lusitanos: se trata de murallas adaptadas al terreno, incluso cortadas por imponentes canchales y barrancos, con bastiones de planta curva, paramentos múltiples y aparejo irregular de mampuestos careados colocados a seco. Se compaginan, estas construcciones, con otros lienzos rectilíneos, revestidos a veces de sillares, con torres o bastiones cuadrangulares colocados junto a las entradas o en los puntos más relevantes del recinto amurallado. Esta combinación de tradiciones edilicias no hace sino revelar la naturaleza ambivalente de esta zona, entre una poliorcética de concepción mediterránea, propia de Celtíberos y Oretanos, y otra mucho más sencilla y enraizada en los precedentes del Bronce Final, como se califica el amurallamiento de la Cultura Castreña del NW.

### 3. Los pueblos de la Meseta Norte (Vacceos, Berones, Autrigones):

Con un desarrollo paralelo al Occidental acabado de ver, los principales pueblos del Norte de la Meseta muestran claras analogías derivadas del importante proceso celtiberizador que sufrieron. Este proceso es tan claro entre los berones de La Rioja que son comúnmente incluidos entre los pueblos celtíberos (Burrillo, 1998: 182-186; Gómez Fraile, 2001: 95-98 y 124).

El poblamiento vacceo, autrigón y berón, a juzgar por poblados como Las Quintanas de Padilla de Duero (Valladolid), La Hoya de Laguardia (Álava) o Las Eretas (Navarra), muestra el uso de tramas complejas bien ordenadas y encauzadas por calles formadas por casas adosadas al estilo «numantino», entre los siglos V y I a. C. (Centeno *et alii*, 2003; Llanos, 2002; Armendariz, 1998) – (Fig.: 1.2, nº 27 y 30 - 31). Sin embargo son poblados dotados de fosos y murallas de características muy singulares, quizá destacadas y condicionadas por el uso tradicional del adobe, del tapial o de la tierra prensada, materia prima típica de estas tierras.

En efecto el uso de fosos perimetrales, documentados en Las Quintanas de Padilla o en Valoria la Buena (Valladolid: Sacristán *et alii*, 1995: 344 ss; Sanz Mínguez *et alii*, 2003: 53 ss.) – (Fig.: 1.2, nº 28), y sus trazados simples y amplios, sin elementos de flanqueo fuera de alguna «torre» o gran «bastión» como el lla-

mado «Castillejo de Monte Bernorio» (Burgos: Esparza, 1982; Palol, 1964) – (Fig.: 1.2, nº 29), indican una tradición constructiva diferente a la celtibérica y menos determinada por los contactos con el Mediterráneo, no obstante el uso del adobe como materia prima (Berrocal-Rangel 2004: 36-38, fig.: 1.1). De estas tierras, ricas en suelos arcillosos, se aprovecha este material como recurso edilicio desde el inicio de la Prehistoria Reciente y, por ello, no puede observarse otra consecuencia cultural más que la que podría inferirse del uso de la piedra y de la madera, a la manera de *murus gallicus* de César, que se propuso para el citado Castillejo de Monte Bernorio (Esparza, 1982; matizaciones en Moret, 1991: 19).

En efecto, una de las características más singulares de este ámbito es el polémico reconocimiento de murallas construidas con técnicas similares a las del área lateniense, algo que hoy sería fácilmente explicable si se conjugan dos factores: la relativa modernidad de los casos conocidos, fechados entre los siglos II y I a. C. es decir en los tiempos de la conquista romana cuando los movimientos de tropas y de personas permitieron la llegada de nuevos modelos o influencias, y por otra parte la existencia en el norte de la Península de una vieja tradición arquitectónica que emplea técnicas mixtas de construcción en madera y piedra, incluso para las murallas, como vamos a ver a continuación.

### 4. Los pueblos del Norte peninsular (Galaicos, Astures, Cántabros):

De hecho, la presencia de murallas de piedra y madera en la Orla atlántica peninsular está atestigüada desde mucho tiempo antes. Así, igual que se documentan campos de *cheveaux de frise* en castros del siglo VI e incluso VII a. C., aparecen las primeras murallas de madera en el siglo VIII a. C.

El caso mejor conocido es el que compete a la ocupación del Bronce Final del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias: Villa, 2001; 2003; y *vide infra* en este mismo volumen) – (Fig.: 1.2, nº 32). En este importante castro, situado entre Asturias y Galicia, Á. Villa pudo documentar una espectacular muralla de tres metros de grosor, construida con piedras contenidas en una gruesa estructura de madera y defendida en alguno de sus tramos por un foso de sección en «V». De todo ello sólo han quedado las oquedades de los gruesos postes principales de la muralla, además del foso, y de los restos de madera hallados en los primeros y de los depósitos orgánicos que cubrían el segundo se han obtenido fechas radiocarbónicas suficientemente elocuentes (Villa 2003: 146 ss.).

La constatación de una muralla de piedra y madera en el Chao Samartín no puede considerarse una excepción, dado que el resto del castro no indica que fuese un poblado de especial entidad, aunque su ocupación alcance el Período romano. De hecho, el Chao no presenta otros restos amurallados de importancia

hasta varios siglos después, cuando hacia el 400 a. C., se dota de una espectacular muralla de mampostería defendida por un gran foso. Un rasgo especialmente importante en este poblado es la afortunada comprobación, gracias a sus detalladas excavaciones, de que presenta una modulación más aparente que real, pues sólo afecta al paramento exterior de esta muralla prerromana (Villa Valdés, 2002: 180). El dato nos permite especular sobre las funciones de sus módulos, tan característicos del poblamiento astur entre el siglo VI a. C. y el I d. C., y que pueden haber cumplido funciones emblemáticas a la par que defensivas y técnicas (Berrocal-Rangel, 2004: 76).

En suma, y fuera de la peculiaridad de presentar murallas que fueron construidas por «módulos» o sectores, las defensas protohistóricas de los astures no difieren en mucho de las del resto de la Cornisa Cantábrica y del Noroeste galaico. Son densas líneas amuralladas con escasos elementos de flanqueo (no más de uno o dos bastiones curvilíneos a los lados de las puertas principales), puntos fuertes exteriores cercanos a las entradas que se conocen como «antecastros», murallas de piedra y tierra, taludes y un foso perimetral, en principio, que progresivamente se va multiplicando hasta llegar en casos como Carvalelhos, prototipo de poblado «en ocelo» con cinco fosos y taludes concéntricos (Romero, 1976: 21; Sánchez-Palencia, 2002: 253; Silva, 1986: 291-292) – (Fig.: 1.2, nº 33). Es evidente cierta analogía conceptual con las murallas vacceas anteriormente descritas, independientemente del material de construcción, aunque dichas semejanzas se fundamentan en la sencillez de sus características y eso limita notablemente su capacidad probativa.

Que la longitud de los fosos, su tamaño y su número aumentan con el tiempo hasta conformar un rasgo específico de los castros durante el Período romano parece una característica suficientemente comprobada. Al menos en ello se apoya la aplicación de técnicas mineras en la excavación de estas defensas en los poblados en torno a las Médulas (Sánchez-Palencia *et alii*, 1996) – (Fig.: 1.2, nº 34, 35) y a ello contribuye de nuevo la excavación integral del Chao Samartín, donde se ha podido reconocer la transformación del foso prerromano en una *fossa duplex* durante la ocupación imperial del castro (Villa Valdés, 2002: 174). Sin embargo, estas construcciones tardías no demuestran un gran desarrollo de las características constructivas, ni técnica ni conceptualmente hablando: hay escasos paramentos de sillares, los trazados muestran una anodina adaptación a la morfología del terreno, y la escasez de elementos de flanqueos, de sistemas complejos de la Poliorcética mediterránea, son palpables aún en época romana. Existen algunos ejemplos en contra, como la posible consideración de torres cuadrangulares dominando los principales accesos, o sin dudas la torre redonda de Llagú, con un cuerpo de artillería cuadrangular adosado y doble escalera para el acceso

independiente a la torre y al camino de ronda de la muralla, aunque creemos que estos son exponentes de la Romanidad de estos castros, por su época de construcción a mediados del siglo I d. C., los contextos materiales, y el uso de sillares, como se comprueba en poblados y «citanias» de época romana: Coaña, Viladonga, San Cibrán, Sanfins, Briteiros... (Berrocal-Rangel *et alii*, 2001: 107-111, láms.: 21 y 22) – (Fig.: 1.2, nº 36-42).

La poliorcética del Noroeste, por lo general, responde a sistemas de defensa sencillos, que aprovechan la orografía alomada, la piedra abundante y los potentes suelos aluviales para excavar fosos y construir muro, y taludes, con la piedra y la tierra extraída de aquellos. La madera, tan abundante en estos parajes, tuvo que ser usada masivamente, pero por ahora se carecen de pruebas como las obtenidas en los castros célticos del Suroeste peninsular. Solo la aparición limitada y esporádica de algunos campos de piedras hincadas indica la búsqueda de recursos adicionales, a veces en épocas ya romanas, como puede acontecer en el castro de San Isidro y su cercano Picu da Mina (Carrocera, 1991) – (Fig.: 1.2, nº 41). Pero aún así, la solución es tradicional, aunque no generalizada, pues se conoce al menos desde el siglo VI a. C. en los castros de las tierras de Zamora, León y Tras-os-Montes (Esparza, 2003).

### 3. ELEMENTOS DE DEBATE

En todo este desarrollo, como hemos explicado, se han destacado algunos temas referidos a las defensas construidas o excavadas que merecen ser tratados con atención:

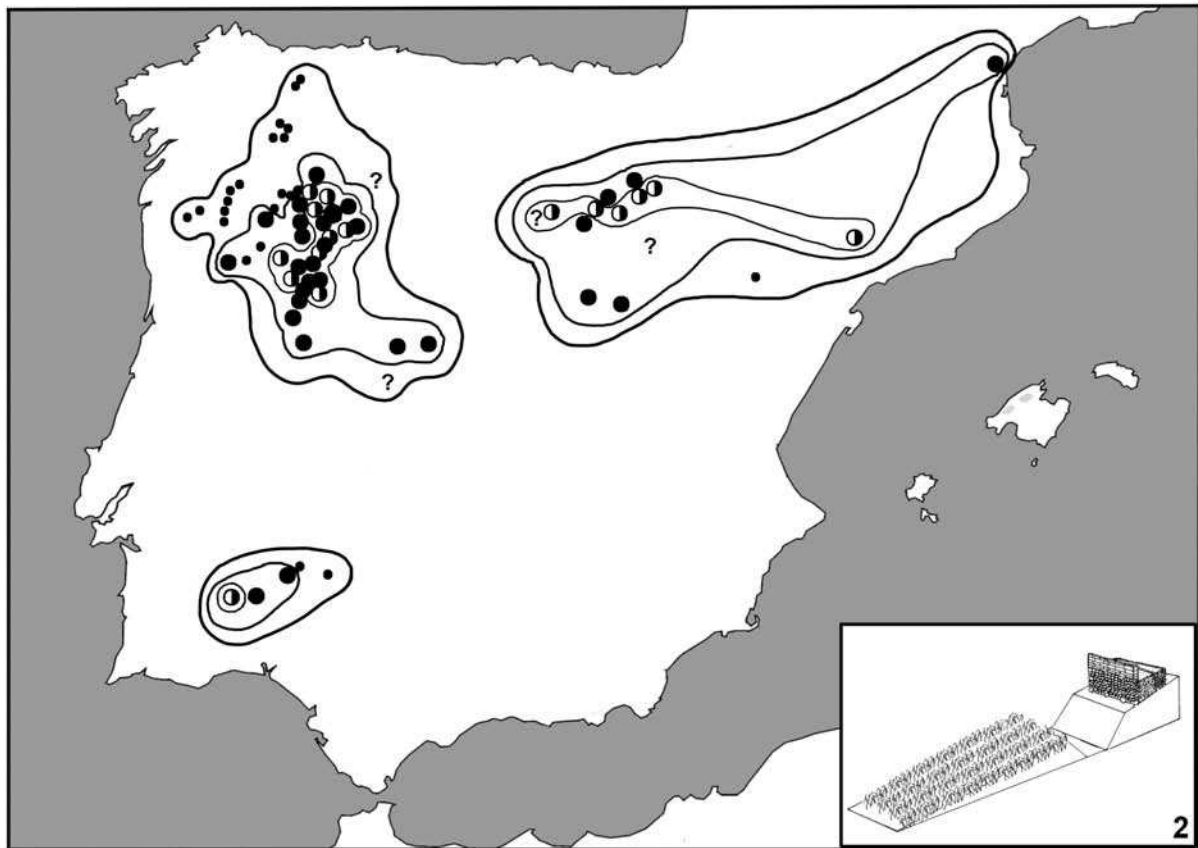
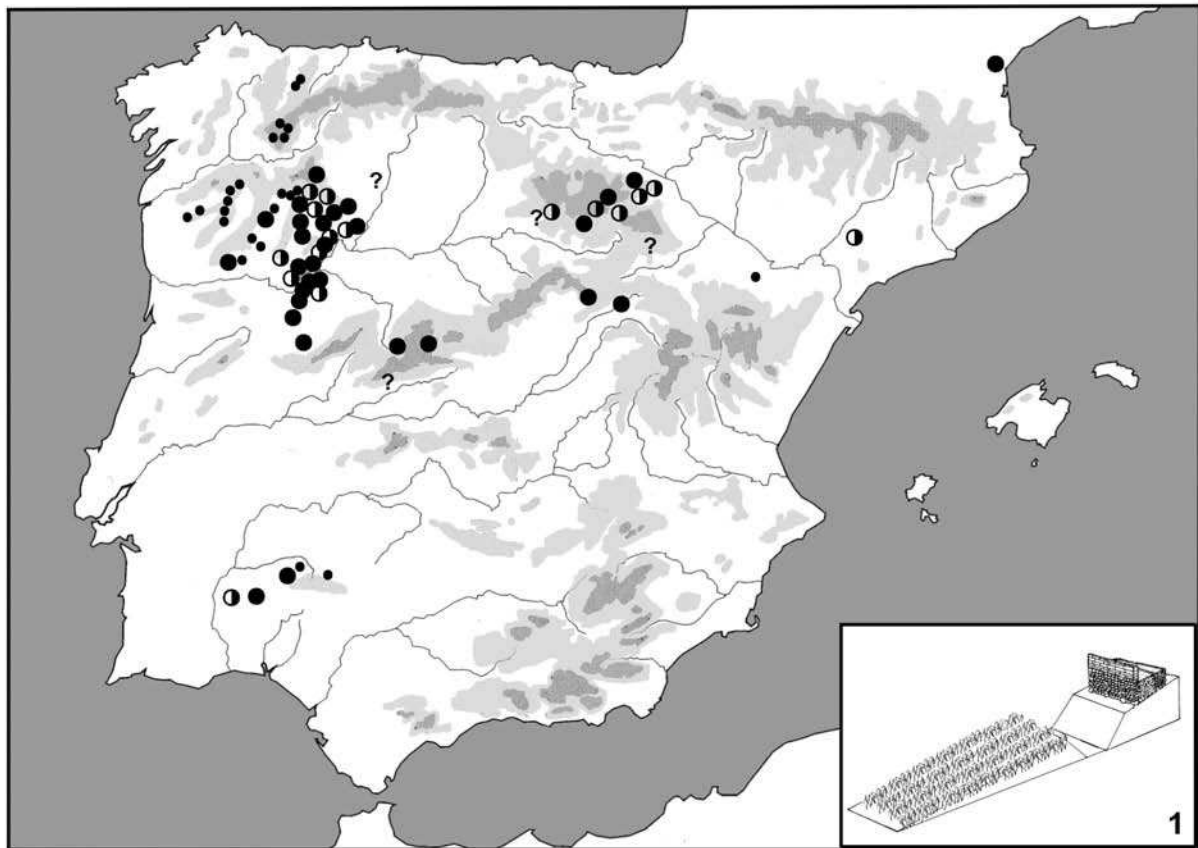
#### 1. Los campos de piedras hincadas:

Sin duda, uno de elementos defensivos más característicos de las *Hispania* céltica lo conforman los mal llamados «chevaux-de-frise», campos de piedras hincadas emplazadas al exterior de las murallas.

El coloquio celebrado en la Universitat de Lleida en 2003 recogió todos los conocimientos habidos sobre el tema, tanto en la Península como en las Islas Británicas y el resto del Continente europeo (Alonso *et alii*, eds., 2003).

De ellos, y del mapa de distribución que publicamos en 2004 (Fig.: 2), se pueden deducir cinco conclusiones claras:

1.1. Se trata de un elemento fundamentalmente propio de la Península Ibérica, específicamente de su mitad nordoccidental en el más amplio sentido del calificativo (desde Lérida a Huelva). Ya uno de nosotros llamó la atención hace unos años sobre la escasez de este tipo de defensas al Norte de los Pirineos (Moret 1991: 11). Incluso donde se localizan, como en Pech Maho, las relaciones culturales con los iberos son evidentes, sin hablar del



○ CALCOLÍTICO-BRONCE      ● BRONCE FINAL - HIERRO I      ● HIERRO II (Ss. IV - III a. C.)      ● HIERRO II (Ss. II - I a. C.)

L. B. R. 2003

FIGURA 2.—1: *Dispersión de los poblados con piedras hincadas*; 2: *Superficies de tendencia de la distribución de poblados con piedras hincadas*.

hecho de que en este yacimiento costero del Languedoc la funcionalidad defensiva del dispositivo plantea serias dudas (Gailledrat y Moret, 2003). De hecho, sólo en las Islas Británicas se puede observar este tipo de defensas en diversos poblados que, si no son singulares, sí son muy escasos y, además, reflejan diversas dataciones históricas, desde el Bronce Final a la Edad Media (Cotter, 2003: 114-115). Pese a que podría alegarse una ambigua relación de origen, en cuanto a su concepción y al aprovechamiento de la materia prima más abundante en cada lugar (madera, piedra...), lo único que puede afirmarse es que es un recurso recurrente entre las poblaciones occidentales europeas, celtas o no.

1.2. Refleja una distribución concentrada en tres o cuatro focos con escasa o nula relación especial entre ellos. Ni siquiera en la Península se puede afirmar una relación cultural directa o cronológica indirecta entre los castros pelendones de Soria, los galaico-astures de León, Zamora y Tras-os-Montes o los Célticos del Alentejo y Huelva. De haber alguna, quizá, corresponda al uso de este tipo de defensas en época muy tardía, posiblemente en las Guerras sertorianas o posteriores como planteamos para algunos castros del Suroeste y como cabe colegir de los ejemplos asturianos de San Isidro y El Picu da Mina (Berrocal-Rangel, 2003: 227; Esparza, 2003: 167 —con revisión de los planteamientos defendidos hasta el momento).

1.3. Todos los focos son interiores, localizándose los ejemplos más cercanos a las costas a no menos de 50 Km. en línea de aire, como es el caso de los ejemplos asturianos citados. Esta disposición interior es importante por cuanto los ejemplos extrapeninsulares se emplazan en la costa o están en ámbitos muy cercanos a ella, desde el caso francés de Pech Maho a los irlandeses, galeses o escoceses de las diferentes islas de Aran (Cotter, 2003; Hogg, 1975; Harbison, 1968). Las posibles relaciones, si las hubiera, sería desde el interior de la Península ibérica hacia las costas británicas o francesas.

1.4. Responde a diferentes conceptos formales —disposición externa respecto a murallas y fosos— y funcionales —valores defensivos, de marcación territorial, de caminos, o de énfasis de la monumentalidad—. Esta quizá sea una de las conclusiones más trascendente, de las presentadas en Lérica en 2003. Así en el paradigmático caso «anfitrión» de la fortaleza de Els Vilars de Arbeca, los *chevaux de frise* muestran una función de naturaleza básicamente monumental, con el objetivo de incrementar la espectacularidad de sus murallas, por otra parte preconcebidas y diseñadas en un entorno llano sin posibilidades de defensas naturales (G.I.P., 2003: 238 ss.) — (Fig.: 1.2, nº 45). El caso del castro de Las Peñas de Aroche (Huelva) es no menos significativo, pues creemos haber demostrado que su

campo de piedras hincadas servía para encauzar el camino de acceso por el costado mejor dominado desde sus murallas (Berrocal-Rangel, 2004: 57-59) — (Fig.: 1.2, nº 46). En la fortificación meseteña de Castilviejo de la Guijosa (Guadalajara) este valor defensivo «pasivo» es patente al estar aislada por un único tramo amurallado precedido de un amplio campo de *chevaux-de-frise*. El resto del perímetro es inaccesible por tratarse de un abrupto promontorio sobre el valle del Henares (Romero, 2003: 194). La disposición y el emplazamiento se repite no tanto en los castros sorianos, sino en los lejanos castros del Oeste salmantino, sobre las Arribes del Duero (Esparza, 2003: 162). Mayor curiosidad suscita el observar que es la misma disposición de los *hillforts* británicos, aunque esto substituyen los barrancos fluviales por acantilados costeros. Pero hay más, porque en diversos castros del Noroeste como el ya citado de San Isidro, las piedras hincadas figuran sobre los sucesivos taludes de tierra que preceden la muralla, cuando no sobre ella misma (p.e. en Carrocera, 1990: Fig.: 1). Esto nos muestra una variedad en la función defensiva de un mismo recurso técnico, variedad que puede relacionarse con una fecha tardía o con los usos diferentes de aquellas estacas o palizadas a las que, teóricamente, venían a substituir. Sea como fuere, para avanzar en esta cuestión, se echa en falta un análisis detallado, tanto topográfico como arquitectónico, de todos los casos conocidos, realizado con los mismos criterios descriptivos.

1.5. Por último, otro punto de debate es la dispersión diacrónica de este elemento, incluso dentro de un mismo foco. En realidad, es importante anotar que en todos los focos de importancia, incluidos los británicos, los campos de piedras hincadas ofrecen fechas muy dispares entre sí. El problema estriba en definir con claridad las fechas de uso de este elemento en cada caso. Así a la datación romana que E. Carrocera propuso para el castro de San Isidro, con buenos argumentos arqueológicos e históricos (1990: 160-162), caben las objeciones que A. Villa hace respecto a la factible antigüedad de las defensas de piedras hincadas y a la mayor antigüedad de las piedras hincadas en el muy cercano Picu da Mina (2002: 182). Igual consideraciones hicimos del campo de piedras hincadas de Passo Alto, en el Suroeste peninsular, cuya muralla fue datada en un Bronce Final retardatario, sobre el s. VI a. C. (Soares 1986 y 2003). Tanto estos sondeos como las cerámicas halladas en superficie apoyan este momento de ocupación, como único, y no obstante hemos especulado con una fecha más tardía para este importantísimo conjunto del Suroeste, llevándolo a época romano-republicana (Berrocal-Rangel 1992: 191; Correia 1995: 251). Y tampoco hoy podemos rechazar totalmente tal hipótesis, pues la muralla está vitrificada, al estilo de otros



ejemplos cercanos cuya cronología tardía es segura (*vide infra*). Es más, otros ejemplos conocidos de barreras de piedras hincadas apoyarían una datación mucho más tardía que la supuesta en Passo Alto (Las Peñas, Regina...: Berrocal-Rangel 2003: 218). Sea como fuere lo que no cabe duda es que en los tres focos peninsulares se conocen ejemplos datados desde el siglo VII a. C. al I d. C.

De estas consideraciones previas apenas se puede concluir que los *chevaux de frise* representan un elemento multifuncional de carácter defensivo genérico, que se documenta entre diferentes ámbitos de la Hispania celta bajo una apariencia formal similar, aunque responde a diferentes soluciones constructivas y distintos momentos de ejecución. Es incluso plausible en algún que otro caso, como sugirió Á. Esparza (2003), una elaboración local inspirada por el modelo que ofrece la geología de varias zonas del Oeste, donde los afloramientos de pizarra en estratos oblicuos o casi verticales forman auténticas defensas naturales. No sirve pues como indicador de relaciones culturales o demográficas, a menos que se consideren los británicos, pero sí es patente su ausencia en los ambientes ibéricos o mediterráneos de la Península.

No podemos cerrar este capítulo sin recordar una fuente literaria, poco o mal valorada, que es clave para entender el papel desempeñado por las barreras de piedras hincadas en los «paisajes fortificados» de la Hispania céltica.

El conocido texto de Apiano (*Ib.* 76) que describe la ciudad de Numancia en 143-142 a.C., a la llegada del ejército de *Caecilius Metellus*, contiene la frase siguiente: «El único camino que bajaba hacia el llano estaba defendido por fosos y *stélai*.». Schulten, seguido por la mayor parte de los estudiosos a lo largo del siglo XX, tradujo esta última palabra por «empalizadas». Sin embargo, hay versiones más recientes, como la de P. Goukowsky, que hablan de «lignes de pierres levées», haciendo explícita referencia a los *chevaux de frise* de los castros hispanoceltas (Goukowsky 1997: 132, n. 424).

De hecho, la palabra *stêlê* se refiere, en griego, exclusivamente a objetos de piedra dispuestos verticalmente, como puede ser una estela, un hito o un mojón. Cuando Apiano quiere hablar de una empalizada, utiliza otra palabra, *stauros*, que corresponde al latín *uallum* (por ejemplo en la descripción del sitio de la propia Numancia por Escipión, *Ib.* 90). No se puede saber con certeza qué palabra latina es traducida por *stêlê* en la fuente analística romana de la que procede, directa o indirectamente, el relato de Apiano. Pero se puede pensar en palabras como *lapis* o *cippus*: *Lapis* se dice de toda clase de piedra fijada verticalmente (miliario, hito, mojón, estela...); *cippus* designa normalmente una columna funeraria, pero puede referirse también a un hito para delimitar un terreno, y César lo usa en sentido figurativo, para la línea de

estacas puntiagudas de la circunvalación de Alesia (*B.G.*, VII 73).

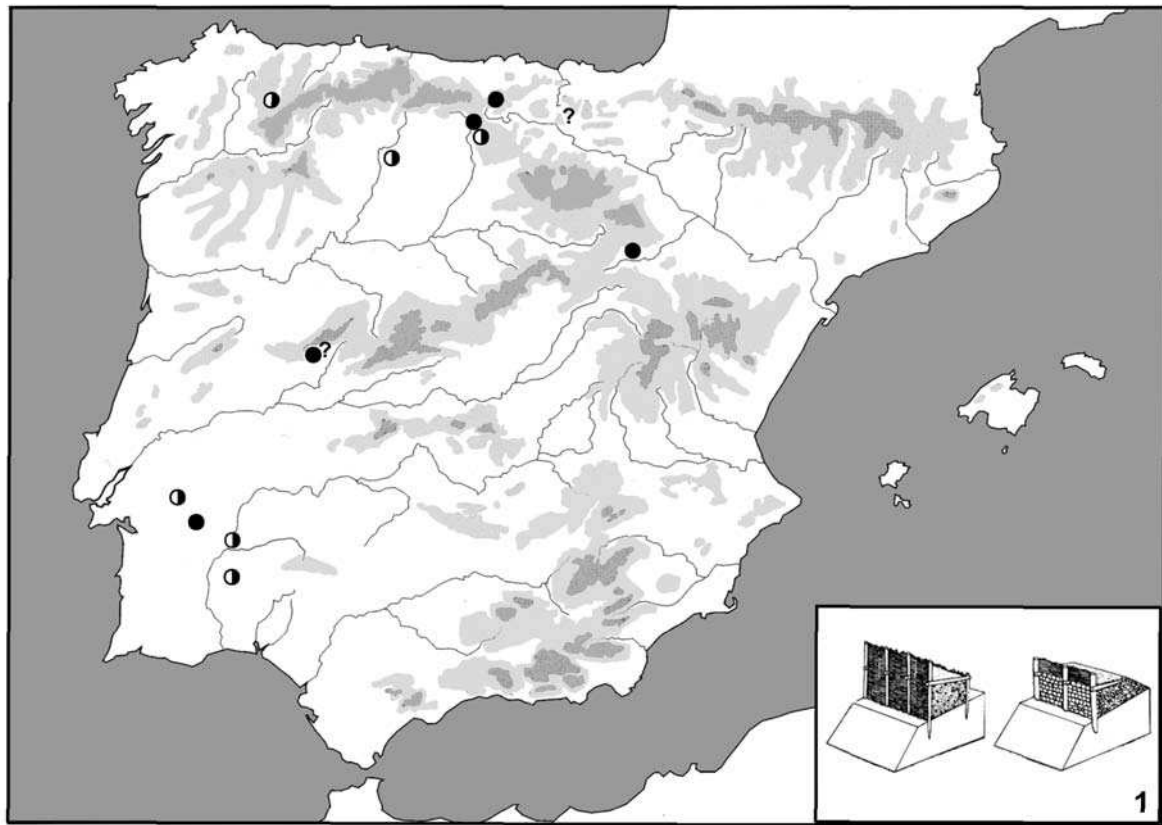
Este texto confirma pues el uso de un sistema de defensa que no tiene nada que ver con una empalizada. Se trataba probablemente de varias líneas de piedras hincadas, aunque el paralelo de César deja abierta la posibilidad de que el dispositivo estuviera formado por estacas de madera. Más importante aún. Revela la existencia en la Celtiberia prerromana de líneas de defensa muy avanzadas que permitían el control de los principales caminos de acceso, sin relación directa con el recinto amurallado del *oppidum*. Esta constatación viene a dar sentido a la interpretación que habíamos dado al alejado campo de Las Peñas de Aroche (Huelva), cuya relación celtibérica estaría atestiguada por encontrarse, este caso, en plena *Beturia celticorum* (*vide supra*).

## 2. Las murallas vitrificadas peninsulares:

Suponen una de las «viejas» novedades de la poliorcética prerromana peninsular, pese a que el conocimiento de estas construcciones se remonta a finales de los años ochenta del pasado siglo (Berrocal-Rangel, 1992: 213). Pero la tardanza en la publicación específica de estos casos por los investigadores que los descubrieron y su aparición en revistas especializadas inglesas de distribución limitada (Gibson *et alii*, 1998; Burgess *et alii*, 1999; Correia y Burgess, 2004), permiten entender porqué han tenido escasa repercusión en la bibliografía (Fig.: 3).

Hoy, sin embargo, se han confirmado estos primeros casos como el de Monte Novo (Alto Alentejo) y los análisis petroquímicos realizados en mampuestos procedentes de otros dudosos han venido a ratificar lo que denominamos «rubefacción» de estas piedras. Así acontece en el caso citado de Passo Alto, como se había planteado hace unos años y ha sido confirmado recientemente por su excavador A. Soares (Berrocal-Rangel, 2003: 218; Díaz-Martínez *et alii*, 2005).

Pero el caso de Monte Novo es especialmente importante, no sólo por el sistema defensivo que presenta sino, y especialmente, porque los restos de vitrificación se encuentran dispersos a lo largo de gran parte de su muralla, posiblemente torreada (Burgess *et alii*, 1999: 140 ss.). Junto con el estudio realizado por C. Burgess, V. C. Correia y C. Gibson, confirmada su vitrificación por el prof. Ralston, podemos aportar la documentación por parte del equipo de excavaciones del castro de Ratinhos de varios mampuestos rubefactados y adobes cocidos (Berrocal-Rangel, 2004: Lám.: 2.1). La presencia de estos adobes, algunos formando prismas completos, nos indicaría que toda la muralla fue afectada por un gran incendio, mantenido con altas temperaturas como para vitrificar las rocas y convertir en cerámica los adobes. Dado que la presencia de estos, puntual y dispersa, debe interpretarse como parte del *parodos* que defendería el camino de ronda o, en todo caso, como parte del alzado superior o



○ CALCOLÍTICO-BRONCE      ● BRONCE FINAL - HIERRO I      ● HIERRO II (Ss. IV - III a. C.)      ● HIERRO II (Ss. II - I a. C.)      L.R.R.2009



FIGURA 3.—1: *Dispersión de los poblados con murallas de piedra y madera*; 2: *Muralla y agujeros de poste de la acrópolis de Ratinhos, campaña de 2006, con piedras vitrificadas en torno al poste derecho.*

culminación de la muralla, es posible plantear la existencia de una muralla construida con materiales orgánicos combustibles. Además de los socorridos entramados de vigas de madera, lógicos en una región donde la encina o el roble cubren aún la mayoría de su territorio, el estudio de Youngblood, Fredriksson, Kraut y Fredriksson, (1978) ya estableció que la vitrificación en el Occidente europeo era el resultado ocasional de usar materiales combustibles en la construcción de estas murallas pétreas, fundamentalmente huesos, basura, musgo seco y turba que servían para compactar la mampostería colocada a seco (Youngblood *et alii*, 1978: 118-120). El carácter ocasional de las vitrificaciones permitiría esperar que se conozcan murallas no quemadas pero cuyo aparejo presente este uso de huesos y basura, porque difícilmente puede esperarse la conservación de musgo o paja. El reconocimiento de una concentración de piedras vitrificadas y barro cocido en la reciente excavación de las murallas de Ratinhos (Moura, Portugal), durante la campaña de Septiembre de 2006, se ha puesto en relación con varios agujeros de gruesos postes de madera hallados bajo dicha concentración. La aportación, una vez estudiada con detalle, aportará una información fundamental para comprender el carácter de las vitrificaciones peninsulares, aunque en este caso se fecha a mediados del siglo VII a.C. (*vide infra*: Berrocal-Rangel y Silva, en este mismo volumen).

En todo caso, tanto éste como el resto de ejemplos son todavía escasos, aunque no por ello dejan de ser interesantes por la amplitud del territorio que abarcan, desde el Sur del Guadiana al Norte del Tajo Medio (El Gasco, Castelinhos da Serra, Monte Novo, Passo Alto: Berrocal-Rangel, 2004: 38) – (Fig.: 1.2, nº 24-26 y 47). La ausencia de excavaciones en todos ellos, fuera de los sondeos de éste último y de Castelinhos da Serra, impide aquilatar en mayor detalle las características de estas murallas, aunque las excavaciones de Ratinhos contribuirán notablemente en el conocimiento de estas murallas que parecen, en principio, de estructura sencilla en comparación con los paralelos posteriores conocidos en el resto de Europa (*vide infra*: S. Fichtl, en este mismo volumen; Buchsenschutz y Ralston, 1981: 30). Por último es interesante observar el amplio rango cronológico que ofrecen estos ejemplos, fechados desde la Edad del Bronce Final (Ss. VII-VI en Castelinhos da Serra y Passo Alto) al Hierro II final (en Monte Novo), en estrecho paralelismo con las barreras de piedras hincadas.

Antes de estas excavaciones, las murallas de piedra y madera como posibles soluciones similares a las fábricas mixtas del área lateniense (especialmente los tipos Kelheim y Preist) habían sido propuestas o documentadas en algún yacimiento singular como Monte Bernorio en su conocido «Castillejo» (Palol, 1964). De igual forma, la posibilidad de una construcción de esta estructura mediante el ensamblado de vigas de madera internas ya fue planteada por A. Esparza, aun-

que sólo como mera conjetura sobre los resultados de unas viejas excavaciones (1982: 401-404; Martín Valls 1985: 82). Y así como no es extraño el uso amplio de madera en empalizadas de coronamientos o estructuras adosadas al interior, como las reconocidas en los castros de Los Baraones (Palencia), Peñas de Oro o La Hoya (Álava) – (Llanos 1995: 269 ss.; Moret 1991-a: 14-21) – (Fig.: 1.2, nº 48 y 49), tampoco debería ser sorprendente su uso en entramados interiores, especialmente en regiones boscosas como las referidas. Así la presencia de armazones de madera en estructuras más cercanas a los tipos europeos «Kelheim» y Preist» deberían ser corrientes en la Cornisa Cantábrica y posiblemente en este sentido cabe considerar alguno de los ejemplos recientes y puntuales, como la interesante muralla del Bronce Final del Chao Samartín (Asturias), con sus gruesos postes distanciados regularmente en los paramentos (Villa 2003: 177 y 2001: 393; *vide infra* en este mismo volumen).

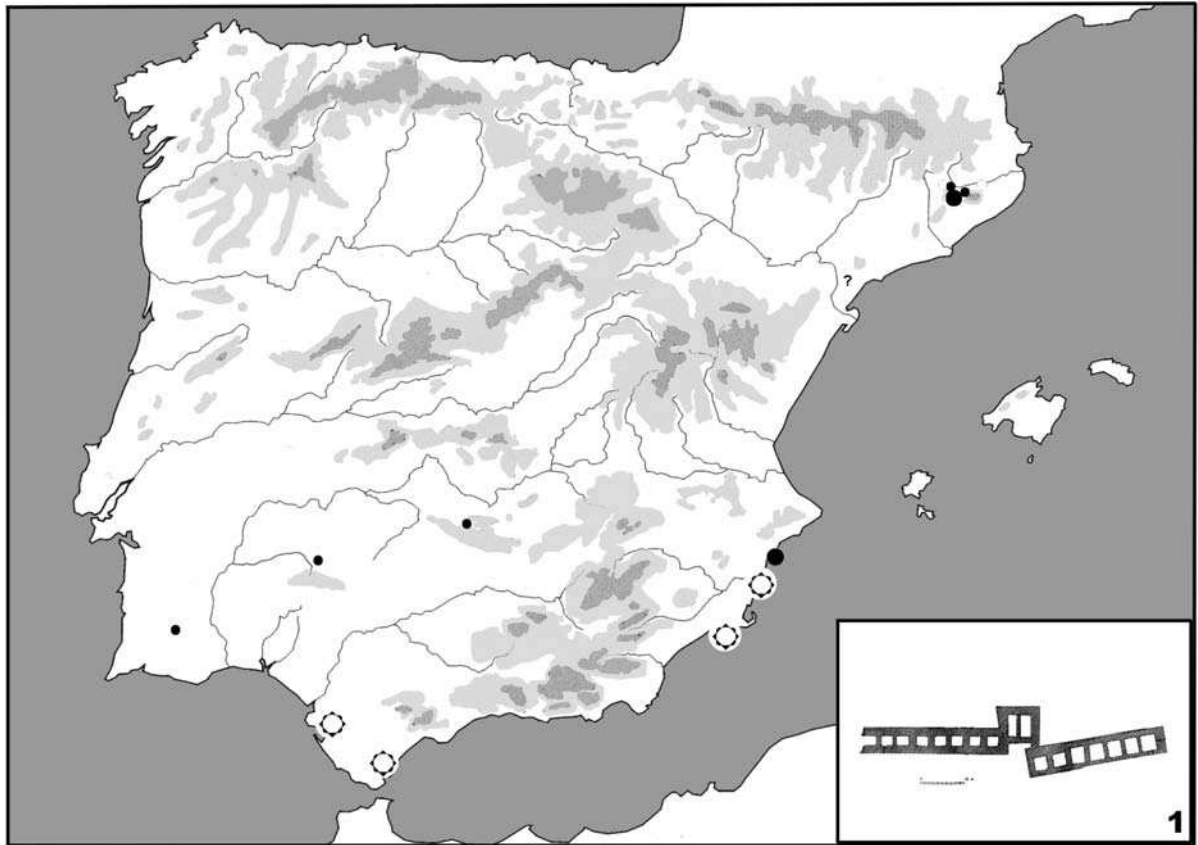
¿Reflejan estos casos una vieja tradición constructiva extendida por Europa Occidental durante el llamado Bronce Final Atlántico, una época de ideas y objetos compartidos desde Portugal a Escandinavia?

### 3. Murallas de cajones, casernas y módulos:

Se ha mencionado la existencia de murallas compartimentadas, de cajones o de casernas, en varios puntos de las márgenes meridionales y orientales de la Meseta, desde La Caraza de Valdevalleerías en Alcañiz hasta La Bienvenida (*Sisapo*), pasando por Inestrillas (*Contrebia Leukade*) y el Cerro de las Cabezas de Valdepeñas.

Dos factores dificultan una correcta valoración de este elemento de las fortificaciones del interior peninsular. El primero es la escasez de planimetrías detalladas, indispensables para contrastar las interpretaciones propuestas y para llevar a cabo un estudio comparativo. El segundo reside en las ambigüedades del vocabulario al uso, causa de repetidos equívocos y malentendidos. Nos detendremos primero en este último aspecto.

La noción de murallas de cajones («compartment walls» en inglés, «murailles à caissons» en francés) no plantea tantos problemas. Corresponde a la técnica del *emplekton* de la fortificación griega (Winter, 1971: 135-136; Lawrence, 1979: 214-216), una aplicación casi universal en el mundo antiguo: «division into chambers is a practice that might arise anywhere at any time, from sheer elementary prudence» (Lawrence, 1979: 215). Y esto es así porque su finalidad es dar cohesión a la muralla, añadiendo un armazón interno a sus paramentos interior y exterior, mediante muros o tirantes transversales. En otras palabras, la creación de compartimentos interiores es una consecuencia de este dispositivo, pero no es su finalidad. Además, dichos compartimentos no eran visibles: quedaban totalmente rellenos de tierra y piedras y cubiertos por el piso del adarve o de la planta superior. Es sólo por el hecho de que la gran mayoría de las murallas



○ CALCOLÍTICO-BRONCE ● BRONCE FINAL - HIERRO I ● HIERRO II (Ss. IV - III a. C.) ● HIERRO II (Ss. II - I a. C.) ● ESTABL. COLONIAL L. B. R. 2003

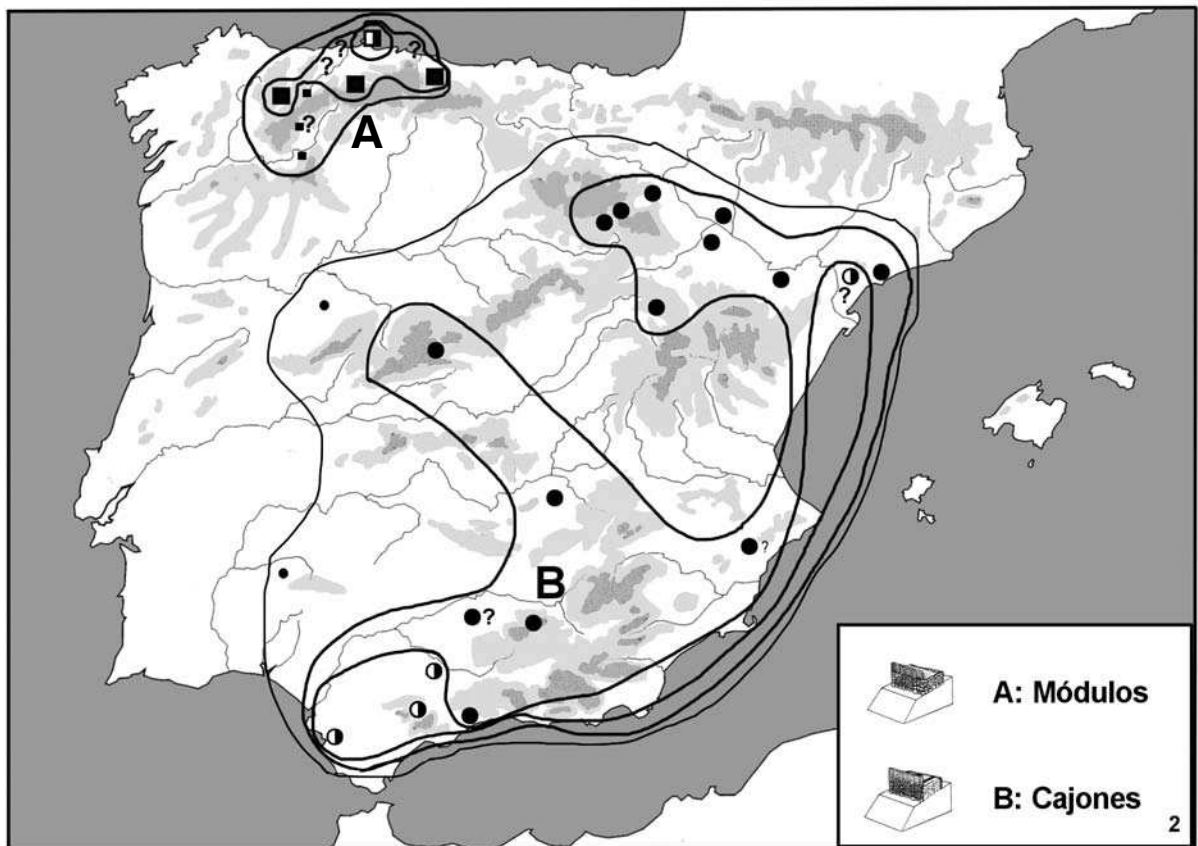


FIGURA 4.—1: *Dispersión de los poblados con casernas y casamatas*; 2: *Murallas de cajones (B: círculos) y módulos (A: cuadrados), a partir de Berrocal-Rangel, 2004.*

antiguas quedan reducidas a las primeras hiladas de su zócalo, por lo que tendemos a reunir las murallas de cajones y las murallas de casernas en un mismo apartado, cuando funcionalmente no tienen nada que ver.

Con respecto al mundo céltico, se puede observar que las murallas de cajones son el equivalente en piedra de las fábricas mixtas del área lateniense, en las que los maderos horizontales, dispuestos a intervalos regulares, cumplen la misma función que los tirantes del *emplekton* mediterráneo. Por otra parte, a pesar del uso de este término muy arraigado en la literatura arqueológica, no se trata de una técnica específicamente griega: está presente también y ampliamente difundida en el Próximo Oriente, el mundo púnico y en Italia.

Las mayores vacilaciones léxicas atañen a las murallas con compartimentos huecos, susceptibles de ser habitados o usados como almacenes. Se las suele llamar «murallas de casamatas» en la literatura arqueológica, aunque varios autores han preferido usar la voz caserna, por ser más castiza (Barrionuevo *et alii*, 1999; Díes Cusí, 2001: 75). Hay que recordar, antes de todo, que estas dos palabras fueron creadas en el siglo XVI: son propias de la arquitectura militar moderna, y nos exponen en cualquier caso al riesgo del anacronismo.

*Casamata* (1536) viene del término italiano *casamatta* (1520), al igual que el francés *casemate* (1539) y el inglés *casemate*, calcado sobre el anterior. La dificultad reside en que los sentidos del término son algo distintos en francés y en inglés, por un lado, y en castellano, por otro. En francés, las *casemates* son habitáculos a prueba de proyectiles o de bombas, situados en la parte baja de una fortificación, que servían bien para instalar piezas de artillería («casemates à feu»), bien para dar abrigo a los soldados o guardias («casemates d'habitation»), bien como almacenes. Por ello, tanto en francés como en inglés, los historiadores de las fortificaciones antiguas han hecho uso de las expresiones «murailles à casemates» o «casemate walls» para designar las murallas púnicas, helénicas o romanas que contenían habitáculos en su interior, a nivel del suelo. En castellano, por el contrario, del siglo XVI al XIX la palabra «casamata» se reservó únicamente a los puestos de artillería fortificados, mientras que se usaba caserna para los almacenes o los habitáculos fortificados.

*Caserna* viene del término provenzal *cazerna*, a través del francés *caserne*, que designaba en el siglo XVI las habitaciones construidas en los bajos de una muralla. Este sentido se mantuvo en español, mientras que, en francés, *caserne* pasó a significar cuartel a finales del siglo XVII, a raíz de las reformas de Vauban. Fue probablemente por la influencia de tratados de arquitectura militar antigua publicados en inglés o en francés (como Winter, 1971 o Garlan, 1974), que se empleó la palabra casamata en España en vez de caserna en ámbitos arqueológicos. La complicada historia de estas palabras, demuestra hasta qué punto

el uso de un vocabulario moderno (y anacrónico por esencia) puede llamar a confusión cuando se lo aplica a realidades de la Edad del Hierro.

Dicho esto, también es cierto que el vocabulario antiguo no proporciona soluciones más adecuadas. Se ha intentado alguna vez usar en vez de «casamata» el griego *phulaktêrion* (cuerpo o puesto de guardia), presente en el tratado de Filón de Bizancio (V, A 17, cf. Garlan, 1974: 293 y 347), pero esta palabra tiene dos defectos: tiende a «helenizar» el debate, de manera poco oportuna en el caso de la Península Ibérica; y hace hincapié en la función de habitáculo, excluyendo la de almacén que debió de ser, al menos, igual de importante.

En cualquier caso, no está confirmada la existencia de ninguna muralla de casernas en el área propiamente céltica de Hispania, en época prerromana. En el resto de la Península, los únicos casos conocidos y suficientemente publicados —con la presencia de puertas que certifican la posibilidad, estratigráficamente documentada, de acceder a los habitáculos desde el interior del recinto fortificado—, son la muralla ausetana del Turó del Montgròs, ahora datada de inicios del siglo III a. C. (López *et alii*, 2005), y la muralla urbana de la Cartagena bárquida (Martín Camino y Marín Baño, 1993). En casos como los del Castillo de Doña Blanca (Barrionuevo *et alii*, 1999) o *Carteia* (Bendala y Blánquez, 2002-2003: 152), los datos conocidos no son suficientes para decidir entre un sistema de cajones (compartimentación estructural) o de casernas (compartimentación funcional). Sobre el Cabezo Pequeño del Estaño véase *infra* (F. Prados y J. Blánquez, en este mismo volumen).

Existe en la Hispania céltica otro tipo de murallas compartimentadas muy diferente de los casos acabados de describir: son las «murallas de módulos», típicas de los castros del Cantábrico. Estas fortificaciones se conocen como una solución técnica e incluso simbólica propia de una estrecha franja de la Cornisa cantábrica fundamentalmente habitada por pueblos astures. En estructura responde a la construcción de una cortina amurallada mediante el levantamiento de tramos pequeños e independientes entre sí, llamados «módulos» (Maya, 1983: 299; Berrocal-Rangel, 2004: 53-54) o «compartimentos» (Camino Mayor, 2000). En realidad, estos tramos pueden ser de longitud variable, desde una treintena de metros a tres metros de longitud, y no siempre son independientes, formando «intermódulos», e incluso pueden ser una mera «fachada» exterior de una muralla continua, como en el caso del El Chao Samartín comentado (*vide supra*), pero el concepto funcional y estético no varía, sirviendo todos ellos para facilitar el drenaje desde el interior de la muralla, y aportando mayor consistencia a la cortina amuralla en un territorio geológicamente tan inestable como es el actual Principado de Asturias (Berrocal-Rangel *et alii*, 2001: 102-105; Camino Mayor, 2000: 40).

El escaso número de estas murallas de módulos, menor a una docena de casos conocidos, junto a su concentrada dispersión en las cuencas de los ríos Sella, Nalón y Navia, y una cronología concreta centrada en la Segunda Edad del Hierro y en los primeros siglos de la presencia romana en este territorio, han servido para individualizar su valor simbólico e incluso emblemático y permitieron a J. L. Maya proponer que se trataba de una invención específicamente astur (1983: 299). No obstante, J. Camino ha planteado recientemente la posibilidad de entender estas murallas como una adaptación tardía (a partir del siglo IV o III) de las murallas de cajones meseteñas e ibéricas (2000: 36).

Pero, como ya hemos planteado en ocasiones anteriores, y es posible reforzar en esta ocasión con la figura 4.2, las cronologías probables de estas murallas de módulos indicarían un sentido inverso según las superficies de tendencias inferidas: si no desde La Campa Torre, cuya cronología es discutida (finales del siglo VI según Maya y Cuesta, 2001: 55; no antes del siglo IV según Camino Mayor, 2000), por lo menos desde una línea interior marcada por los castros del Chao Samartín, Llagú y Morrión, de Oeste a Este se conocen poblados cuyas murallas de módulos están fechadas en el siglo IV a. C. sin discusión alguna. Al exterior parecen situarse otros casos más tardíos: serían los ejemplos de San Chuís, el Chano y, si se admite, San Juan de Paluezas (Berrocal-Rangel, 2004: 52 y fig.: 13). Pero tampoco estos castros se escapan de la necesidad de fechas más consolidadas respecto a sus murallas, como A. Villa ha puesto en evidencia respecto a la supuesta cronología romana de San Chuís (2002: 164).

Hemos hablado del valor simbólico de estas murallas de módulos, en el marco de una sociedad astur que habría encontrado en esta singular arquitectura una forma de autorepresentación, diferenciando el aspecto exterior de sus castros respecto de los pueblos vecinos. Esta dinámica, claramente identitaria, podría explicar la perduración de las murallas de módulos después de la conquista romana, según una actitud marcada por el conservadurismo arquitectónico que se repite en otros enclaves que, por lo menos en este aspecto, dan la espalda al proceso de romanización, como por ejemplo el Bajo Aragón de las torres redondas (véase *infra* la comunicación de S. Melguizo y P. Moret) o los *oppida* de Borgoña donde se siguen construyendo *muri gallici* hasta la época de Nerón (véase *infra* la comunicación de S. Fichtl).

Pero se puede proponer otra interpretación, no exclusiva de la anterior. Las separaciones visibles entre tramos de muralla podrían reflejar una repartición de la obra edilicia entre distintos equipos o grupos. Cada tramo o módulo «pertenece» a uno de esos grupos, posiblemente familiares, que estarían encargados de su construcción y de su mantenimiento. Desde esta perspectiva —muy hipotética por cierto, con el posible inconveniente de la ausencia de una medida más o menos

homogénea—, la diferenciación arquitectónica creada por el sistema de módulos ensalzaría el papel de los grupos familiares en la estructuración de la comunidad formada por los habitantes del castro.

#### 4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Como trabajo inicial de esta monografía, se ha pretendido sintetizar las bases de partida desde la que se enfocarán los diferentes estudios, genéricos y concretos, desarrollados a continuación. Por ello sus autores, tras revisar someramente el trasfondo cultural de los pueblos hispanoceltas que conforman el marco cultural de referencia, han abordado las principales líneas de la investigación sobre sus poblados amurallados y sobre las técnicas constructivas que se emplearon en las defensas.

El estudio de algunos de los resultados más característicos de estos ámbitos hispanoceltas, como los llamados *chevaux de frise*, las murallas vitrificadas o las formadas por módulos, ha sido planteado desde parámetros genéricos que recogen los conocimientos sobre los diferentes desarrollos poliorcéticos contemporáneos entre los territorios más cercanos, como los ibéricos, púnicos, griegos y galos, para poder plantear una visión integral del panorama de la Investigación actual.

Como conclusiones provisionales se denuncia un déficit en la calidad y en la homogeneidad del caudal informativo de las fortificaciones protohistóricas del Interior y del Occidente de la Península, falta que dificulta en gran medida la obtención de conclusiones sólidas. De esta manera se hace patente la necesidad de disponer de estudios más densos y detallados, uniformes en cuanto a los criterios analizados, y claramente desarrollados a partir de bases estratigráficas complejas. Es a esta necesidad, a la que se ha pretendido dar respuesta a lo largo de los análisis pormenorizados que se recogen en las aportaciones posteriores y es, éste, el espíritu del trabajo que alentó el coloquio cuyas actas se recogen en estas páginas.

#### 5. BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÃO, J. de, 2003: «As estátuas de guerreiros galaicos como representações de príncipes no contexto da organização político-administrativa do Noroeste pré-flaviano.» en Th. Schattner, ed., *Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen*, *MDAI (M)*: 116-126.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1976-1978: «La iberización de las zonas orientales de la Meseta.», *Ampurias*, XXXVIII-XL: 93-156.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1991: «I Celti della Penisola Iberica.», en S. Moscati, *I Celti*: 389-405, Milano.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1994-a: «Proto-celtes et Celtes dans la Péninsule Ibérique.», *XVIe Colloque Inter-*

- national de l'AFEAF (Agen, 1992), Aquitania*, 14: 289-296.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1994-b: «El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y oppida.», *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín, eds.), Extra Complutum, 4:13-76.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2001: «Los Celtas en la Península Ibérica.» en M. Almagro-Gorbea, M. Mariné y J. Álvarez-Sanchís, eds., *Celtas y Vettones*: 95-113, Ávila.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2005: «Los Celtas en la Península Ibérica.», en A. Jimeno, ed., *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*: 29-37, Soria.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MARINÉ, M.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R., eds., 2001: *Celtas y Vettones.*, Soria.
- ALONSO, N.; JUNYENT, E.; LAFUENTE, A.; LÓPEZ, J.B. (eds.), 2003: *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea.*, Universitat de Lleida, Lleida.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1999: *Los vettones.*, BAH, 1, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 2003: *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia.* Akal Arqueología, Madrid.
- ARIAS VILAS, F., 2002: «Las fases de la Cultura castreña en Galicia.», *Los poblados fortificados del NW* (De Blás y Villa, eds.): 127-137, Navia.
- ARLEGUI, M., 1992: «El yacimiento celtibérico de Castilmontán, Somaén (Soria): El sistema defensivo.», *II Symposium de Arqueología Soriana* (Soria 1989), I: 495-513.
- ARMENDARI MARTIJA, J., 1998: «Las Eretas. Arquitectura doméstica y defensiva de un poblado del Hierro Antiguo en el Alto Ebro.», *Revista de Arqueología*, 210: 28-35.
- BARRIONUEVO, F.J.; RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C.J., 1999: «Fortificaciones de casernas del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz).», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, Cartagena, 3: 115-123.
- BENAVENTE, J.A.; MARCO, F.; MORET, P., 2003: «El Palao de Alcañiz y el Bajo Aragón durante los ss. II y I a.C.», en F. Pina, ed., *Ciudad y romanización en el Valle Medio del Ebro*, AEspA, 76: 231-246.
- BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J., 2002-2003: «Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania.», *CUPAUM*, 28-29: 145-159.
- BENÍTEZ, L.; ESTEBAN, G.; HEVIA, P., 2004: *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d. C.)*, Ediciones C&G, Ciudad Real.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica.*, Extra Complutum, 2, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994: «Oppida y castros en la Beturia Céltica.», *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín, eds.), Extra Complutum, 4: 189-242, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2003: «La expansión meridional de los chevaux de frise: los castros célticos del Suroeste.», en N. Alonso *et alii*, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 209-232, Lleida.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: «La defensa de la comunidad. Sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica.», *Gladius*, XXIV: 27-98.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2005: «Las fortalezas de entrada. Un elemento de la poliorcética castreña desde el enfoque de la Conquista romana.», en *Conquista y Aculturación, Norba. Revista de Historia*, 18: 11-31.
- BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P.; RUIZ, C., 2002: *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo.*, BAH, 13, Madrid.
- BUCHSENSCHUTZ, O.; RALSTON, I., 1981: «Les fortifications des Âges des Métaux.», *Archéologia*, 154: 24-36.
- BURGESS, C.; GIBSON, C.; CORREIA, V. H.; RALSTON, I., 1999: «Hillforts, oppida and vitrification in the Évora area, Central Portugal, 1986-1988. A preliminary report.», *Northern Archaeology*, 17/18: 129-147.
- BURILLO MOZOTA, F., 1998: *Los Celtíberos. Etnias y estados.*, Crítica Arqueología, Barcelona.
- BURILLO MOZOTA, F., 2003: «Segeda. Arqueología y Sinecismo.», en F. Pina, ed., *Ciudad y romanización en el Valle Medio del Ebro*, AEspA, 76: 193-215.
- CAMINO MAYOR, J., 2000: «Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: Bases para un debate.», *AEspA*, 73: 27-42.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E., 1990: «El castro de San Isidro: Informe de las excavaciones arqueológicas 1986.», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 1: 157-162.
- CENTENO CEA, I.; SANZ, C.; VELASCO, J.; GALLARDO, I., 2003: «Aproximación al urbanismo vacceorromano de Pintia.», *Pintia. Un oppidum en los confines orientales* (Sanz y Velasco, eds.): 69-98, Valladolid.
- CERDEÑO SERRANO, M. L., 2005: «La zona arqueológica de El Ceremeño.», en A. Jimeno, ed., *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*: 103-107, Soria.
- CERDEÑO SERRANO, M. L.; GARCÍA HUERTA, M.L.; ARENAS, J., 1995: «El poblamiento celtibérico en la región del Alto Jalón y del Alto Tajo.», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos* (Burillo, ed.): 157-178.
- CERDEÑO SERRANO, M. L.; MARTÍN, E., 1995: «Sistemas defensivos de un castro celtibérico: El Ceremeño de Herrería.», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos* (Burillo, ed.): 185-190.
- COLLIS, J., 2003: *The Celts. Origin, Myths and Invention.*, Tempus Pub. Ltd., Stroud.

- CORREIA, V. H.; BURGESS, C., 2004: «Habitats fortificados da tardia Idade do Ferro e Romano-republicanos na área de Évora: Quadro geral e problemática.», *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto* en P. Moret y T. Chapa, eds., *Torres, Atalayas y Casas Fortificadas*: 55-63, Jaén
- COTTER, Cl., 2003: «The Cultural Background of Irish Forts with *chevaux de frise*», en N. Alonso et alii, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 101-118, Lleida.
- DELIBES DE CASTRO, G.; MONTERO, I. eds., 1999: *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios regionales.*, Inst. Univ. Ortega y Gasset, Madrid.
- DÍAZ MARTÍNEZ, E., 2003: «An alternative hypotheses for the origin of ferroan ringwoodite in the pumice of El Gasco (Cáceres, Spain).», *Lunar and Planetary Science*, XXXIV: 1318.
- DÍAZ-MARTÍNEZ, E.; SOARES, A.M.M.; KRESTEN, P.; GLAZOVSKAYA, L., 2005: «Evidence for wall vitrification at the Late Bronze Age settlement of Passo Alto (Vila Verde de Ficalho, Serpa, Portugal).», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8 (1): 151-161.
- DÍES CUSÍ, E., 2001: «La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII)», *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (Ruiz Mata et Celestino Pérez, ed.), Madrid, Centro de Estudios del Próximo Oriente – CSIC: 69-121.
- ESCACENA CARRASCO, J.L.; FERNÁNDEZ TRONCOSO, G., 2002: «Tartessos fortificado.», *Fortificaciones en el Entorno del Bajo Guadalquivir* (Amores, ed.): 109-134, Sevilla.
- ESPARZA ARROYO, A., 1982: «Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia).», *Publicaciones de la Institución Tello Tellez de Henáres*, 42: 395-408.
- ESPARZA ARROYO, A., 2003: «Castros con piedras hincadas en el Oeste de la Meseta y sus alrededores.», en N. Alonso et alii, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 155-178, Lleida.
- FERNÁNDEZ CORRALES, J.M.; SAUCEDA, M.I.; RODRÍGUEZ, A., 1988: «Los poblados calcolíticos y prerromano de Los Castillejos (Fuente de Cantos, Badajoz)», *Extremadura Arqueológica*, 1: 69-88.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 2005: *Castro de El Raso. Candeleda, Ávila.*, Cuadernos de Patrimonio Abulense, 5, Ávila.
- GAILLED RAT, E., MORET, P., 2003: «La fortification de Pech Maho (Sigeac, Aude) et le problème de ses pierres plantées.», en N. Alonso et alii, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 119-133, Lleida.
- GARLAN, Y., 1974: *Recherches de poliorcétique grecque.*, B.E.F.A.R., 223, París.
- GIBSON, C.; CORREIA, V. H.; BURGESS, C. B.; BOARDMANN, S., 1998: «Alto do Castelinho da Serra (Montemor-o-Novo, Évora, Portugal). A Preliminary Report on the Excavations at the Late Bronze Age to Medieval Site, 1990-1993.», *Journal of Iberian Archaeology*, 0: 189-224.
- G.I.P. (GRUP D'INVESTIGACIÓ PREHISTÒRICA), 2003: «Caballos y hierro. El campo frisio y la fortaleza de Els Vilars d'Arbeca (Lleida, España).», *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea* (Alonso et alii, eds.): 233-274, Lleida.
- GÓMEZ FRAILE, J.M., 2001: Los celtas en los valles altos del Duero y del Ebro, *Memorias Seminario de Historia Antigua*, VIII, Alcalá de Henares.
- GOUKOWSKY, P. (ed.), 1997: *Appien, Le livre ibérique.*, C.U.F., Les Belles Lettres, París.
- HARBISON, P., 1968: «Castros with *chevaux-de-frise* in Spain and Portugal.», *MDAI (M)*, IX: 116-147.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ, D.; SÁNCHEZ, A., 1989: Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)., ERE, Mérida.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A., 2005: «Contrebia Leukade», en A. Jimeno, ed. *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*: 129-136, Soria.
- HILL, J.D., 1995: «The Pre-Roman Iron Age in Britain and Ireland (ca. 800 BC to AD 100). An Overview», *Journal of World Prehistory*, 9 (1): 579-583.
- HOGG, A.H.A., 1975: *Hillforts of Britain*, London.
- JAMES, S., 1999: *The Atlantic Celts: Ancient People or Modern Invention.*, British Museum Press, London.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., 1991: «La città di Numancia.», en S. Moscati, ed., *I Celti*: 406-410, Milano.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., ed., 2005: *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*. Soria.
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; BENITO, J. P., 1999: «Las defensas numantinas.», *III CAP (Zamora 1996)*: 303-311.
- KOCH, M., 1979: «Die Keltiberer und ihr historische Kontext.», en A. Tovar et alii, eds., *II Col. Lenguas y Culturas Prerromanas* (Tübingen, 1976): 389-402, Salamanca.
- LAWRENCE, A.W., 1979: *Greek aims in fortification*, Oxford, Clarendon Press.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A., 1995: «El poblamiento celtíbero en el Alto Valle del Ebro», en F. Burillo, ed., *Poblamiento Celtiberico. III Simposio sobre Celtíberos*: 289-328, Zaragoza.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A., 2002: *Gentes de la Edad del Hierro en privado. La casa en la Edad del Hierro en Álava.*, Vitoria.
- LÓPEZ, A.; FIERRO, X.; RIERA, M., 2005: «Resultats de les excavacions de 1997 a 2003 a l'oppidum del Turó del Montgròs, El Brull (Osona).», *Món ibèric als Països Catalans. Homenatge a Josep Barberà i Farràs*, I, Puigcerdà: 141-162.
- LORRIO ALVARADO, A.J., 1997: *Los Celtíberos.*, Extra Complutum, 7, Madrid-Alicante.
- LORRIO ALVARADO, A.J., 2001: «El poblado y la necrópolis de El Molón (Camporrobles, Valencia)», *Los*



- íberos en la comarca de Requena-Utiel (A. J. Lorrio, ed.): 151-170.
- LORRIO ALVARADO, A. J.; RUIZ ZAPATERO, G., 2005: «The Celts in Iberia. An Overview.», en M. Alberro y B. Arnold, eds., *The Celts in the Iberian Peninsula*, e-Keltoi, 6: 167-254, U. Wisconsin.
- MARCO SIMÓN, F., 1996: «¿Volcas en Hispania. A propósito de Livio, 21, 19, 6.», *Études Celtiques*, XXXII: 43-49.
- MARCO SIMÓN, F., 2004: «Acerca de las migraciones célticas a la Península Ibérica.», en F. Marco, F. Pina y J. Remesal, eds., *Vivir en tierra extraña: Emigración e Integración en el Mundo Antiguo*, Colección Instrumenta, 10: 77-93, Barcelona.
- MARCOTTE, D., 2006: «De l'Ibérie à la Celtique: Géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe.», en G. Cruz, P. Le Roux y P. Moret, eds., *La Invencción de una geografía de la Península Ibérica. I. La Época Republicana*: 31-38, Málaga.
- MARTÍN CAMINO, M.; MARÍN BAÑO, C., 1993: «Informe de la segunda actuación arqueológica en el Hogar-Escuela de 'La Milagrosa'.», *Memorias de Arqueología*, 4. Primeras Jornadas de Arqueología Regional (Murcia, 1990), Murcia: 123-128.
- MARTÍN BRAVO, A. M., 1999: *Los orígenes de Lusitania. El Primer Milenio A.C. en la Alta Extremadura*, BAH, 2, Madrid.
- MARTÍN VALLS, R., 1983: «Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos», *Zephyrus*, XXXVI: 217-231.
- MARTÍN VALLS, R., 1985: «La Prehistoria del Valle del Duero.», *Historia de Castilla y León, Ámbito*, I: 94-96, Valladolid.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L., 1983: «La Cultura castreña romana. Su etapa romano provincial», *Lancia*, 1: 221-262.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L.; CUESTA, F., 2001: *El castro de La Campa Torres. Período Prerromano.*, UTP Editorial, Gijón.
- MORET, P., 1991: «Les fortifications de l'âge du Fer dans la Meseta espagnole: origine et diffusion des techniques de construction.», *Mélanges CV*, XXVII (1): 5-42.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine.*, Coll. Casa Velázquez, 56, Madrid.
- MORET, P., 2004: «Celtibères et Celtici d'Hispanie: Problèmes de définition et d'identité.», *Pallas*, 64: 99-120.
- MORET, P., 2006 a: «Torres circulares del Bajo Aragón y zonas vecinas: hacia la definición de un modelo regional.», *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica* (A. Oliver Foix, ed.), Castellón, Sociedad Castellonense de Cultura: 187-218.
- MORET, P., 2006 b: «Architecture indigène et modèles hellénistiques: les ambiguïtés du cas ibérique.», *L'hellénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques (260 – 180 av. J.-C.)*, Actes du colloque international de Toulouse, 31 mars – 2 avril 2005, *Pallas*, 70: 207-227.
- MORET, P.; BENAVENTE, J.A., 2000: «Nouvelles recherches sur l'habitat de l'âge du Fer dans la vallée du Matarraña (Bas Aragon)», III CAP (Vila Real 1999), *Proto-História da Península Ibérica* (Berrocal-Rangel et alii, eds.), V: 327-344, Porto.
- MOSCATI, S., ed., 1991: *I Celti*. Bompiani, Milano.
- PALOL, P. de, 1964: «La muralla céltica del poblado de El Soto de Medinilla.», CNA (Zaragoza 1964), VII: 275-276.
- PEREIRA SIESO, J.; RUIZ TABOADA, A.; CARROBLES, J., 2003: «Aportaciones del C-14 al mundo funerario carpetano: La necrópolis de Palomar de Pintado.», *TP*, 60 (2): 153-168.
- RODERO OLIVARES, V. M., 2005: «Poblados fortificados del Suroeste peninsular en el Período Orientalizante», en A. Ruibal, ed., III Congreso de Castellología Ibérica: 163-189, Guadalajara.
- ROMERO CARNICERO, F., 2003: «Piedras hincadas en el Oriente meseteño.», *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea* (Alonso et alii, eds.): 179-208, Lleida.
- ROMERO MASIÁ, A., 1976: *El hábitat castreño. Asentamientos y Arquitectura de los castros del Noroeste Peninsular.*, Publicaciones del Colegio Arquitectos de Galicia, Santiago.
- RUIZ MATA, D.; NIVEAU, A.M.; VALLEJO, J.I., 1998: «La ciudad tartésica-turdetana.», en C. Aranegui, ed., *Los Iberos, Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibera*: 65-82, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1985: *Los campos de urnas del Noroeste de la Península Ibérica.*, U. Complutense, Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2001: «Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas.», en M. L. Ruiz-Gálvez, ed., *La Edad del Bronce, ¿La Primera Edad del Oro de España?»*: 257-290, Barcelona.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., 1995: «Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero.», *Poblamiento Celtibérico* (Burillo, ed.): 369-372, Zaragoza.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D.; SAN MIGUEL, L.C.; BARRIO, J.; CELIS, J., 1995: «El poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero.», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre Celtiberos* (Burillo, ed.): 337-367.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; OREJAS, A., 1996: *La Zona Arqueológica de Las Médulas*. León. Guía Arqueológica., Salamanca.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J.; OREJAS, A.; SASTRE, I., 2002: «Los castros y la ocupación romana en zonas mineras del NW de la Península Ibérica.», en M.A. De Blas y A. Villa, eds., *Los poblados fortificados del Noroeste*: 241-259.

- SANZ MÍNGUEZ, C., 1997: Los vacceos. Cultura y Ritos funerarios de un período prerromano del Valle Medio del Duero. La necrópolis de las Ruedas, Padilla de Duero, Valladolid., Memorias. Arqueología en Castilla y León, 6, Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO, J.; CENTENO, I.; GALLARDO, M.A.; DEL OLMO, J., 2003: «Pintia: nacimiento y desarrollo de un oppidum vacceo-romano.», en C. Sanz y F. Velasco, eds., Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea: 45-65, Valladolid.
- SASTRE, I., 2002: «Forms of social inequality in the Castro Culture of Northwest Iberia.», *European Journal of Archaeology*, 5 (2): 213-248.
- SILVA, A. COELHO FERREIRA DA, 1986: A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal., Museo Arqueológico da Citanía de Sanfins., Paços da Ferreira.
- SOARES, A. MONGES, 2003: «O Passo Alto. Uma fortificação única do Bronze Final do Sudoeste.», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 6.2: 293-312.
- UNTERMANN, J., 2001: Die Vorrömische Sprachen der iberischen Halbinsel. Wege und Aporien bei ihren Entzifferung., Nordrhein-Westfälisch Akademie der Wissenschaften, G375, Wiesbaden.
- VÉLEZ RIVAS, J.; PÉREZ AVILÉS, J. J.; CARMONA, M., 2004: «El Cerro de las Cabezas. Una ciudad fortificada.», *Investigaciones Arqueológicas en Castilla la Mancha 1996-2002*: 91-104, Salamanca.
- VICENTE REDÓN, J.; ESCRICHE, C.; PUNTER, M. P., 1985: «Las construcciones defensivas del poblado ibérico del Cabezo de San Pedro (Oliete, Teruel).», *Museo de Zaragoza*, 4: 63-94.
- VILLAR, F.; DÍAZ, M. A.; MEDRANO, M.; JORDÁN, C., 2001: El IV Bronce de Botorrita (Contrebia Belsaisca): Arqueología y Lingüística, U. Salamanca.
- VILLA VALDÉS, A., 2001: «Descripción de estructuras constructivas en el castro del Chao Samartín.», *Boletín Museo Provincial de Lugo*, IX: 367-419.
- VILLA VALDÉS, A., 2002: «Periodización y registro arqueológico en los castros del ccidente de Asturias», *Los poblados fortificados del NW (De Blas y Villa, eds.): 159-188*, Navia.
- VILLA VALDÉS, A.; CABO, L., 2003: «Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: Argumentos para su datación.», *TP*, 60 (2): 143-152.
- WINTER, F.E., 1971: *Greek Fortifications*, Toronto.
- YOUNGBLOOD, E.; FREDRIKSSON, B. J.; KRAUT, F.; FREDIKSSON, K., 1978: «Celtic Vitriified Forts: Implications of a Chemical-Petrological Study of Glasses and Source Rocks.», *Journal of Archaeological Science*, 5: 99-121.



# LAS FORTIFICACIONES TARTÉSICAS EN EL SUROESTE PENINSULAR

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA y MARIANO TORRES ORTIZ  
*Universidad Complutense de Madrid*

## ABSTRACT

*In this paper the Tartessian fortifications are analysed, studying their main architectural features and examining their links to the Phoenician culture. We further try not only inquiring the military strategy used to attack these fortresses but also carrying out an estimation on the possible number of attackers and defenders engaged into these combats. Finally, the whole Tartessian «fortified landscape» is analysed, focusing mainly on the so called «palace-strongholds».*

## RESUMEN

*En este trabajo se analizan las fortificaciones tartésicas del Bronce Final y del Período Orientalizante, estudiando sus principales características arquitectónicas y examinando sus vinculaciones con el mundo fenicio. Adicionalmente se intentan reconstruir tanto la estrategia militar del ataque a dichas fortificaciones como estimar el número de asaltantes y defensores que intervendrían en dichos asaltos. Por último, se analiza la estrategia tartésica de fortificación de todo el territorio, prestando especial atención en el papel de los palacios-fortines.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Fortificación es una palabra que deriva de la idea de fortificarse, de hacerse más fuerte, lo que implica defenderse, pero también ofrece el sentido de optimizar para ello los recursos defensivos propios. El Diccionario de la Real Academia Española, (s.v.) «fortificación», ofrece básicamente dos acepciones, ambas con sobreentendido significado militar: 1. «Acción de fortificar». 2. «Obra o conjunto de obras con que se fortifica un pueblo o un sitio cualquiera». En consecuencia, aunque generalmente se sobreentiende que una fortificación es una obra física, de acuerdo con la 1ª acepción, una fortificación no tiene por qué reducirse a estructuras constructivas, quizás las más visibles, sino que también implica y afecta igualmente a otros campos del sistema cultural, como el desarrollo tecnológico, en especial de las técnicas constructivas, la organización económica y social y la ideología, sin olvidar, explícitamente, el desarrollo de la tecnología guerrera, tanto de la poliorcética como de los aspectos estratégicos y logísticos que exige toda acción defensiva, con su evidente repercusión en el «paisaje fortificado».

Aún teniendo en cuenta lo dicho, la idea más generalizada es la de entender por fortificación las obras defensivas a las que hace referencia la acepción 2ª de la Real Academia Española. Normalmente, la existencia de estructuras defensivas entorno a grandes poblaciones se ha considerado uno de los rasgos propuestos para calificar un asentamiento como urbano (Andreev 1989: 169-170; Harris 1989: 379; Damgaard Andersen 1997: 347; Van't Lindenhout 1997: 299), lo que indica su carácter simbólico, además del defensivo.

En efecto, la interpretación de una muralla exclusivamente como un elemento de defensa «física» resulta demasiado simplista, ya que la muralla es algo más que un muro de piedra, pues ofrece también un alto valor como símbolo de fuerza y protección, relacionado con su simbolismo ideológico en cuanto límite sacro e inviolable de un asentamiento, como podemos observar, por ejemplo, en el caso de la muralla de Roma, fundada de acuerdo a un rito concreto (*etrusco ritu*) para delimitar la ciudad en su sentido sagrado, el *pomoerium*, siendo su violación motivo de castigo, como se observa en el sacrificio de Remo a manos de su hermano Rómulo por haber saltado el surco donde se erigiría la muralla (Rykwert 1985: 10-11). Este

mismo aspecto ideológico lo confirman los ritos de sacrificios de fundación relacionados con murallas, bien documentados en Oriente (Margueron 1998), donde la muralla tenía un sentido simbólico evidente, hasta el punto de que, más que una característica, en algunos casos, incluso era la propia imagen de la ciudad, como indican las representaciones egipcias, como los relieves de las ciudades conquistadas por Ramsés II en el templo de Karnak y por Ramsés III en Medinet Habu (Pritchard, 1973: fig. 91 y 95), o los relieves asirios, aún más explícitos, como las puertas de bronce del palacio de Salmanasar III (859-824 a.C.) en Balawat (King, 1915; Postgate, 1976) o los relieves del palacio de Senaquerib (704-681 a.C.) en Nínive (Layard, 1848; id. 1849; Barnett *et al.* 1999).

También en el Mediterráneo Occidental, lo mismo que en los *oppida* de la Edad del Hierro centroeuropea, la muralla trascendía su función defensiva (Bowden y McOmish 1987; Almagro-Gorbea y Gran Aymerich 1991: 218), pues se conocen casos de sacrificios y santuarios en relación con las murallas (Carandini 2006; 2006, e.p.; Carafa 2006 e.p.), además de la citada tradición romana del sacrificio de Remo. Un ejemplo muy llamativo es el reciente hallazgo de un *herðon* celta del siglo VI a.C. encastrado en la muralla en Peñahitro, Fitero, Navarra (Medrano y Díaz 2006), constituido por una casa de 10 m<sup>2</sup> con su hogar con huesos de pequeños animales y con un banco corrido, en la que apareció un cráneo humano con un rico ajuar, que incluía un casco, además de enterramientos de un niño de 4-5 años y de un bebé de meses igualmente hallados en la muralla (*El Heraldo*, 17.8.2006), todo lo cual debe interpretarse dentro del culto heroico al antepasado fundador y protector del poblado, situación que también podría plantearse para los túmulos embutidos en el interior de la muralla del castro de Mesas de Miranda, en Chamartín de la Sierra, Ávila (Cabré, Cabré de Morán y Molinero 1950: plano entre 90-91, 161).

En este sentido, podemos afirmar que, aunque el rango urbano de un hábitat depende de otras características además de la presencia de muralla, pues la existencia de ésta no siempre define un asentamiento urbano, todos los asentamientos urbanos poseen murallas, con la rara excepción de las ciudades romanas del Alto Imperio en Occidente y de las ciudades del Imperio Español que estaban fuera del alcance de los ataques marinos.

## 2. LAS FORTIFICACIONES DEL BRONCE FINAL

El Suroeste de la Península Ibérica, que corresponde aproximadamente con el territorio tartésico (Torres 2002: 11-15), poseyó una antigua tradición de fortificaciones defensivas de sus núcleos de población, al menos desde el Calcolítico, pues en la fase de Vila Nova de Sao Pedro y de Los Millares se desarrollaron muy complejos sistemas constructivos. Sin embargo, durante

la Edad del Bronce se desconoce la posible continuidad de dichas tradiciones, con alguna pequeña excepción, como Setefilla (Aubert *et alii* 1983: 127-128, 136), apenas suficiente para documentar su existencia.

Hasta muy recientemente, no había evidencias claras de la existencia de fortificaciones del Bronce Final, que cada día resultan mejor conocidas en Andalucía, documentándose ahora su presencia en Niebla, el Cabezo del Castillo de Aznalcóllar, Los Castrejonos de Aznalcóllar y existiendo serios indicios de su existencia en Carmona y Setefilla.

El conjunto de fortificaciones de **Niebla** es uno de los más importantes de la Península Ibérica, con murallas documentadas desde el Bronce Final hasta época almohade. La que se analiza a continuación es, obviamente la del Bronce Final, de la que se han hallado dos tramos: un primero en la zona de El Desembarcadero y un segundo junto a la puerta de Sevilla.

Ha sido en la zona de El Desembarcadero, donde en 1991 por primera vez se documentó la existencia en Niebla de murallas protohistóricas. La más antigua de éstas se corresponde con un muro de mampostería y barro (muro 7 del corte II-E y muro inferior del corte III) de gran espesor y muro exterior vertical (Pérez Macías y Bedia 1995: 380; Campos y Gómez Toscano 2001: 119-120 fig. 46). Este muro se asocia en sus primeros momentos de uso únicamente a materiales del Bronce Final fabricados exclusivamente a mano, apareciendo posteriormente las cerámicas fabricadas a torno (Pérez Macías y Bedia 1995: 381).

Aunque sus excavadores fechan esta muralla a inicios del siglo VII a.C. y uno de nosotros la situó en el siglo VIII (Torres 2002: 212), Campos y Gómez Toscano (2001: 133), fijan su construcción en la Edad del Bronce, idea que compartimos, ya que durante su primera etapa de uso sólo se asocia con cerámicas a mano de dicha cronología (*vid.* Pérez Macías y Bedia 1995: 381).

Igualmente, en la zona de la Puerta de Sevilla se documentó bajo los sistemas de fortificaciones anteriores un muro que se interpretó como un primer cerco de fortificación del Bronce Final (Campos y Gómez Toscano 2001: 130-131 figs. 62-64; Gómez Toscano *et alii* 2001: 113, 116-117 figs. 5-7, 119), hecho confirmado por una intervención posterior en la que se ha documentado la existencia de una muralla con bastiones semicirculares exteriores a trechos irregulares (Gómez Toscano 2006: 31, taf. 1:c).

No obstante, aunque esta muralla del Bronce Final se ha documentado únicamente en la zona de El Desembarcadero y junto a la Puerta de Sevilla, se ha sugerido que ésta sería continua y se amoldaría a la actual cota de +40 m, aunque no se haya documentado entre las dos zonas anteriormente reseñadas (Campos y Gómez Toscano 2001: 133), definiendo un asentamiento de unas 2 Ha (Gómez Toscano 2006: 31).

También en el **Cabezo del Castillo de Aznalcóllar** (fig. 1) se han documentado dos murallas que se han atribuido a época protohistórica (Hunt 1995: 448, 460



FIGURA 1.—Muralla del Bronce Final de El Castillo de Aznalcóllar (según Hunt 1995).

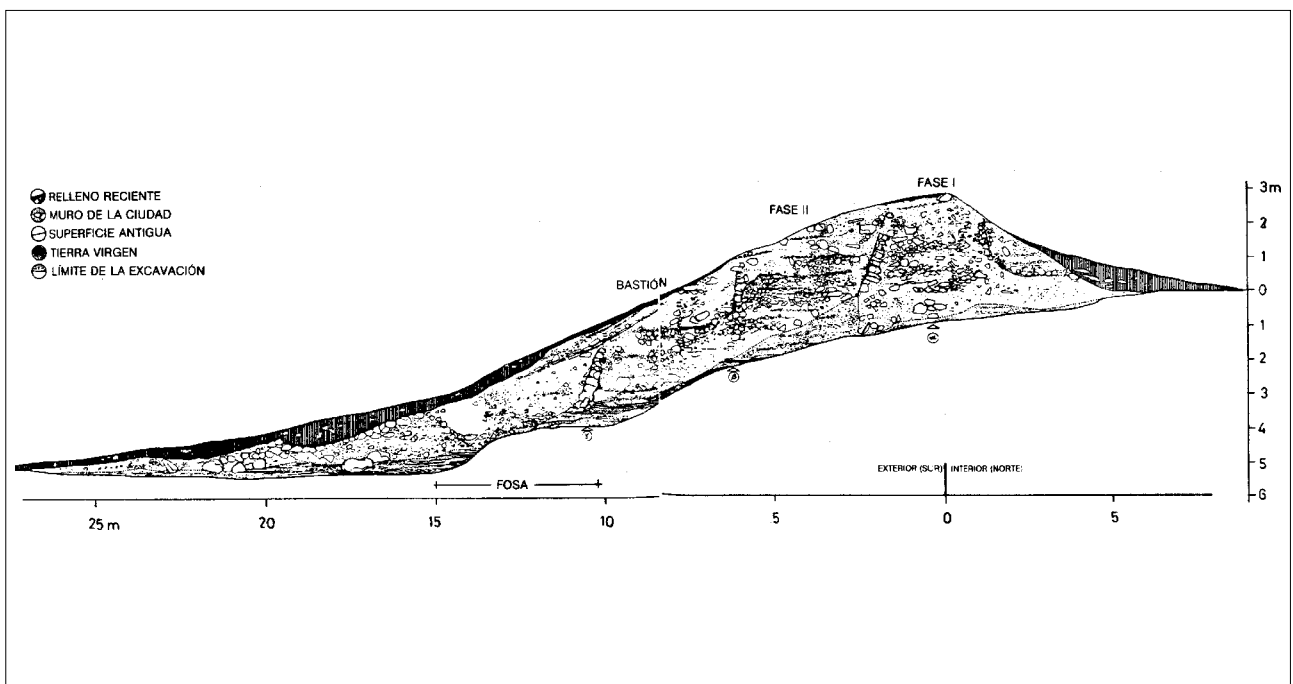


FIGURA 2.—Sección de la muralla de Tejada la Vieja (según Blanco y Rothemberg 1981).

foto 2; Gómez Toscano 1997: 191). Mientras Hunt (1995: 448) fecha ambas en el Bronce Final, al interpretar que ambas aparecen asociadas únicamente a cerámica a mano, Gómez Toscano (1997: 191-192 fig. 23; 2006: 30) atribuye una de ellas al Bronce Final por la misma razón, mientras que la segunda la fecha ya en el Período Orientalizante.

La escasa superficie del Cabezo del Castillo, inferior a 2 Ha, sobre todo en comparación al asentamiento de Los Castrejones, del que parece depender, sugiere que este yacimiento tenía una función especializada de control y defensa del territorio, lo que indica la existencia de jerarquización territorial ya desde este momento (Gómez Toscano 1997: 182; 2006: 28-29).

Por su parte, el mencionado yacimiento de los **Castrejones de Aznalcóllar** posee una muralla de más de 1200 m que circunda todo el asentamiento y que pudo presentar un único acceso o puerta, excepto los flancos meridional y oriental, defendidos por las escarpadas laderas que dan al río y por un profundo barranco respectivamente (Hunt 1995: 449; Gómez Toscano 1997: 103; 2006: 29), señalando Gómez Toscano (1997: 103, 182) la presencia de muros de menor entidad y peor conservados en el flanco sur.

La muralla, en talud, está construida con pizarras trabadas con barro y parece tener algunos torreones en el flanco noreste, alcanzando alturas de entre 7 y 20 m en la zona más oriental, en la que se reconoce una meseta artificial en el Cerro de la Era que debió funcionar como acrópolis (Gómez Toscano 1997: 182; 2006: 30), en el que se aprecian en su ladera otras líneas defensivas en talud (*ibidem*).

Esta muralla parece que debe fecharse en el Bronce Final, según demuestra la cerámica hallada en algunos de los paramentos defensivos del Cerro de la Era (Gómez Toscano 1997: 184).

Las fortificaciones de los dos asentamientos mencionados en fecha tan temprana ha de ponerse en relación con el control y el almacenamiento de la producción de las numerosas minas de plata y cobre que se encuentran en sus cercanías, ya explotadas con anterioridad a la colonización fenicia, aunque no de su presencia sistemática, como atestiguan los recientes hallazgos de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompart 2004).

Ya en el valle del Guadalquivir, se ha excavado en **Carmona**, bajo la Puerta de Sevilla, perteneciente a la fortificación de época púnico-turdetana, un bastión circular de mampostería en seco que podría fecharse en el Bronce Final (Amores 1979-80: 363; 1982: 114; Amores y Rodríguez Hidalgo 1984-85: 77 fig. 2), ya que, por encima y debajo del mismo, se documentaron cerámicas bruñidas propias del Bronce Final y fragmentos de boquique y de cerámica excisa propios del Bronce Tardío (Amores 1982: 114; Amores y Rodríguez Hidalgo 1984-85: 76, 88 fig. 5).

No obstante, la lectura estratigráfica de la excavación sugiere que la muralla podría ser ya de época

orientalizante, ya que el bastión se superpone a materiales del Bronce Final, pudiendo haber llegado aquellos que se superponen al bastión a través de la remoción de tierras necesaria para la construcción del mismo o con motivo de la construcción de la muralla púnica. Por tanto, aunque no es posible descartar la existencia de una muralla del Bronce Final en Carmona, los datos que poseemos por el momento no permiten confirmar dicha suposición.

Más dudas aún ofrece la existencia de una cerca del Bronce Final en **Setefilla**, donde sí existe, en cambio, una fortificación del Bronce Pleno (Aubet *et alii* 1983: 117-128 figs. 53-57, especialmente fig. 56).

Aunque no se han encontrado evidencias directas de una muralla del Bronce Final, encontrándose sellados unos contrafuertes correspondientes a la estructura defensiva del Bronce Pleno por una ocupación de esta época (Aubet 1989: 301, 303 fig. 3), al menos debió existir un muro de contención, si no una verdadera muralla, ya que, de lo contrario, los estratos del Bronce Final y de época orientalizante no se habrían mantenido *in situ*, y se hubiesen deslizado ladera abajo a causa de la erosión.

Dado que los escasos materiales publicados hallados en el estrato XI del corte 1 son de tipología precolonial y sin presencia de cerámica a torno fenicia, la posible muralla o muro de contención debió haberse erigido ya en el Bronce Final, ampliándose también la superficie anteriormente delimitada por la fortificación del Bronce Pleno.

Lo más destacado a la hora de analizar la existencia de fortificaciones durante el Bronce Final tartésico, es que las evidencias más claras proceden de la región de Aznalcóllar, una comarca muy rica en cobre y plata, lo que, ya de por sí, indica la importancia que el tráfico de metales había alcanzado durante el Bronce Final con anterioridad al establecimiento de los fenicios en la Península Ibérica.

Igualmente, las posibles murallas de esta época existentes en Niebla, Carmona y Setefilla se localizan en asentamientos de primer orden en la red de poblamiento, que parecen ubicarse también en las principales vías y cruces de caminos existentes en la región (Aubet 1977-78: 86).

Como se verá a continuación, este hecho está indicando la existencia, ya en este momento, de territorios bien delimitados y organizados políticamente (Ruiz Mata y González 1994: 216; Campos y Gómez Toscano 1995: 149-150) y ajeno a las comunidades aldeanas cuya existencia plantean algunos investigadores.

En conclusión, lo que se observa en las fortificaciones del Bronce Final es la elección de un emplazamiento estratégico que pretende tanto el dominio visual del territorio como aprovechar la topografía para optimizar la defensa, como se observa por ejemplo en Niebla, el Cabezo del Castillo y los Castrejones de Aznalcóllar. Las fortificaciones pretenden reforzar dicha topografía, que viene marcado por la elección de pla-

taformas naturales sobreelevadas respecto al terreno circundante, como se observa igualmente en la Etruria protourbana (Peroni 1969; 1979: 24-26; Guidi 1982; 1985; 1998; Pacciarelli 1989-90; 1991; 1994).

La técnica constructiva es muy simple, a base de mampostería y taludes ligeramente inclinados, constituyendo en todas las ocasiones muros macizos, que quizá recojan tradiciones ancestrales, frente a los dos lienzos paralelos rellenos con cascajo propios del período orientalizante. En algunos casos, como en Niebla, los lienzos normalmente continuos se refuerzan mediante bastiones (Gómez Toscano 2006: taf. 1). Los sistemas de defensa de las puertas aún no son conocidos, como apenas los referentes al *arx* o acrópolis, cuya existencia se conoce en el Cabezo de San Pedro de Huelva, pero no sus sistemas concretos de fortificación.

### 3. EL PERÍODO ORIENTALIZANTE

#### 3.1. La evidencia arqueológica

Aunque ya en el período anterior se documenta la existencia de murallas (*vid. supra*), es a partir de finales del siglo VIII A.C. cuando observemos una eclosión en la construcción de sistemas defensivos en las principales ciudades tartésicas, un cambio que se produce en consonancia con la progresiva generalización de las casas de planta cuadrada de tradición fenicia y la aparición de las primeras tumbas principescas.

La asociación entre estas murallas y estos nuevos rasgos urbanísticos indican que ahora sí obedecen a la plena adquisición de formas urbanas en los asentamientos tartésicos, con todo el valor simbólico y ritual que ello implica, ya que las murallas se asocian a yacimientos de cierta entidad, lo que indica que se tratan de un elemento más para resaltar su importancia y de expresar hacia el exterior su carácter urbano.

Técnicamente, estas murallas presentan características similares, con dos lienzos de muro construidos de mampostería separados entre sí, con el espacio entre ellos relleno de piedra y arena y unidos por tirantes internos para aliviar las presiones estructurales, adosándose al lienzo exterior un cuerpo de mampostería en talud al que, a su vez, se adosan en ocasiones bastiones de planta circular o rectangular.

Este tipo de muralla se extiende desde Huelva hasta el valle alto del Guadalquivir, documentándose incluso en el Albaicín, bajo la actual ciudad de Granada y emplazamiento de la antigua *Iliberis*, lo que implica una unidad de técnicas constructivas que reflejan la interacción entre las diferentes unidades políticas indígenas y la sincronía de los procesos socio-políticos en las mismas.

Así, entre finales del siglo VIII y finales del VI A.C., se documenta este tipo de fortificaciones en Niebla, Tejada la Vieja, Carmona, Cerro de San Cris-

tóbal de Estepa, Ategua, Torreparedones, Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar, Puente Tablas y Granada, aunque es muy probable su existencia en el resto de los principales asentamientos tartésicos. Por supuesto, sólo se mencionan aquellos yacimientos donde se han excavado murallas de esta cronología, aunque sin duda existían en todos los grandes *oppida* del valle del Guadalquivir y de la baja Extremadura.

En las recientes excavaciones efectuadas en **Niebla**, se atestiguó la presencia del ya conocido muro Droop (Droop 1925: 193-196 fig. 4, láms. XXXII-XXXIII), pero también de dos murallas de época tartésica (Pérez Macías y Bedia 1995).

La más reciente de éstas se corresponde con una muralla que los excavadores califican como de cajones y que relacionan con el muro Droop, fechado en el siglo V A.C. (*ibidem*: 380-381). Sin embargo, no hay que descartar que se trate de una muralla de casamatas fechable en el siglo VII A.C., según se desprende de los materiales hallados en niveles de habitación asociados a esta muralla (Gómez Toscano y Guerrero com. pers.), que corresponden bien con la cronología de los materiales que Pérez Macías y Bedia (1995: 378 fig. 3, 381) consideran como material de relleno de los cajones de la muralla.

No obstante, la existencia en Niebla de murallas protohistóricas de esta entidad indican la importancia de la ciudad en este momento, hecho que, con seguridad, podemos retrotraer al Bronce Final (Gómez Toscano *et alii* 1994; Campos y Gómez Toscano 1995), dado su emplazamiento sobre un vado del río Tinto en la vía natural de comunicación entre la ría de Huelva y la antigua desembocadura del Guadalquivir a la altura de Coria del Río y Sevilla.

También en **Tejada la Vieja**, se excavó una muralla de época tartésica, que rodea todo el asentamiento adaptándose a la topografía del cerro, con un contorno de 1640 m y englobando una superficie de 6.5 Ha, contando, al parecer, con cuatro puntos de acceso señalados con claridad por las condiciones del relieve (Blanco y Rothenberg 1981: 236-237).

Un corte transversal a la muralla, de 2.50 m de ancho, sirvió para documentar su estructura interna (fig. 2). Primero se abrió una zanja de cimentación en lo alto de la colina de unos 3.40 m de anchura y 1.22 de profundidad inclinada en el sentido de la pendiente. En ella se erigió un primer lienzo de muralla de unos 2.83 m de altura que constaba de dos paramentos paralelos, el exterior en ligero talud, construidos con grandes bloques calizos dispuestos en seco, rellenándose el interior entre ambos con acarreo de tierra, piedra y cerámicas hasta colmatar este espacio. Apoyándose en las hiladas inferiores del lienzo exterior se dispusieron dos hileras de lajas que formaban un pie de amigo, aunque su uso no ha sido documentado a lo largo de todo el perímetro de la muralla (Blanco y Rothenberg 1981: 237-239 figs. 246-249; García Sanz 1987: 96-97).



Se ha propuesto que la muralla se construyó a finales del siglo VIII A.C., en una fase paralelizable a la I/II de San Bartolomé de Almonte, con mayoría de cerámica a mano y escasos fragmentos atípicos a torno (García Sanz 1987: 103-104), una fecha que habría que adelantar ligeramente, de fines del siglo IX a inicios del VIII A.C., si se usa la cronología del carbono 14 calibrado y las correlaciones con la secuencia dendrocronológica suiza. Esta fecha no desentonaría con algunos de los materiales de la fase I de Tejada, como los cuencos carenados de borde vertical (Fernández Jurado 1987: lám. XXV:6-9) o los vasos bicónicos (*ibidem*: lám. XXVI:4), asociados a algunos materiales a torno, ya que es en esta fase cuando parece construirse el zócalo inferior de la muralla (García Sanz 1987: 125). No obstante, Gómez Toscano (1997: 221; Campos y Gómez Toscano 2001: 143) plantea que su construcción puede ser más tardía, de fines del siglo VII A.C. en concreto, tras en un exhaustivo estudio de las estratigrafías publicadas.

A este primer lienzo de muralla se adosa en su cara externa un segundo paramento de 3.60 m de anchura y también con paramento en talud, esta vez construido con pizarras mejor rebajadas, pero también dispuestas en seco. El espacio entre el nuevo paramento en talud y la muralla original se rellenó mediante capas de piedra de entre 40 y 70 cm de espesor que alternaban con otras de tierra de unos 30 cm (Blanco y Rothenberg 1981: 240; García Sanz 1987: 98).

Esta segunda muralla estaba, de tanto en tanto, reforzada por bastiones o contrafuertes de planta rectangular y circular que usan la misma técnica constructiva que los lienzos de muralla. La función de estas estructuras sería reforzar la integridad estructural de la muralla, ya que la técnica utilizada no es muy sólida y requeriría frecuentes reparaciones (García Sanz 1987: 98).

Por su parte, la construcción del paramento externo de la muralla y los bastiones asociados a éste se fechan a fines del siglo VI a.C., según se deduce de la presencia en el corte B-2, en un nivel sellado por uno de los bastiones, de un ánfora samia (*ibidem*: 103 y lám. 10:1) y del numeroso material de este momento hallado en los cortes realizados extramuros (Fernández Jurado 1987: láms. I-XXV).

Ello indica que el poblado refuerza en este momento sus defensas, tal vez en relación con el período de inestabilidad sufrido en el tránsito entre los períodos Orientalizante y Turdetano.

Por último, sobre estos zócalos de piedra se elevaría una superestructura de adobe o tapial que serviría para recrecer la altura total de la muralla y cuyo derrumbe se ha documentado en los diferentes cortes estratigráficos realizados (*ibidem*: 99).

En **Carmona**, Sevilla, en las excavaciones efectuadas en la calle Higueral 2, se documentó la existencia de un muro con aparejo mixto de sillares y mampostería idéntico al del Cabezo de San Pedro que, por

su contexto arqueológico, ha sido fechado en la segunda mitad del siglo VI A.C. (Cardenete *et alii* 1990; Belén *et alii* 1993).

Sus excavadores (Cardenete *et alii* 1990: 263) han considerado que se trataría de un muro defensivo, dado que su grosor, 1.10 m, es demasiado grande en comparación con el hallado en estructuras habitacionales.

No obstante, Moret (1996: 540) no cree que se trate de una estructura defensiva, precisamente por su escaso grosor, ya que las murallas tartésicas conocidas poseen mayores dimensiones, opinión que compartimos. Igualmente, el hecho de que esta estructura se localizara en el interior del área urbana de Carmona (Belén *et alii* 1993: fig. 2) sugiere que no podría formar parte de su muralla, tratándose quizá de un muro de aterramiento para regularizar la superficie de habitación o quizá el muro de delimitación del *arx*, hecho documentado en el Cabezo de San Pedro de Huelva con un muro de idénticas características constructivas.

Igualmente, en el **Cerro de San Cristóbal (Estepa, Sevilla)**, se documentó un tramo del paramento externo, de unos 4.5 m de longitud, y uno de los muros perpendiculares de una muralla de tirantes o casetones que se ha fechado en el siglo VII a.C. (Juárez, Cáceres y Moreno 1998: 20-21 foto inferior).

Técnicamente, la muralla se aseguró mediante una fosa de cimentación, estando formada por dos paramentos: un grueso muro de mampostería de paredes rectas al que se adosa un cuerpo de refuerzo inclinado en forma de talud construido con grandes bloques ciclópeos de piedra caliza.

La muralla conserva una altura de unos 2 m y una anchura de 2.20 m en la base y 1.50 en la parte superior, pero debió ser mucho mayor, ya que no se ha documentado su paramento interno.

También en **Ategua** se halló una muralla de esta cronología en el corte II de la excavación de Blanco en busca del *agger* usado en el asedio de esta ciudad durante la *Guerra Civil* entre César y los hijos de Pompeyo.

Se trata de una muralla de unos 2 metros de espesor fabricada de grandes piedras calcáreas sin labrar, seguramente procedentes de la cantera abierta en uno de los costados de la acrópolis, mezcladas con tierra (Blanco 1983: 125, 129 fig. 14; Moret 1996: 529). Por el momento sólo se ha documentado un paramento de muralla, por lo que no se sabe si pertenece a una construcción de las mismas características que las excavadas en Tejada, Estepa, etc., con doble paramento, o, por el contrario, se trataba de un único muro macizo de piedra.

La muralla se embutía y se apoyaba en el estrato 8 de este corte, en el que, según Blanco (1983: 126), había cerámica de pastas negras bruñidas, con cuencos de carena muy acusada y sin presencia de cerámica a torno.

De ello se colige que la fecha de la muralla es ya orientalizante, dado que los estratos que apoyan en la



FIGURA 3.—*Muralla de Puente Tablas (según Moret 1996).*



FIGURA 4.—*Vista del territorio del oppidum tartésico de Medellín.*

misma contienen las típicas producciones de esta época como cerámicas grises, de barniz rojo y a mano con decoración digitada y a peine (*ibidem*: fig. 13: 9-28).

Aunque ninguno de ellos proporciona una cronología segura, sirven al menos para fechar la construcción de esta muralla en algún momento del siglo VIII A.C. o inicios del VII, apuntando Moret (1996: 529) una fecha entre 725-700 A.C.

En **Torreparedones**, se presupone la existencia de una muralla antigua, fechada por los excavadores en el siglo VII A.C., bajo los restos de la muralla que ellos datan en el siglo VI A.C., según deducen de las evidencias proporcionadas por las fases 8 y 9 del corte 3 efectuado en este yacimiento, junto a la puerta del siglo IV A.C. (Cunliffe y Fernández Castro 1999: 56, 58, 68).

En el 600 A.C. fechan, en este mismo sector, un tramo de muralla ataludada de 6.8 m de anchura y una altura conservada de 2.8 m construida de mampostería (*ibidem*: figs. 3.17-3.20, 59, 71) con piedra calcárea local trabajada para formar bloques toscamente escuadrados que tienden a formar hiladas regulares (Moret 1996: 526-527 fig. 94, 583 pl. XXV).

No obstante, en un primer momento, esta muralla fue fechada en la primera mitad del siglo VII A.C. (Cunliffe y Fernández Castro 1993: 152-153, 155), de forma acertada, como demuestran los materiales más antiguos asociados a ésta (Cunliffe y Fernández Castro 1999: figs. 4.68-4.69).

Adicionalmente, en el corte 1, en el sector del santuario, se ha documentado un tramo de muralla de las mismas características que la anterior, con 7 m de espesor y 2.6 m de altura conservada, construida con dos paramentos paralelos rellenos de piedra y dividida mediante tirantes, aunque en, este caso, reforzada al exterior con torres de planta cuadrangular (*ibidem*: 40, figs. 3.1-3.3, 46, 48), construida en su fase 3, fechada en el siglo VI A.C.

También en el **Cerro de las Cabezas** (Fuente Tójar, Córdoba), la antigua *Illiturgicola*, se ha documentado una muralla con dos paramentos separados entre sí unos 6 m, el interior vertical y el exterior en talud, contruidos con bloques de gran tamaño de piedra caliza escasamente labrados, por lo que fueron necesarios numerosos ripios para permitir su ensamblaje. El espacio entre ambos paramentos se relleno mediante el aporte de tierra y grandes piedras del mismo tipo usado para la construcción de la muralla (Vaquerizo, Murillo y Quesada 1993: 121-122; 1994: figs. 19-23, 75).

La cronología de la muralla viene determinada por los materiales de la UE 29, ya con un 70% de la cerámica a torno, presentando algunas piezas una decoración de círculos concéntricos que nos están hablando ya de un momento fechado en el siglo VI A.C. (*ibidem* 1993: 122; 1994: 110), pero con una pervivencia significativa de cerámica a mano (*ibidem* 1993: 122; 1994: 93 y ss.), aunque desgraciadamente no se publica el material, lo que permitiría realizar ulteriores valoraciones.

Posteriormente, a esta muralla original se le adosó por el exterior un tercer paramento, con un acentuado talud pero usando las mismas técnicas constructivas, rellenándose de nuevo el espacio resultante de tierra y piedras, en un momento ya avanzado del siglo VI, fecha que coincide con el reforzamiento de las murallas que también se produce en Tejada la Vieja mediante la técnica de adosar otro lienzo en talud a la primitiva cerca (Vaquerizo, Murillo y Quesada 1994: 76-77, 81).

Igualmente, en **Puente Tablas** (fig. 3), ya en el alto Guadalquivir, se han excavado dos murallas superpuestas fechadas en el Período Orientalizante y que definían una superficie interna de 6 Ha. (Moret 1996: 512, 582 pl. XXIV:1).

La muralla más antigua, de piedra calcárea sin trabajar, se fecha en el siglo VII A.C., aunque no ha podido documentarse perfectamente su estructura al estar cubierta en su mayoría por las fortificaciones posteriores (*ibidem*).

La cronología de la segunda de las murallas ha sido fijada por sus excavadores en el siglo VI A.C. La muralla está construida mediante tres lienzos de muro: dos verticales en el interior y el exterior, y otro exterior en talud. El material usado son piedras calcáreas locales de forma irregular. La muralla está embutida en una fosa de fundación excavada en la propia roca virgen o en niveles de habitación anteriores. Encima del paramento de piedra, se elevaba una superestructura de adobe que alcanzaba los 5 m de altura (Moret 1996: 512-513 fig. 92; 582 pl. XXIV:1-2).

También en **Granada** se han localizado otro tramo de muralla con las mismas características constructivas de las ya mencionadas más un segundo incierto y con una técnica edilicia distinta de los anteriores.

El primero de ellos se ha documentado en una longitud de alrededor de 30 m, con al alzado conservado de 4 m y una anchura en su parte superior entre 5 y 7.5 m, a lo que habría que sumar el talud, que alcanza en su base los 4 m de anchura, elevándose sobre el talud un alzado de tapial y adobe (Casado *et alii* 1998: 139-140 figs. 2-5).

La cronología de la muralla se fija en la segunda mitad del siglo VII A.C., según demuestran los materiales asociados al zócalo de la muralla, con platos de cerámica gris, de engobe rojo y ánforas (*ibidem*: 141).

Otro tramo de muro, situado en el Callejón del Gallo en el Albaicín, ha sido también interpretado como posible muralla o, en todo caso, como un muro perimetral del hábitat.

Se trata de un lienzo de 15 m de longitud con una anchura media de 1 m que en algunos tramos conserva hasta 80 cm de altura, en el que se abría un vano de acceso de 1.55 m de ancho. Su técnica constructiva se encuentra a medio camino entre la mampostería y el tapial, ya que se usaron piedras de medio tamaño en una matriz de tierra y barro (Adroher *et alii* 2002: 210-213 figs. 1-2 lám. I).



FIGURA 5.—Chora del oppidum de Medellín, con organización radial de sus comunicaciones.

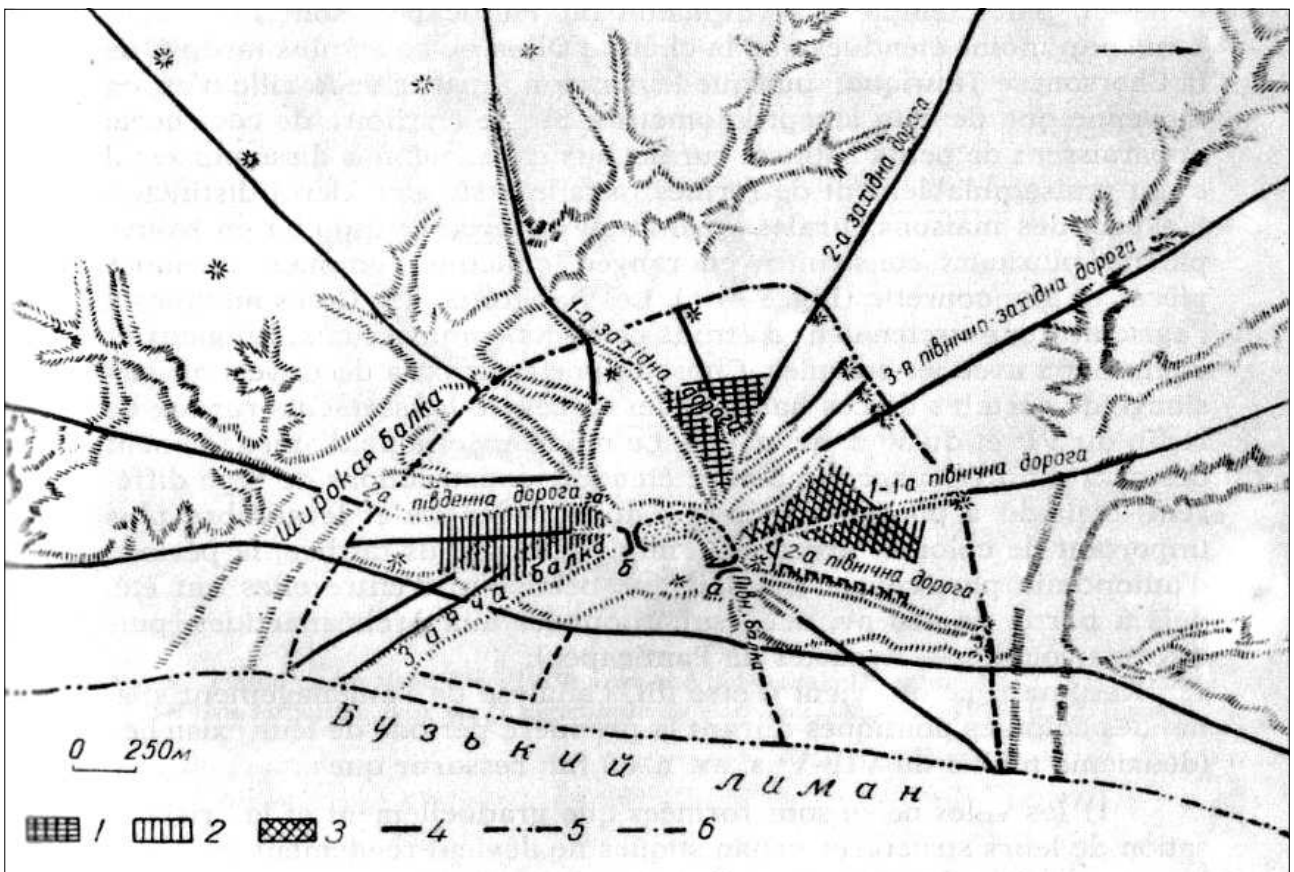


FIGURA 6.—Chora de la colonia griega de Olbia en el Mar Negro, con organización radial de las comunicaciones (según Wasowicz 1983).

Sus excavadores han fechado la construcción de este muro en 675-650 a.C., siendo por tanto coetáneo a la muralla en talud, permaneciendo en uso hasta *circa* 600 A.C. (*ibidem*: 210, 214). No obstante, las características constructivas del muro permiten considerarlo más bien un muro perimetral que una muralla.

Finalmente, también en **Medellín** existía una muralla orientalizante documentada por un terraplén todavía observable en el terreno. Por tanto, se ha propuesto que esta muralla orientalizante debió ser destruida *circa* 525 A.C., en concreto a partir de las evidencias proporcionadas por el estrato IV de la Cata Este del Teatro (Almagro-Gorbea 1977: 421, 480) y del estrato 7 del corte 2 de la campaña de 1991 (Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 112), en los que existen numerosos restos de adobe que se ha supuesto pudieron pertenecer a su alzado.

El desarrollo urbano en el Período Orientalizante también se observa en la tecnología defensiva. Se añade a la tradición del Bronce Final nuevas tecnologías procedentes de Oriente que llegan a través del mundo fenicio, cuyo mejor ejemplo podría ser el muro de *ashlar* del Cabezo de San Pedro (Ruiz Mata, Blázquez y Martín de la Cruz 1981: 179-189 figs. 22-23, láms. II-III), que debió corresponder al *arx* de *Onuba*.

Otra novedad es la aparición de poblaciones en llano, como el Cerro Macareno (Pellicer *et alii* 1983) y el Palomar de Oliva de Mérida (Ortega y Jiménez Ávila 2001), pero no consta que estuvieran fortificadas. Sin embargo, sí que vale la pena señalar que el desarrollo urbano hacia el llano de la ciudad de Carmona supuso que la muralla se apartara del perímetro de la muela sobrelevada para cercar la parte urbana de la zona baja de la ciudad.

La fortificación sigue aprovechando la topografía favorable, en muchos casos siguiendo el trazado del Bronce Final como en Niebla y, posiblemente, en Carmona. Como novedad en la técnica constructiva se ha documentado los muros de casetones erigidos mediante dos muros paralelos con tirantes transversales y rellenos de cascajo, adosándose por su cara externa un paramento en talud. Igualmente se documenta el uso de fosos en V, como en Tejada la Vieja (Blanco y Rothenberg 1981: 235-237 fig. 247, 240). Los lienzos se refuerzan de manera sistemática con bastiones tanto de planta semicircular como, sobre todo, de planta rectangular, que servirían de base para la construcción de torres.

Sin embargo, sí se ha planteado la existencia de puertas en las murallas de este momento, ya que Blanco y Rothenberg (1981: 235-237 fig. 246) sugieren la existencia de cuatro en Tejada la Vieja, algunas de ellas flanqueadas por torres, y Moret (1996: 512-513 fig. 92) y Escacena (2002: 85-86 fig. 2) plantean la existencia de otra entre las torres 1 y 2 de la muralla de Puente Tablas, aunque este último investigador sugiere que las mismas se encontrarían por encima del nivel del zócalo de la muralla (*vid. infra*).

### 3.2. Poliorcética tartésica y poliorcética fenicia

Dentro del proceso orientalizante acaecido en el sudoeste de la Península ibérica por la interacción entre fenicios e indígenas, cabe considerar como un caso más la adopción de la muralla de doble paramento unida mediante tirantes y rellena de tierra y cascajos con un cuerpo en talud adosado al exterior como un elemento más del mismo (Moret 1996: 194 y ss.; Escacena 2002; 2005: 198 y ss.; Torres 2002: 268).

Así, este tipo de muralla, característica de los asentamientos tartésicos desde fines del siglo VIII A.C., cuenta con buenos paralelos en el mundo colonial fenicio, especialmente en la Fonteta, a fines del VII (Azuar *et alii* 1998: 113-117 figs. 3-5, láms. I-III; González Prats 1998: figs. 5-6), el Cerro Alarcón de Toscanos (Niemeyer 1985: 117; Schubart 2000: 271 y ss., figs. 4-5 y 7-8, láms. 1:b-5 y 7-8), *circa* 600 a.C. o poco después, y, casi con seguridad, el Castillo de Doña Blanca, aunque aquí sólo se ha podido documentar el paramento exterior de la muralla de finales del siglo VIII A.C., que ya contaba con los bastiones y torres tan característicos de otras murallas del ámbito tartésico (Ruiz Mata y Pérez 1995: lám I:d; Ruiz Mata 2001: 264 fig. 2).

Este tipo de construcción ha sido interpretado por Escacena (2002: 85; 2005: 199) como el glacis de la muralla, en la tradición de las fortificaciones del Bronce Medio del área palestina (Kempinski 1992a: 175-176 figs. fig. 6.11:1-2), aunque este término sirve normalmente en Próximo Oriente para denominar estructuras de fortificación mucho más masivas que las documentadas en la Península Ibérica, estructuras que ocupan toda la ladera del cerro donde se ubica la ciudad (*ibidem*: 175-176 fig. 6.11:2). Sin embargo, esta interpretación explicaría la inexistencia de vanos en estos lienzos que puedan ser interpretados como puertas, ya que los accesos se encontrarían sobre el nivel del zócalo y, presumiblemente, entre dos torres cercanas (Escacena 2002: 85, 89; 2005: 202).

Este uso de bastiones y torres en las murallas fenicias de Castillo de Doña Blanca y la Fonteta cuenta también con buenos ejemplos en el ámbito tartésico, como se documenta en Tejada la Vieja, adosados al lienzo erigido en el siglo VI a.C. (Blanco y Rothenberg 1981: figs. 250-251; García Sanz 1987: 98 y ss., 104), en Torreparedones, donde se han excavado torres de planta cuadrangular fechadas en el siglo VI a.C. (Cunliffe y Fernández Castro 1999: 40, figs. 3.1-3.3, 46, 48), y en Puente Tablas, también en el siglo VI a.C. (Moret 1996: fig. 92). No obstante, el uso de bastiones parece anterior al Período Orientalizante, ya que se ha documentado su uso en las murallas del Bronce Final de Niebla (Gómez Toscano 2006: 31, taf. I:c) y los Castrejones de Aznalcóllar (Gómez Toscano 1997: 182; 2006: 30), por lo que existiría continuidad en el uso de este elemento defensivo.

El uso de fosos también parece haberse adoptado del ámbito colonial fenicio, donde se conocen en el

Castillo de doña Blanca, en este caso triple y asociado a la muralla del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 105, 108 fig. 33; Ruiz Mata 2001: 264-265 figs. 2-3, lám. 6), y en Toscanos, donde ya está activo en la fase I-II o II, de fines del siglo VIII a.C. (Niemeyer 1985: 116). En el ámbito tartésico, por el momento, sólo se conoce su uso en Tejada la Vieja (Blanco y Rothenberg 1981: fig. 247).

En resumen, la adopción de las técnicas poliorcéticas fenicias se documenta con seguridad desde inicios o mediados del siglo VII a.C., existiendo algunas dudas para los ejemplos considerados más antiguos (fechados a fines del siglo VIII a.C.) como Tejada la Vieja, cuya muralla podría ser de fines del siglo VII o inicios del VI a.C. (Gómez Toscano 1997: 221; Campos y Gómez Toscano 2001: 143) o Ategua, donde no se ha documentado una muralla que se corresponda con el tipo tartésico más extendido con doble paramento paralelo y cuerpo exterior en talud, aunque ello no es óbice para que puedan documentarse ejemplos claros en un futuro. Hay que señalar además como la difusión de este tipo de fortificación fue muy rápido, ya que en el siglo VII a.C. se documentan estas murallas en emplazamientos tan interiores como Puente Tablas y Granada.

Esta misma idea ha sido propuesta muy acertadamente por Escacena (2002: 87 y ss.; 2005: 198 y ss.) basándose en el marco teórico de la Arqueología evolutiva. Tras realizar un exhaustivo análisis de la evidencia arqueológica, este autor llega a la conclusión de que existe una ruptura entre las técnicas de fortificación del III y el II milenio a.C. y las documentadas en el Período Orientalizante tartésico, tras descartar la existencia de fortificaciones en el Bronce Final tartésico (*ibidem*: 88).

No obstante, quizá la ruptura propuesta por Escacena no haya sido tan brusca, ya que la cerca fenicia de Niebla existía ya en dicha cronología y además presentaba ya el uso de bastiones (Gómez Toscano 2006: taf. I:c), lo que quizá se explique por la primera adopción de elementos arquitectónicos fenicios durante el Bronce Final, como demostraría la propia muralla de Niebla y el muro de pilares de sillares y lienzos de mampostería del Cabezo de San Pedro, que parece ser también de época precolonial, pero cuando ya los fenicios estaban frecuentando en emporio onubense en el siglo IX a.C. (González de Canales, Serrano y Llompart 2004).

#### 4. POLIORCÉTICA: MURALLAS Y EJÉRCITOS

No obstante, una ciudad, aunque posea muralla, no se defiende con eficacia ella sola, pues es necesario valorar el factor humano, lo que requiere realizar un cálculo, aunque sea aproximado, de qué cantidad de soldados podría movilizar una ciudad tartésica en caso de necesidad.

Hemos barajado como hipótesis una horquilla de 100-200 habitantes por hectárea, lo que en el caso de una ciudad de unas 20 Ha como Niebla, arroja un total de unos 2000-4000 habitantes. Este cálculo se encuentra en consonancia con los 100 habs./Ha estimados por F. Hassan (1981: 241) para la población de los centros urbanos y los 200 habs./Ha propuestos por R. Mc. Adams (1965: 41, 123) para las antiguas ciudades mesopotámicas, aunque para el caso de Israel y el área palestina, cuyo urbanismo ofrecería los mejores paralelos para el Tartessos orientalizante, se ha barajado una *ratio* de 100 habs./acre, equivalente aproximadamente a 250 habs./Ha. (Dever 1995: 418).

Asumiendo que un tercio de los varones (éstos aproximadamente un 50% de la población) es una cantidad razonable de las personas que podrían estar en armas, dada la estructura urbanística y demográfica de estas poblaciones, la cifra obtenida se sitúa entre los 350 y los 1300 defensores teóricos, a los que habría que añadir un contingente adicional procedente de las campañas circundantes y/o mercenarios, pudiéndose asumir un total de unos 400-1500 soldados.

Una ciudad de 20 Ha tendría una muralla de una longitud teórica de unos 1800 m, casi con seguridad algo más, lo que nos llevaría a una proporción de un defensor por cada 1.5-4 m de muro, quizá algo más. Por ello, para asaltar estas grandes ciudades sería necesario un contingente proporcional que cabe considerar como bastante numeroso.

En este sentido, otra interesante cuestión es precisar qué cantidad de guerreros sería necesaria para asaltar estas fortificaciones, lo que evidentemente parece estar en función de la cantidad de defensores y del trabajo realizado para construir la fortificación. Si asumimos que un defensor fortificado tras las murallas equivale a 3/5 atacantes, el rango del ejército atacante debería estar en un mínimo de 1200 hombres y un máximo de 7500 para una ciudad de unas 20 Ha como la ya mencionada de Niebla, salvo golpes de mano y/o colaboraciones internas de grupos gentilicios, factores ambos que deben tenerse siempre en cuenta.

Esta cantidad sólo estaría al alcance, y con dificultad, de los grandes centros de más de 40 Ha como Mesas de Asta, Carmona (Almagro-Gorbea 1987: 24 fig. 4, 30; Moret 1996: 539, 547) y, quizá Huelva, a la que actualmente se le atribuye una superficie de unas 35-40 Ha (Gómez Toscano 2006: 37), o por coaliciones entre diferentes ciudades.

Igualmente, la existencia de estas potentes fortificaciones haría necesaria para asaltarlas la existencia de máquinas de asalto, como el ariete, que según algunos autores fue ideado por los ingenieros púnicos en un asalto a *Gadir* (Vitruvio, *de arch.* X, 131-132; Ateño IV, 9, 3). El uso de estos artilugios están bien atestiguados en Oriente, donde se representan en uno de los relieves del palacio de Senaquerib con el asalto a Lachisch (Ussishkin 1982: 82 fig. 68).

Sin embargo, la existencia de estas máquinas durante el Período Orientalizante no deja de ser una mera suposición razonable, ya que no se han hallado pruebas arqueológicas que lo confirmen.

El asalto de este tipo de fortificaciones también elevaría el valor estratégico de los arqueros, ya que permitiría apoyar el asalto de la infantería, que seguramente utilizaría escalas para ascender a las murallas como también representan algunos relieves de época neosiria (Hrouda 1965).

De estos hechos se deduciría una hipótesis interesante: sólo los centros de más de 10 Ha, con capacidad de movilizar de 170 a 350 guerreros, serían viables como unidades políticas independientes, ya que exigirían para sojuzgarlas ejércitos del orden de 500 a 1750 guerreros, cantidad sólo al alcance de los mayores *oppida* tartésicos. Este cálculo puede tener profundas implicaciones a la hora de analizar el teórico mapa político del mundo tartésico y de su «paisaje fortificado».

Por supuesto, tal debe considerarse el caso si cada ciudad funcionaba como una entidad política unitaria, lo que no está claro, ya que las milicias gentilicias de cada señor con sus clientes, formarían una parte importante del ejército, probablemente siendo incluso capaces de emprender guerras propias, como es bien conocido en el caso de la *gens Fabia* en Italia (Liv. II, 48-50).

Este tipo de organización militar debió existir también en Tartessos, pudiéndonos hacer una idea de las mismas a partir de representaciones etruscas en las que se ve al *paterfamilias*, en el carro, precedido por sus clientes equipados como hoplitas (Menichetti 1994: láms. 53-56), un magnífico ejemplo de este tipo de tradición de origen orientalizante y del alto arcaísmo que acaba en el *triumphum* romano, en el que el general victorioso penetra en la ciudad sobre el carro que anteriormente transportaba y simbolizaba al *rex*. A la misma idea conducen los palacios-fortín, que cabe suponer eran sede de elites sociales (*vid. infra* §5).

Sería una combinación de estas milicias gentilicias con las urbanas, formadas por individuos sin lazos clientelares los que conformarían el grueso del ejército, con las tensiones y problemas que ello generaría entre la diversidad de intereses militares, políticos y económicos que existirían entre los aristócratas y sus clientes y el resto de la población.

Estos son los contingentes con los que los fenicios deberían enfrentarse en el caso de querer invadir el valle del Guadalquivir. Si Mesas de Asta podía movilizar entre 600 y 1200 incluyendo los contingentes de la campiña, los fenicios necesitaban para tomar la ciudad, seguramente amurallada, entre 3000 y 12000 guerreros, un aporte humano difícilmente asumible por *Gadir* y por el conjunto de las colonias del sur peninsular. Ello permite plantear que existiría cierto equilibrio de fuerzas entre ambas etnias, aún aceptando que los fenicios podrían poseer mejor equipo militar y

mayor capacidad de actuación política y control indirecto, siendo únicamente a partir del siglo V a.C. el posible apoyo de Cartago (Barceló 1988: 147 y ss.; Koch 2000; 2001) lo que permitiría romper dicho equilibrio de fuerzas.

Igualmente, un posible indicio de la capacidad tartésica de enfrentarse a los fenicios podría encontrarse en la noticia tardía de Macrobio (*Saturnalia* I, 20, 12), que narra el ataque a Cádiz por parte de Theron, rey de la Hispania Citerior, cuya flota fue rechazada por los gaditanos con la ayuda divina del propio Hércules, aunque no existen pruebas ciertas de que este episodio pueda colocarse en época tartésica (Alvar 1986: 175).

## 5. EL «PAISAJE FORTIFICADO»: LA FORTIFICACIÓN DEL TERRITORIO EN PROFUNDIDAD

Para comprender el concepto tartésico de «paisaje fortificado» hay que tener en cuenta que las fortificaciones orientalizantes formaban parte de un sistema defensivo que implicaba una organización defensiva en profundidad de todo el territorio, relacionada con la estructura de la sociedad tartésica, claramente jerarquizada, y que se corresponde perfectamente con la idea de «paisaje fortificado». Esta defensa dinámica y en profundidad, que complementa nuestra visión sobre las fortificaciones orientalizantes, se ha analizado recientemente en el territorio de Medellín (Almagro-Gorbea, Mederos y Torres 2006, e.p.), aunque cabría generalizarla a muchas otras ciudades-estado tartésicas.

Esta organización «dinámica» estaba estructurada en torno a las ciudades, que constituían el centro económico, administrativo, político y, por consiguiente, militar, vinculadas a un sistema socio-político e ideológico basado en el monarca, que habitaría en el palacio situado en el *arx*, como alude la *Ora Maritima* de Avieno (vv. 263, 304), siguiendo una tradición de origen oriental extendidas en el Periodo Orientalizante por todo el Mediterráneo, pues también se atestiguan en Etruria y el Lacio arcaicos (Quilici 1979: 184 s.).

Para comprender esta defensa dinámica y en profundidad es necesario valorar, además de las ciudades o poblaciones fortificadas, un nuevo concepto, el de «palacio-fortín» o «palacio rural», recientemente identificado en Tartessos (Almagro-Gorbea e.p.) y que servían para proteger el territorio perteneciente a las altas elites sociales. Ejemplos bien conocidos, aunque muchas veces mal interpretados, pueden considerarse Cancho Roano (Almagro-Gorbea, Domínguez de la Concha y López Ambite 1990) o La Mata (Rodríguez Díaz (ed.) 2004) en Extremadura, así como, probablemente, las más antiguas *turres* de la Andalucía Oriental (Fortea y Bernier 1970; Ruiz *et alii* 1983; Ruiz y Molinos 1984), que permitían extender el control territorial fuera de la *chora* o territorio inmediato (figs. 4-6), hacia zonas colonizadas no visibles directamente des-

de la población central, bien en buenas tierras agrícolas sin posibilidades de fortificación natural o bien en áreas abruptas o para controlar zonas de paso (Almagro-Gorbea, Mederos y Torres e.p). La misma estructura supone en la Baja Andalucía la *Turris Lascutana* (Mangas 1977; García Moreno 1986), esto es, el «Palacio-fortín de *Lascuta*», cuyos siervos dependían de elites dirigentes de la ciudad de *Hasta Regia*, según se deduce del Bronce de Lascuta (*CIL* 2, nº 5041; Almagro-Gorbea 1996: 69), que evidencia la estrecha relación entre estas residencias fortificadas y la estructura social. Desde el punto de vista constructivo, es interesante que estos edificios ofrecen una serie de características constructivas defensivas que se repiten reiterativamente y que indican su función defensiva, paralela a la palacial o residencial (Almagro-Gorbea, e.p.), cuyo mejor ejemplo puede considerarse Cancho Roano (Celestino, 2001; Celestino *et al.*, 1993-2003). Estos edificios ofrecen un foso periférico en V, generalmente de 3 a 5 m. de profundidad, también presente en Toscanos, Abul, La Mata, etc., elemento muy característico de estas fortificaciones. Además, el muro periférico queda cerrado al exterior, salvo la puerta, defendida por una o dos torres, que servirían además para controlar visualmente el territorio circundante, torre que, en Cancho Roano, pueden considerarse de tipo *migdal* (fig. 7). Este yacimiento ofrece, además, otras dos estructuras defensivas que aparecen en sus paralelos orientales: una es un pequeño glacis que refuerza

el muro interno y otra la serie de habitaciones, dispuestas a modo de muralla de casamatas, que constituye una especie de recinto exterior, que, a juzgar por los ajuares «domésticos» que ofrecían, cabría interpretar que pudo haber sido utilizado como harén (Almagro-Gorbea 1999).

Este tipo de fortificaciones rurales tartésicas tiene sus mejores paralelos conocidos en el Mediterráneo Occidental en los palacios documentados en Etruria, como el de Murlo (Nielsen y Phillips 1985; Gaummond 1997; Nielsen y Tuck 2001; Torelli 1983; 1985). Sin embargo, el origen de este tipo de construcción defensiva debe buscarse en construcciones muy similares de la región sirio-fenicio-palestina (figs. 9-10), fechables a partir del Bronce Reciente (Kempinski 1992), aunque su generalización corresponde ya a la Edad del Hierro (Meshel 1992). Los abundantes ejemplos conocidos permiten constatar que estas residencias rurales fortificadas era la propiedad familiar hereditaria de elites sociales, muchas veces regias, como el palacio o *dunnu* de Tell Sabi Abyad, cuyo archivo ha permitido saber que era propiedad de *Ili-ipadda*, virrey asirio del Norte de Siria (Akkermans y Wiggermann 1999). Entre otros ejemplos aducibles (Almagro-Gorbea, e.p.), cabe incluir alguno incluso mencionado por la Biblia, como Tell El-Fûl (Lapp 1993), la antigua *Gibeah*, que era la residencia real de Saúl (1 *Sam.* 15,34 s.), levantada en un estratégico punto de control de todo su territorio a 5 km al Norte de Jeru-



FIGURA 7.—Vista aérea del palacio-fortín de Cancho Roano (según Celestino 2001).



salén, hasta que fue destruida por Nabucodonosor el 587 a.C.

Estos asentamientos rurales fortificados pasaron a ser característicos del mundo colonial fenicio occidental en áreas inseguras, como serían Toscanos, en Málaga (Schubart y Niemeyer 1964; Niemeyer 1982; 1985; Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha 1989) o Abul, en el estuario del Sado, en Portugal (Mayet 1996; Mayet y Tavares da Silva 2000; 2005; Arruda 2002), pero también se conocen en la periferia de Cartago. En efecto, en el entorno rural de Cartago (Moscati 1972: 10 s.; Fantar 1975; Cintas 1976: 105 s.), como en Oriente, había grandes propiedades de las elites cartaginesas que proporcionaban grano y otros elementos de subsistencia a las ciudades (Moscati 1972: 7). Muchas de estas residencias rústicas estaban fortificadas, pues Livio las cita como *turres* o fortalezas, como la residencia en la que se refugió Aníbal tras la derrota de Zama, según Livio (33,48,1: [*Hannibal*] *ad suam turrem pervenit*), lo que indica que esta residencia era una auténtica *Turris Hannibalis* en el sentido literal de la palabra. Estas residencias también servían, como en Oriente, para fortificar las fronteras y los puntos de entrada, como parece ser la de Hammamed El-Ataline, a 15 km. al SW de *Thuburbo Mayor*, defendiendo los feraces campos de cereal de las posibles razas de gentes húmedas del interior (Ferchiou 1995). alguna de estas residencias palaciales incluso aparece representada con almenas (Moscati 1972: 10; Cintas 1976: fig. 6), como sus paralelos de Oriente (Naumann 1955: 311 s., fig. 416 s.), lo que confirma su función de residencias rurales fortificadas (fig. 8).

Esta interpretación permite profundizar en la función de las llamadas *turris Hannibalis* que citan las fuentes clásicas en *Hispania* (Plin., *Nat. Hist.* II, 181), en especial en episodios bien conocidos de las Guerras Púnicas (Liv. XXV,36,13; Plin., *Nat. Hist.* III, 9) y de la Guerra Civil (*Bell. Hispan.* 38, 3), ya que muchas de ellas, si no todas, pudieron ser perfectamente residencias rústicas fortificadas (Moret 1996: 282 s.; 2004), como las documentadas en Extremadura (*vid. supra*; Ortiz Romero 1995) y como debió ser la citada *Turris Lascutana*, dependiente de *Hasta Regia* (*CIL*, II, 5041).

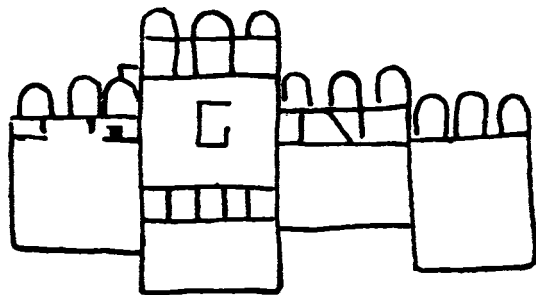


FIGURA 8.—Representación de una *turris* o palacio-fortificado púnico en Cap Bon (según Cintas 1976, fig. 6).

Los poseedores de estas *turres* podrían habitar en el lugar, como parece haber ocurrido en Cancho Roano o no hacerlo, como quizás ocurriera en la última fase de La Mata, pero su actividad socio-política radicaría necesariamente en la capital territorial, sin cuya protección y organización político-administrativa estas *turres* carecen de sentido y de viabilidad por meras razones de fuerza demográfica (*vid. supra*, § 4); en efecto, una ciudad orientalizante como Medellín, con unas 10 Ha. habitadas, podría aproximarse a los 2000 habitantes y movilizar 300 o 400 personas en armas, frente a alguna decena escasa que pudieran defender las *turres*. Además, estas residencias palaciales eran sedes de elites regias y/o gentilicias, organizadas para la producción de excedentes desde el punto de vista económico, aunque al mismo tiempo, tuvieran la función de controlar de forma flexible, dinámica y en profundidad el territorio no directamente controlado desde la ciudad, en especial en áreas inseguras (fig. 11).

Por último, quizás convenga considerar esta estructura jerarquizada que aparece en Tartessos durante el Periodo Orientalizante como precedente en cierto sentido de la estructura posteriormente documentada por amplias áreas de Hispania, según indica Livio (40,33) para la Celtiberia, basada en *urbs... vicos castellaque*, posiblemente idéntica a la contraposición entre *poleis... pyrgous... megálas kómas* de Estrabón (III,4,13), pues ambas ofrecen la misma contraposición entre *civitas/ oppidum* y *castella/vici*, es decir, entre el centro territorial organizador de la defensa y otras fortificaciones menores que complementaban la defensa del territorio (Almagro-Gorbea 1994: 52 s.; Moret 2004). Este «paisaje» territorial, claramente «defensivo», contrasta con el que ofrecía la organización prerromana de las Galias según Cesar (*b.G.* 1,29), basado en *oppida*, como centro territoriales, pero después formado por simples *vici* y *aedificia privata* no fortificados (Buchenschutz y Ralston 1984), salvo en regiones muy montañesas, como los *castella-oppidum* referidos por César (*b.G.* 2,29) entre los *Atuatuales* belgas (Audouze y Buchenschutz 1989: 317), en los que resulta evidente que sus *castella* equivalían a los *vici* de la mayor parte de las Galias, pero fortificados.

## 6. CONCLUSIONES

Las fortificaciones tartésicas, como tantos elementos de esta cultura, tiene sus precedentes en el Bronce Final, sin excluir posibles tradiciones anteriores. Pero el hecho más significativo en el Periodo Orientalizante es el cambio en las técnicas defensivas, en el que se manifiestan claros influjos fenicios, presentes en otros numerosos aspectos de esta cultura. Entre ellos, evidentemente, se deben incluir las técnicas guerreras y la organización social, ambos aspectos estrechamente relacionados con los cambios ocurridos en el sistema defensivo.

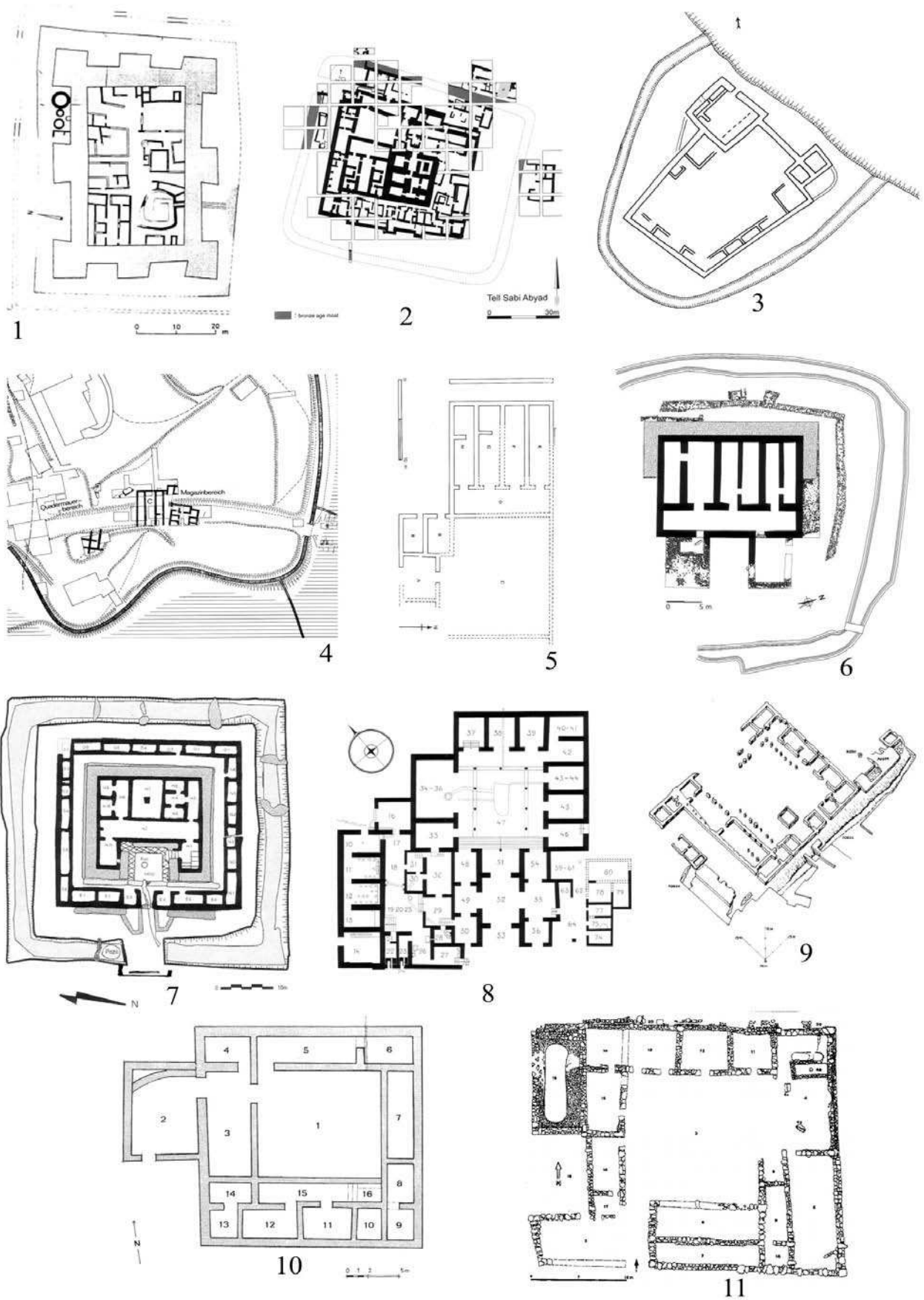


FIGURA 9.—Plantas de palacios y palacio-fortines en Próximo Oriente y la Península Ibérica: 1. Kadesh Barnea; 2. Tell Sabi Abyad; 3. Hammamed el-Ataline; 4. Toscanos; 5. Fernão Vaz; 6. La Mata; 7. Cancho Roano; 8. Vouini; 9. Murlo; 10. Abul; 11. Cap Horta, Ibiza.

PALACIOS	fecha a.C	residencia	m <sup>2</sup>	almacén	santuario	patio	torres	glacis	recinto	m <sup>2</sup>	foso
Alalakh IV	1400	32x30	960	adosado	¿?	13x8	bit hilani	no	si		no
Tell Sabi Abyad	1350-1300	18x22	c. 400	incluido	no	18x12	si	no	60x60	3600	SI
Hurbat Rosh Zayit	1000-950	24x24	576	¿?	no	no	ángulos	no	¿?	¿?	¿?
Tel Arad	950-587	¿?	¿?	12x10	SI	15x20	migdal	no	52x52	2700	no
Kadesh-Barnea II	800-600	11x19	c. 200	¿?	no	no	ángulos	SI	82x55	4500	SI
Zinzirli III	800-700	31x30	c. 900	adosado	no	no	bit hilani	si	si		no
Toscanos III	700-600	30x25	750	adj.>15x10	¿?	4x5	¿?	no?	60x80?	c. 4800?	SI
Murlo II	610-540	62x62	3800	incluido	SI	44x41	no	SI	¿?	¿?	SI
Abul	675-575	22x22	484	incluido	SI	11x11	1	SI	50 Ø	2000	SI
Fernão Vaz	675-450	30x20	c. 600	incluido	¿?	11x15	no?	¿?	¿?	¿?	¿?
Cancho Roano A	500-410	(17x18) 32x32	c. 1000	incluido	SI	8x8	migdal	SI	53x55	2900	SI
La Mata II	520-400	21x22	462	incluido	¿?	7,5x5,5	migdal	SI	40x40	1600	SI
Torrejón de Abajo	550-450	15x9	135	¿?	SI	no	no	no?	no	no	no
Vouni I	500-475	55x51	2800	adjunto	¿?	20x17	no	no	no	no	no

FIGURA 10.—Cronología, superficie y características de palacios y palacio-fortines en Próximo Oriente y la Península Ibérica.

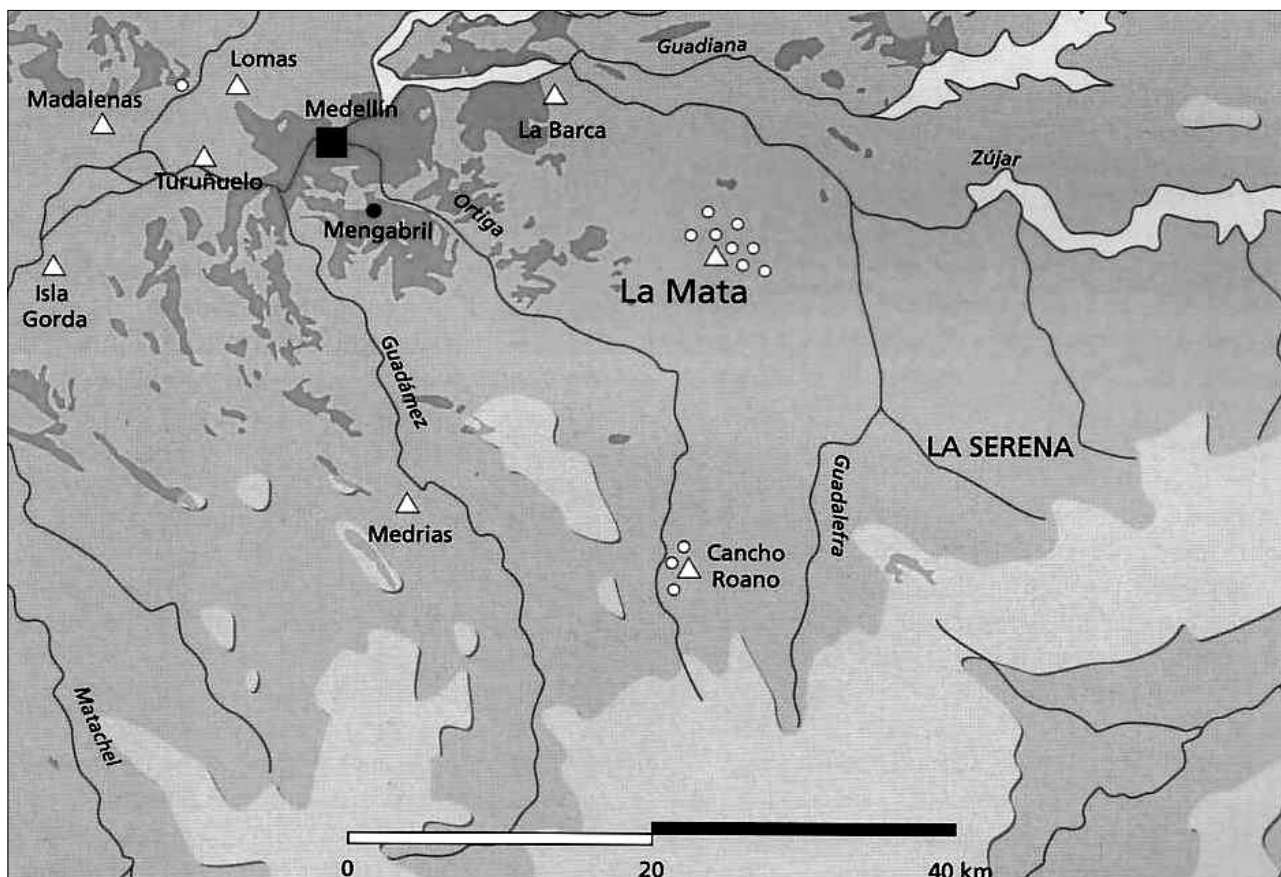


FIGURA 11.—Territorio de Medellín, con los palacios-fortín (Δ) emplazados en áreas fuera de la visibilidad directa desde el oppidum (según Rodríguez Díaz 2004).

Cabe señalar finalmente que desde el área tartésica se producirá una expansión de las técnicas constructivas orientalizantes (murallas de doble paramento unidas con tirantes y con un cuerpo exterior en talud) hacia la Meseta Sur, como evidencia la murallas de estas características documentada en el Cerro de la Mesa, en Alcolea del Tajo, Toledo, fechada en el siglo VI a.C. (Ortega y del Valle 2004: 177, lám. I). Igualmente, no sería extraño que este tipo de fortificaciones se atestiguaran en la alta Extremadura y el área occidental de la Meseta norte, zonas ambas donde el influjo orientalizante es muy fuerte a través de la Vía de la Plata.

En este aspecto, además de los claros avances en poliortocítica urbana gracias a la adopción de técnicas fenicias, entre otras novedades, parece de especial interés la organización defensiva del territorio de forma más compleja y dinámica, basada en la fortificación de las ciudades como centro socio-económico y político, pero completada por palacios-fortines construidos para colonizar y controlar los territorios alejados de la *chora* urbana, fortines que actuaban como instrumento de afianzamiento territorial, en especial, en zonas que no estuvieran definitivamente controladas y pacificadas. Esta idea suponen un claro avance respecto a las etapas anteriores, tanto por su carácter dinámico como ser un fiel reflejo, en las técnicas de fortificación, del carácter jerarquizado y estructurado del territorio y de la sociedad tartésica, siempre siguiendo modelos orientales llegados a través del mundo colonial fenicio, tal como se ha señalado, modelos que, desde Tartessos y sus zonas de influencia debieron irradiar hacia áreas periféricas, influyendo en los sistemas de fortificación de otras culturas de la Edad del Hierro de la Península Ibérica.

Por último, merece la pena señalar que este «paisaje fortificado» tartésico pasó desde entonces a ser característico de muchas áreas rurales de Hispania de forma más o menos intermitente hasta nuestros días, pues pazos, cortijos, caseríos, masadas y «torres», etc., más o menos fortificados, forman parte del paisaje rural de muchas áreas peninsulares, paisaje que en algunas zonas ha perdurado, con todas las funciones inherentes señaladas, hasta fechas tan avanzadas como el siglo XIX.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, R. MC., 1965: *Land Behind Baghdad: A History of settlement on the Diyala Plains*. Chicago-London: The University of Chicago Press.
- ADROHER, A.M.<sup>a</sup>; LÓPEZ, A.; CABALLERO, A.; SALVADOR, J.A.; BRAO, F.J., 2002: Excavación arqueológica de urgencia en el callejón del Gallo (Granada). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1999 / III. Actividades de urgencia – volumen I*: 209-231. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- AKKERMANS, P.M.M.G.; WIGGERMANN, F., 1999: La forteresse de Tell Sabi Abyad, sentinelle de l'empire assyrien. *Archéologia* 358: 56-65.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1977: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. (=Bibliotheca Praehistorica Hispana 14). Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1987: El área superficial de las poblaciones ibéricas. *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*: 21-34. Madrid: Ministerio de Cultura – Casa de Velázquez.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1996: *Ideología y Poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1998: ¿Harenes en Tartessos? En torno a la interpretación de Cancho Roano. «De Oriente a Occidente». *Homenaje al Dr. Emilio Olábarri, Madrid 1999 (Bibliotheca Salmanticensis 205)*: 113-137. Salamanca.
- ALMAGRO-GORBEA, M., e.p.: Palacios-fortín» fenicios y tartésicos. Aportación a la arquitectura y la sociedad orientalizante en la Península Ibérica. *Homenaje a Michel Blech*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A., 1989: Cancho Roano. El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales. *Zephyrus* 41-42: 339-382.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A.; LÓPEZ AMBITE, F., 1990: Cancho Roano. Un palacio orientalizante en La Península Ibérica. *Madrider Mitteilungen* 31: 251-308.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MARTÍN, A.M.<sup>a</sup>, 1994: Medellín 1991. La ladera Norte del Cerro del Castillo. *Castros y oppida de Extremadura (=Complutum Extra 4)*, Almagro-Gorbea, M.; Martín A.M.<sup>a</sup> (eds.): 77-127. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MEDEROS, A.; TORRES, M., 2006, e.p.: El territorio de Medellín en los siglos VI-V a.C. *Siderum Ana*, Jiménez Ávila, J. (ed.). Mérida.
- ALVAR, J., 1986: Theron rex Hispaniae Citerioris (Macr., *Sat.* I, 20, 12). *Gerión* 4: 161-175.
- AMORES, F., 1979-80: El poblamiento orientalizante en Los Alcores (Sevilla): hipótesis de un comportamiento. *Habis* 10-11: 361-374.
- AMORES, F., 1982: *Carta Arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*. Sevilla: Excma. Diputación Provincial de Sevilla.
- AMORES, F.; RODRÍGUEZ HIDALGO, J.M., 1984-85: Cogotas en Carmona y panorama general sobre este fenómeno en Andalucía occidental. *Mainake* 6-7: 73-90.
- ANDREEV, Y.V., 1989: Urbanization as a social phenomenon of social history. *Oxford Journal of Archaeology* 8(2): 167-177.
- ARRUDA, A.M., 2002: *Los fenicios en Portugal. Fenicios e indígenas en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 5-6). Barcelona.

- AUBET, M<sup>a</sup>.E., 1989: La Mesa de Setefilla: la secuencia estratigráfica del corte 1. *Tartessos: arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Aubet, M<sup>a</sup>.E. (Coord.): 297-338. Sabadell: AUSA.
- AUBET, M<sup>a</sup>.E.; SERNA, M<sup>a</sup>.R.; ESCACENA, J.L.; RUIZ DELGADO, M.M<sup>a</sup>., 1983: *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979 (=Excavaciones Arqueológicas en España 122)*. Madrid.
- AUDOUZE, F.; BUCHSENSCHUTZ, O., 1989: *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*. París.
- AZUAR, R.; ROUILLARD, P.; GAILLEDROT, E.; MORET, P.; SALA, F.; BADIE, A., 1998: El asentamiento orientalizante e ibérico de la «La Rábida», Guardamar del Segura, Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998. *Trabajos de Prehistoria* 55(2): 111-126.
- BARCELÓ, P., 1988: *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden: Studien zur karthagischen Präsenz im westlichen Mittelmeerraum von der Gründung von Ebusus (VII. Jh. v. Chr.) bis zum Übergang Hamilcars nach Hispanien (237 v. Chr.)*. Bonn: R. Habelt.
- BARNETT, R.D., BLEIBTREU, E.; TURNER, G., 1999: *Sculptures from the Southwest Palace of Sennacherib at Nineveh I-II*, London, British Museum.
- BELÉN, M.; ESCACENA J.L.; ANGLADA, R.; JIMÉNEZ, A.; PARDO, M<sup>a</sup>. del R.; PASCUAL DEL POBIL, A., 1993: Arquitectura de tradición fenicia en Carmona (Sevilla). *Spal* 2: 219-242.
- BLANCO, A., 1983: Ategua. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15: 93-135.
- BLANCO, A.; ROTHENBERG, B., 1981: *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva (EAH)*. Barcelona: Labor.
- BOWDEN, M.; MCOMISH, D., 1987: The required barrier. *Scottish Archaeological Review* 4: 76-84.
- BUCHSENSCHUTZ, O.; RALSTON, I.B.M., 1984: En relisant la Guerre des Gaules. *Actes du VIII<sup>e</sup> Colloque sur les Ages du Fer en France non Méditerranéenne. Angoulême 1984. (Aquitania. Supplément 1)*: 383-387. Bordeaux.
- CAMPOS, J.; GÓMEZ TOSCANO, F., 2001: *La Tierra Llana de Huelva: arqueología y evolución del paisaje*. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.
- CAMPOS, J.M.; GÓMEZ TOSCANO, F., 1995: El territorio onubense durante el Bronce Final. *Tartessos 25 años después*: 137-158. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- CARAFA, P., 2006, e.p.: Uccisioni rituali e sacrifici umani nella topografia di Roma. *Convegno internazionale «Sepolti tra i vivi Buried among the living»*, Roma (en prensa).
- CARANDINI, A., 2006: *Remo e Romolo. Dai rioni dei Quiriti alla città dei Romani (775/750-700/675 a.C.)*. Roma: Einaudi.
- CARANDINI, A., 2006, e.p.: Uccisioni rituali e sacrifici umani nella prima Roma, *Convegno internazionale «Sepolti tra i vivi Buried among the living»*, Roma (en prensa).
- CARDENETE, R.; GÓMEZ, M.T.; LINEROS, R.; RODRÍGUEZ, I., 1990: Excavaciones arqueológicas de urgencia en el solar de la C/ Higueral 2, Carmona (Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1988*, III: 257-263. Sevilla: Junta de Andalucía.
- CASADO, J.P.; PÉREZ, C.; ORFILA, M.; MORENO, A.; HOCES, A.J.; PÉREZ, F.; MORENO, M.; LIÉBANA, M., 1998: Nuevos aportes para el conocimiento del asentamiento ibérico de Iliberri (Granada). *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Aranegui, C. (ed.): 137-144. Valencia: Universitat de València.
- CELESTINO PÉREZ, S., 2001: *Cancho Roano*. Madrid.
- CELESTINO, S., et alii, eds., 1993-2003: *El palacio-santuario de Cancho Roano IV-IX*, Badajoz.
- CINTAS, P., 1970-1976: *Manuel d'archéologie punique, I-II*. París.
- CUNLIFFE, B.; FERNÁNDEZ CASTRO, M<sup>a</sup>.C., 1999: *The Guadajoz Project. Andalucía in the First Millennium B.C. Volume 1. Torreparedones and its hinterland*. Oxford: Institute of Archaeology.
- DAMGAARD ANDERSEN, H., 1997: The archaeological evidence for the origin and development of the Etruscan city in the 7<sup>th</sup> to 6<sup>th</sup> centuries BC. *Urbanization in the Mediterranean in the 9<sup>th</sup> to 6<sup>th</sup> Centuries BC (=Acta Hyperborea 7)*, Andersen, H.D.; Horsnæs, H.W.; Houby-Nielsen, S.; Rathje, A. (eds.): 343-382. Copenhagen: Museum Tusulanum Press.
- DEVER, W.G., 1995: Social structure in Palestine in the Iron II period on the eve of destruction. *The archaeology of society in the Holy Land*, Levy, Th.E., ed.: 416-431. London - Washington: Leicester University Press.
- DROOP, J.P., 1925: Excavations at Niebla in the province of Huelva, Spain. *Liverpool: Annals of Archaeology and Anthropology* 12: 175-206.
- ESCACENA, J.L., 2002: Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darvinista. *Spal* 11: 69-105.
- ESCACENA, J.L., 2005: Darwin y Tartessos. *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Celestino, S.; Jiménez Ávila, J. (eds.): 189-219. Mérida: CSIC.
- FANTAR, M., 1975: Le Problème de l'eau potable dans le monde phénicien et punique: les citernes. *Cahiers de Tunisie* 89-90, 23: 9-18.
- FERCHIOU, N., 1995: Le paysage pré-imperial dans une zone de contact: la percée de Oued Kebir sortant de la dorsale tunisienne pour aborder la plaine de Thuburbo Majus. *Reppal* 9: 49-62.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 1987: *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica (=Huelva Arqueológica 9)*. Huelva: Excma. Diputación de Huelva.
- FORTEA, J.; BERNIER, J., 1970: *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

- GARCÍA MORENO, L.A., 1986: Sobre el decreto de Paulo Emilio de la 'Turrís Lascutana'. *Epigrafía Hispánica de Época Republicana*: 195-218. Zaragoza.
- GARCÍA SANZ, C., 1987: Excavación de la muralla de Tejada. *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica* (=Huelva Arqueológica 9), Fernández Jurado, J.: 93-105. Huelva: Excma. Diputación de Huelva.
- GAUMMOND, N. T., 1997: Poggio Civitate: A Tournig Point. *Etruscan Studies* 4: 23-40.
- GÓMEZ TOSCANO, F., 1997: *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir*. Huelva: Universidad de Huelva.
- GÓMEZ TOSCANO, F., 2006: El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir. Síntesis histórico-arqueológica según las más recientes evidencias. *Madridier Mitteilungen* 47: 24-42.
- GÓMEZ TOSCANO, F.J.; CAMPOS, J.; BORJA, F.; CATIÑEIRA, J.; GARCÍA, J.M., 1994: Territorio y ocupación en la tierra llana de Huelva. El poblamiento de la Edad del Bronce. *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*, Campos, J.; Pérez Macías, J.A.; Gómez Toscano, F.J. (eds.): 329-350. Huelva: Universidad de Huelva.
- GÓMEZ TOSCANO, F.J.; CAMPOS, J.; GUERRERO, O.; BENABAT, Y., 2001: Arqueología urbana en Niebla. Actuación arqueológica de apoyo a la restauración de la Puerta de Sevilla. *Anuario Arqueológico de Andalucía /1998. II. Actividades sistemáticas y puntuales*: 112-120. Sevilla: Junta de Andalucía.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1998: La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97. *Rivista di Studi Fenici* 26(2): 191-228.
- GUIDI, A., 1982: Sulle prime fasi dell'urbanizzazione nel Lazio protostorico. *Opus* 1(2): 279-89.
- GUIDI, A., 1985: An application of the rank-size rule to protohistoric settlements in the Middle Thyrrhenian area. *Papers in Italian Archaeology IV. Part III Patterns in Protohistory*, Malone, C.; Stoddart, S. (eds.): 217-242. British Archaeological Reports, International Series 245. Oxford.
- GUIDI, A., 1998: The Emergence of the State in Central and Northern Italy. *Acta Archaeologica* 69: 139-61.
- HARRIS, W.H., 1989: Invisible cities: the beginnings of Etruscan urbanization. *Secondo Congresso Internazionale Etrusco. Atti*, vol. I: 375-392. Roma: Giorgio Bretschneider.
- HASSAN, F.A., 1981: *Demographic Archaeology*. New York: Academic Press.
- HROUDA, B., 1965: *Die Kulturgeschichte des assyrischen Flachbildes* (=Saarbrücker Beiträge zur Altertumskunde 2). Bonn: R. Habelt.
- HUNT, M.A., 1995: El foco metalúrgico de Aznalcóllar, Sevilla. Técnicas analíticas aplicadas a la arqueometalurgia del suroeste de la Península Ibérica. *Tar-*
- essos 25 años después*: 447-473. Jerez de la Frontera.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J.; ORTEGA, J., 2001: El poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar. *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Ruiz Mata, D.; Celestino, S. (eds.): 227-248. Madrid: CEPO- CSIC.
- JUÁREZ, J.M.<sup>a</sup>; CÁCERES, P.; MORENO, E., 1998: Estepa tartésica. Excavaciones en el cerro de San Cristóbal. *Revista de Arqueología* 208: 16-23.
- KEMPINSKI, A., 1992: Middle and Late Bronze Age Fortifications. *The Architecture of Ancient Israel from the Prehistoric to the Persian Periods*, Kempinski, A.; Reich, R. (eds.): 127-142. Jerusalem.
- KEMPINSKI, A., 1992a: The Middle Bronze Age. *The Archaeology of Ancient Israel*, Ben-Tor, A. (ed): 159-210. Jerusalem.
- KING, L.W., 1915: *Bronze reliefs from the gates of Shalmaneser*. London: Trustees of the British Museum.
- KOCH, M., 2000: Karthago und Hispanien in Vorbarkidischer Zeit. *Madridier Mitteilungen* 41: 162-177.
- KOCH, M., 2001: Cartago e Hispania anteriores a los Bárquidas. *Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (8. 1999. Salamanca). *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Villar, F.; Fernández Álvarez, M.<sup>a</sup> P. (Eds.): 189-197. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca
- LAPP, N.L., 1993: Fül, Tell El-. *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*: 445-448. Jerusalem.
- LAYARD, A.H., 1848: *The Monuments of Nineveh*, London.
- LAYARD, A.H., 1849: *Nineveh and its Remains, with an Account of a Visit to the Chaldean Christians of Kurdistan, the Yezidis, or Devil-Worshippers; and an Inquiry into the Manners and Arts of the Ancient Assyrians*, I-II, New York.
- MANGAS, J., 1977: Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana. *Memorias de Historia Antigua* 1: 151-161.
- MARGUERON, J.-Cl., 1998: Un petit enfant dans un mur. *Nécropoles et pouvoir, idéologies, pratiques et interprétations* (TMO 27): 255-262. Lyon-Athènes.
- MAYET, F., 1996: Abul: um estabelecendo fenício do Baixo Sado, J. de Alarcão y A. I. P. Santos (eds.), *De Ulises a Viriato. O primeiro milenio a.C.*: 52-59. Lisboa.
- MAYET, F.; TAVARES DA SILVA, C., 2000: *L'établissement phénicien d'Abul (Portugal). Comptoir et sanctuaire*. Paris.
- MAYET, F.; TAVARES DA SILVA, C., 2001: Abul e a arquitectura orientalizante na costa portuguesa, *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 249-260.
- MAYET, F.; TAVARES DA SILVA, C., 2005: *Abul, Fenícios y romanos no vale do Sado*. Setúbal.
- MEDRANO-MARQUÉS, M.; DÍAZ SANZ, M.<sup>a</sup> A., 2006: La tumba principesca protocelta de Peña Hitero

- (Fitero, Navarra), *I Congreso de Etnoarqueología de los Celtas en Hispania*, Ortigueira-2006, Madrid (en prensa).
- MENICHELLI, M., 1994: *Archeologia del potere: re, immagini e miti a Roma e in Etruria in età arcaica*. Milano: Longanesi.
- MESHEL, Z., 1992: The Architecture of the Israelite Fortress in the Negev. *The Architecture of Ancient Israel from the Prehistoric to the Persian Periods*, Kempinski, A.; Reich, R. (eds.): 294-309. Jerusalem.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques. De la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine* (=Collection de la Casa de Velázquez 56). Madrid: Casa de Velázquez.
- MORET, P., 2004: *Tour de guet, maison à tour et petits établissements fortifiés de l'Hispanie républicaine: L'apport des sources littéraires*. En Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (S. III a. de C. – S. I d. de C.), Moret, P.; Chapa, T. (eds.): 13-29. Jaén.
- MOSCATI, S., 1972: *I Fenici e Cartagine*. Torino.
- NAUMANN, R., 1955: *Architektur Kleinasiens von ihren Anfänge bis zum Ende der hethitischen Zeit*. Tübingen (2ª ed. 1971).
- NIELSEN, E. O.; PHILLIPS, K.M. jr., 1985: Poggio Civitate (Murlo). *Case e palazzi di Etruria* (catálogo de exposición): 64-69. Firenze.
- NIELSEN, E.O.; TUCK, A., 2001: An Orientalizing Period Complex at Poggio Civitate (Murlo). *Etruscan Studies* 8: 35-63.
- NIEMEYER, H.-G., 1982: Die phönizische Niederlassung Toscanos: eine Zwischenbilanz. *Phönizier im Westen* (=Madriider Beiträge 8), Niemeyer, H.-G. (ed.): 185-206. Mainz.
- NIEMEYER, H.-G., 1985: El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función. *Aula Orientalis* 3: 109-126.
- ORTEGA, J.; DEL VALLE, M., 2004: El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo). Primeros resultados. *Trabajos de Prehistoria* 61(1): 175-185.
- ORTIZ ROMERO, P., 1995: De recintos, torres y fortines: usos (y abusos). *Extremadura Arqueológica* 5: 177-193.
- PACCIARELLI, M., 1989-1990: Ricerche topografiche a Vulci: dati e problemi relativi all'origine delle città medio-tirreniche. *Studi Etruschi* 56: 11-48.
- PACCIARELLI, M., 1991: Territorio, insediamento, comunità in Etruria meridionale agli esordi del proceso di urbanizzazione. *Scienze dell'Antichità. Storia, Archeologia, Antropologia* 5: 163-208.
- PACCIARELLI, M., 1994: Sviluppi verso l'urbanizzazione nell'Italia Tirrenica Protohistorica. *La presenza etrusca nella Campania meridionale* (=Bibliotheca di Studi Etruschi 28): 227-253. Firenze: Leo S. Olschki Editore.
- PÉREZ MACÍAS, J.A.; BEDIA, Mª.J., 1995: Excavación de apoyo a la restauración en las murallas de Niebla (Huelva). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1992, III: 376-383. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.
- PERONI, R., 1969: Per uno studio dell'economia di scambio in Italia nel quadro dell'ambiente culturale dei secoli intorno al Mille a.C. *La Parola del Passato* 24: 134-160.
- PERONI, R., 1979: From Bronze Age to Iron Age: Economic, Historical and Social Considerations. *Italy before the Romans. The Iron Age, Orientalizing and Etruscan Periods*, Ridgeway, D.; Ridgeway, F.R. (eds.): 7-30. London-New York-San Francisco: Academic Press.
- POSTGATE, J. N., 1976: Imgur-Enlil. *Reallexikon der Assyriologie und Vorderasiatischen Archaologie* 5: 66-67. Berlín, W. de Gruyter.
- QUILICI, L., 1979: *Roma primitiva e le origini della civiltà laziale*. Roma.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., (ed.), 2004: *El edificio protohistórico de «La Mata» (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial I-II*. Cáceres.
- RUIZ, A. et al., 1983: El horizonte ibérico antiguo del Cerro de la Coronilla, Cazalilla (Jaén). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 8: 251-299.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M., 1984: Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas del Alto Guadalquivir durante el Horizonte Pleno Ibérico (un caso de sociedad agrícola con Estado). *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos. Del Bronce Final a la Época Ibérica*, Burillo, F. (ed.): 187-206. Teruel.
- RUIZ MATA, D., 2001: Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Ruiz Mata, D.; Celestino, S. (eds.): 261-274. Madrid: CEPO- CSIC.
- RUIZ MATA, D., BLÁZQUEZ, J.M.ª; MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1981: Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978. *Huelva Arqueológica* 5: 149-316.
- RUIZ MATA, D.; GONZÁLEZ, R., 1994: Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana. *Spal* 3: 209-256.
- RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C.J., 1995: *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María.
- RYKWERT, J., 1985: *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*. Madrid: Hermann Blume.
- SCHUBART, H., 2000: Alarcón. El yacimiento fenicio y las fortificaciones en la cima de Toscanos. *Fenicios y territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre temas fenicios*, González Prats, A. (ed.): 263-294. Alicante.
- SCHUBART, H.; NIEMEYER, H.-G., 1964: *Toscanos* (=Excavaciones Arqueológicas en España 66). Madrid.

- TORELLI, M., 1983: Polis e «Palazzo». Architettura, ideologia e artigianato greco tra VII e VI secolo a.C. *Architectura et société de l'archaïsme grec à la fin de la République romaine*: 471-499. Paris-Rome.
- TORELLI, M., 1985: Introduzione. *Case e palazzi d'Etruria*, Stopponi, S. (ed.): 21-32. Milano.
- TORRES, M., 2002: *Tartessos* (=Bibliotheca Archaeologica Hispana 14). Madrid: Real Academia de la Historia.
- USSISHKIN, D., 1982: *The conquest of Lachish by Sennacherib*. Tel Aviv: Tel Aviv University Institute of Archaeology.
- VAN'T LINDENHOUT, E., 1997: Architectural and spatial organization of the first towns in the Coastal Plains of Latium (6<sup>th</sup> century BC). Towards a general scheme. *Urbanization in the Mediterranean in the 9<sup>th</sup> to 6<sup>th</sup> Centuries BC* (=Acta Hyperborea 7), Andersen, H.D.; Horsnæs, H.W; Houby-Nielsen, S.; Rathje, A. (eds.): 297-305. Copenhagen: Museum Tusulanum Press.
- VAQUERIZO, D.; MURILLO, J.F.; QUESADA, F., 1993: Excavación arqueológica con sondeos estratigráficos en el Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1991*, II: 120-126. Sevilla.
- VAQUERIZO, D.; MURILLO, J.F.; QUESADA, F., 1994: *Fuente Tójar (Córdoba)*. Córdoba: Seminario de Arqueología - Universidad de Córdoba.
- WASOWICZ, A., 1983: La chora coloniale grecque autour de la mer Noire. *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*, Pisa-Roma: 911-935.





# LAS FORTIFICACIONES COLONIALES DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: DE LOS MODELOS ORIENTALES A LOS SISTEMAS PÚNICO-HELENÍSTICOS

FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ / JUAN JOSÉ BLÁNQUEZ PÉREZ  
*Université de Toulouse / Universidad Autónoma de Madrid*

## ABSTRACT

*In this work we approach to the knowledge of oriental fortifications and his development in to the Iberian peninsula from VIII century B.C. Besides, from the analysis of four models constructed during the phase of commercial Phoenician expansion and trade policy, we will see the very most significant examples that ended in complex systems of defense inside already of the period of major political, economic and social complexity (Punic Era). Let us think that this work can be of utility for to meet the signification that these semitic models had in the world of defensive architecture in the western Mediterranean along the Iron Age.*

## RESUMEN

*En este trabajo se atiende, de manera general, el problema de las fortificaciones de tipo oriental desarrolladas en la Península Ibérica a partir del siglo VIII a.C. Se ha partido del análisis de cuatro modelos fortificados que respondieron a necesidades concretas, dentro de la política comercial fenicia y en el marco de sus relaciones con las poblaciones indígenas. Se realiza, asimismo, un recorrido a lo largo de ejemplos significativos que desembocaron en sistemas complejos de defensa dentro ya del periodo púnico avanzado —a partir del siglo IV a.C.— de mayor complejidad política, económica y social.*

## 1. INTRODUCCIÓN

La llegada de los fenicios a la Península Ibérica, dentro del fenómeno colonial que se inició a partir de las últimas décadas del siglo IX a.C., provocó cambios sustanciales en la arquitectura indígena, no sólo en relación con el uso de las técnicas constructivas y los aparejos de tipo oriental<sup>2</sup>, sino también en la distribución urbanística de los asentamientos y, claro está, de las fortificaciones. Frente a los asentamientos de cabañas dispersas que ocupaban amplios espacios abiertos, sin fortificar, aparecen a partir de aquel periodo, ámbitos urbanos delimitados por potentes fortificaciones que funcionaron, simultáneamente, como elementos

defensivos de la comunidad y emblemáticos, por lo que significan desde el punto de vista de la ideología y de las mentalidades<sup>3</sup>.

A pesar de que, generalmente, se suele hablar para el mundo fenicio de unos patrones de asentamiento casi constantes repetidos en diferentes regiones mediterráneas, en el caso de las fortificaciones que protegieron dichos asentamientos esto no fue así. Materializaron éstas la única proyección arquitectónica fenicia en la que no se refleja la característica relación con el conservadurismo y el arcaísmo de las formas. En las fortificaciones se desarrollaron, al contrario, novedades técnicas instauradas en Oriente desde el Bronce Final. Además, a los modelos avanzados y desarrollados mencionados hay que sumar unas constantes que sí son habituales en el mundo de las fortificaciones fenicias: la funcionalidad, la inmediatez y el aprovechamiento de los materiales de construcción del entorno así como el reemplazo de los modelos arquitecto-

<sup>2</sup> En cuestiones como el empleo de unidades de medida, la aceptación del uso de la torre cuadrangular, el uso de sillarejo menor trabado con aglutinantes y la presencia de éstos mismos —barro arcilloso o morteros mezclados con cal— la disposición de los elementos pétreos en pseudohiladas, partiendo de líneas de regularización casi horizontales apoyadas en el uso de ripios o cuñas, el empleo de los alzados de adobe o el uso del sillar con soluciones como engatillados y más adelante los almohadillados, etc.

<sup>3</sup> Sobre estas cuestiones: Berrocal-Rangel, 2004, con amplia bibliografía.

tónicos defensivos preexistentes<sup>4</sup> que, en muchos casos, fueron incorporados como parte activa de las nuevas defensas (Lancel, 1995).

La construcción de fortificaciones rodeando los distintos modelos de asentamiento típicamente orientales a lo largo del Mediterráneo Central y Occidental supuso, en primer lugar, el reflejo y la incorporación paulatina de novedades técnicas y tecnológicas de carácter arquitectónico que se habían desarrollado con bastante éxito en el Próximo Oriente desde el Bronce Final (Cecchini, 1995: 389). Paralelamente, esas mismas realizaciones trajeron consigo la demostración de que, en determinados puntos, se fueron consolidando los proyectos políticos puestos en marcha desde las grandes ciudades-estado fenicias con proyección en los nuevos centros fundados (Ciasca, 1986). La construcción de fortificaciones protegiendo esos asentamientos de carácter comercial, pues, reflejó que la política comercial (estatal o privada) fenicia y su relación con las elites indígenas funcionó y fue creciendo. Qué mejor indicador arqueológico de la consolidación de un proyecto político y comercial que el desarrollo de una mayor complejidad en las defensas de los principales núcleos —los llamados emporios— comerciales (Garlan, 1992).

La realización de las fortificaciones atendió, asimismo, a las necesidades socioeconómicas de cada área. Es decir, respondió a la demanda de protección de los materiales de prestigio o materias primas, así como supuso también una barrera —desde el punto de vista ideológico de cara a las poblaciones indígenas, fuesen éstas beligerantes o no. La construcción de defensas pasivas, además, al igual que sucedió en Oriente, mantuvo vivo e intacto el binomio religión-economía (Leriche, 1992: 173). Este dato se puede comprobar fácilmente si observamos determinadas fortificaciones occidentales, algunos de esos modelos orientales que se proyectaron en la Península Ibérica, vinculados, como en el caso de Toscanos, con centros de mercado regidos, sin duda, por autoridades sacras que, además de sancionar las transacciones, establecieron los repartos de excedentes y controlaron el trasiego de mercancías a larga y media distancia. Además, fueron las encargadas de colonizar sensu stricto, es decir, de proyectar la cultura, la religión y, en general, el modo de vida oriental entre los indígenas manteniendo vivo ese proceso iniciado décadas atrás, durante los primeros contactos comerciales «precoloniales», que conocemos como «Periodo Orientalizante».

La abundancia de literatura científica sobre los distintos asentamientos fortificados de tipo oriental existentes en la Península Ibérica<sup>5</sup> ha provocado que,

a lo largo de estas páginas, no nos detengamos en la descripción de todos y cada uno de los ejemplos, dado que poco de nuevo se aportaría en un enfoque así. De esta forma, se planteó, tanto durante la exposición oral que desarrollamos en este coloquio como en el presente texto, que era mucho más útil abordar un trabajo que englobase los distintos modelos construidos y su caracterización, desde el punto de vista tecnológico y tipológico, en el marco de la arquitectura defensiva oriental. Esto no significa, en modo alguno, que la caracterización de la presencia oriental en la Península no deba estar sujeta a constante revisión, así como las cronologías propuestas de algunos de los centros estudiados tal y como ya se está realizando en algún caso (Schubart, 2002).

Por esta razón, hemos querido aprovechar la ocasión brindada por los organizadores para presentar un nuevo modelo de clasificación de los distintos ejemplos defensivos de corte oriental, que, como veremos más adelante, no responde a una evolución cronológica fija y sí más a otras variables directamente relacionadas con las necesidades de cada territorio, incluyendo el casi siempre presente determinismo geográfico, la presencia directa de efectivos poblacionales semitas —una mano de obra que, a la luz de las recientes investigaciones, debió ser minoritaria— y otros factores como el mayor o menor impacto oriental en el marco de las relaciones directas con el elemento indígena e, incluso, el volumen de beligerancia existente dentro de ese mismo marco.

## 2. LA IMPLANTACIÓN DE LOS MODELOS ORIENTALES Y LA PROBLEMÁTICA DEL BRONCE FINAL

Uno de los planteamientos más recurrentes a la hora de aproximarnos al estudio de las fortificaciones orientales se apoya en la clásica discusión científica sobre los modelos difusionistas. Si tradicionalmente las murallas de la Prehistoria reciente fueron estudiadas a partir de la evolución directa desde los primeros ejemplos surgidos en el Calcolítico, durante décadas, tras la generalización de los estudios sobre el mundo fenicio occidental (desde los años sesenta) se ha aceptado un modelo difusionista para explicar muchas cuestiones relacionadas con la evolución de la arquitectura indígena. Estos modelos se apoyaban, fundamentalmente, en la utilización de nuevos materiales de construcción así como de nuevos modelos de tipologías de edificios, con la generalización del uso de la planta cuadrangular, o la generalización del trabajo de cantería como algunos de los aspectos más destacados.

En los últimos años, se han planteado modelos evolucionistas aplicando incluso las teorías darwinistas por parte de algunos especialistas<sup>6</sup>. Éstos defienden un

<sup>4</sup> Un buen ejemplo de estas cuestiones es el mantenimiento y conservación de las estructuras defensivas de época nurágica por parte de los fenicios que ocuparon la isla de Cerdeña.

<sup>5</sup> Destacamos algunos trabajos recientes que abordan aspectos generales con amplias bibliografías: Ruiz Mata y Celestino, 2001; Díez, 2001; Escacena, 2002; 2005; Escacena y Fernández, 2002.

<sup>6</sup> Planteando una evolución de las murallas del sur peninsular a partir de la aplicación de una «arqueología evolutiva» derivada de la teoría

desarrollo de las murallas tartésicas y fenicias a partir de la evolución desde las sirio-palestinas. Según estos estudios, la clave hay que buscarla en la inexistencia de murallas en la etapa precolonial de Tartessos y en el inicio de la construcción de las mismas a partir de la llegada de colonos semitas en el siglo VIII a.C., precisamente en la misma fecha en que se construyen las fortificaciones de algunos centros fenicios peninsulares (Escacena, 2005: 200).

No dejan de ser sugerentes estos nuevos planteamientos metodológicos si bien otros investigadores no ven apenas indicios de novedades técnicas en las fortificaciones de tipo oriental en relación con las que se construyeron en el ámbito peninsular desde el Bronce Final (Moret, 2006). En nuestra opinión, consideramos que las propuestas «indigenistas» o «autoctonistas», por así definir las, mantienen, en su argumentación, indicios cuya verosimilitud es irrefutable. Es cierto que muchos aspectos arquitectónicos —constructivos— de las fortificaciones definidas como de tipo oriental no presentan rasgos que se alejen demasiado de las que se realizaron en el tercio sur peninsular desde las últimas fases de la Edad del Bronce; no están, en efecto, «ni mejor construidas, ni se muestran más complejas» (Moret, 2006:138).

A pesar de ello, consideramos que la sencillez de las obras defensivas realizadas bajo influencia oriental se puede explicar si tenemos en cuenta que la mano de obra efectiva que las realizó debió ser fundamentalmente autóctona, si bien los arquitectos que dirigieron aquellas distintas actuaciones y que eligieron el modelo más propicio para cada caso, debieron ser, sin lugar a dudas, orientales (fenicia). Por esta razón no debemos buscar en las fortificaciones de tipo oriental de la Península Ibérica los cánones de las fortificaciones de Oriente (Díes Cusí, 2001: 73 y ss.), como tampoco se debería hacer en otros ámbitos mediterráneos tales como Cerdeña o la costa atlántica africana, regiones éstas de las que nadie duda de la notable presencia cultural fenicia y donde las fortificaciones, al igual que sucede en Iberia, presentan rasgos mixtos que responden a la interacción entre las tradiciones defensivas indígenas y los nuevos elementos tecnológicos aportados por los nuevos grupos humanos llegados desde Oriente.

Estamos de acuerdo con Escacena en que uno de los principales problemas radica en la búsqueda en las colonias —por parte de los arqueólogos— de «réplicas fieles» de los modelos arquitectónicos que se desarrollaron en las metrópolis. Se trata de una cuestión primordial que, además, explicaría el porqué de la no

reproducción, ni en la Península Ibérica ni en otros ámbitos mediterráneos, de modelos idénticos a los fenicios, aunque sí parecidos. La construcción de estos modelos «readaptados» responde a las distintas necesidades y a la «diversidad de pautas de conducta» entre los distintos pueblos colonizadores (Escacena, 2005: 201).

Otro de los problemas radica en las dataciones confusas de algunos de los centros, sobre todos los que, ubicados más al interior, presentan influencias orientales. La aparición mayoritaria de cerámicas a mano es una de las razones que se valoran a la hora de hablar de evoluciones internas desde etapas finales de la Edad del Bronce. A pesar de estas argumentaciones, hay que tener en cuenta que el uso del torno no se generalizó, como poco, hasta finales del siglo V a.C. y ahora estamos abordando el estudio de centros fortificados que se configuraron desde finales del siglo VIII a.C. Por esta razón, es mucho mejor apoyarse, de cara a dotar de cronologías, en los centros mejor conocidos y estudiados que son, además, los que se fechan en la primera Edad del Hierro, justo al inicio del periodo colonial. Por otra parte, en estos centros la cultura material ha determinado que fueron los fenicios, de entre todo el grupo de pueblos semitas que habitaron el Levante mediterráneo, los comerciantes que se ocuparon de la construcción de los distintos modelos fortificados que veremos con algo más de detalle a continuación.

### 3. LOS MODELOS ORIENTALES

A pesar de lo exiguo de la documentación en ocasiones, se pueden establecer una serie de rasgos comunes a pesar de que, no existen, como veíamos anteriormente, unos modelos fijos orientales que podamos ver reproducidos exactamente en el caso peninsular. La razón es que en la propia Fenicia convivieron poblaciones que proyectaron un tipo de arquitectura defensiva muy heterogénea que mezcló elementos propios cananeos con otros tomados de las fortalezas urbanas asirias y persas, así como de los recintos fortificados del sur de Siria y de Egipto. Los modelos resultantes son los que han ido apareciendo sucesivamente en distintos asentamientos de Chipre, del norte de África, de las islas centro-mediterráneas y de la propia Península Ibérica. Se trató, en todas las ocasiones, de unos modelos muy flexibles capaces de ser adaptados a diferentes contextos geográficos y culturales, atendiendo siempre a las necesidades planteadas en cada caso. Evidentemente, no era necesario un mismo sistema defensivo y de control en la beligerante isla de Cerdeña, donde los fenicios asumieron el control total del territorio de cara a su explotación intensiva, en contra de los indígenas sardos, que en la despoblada Ibiza o en las escalas comerciales de Orán o de la costa malagueña.

evolutiva de Darwin, si bien en este caso no centrada en la parte física y sí en la evolución de la tecnología desarrollada por el hombre. Entre los distintos aspectos empleados, Escacena se apoya en el argumento denominado «efecto fundador darwinista», que explica cómo la llegada de una nueva especie a un territorio —en este caso, la de los comerciantes semitas a Tartessos— no tiene porqué reproducir, en su totalidad, el conjunto de características de la población de la tierra de origen. Esta es una razón más para no buscar, en el caso de las fortificaciones peninsulares, una repetición exacta de los modelos próximo-orientales: Escacena, 2002.

A pesar de la heterogeneidad manifiesta mencionada, hay que tener en cuenta la existencia de una serie de factores comunes que se repiten en el caso de las fortificaciones orientales de la Península Ibérica. Son los siguientes:

- Búsqueda de la funcionalidad e inmediatez en las construcciones. Nos encontramos siempre ante modelos arquitectónicos eminentemente funcionales, capaces de ofrecer resultados y cubrir las necesidades de protección de los elementos de comercio de manera *cuasi* instantánea: materias primas, esclavos, etc.
- Aprovechamiento normalizado de los materiales del entorno. Al hilo de lo antes comentado observamos cómo en la totalidad de las fortificaciones orientales el uso sistemático de los materiales del entorno fue también una constante. Al usar estos materiales se ahorraría gasto y tiempo y, paralelamente, al utilizar mano de obra indígena se aprovechaba su experiencia y conocimiento.
- Adaptación al terreno (flexibilidad); las fortificaciones son flexibles y presentan unas características propicias para adaptarse a los diferentes terrenos, éstos generalmente costeros y abruptos, de fácil inundación o de elevada sismicidad. La elaboración de lienzos cosidos entre sí —muros de cajones, contrafuertes o tirantes— y el uso de materiales poco costosos —como los adobes, entre otros elementos— son buena muestra de esa adaptación de la arquitectura al espacio.
- Tratarse del único aspecto de la arquitectura fenicia en el que, como es lógico, no se mantiene su tradicional y habitual conservadurismo. A pesar de que la arquitectura fenicia es resultante de la suma de diferentes elementos orientales, se caracteriza por su conservadurismo (Barreca, 1986; Prados Martínez, 2003) y por levantar modelos tipificados (centros de mercado o almacenes de planta tripartita, palacios, santuarios, etc.), en el caso de las fortificaciones, éstas tienen que estar adaptadas en todo momento a los nuevos elementos de ataque, tanto desde el punto de vista del armamento como desde el de la composición de los ejércitos y, por esta razón, varía en función de la cronología y de, como veremos en el caso peninsular, la región o el ámbito para la que fueron concebidas.

Una vez referidas las cuatro pautas o patrones que se repiten en todos los casos, vamos a describir los cuatro modelos en los que, a partir de nuestra propuesta, hemos podido dividir el núcleo principal de los modelos fortificados orientales que se desarrollaron en la Península Ibérica. Pero antes de ello hay una serie de cuestiones que conviene explicar; en primer lugar, hay que tener en cuenta que los cuatro modelos orientales que vamos a mencionar ahora han sido ordenados,

a propósito, desde los más sencillos a los más complejos arquitectónicamente hablando, sin haber entrado a valorar, en ningún momento, otras cuestiones técnicas o geográficas. Consideramos que la bibliografía en los últimos años ha ofrecido buenas clasificaciones de las fortificaciones fenicias, o de influencia fenicia, en función de las descripciones técnicas de los paramentos, apoyándose en los materiales empleados y las técnicas constructivas. Entre las nuevas tesis destacan, por ejemplo, la de Escacena que ha propuesto recientemente una clasificación dividida en tres tipos de murallas de influencia oriental<sup>7</sup>; o la de Díes, igualmente apoyada en criterios descriptivos y técnicos (Díes Cusí, 2001).

Por otra parte y como rasgo más destacado, hay que mencionar que la propuesta siguiente no entraña, en caso alguno, una evolución cronológica ya que, como veremos, los cuatro modelos se fueron desarrollando de forma simultánea. Esta cuestión es fundamental ya que implica una adaptación absoluta de los patrones de fortificación fenicia a cada necesidad, por encima de otros aspectos tecnológicos o tipológicos. De ahí que apreciemos fortificaciones y núcleos urbanos consolidados fuertemente defendidos al mismo tiempo que otros apenas mínimamente protegidos.

El primer de los cuatro grupos de fortificaciones orientales es el que hemos denominado como modelo de delimitación /demarcación; en este grupo se engloban las defensas más sencillas, como las que fueron empleadas en los primeros asentamientos fenicios o factorías comerciales costeras. Se trata de unas defensas que apenas presentan actividades arquitectónicas, ya que aprovechan, de manera general, las condiciones naturales. Este modelo está directamente relacionado con el clásico patrón de asentamiento fenicio (Aubert, 1994), ocupando promontorios costeros, istmos o islotes próximos al litoral, ya de por sí fácilmente defendibles. Posiblemente, las defensas construidas en estos núcleos de carácter comercial fueron realizadas en materiales perecederos cubriendo los flancos más débiles de los asentamientos y funcionando como simples barreras de demarcación.

Contamos con algún ejemplo de lo que pudo ser este primer modelo defensivo en los contextos más antiguos del yacimiento levantino de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante), dentro de su periodo denominado Fonteta I (fechado a partir del último cuarto del siglo VIII a. C.) que presenta trazas de la utilización de postes de madera en una zona de embarcadero junto a un gran edificio (quizás un gran centro de mercado) realizado en tapial<sup>8</sup>. Otros centros que se

<sup>7</sup> Las realizadas en mampostería en talud, enlucidas y con glaxis, las que emplearon muros de pilares u «opus punicum» y las grandes torres exentas (Escacena, 2002: 84).

<sup>8</sup> Tras las excavaciones de 1996 y 1997 se distinguieron un total de ocho fases. El momento fundacional (*Fonteta I*) viene traducido arquitectónicamente por las marcas de postes de estructuras perecederas. Por otro lado, las fases siguientes (*Fonteta II y III*) experimentan una mayor



FIGURA 1.—Vista general del Cabezo Pequeño del Estañó (Guardamar del Segura, Alicante).



FIGURA 2.—Detalle de su muralla de casamatas.



FIGURA 3.—Entorno actual de la desembocadura del Río Segura con indicación de los tres yacimientos: La Fonteta, El Cabezo Pequeño y El Castillo de Guardamar, emplazamiento de un antiguo santuario.

pueden caracterizar dentro de este primer modelo no fortificado serían los emporios comerciales de la costa malagueña tales como Chorreras o Morro de Mezquitarra (Schubart, 1986), ocupados también desde finales del siglo VIII a.C. y ubicados en promontorios próximos a la línea de costa sin traza de defensas artificiales.

El segundo de los grupos que planteamos es el que ha sido definido como modelo de defensas sencillas, ya presentando actuaciones arquitectónicas concretas, aunque no de gran complejidad técnica. Cronológicamente convive con el anteriormente descrito (y con los que nos ocuparán a continuación) y su puesta en funcionamiento simplemente responde a una necesidad de actuaciones mayor que en el grupo de asentamientos mencionados dentro del primer modelo. Estas defensas sencillas funcionaron, fundamentalmente, como elementos de disuasión, ya que no serían muy operativas en caso de ataques bien organizados. Se trató casi más de la realización de pequeñas obras que funcionasen, desde el punto de vista ideológico, como barreras mentales y no como defensas, separando el núcleo comercial extranjero de los asentamientos indígenas. Entre este grupo contamos con algunos ejemplos bien conocidos como por ejemplo Toscanos-Alarcón (Málaga). En este caso, aparecen elementos defensivos como un gran foso en «V» tallado en la roca delante del gran almacén o centro de mercado<sup>9</sup> y algunos restos reutilizados de lo que pudo ser un muro defensivo. Al noroeste de la zona que ocupa el almacén, se encuentra una defensa simple en el área conocida como Cerro de Alarcón, fechada desde las primeras décadas del siglo VII a.C. y directamente relacionada con el territorio de Toscanos (Niemeyer, 1986: 110 y ss.; Schubart, 2000: 264; 2002: 134; Martín Ruiz, 2004: 65).

Desde el punto de vista técnico, la fortificación de Alarcón estaba realizada mediante un muro simple de mampostería realizado a plomada en la cara interna y ligeramente inclinado hacia el exterior. Para los investigadores, el muro defensivo de Alarcón protegía la bahía donde se encuentra Toscanos ocupando una zona de vaguada entre dos cerros, el mencionado de Alarcón y el de El Peñón (Schubart 2000: 274). Los tres núcleos del Bajo Vélez (Toscanos, Alarcón y Peñón) debieron funcionar articulados entre sí en el marco de un periodo de expansión de Toscanos y su territorio (de esa *Mainake* que mencionan las fuentes) desde el último tercio del siglo VII a.C., con la muralla descrita como elemento de disuasión (o barrera ideológica) más que como defensa activa.

En los ambientes costeros dominados por los colonos semitas contamos con otros buenos ejemplos de defensas simples, como los muros defensivos documen-

tados en la propia *Abdera* (Fernández Miranda y Caballero Zoreda, 1975), *Malaka* (Martín Ruiz, 2004), o en el Cerro del Prado: Roldán *et alii*, 2006). El caso del Cerro da Rocha Branca (Silves, Portugal), dentro de su fase inicial, puede ser también una buena muestra (Arruda, 1999-2000). En este caso se construyó, a lo largo también del siglo VII a.C. un muro delimitador de la zona ocupada por las viviendas. Con el crecimiento del poblado después, ya a lo largo del siglo VI a.C. esta primera fortificación de delimitación fue sustituida por un complejo sistema defensivo con torres rectangulares equidistantes (Gomes, 1993; Correia, 2002). También el país luso nos ha ofrecido recientemente datos sobre la fortificación de la ciudad de Tavira, fechada en el siglo VIII a.C. (Maia, 2000: 133) y con unas características técnicas similares a las de Alarcón, aunque dada su ubicación urbana es difícil de caracterizar con exactitud si pertenece a este mismo grupo.

Dentro del tercer grupo hemos querido introducir el modelo de asentamientos o recintos amurallados, que presentan unas fortificaciones mucho más complejas que las analizadas hasta el momento. No son muchos los ejemplos con los que se cuentan de este tipo. Quizás el mejor de todos lo tengamos en el caso del recinto fortificado del Cabezo Pequeño del Estaño, en Guardamar del Segura (Alicante) ubicado en el borde del marjal o pequeña albufera que, hacia mediados del siglo VIII a.C. caracterizaba el tramo final del río Segura. La construcción de esta fortificación rodeando una gran plaza de unos 3600 m<sup>2</sup> de extensión<sup>10</sup>, encaja cronológicamente con la Fase I del vecino asentamiento de la Fonteta que describimos dentro del primer grupo o modelo de defensa de tipo oriental.

La fortificación del Cabezo Pequeño del Estaño se caracteriza por presentar una muralla de casamatas o casernas<sup>11</sup> a la que fue adosado un paramento en talud al exterior, dotándola de una anchura total de 5 metros (García Menárguez, 1993: 226; González Prats, 2001: 178). La defensa del flanco suroccidental del asentamiento, la zona por la que se accede más fácilmente, se completó, además, con la construcción de un gran bastión de planta cuadrangular. Todo el paramento interno a plomada del recinto se encuentra reforzado con grandes contrafuertes equidistantes, buena muestra de una arquitectura planificada y adaptada a un terreno inestable. Entre los distintos contrafuertes

<sup>10</sup> Según estimación realizada a partir de la fotografía aérea: Moret, 1996: 485.

<sup>11</sup> Imposible de precisar el uso militar o civil de estos cuartos, dado que no se han vaciado por completo. No hemos querido, a propósito, entrar a valorar en profundidad estos aspectos ni incorporarnos al debate terminológico que no consideramos tan necesario, sobre todo si se tiene en cuenta que estos espacios pudieron ser empleados a lo largo de su existencia para distintas funciones según las necesidades de las que puede no quedar indicio alguno en el registro arqueológico. La naturaleza del propio yacimiento ubicado en una zona de gran explotación agraria y ganadera bien podría indicar que la función de almacenaje pudo ser la más indicada aunque, como decimos, es imposible saberlo con certeza.

complejidad constructiva y defensiva que analizaremos más adelante. Sobre este yacimiento véase: González Prats, 1997: 1998: 2001: González Prats y García Menárguez, 2000: González Prats y Ruiz Segura, 2000.

<sup>9</sup> El edificio «C» de planta tripartita: Aubet, 2000.

se documentan los accesos —hoy colmatados— a los cuartos internos de la muralla. La existencia de un muro corrido reforzado con contrafuertes y la conservación de los accesos a las casamatas demuestra que no se trató de una muralla de cajones y sí de un modelo fortificado típicamente oriental, cuyos mejores paralelos hemos de buscarlos en Hazor o en la propia Meggido (Israel) (Véase, por ejemplo: Kempinski y Reich, 1992; Leriche, 1992).

El recinto del Cabezo Pequeño del Estaño, para el que sus investigadores han propuesto una función de punto de defensa avanzado para proteger la desembocadura del Segura y la factoría de la Fonteta (García Menárguez, 1993), pudo funcionar, en nuestra opinión, como una gran plaza de armas o un gran recinto en el que, en momentos de peligro (por las crecidas del río y la subida de nivel del agua del marjal o puede que durante algún episodio de inestabilidad social) la población dispersa que habitaba el Bajo Segura podría resguardarse junto con su cabaña ganadera. A pesar de que la construcción del Cabezo Pequeño del Estaño encaja cronológicamente con la fase no fortificada de Fonteta I, no creemos necesaria la construcción, por parte de los colonos que habitaban la factoría costera, de una avanzadilla militar para proteger el emporio de unos supuestamente belicosos indígenas del interior que ya, en ese momento, habitaban una región tremendamente orientalizada y que convivían con colonos semitas en sus propios núcleos urbanos (como se observa, por ejemplo, en los cercanos yacimientos de Peña Negra, en Crevillente o Los Saladares, en Orihuela).

El último de los cuatro grupos que proponemos es el que hemos denominado modelo de ciudades o poblados fortificados. En este caso hemos querido incluir las fortificaciones complejas que fueron realizadas para la protección de grandes núcleos habitados, siguiendo modelos típicamente orientales. En este grupo podemos encuadrar una de las defensas mejor conocidas: la que se desarrolló en el Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). La fortificación fue realizada a la par que la fundación del núcleo urbano en el siglo VIII a.C. (Ruiz Mata y Pérez, 1995: 100; Ruiz Mata, 2001: 264) Este hecho denota una organización absoluta desde el punto de vista sociopolítico y, claro está, tecnológico. Según su excavador, la trama urbana, que había sido organizada en damero, estaba delimitada por un recinto realizado con una obra de mampostería precedida de un gran foso de sección en «V» similar a los ya vistos anteriormente en otros ejemplos (Ruiz Mata, 1986). Los paramentos, apoyados directamente sobre la roca virgen, han conservado en algunos puntos hasta más de 5 m de altura. Por encima del lienzo conservado la estructura se completó, muy posiblemente, con un alzado realizado en tapial, según los datos obtenidos de los cortes arqueológicos realizados extramuros. A estos paramentos habría que sumar los casi 4 m de profundidad del mencionado

foso, lo que, sin duda, dotaría de una envergadura imponente a todo el conjunto de la fortificación urbana.

Desde el punto de vista técnico, la fortificación del Castillo de Doña Blanca es bastante similar a los modelos que acabamos de mencionar, presentando una estructura interna a plomada y ataludada al exterior, con uso mayoritario de la mampostería trabada con barro y recubierta de enlucido. En algunas zonas fueron detectados unos muros transversales o riostras que hicieron pensar en que la fortificación primigenia, la que se fecha en el siglo VIII a.C., estaba ya dotada de un sistema de casamatas como la que se ha visto en el Cabezo Pequeño del Estaño. Finalmente, por falta de excavación, no se ha podido confirmar este aspecto. La muralla presenta también bastiones realizados en mampostería.

La principal diferencia de este último grupo con respecto a los otros no radica en aspectos tecnológicos o tipológicos, sino en la integración total de las defensas en la trama urbana. Esto supone, en sí mismo, una novedad respecto a los modelos analizados anteriormente. Un aspecto remarcable es que esta defensa urbana, organizada alrededor de una zona habitada de más de 6 Ha., estuvo especialmente reforzada en el área donde, según se cree (Ruiz Mata, 2001: 263 y ss.), pudo ubicarse la puerta, justo en el sector suroeste del gran *tell* artificial. Este aspecto es fundamental ya que indica una mayor complejidad en la organización de las fortificaciones realizadas siguiendo planes arquitectónicos preestablecidos y modificadas sucesivamente en función de las nuevas necesidades.

El otro gran centro urbano fortificado que queremos incluir en nuestro recorrido es el asentamiento de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) que ya habíamos traído a colación cuando describíamos el primer grupo de defensas que se había denominado como «modelos de delimitación». En este caso vamos a centrarnos en la fortificación que se realizó a partir del último cuarto del siglo VII a.C., momento en el que se ha documentado una reordenación urbana del núcleo arcaico<sup>12</sup>. En esa fase, el antiguo núcleo se fortificó con un recinto defensivo integrado que supuso el retranqueo en parte del espacio habitado. La actuación de dos equipos científicos en varias áreas del yacimiento ha supuesto que tengamos una abundante y rica información sobre la composición técnica de la muralla, si bien han aparecido tramos que presentan distintas técnicas y soluciones edilicias que provocan serias discrepancias en cuanto a la interpretación.

Así, en una de las zonas excavadas de la muralla ésta presenta un esquema compuesto por un paramento a plomada al que fueron adosados dos lienzos en talud. Según la interpretación de González Prats, en el lienzo interior aparecieron un conjunto de contrafuertes

<sup>12</sup> Período denominado «Fonteta IV»: González Prats, 2002:131-132.



Modelo de delimitación / demarcación	Fonteta I; Chorreras, Morro de Mezquitilla
Modelo de defensas sencillas	Abdera; Toscanos-Alarcón; Cerro del Prado; Cerro da Rocha Branca, Tavira
Modelo de recintos amurallados	Cabezo Pequeño del Estaño
Modelo de ciudades o poblados fortificados	Castillo de Doña Blanca; La Fonteta

TABLA N.º 1.

tes o tirantes realizados en adobes ubicados para dotar de consistencia al conjunto y para prevenir el arrumbamiento de sectores amplios del lienzo defensivo por motivos sísmicos o geomorfológicos (dado que el asentamiento se ubica sobre una paleoplaya con un estrato geológico no muy compacto ubicado a escasos metros del mar: González Prats *et alii*, 1997: 10-11; González Prats, 1998: 191-192; 2001: 178-179). En esa misma zona, la muralla se completó con un complejo sistema de obras avanzadas que presentaba un pequeño antemuro que pudo funcionar como parapeto contra las acciones del oleaje más que como *proteichisma*, y un pequeño foso en «V» (González Prats, 1998). Asimismo, en esa zona fue exhumada una torre de planta cuadrangular que defendía dos flancos desde la esquina sureste del recinto urbano. Por otro lado, la aparición de unos paramentos transversales fue interpretada por este mismo investigador como evidencias de los fragmentos de muro que pudieron formar parte de una muralla de cajones, aunque, a falta de concluir la excavación de este sector, tal propuesta no quedó confirmada (González Prats, 2001: 178).

En la zona excavada por el otro equipo de investigadores (Azuar *et alii*, 1998; Rouillard *et alii*, 2006; Moret 2006), dentro de la denominada, en este caso, «Fase IVa» (600-575 a.C.), la muralla presenta una estructura vertical con dos paramentos y un núcleo interior relleno de arena y cascajo. Para este equipo (Moret, 2006: 132), el uso de adobes no está constatado en la parte baja de la muralla hasta una fase posterior denominada «IVb» (575-550 a.C.). En este segundo momento de la fortificación de La Fonteta los dos paramentos están unidos por un núcleo interior realizado con hiladas de adobes del que aún se conservan en pie más de 3 m, con una anchura en la base de 1,5 m y en la cima de 80 cm. (ver la sección en Moret, 2006: 128). En cualquier caso y a pesar de la controversia que suscita, el yacimiento presenta rasgos inequívocos de una gran complejidad urbana que se materializa en la construcción de la potente fortificación que lo rodeó, simple arquitectónicamente

pero tremendamente funcional, buena muestra del dinamismo que se puede observar en las modificaciones y refacciones que sufrieron las defensas de la ciudad en zonas tan próximas y en cronologías bastante similares.

Estos modelos de ciudades o poblados fortificados que acabamos de analizar, articulados en función del urbanismo desarrollado intramuros, son los que influyeron en mayor medida en algunos de los asentamientos de carácter indígena más conocidos. Valgan como ejemplos Tejada la Vieja (Fernández Jurado, 1989; 1990; 1991; 2000) y Niebla, Huelva (García Sanz, 1989; Belén y Escacena, 1990), en la zona nuclear de Tartessos, o Puente Tablas, Jaén (Ruiz y Molinos, 1986; 1990; Ruiz *et alii*, 1991), situada ya en la periferia, pero en los que no vamos a entrar, ya que son objeto de un análisis más detallado en otro trabajo incluido en esta misma publicación.

En la tabla n.º 1 se recogen, de forma esquemática, los cuatro modelos orientales definidos y los ejemplos que se han recogido de cada uno de ellos.

#### 4. LA IMPLANTACIÓN DE LOS SISTEMAS PÚNICO-HELENÍSTICOS

Consideramos oportuno ocuparnos ahora, aunque sea de manera sucinta, de lo que hemos definido como sistemas púnico-helenísticos. Hemos elegido el término «sistema» para caracterizar la construcción de unos modelos defensivos complejos que combinaron diversos elementos y que, relacionados entre sí, con el tiempo llegaron a conformar eficaces fortificaciones perfectamente adaptadas a los nuevos métodos de ataque y asedio. A lo largo de estas páginas hemos analizado, pues, «modelos» y «sistemas» (defensivos) que, fundamentalmente éstos últimos, ponen de manifiesto una incuestionable complejidad. Si bien atentos aquí a lo referente a su arquitectura militar no dudamos que debió estar también presente en los otros órdenes: constructivos, sociales y económicos.



FIGURA 4.—Vista general del poblado de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva).



FIGURA 5.—Vista general de las murallas de La Plaza de Armas de Puente Tablas (Jaén).

El análisis del registro arqueológico referente a las fortificaciones fenicias peninsulares permite observar la presencia de determinados elementos novedosos, tanto de carácter tecnológico (uso de morteros, adobes, revocos externos y trabajos previos de preparación del terreno) como tipológicos (uso de fosos, contrafuertes y casamatas o casernas). En este segundo periodo observamos que sucedió algo similar, si bien en numerosas ocasiones dichas «novedades» podemos caracterizarlas por la combinación de elementos ya asimilados que conformaban —eso sí— sistemas defensivos complejos.

Paralelamente a ello, en época púnica eclosionaron técnicas constructivas como la arquitectura en sillares, que conllevaba un elevado grado de desarrollo técnico en el trabajo en la cantera (extracción), así como en las tallas y rebajes *in situ*. Ello, unido al empleo de elementos de fijación, como engatillados, rípios y ensamblajes o mortajas, provocaron la realización de obras de gran funcionalidad defensiva a la vez que de gran calidad y monumentalidad. Son los casos, entre otros, de la Puerta de Sevilla, en Carmona (Sevilla); las defensas púnicas en la zona del embarcadero de Doña Blanca (Puerto de Sta. M<sup>a</sup>, Cádiz); o la puerta en codo con acceso abocinado de la ciudad de *Carteia* (San Roque, Cádiz)

También en ese periodo es fundamental observar la evolución de los sistemas defensivos helenísticos, de tanta incidencia en el área de influencia cartaginesa a partir de las Guerras de Sicilia del siglo IV a.C. (Ciasca, 2000: 57 y ss.) Muchas de las realizaciones defensivas aplicadas en los yacimientos púnicos peninsulares adaptaron modelos helenísticos, tanto en lo referente a obras avanzadas (torres de flanqueo, fosos y antemurales) como pasivas funcionales, caso de las torres compartimentadas, las casamatas —o casernas— o en el uso técnicas constructivas flexibles, fácilmente reconstruibles (muros de pilares posteriormente denominado *opus africanum*).

La asociación de tan diversos elementos permitiría la construcción de verdaderos sistemas defensivos evolucionados (complejos) caso, por ejemplo, del acceso sur a la ciudad de *Carteia*, con un acceso abocinado y una previa rampa en codo; o la también puerta (norte) del poblado ibérico de El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas), donde las obras de flanqueo tradicionales fueron completadas con, de nuevo, un abocinamiento de su puerta. La adopción de estos sistemas vino determinada, sin lugar a dudas, por la aparición de los nuevos sistemas de ataque y por el empleo de un nuevo armamento (Quesada Sanz, 2004: 71) para los que los «antiguos» modelos defensivos orientales ya no resultaban operativos.

Dada la imposibilidad —por lo limitado de estas páginas— de comentar con detalle todos y cada uno de los sistemas defensivos púnico-helenísticos conservados en nuestra península, tal y como sí hemos acometido anteriormente con los modelos fenicios, sí cree-

mos conveniente, al menos, enumerarlos dada la naturaleza internacional de esta reunión científica.

En el sur peninsular tenemos que mencionar, de nuevo, el caso del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, 1986; 1991 y 2001; Ruiz Mata y Pérez, 1995), refiriéndonos ya a su fase púnica, y el de *Carteia* (Roldán Gómez *et alii*, 1998; 2003 y 2006), pues ambos documentan un alto nivel de desarrollo de sus técnicas constructivas, del trabajo de la piedra, así como algunos elementos defensivos tan peculiares como la presencia de murallas de casamatas. En el primer caso —Doña Blanca— destacaríamos la última fase constructiva de su muralla, del siglo III a.C., que es la mejor documentada de todas las existentes en el yacimiento debido a su situación prácticamente superficial y al haber sido excavada en extensión (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez, 1999: 117 ss.). Para el caso de *Carteia*, destacaríamos la complejidad de su acceso al combinar una obra avanzada (torre de flanqueo), un acceso en codo abocinado en su tramo final y el adosamiento de casamatas por la cara interna de la antigua muralla. Otro hito fundamental es la Puerta de Sevilla, en Carmona, Sevilla (Jiménez Martín, 1989). Interpretada, recientemente, por uno de nosotros como un conjunto individualizado, equiparable a un *castellum* o *praesidium*, que sólo posteriormente —ya en época romana— habría sido absorbido por un encintado murario de la ciudad (Blánquez, e.p.).

En la costa levantina contamos con otros ejemplos fundamentales. En primer lugar, el tramo de muralla descubierto entre los cerros de San José y de Despeñaperros de Cartagena (Murcia). Se trata de parte de la cerca púnica de la ciudad de *Kart Hadasht*, en concreto su puerta meridional, un magnífico ejemplo de muralla de casamatas formadas por sendos muros paralelos colocados a seis metros de distancia, entre sí, y unidos a intervalos por riostras o tirantes (Martín Camino y Roldán Bernal, 1992: 116-121; Martín Camino, 1994). Como en el caso de *Carteia* posiblemente nos encontremos, no ante una construcción generalizada de un nuevo circuito murario sino, más bien, de una actuación puntual —en el punto de acceso a la ciudad— de clara lectura ideológica.

Por otro lado tendríamos el yacimiento ibérico del Tossal de Manises (Alicante), posteriormente conocido como la *Lucentum* romana. En él han aparecido nuevos datos sobre lo que pudo ser una fase de ocupación púnica o, al menos, un periodo de grandes influencias arquitectónicas y culturales de clara raíz norteafricana (Bendala Galán, 2003: 37). Estos influjos se hacen patentes en la existencia de una fortificación dotada de elementos defensivos sin parangón en la Península. Según sus excavadores fue a finales del siglo III a.C., en plena II Guerra Púnica, cuando la ciudad recibió su forma urbana definitiva con una intervención directa de los *Barca* (Olcina y Pérez, 1998: 38; Olcina y Pérez, 2003: 93) centrada en la construcción de una potente muralla que, al igual que en los

INNOVACIONES TECNOLÓGICAS	INNOVACIONES TIPOLÓGICAS	SISTEMAS DEFENSIVOS
Desarrollo de la talla del sillar (Cartago Nova, Carteia, Carmona, Doña Blanca...)	Puertas en codo	Accesos complejos en enfilada (Serreta)
Ensamblaje de sillares mediante engatillados y mortajas o grapas (Carteia, Doña Blanca...)	Puertas abocinadas	Accesos complejos abocinados con flanqueo (Cerro de las Cabezas)
Muros de ripio o de cuñas (Doña Blanca, Carteia, Cerro de las Cabezas...)	Torres compartimentadas (Tossal de Manises, Cerro de las Cabezas...)	Accesos complejos en recodo, con flanqueo y abocinados (Carteia)
Muros de pilares (Niebla, Doña Blanca)		Castellum defensivo y de control del acceso independiente (Carmona)
Antemuros o <i>proteichismata</i> (Tossal de Manises)		

TABLA N.º 2.—Incorporación de los elementos de época púnica (Ss. VI-II a. C.).

ejemplos que acabamos de mencionar, presenta patrones púnicos. Destacaríamos, en este sentido, la existencia de un *proteichisma*, así como de torres huecas o divididas en tres.

Más recientemente se ha planteado la existencia de restos púnicos en la muralla de *Tarraco* (Bendala y Blánquez, 2004: 155). Se trata de un fragmento de muro ubicado en las dependencias del Palacio Arzobispal realizado con almohadillados que presentan unas características marcas de cantero<sup>13</sup>. Las referencias textuales sobre la construcción de una fortificación por los *Barca* en la ciudad y las características constructivas del lienzo pueden apoyar esta sugerente hipótesis que, como se ha indicado, deberá ser contrastada en los próximos años (Bendala y Blánquez, 2004: 157). También es importante resaltar otros núcleos fortificados indígenas que en un periodo muy concreto del finales del siglo III a.C. aparecieron pertrechados de unos sistemas defensivos complejos que presentaban elementos similares a los que estamos viendo en este apartado debido, muy probablemente, a una influencia directa púnica en pleno desarrollo de la II Guerra romano-cartaginesa. Entre estos cabe resaltar la muralla de Osuna (Engel y Paris, 1904; Corzo, 1975 y 1977), Sevilla, los accesos y las torres compartimentadas del Cerro de las Cabezas, en Valdepeñas, Ciudad Real (Vélez y Pérez, 1987; 1999; Vélez, Pérez y Carmona, 2004) y la puerta de la Serreta de Alcoy, Alicante (Llobregat Conesa *et alii*, 1995; Grau Mira, 2006).

<sup>13</sup> Aspecto este muy característico de los trabajos de cantería púnicos y púnico-helenísticos bien apreciables en el caso de Carmona y en otros complejos defensivos púnicos mediterráneos como las murallas de Cartago o las de *Karalis* (Cagliari, Cerdeña), las de *Eryx* (Erice, Sicilia) y *Panormos* (Palermo, Sicilia).

La tabla n.º 2 recoge, de forma esquemática, los principales elementos que se fueron incorporando a la poliorcética peninsular a partir de la presencia directa de elementos púnicos y de la incorporación de Iberia a la órbita de Cartago.

#### 5. CONSIDERACIONES FINALES. INNOVACIÓN Y CONTINUISMO: LA PROBLEMÁTICA DE LAS SECUENCIAS CRONOLÓGICAS (SS. VII-III A.C.)

Uno de los principales problemas con el que nos encontramos a la hora de describir en conjunto las fortificaciones fenicias y púnicas es el de la interrupción de las secuencias cronológicas que nos impide frecuentemente poder determinar en qué casos podemos hablar de continuismo en los modelos defensivos y en qué otros tenemos auténticas innovaciones en el campo de la poliorcética. Como hemos ido viendo a lo largo de estas páginas, en el periodo definido tradicionalmente como «fenicio» (siglos VIII-VI a.C.) contamos con buenos ejemplos que permiten defender la existencia de modelos susceptibles de estudio y clasificación. Lo mismo sucede si nos centramos en el análisis de los sistemas púnicos desarrollados en la Península Ibérica y, muy concretamente, en su etapa final en la segunda mitad del siglo III a.C., hasta la conquista romana. El problema está en la laguna existente entre esos dos periodos que imposibilitan, en gran medida, plantear un modelo evolutivo al que se habrían ido incorporando las sucesivas novedades; tal y como sí se ha podido proponer para el caso de Cerdeña por F. Barreca (1978; 1986).

Una de las primeras cuestiones a tener en cuenta es que las conclusiones a las que hemos llegado en



FIGURA 6.—Vista general del poblado de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz).

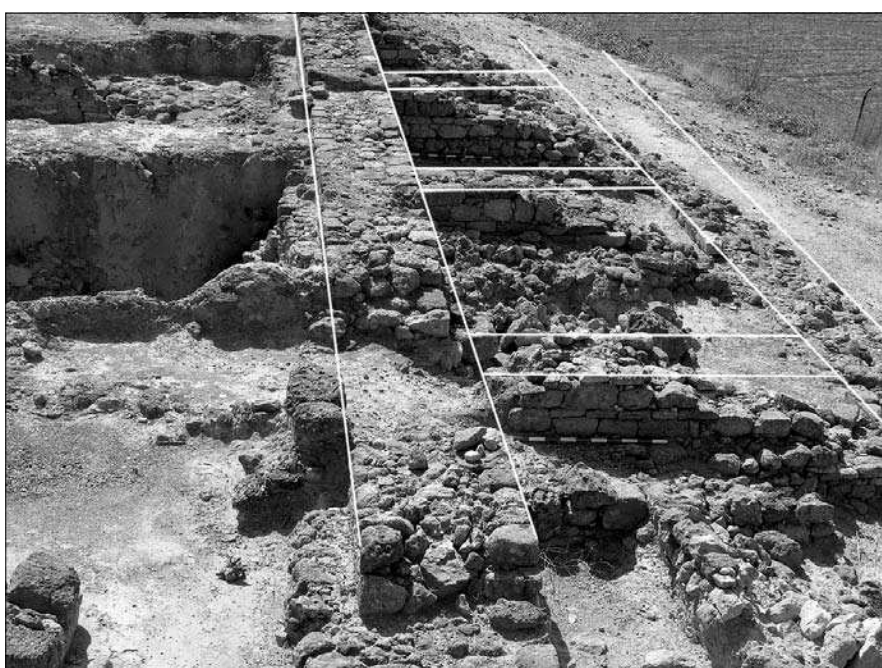


FIGURA 7.—Vista parcial de las murallas de casamatas de Doña Blanca.



FIGURA 8.—Detalles de los muros púnicos (Ss. IV-III a.C.).



FIGURA 9.—Vista aérea de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz).



FIGURA 10.—Detalle de la puerta sur de la ciudad púnica (finales del III-II a.C.).



FIGURA 11.—Reconstrucción infográfica de la muralla del siglo IV a.C.



FIGURA 12.—Vista aérea de la Puerta de Sevilla, en Carmona (Sevilla).



FIGURA 13.—Detalle del lienzo oeste del castellum púnico.



FIGURA 14.—Muralla de casamatas de Cartago Nova (Cartagena, Murcia).

este estudio están apoyadas, únicamente, en el registro arqueológico. Dicho registro se caracteriza por ser muy desigual, dada la muy diferente calidad de la información recogida, así como por ser incompleto. Tenemos hoy, pues, grandes lagunas territoriales y temporales ya comentadas con anterioridad en este mismo trabajo. A pesar de estas limitaciones sí contamos con un amplio espectro informativo. Valga, como ejemplo, las investigaciones germano-españolas llevadas a cabo entre los años 60 y 80 del siglo XX que han proporcionado una caracterización de la presencia oriental en la Península Ibérica, si bien sujeta a revisión. Referido al tema que nos ocupa —las fortificaciones— creemos que, una vez analizados los datos aquí expuestos, no se puede cuestionar la presencia de sucesivos modelos orientales, aplicados de forma generalizada en la Península Ibérica a través de una «mano de obra» local que proporcionó al paisaje constructivo un aparente indigenismo que, sin embargo, entra en teórica contradicción con la presencia objetiva de determinados —a la vez que característicos— elementos orientales. En concreto nos referimos a los ya citados uso del adobe, presencia de contrafuertes, fosos en «V», etc.

Tenemos problemas derivados directamente de la falta de investigación. Así, aquellos yacimientos que presentan grandes secuencias temporales y que serían muy útiles a la hora de configurar propuestas de «modelos evolutivos» para el estudio del desarrollo arquitectónico defensivos están, en su práctica totalidad, faltos de excavación o de publicación: Ategua, Castillo de Doña Blanca, Cástulo, Puente Tablas... Asimismo, es también llamativa la falta de documentación referida al periodo comprendido entre la segunda mitad del s.V y mediados del s. III a.C., excepción hecha de algún complejo indígena como Torreparedones (Castro del Río, Córdoba). Tenemos, por el contrario, una muy notable mejora en la calidad y cantidad de la documentación referida a la segunda mitad del s. III a.C. y, más concretamente, de su último cuarto, lo que encaja bien en el marco geopolítico de claro carácter bélico en la Península Ibérica. Ello, indudablemente, debió favorecer una cierta profusión en la construcción de recursos defensivos en los centros urbanos.

En función, pues, de estas limitaciones y características del registro arqueológico, podemos hacer con cierta «facilidad» una comparación de los dos extremos cronológicos del periodo. Es decir, podemos estudiar las fortificaciones coloniales de tipo oriental de los siglos VIII y VII a.C. y las púnico-helenísticas de la segunda mitad del siglo III a.C. Se trata, pues, de un registro limitado en lo cuantitativo pero, a la vez, riguroso en cuanto a su carácter «arqueológico». Ello confiere a los potenciales resultados un digno carácter de representatividad.

Pero, ¿qué se puede sacar de esta propuesta de análisis? En primer lugar, creemos que se puede defender la existencia en la Península Ibérica, a lo lar-

go de todo el periodo objeto de estudio, de una paulatina —a la vez que continuada— incorporación de modelos (ya definidos) de raíz oriental, primero, y púnico-helenística, después. Esta incorporación «sucesiva y constante» de modelos quedó materializada en el registro arqueológico a través de la adopción, por parte de los indígenas, de nuevas técnicas constructivas (morteros con cal, adobes o revoques) y aparejos (sillares, contrafuertes); así como de novedosos elementos defensivos (fosos, casamatas) que, en principio, debieron de aprender de maestros orientales residentes en las colonias costeras peninsulares.

La cuestión más remarcable es que, tanto al inicio como al final del proceso, llegaron siempre a distintas regiones de la Península modelos o sistemas plenamente desarrollados, es decir, no se detecta y, por ello no creemos correcto defender, procesos evolutivos propios (o formativos internos) dentro del mundo indígena. Quizás el desarrollo de nuevos estudios, o la publicación de los yacimientos ya excavados con continuadas secuencias estratigráficas pueda dar respuestas que cambien tal apreciación pero, en el actual estado de desconocimiento arqueológico, no.

Sí querríamos apuntar cómo, en un primer momento, la realización material de los sistemas defensivos parece ser obra indígena, si bien con obligada presencia de determinados técnicos extranjeros (arquitectos / ingenieros) que debieron ser quienes les habrían enseñado las necesarias pautas constructivas. Valga como ejemplo la puerta del asentamiento ibérico de la Serreta de Alcoy, fechada a finales del siglo III a.C., realizada, sin duda, por mano indígena pero erigiendo un sistema de puerta novedosa en el contexto ibérico. Al final del proceso, sin embargo, detectamos que, junto a la continuidad del procedimiento anterior, habría también cuadros medios, es decir, mano de obra colonial trabajando en los nuevos sistemas defensivos. A estos «cuadros de obreros especializados» habría que asociar, muy probablemente, las marcas de cantero detectadas en determinadas fortificaciones analizadas caso, por ejemplo, de *Carmo* y *Tarraco*.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- ARRUDA, A. M., 1999-2000: *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (ss. VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6, Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M<sup>a</sup>. E., 1994: *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M<sup>a</sup>. E., 2000: «Arquitectura colonial e intercambio». En GONZÁLEZ PRATS (Ed.) *Fenicios y Territorio*. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guardamar del Segura, Alicante pp. 13-45.
- AZUAR, R.; ROUILLARD, P.; GAILLEDROT, E.; MORET, P.; SALA, F. y BADIE, A., 1998: «L'établissement



- orientalisant et ibérique ancien de «La Rábita», Guardamar del Segura (Alicante, Espagne). Première et seconde campagnes de fouille, juin 1996 et avril 1997". *Trabajos de Prehistoria*, 55, 2, Madrid; pp. 111-126
- BADIA GARCÍA, J y PÉREZ MACÍAS, J. A., 1992: Excavaciones arqueológicas en la muralla tartésica de Niebla. Los cortes II-III/92, Niebla.
- BARRECA, F., 1978: «Le fortificazioni puniche in Sardegna». *Atti del 1° Convegno italiano sul Vicino Oriente Antico*, Roma; pp. 115-128.
- BARRECA, F., 1986: *La civiltà fenicio-punica in Sardegna*, Sassari.
- BARRIONUEVO CONTRERAS, F.J.; PÉREZ PÉREZ, C. y RUIZ MATA, D., 1999: «Fortificaciones de casernas del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)». *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia; pp. 115-123.
- BELÉN DEAMOS, M. y ESCACENA CARRASCO, J.L. (1990): «Niebla (Huelva) Excavaciones junto a la Puerta de Sevilla (1978-1982)». *Huelva Arqueológica*, XII, Huelva.
- BENDALA GALÁN, M., 2001: «La Carmona Bárquida». *Carmona romana*, Carmona; pp. 37-51.
- BENDALA GALÁN, M., 2003: «La influencia fenicio-púnica en Alicante y su ámbito geográfico y cultural». *Canelobre*, 48. Las ciudades y los campos de Alicante en Época Romana. Alicante; pp. 21-33.
- BENDALA GALÁN, M. y BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 2005: «Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 28-29, Madrid; pp. 145-160.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: «La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica». *Gladius*, XXIV, Madrid; pp. 27-98.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2005: «Las fortalezas de entrada, un elemento de la poliortética castreña desde el enfoque de la conquista romana». *Norba, Revista de Historia*; Cáceres; pp. 11-31.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J., e.p.: «Carmona y sus referentes en la urbanística púnica de la Baja Andalucía», *El nacimiento de la ciudad. La ciudad protohistórica. Congreso de Historia de Carmona*, Carmona.
- BLÁNQUEZ, J.; ROLDÁN, L. y BENDALA, M., 2004: «La ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz) en época púnica». *Actas Congreso Internacional El Mundo Púnico* (Cartagena, 2000), Estudios Orientales 5-6, Murcia; pp. 137-156.
- CECCHINI, S. M., 1995: «Architecture militaire, civile et domestique partim Orient». En KRINGS (ed.), *La civilisation phénicienne & punique. Manuel de recherche*, Leiden; pp. 389-395.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ AVILA, J., eds., 2005: *El Periodo Orientalizante*. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anejos de AEspA, XXXV, 2 Vols., Madrid.
- CIASCA, A., 1986: «Fortificazioni di Mozia (Sicilia). Dati tecnici e proposta preliminare de periodizzazione». *La Fortification dans l'histoire du monde Grec*, París; pp. 221-226.
- CIASCA, A., 2000: «Técnicas murarie e fortificazioni puniche in Sicilia». En *Fenicios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Guardamar del Segura, Alicante; pp. 57-69.
- CORREIA, V. H., 2001: «Arquitectura Oriental e Orientalizante em território português: uma revisao». *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid; pp. 57-68.
- CORZO SÁNCHEZ, R., 1975: «Osuna, excavaciones en la muralla». *Noticiario Arqueológico Hispano*, Madrid, 137-143.
- CORZO SÁNCHEZ, R., 1977: *Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la Muralla Republicana*, Sevilla.
- DÍES CUSÍ, E., 2001: «La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica»; en RUIZ MATA y CELESTINO, eds., *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid; pp. 69-122.
- ENGEL, A. y PARIS, P., 1904: «Une forteresse ibérique à Osuna (Fouilles de 1903)», *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires*, XIII, pp. 357-487.
- ESCACENA CARRASCO, J.L., 2002: «Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista», *Spal*, 11. Universidad de Sevilla, Sevilla; pp. 69-105.
- ESCACENA CARRASCO, J.L., 2005: «Darwin y Tartessos». En CELESTINO y JIMÉNEZ (Eds.) *El Periodo Orientalizante*. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anejos de AEspA, XXXV, Madrid; pp. 189-219.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. y FERNÁNDEZ TRONCOSO, G., 2002: «Tartessos fortificado». *Actas Congreso Internacional Fortificaciones en el entorno del Bajo Guadalquivir*, Alcalá de Guadaíra; pp. 110-127.
- FANTAR, M.H., 1984-1986: *Kerkouane, cité punique du Cap Bon (Tunisie)*, 3 vols, Túnez.
- FANTAR, M.H., 1986: «Fortification punique: Les murailles de Kerkouane». *La fortification dans l'histoire du monde Grec.*, París; pp. 241-250.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 1989, ed.: *Tejada la Vieja. Una ciudad Protohistórica*. Huelva Arqueológica, IX, Huelva.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 1990: «Tartessos y Huelva». *Huelva Arqueológica*, X-XI, Huelva.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 1991: «Influencia fenicia en la arquitectura tartésica». *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Museo de Ibiza, Ibiza; pp. 164-173.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 2000: «Fenicios en Tartessos». *Fenicios y Territorio*, Alicante; pp. 89-98.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y CABALLERO ZOREDA, L., 1975: *Abdera. Excavaciones arqueológicas en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 85, Madrid.

- GARCÍA SANZ, C., 1989: «Excavación en la muralla de Tejada». *Tejada la Vieja. Una ciudad Protohistórica*. Huelva Arqueológica, IX, Huelva, pp. 93-106.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A., 1994: «El Cabezo pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura». *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Murcia; pp. 269-280.
- GARLAN, Y., 1992: «La fortification, un fait de civilisation». *Les Dossiers d'Archéologie* n° 172, Dijon.
- GOMES, M. V., 1993: «O estabelecimento fenicio-punico do Cerro da Rocha Branca (Silves)». *Os fenícios no território Português*, Lisboa; pp. 73-108.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1997: «La Fonteta, una ciudad fenicia en Occidente». *Revista de Arqueología* n° 190, Madrid; pp. 8-13.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1998: «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultado de las excavaciones de 1996-97». *Rivista di Studi Fenici*, XXVI. 2, Roma; pp. 191-228.
- GONZÁLEZ PRATS, A., ed., 2000: *Fenicios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Guardamar del Segura, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y GARCÍA MENÁRGUEZ, A., 2000: «El conjunto fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)». *IV C.E.F.P.*, vol. IV, pp. 1527-1537, Cádiz.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ SEGURA, E. y GARCÍA MENÁRGUEZ, A., 1999: «La Fonteta, 1997. Memoria preliminar de la segunda campaña de excavaciones ordinarias en la ciudad fenicia de la desembocadura del río Segura, Guardamar (Alicante)». *La cerámica fenicia en Occidente: centros de producción y áreas de comercio*. Actas del I Seminario Internacional sobre temas fenicios, Alicante; pp. 257-301.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E., 2000: *El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura. Alicante. Comunidad Valenciana)*. Real Acadèmia de Cultura Valenciana.
- GRAU MIRA, I., 2006: «El territorio oriental de Iberia en época de los bárquidas». *Rivista di Studi Fenici*, XXXII, 2 2004, Roma; pp. 49-69.
- JIMÉNEZ MARTÍN, A., 1989: *La Puerta de Sevilla en Carmona.*, Sevilla.
- KEMPINSKI, A. y REICH, R., 1992: *The Architecture of Ancient Israel.*, Jerusalén.
- KRINGS, V. ed., 1995: *La civilisation phénicienne & punique*. Manuel de recherche, Leiden.
- LANCEL, S., 1995: «Architecture militaire, civile et domestique partim Occident». En Krings, V., ed., *La civilisation phénicienne & punique*. Manuel de recherche, Leiden; pp. 397-411.
- LERICHE, P., 1992: «Fortifications 1. Orient». En LIPINSKI (ed.), *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*, París; pp. 172-175.
- LLOBREGAT, E.; CORTELL, E.; MOLTÓ, J. J.; OLCINA, M. i SEGURA, J. M., 1995: «El sistema defensiu de la porta d'entrada del poblament ibèric de La Serreta. Estudi preliminar». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 4, Alcoy ; pp. 135-162
- MAIA, M. G., 2000: «Tavira fenicia. O território para occidente do Guadiana nos inícios do I milénio a.C.». En GONZÁLEZ PRATS (ed.), *Fenicios y Territorio*. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios, Guardamar del Segura, Alicante; pp. 121-150.
- MARÍN BAÑO, C., 1997-1998: «Un modelo estratigráfico de la Cartagena púnica: la muralla de Quart-Hadast». *Anales de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Murcia*, 13-14, Murcia; pp. 121-139.
- MARÍN BAÑO, C., 1998: «La cerámica ibérica pintada de la muralla púnica de Cartagena». *Revista de Estudios Ibéricos*, 3. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid; pp. 245-298.
- MARÍN BAÑO, C., 2004: «Primeros niveles de ocupación en el solar de la muralla púnica de Cartagena». *Actas del II Congreso Internacional del Mundo Púnico* (Cartagena, 2000), *Estudios Orientales*, 5-6, Murcia; pp. 495-500.
- MARTÍN CAMINO, M., 1993: «La Muralla púnica de Cartagena: valoración arqueológica y análisis epigráfico de sus materiales», *Aula Orientalis*, 11, 2, Barcelona; pp. 161-171.
- MARTÍN CAMINO, M., 1994: «Colonización fenicia y presencia púnica en Murcia». *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cultura*. Murcia; pp. 293-324.
- MARTÍN CAMINO, M., 1998: Cartagena durante época Bárquida: precedentes y estado de la cuestión». *La Segunda Guerra Púnica en Iberia*. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica, Ibiza; pp. 9-25.
- MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN BERNAL, B., 1992: «Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica». *Historia de Cartagena*, vol. IV, Cartagena; pp. 197-149.
- MARTÍN RUIZ, J. A., 2004: *Los fenicios en Andalucía*, Sevilla.
- MATA PARREÑO, C., 1995: «Las influencias del mundo fenicio-púnico en los orígenes y desarrollo de la cultura ibérica». *III Congrès International des Études Phéniciennes et Puniqes* (Tunis, 1991) Vol. II, Túnez; pp. 225-244.
- MATA PARREÑO, C., 2000: «La Segunda Guerra Púnica y su incidencia en los pueblos indígenas de la costa mediterránea peninsular». *La II Guerra Púnica en Iberia*. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1998), Ibiza; pp. 27-49.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques. De la fin de l'Âge du Bronze à la Conquête Romaine*, Madrid.
- MORET, P., 2006: «L'Enceinte». Fouilles à la Rábita de Guardamar, II (Guardamar del Segura, Alicante)., *L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIII<sup>e</sup> Fin VI<sup>e</sup> s. av. J.-C.)*. Casa de Velázquez, Madrid; pp. 126-155.

- NIEMEYER, H.G., 1986: «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función». *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell; pp. 109-126.
- OLCINA DOMÉNECH, M., 2000: «La Serreta (Alcoi, Cocontaina, Penàguila)». En Aura, J.E. y Segura, J.M. (coords.) *Catàleg del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó*, Alcoi, Alcoy; pp. 105-112.
- OLCINA DOMÉNECH, M., 2005: «La Illeta dels Banyets, El Tossal de Manises y La Serreta». *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Alicante; pp.147-178.
- OLCINA DOMÉNECH, M. y PÉREZ JIMÉNEZ, R., 1998: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público.*, Alicante.
- OLCINA DOMÉNECH, M. y PÉREZ JIMÉNEZ, R., 2003: «Lucentum: la ciudad y su territorio». *Canelobre*, 48. *Las ciudades y los campos de Alicante en Época Romana*, Alicante; pp. 91-119.
- OLIVER FOIX, A. (1995): «La presencia púnica en los asentamientos ibéricos: una aproximación a su problemática». *Actes du III Congrès International des Études Phéniciennes et Puniqes*, Túnez, 1991. Túnez; pp. 282-296.
- PRADOS MARTÍNEZ, F., 2002: «Una aproximación a los influjos tecnológicos y tipológicos de la arquitectura púnica en el mundo ibérico». *Africa, Serie REPPAL*, XII. Institut National du Patrimoine, Túnez; pp. 79-102.
- PRADOS MARTÍNEZ, F., 2003: *Introducción al estudio de la Arquitectura Púnica*, Madrid.
- QUESADA SANZ, F., 2005: «Innovaciones de raíz helénica en el armamento y tácticas de los pueblos ibéricos desde el siglo III a.C.» *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 28-29, Madrid; pp. 145-160.
- REBOLLO CONDE, T., 1988: «Informe sobre los trabajos arqueológicos de urgencia en las excavaciones de Puerta Sevilla y Castillo de los Guzmanes en Niebla (Huelva)». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986. I Actividades de Urgencia, Sevilla.
- ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J. y MARTÍNEZ, S., 1998: *Carteia*, Madrid.
- ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J. y MARTÍNEZ, S., eds., 2006: *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz) 1994-1999*, Sevilla.
- ROLDÁN, L.; BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J.; MARTÍNEZ, S. y BERNAL, D., 2003: *Carteia II*, Madrid.
- ROUILLARD, P.; GAILLED RAT, E.; MORET, P. y SALA, F., 2006: *Fouilles à la Râbita de Guardamar, II (Guardamar del Segura, Alicante). L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIII<sup>e</sup> Fin VI<sup>e</sup> s. av. J.-C.)*. Casa de Velázquez, Madrid.
- RUIZ MATA, D., 1986: «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Sta. María, Cádiz)». *Madrider Mitteilungen*, 27, Madrid; pp. 87-115.
- RUIZ MATA, D., 1991: «Los fenicios en la Bahía de Cádiz, según el Castillo de Doña Blanca». *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza; pp. 89-95.
- RUIZ MATA, D., 2001: «Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca». *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid; pp. 261-274.
- RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S., eds., 2001: *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. J., 1995: *El poblado fenicio del Castillo de Dña. Blanca (El Puerto de Sta. María, Cádiz)*. Biblioteca de Temas Portuenses, Puerto de Sta. María, Cádiz.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M., 1986: «Informe preliminar de la Campaña de Excavación Sistemática de 1985 en el Cerro de la Plaza de Armas (Puente Tablas, Jaén)». *Anuario Arqueológico de Andalucía, II*, Actividades Sistemáticas, Sevilla; pp. 401-408.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M., 1990: «Informe de la campaña de 1990 en el Cerro de la Plaza de Armas de Puente Tablas (Jaén)». *Anuario Arqueológico de Andalucía, II*, Actividades Sistemáticas, Sevilla, pp. 216-223.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. y CHOCLÁN, C., 1991: «Fortificaciones Ibéricas en la Alta Andalucía». *Fortificaciones. La problemática de l'Iberic Ple (segles IV-III a.C.)*, Manresa; pp. 109-126.
- SCHUBART, H., 1986: «El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)». *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell; pp. 59-83.
- SCHUBART, H., 2000: «Alarcón. El yacimiento fenicio y las fortificaciones en la cima de Toscanos». En *Fenicios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Guardamar del Segura, Alicante; pp. 263-293.
- SCHUBART, H., 2002: *Toscanos y Alarcón. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Vélez*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 8, Barcelona.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J., 1987: «El yacimiento protohistórico del cerro de Las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)». *Oretum*, III, pp.167-197.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J., 1999: «Oretanos en la Meseta Sur. El yacimiento ibérico del Cerro de las Cabezas», *Revista de Arqueología* n° 213, Madrid.
- VÉLEZ, J.; PÉREZ, J. y CARMONA, M., 2004: «Conjunto arqueológico de Cerro de las Cabezas. Puesta en valor de la ciudad ibérica». *Revista de Arqueología* n° 279, Madrid; pp. 38-47.

# ASEDIO, SITIO, ASALTO... ASPECTOS PRÁCTICOS DE LA POLIORCÉTICA EN LA IBERIA PRERROMANA

FERNANDO QUESADA SANZ  
*Universidad Autónoma de Madrid*

## ABSTRACT

*The study of the military capabilities of ancient fortifications is as relevant as the analysis of their symbolic or propagandistic overtones. In this paper we analyze the role of Iron Age fortifications in the Southern part of the Mediterranean coast of the Iberian Peninsula, focusing on their real military capabilities and limitations within the framework of a general model of Warfare in ancient Iberia. In ancient Edetania and Contestania fortifications between the 6<sup>th</sup> and 2<sup>nd</sup> centuries BC are in general quite simple—even if in some cases considerable human effort was put in their construction—, and do not generally show knowledge of advanced poliorcetic techniques, or of siege machinery or artillery, although in some cases they reflect contemporary Mediterranean innovations.*

## RESUMEN

*El estudio de las capacidades militares de las fortificaciones antiguas es tan importante como el de sus connotaciones simbólicas o de propaganda. Se analiza desde esta perspectiva el papel de las fortificaciones ibéricas en la región levantina meridional, estudiando las limitaciones y capacidades reales dentro del marco de un modelo general sobre las formas de guerra en la Iberia antigua. En la antigua Edetania y Contestania las fortificaciones entre el s. VI y II a.C. son por lo general sencillas aunque se invirtiera en ellas gran esfuerzo, y no reflejan conocimientos avanzados de poliorcética, ni conocimiento de maquinaria de asalto o artillería, aunque en ocasiones reflejen tendencias mediterráneas contemporáneas.*

## 1. SOBRE EL ANÁLISIS FUNCIONAL DE LAS FORTALEZAS

La corriente de pensamiento que en las últimas décadas ha replanteado el estudio de las fortificaciones antiguas, insistiendo sobre todo en sus aspectos simbólicos, de ostentación, de delimitación de espacios sacros, ideológicos, jurídicos o incluso impositivos, ha aportado sin duda importantes novedades y puntos de vista<sup>14</sup>. En conjunto, es necesario concebir la muralla antigua como un ‘hecho de civilización’ en palabras de Garland (1974: 92). Pero es igualmente indudable que la muralla, incluso si es un simple lienzo corrido aprovechando las partes traseras yuxtapuestas de los edificios, pero sobre todo si se acompaña de elementos como caminos de ronda, torres o bastiones, fosos y otros elementos accesorios, es ante todo un elemento defensivo frente a un peligro percibido por quienes la construyen. Esa amenaza puede ser tan primitiva como

el riesgo de alimañas, o de bandoleros ocasionales, o tan compleja como el ataque de un ejército dotado de elementos de asedio sofisticados. Pero en todo caso debemos tener en cuenta que es la función defensiva originaria la que permite luego dotar de connotaciones prestigiosas y simbólicas a una muralla. Normalmente una autoridad, del tipo que sea, utiliza en su provecho la sensación de seguridad que en principio proporciona la muralla al conjunto de la comunidad, para extraer un beneficio propagandístico, y no al revés. Sólo en casos muy escasos y concretos, y normalmente en culturas avanzadas, llegaron a construirse desde el principio pseudo-fortificaciones que sólo residualmente presentan capacidades militares, como algunos ‘castillos’ nobiliarios renacentistas. En conjunto pues, y sin dejar de lado el análisis social y simbólico de las fortificaciones antiguas, es indudable que debe seguir prestándose también la mayor atención a sus capacidades prácticas, defensivas, como forma de evaluar las amenazas sentidas por quienes las construyeron. Ese análisis funcional puede decirnos mucho sobre las formas

<sup>14</sup> Recientemente, y en español, Gracia (2003:225 ss.) ha definido bien este enfoque. Y, en la misma línea, Berrocal-Rangel (2004).

de guerra practicadas por quienes construyeron las estructuras defensivas y sobre las amenazas que percibían.

## 2. CONSTRUCCIÓN DE DEFENSAS Y AMENAZA PERCIBIDA

Debe tenerse en cuenta que por regla general las comunidades y sus dirigentes tienden a construir fortificaciones adecuadas como defensa contra la mayor de las amenazas estimadas, con un cierto elemento de sobredimensionamiento que a menudo llega más allá incluso del estricto equilibrio entre esfuerzo y resultado. El viejo adagio según el cual la mejor fortaleza es aquella que nunca es atacada es plenamente válido, y la mejor forma de conseguir ese objetivo es impresionar hasta la disuasión<sup>15</sup>.

Obviamente, la complejidad de las fortificaciones construidas y el esfuerzo empleado depende de otras variables además de la amenaza percibida. La principal es el tamaño e importancia del asentamiento a defender: una granja o aldea fortificada no construirá en circunstancias normales defensas adecuadas contra un enemigo dotado de arietes, catapultas y bastidas, por mucho que ese sea el nivel de amenaza concebible; pero un lugar central de importancia sí buscará defenderse con garantías de éxito, dimensionando las defensas *por exceso* y no *por defecto* contra la mayor amenaza conocida y plausible.

La consideración cuidadosa de este último punto es importante: no se puede construir una defensa contra una amenaza tecnológica desconocida, ni sostener que un gran complejo de fosos paralelos frente a una muralla de la Edad del Bronce respondiera a la amenaza de artillería —catapultas y torres de asedio móviles sobre rodillos o ruedas. Sin embargo, sí es perfectamente concebible —y está documentado— que en zonas periféricas a las regiones más innovadoras se introdujeran ocasionalmente elementos que reflejen un conocimiento parcial y a menudo imperfecto de nuevos adelantos poliorcéticos; en tal caso, los constructores de dichas defensas a menudo interpretaron mal los modelos foráneos y avanzados que imitaban, *precisamente porque lo que su construcción reflejaba no era una amenaza plausible y conocida*, sino que era resultado de la observación de las actividades de otros ingenieros y ejércitos en contextos diferentes. En tal caso, una aparente innovación defensiva introducida en un contexto donde la amenaza que supuestamente previene no es en realidad bien conocida, a menudo tendrá más un valor de ostentación que uno militar; un

ejemplo es la muralla de adobe con torres cuadradas a intervalos regulares que en el s. VI a.C. construyeron los príncipes hallstáticos de Heuneburg, en Alemania (Fase Iva-IVb)<sup>16</sup>; otro la pareja de torres del Castellet de Banyoles en Tivissa en Tarragona de fines del s. III a.C. (*vid. infra*).

La existencia de obras defensivas masivas por su volumen y por el esfuerzo en horas/hombre empleado en ellas no implica necesariamente un temor a medios sofisticados de ataque, sino en muchos casos un sobredimensionamiento contra otros más sencillos. Por ejemplo, las elaboradas series de terraplenes y enormes fosos en los *hillforts* británicos de la Edad del Hierro o de algunos yacimientos de la Península Ibérica, o los campos de piedras hincadas y bastiones semicirculares en la I Edad del Hierro peninsular, obviamente no son el reflejo de un intento de obstaculizar catapultas o detener torres de asedio u otros artefactos móviles que ni siquiera existían en dicho periodo, sino de una clara vocación de disuadir y en su caso frenar a atacantes dotados de medios mucho más sencillos. Por supuesto, si hipotéticamente los atacantes de la Edad del Hierro en Gran Bretaña o Iberia hubieran llegado a disponer de arietes, bastidas o artillería de torsión, esos medios de defensa se hubieran revelado útiles, pero no completamente eficaces al no cumplir los requisitos calculados por los sofisticados ingenieros griegos de época helenística en cuanto al espaciado de las líneas de defensa y campos de tiro<sup>17</sup>. Sólo la combinación de torres bien colocadas y espaciadas, con cámaras y aspilleras para artillería, caminos de ronda cubiertos, glacis despejados a larga distancia, y elementos similares son indicios claros, más por su tipo que por el volumen de tierra movida o el esfuerzo empleado, de una amenaza que implique maquinaria de asedio, y el empleo de artillería por atacantes y defensores (Mariden, 1969:150 ss.). Un foso muy ancho y profundo, una muralla simplemente muy alta o ancha, o la construcción de bastiones masivos, muy apretados o muy separados, no es indicio de la existencia de una guerra de asedio compleja.

Una de las varias consecuencias del proceso de dimensionamiento ante la máxima amenaza posible es que la fortaleza adquiriera en la época anterior a la pólvora un carácter de ostentación y prestigio, sobre todo si servía de residencia del poder, pero normalmente como consecuencia —y no como causa— de su función militar.

Se admite que en la Antigüedad y Edad Media, y hasta el desarrollo de la artillería de pólvora, en términos generales la capacidad de defensa fue siempre por delante de la capacidad de ataque. En palabras de J. Keegan «*The strength of castles greatly exceeded the force of siegecraft, a truth not to be overturned until*

<sup>15</sup> Un ejemplo clásico en plena Edad del Bronce es el de la cadena de fortalezas construidas por los egipcios en torno a la Segunda Catarata del Nilo en Nubia, y en particular el complejo de Buhen con su doble recinto de murallas, puertas de patio, camino de ronda cubierto, fosos, galerías subterráneas, etc., muy por encima de la amenaza que cualquier coalición de tribus nubias pudiera suponer. Emery *et al.* (1979); Partridge (2002:127 ss.; espec. 134).

<sup>16</sup> Resumen en Collis (1984:88-89); Brun (1987:101-103); Kristiansen (2000:259 ss.).

<sup>17</sup> Por ejemplo, Filón de Bizancio (Marsden 1969:91 y Fig. 2; Garland, 1974).

*the coming of gunpowder ad that had held good since the building of Jericho... in general, the advantage in siege warfare before gunpowder always lay with the defender, as long as he took the precaution of laying in supplies...»* (Keegan, 1993:150-151; Kern, 1999:10-21). Cuando una fortaleza bien fortificada era capturada, lo más frecuente es que se debiera a falta de combatientes para cubrir las defensas, por bloqueo y hambre, por traición, o por desmoralización de los defensores antes de agotar los medios de defensa (Figura 1).

Los asaltos a gran escala, aunque por supuesto se dieron desde la Edad del Bronce, y con éxito, fueron en la Antigüedad más la excepción que la regla. Se producían normalmente cuando el atacante contaba con un ejército regular (Sagunto en el 219 a.C., Cartagena en el 212 a.C.), y cuando la superioridad de los atacantes era aplastante. Incluso en ese caso, muchos generales prefirieron ahorrar bajas y riesgos empleando el bloqueo, caso de Escipión en Numancia o Cesar en Alesia.

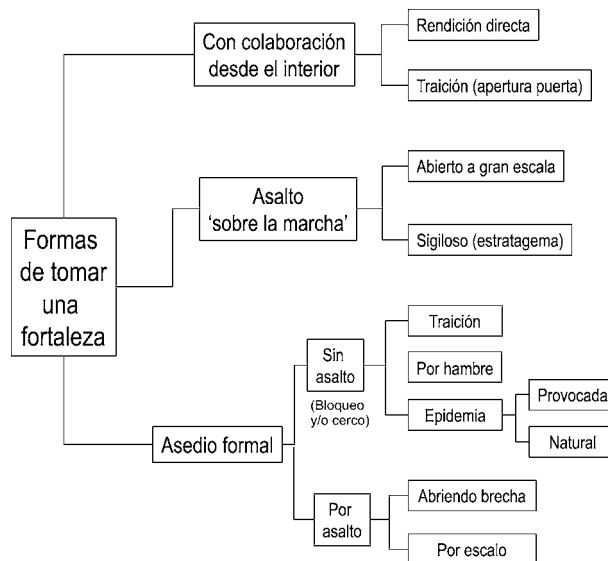


FIGURA 1.—Principales formas de tomar una fortaleza antes de la artillería de pólvora. El asedio formal y el bloqueo son, condiferencia, las menos habituales.

### 3. IBERIA, UN ESTUDIO DE CASO EN EL LEVANTE MEDITERRÁNEO

En los últimos años se viene desarrollando un interesante debate sobre la capacidad defensiva de las fortificaciones ibéricas, el grado en que reflejan o no conocimientos poliorcéticos avanzados y el posible empleo de artillería, la profundidad de la influencia de las técnicas griegas clásicas y helenísticas y otros factores relacionados. Este trabajo pretende ahondar en dicha discusión desde la perspectiva tanto del análisis de los datos arqueológicos como de las fuentes literarias, dentro del marco de referencia que acabamos de delinear en los párrafos previos<sup>18</sup>.

Analizaremos en primer lugar en detalle, y como estudio de caso, un conjunto de fortificaciones bastante bien conocidas arqueológicamente en la fachada mediterránea peninsular entre las cuencas de los ríos Turia y Segura (Figura 2). En dicha zona conocemos una muestra amplia de yacimientos cuyas defensas y fortificaciones han sido excavadas en cierta extensión. La muestra, en un área culturalmente bien definida, abarca, en el tamaño de los asentamientos, desde pequeñas alquerías hasta ciudades importantes; en cronología, desde principios del s. IV a.C. y hasta principios del II a.C. —por tanto incluyendo la época de mayor influencia helénica desde el punto de vista de las importaciones cerámicas, pero previa a las grandes contiendas entre Cartago y Roma, y hasta los inicios de la conquista romana. En lo que

se refiera al ambiente cultural, la muestra incluye desde asentamientos puramente ibéricos hasta otros que, como la Pícola o Tossal de Manises, deben considerarse desde una óptica diferente.

Así pues, hemos seleccionado esta región por ser representativa en todos estos aspectos, y por haber sido mucho menos sistemáticamente tratada en la discusión reciente que la zona catalana en torno sobre todo a la colonia griega de Ampurias, pese a que a nuestro juicio las regiones al norte del Ebro presentan un comportamiento radicalmente distinto al que examinaremos ahora, pese a los supuestos paralelos que se han aducido entre elementos aislados de ambas regiones<sup>19</sup>. Si se nos permite adelantar acontecimientos, una de las lecciones a extraer de este trabajo es la imposibilidad de extrapolar, en lo arqueológico, los datos, y las conclusiones de ellos extraídas, desde una región a otra. Otra, lo limitado de las soluciones adoptadas por los ibéricos del Levante central y meridional en comparación con prácticas similares en el Mediterráneo central y oriental, tanto en el volumen como sobre todo en la sofisticación de las soluciones defensivas adoptadas.

#### 1. La Pícola (Santa Pola, Alicante)<sup>20</sup>

Este pequeño asentamiento tiene forma de un cuadrángulo deformado, de tendencia romboidal, de unos 60 m. de lado, con sólo 2.960 m<sup>2</sup> de superficie intra-

<sup>18</sup> Sosteniendo un elevado grado de sofisticación en las fortificaciones ibéricas. incluyendo incluso el conocimiento y empleo de la artillería desde el s. IV a.C., fundamentalmente F. Gracia (1997, 2000, 2001, 2003, 2006). Un punto de vista más escéptico en Moret (1996, 1998, 2001) y Quesada (2001, 2003a). Terciando en estas cuestiones, y matizando aspectos concretos de la interpretación de algunas murallas. Oliver (2006 con varias contribuciones, entre ellas por ejemplo Bonet (2006, especialmente pp. 33-34); Dies (2005); Olcina (2000, 2005, espec. pp. 169 ss.); Sala (2005, 2006:137 ss.).

<sup>19</sup> Sobre todo Gracia (1997, 2000, 2001, 2003, 2006) quien se centra para sus argumentos sobre todo en los yacimientos de Emporion, Ullastret, Tivissa, Puig Castellet de Folgueroles, Alorda Park, Burriac, Turó del Montgrós-El Brull. Lógicamente hace referencia también a otros, sobre todo a título comparativo (La Pícola, Tossal de Manises, Sagunto) de manera no siempre afortunada, como se verá.

<sup>20</sup> Tomamos nuestros datos para este yacimiento sobre todo de Moret *et alii* (1995) y de la publicación final en Badie *et alii* (2000), además del resumen en Moret (1996:488-490).

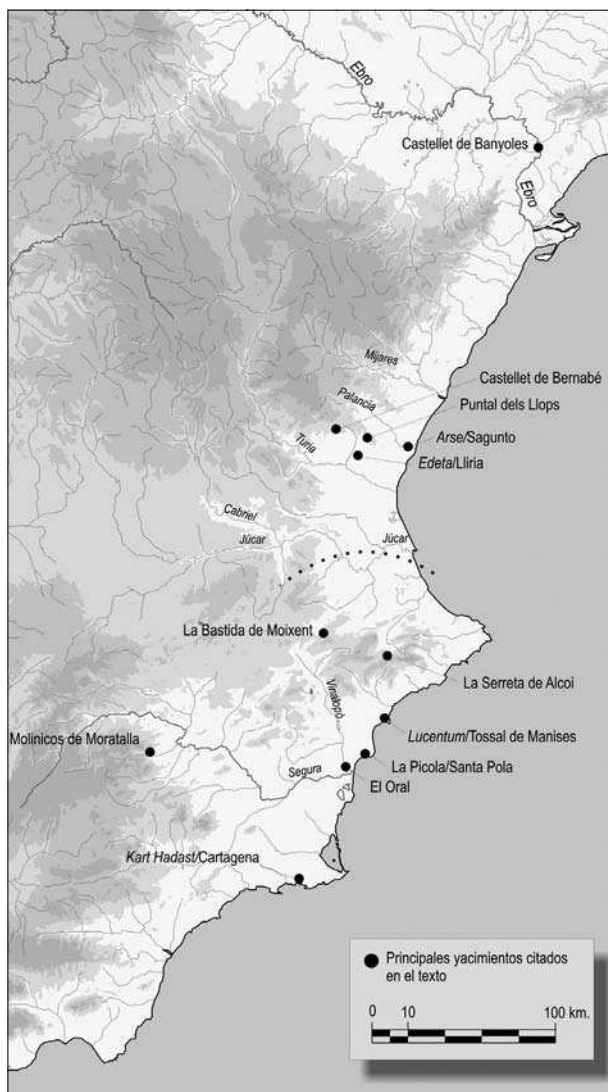


FIGURA 2.—Principales yacimientos citados en el texto.

muros y 5900 m<sup>2</sup> de espacio ceñido por el foso exterior<sup>21</sup>. En comparación, un yacimiento como El Oral, más antiguo que La Picola, ocupa más del triple de superficie; la Alcudia llega a las 10 Ha más adelante. Las excavaciones indican que se trata de un poblado fortificado de traza extremadamente regular con calles rectilíneas y edificios modulados según un patrón de tipo griego basado en un pie de metrología focea y dimensiones de 29,6 a 29,7 cm. idéntico al usado en Ampurias y Ullastret (Badie *et alii*, 2000:131).

La ocupación del hábitat parece haber sido breve y unifásica, entre el 430 y el 330 a.C. Sus excavadores lo interpretan como un asentamiento indígena sobre la base de la tosca edificación de tipo indígena (Moret *et alii*, 1995:123) y la abundancia de material anfórico y cerámico en general de factura ibérica<sup>22</sup>. La presen-

cia de material ático —barniz negro y Figuras Rojas— o púnico no es especialmente elevada en relación con otros poblados claramente indígenas de la región: «*La Picola est donc un établissement portuaire ibère, dépendant d'une cité ibère. Mais le contexte économique et commercial de sa fondation fait nécessairement intervenir un partenaire non indigène qu'il reste à identifier, pour une fonction qu'il faut aussi tâcher de préciser*». (Badie *et al.*, 2000:262). Sin embargo, la regularidad del conjunto es tal, y su metrología tan rigurosa en apariencia, que cabe seguir planteando la posibilidad de un pequeño recinto creado y ocupado —al menos parcialmente— por comerciantes griegos. Es perfectamente posible, y hay paralelos etnográficos, que se empleara mano de obra local en la construcción y se empleara cerámica ibérica en un conjunto dirigido por un pequeño número de helenos. La hipótesis de una fundación griega tolerada por los iberos de *Ilici* y ocupada por una comunidad mixta nos parece la hipótesis más probable de las dos propuestas<sup>23</sup>.

La excelencia de la reconstrucción planimétrica, y de los hallazgos sobre la modulación y la metrología en este yacimiento no deben hacernos olvidar sin embargo el elevado grado de extrapolación realizado a partir de un número de pequeños sondeos y el gran arrasamiento del conjunto. Con todo, y sin entrar a discutir la organización interna de calles y edificios, cabe suponer que lo sabido sobre el perímetro defensivo es extrapolable al conjunto del yacimiento.

En relación al conjunto del asentamiento, las fortificaciones son sustanciales: la superficie del área de foso, berma y muro abarca un 42% del total de la superficie del conjunto, una cifra sin paralelos en ningún asentamiento de Iberia que no sea un fortín<sup>24</sup>. Si la reconstrucción planteada es correcta para todo el perímetro, el conjunto podría definirse como un 'fuerte' más que como otra cosa —o si se quiere, *epiteichisma*<sup>25</sup>. Las publicaciones preliminares acertaron plenamente al mostrar los paralelos griegos para el conjunto de muralla —aunque no se han hallado trazas del aspecto que pudieran tener las puertas y posibles poternas. Sin embargo, los paralelos más cercanos que se presentan, con todo, son posteriores: de fines del s. IV a.C. (Atenas) y s. III a.C. (Ampurias), cuando la maquinaria de asedio ya estaba extendida en todo el mundo griego. En el s. V a.C., cuando se edificó la Picola, ni siquiera se había inventado la primitiva catapulta, aparecida en Siracusa hacia el 399 a.C. (Diodoro Sículo 14, 41-42). Las torres de asedio móviles eran muy inhabituales, pese a haber sido empleadas

<sup>23</sup> Frente a la fundación por *Ilici* y bajo control ibérico. Ver para las dos opciones en Badie *et al.* (2000:264).

<sup>24</sup> Moret *et al.* (1995:122) lo comparan con un asentamiento muy fortificado de la zona costera catalana, Alorda Park, donde las defensas cubren un muy elevado 12% de la superficie total.

<sup>25</sup> Sin embargo, los excavadores rechazan explícitamente esta interpretación (en su sentido funcional lato, como función global del asentamiento) al relacionar la estructura con su contexto geográfico y cultural (Badie *et alii* 2000:256-257).

<sup>21</sup> Los datos entre 1995 y 2000 difieren algo, de 3.400 m<sup>2</sup> (1995:115) a 2.960 (2000:128).

<sup>22</sup> Punto a favor del carácter indígena del asentamiento, sin duda (Badie *et alii* 2000:133).

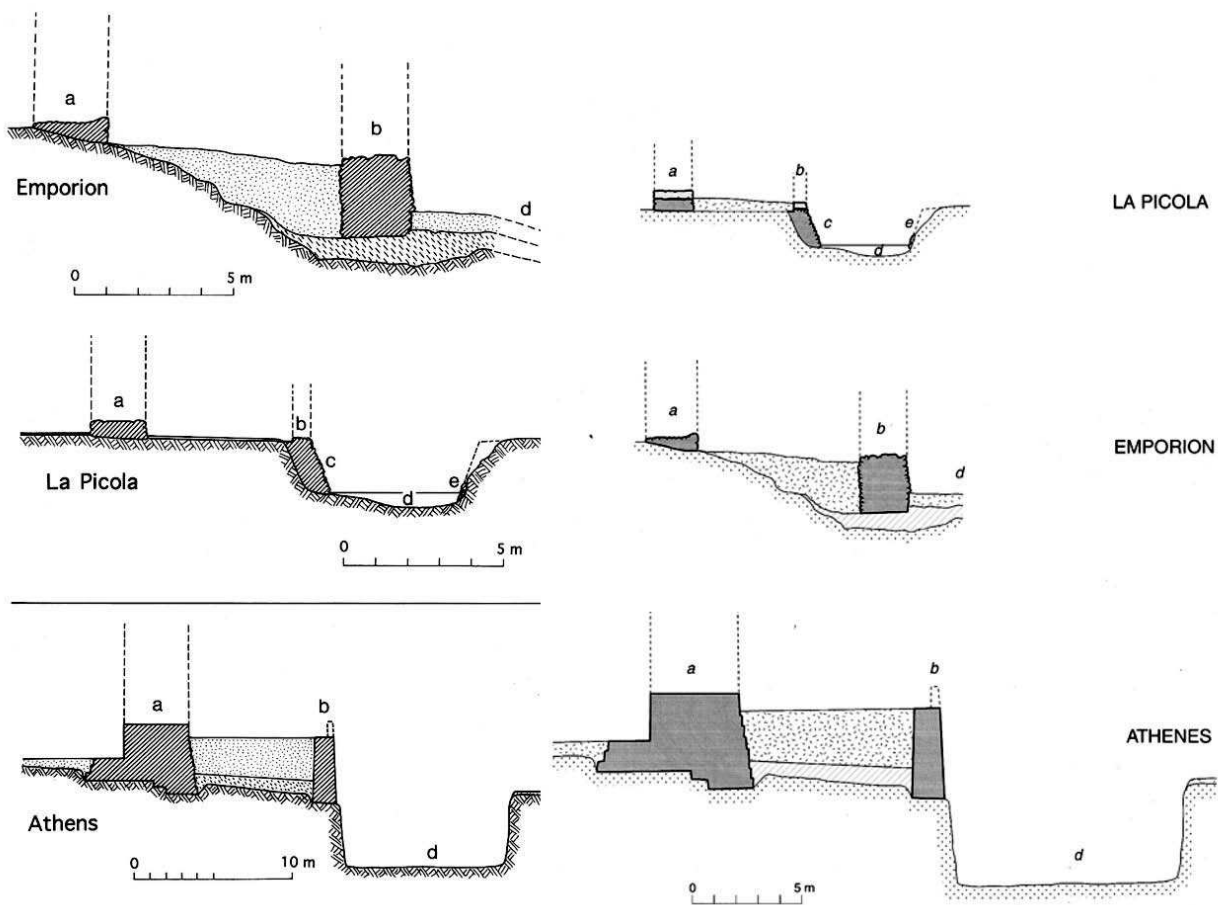


FIGURA 3.—Comparación de las secciones de las fortificaciones de Atenas, Emporion y La Picola en la publicación preliminar de Moret et alii (1995:121) y en la final (Badie et alii, 2000: con una única escala). El ejemplo, basado en la presentación de diferentes escalas gráficas, ha sido utilizado por otros investigadores para añadir, también a diferentes escalas, otras murallas supuestamente comparables (e.g. Gracia 2000, fig. 1), sin prestar excesiva atención a las evidentes diferencias de volumen. A. Muro principal. B. Proteichisma. C. Revestimiento de la escarpa. D. Foso.

por los asirios, y se documentan por vez primera en Occidente en manos cartaginesas en el asedio de Selinunte de 409 a.C. (Diodoro Siculo 13, 54-56) y pocos años después en manos de griegos en el asedio de Mozia (Diodoro 14, 47 ss.). El ariete, conocido al igual que la bastida o torre ya por los asirios en el s. VIII a.C., se cita en manos griegas por vez primera en el año 429 a.C., durante el asedio de Platea (Tucídides 2,76,4)<sup>26</sup>. En conjunto pues, puede decirse que las fortificaciones de la Picola son sustanciales en relación al muy pequeño tamaño del asentamiento (recordemos, sesenta metros de lado).

Sin embargo, las primeras figuras publicadas, que presentaban juntas a muy diferente escala la sección de las murallas de Atenas, Emporion y Picola (Figura 3), tendieron a camuflar el hecho evidente de que el volumen y tamaño de los muros y fosos de estos yacimientos es tremendamente dispar. No cabe duda que el arquitecto —de formación helénica— se inspiró en modelos complejos de fortificación centro-me-

diterránea, aunque no necesariamente ‘a la última’ en términos de guerra de asedio: veremos más adelante que incluso en Grecia propia la guerra de asedio compleja con maquinaria es un proceso relativamente tardío, de muy avanzado el s. V a.C.<sup>27</sup>

Pero la muralla de la Picola aparece reflejada en su verdadera magnitud en la publicación definitiva del yacimiento, donde se aprecia que, frente a las fortificaciones de Atenas e incluso Ampurias, el foso y muro de La Picola son muy reducidos (Badie *et alii*, 2000). Esto es relevante ya que, sin negar la influencia clásica en la traza de las defensas de la Picola, la ausencia de puertas, de torres de artillería, y el reducido volumen de las defensas hacen pensar que no se diseñaron pensando en asedios a gran escala. El foso de la muralla de Atenas medía unos 11 metros de ancho por cinco de profundidad; el de la Picola unos cinco por menos de 2 de profundidad, casi una zanja muy ancha, llena eso sí en parte por el agua del nivel freático; un foso de estas dimensiones sólo puede ser califi-

<sup>26</sup> Ver Saez Abad (2005:34 ss. y 81 ss.); Garland (1974:148 ss. y especialmente 150 para los fosos).

<sup>27</sup> Garland (1974:104 ss.) por ejemplo.



cado de muy modesto<sup>28</sup>. La escarpa de Atenas en el s. IV tenía al menos 8,30 m. de altura, a lo que habría de añadirse un metro de parapeto aproximadamente; en La Picola la escarpa medía estrictamente 2 metros, quizá hasta 3 con un parapeto.

La muralla principal de La Picola tiene un espesor de 1,65 a 1,80 cm., frente a los 4 metros de Atenas —siete metros en la base— y los 2,50 m. de Emporion; todo ello con las correspondientes diferencias en altura —15 m. en Atenas<sup>29</sup>— y en la capacidad de tener un camino de ronda sustancial. El posible antemural de la Picola tendría 0,7 m. de grosor en la base, siendo más una tapia gruesa que un muro propiamente dicho, aunque suficiente como parapeto contra armas ligeras. Desde el punto de vista militar e ingenieril, y pese a la similitud de la traza, estamos ante dos fortificaciones no comparables, ya que para un crecimiento aritmético de su volumen y altura, la dificultad de asaltar una defensa crece exponencialmente<sup>30</sup>.

Por otro lado, el trazado visible lleva a creer que la torre situada en el ángulo nororiental —peculiarmente situada, ofreciendo fuegos de flanqueo sólo hacia un lado de la muralla (Ver Badie *et al.*, 2000:Fig.35) no se complementaba con otras a intervalos regulares, y al menos una en el centro de cada lado habría sido necesaria para cubrir bien el lienzo. Este sistema parece sin duda más indígena que griego, y tiene, como ya indicó P. Moret, paralelos en El Oral (*infra*).

La influencia cultural está ahí, visible, pero la amenaza para la que se concibió el recinto no es la de un ejército con máquinas de asedio o artillería, e incluso la de un ejército provisto de útiles tan elementales como fajinas o escalas. Y es lógico, teniendo en cuenta que Picola abarca menos de media hectárea de extensión. Nunca se previó su defensa contra un ejército —com-

plejo o sencillo en sus medios— porque la modesta categoría del asentamiento ni lo demandaba ni lo hacía posible (todo el recinto está al alcance de jabalinas arrojadas con la mano, y la topografía es totalmente llana, a tres metros sobre el nivel del mar).

En conjunto, la fortificación de la Picola nos dice mucho sobre el modelo cultural que sirvió de inspiración: helénico. También sobre los valores y modelos de quienes allí vivían: clásicos en buena medida. Ciertamente también nos dice que se puso notable énfasis en la defensa, ya que la muralla y foso son muy sustanciales *en relación al muy reducido tamaño del asentamiento, no en valores absolutos*. Pero también nos dice algo sobre la amenaza contra la que se construyó: modesta en términos de sofisticación poliorcética, la Picola estaba sobradamente defendida (*vid supra* sobre la tendencia al sobredimensionamiento) contra ataques a pequeña e incluso adecuadamente contra un asalto a mediana escala —por un destacamento militar sustancial— no dotado de medios de asedio muy complejos, pero estaría inerte ante un asalto serio dotado de medios avanzados como máquinas, torres o artillería, entre otras cosas por su reducido tamaño. Con todo, la fortificación de La Picola es en sí misma, y en su combinación de foso, posible antemural, breve berma y muro principal, bastante más elaborada y más sustancial que la de muchos *oppida* ibéricos contemporáneos de gran magnitud, como por ejemplo la Bastida de Mogente o la Serreta de Alcoi.

## 2. La Bastida de Mogente

Los recientes y bien estructurados trabajos de Helena Bonet y Dies Cusi<sup>31</sup> sobre el yacimiento de la Bastida de Mogente o Moixent, ubicado en el sur de la actual provincia de Valencia pero relacionado culturalmente con el mundo del norte alicantino en época ibérica (Figura 2), presentan importantes novedades para el estudio de las fortificaciones ibéricas antes de la presencia bárquida, así como del problema de su efectividad frente a ataques.

El poblado de 4,6 Ha intramuros y 1,5 en el recinto exterior<sup>32</sup>, construido hacia muy principios del s. IV a.C., fue incendiado y abandonado a fines del s. IV para no ser reocupado<sup>33</sup>, lo que implica un acto violento<sup>34</sup>. Excavado en extensión y bien revisado, conocemos hoy sobre un alto cerro alargado y de acceso

<sup>28</sup> Otro ejemplo: el foso de Paleopafos en el s. V a.C. mide de 12 a 14,4 m. de ancho por 4 de profundidad (Garlan 1974:150); en la segunda mitad del s. IV a.C. el foso de Heloros en Sicilia medía de 6,8 a 8 m. de anchura por 3 de profundidad; en Lilibeo el foso de 276 a.C. medía hasta 24 m. de ancho por 16 de profundidad según Diodoro: el foso de Halicarnaso medía en 332 a.C. unos 12 m. de ancho por más de 6 de profundidad (Garlan 1974:253).

<sup>29</sup> De la base del zócalo a lo altero del parapeto, Adam (1982:113). *Paestum* tendría un muro de unos 13 m. a lo alto del parapeto (Adam 1982:114). Una fortaleza menor como la helenística Kydna en Licia alcanzaba sólo los 7 metros (Adam 1982), y había casos de murallas de unos 6 m. de altura (Garlan 1974:262). Filon de Bizancio recomienda hacia el 200 a.C. que las murallas no tengan nunca una altura inferior a 20 codos (9,25 m.). La relación anchura/altura de los muros en los autores técnicos clásicos oscila mucho, de 2 a 1 en Filón a 4 a 1 en el Anónimo de Bizancio (Garlan 1974:342), y P. Moret ha insistido con razón en la muy extrema variabilidad entre grosor del muro y altura, que impide seguir proporciones fijas (Moret 1996:95), ni en Iberia ni en el mundo mediterráneo. En general, la arqueología documenta alturas menores a los autores clásicos, y siempre está el problema de si se incluye o no la altura del parapeto (Garlan 1974:342). Los módulos aplicados en la arquitectura doméstica a menudo (grosor del muro x 8) no son lógicamente de aplicación a las murallas.

<sup>30</sup> Desde luego, ni las fortificaciones de La Picola, ni las de Ullastret, pero en realidad ni siquiera las de Atenas cumplirían los requisitos de un ingeniero especialista en asedios y defensa de fortalezas como Filón, quien consideraba ideal una zona de defensa batida delante de las murallas de hasta 180 metros de profundidades, incluyendo tres fosos de hasta 30 m. de ancho y campos de obstáculos. Ninguna fortaleza antigua salvo quizá la de Eurialo en Siracusa contó con defensas tan elaboradas (ver Marsden 1969:90-91; Garlan, 1974:279-404, especialmente 364).

<sup>31</sup> Bonet (2006:26 ss.); Bonet, Vives, Caruana (2005); Dies Cusi (2005); Dies *et alii* (1997); Dies, Alvarez (1997, 1998); Dies, Bonet (1996) Estos trabajos incluyen la bibliografía clásica. La síntesis que sigue es completamente deudora de los trabajos citados: la discusión es personal aunque lógicamente depende de los datos e interpretaciones de los excavadores. Por supuesto, los trabajos de referencia y de partida son los de Fletcher, Pla y Alcacer (1965, 1969).

<sup>32</sup> Según Dies, Alvarez (1998:342 n. 1) serían 3,5 Ha, corrigiendo las noticias habituales que hablaban de 6,3 más 1,5 (p. ej. Dies *et alii* 1997:224; Bonet, Dies, 1996, etc.). Finalmente, la publicación más reciente de Bonet, Vives Ferrándiz, Caruana (2005:271) da una cifra de 4,6 Ha. para el recinto principal.

<sup>33</sup> Dies *et alii* (1997:270-272) confirmando la cronología tradicional: en último lugar, Bonet (2006:26 ss.).

<sup>34</sup> O quizá un primer ataque fallido y otro con éxito (Dies *et alii* 1997:228).

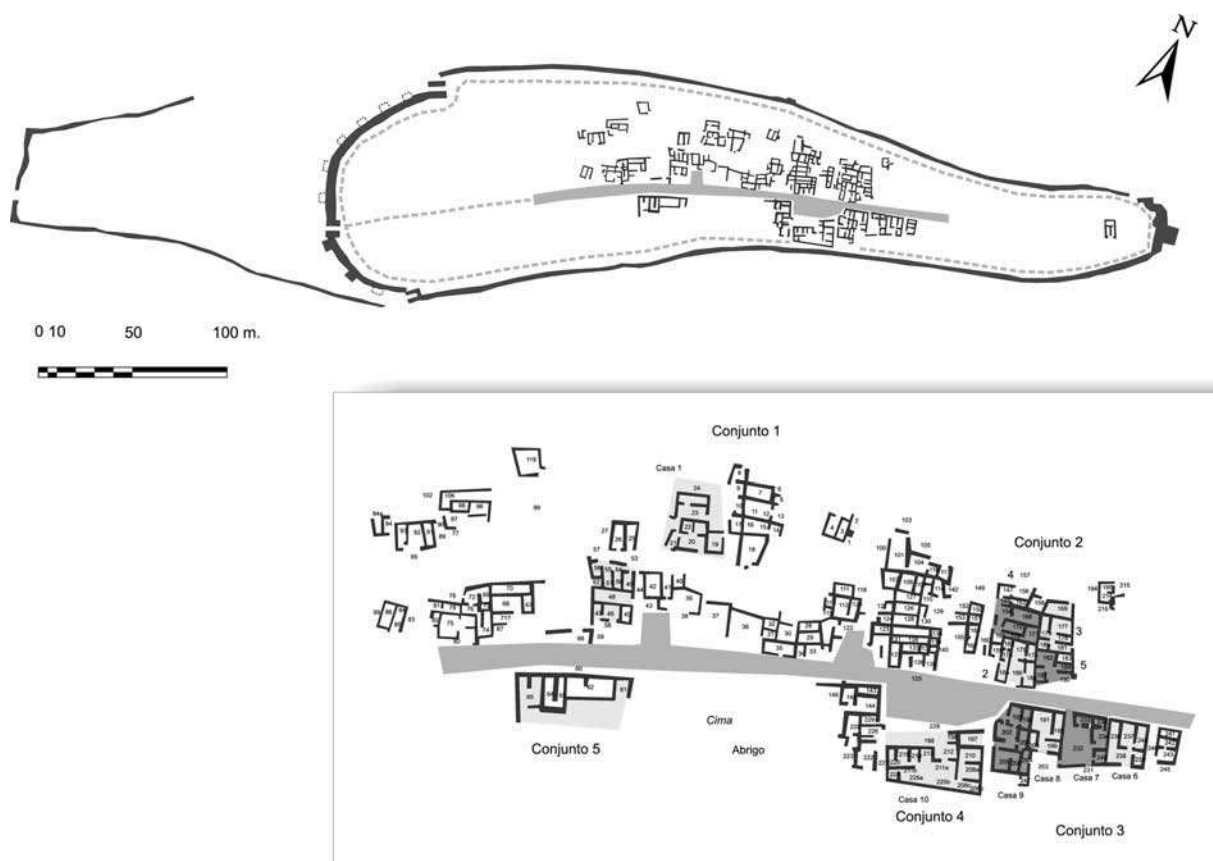


FIGURA 4.—El recinto fortificado y la articulación interna de La Bastida de Mogente a la luz de las últimas investigaciones dirigidas por H. Bonet y E. Dies. Elaboración propia.

medianamente difícil, un gran recinto oval con calle central y —es importante— una calle perimetral de como mínimo 2,2 m. de ancho entre las casas y la trasera de la muralla. Este es un elemento inhabitual en Iberia, pero de importancia para la interpretación táctica del recinto. Los excavadores insisten en que se documenta en todos los sondeos practicados (Bonet, Vives, Caruana, 2005:272; Dies *et alii* 1997:228; Dies, Alvarez, 1998: *passim* y Fig. 7; Bonet (2006:27).

El recinto murado se adapta a las curvas de nivel que marca la cima (Figura 4). Un recinto o ampliación parcial en la parte oeste, que cierra otras 1.5 Ha, parece no haber sido nunca acabado, ya que el lienzo norte no llega a entrar en contacto con el muro principal del poblado y no se conservan restos de alzados de adobe o piedra en forma de derrumbes que permitan hablar de una ‘muralla’. Su carácter de recinto para ganado, o de fortificación apresuradamente añadida pero no completada, no está confirmado (Dies *et alii*, 1997:224; 228; Bonet, Vives, Caruana, 2005:273; Bonet, 2006:26-27).

La muralla tenía un zócalo de piedra de hasta 2 y 3,5 metros de altura (Dies *et alii*, 1997:226; Dies, Bonet, 1996:16), con un grosor en la base de entre unos masivos tres metros en la zona Oeste —la más accesible—

y sólo un metro o dos (Dies *et alii*, 1997:226) en el resto del recinto<sup>35</sup>. No hay apenas cimentación, salvo una hilada de piedras, y no se buscó la roca base para asentar la muralla (Dies *et alii*, 1997:224; Bonet, Vives, Caruana, 2005:272). Hay documentación suficiente para afirmar que sobre el zócalo pétreo se elevaba un alzado de adobe, hasta una altura estimada de 6-8 m. según unas *estimaciones* en la parte accesible del oeste, y sólo unos seis metros en la parte norte y sur, incluyendo el parapeto; el total máximo estimado sería de 10 m. incluyendo el parapeto<sup>36</sup>.

<sup>35</sup> Los datos varían en diferentes publicaciones: 3.5/4 m. en la base de la zona Oeste en Dies *et alii* (1997:224); Dies, Bonet (1996:16). Los excavadores opinan que ‘esta gran amplitud responde no tanto a una necesidad defensiva como a un imperativo técnico que precisa una base muy ancha para obtener cierta altura (Dies *et alii* 1997:224).

<sup>36</sup> Dies *et alii* (1997:226); Bonet (2006:27). Una altura de 10-15 m. de la base a lo alto del parapeto en las murallas antiguas del Mediterráneo en fortificaciones importantes es lo normal desde el s. IV (Adam 1982; Garlan 1974; Winter 1971:134), aunque hay casos más imponentes documentados por las fuentes, como los 45 m. que según Arriano (2.21.4) se alzaban los muros de Tiro sobre el nivel del agua en la parte oriental de la ciudad. Polibio (4.83.4) da 30 codos (=13.5 m.) para la muralla de Dime; Apiano da la misma altura para Cartago sin contar el parapeto en el s. II a.C. (Apiano *Afr.* 95). Incluso se nos habla de muros de 50 codos (22.5 m.) en Tigranocerta (Apiano. *Mitr.* 84). En Iberia, los datos recogidos por P. Moret (1996:95) apuntan a lienzos de altura generalmente modesta, en torno a los 4-5 metros, mientras que los muros más potentes no superarían los seis a siete metros.

Para el adarve —postulado que aceptamos dada la existencia de un camino de ronda al interior— se propone además un pavimento de losas planas de piedra, halladas en derrumbes (Dies *et alii*, 1997:226; Bonet, Vives, Caruana (2005:272). Una posible escalera de acceso en la zona oeste es un elemento a favor (Dies *et alii*, 1997:224; Nonet, 2006:27). Sin embargo, y según Moret, este adarve sería único en todas las fortificaciones ibéricas prerromanas (Moret, 1996:97), y desde luego plantea serias dificultades en todas las zonas de la muralla de grosor inferior a un metro. Los excavadores sostienen —y reconstruyen— un parapeto almenado con merlones curvos en las puertas, torres y fachada oeste (Figura 8). Esta reconstrucción, de corte oriental, asirio-fenicio, pero también plausible en el ámbito griego oriental<sup>37</sup> es posible pero a nuestro juicio no demasiado probable en esta ubicación y cronología; creemos más probable un parapeto corrido<sup>38</sup>.

Hay con seguridad tres torres proyectadas al exterior y de planta cuadrangular, dos en la curva entre las puertas Oeste y Sur, y otra en el extremo oriental, justo bajo la puerta Este. Se estima una elevación para estas torres de hasta doce metros (Dies *et alii*, 1997:226). Se ha propuesto a partir de escasos restos la existencia de más torres entre la puerta Oeste y la Norte, de modo que todo el frente occidental del yacimiento estaría dotado de torres a cortos intervalos. No se adivina solución similar para el resto del recinto, e incluso para el frente Oeste la cuestión sigue abierta en lo que conocemos (Dies *et alii*, 1997:218-219 y 226-227; Bonet, Vives, Caruana, 2005:272-273).

Pero las novedades más llamativas —aunque no las más importantes— son las cuatro puertas ya excavadas —una hacia cada punto cardinal<sup>39</sup>.

La puerta Occidental, la más monumental (Fig.: 5) (Dies, 2005:74 ss.), se basa en una estructura perpendicular al lienzo principal, con dos muros paralelos proyectados hacia el interior —por tanto no forman una torre proyectada al exterior de la muralla— que dejan un vano o crujía de tres metros, suficiente para vehículos. Algunos indicios apuntan a una puerta de dos batientes hacia el interior, afirmada con trancas calzadas en piedras clavadas en el centro, solución que más tarde se aplicaría en la granja-aldea fortificada del Castellet de Bernabé (Dies, 2005:76; para Castellet de Bernabé, Guerin, Bonet, 1993).

Las puertas Este —vano de sólo 1,5 m.— Norte y Sur —vano de 2,5 m.— son más sencillas, con una tipología documentada por ejemplo en el yacimiento púnico contemporáneo de Kerkouane (Dies, 2005:80).

El lienzo se abre y los extremos se estiran, abriéndose uno sobre el otro y dejando un breve corredor de acceso paralelo al lienzo. La puerta se tiende entre ambos muros superpuestos, abriendo hacia el exterior. Todas las puertas, en ambas tipologías, presentan a ambos lados del vano unos rebancos de función discutible. Paralelos etnográficos insinúan una función de depósito comercial, pero también podrían haberse empleado —no es excluyente— para una posible guardia (Dies, 2005:79; Bonet, Vives, Caruana, 2005:276; Bonet, 2006:29).

Los restos de vigas quemadas en los derrumbes de las torres sur y oeste evidencian la existencia de pisos altos sustentados por vigas de madera, por tanto formando una suerte de torreones proyectados probablemente por encima del nivel del lienzo de la muralla (Bonet, Vives, Caruana, 2005:274). Se trata pues de puertas-torre no salientes sobre el lienzo o salientes hacia el interior (puerta Oeste), sin capacidad pues de flanqueo defensivo<sup>40</sup>.

La excavación de la puerta Sur ha proporcionado *in situ* los herrajes de la puerta de madera, que arrojan un grosor para los tablones de unos 5,5 cm., que los propios excavadores reconocen es muy escasa y exigiría medidas adicionales de refuerzo en caso de peligro de ataque (Bonet, Vives, Caruana, 2005:274-275; Bonet, 2006:30).

Sin ser uno de los grandes centros ibéricos de la zona —esta categoría la tendrían *Saiti* y *Meca* hacia el Norte, y *Serreta* hacia el Sur—, La Bastida fue un núcleo de primer orden en la cabecera del Canyoles, con control sobre las rutas entre la Meseta, Alto Vinalopó y la costa (Grau, 2005; Bonet, 2006:26). En estas condiciones podemos esperar que recoja fortificaciones elaboradas. Y lo cierto es que, en cierto modo, lo son. Todas las puertas comparten el rasgo de no ser simples aperturas en los lienzos, sino estructuras relativamente elaboradas que exigen una previa planificación de los espacios. No hay paralelos cercanos, griego o púnico, para su tipología ‘torreada’ griego o púnico, lo que nos indica una tradición local, o una influencia septentrional ya que el único paralelo cercano localizado por los excavadores se encuentra en el sur de Francia, en *Buffe Arnaud* (Bonet, Vives, Caruana, 2005:276).

Sin dudar de que en términos comparativos nos hallamos ante un recinto relativamente cuidado, no puede hablarse de verdadera sofisticación en los trabajos (Fig.: 4). Las ‘puertas-torre’, aunque ‘monumentalizadas’, no actúan verdaderamente como torres de flanqueo, ni hay indicios claros de que todo o parte del perímetro estuviera torreado o bastionado, aunque tal tradición no es rara en Iberia desde siglos antes (Alt de Benimaquía, Tejada, Puente Tablas, Vilars...). En las puertas Norte, Sur y Este no hay torre o bas-

<sup>37</sup> E.g. Bonet (2006:27). Por ejemplo en el mundo oriental que mira al Mediterráneo como en Licia (Adam 1982:Fig. 7). Sobre las almenas en el mundo heleno y sus influencias orientales, Winter (1971:127)

<sup>38</sup> Moret (1996:98 ss.) también es escéptico en términos generales sobre la presencia de almenas en el mundo peninsular prerromano indígena, criticando expresamente reconstrucciones excesivas como las efectuadas sobre la Moleta del Remei, Castellet de Banyoles o *Meca*.

<sup>39</sup> Seguimos aquí a Dies (2005): a Dies *et alii* (1997) y sobre todo a Bonet, Vives, Caruana (2005:273 ss.); Bonet (2006:28 ss.).

<sup>40</sup> Dies (2005): Algunos de los paralelos allí citados para este tipo de puerta corresponden a edificios considerablemente más complejos y monumentales que los de la Bastida, aunque el concepto de la estructura sea similar.

tión en el extremo del muro proyectado por delante, ni intención de crear espacios para el flanqueo de fuegos; de hecho, en la puerta Sur el acceso se hace con el lado protegido por el escudo —el izquierdo— hacia la muralla; en la Norte es al revés. En la puerta Oeste, la más monumental, la solución no fue proyectar hacia el exterior la masa de la puerta, formando una torre de flanqueo, sino hacia el interior, desperdiciando una oportunidad táctica obvia.

Por otro lado, las débiles puertas de madera no están diseñadas para resistir ningún ataque serio incluso de nivel más elemental —un tronco impulsado a mano como ariete—. De ahí, creen los excavadores, las señales de apresurado, y a la postre fallido tapiado de las puertas —al menos las norte y sur— ‘con una alineación de piedras de mediano y pequeño tamaño trabadas con tierra y cuya altura conservada no sobrepasa los 40 cm. Se construyeron con la evidente finalidad de impedir la entrada...’ (Bonet, 2006:30; Bonet, Vives, Caruana, 2005:275). Al parecer, la puerta principal, la occidental, también fue tapiada de manera algo más consistente, aunque también con materiales de pequeño tamaño (Dies *et alii*, 1997:228).

Los propios excavadores, que han revelado el primer recinto fortificado coherente a cierta escala del s. IV a.C. en esta zona del Levante-Sureste, dudan acerca de su eficacia real: «pero lo que queremos cuestionar es su eficacia como fortaleza pues no podemos dejar de señalar que, a pesar de la muralla, las torres, las puertas, sus tapiados, en definitiva de todo el sistema defensivo, el asentamiento fue asaltado, destruido e incendiado a finales del s. IV a.C.» (Bonet 2006:33). El argumento en sí es discutible, pues toda fortaleza por definición puede ser tomada, y su destrucción no implica que durante un número indeterminado de casos no previos cumpliera su función con eficacia. Pero lo cierto es que, en conjunto, la muralla de la Bastida muestra más esfuerzo y buena voluntad que verdadera habilidad.

En realidad, todo depende del contexto en que nos movemos, y la toma final o no del poblado puede ser lo más irrelevante en la discusión. Lo cierto es que:

- Todos los elementos de fortificación forman una defensa lineal sin profundidad alguna.
- El rasgo tácticamente más sofisticado es la presencia de un camino de ronda continuado, pero no hay seguridad de que esa, y no la circulación de personas y mercancías, fuese su propósito principal, toda vez que en la parte oriental del poblado es la única ‘calle’ existente para recorrer la estrecha meseta.
- Las puertas, aún monumentalizadas, son estructuras sumamente débiles desde el punto de vista poliorcético en cuanto a vano e incluso a su planificación.
- Las torres, si es que las hubo con planificación coherente, se limitarían al parecer al lado Oeste, y una aislada en el extremo oriental.



FIGURA 5.—Reconstrucción hipotética, casi especulativa, del alzado de la puerta Oeste de La Bastida (según E. Dies Cust). Las torres —no confirmadas— de la parte izquierda, los merlones curvos, y el punto de vista rasante desde el suelo confieren a esta reconstrucción un aire monumental que recuerda los relieves asirios que representan las murallas de Tiro, inspiración obvia del alzado reconstruido. Pero las murallas de Tiro eran, según las fuentes, mucho más elevadas, hasta cinco veces más según Arriano.

- El intento final de modesto tapiado de las puertas Sur y Norte no sólo no es por completo ineficaz ante cualquier ataque con máquina, por sencilla que sea —incluso un ariete de mano— sino que impediría salidas por parte de los defensores, esencial desde la Edad del Bronce en cualquier operación de asedio en la que intervenga algún tipo de bloqueo.

En conjunto, las fortificaciones de la Bastida hubieran sido ineficaces ante cualquier obra de asedio formal con rampas de asalto o máquinas de asedio de tipo ariete o bastida. De hecho, en ningún punto del recinto se han localizado restos de posibles estructuras elaboradas de bloqueo o asalto con terraplén. En cambio, el recinto de La Bastida fue perfectamente funcional, desde el punto de vista psicológico y militar, en el contexto de guerra ibérico que hemos defendido y que no implica asedios formales ni máquinas sofisticadas o incluso sencillas (Quesada, 2003a). En dicho modelo, recordemos, no habría asedios o sitios formales, sino escaramuzas en el llano, batallas campales entre pequeños ejércitos también en el llano y, sólo ocasionalmente, asaltos exitosos o fallidos facilitados por una sorpresa o una traición, asaltos que, sin exigir mucho más que unas escalas, y una puerta abierta o derribada a golpes, podrían concluir ocasionalmente en la toma e incluso la destrucción de un *oppidum*, situación que el registro arqueológico aho-

ra conocido no permite considerar como habitual en Levante, Sureste o Andalucía.

En este sentido, coincidimos con Helena Bonet (2006:34) en que el sistema de la Bastida evidencia una doble preocupación militar y de prestigio, y que la primera era perfectamente adecuada, con sus limitaciones, al tipo de guerra practicado en la zona. No era necesario un asedio, ni derribar muros con máquinas, ni subir manteletes o bastidas, para tomar la Bastida. Un asalto decidido en cualquier parte del perímetro pudo bastar, y los indicios conocidos apuntan en esa dirección.

### 3. Los Molinicos de Moratalla

Muy diferente al de la Bastida es el panorama que observamos en el poblado de Los Molinicos en Moratalla (Murcia), más representativo de un poblado de tamaño pequeño en el interior (Lillo Carpio, 1987, 1993; Moret, 1996:500 ss.).

Se ubica en una cima amesetada, cerro testigo entre los cauces de los arroyos de Benamor y Alharabe, afluentes del Segura. Presenta una ocupación desde el eneolítico (sic). En el Ibérico Pleno (siglos V-IV a.C.) el poblado se articula como un cinturón de viviendas adosado a la muralla perimetral, dejando un gran espacio central trapezoidal a modo de plaza. En la zona norte se abrió un vano para construir una gran puerta con gruesos bloques de piedra para el zócalo. El poblado sufrió un incendio y abandono súbito hacia mediados del s. IV a.C. quizá dos generaciones antes que en el caso de La Bastida.

No existe un camino de ronda que facilite el acceso a la muralla. Bien al contrario, su excavador insiste en que *'sistemáticamente se edifican sobre la muralla lo que resulta ser azoteas almacenes de viviendas adosadas al interior de la misma y con fachada al interior del poblado'* (Lillo 1987:259; 1993:65).

Sin embargo, el excavador advierte indicios de problemas en la última fase de vida del poblado, aunque la deficiente ilustración de la Memoria impide muchas precisiones. Al parecer, se obstruyó una de las puertas de la muralla, en la zona norte, quizá la principal, y se buscó un acceso más tortuoso y complejo que rodeaba la colina por el oeste y llegaba a la parte alta por la vertiente meridional.

Sólo se conoce el tramo norte de la muralla, resultado de sucesivas remodelaciones y superposiciones desde la Edad del Bronce y sin planos publicados de detalle. De lo publicado se deduce que no recorría todo el poblado, perdiéndose en los cantiles de la zona occidental (Lillo 1993:71), mientras que los sesenta metros conservados del lado norte forman una línea recta. Al parecer, un 'poderoso bastión' ocupaba el ángulo noroccidental, y se adivinan otros no excavados en zonas de esquina.

Sin embargo, el tramo principal de sesenta metros de longitud no presentaba torres. El zócalo completo, de un grosor de 110 cm. no alzaba más de 150 a 200

cm. con alzado de adobe y tapial de altura estimada en no más de un metro, con lo que el total del muro —más que muralla— no debía subir de los tres metros.

En ese muro se abre como puerta un vano de 2 metros, acceso principal al poblado. A ella se llega mediante un camino que en su tramo final sube pegado al muro, ofreciendo el lado derecho —desprotegido— hacia la muralla en la que Pedro Lillo suponía aberturas en forma de ventanas para iluminar las traseras de las viviendas a ella adosadas por el interior (Lillo Carpio, 1993:72-73).

Al igual que ocurría en La Bastida, esta puerta fue apresuradamente tapiada con piedra irregular pequeña hacia mediados del s. IV a.C., momento final del poblado, pero del carácter defensivo de esta medida cabe dudar ya que al interior se instaló un taller de cerámica (Lillo Carpio, 1993:74). En cambio, sí parece más significativo que *«en los últimos momentos de la existencia del poblado posiblemente y por razones que no conocemos, fueron acumulando gran cantidad de tierra y piedras de relleno en esa parte interior de la puerta obturada hasta formar una enorme rampa que enrasaba con la parte superior de la muralla y con la estructura de las azoteas de las casas situadas a ambos lados»* (Ibidem). Posiblemente esta actuación sea un intento de crear un adarve en las azoteas de las viviendas del perímetro del poblado.

En la fachada sur del poblado se documenta un tipo de muro diferente en tanto que no se basa sobre restos de la Edad del Bronce, lo que simplifica la lectura estratigráfica. Como en la zona norte, el muro sostiene la trasera de las casas, pero aquí su función de terraza o 'andén' de contención es marcado (Lillo Carpio, 1993:80). Su alzado debió de ser de unos tres metros, y se asienta sobre una roza hecha en la roca margosa.

En conjunto, el poblado de tamaño medio-pequeño de Los Molinicos documenta un sistema muy elemental de amurallamiento, relativamente masivo en volumen en algunos sectores —sobre todo en los así denominados 'bastiones' por Pedro Lillo, pero sin la menor sofisticación. Este modelo parece ser habitual en la zona del Sureste para yacimientos de rango medio y bajo, y parece haber perdurado durante mucho tiempo, desde época Ibérica antigua (El Oral) hasta fines del s. III y más adelante (Puntal dels Llops, Castellet de Bernabé).

### 4. De las «torres» de El Oral a las de los «fortines» edetanos

Ya antes de la fase ibérica plena de Molinicos, el poblado costero del Oral en Guardamar del Segura (Alicante) (Abad, Sala, 1993; 2001; Sala, 2005:137; 2006), de 1 Ha de extensión aproximada, muestra desde finales del s. VI y a lo largo de la primera mitad del V a.C. una estructura en la que los masivos bastiones o torres cuadrados se construyen antes que otros elementos; con una muralla de 2.20 a 2.60 m. de espesor (Abad, Sala, 1993:162), previa en su edificación

a las viviendas del interior-(Abad, Sala, 1993:163) que se adosan en los puntos excavados y a partir de las que se ha extrapolado un muro sin camino de ronda y con un adarve puramente especulativo (Abad, Sala, 2003) y a nuestro juicio improbable, siendo más probable el empleo como tal de los propios tejados de las casas<sup>41</sup>. En cambio, la duplicación de torreones y la ubicación de la puerta descentrada parecen aceptables soluciones a un problema arqueológico (Abad, Sala, 2003:109 ss.; Sala, 2006:1339). Lo masivo del muro y de la/s torre/s implica un gran esfuerzo, pero la ausencia de camino de ronda, y probablemente de poternas y adarve, limita el empleo táctico de la muralla. Del mismo modo, la ubicación de la puerta, aunque inteligente pues mira a una barracada, se aleja de las normas de la poliorcética científica antigua (Sala, 2006:135).

Para examinar la perduración tardía del sistema de grandes torres masivas casi aisladas en la zona de la puerta, la ausencia de excavaciones en el Sureste nos obliga a desplazarnos hacia el Norte, a un sector —la Edetania— donde frente al control territorial característico del sur en forma de grandes recintos fortificados (tipo Bastida o Serreta), se da una dispersión territorial mayor en forma de lo que Bonet y los investigadores valencianos (Bonet, 2005:59 ss; Bonet 2006) consideran dos tipos claramente diferenciados: el fortín puramente militar (tipo Puntal dels Llops, 900 m<sup>2</sup>, calle central) y la granja fortificada o caserío (tipo Castellet de Bernabé, 1000 m<sup>2</sup>, calle central), aunque ambas estructuras comparten las mismas y elementales soluciones desde el punto de vista de la fortificación (Moret, 1996: 158; cf. Quesada, 2003:138).

En Castellet de Bernabé<sup>42</sup> el muro del s. IV a.C. perduró hasta el final del asentamiento de unas 60 personas, en c. 200 a.C. Con un grosor de muros de 80 cm. y un zócalo de piedra de 110 cm. de altura con alzado de adobe, casas adosadas a la trasera del muro perimetral que nos resistimos a calificar como ‘muralla’, sin torres y con una endeble puerta sujeta con trancas (Guerin, Bonet 1993), la estructura de Castellet, aunque hoy imponente, no puede ser seriamente considerada una fortificación avanzada. Tanto si la rampa de acceso estaba a cielo abierto como si estaba cubierta en el espacio entre los Dptos. 6 y 12 según se propone en fechas recientes (Guerin, Bonet, 1993; y Guerin, 2003:239 ss. vs. Bonet 2006:20), la capacidad defensiva del yacimiento se limita a rechazar alimañas y bandoleros más o menos organizados. El que se haya utilizado el término de un aparejo ‘megalítico’ en la base del muro perimetral (Guerin, 2003:226) no nos autoriza en modo alguno a deducir que nos encontremos ante un fortín elaborado: simplemente se ha hecho el esfuerzo de mover piedras grandes y se ha buscado, en términos de Guerin (p.

226), un efecto ‘estético’. Pero el pasillo de acceso con un muro saliente sin adarve que carece de función defensiva real (Guerin, 2003: Fig. 302) a no ser que sostuviera una techumbre (Guerin 2003:241) como la poterna abierta tiempo después en la zona ‘noble’ del recinto no testimonian sofisticación táctica alguna.

En Puntal dels Llops, considerado por el contrario como un verdadero fortín<sup>43</sup>, contaba con un recinto perimetral o muralla que abarcaba una superficie de 640 m<sup>2</sup>, aunque un primer recinto exterior de 14 m. (quizá refugio de ganado) protegía además el acceso con un muro de 1 m. de espesor. La ‘muralla’ tiene un espesor de hasta 90 cm., como en Castellet de Bernabé, y como en aquel caserío son las traseras de las casas, de adobe, las que actúan como alzado del zócalo de piedra. Tampoco hay pues adarve o camino de ronda, ni capacidad de acudir a un punto amenazado del perímetro sin saltar por las azoteas —probablemente planas— de las casas, a plena vista de un potencial enemigo. Lo único que, ajuar mueble aparte, diferencia el Puntal del Castellet es la presencia de una sola torre cuadrangular, más atalaya que elemento defensivo integrado en el conjunto murado, y que probablemente era la razón de ser real de todo el resto de edificaciones.

Incluso la puerta, nominalmente acodada por su desplazamiento hacia el sur del eje del poblado, desplazado por el masivo basamento de la torre, impide el acceso de vehículos, encajonada entre el escarpe y la cara este de la torre, queda razonablemente bien protegida, como también ocurría en El Oral.

## 5. La Serreta de Alcoi

El poblado ibérico de La Serreta de Alcoi, objeto también de recientes trabajos tanto en el poblado como en la necrópolis situada inmediatamente delante de la puerta principal (Llobregat *et alii*, 1995; Moret, 1996:476 ss.; Olcina *et alii*, 1998; Olcina, 1997, 2000; 2005; Sala, 2006) ha sido incluido en el debate sobre la poliorcética ibérica de manera algo inopinada.

Situado en lo alto de un muy estrecho y alargado cerro (300 × 70 m.) todavía hoy casi inaccesible por agotamiento —las pendientes superan el 25%—, el poblado a 1050 m de altura es uno de los yacimientos más importantes del Sureste, con un amplio control territorial especialmente desde el s. III a.C. (Grau, 2002:259 ss.; Grau, 2005:82; Olcina, 2000:105). Los trabajos recientes han hecho ampliar hasta al menos 5.5 Ha la planta del poblado, que descende por las laderas hasta la cota de 970 m. A diferencia de lo que hemos visto en otros yacimientos más al norte, en La Serreta el alzado de la muralla parece haber sido de piedra por completo (Sala, 2005:139), dato confirmado en otros yacimientos de la región interior frente a la costera donde aparece el adobe y el tapial (Sala, 2005:139-140; Olcina, 2005:168).

<sup>41</sup> Como en términos de generalidad defendía Moret (1996:98).

<sup>42</sup> Guerin (2003) con la bibliografía anterior.

<sup>43</sup> Bonet, Mata (2002) con toda la bibliografía anterior.

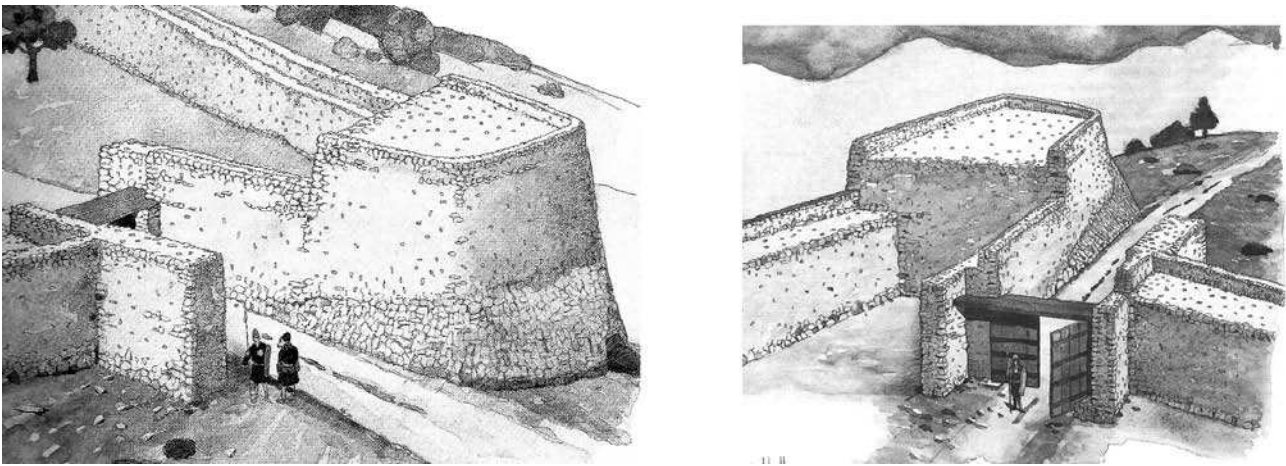


FIGURA 6.—La reconstrucción en alzado de la puerta de La Serreta (Alcoi, Alicante) ha generado un falso debate. La perspectiva escogida hace aparecer un frontal en ángulo similar al de algunas torre helenísticas y la del Castellet de Banyoles, cuando en realidad el bastión lateral a la puerta presenta un frente casi perpendicular, plano, al eje de acceso, con un zócalo bajo angulado. La reconstrucción de la derecha, más clara, debe complementarse con el análisis de la planta. (según M. Olcina et alii).

La puerta oriental y principal del poblado está flanqueada a su izquierda por un masivo torreón de planta cuadrangular de un tipo ya familiar, sobre el que se adosó una zarpa ataludada que, en un vistazo superficial a la planta y a las reconstrucciones tridimensionales publicadas (especialmente Llobregat *et alii*, 1995), dota a la aparente planta del conjunto de un aspecto pentagonal falsamente similar a las torres del Castellet de Banyoles de Tivissa, en Tarragona, desde hace mucho reconocidas como de inspiración helénica, en un tipo diseñado contra la artillería (Pallarés, 1987; Moret, 1998). El reestudio de la puerta de acceso al Castellet de Banyoles ha fechado satisfactoriamente el conjunto hacia el 200 a.C. (Asensio, Cela, Ferrer, 1996; 2002), fecha que coincide casualmente con la asignada para la entrada de La Serreta (Llobregat *et al.*, 1995:149-152). Así, no es de extrañar que se hayan relacionado ambos conjuntos, y propuesto que Serreta sería un nuevo ejemplo de elevado conocimiento poliorcético ibérico de las técnicas griegas (Gracia, 1997:211-213 y 220; 2000:150; 2001:143, etc.). En realidad ya hemos indicado que Moret ha probado satisfactoriamente que las torres de Tivissa, aunque de indudable inspiración griega, malinterpretan su función, y resultan casi inútiles desde un punto de vista defensivo (Moret, 1996:216 ss.; 1998:89; 2006:210-211).

Pero lo que ahora nos interesa es que el paralelo de Tivissa con Serreta es un falso amigo, según ha indicado enérgicamente Manuel Olcina (Olcina, 2005:169): «queremos reincidir en la reinterpretación de la Puerta Oriental. Una revisita que creemos necesaria por los recientes trabajos del profesor F. Gracia, en los que asegura que la torre del lado norte se construyó expresamente para hacer frente a los tiros de catapulta, es decir, sobre la base del conocimiento de las máquinas de guerra[...] el resultado es mucho menos brillante [...] es constructivamente imposible que

se concibiera como una torre pentagonal [...] La torre hubo de presentar una apariencia groseramente cuadrangular o ligeramente trapezoidal, con la cara externa perpendicular al camino de acceso [...] ni a partir de los restos arquitectónicos conservados ni por la posición topográfica en que se levanta, ni por la fábrica empleada, la torre norte de la Puerta Oriental de la Serreta se puede reconstruir en altura de forma apuntada o pentagonal, sino con una apariencia cuadrangular, con un zócalo bajo adosado y ataludado».

En realidad, el gran bastión de la puerta oriental de la Serreta se integra en una tradición de torres masivas a las entradas que aparece ya en fechas antiguas en El Oral ya en la primera mitad del s. V, en sitios como Molinicos en el IV, en el Puig de Alcoi o Puntal de Salinas, y eventualmente en yacimientos muy pequeños como Puntal dels Llops, mucho más al norte, ya a fines del s. III a.C. y no puede ser utilizado como argumento de una sofisticada técnica defensiva de los arquitectos iberos; si cabe, lo contrario es más ajustado a los datos.

## 6. El Tossal de Manises

Las excavaciones y musealización del Tossal de Manises en Alicante han proporcionado las novedades más importantes sobre fortificaciones en el Sureste desde hace muchos años (Sala, 2006:145 ss.; 2005:138; Olcina, 2005:157 ss.; Olcina, Pérez, 1998).

No hay duda de la existencia de un primitivo poblado ibérico en la parte alta de la loma, pero la doble muralla que rodea el yacimiento romano se ha convertido en una estructura con dos fases: una romana del s. I d.C. y una previa sin duda cartaginesa, de la segunda mitad del s. III a.C. (Olcina, Pérez, 1998: *passim*), por tanto de época bárquida y en principio relacionable por su estructura con la muralla bárquida

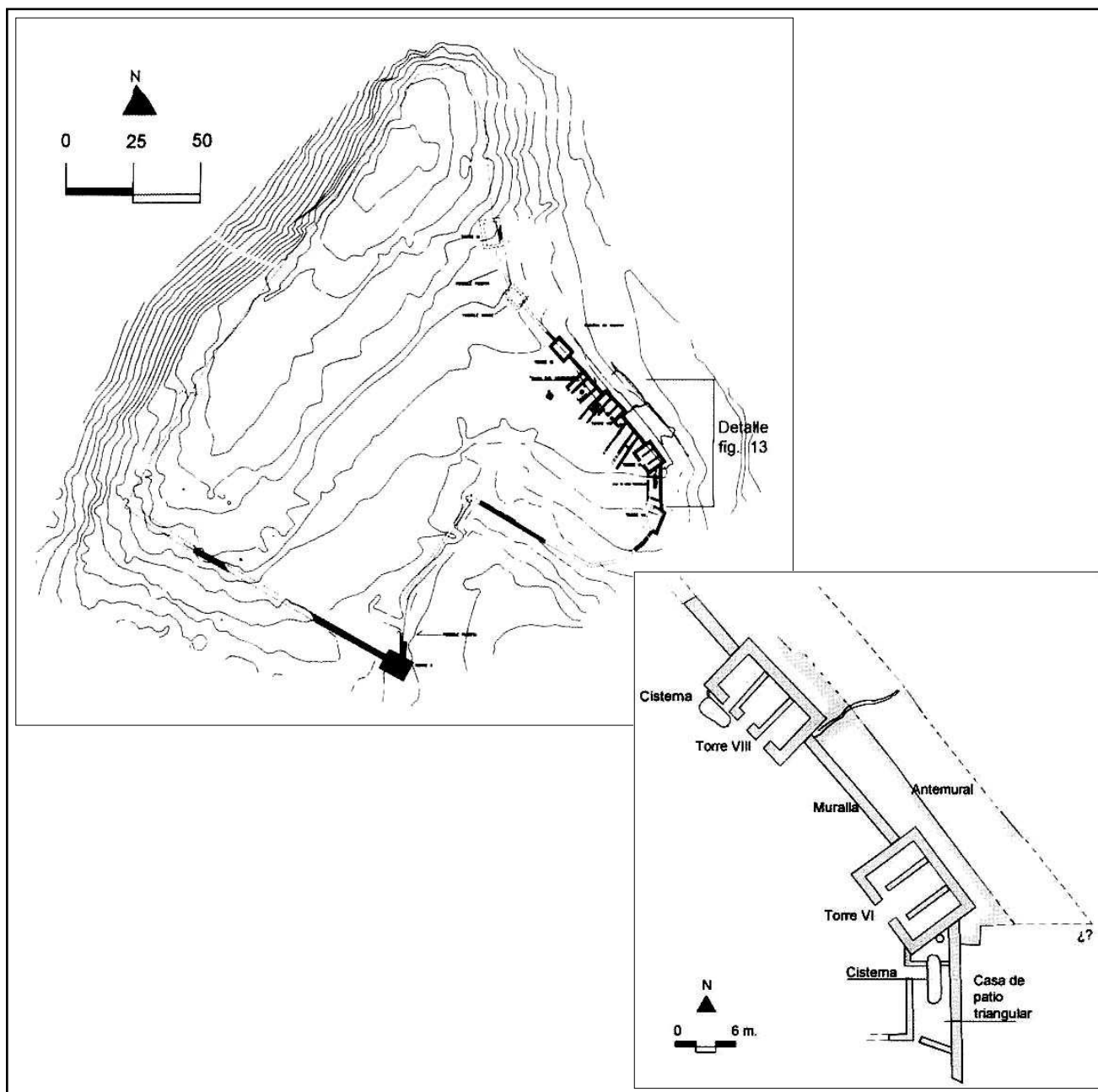


FIGURA 7.—Las torres tripartitas de artillería del Tossal de Manises. Fines del s. III a.C. (según M. Olcina).

de Cartagena (Ramallo, 2003). Los rasgos más significativos de esta muralla primitiva son las torres rectangulares de tres cámaras para piezas de artillería, proyectadas por delante y por detrás del lienzo, pero no destinadas al flanqueo sino a servir de plataformas de tiro para artillería (Fig.: 7)<sup>44</sup>. Además, el estudio de las dimensiones de los balaños de piedra hallados junto a las torres y en una cisterna de tipo helenístico inmediata a la Torre VIII (Olcina, 2005) permite determinar, a través de los trabajos de Marsden, Winter

y otros autores (Marsden, 1969, 1971; Winter, 1997) que las máquinas que dispararon dichos proyectiles cabían en las cámaras de las torres (Olcina, 2005:160). El segundo rasgo clave es el antemural o proteichisma situado frente al lienzo. Salvo en el caso especial y miniaturizado de la Picola ya comentado, el antemural es en el Sureste un hapax que llama la atención.

No nos cabe duda en conjunto, y en ello coincidimos con los excavadores<sup>45</sup>, que estamos ante una fortificación bárquida y no ibérica, con todos los elementos propios de una fortaleza helenística 'a la última', con

<sup>44</sup> Olcina (2005:160). En último lugar, y relacionando este modelo con otros bárquidas contemporáneos, Moret (2006:215 ss.). También Sala (2006:145-146).

<sup>45</sup> Recientemente y de modo expreso y razonado: Olcina (2005:163-164); Sala (2006:146).



una concepción totalmente alejada de incluso las más desarrolladas fortificaciones ibéricas del Sureste y Levante contemporáneas<sup>46</sup>. La comparación con el lienzo corrido del vecino Cerro de las Balsas, poblado ibérico del s. IV con un muro corrido de 1.4 m. de espesor es en este sentido muy ilustrativa (Mula y Rosser, 1993). Por si cupiera duda, la analítica realizada sobre los bolaños antes citados ha demostrado de manera concluyente que se empleó una andesita volcánica procedente de Carthago Nova (Olcina, *com. pers.*; Olcina, 2005:160 n. 33); es decir, que los proyectiles fueron fabricados en el gran centro y arsenal púnico, y luego transportados, presumiblemente por mar, a un punto al norte que se configura cada vez más como una defensa avanzada del principal centro militar cartaginés en Iberia. Como ha indicado Sala Sellés recientemente, el complejo de Tossal es muy sofisticado y ‘*ben allunyat de la pràctica ibèrica*’ (Sala, 2006:146). Aunque se hayan expresado algunas reticencias al respecto de la paternidad de la muralla<sup>47</sup> los datos arqueológicos parecen bastante concluyentes. A nuestro juicio es obvio que, de acuerdo con lo dicho al comienzo del artículo sobre la defensa contra la máxima amenaza, las fortificaciones se diseñaron para ser adecuadas contra cualquier ataque de enemigos locales, pero sobre todo contra el enemigo más fuerte previsible: Roma<sup>48</sup>.

## 7. Recapitulación

En conjunto, los estudios de caso que hemos mostrado indican que no existe un conocimiento de las técnicas poliorcéticas más avanzadas en los poblados ibéricos de la fachada mediterránea de Iberia entre Sagunto y Cartagena, y que cuando dichos elementos se dan corresponden a entornos culturales cartagineses o griegos. Hemos mostrado además que, cuando se han usado algunos ejemplos como Serreta, Tossal de Manisses, Picola como paralelos para casos de la zona catalana, o como muestra de un elevado conocimiento poliorcético, tal uso es indebido o erróneo. No hay tampoco en los casos estudiados restos de obras avanzadas complejas como las recomendadas por Filon (Garlan, 1974:364, Fig. 59; Marsden, 1969) y aplicadas por ejemplo en Siracusa, ni siquiera en estado

embrionario, como las que sí hay en otras regiones peninsulares donde probablemente nada tienen que ver con la amenaza de artillería o torres de asedio<sup>49</sup>.

No hemos abordado conscientemente el caso de Sagunto donde los restos arqueológicos de las fortificaciones son muy escasos, pero tampoco muestran un volumen excepcional (Aranegui, 2004:34 ss.). Es el relato de las fuentes literarias el que nos habla de un asedio prolongado y durísimo, estrechamente analizado en numerosas ocasiones<sup>50</sup>, y en el que el ejército de Aníbal hubo de recurrir a todos los recursos de la poliorcética de la época (Garay, Romeo, 1997).

Pero Sagunto fue un caso único por su especial relación con Roma, por el hecho de ser asediado por cartagineses y no otros iberos, de modo que el relato del asedio no puede extrapolarse como muestra representativa de la poliorcética ibérica anterior a los Barca.

## 4. SOBRE MAQUINARIA DE ASEDIO Y ARTILLERÍA EN EL MEDITERRÁNEO, Y LOS IBEROS

Varios y excelentes trabajos de síntesis recientes nos eximen de trazar las líneas maestras del debate sobre la aparición en el Mediterráneo de las técnicas poliorcéticas complejas: las máquinas de asedio —conocidas ya en Oriente desde época asiria— y la artillería —probablemente inventada en Sicilia hacia el 399 a. C. y mejorada en Macedonia medio siglo después, aunque no falta quien piensa en una invención persa ya en el s. VI a.C.—<sup>51</sup>. Hasta el s. IV a.C. la defensa había tenido ventaja muy sustancial sobre el ataque (*vid supra* al comienzo del trabajo), y sólo las nuevas técnicas basadas en la ingeniería equilibraron algo la balanza, aunque sin inclinarla nunca decididamente del lado del atacante, que además de sus máquinas solía necesitar superioridad, tiempo y una capacidad de bloquear por completo al defensor.

<sup>46</sup> En la misma línea, comparando con Serreta. Olcina (2005:164).

<sup>47</sup> Gracia (2006:83) plantea «*Podría ser una fortificación ibérica que aplicara los preceptos de la guerra compleja en el momento de ser construida durante una fecha avanzada del s. III a.C. para defenderse exactamente de un ejército que emplea maquinaria de asedio como el cartaginés?*» De ello se deduce que los ibéricos usarían artillería en las torres que construyeron, diseñadas para ello.

<sup>48</sup> Para argumentación contraria, sosteniendo que sería absurdo que, si fuera púnica, Cartago construyera una muralla sofisticada contra los iberos si éstos no hubieran contado con técnicas de asedio avanzadas, ver Gracia (2006: 147). No podemos coincidir con este punto de vista esencialmente circular, según se ha argumentado en detalle al principio de este trabajo. Las defensas del Tossal se conciben de acuerdo con los conocimientos de poliorcética de los defensores, dimensionadas contra la mayor amenaza concebible, que es la Roma contra la que los bárquidas dirigen sus objetivos a medio plazo, o la mayor amenaza posible de los propios iberos, para lo cual una fortaleza con torres de artillería es razonable elemento disuasorio.

<sup>49</sup> Quesada (2003b) para el análisis detallado de las líneas defensivas avanzadas. Moret (1996:*passim*) para fosos y otras obras en el Ebro y otras regiones, especialmente pp. 125 ss.).

<sup>50</sup> Recientemente por Gracia (2006).

<sup>51</sup> En español, es útil la breve pero ajustada síntesis de Gracia (2006:71 ss.). Más extensa, Saez Abad (2006). Síntesis breves recientes en Kern (1999); Campbell (2005) —asedio—, (2003<sup>a</sup>) —artillería—; (2003b) —maquinaria de asedio—. Entre los trabajos clásicos todavía imprescindibles, por supuesto destacan Marsden (1969, 1971); Adam (1981, aunque centrado en época helenística); Garlan (1974), etc. Las fuentes escritas principales para el estudio de la artillería antigua de tensión o torsión son algunos tratados técnicos escritos por *mecánicos* (ingenieros) griegos y romanos. El primero es el manual de Hieron de Alejandría (s. I d.C.), basado en una obra perdida de Ctesibio, de mediados del s. III a.C.; el segundo fue obra de Biton, hacia el 240 a.C.; el tercero, poco posterior, fue escrito por Filón de Bizancio, quien pudo visitar los grandes arsenales de Rodas y Alejandría. El cuarto manual está inserto en la obra de Vitrubio (c. 25 a.C.), y el quinto es también obra de Hieron de Alejandría, pero en este caso describiendo la *Cheiroballistra*, ingenio de su propia época que fue empleado por Trajano en sus campañas de comienzos del s. II d.C. Junto con estos tratados, estudiados sobre todo por E. Marsden, el análisis de las fortificaciones del Mediterráneo griego y romano ayuda mucho a entender las capacidades de estas máquinas. Estas obras vienen complementadas por el manual de Eneas el Táctico, de mediados del s. IV a.C., centrado en la defensa de las fortificaciones.

El contexto general de uso conocido de la artillería antigua es, para casi la totalidad de los especialistas, el de ejércitos muy bien estructurados y organizados, excluyendo de entre ellos incluso el ejército romano antes de mediados del s. III a.C., por no mencionar a los pueblos celtas o peninsulares. Volvemos enseguida sobre ello.

Aunque aquí no podemos entrar en mayores detalles, debemos insistir en tres puntos principales para nuestra argumentación ulterior:

- a. La poliorcética en el mundo griego comenzó a alcanzar verdadero desarrollo sólo en época relativamente tardía, a partir de principios del s. IV a.C., por lo que suponer un desarrollo similar entre los Iberos en las mismas fechas implica una difusión inmediata, o un grado de desarrollo tecnológico y poliorcético similar y en evolución convergente.
- b. Roma no comenzó a emplear artillería hasta época muy tardía en comparación con el mundo griego, con un *décalage* de más de un siglo.
- c. No se conoce ningún dato firme —o siquiera razonablemente firme— que apunte al uso de piezas de artillería por el mundo ibérico indígena entre c. 490 y c. 100 a.C., e incluso los datos posteriores apuntan claramente a un uso por parte de Roma, no de los indígenas.

Sobre el *primer punto* conviene recordar, como ha hecho Kern, que durante siglos los griegos decidieron sus guerras en el campo abierto, y no como a menudo ocurría en el Próximo Oriente, mediante el asedio de ciudades: «*The Greeks were a warlike people, but in methods of warfare they lagged far behind the Middle East. This was specially true of siege warfare... Even in classical times, siege war played a small role in Greece, at least until the rise of the Athenian Empire in the fifth century. Thucydides correctly identified the reason for the absence of siege warfare in early Greek history: lack of money (1,11)...Traditional Greek warfare did not aim at the conquest of cities and territory. Greek wars were mostly piratical raids in which invading armies sought to steal livestock and destroy crops. If the enemy's heavy infantry came out from the city to defend its fields, a set-piece battle between opposing hoplite phalanxes was fought*» (Kern, 1999:89-91, y en la misma línea, Sconfienza, 2005:3ss.).

D. Campbell ha insistido en lo afirmado por Kern: «*Classical Greek warfare was based on the punitive raid, designed to provoke the adversary into pitched battle; the accepted code of conduct obliged the two sides to meet in the ritualised clash of hoplite armies... of course many Greeks would have been familiar with besieging techniques; their cousins in Asia Minor had seen persian siegecraft at first hand... but... Greek armies lacked practice in this branch of warfare*». Campbell ilustra el punto con la retirada espartana en Samos en 525 a.C. cuando su intento de asalto por escalada falló: «*the Spartans had reached the limits*

*of their besieging skills...*»; otros ejemplos propuestos por el mismo autor son el ataque ateniense a Paros en 489; el espartano a Tebas en 479, etc. (Campbell, 2005:15).

Garlan escribe en la misma línea: «*Au milieu du Ve siècle, le système des valeurs militaires grecques semble avoir eu pour fondements stratégiques essentiels l'attaque et la défense du territoire*». El mismo Garlan cita el texto de Plutarco (Maximas de Espartanos 231E, que narra las palabras del rey lacedemonio Polidoro: «*Para mí es una acción noble el vencer a los rivales en una lucha de igual a igual; pero, después de haber luchado por las fronteras del territorio, desear tomar su ciudad no me parece justo...*». (Garlan, 1974:20).

J.P. Adam continúa: «*jusqu'à la fin de la guerre du Péloponèse, les combats se déroulaient surtout hors les murs et lorsque l'investissement d'une place était entrepris il se concluait rarement par un assaut en règle... c'est finalement la famine, la trahison ou la lassitude qui permettaient de mettre fin au blocus, en faveur de l'un ou l'autre parti...c'est le heurt avec de puissantes armées étrangères...qui peu à peu va inciter les Grecs à assurer de solides positions de repli, puis les moyens de vaincre les défenses de l'adversaire...*». (Adam, 1981:253).

En efecto, sólo gradualmente, hacia mediados del s. V a.C., surgieron los bloqueos o asedios sin asalto para reducir al enemigo por hambre, prolongados hasta tres años si necesario fuere. Pero sólo potencias del calibre de Atenas podían permitirse tal gasto y paciencia, pero incluso la fama de los atenienses en la guerra de sitio fue, en el s. V, '*la reputación del tuerto entre los ciegos*', en palabras de G.B. Grundy. Sólo a partir de la Guerra del Peloponeso comenzamos a encontrar tácticas de asedio más elaboradas (rampas, algún artefacto incendiario), y ello aún sin maquinaria ni artillería. La primera referencia al empleo de arietes y 'tortugas' protectoras en el mundo clásico se refiere sólo al año 440 a.C., durante el prolongado sitio ateniense de Samos. Pero aunque Diodoro Sículo (12,28) y Plutarco (*Per.* 27), tomaron la información de Eforo, historiador del s. IV a.C., quien a su vez mencionaba al ingeniero Artemon de Clazomene, la información es dudosa por varias razones, y no es corroborada por Tucídides en su narración del mismo asedio. De este modo, la primera mención fiable del empleo de arietes o *krioi* es la de Tucídides (2,76,4) referida al asedio espartano de la ciudad de Platea en 429 a.C. Toda una gama de expedientes defensivos por parte de los defensores para tronchar la cabeza de los arietes por parte es descrita en detalle por el historiador. Dónde aprendieron los espartanos, noveles en las artes del asedio, el empleo de maquinaria, está abierto a especulación. El mismo Tucídides (4, 100) describe el primer lanzallamas propiamente dicho: un tubo hueco de madera con grandes fuelles en un extremo que insuflaban aire a través del ánima y hasta un caldero colocado en la boca que contenía carbones en-

cendidos, pez y azufre; las llamaradas así creadas facilitaron la toma de Delion por los beocios en 424/423 a.C. Sobre los asedios a partir del 432 a.C. ver Lawrence (1979). Pero durante siglos antes los griegos habían combatido en campo abierto con formaciones cerradas sin recurrir a la guerra de asedio. Algo similar puede decirse del mundo itálico y, a nuestro juicio, del mundo ibérico.

Las torres móviles de asedio —bastidas— tardarían algo más y se introducirían en el mundo heleno en Sicilia y por iniciativa de Cartago. Cuando el general cartaginés Anibal atacó en 409-8 a.C. Selinunte, Agrigento y Gela, empleó torres de asedio, arietes, manteletes y rampas (Diodoro 13, 54; 13,59; 13,86), toda una panoplia probablemente conocida a través de Oriente. Esto impulsó la iniciativa de Dionisio de Siracusa quien en 397 a.C. empleó ya para tomar Mozia la torre de asedio y la primera artillería de tensión (Diodoro 14,41; 14, 47ss.). Probablemente, con todo, el ‘arco de vientre’ o *gastrophetes* había sido inventado algo antes, quizá hacia el 420 a.C. A partir de entonces la extensión del uso de la artillería en el Mediterráneo se hizo imparable hasta la aparición de la mucho más potente artillería de torsión hacia mediados del s. IV, quizá en Macedonia<sup>52</sup>.

En los últimos años se ha desarrollado una cierta polémica sobre la invención de las primeras máquinas capaces de arrojar a gran distancia pesados proyectiles de piedra (*lithoboloi*, o *ballistae* en latín). Según la teoría tradicional, eso no ocurrió hasta avanzado el s. IV a.C. y en el mundo griego; sin embargo el descubrimiento, primero en Pafos y luego en Focea, de proyectiles de piedra (bolaños) en contextos de los siglos VI y V a.C. ha llevado a plantear la posibilidad de que la artillería no fuera una invención helena, sino persa, y en fechas del s. VI a.C. muy anteriores a lo que se venía creyendo. Desde hace mucho, alguna cita aislada de Plinio (7, 201) ha hecho pensar que quizá en el Próximo Oriente se inventaran máquinas de estos tipos antes que en Grecia. Otros textos, sin embargo, parecen negar esta posibilidad. La Arqueología ha reabierto el debate recientemente, con el descubrimiento de los bolaños a que aludíamos al principio, hallados en los niveles arqueológicos correspondientes a los asedios persas de Focea en 546 a.C. y de Pafos de Chipre en el 498 a.C. Los proyectiles, de entre 2 y 20 kg. y hemisféricos, deberían pertenecer a máquinas de torsión, y en tal caso la reconstrucción tradicional del origen y evolución de estas máquinas se desmoronaría. Autores como P. Briant han defendido pues una invención persa antigua, mientras que otros como Pimouguet prefieren mantener la fecha tradicional, pensando que los proyectiles hallados pertenecerían a los defensores, quienes los arrojarían a mano —mediante canalones— desde los muros (Briant, 1994;

Pimouguet, 2000). El debate sigue abierto (Campbell, 2005:13).

Por lo que se refiere a la *segunda cuestión*, el aspecto principal en el que queremos hacer hincapié es que incluso el ejército romano comenzó a adoptar la maquinaria de guerra y sobre todo la artillería en una cronología bastante avanzada, muy posterior a la adopción en el mundo griego<sup>53</sup>. Las técnicas de asedio romanas no parecen haber sido normalmente muy sofisticadas hasta la II Guerra Púnica, centrándose antes en el bloqueo (*e.g* Livio 21,61,6) quizá con algunos fosos de circunvalación (Apiano, *Anibal* 37 ante Capua en 212 a.C.), aunque ya desde la Primera Guerra Púnica comenzamos a leer en las fuentes con cierta regularidad que los romanos empleaban máquinas de diverso tipo, aunque acabaran recurriendo al bloqueo<sup>54</sup>. En la Segunda Guerra Púnica la maquinaria era de uso corriente, como muestra el asedio de Siracusa por Marcelo en 213-211 a.C.

En lo que se refiere a la artillería, Livio (6,9,1-3) comenta que en el 386 a.C. cuando Camilo intentó tomar la capital de los volscos, hubo de renunciar por carecer de artillería pesada; pero como en esta época tampoco existía tal capacidad en el mundo griego, cabe pensar en una interpolación. En efecto, mientras que se suele fechar con buenos y abundantes datos la aparición de la primera artillería en Sicilia a principios del s. IV (*supra*) y la generalización de la artillería de torsión en Macedonia hacia mediados de esa centuria<sup>55</sup>, con la fabricación de grandes máquinas capaces de batir muros ya en época de Alejandro en el asedio de Tiro<sup>56</sup>, Roma no parece haber comenzado a enfrentarse con artillería de manera regular hasta la Primera Guerra Púnica, y durante décadas los romanos parecen haberse limitado como mucho a utilizar las máquinas capturadas a griegos o cartagineses. Alguna tradición de inferior calidad lleva a la I Guerra Púnica el empleo de máquinas por los romanos, en concreto el ejército de Régulo en Africa<sup>57</sup>, pero no es hasta la II Guerra Púnica cuando contamos con datos más fiables y continuados<sup>58</sup>.

Las fuentes enfatizan la captura de catapultas en casos como la toma de Siracusa (211 a.C.) o Cartagena (209), y en general se considera que cuando los romanos usaron artillería en sus asedios antes del final de la II Guerra Púnica, es porque la conseguían de

<sup>53</sup> Es un obvio anacronismo la tradición de la *Venus Calva* que remontaba al 390 a.C. la introducción de la artillería de torsión, antes incluso de su invención en Macedonia hacia mediados del s. IV (al respecto, Saez 2005:137). Ver también una lista de anacronismos en el Apéndice I de la misma obra (pp. 223-224). Sobre ello, Marsden (1969:83).

<sup>54</sup> Por ejemplo máquinas ante Palermo en 254 a.C. (Polibio 1,38,8); arietes y obras ante Lilibeo en 249 a.C., Polibio 1,42.

<sup>55</sup> Marsden (1969:57 ss.) sigue siendo de la mejor aproximación.

<sup>56</sup> Diod. 17,42,7. Ver Marsden (1969:103); Saez Abad (2005:117-118).

<sup>57</sup> Val. Max. 1,8,19; Plinio *Nat.Hist.* 8,37; A. Gelio, 7,3 en 256 a.C. Los romanos habrían usado máquinas lanzadardos para acabar con gigantes serpientes que devoraban soldados. Marsden acepta como buena la presencia de artillería romana con Régulo (1969:84).

<sup>58</sup> Marsden (1969:84-85 con buenos argumentos).

<sup>52</sup> Marsden (1969:57 ss.). la artillería de torsión se extendió rápidamente a toda Grecia, desde Atenas a la Focide.

ciudades griegas o empleaban las capturadas en lugares como el gran arsenal púnico de Cartagena<sup>59</sup>. En general, sería de pequeño calibre<sup>60</sup>. La primera fabricación explícitamente documentada de máquinas romanas —y posiblemente por ingenieros griegos— es ya muy tardía, en el asedio de Utica en el 204 a.C. (Livio 29,35,8) al final de la Segunda Guerra Púnica. En el s. II a.C. parece que Roma comienza a utilizar con cierta regularidad máquinas lanzadoras en trabajos de asedio, como muestra al asedio de Numancia (Apiano *Iber.* 92). Finalmente, no es hasta época de César (*Bell. Gal.* 4,25; 7,41,3) cuando el ejército romano parece fabricar, reparar y emplear artillería y máquinas de asedio móviles de manera regular (Campbell, 2003:23; Saez, 2005:139). Aunque entre dentro de lo posible pues, no parece muy probable suponer, sin datos contrastados, que los Iberos emplearan artillería en un periodo en que ni siquiera la mayor potencia del Mediterráneo centro-occidental lo hacía.

Por lo que se refiere al tercer punto, las catapultas halladas en *Hispania*<sup>61</sup> preceden todas de contexto romano, tanto en el caso de Ampurias (s. II a.C. o posterior); Azaila (s. I a.C.); Caminreal (sertoriana, c. 75 a.C.). Los proyectiles hallados son también de época romana, incluso cuando hay alguna inscripción aislada en signario celtibérico —un signo ti— aparece en contextos sertorianos del s. I a.C., siendo irrelevante para la discusión referente a los trescientos años anteriores<sup>62</sup>.

## 5. ¿ARTILLERÍA IBÉRICA?

Es en el marco definido por estos tres puntos donde queremos analizar la cuestión recientemente replanteada, del posible conocimiento, no sólo de los efectos de las catapultas, sino del empleo de las mismas, por parte de los Iberos, ya incluso desde el s. IV a.C., casi inmediatamente a su introducción en Sicilia, Atenas y la corte de Filipo de Macedonia, y antes que en la propia Roma. Un trabajo reciente de F. Gracia<sup>63</sup> insiste con argumentos ya planteados, y con otros nuevos, en los elevados conocimientos poliorcéticos ibéricos, en una amistosa polémica con otros investigadores mantenida ya durante algunos años (Moret, 1996:242 ss.; 1998, 2001, 2006; Quesada, 2001) y de la que se vienen haciendo eco otros especialistas en relación con los trabajos en yacimientos ya analizados como La Bastida,

La Serreta o Tossal de Manises (*vid supra*)- (Bonet, 2006:33-34; Sala, 2005:138 n. 39; Olcina, 2005:169).

Buscando pruebas arqueológicas del empleo de artillería por los ibéricos, se propone que una serie de puntas de flecha de tipología griega halladas en Ullastret e Illa d'en Reixac sean en realidad puntas de *gastrophetes* (Fig.: 8) (Gracia, 2006:90-92 y Fig. p. 121). Si esto fuera sí, se arguye, las puntas serían prueba de la existencia de máquinas de guerra en dichas poblaciones, en el segundo o tercer cuarto del s. IV a.C., apenas tres décadas después de su invención en Siracusa. La existencia de dichas máquinas estaría relacionada con la presencia de mercenarios ibéricos en Sicilia<sup>64</sup> y con la modificación del trazado murario de Ullastret.

Estas puntas, de los tipos Ib4 de Snodgrass<sup>65</sup>, (=Olinto D) (Robinson, 1941:383 ss.) han sido siempre consideradas como características de flecha en el ámbito griego desde antes de época clásica, perdurando hasta el periodo helenístico (Snodgrass, 1964:146; Robinson, 1941:384).

Los dos argumentos empleados para sostener el carácter de estas puntas como propias de catapultas son

<sup>64</sup> Gracia (2006:92). No dudamos del posible papel del regreso de algunos jefes mercenarios en el s. III en la introducción de algunas ideas, a menudo mal asimiladas y digeridas, sobre las nuevas tendencias en fortificación y asedio, caso de las torres del Castellet de Banyoles analizadas por Moret (1996:216 ss.; 1998:89 ss.). Lo que escribimos en su momento es que la mayoría de los mercenarios de los siglos V a III no regresaron (Quesada 1994b:229 y 231), y no 'nunca' como F. Gracia pone en nuestra pluma (2006:78). Debemos lamentar aquí el uso selectivo y parcial, quizá precipitado, que se hace de nuestras argumentaciones en dicho trabajo. Por poner un ejemplo entre varios, se nos atribuye lo siguiente: «Pese a que investigadores como F. Quesada sostienen que los mercenarios ibéricos nunca regresaron a la Península, apoyándose en una cita de Timeo referida a baleáricos y no a iberos ...» (Gracia 2006:78 y 80). Aparte de que en realidad empleamos hasta media docena de argumentaciones diferentes combinadas (uso de los mercenarios bárbaros como 'carne de cañón', evidencia comparativa con el destino de otros mercenarios cuyo destino está mejor documentado: la elevada tasa de mortalidad en campaña: la entrega de tierras por los empleadores en zonas locales o conquistadas como paga y licencia: las monedas *Hispanorum*, ausencia de tesoros antiguos de moneda en Iberia asociable a mercenarios...) (Quesada 1994b:218 ss.), se nos atribuye en cambio un argumento que nunca hemos usado en este contexto (la cita de Diodoro recogiendo a Timeo) por la sencilla razón de que el texto en cuestión es uno de los pocos que especifican que estos baleares regresaban... pero tras haberse gastado su paga en francachelas antes del regreso a una patria donde la moneda no se empleaba. Ese texto lo citábamos (1994b:21) en un contexto distinto, en relación al tema de la paga. Escribíamos además que «en el campo de la fortificación algunas mejoras puedan deberse precisamente a innovaciones aportadas por estos jefes expertos en asedios y defensas —por ejemplo en Siracusa» (Quesada 1994b:231), justo lo contrario de lo que nos atribuye Gracia (2006:78, línea 4-5). Bailadas y modificadas hasta la caricatura, nuestras propuestas podrían parecer en efecto 'reductivistas' (Gracia 2006:81) y basadas 'esencialmente en una lectura simple de las fuentes escritas' (*ibidem*), pero a la luz de estos ejemplos tenemos que coincidir plenamente con Pierre Moret cuando escribía (2001:137): «Responder a un dictamen crítico es un ejercicio que puede revestir cierto interés cuando existe, por parte del crítico, una verdadera comprensión y una valoración ponderada de la tesis puesta en tela de juicio. La tarea es más estéril cuando lo que se reprocha a uno difiere completamente de lo que ha escrito».

<sup>65</sup> Y no A6, por la sección, proyección cónica en la base y perfil, ver Snodgrass (1964:145 y ss.). El tipo, caracterizado por su larga perduración y numerosas variantes, existe muchos siglos antes de la aparición de la artillería. El A6 es más antiguo aún, sin llegar a época clásica (*ibidem* p. 249).

<sup>59</sup> Así, Marsden (1969:176 con numerosas fuentes); Saez Abad (2005:138); Garlan (2003:197:127).

<sup>60</sup> Marsden (1969:174-175) critica una visión demasiado primitivista de la artillería romana republicana, y mantiene que, aunque la consiguiera de ciudades griegas, Roma utilizaba artillería de grueso calibre, por ejemplo en la guerra numantina.

<sup>61</sup> La síntesis más reciente en Saez Abad (2005:145 ss.)

<sup>62</sup> Saez Abad (2005:166 ss.). Con signo celtibérico, Cinca, Ramírez, Velaza (2003:267).

<sup>63</sup> Gracia (2006), retomando y ampliando las ideas recogidas en Gracia (1997, 2000, 2001, 2003).

su gran tamaño y peso, que las inhabilitaría como puntas de flecha (Gracia, 2006:91), y su supuesta identificación como proyectiles de catapultas por parte del gran especialista E.W.Marsden<sup>66</sup>.

Por lo que se refiere al primer argumento, el tamaño de las puntas de flecha no es criterio aceptable, salvo que el diámetro del cubo o pedúnculo haga imposible un astil de dimensiones razonables. La Figura 9 muestra diversas puntas de flecha indiscutidas que sin duda no pueden haber sido, pese a su tamaño, proyectiles de catapulta, por proceder de contextos incluso de la Edad del Bronce. Las puntas pesadas están diseñadas para tirar no en alcance sino en capacidad de detención a distancias cortas.

En cuanto al segundo argumento, todo deriva de una confusión, ya que Marsden no propuso nunca que *este tipo* de puntas fueran dardos de catapulta. En realidad, este autor se refiere específicamente a las grandes y masivas puntas con cubos de hasta 1,4 cm. de diámetro interior halladas en el contexto del asedio de Olinto por Filipo (Figura 10), puntas mucho más macizas. En un trabajo póstumo —que es al que se remite Campbell, citado a su vez por Gracia—<sup>67</sup> Marsden analiza las puntas de Olinto, y concluye que las de tipo Robinson C con inscripción ‘Filipo’ (Figura 10, y no las de tipo D, Figura 8) pudieron ser proyectiles de catapulta, e incluso incluye un gráfico describiendo los problemas de su colocación en una corredera<sup>68</sup>. A esa referencia se remitía Campbell cuando le citaba en dos pies de ilustraciones de su obra sobre asedios (Campbell, 2005: pies de foto p. 44 y 27). Desafortunadamente, mientras en una de ellas aparece el tipo de punta al que se refiere Marsden (puntas de Olinto), en el otros sólo aparecen puntas de tipo fenicio-púnico y una Olinto D procedentes de Mozia. Sobre ella, comenta Campbell que ‘*there is no question of this example of a large Cretan-type arrow-head being evidence of catapults*’ (Campbell, *com. pers.*, 26-10-2006)s. En este punto de vista coincidía plenamente A. Snodgrass hace ya muchos años<sup>69</sup>.

## 6. EN CONCLUSIÓN

El argumento esencial de F. Gracia, refinado en el trabajo más reciente que venimos citando, tiene una doble proposición: «*Unos ejércitos que combaten siguiendo las tácticas del orden cerrado conocen tam-*

*bién las reglas básicas de la poliorcética y, por tanto, la forma de construir y adaptar los antiguos trazados de las murallas al empleo de armas de asedio y a la guerra de sitio moderna*» (Gracia, 2006:82). A ello se añaden las propuestas de que dicha capacidad se daría ya a fines del s.V a.C. (*ibidem* p.81) y de que los ibéricos habrían conocido y empleado piezas de artillería —*gastraphetai* al principio— y máquinas de asedio (*ibidem* 85 ss.; especialmente p. 90-92 y 101-102)<sup>70</sup>.

No podemos estar más de acuerdo con la primera parte de la idea: la propuesta de que los iberos —y los Celtíberos— desde épocas muy antiguas venían luchando en batallas campales y en formación cerrada, mucho más que ‘en guerrilla’ (Gracia, 2006:81; 2003:257 ss.). Y no podemos estar más de acuerdo porque esa es una concepción que venimos defendiendo desde mediados de los años ochenta<sup>71</sup>, y que desde entonces hemos desarrollado y refinado con sucesivos argumentos en trabajos de investigación<sup>72</sup> y de síntesis<sup>73</sup>, y que muy recientemente hemos extendido a las formas de combate de los Celtíberos, también basadas en la batalla campal y no en la guerrilla. La conclusión y buena parte de los argumentos son los que Gracia retoma en sus trabajos que citamos para llegar a idéntica conclusión<sup>74</sup>. Nos congratulamos de que por fin el viejo paradigma de la ‘guerrilla’ ibérica y

<sup>70</sup> Por simplicidad citamos sólo las referencias del último y más extenso trabajo publicado, aunque remitimos también a los trabajos ya citados de 2000, 2001 y 2003 que el propio autor considera precedentes del de 2006, que ‘*desarrolla y profundiza en ideas expuestas anteriormente...*’ (Gracia 2006:63).

<sup>71</sup> Reproducimos la síntesis original de nuestro Memoria de Licenciatura de 1985, reproducida en Quesada (1989:53 y sobre todo p. 80 párrafo 144): «*el tipo de guerra llevado a cabo por los guerreros del Cabello del Tesoro, especialmente en época antigua, no es el que nos describen las fuentes para la Meseta, no puede ser una guerra de guerrillas irregular con combate a distancia. Pensamos más bien en una guerra de combate cuerpo a cuerpo, no con formaciones cerradas al estilo de la falange griega, pero sí con tácticas más propias de ciudades-estado que de sociedades tribales poco avanzadas...*».

<sup>72</sup> Trabajos de investigación principales defendiendo el carácter reglado de la guerra y la existencia de infantería ‘de línea’: Quesada (1989:46 ss.: 80: 1991: *passim* y 1521: 1996:63 ss.: 1997: *passim* y especialmente 653-663; 2003a:111-130). Aportaciones y matizaciones sustanciales para la época de la ‘Fase avanzada’ o de la ‘panoplia renovada’ en Quesada (2005b) —ibéricos en el ejército de Aníbal—: (2002-2003) —fines del s. III a.C.—; (2006<sup>a</sup> y 2006c) —compatibilidad con las formas de lucha romanas—. Extensión al mundo celtibérico, que también lucha en campo abierto y en formación en Quesada (2006d, especialmente 160 ss.).

<sup>73</sup> Trabajos de síntesis o divulgación defendiendo el carácter reglado de la guerra y la existencia de infantería ‘de línea’ combatiendo en formación, enfatizando diversos aspectos y argumentos: Quesada (1995:168-169; 1997:657 ss.: 1998a: 2002:42 ss.: 2005a: 2006b).

<sup>74</sup> Fundamentalmente las descripciones de las fuentes literarias que leídas con cuidado muestran siempre tácticas de batalla abierta, de las que los autores además no se asombran (Gracia 2006:81, *vide* Quesada 1991: y 1997:653-663 ss.) y el empleo natural por Aníbal de tropas ibéricas como infantería pesada en el centro de su línea (Gracia 2003:258 ss.: *vide* Quesada 1997:658-662). A esos argumentos hay que añadir las conclusiones a las que lleva el estudio detallado de la panoplia (Quesada 1997 *passim*), así como el de las las asociaciones funcionales de armas en contextos funerarios (1989, 1997:643 ss. ). Además, la progresiva modificación en el empleo de auxiliares ibéricos por Roma desde 218 a.C. (Quesada 1997:659-663), las sucesivas innovaciones y actualización del armamento (Quesada 2002-2003), y el estudio sintético y global desde una perspectiva antropológica de lo que sabemos sobre la concepción de la guerra entre los Iberos (Quesada 1996, 2003) en el que la guerra abierta en formación de línea encaja plenamente. Estos planteamientos superan otros previos mantenidos en 1997 (Gracia 1997:202).

<sup>66</sup> Gracia (2006:91): citando a Marsden a través de la obra de D. Campbell (2005:27).

<sup>67</sup> *Com. pers.* Agradecemos a D. Campbell que nos haya ayudado a trazar el origen de la confusión. El trabajo en cuestión es Marsden (1977:214 ss.)

<sup>68</sup> Marsden (1977:214-215): «*they are most probably catapult bolt-head belonging to ammunition from rather smaller pieces of non-torsion artillery...*». Aquí matiza Marsden una opinión anterior.

<sup>69</sup> Snodgrass (1967:117) donde coincide con la idea de Marsden sobre las gruesas puntas de tres aletas con inscripción como proyectiles de catapulta, apareciendo en Olinto en combinación con otras puntas de flecha normales, como las de pedúnculo que nos ocupan ahora.

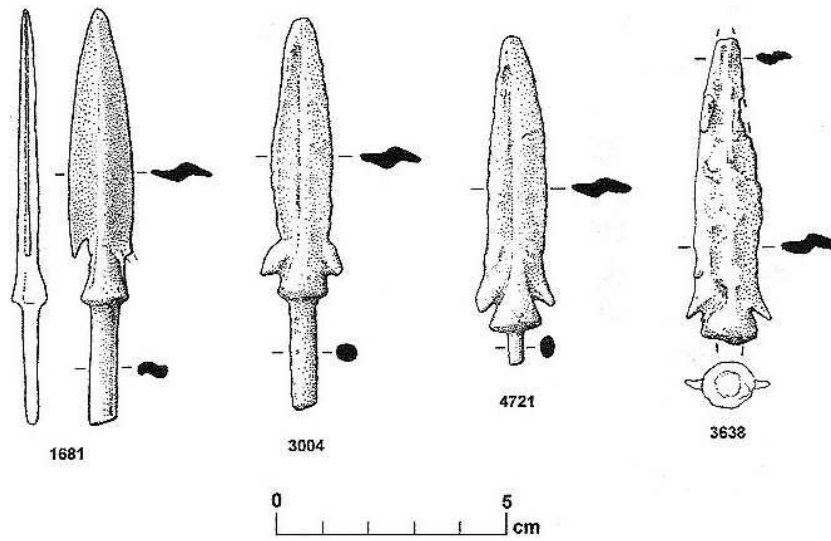


FIGURA 8.—Puntas de flecha de Ullastret (según F. Gracia, 2006).

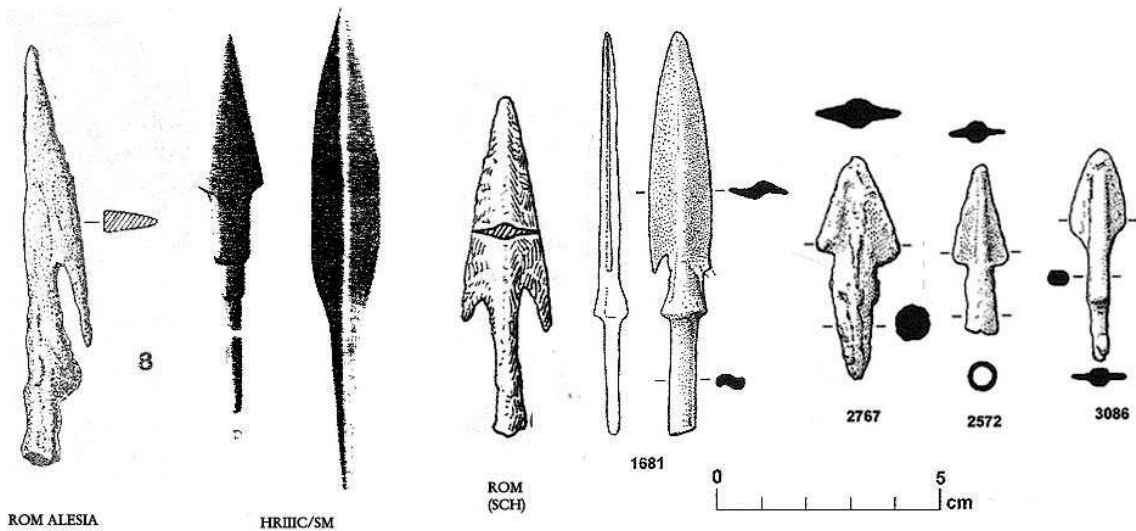


FIGURA 9.—Comparación de tamaños de diferentes tipos de punta de flecha. De izquierda a derecha, punta de hierro de Alesia (mediados s. I a.C.); dos puntas de bronce del Heládico Reciente IIIC –postmicénico; punta de hierro romana de época republicana; punta de tipo griego de Ullastret; tres puntas de Ullastret/Alta d'en Reixac. Según varios autores.

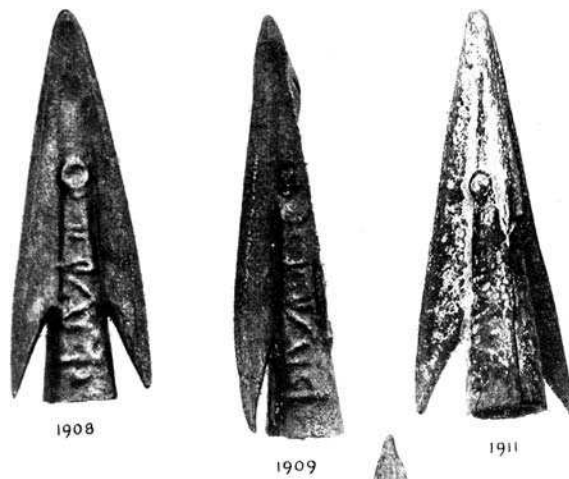


FIGURA 10.—Puntas de tres aletas gruesas de gran tamaño (hasta 7 cm. y más de longitud) con cubo de empuje de gran diámetro —1,4 cm.— Este es el tipo pensado según Marsden y Snodgrass como dardo de catapulta. Los ejemplares reproducidos proceden del asedio de Olinto por Filipo de Macedonia en 348 a.C. (según Robinson).

celtibérica vaya llegando a su fin entre los especialistas más dedicados al tema, obviando una lectura superficial de las fuentes clásicas que parecen —en una lectura superficial— negar que los iberos lucharan en formación y superaran la *razzia* y el combate individual como sistemas principales de lucha<sup>75</sup>.

Donde aparece una considerable divergencia entre nuestro puntos de vista (compartido en lo esencial como venimos viendo con P. Moret, M. Olcina y F. Sala) con la posición de F. Gracia es en la segunda parte de la proposición —el grado de conocimientos de armas de asedio y guerra de sitio modernas—, que dicho autor (en la cita literal reproducida hace dos párrafos) asocia a, y enlaza con, la primera: «unos ejércitos que.... conocen también».

Diferimos en primer lugar porque, pese a los argumentos planteados en contrario, a veces superficialmente atractivos pero en conjunto a nuestro juicio forzados y muy selectivos<sup>76</sup>, seguimos opinando que el nivel de conocimientos de fortificación de los pueblos peninsulares prerromanos, aún siendo (a menudo) notable en su esfuerzo y magnitud, y (ocasionalmente) en su sofisticación —especialmente en la zona más próxima a Ampurias—, no muestra globalmente rasgos de un conocimiento profundo de técnicas de sitio complejas que impliquen maquinaria de asedio por parte de otros pueblos ibéricos, ni tampoco de un empleo de la artillería. Los argumentos que expusimos (Quesada, 2001), y otros en línea similar de otros autores (Moret, 1996, 1998, 2001, 2006; Olcina, 2005; Sala, 2006) junto con los que aquí hemos añadido en la primera parte del trabajo, nos llevan a esta conclusión.

En segundo lugar, queremos insistir en que del hecho de que los pueblos peninsulares combatieran en formación y en batallas campales como sostenemos desde 1985 no se sigue que también hubieran de poseer artillería y conocimientos de maquinaria de asedio. Ambos son aspectos por completo independientes.

En las páginas anteriores hemos argumentado sobre la modestia comparativa de las construcciones defensivas ibéricas, al menos en Levante y Sureste, y no insistiremos sobre esa cuestión. Profundizaremos ahora en el segundo aspecto.

<sup>75</sup> Sobre las razones historiográfica de dicha situación y lectura sesgada ver nuestra argumentación detallada en Quesada (2006d:160-162).

<sup>76</sup> En especial, y como analizamos en su momento (Quesada 2001:146 ss.) objetamos seriamente a la utilización de Silio Itálico como fuente histórica válida —por muchas cautelas que se le pongan—, a la extrapolación de fuentes referidas al s. I a.C. para discutir acontecimientos hasta cuatro siglos anterior, e incluso a la incorporación a la discusión de episodios como la toma de Cartagena por Escipión, que involucra a las dos potencias de la época —una de ellas aparentemente no emplea o no fabrica todavía artillería— pero que nada ayuda a entender la capacidad de asedio de los pueblos indígenas, en particular durante el periodo 500-250 a.C. En la misma línea están algunas de las observaciones de P. Moret (2001:139-140): «una acumulación abigarrada de citas de todas épocas y excursos sobre los asirios, los cartagineses, Homero o la guerra de Cien Años, no pueden paliar la falta de evidencias...las fuentes literarias están totalmente mudas en cuanto a la experiencia poliorcética de los iberos. No describen ningún asedio realizado por ejércitos ibéricos ...» Remitimos al texto completo.

En alguna ocasión el lector casual podría apreciar una aparente contradicción en nuestra argumentación ya que, por un lado, defendemos para el mundo ibérico desde principios del s. IV a.C. (Quesada, 1989:80; 1997: *passim* y *supra* notas 131 a 133), un tipo de guerra formalizada, en formación regular (*acies instructa*), con fuerzas de infantería de línea y ligera (Quesada, 1998b:215 y Fig. 6), y por otro, sostenemos que la guerra de asedio formal no existiría en esa misma sociedad. La contradicción aparente estaría en defender un modelo ‘avanzado’ de guerra y un modelo ‘primitivo’ de poliorcética. El error de esa apreciación radica en la valoración cualitativa implícita en dichos conceptos ‘avanzado’ y ‘primitivo’ que no reflejan la realidad. Las formas de guerra no deben analizarse en tanto que avanzadas o primitivas, sino en el contexto de su adecuación o no a las estructuras sociales, económica y de valores del mundo peninsular prerromano. No es autoevidente que una guerra con batallas campales y ejércitos estructurados que combaten en formación implique también, y en cierto modo exija, una poliorcética avanzada (Gracia, 2006:82); bien al contrario, el caso ya citado antes de Grecia demuestra justo lo contrario (*supra*), de manera mucho más clara por la abundancia comparativa de documentación.

El que un tipo de sociedad luche en campo abierto, incluso desdeñando en algunos casos refugiarse tras los muros de su poblado por razones ideológicas, y el que esa sociedad emplee tácticas de combate en formación de tipo falange —no necesariamente con todas las connotaciones armamentísticas y sociales de la falange hoplita griega—, o incluso otras algo más complejas que combinen combate en formación con tropas ligeras (Quesada, 2005a:134) e incluso —desde el s. III a.C.— con caballería (Quesada, 1998c), no implica que necesariamente desarrolle en paralelo una compleja guerra de asedio.

De hecho, exactamente lo contrario es lo lógico en el cuadro global que sobre guerra y sociedad ibéricas hemos planteado y defendido ya (Quesada, 2003) tras cerca de dos décadas de estudios parciales, cuadro que tiene en cuenta el conjunto de lo que sabemos sobre la sociedad e ideología ibéricas desde fines del s. V a fines del III a.C. A la lectura detenida de dicho trabajo remitimos para comprender la trabazón lógica de todos los elementos. No hay contradicción, y en puridad lo esperable es la ausencia de guerra de asedio elaborada en un mundo como el ibérico, incluso en el ámbito catalán.

La lucha en campo abierto protegiendo campos, ganados y granjas en su caso, hacía innecesaria la guerra de asedio elaborada. Si el ataque enemigo era breve y menor, bastaba con buscar apresurado refugio en caseríos fortificados y *oppida*, en la confianza en que el enemigo se retiraría en breve; si el ataque era a gran escala y amenazaba con arruinar los campos, la lucha habría de decidirse en el llano; sólo en caso de muy manifiesta inferioridad el inferior reconocería su derrota sin batalla; pero en tal caso tampoco se arries-

garía normalmente a sufrir un ataque definitivo en su propia ciudad, y se sometería a los dictados del poderos que, normalmente, ni siquiera concebiría la idea de la aniquilación del vencido, que sería más útil sometido y explotado. En ninguno de los casos la guerra de asedio formal es necesaria, y no por incapacidad o atraso, sino por la existencia de una estructura ideológica que la hacía innecesaria e incluso indeseable.

Por otro lado, una situación muy similar está perfectamente documentada en otras sociedades que tomaron con ejércitos organizados y complejos y sin embargo pusieron escaso o nulo énfasis en las fortificaciones, desde los zulues del XIX a los espartanos del s. VI a.C. Es el caso en general del mundo griego arcaico y clásico, desde la aparición de la falange a lo largo del s. VII a.C. y hasta avanzado el siglo V, en plena guerra del Peloponeso (ver *supra* para un comentario más detallado), y también en la Península Itálica. Precisamente el énfasis de una clase propietaria campesina en defender sus campos —y su autoestima— en batalla campal llevó a una limitación durante mucho tiempo de la poliorcética, al contrario de lo que sucedió en el Próximo Oriente, donde las tácticas de asedio heredadas del mundo asirio fueron incorporadas por los persas e incluso, *velis nolis*, por las principales ciudades de Grecia del Este sometidas a la misma presión persa. La bibliografía especializada en la poliorcética griega insiste una y otra vez, como se ha visto antes, en esta severa limitación de la complejidad de las capacidades de asedio de las *poleis* griegas, que se veían impoten-

tes ante murallas que, sin ser lo último en sofisticación defensiva, eran lo suficientemente potentes para rechazar los intentos normales de ataque que solían limitarse al escalo o toma de puertas. Estas *poleis* sólo muy lentamente, y a lo largo del s. IV a.C., irían introduciendo elementos más sofisticados.

No quisiéramos con esta referencia al mundo griego que se crea que extrapolamos modelos mediterráneos, y particularmente helenos, al mundo ibérico porque enfáticamente *no* proponemos un modelo de difusión, sino uno de paralelismo parcial. Situaciones en muchos aspectos similares dieron lugar en el Mediterráneo antiguo a respuestas semejantes en cuestiones militares como en muchas otras, aunque con un *décalage* temporal en el caso de Iberia y lógicas variaciones. La adopción de la táctica hoplita en Etruria, con sus modificaciones, refleja cómo en otros puntos no helenos del Mediterráneo, con más intensidad aún que en Iberia, la lucha en formación era adecuada al sistema social imperante.

## 7. APÉNDICE. CUESTIONES DE TERMINOLOGÍA

Aunque en principio y en teoría existe un consenso práctico pero bastante difuso sobre la terminología genérica referente a los términos básicos en poliorcética, lo cierto es que a menudo se produce cierta confusión. Conviene comparar la terminología definida por Almirante en su *Diccionario Militar* y el Diccionario de la RAE 22 ed.

Término	Diccionario "Almirante"	D.R.A.E.
• Asalto	'El acometimiento impetuoso y decisivo que se hace a los muros de alguna plaza o fortaleza...para entrarla por fuerza de las armas'	: >Asaltar: 'Acometer impetuosamente una plaza o fortaleza para entrar en ella escalando las defensas'
• Asedio	'No es fácil fijar con precisión su significado, que varía entre bloqueo, cerco y sitio, o quizá comprende los tres'. 'Nosotros le dejaríamos la acepción exclusiva de bloqueo'	>Asediar: 'Cercar un punto fortificado, para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorro de fuera'. [i.e. significado más cercano a 'bloquear' que a 'sitiar']
• Bloqueo	'es una condición del sitio, no el sitio mismo... se puede bloquear sin intención de sitiar'. 'operación preliminar indispensable de todo sitio de plaza'. [v. sin. 'cerco']	>Bloquear: 'Realizar una operación militar o naval consistente en cortar las comunicaciones de una plaza, de un puerto, de un territorio o de un ejército'
• Cerco:	'Antiguamente, sitio, asedio'. 'El cerco significa el moderno bloqueo y circunvalación, una parte del sitio, y la primera y más indispensable, que es aislar al sitiado...' [Antiguamente se distinguía entre tomar una plaza 'por cerco' y 'por fuerza']	> Cercar: 'Poner cerco o sitio a una plaza, ciudad o fortaleza'
• Sitio:	'Palabra de todos conocida y sin embargo difícil de definir técnicamente... la palabra está llena de tropiezos...' 'los clásicos llaman al bloqueo preliminar de un sitio asedio...'	> Sitiar: 'Cercar una plaza o fortaleza para combatirla y apoderarse de ella'. [i.e. con intención más decisiva que en el asedio]
• Línea de circunvalación	'línea, continua o discontinua, de atrincheramientos, fuertes, obstáculos... con que el sitiador de una plaza se cubre y defiende contra el ejército que venga a socorrerla...'	'f. Mil. La construida por el ejército sitiador a su retaguardia para defenderse de cualquier tropa enemiga'
• Línea de contravalación:	'Suele confundirse circunvalación y contravalación...' La línea continua o no que el sitiador levanta contra la plaza cuando la guarnición es temible en sus salidas por lo numerosa o atrevida...'	'f. Mil. La que forma el ejército sitiador para impedir las salidas de los sitiados'
En conjunto, podría definirse sitio como un término general que alude al intento de tomar una posición fortificada. Puede comprender <i>asedio</i> (que no implica la intención de tomar la plaza), <i>bloqueo</i> , <i>cerco</i> (bloqueo con <i>circunvalación</i> y/o <i>contravalación</i> ), y eventual —aunque no necesariamente—, <i>asalto</i> o <i>toma</i> (=conquista) por hambre, estrategia o traición.		
En cuanto a la definición de Almirante y el DRAE sobre 'circunvalación', parece derivar del empleo que Napoleón III usó durante sus excavaciones del cerco cesariano de Alesia, y hoy hay una fuerte tendencia a desecharla, y a considerar como 'circunvalación' la línea que mira a la ciudad asediada y 'contravalación' a la exterior. (Reddē <i>et al.</i> 2006:140; Campbell 2005b:50-52)		



## 8. BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L.; SALA SELLES, F., 1993: *El Poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. SIP, Trabajos Varios 90. Valencia.
- ABAD CASAL, L.; SALA SELLES, F., 2001: *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera*. Bibliotheca Archaeologica Hispanica 12. Madrid.
- ADAM, J.P., 1981: *L'Architecture militaire grecque*. París.
- ALMIRANTE, J., 1869, reed. 1989: *Diccionario Militar*. 2 Vols. Madrid, Defensa.
- ARANEGUI GASCO, C., 2004: *agunto. Oppidum, emporio y municipio romano*. Barcelona, Bellaterr.
- ASENSIO VILARO, D.; CELA, G.; FERRER, C., 1996: «Els materials ceràmics del poblat ibèric del Castellet de Banyoles (Tivissa). Col·lecció Salvador Vilaseca de Reus». *Pyrenae* 27, pp. 163-191.
- ASENSIO VILARO, D.; CELA, G.; FERRER, C., 2002: «El nucli ibèric del Castellet de Banyoles (Tivissa, Ribera d'Ebre): un estat de la qüestió». *Ibers a L'Ebre. Recerca e Interpretació, Tivissa, 2001. Il·lustracions* 3, pp., 185-203.
- BADIE, A.; GAILLEDROT, E.; MORET, P.; ROUILLARD, P.; SANCHEZ, M. J., 2000: *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*. Paris-Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: «La defensa de la comunidad. Sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica» *Gladius*, XXIV: 27-98.
- BONET ROSADO, H., 2005: «La Contestania y la Edetania. Diferencias y afinidades culturales». L. Abad, F. Sala, I. Grau (eds.) *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Alicante, pp. 53-71.
- BONET ROSADO, H., 2006: «Tres modelos de arquitectura defensiva y protección del territorio. Edeta, Kelin y la Bastida de Les Alcuses.» A. Oliver (Ed.) *Arquitectura defensiva*. Castellón de la Plana, pp. 13-46.
- BONET ROSADO, H.; MATA PARREÑO, C., 2002: *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*. SIP, Trabajos Varios 99. Valencia.
- BONET ROSADO, H.; VIVES-FERRANDIZ, J.; CARUANA, I., 2005: «La Bastida de Les Alcuses (Moixent, Valencia). Investigación y musealización». En L. Abad, F. Sala, I. Grau (eds.) *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Alicante, pp. 267-279.
- BRIANT, P., 1994: «A propos du boulet de Phocée». *REA* 96, pp.111-114.
- BRUN, P., 1987: *Princes et princesses de la Celtique. Le premier Age du Fer (850-450 av. J.-C)*. Paris, Errance.
- CAMPBELL, D.B., 2003a: *Greek and Roman Artillery 399 BC-AD 363*. London
- CAMPBELL, D.B., 2003a: *Greek and Roman Siege Machinery 399 BC-AD 363*. London
- CAMPBELL, D.B., 2005: *Ancient Siege Warfare. Persians, Greeks, Carthaginians and Romans 564-146 BC*. London.
- CAMPBELL, D.B., 2005b: *Siege Warfare in the Roman World, 146 BC-AD 378*. London.
- CINCA, J.L.; RAMIREZ, J.L.; VELAZA, J., 2003: «Un depósito de proyectiles de catapulta hallado en Calahorra (La Rioja)». *AEspA* 76, pp. 263-271.
- COLLIS, J., 1984: *The European Iron Age*. London, Batsford.
- DIES CUSI, E., 2005: «La Torre portal y el portal torreado en las fortificaciones ibéricas. Estudio de las entradas norte y oeste de la Bastida de Les Alcuses (Moixent, Valencia)». *Saguntum* 37, pp. 73-84.
- DIES CUSI, E.; ALVAREZ, N., 1997: «Análisis del conjunto 5 de La Bastida de les Alguses (Mogente, Valencia): un edificio con posible funcionalidad cultural.» *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense* 18, pp. 147-170
- DIES CUSI, E.; ALVAREZ, N., 1998: «Análisis de un edificio con posible función palacial: la casa 10 de la Bastida de les Alcuses (Moixent)». En C. Aranequi (ed.), *Actas del Congreso Internacional 'Los Iberos, príncipes de Occidente'*. Barcelona, pp.327-342.
- DIES CUSI, E.; BONET, H., 1996: «La Bastida de Les Alcuses. Trabajos de restauración e investigación». *Rev. de Arqueología* 185, pp.14-21.
- DIES CUSI, E.; BONET, H.; ALVAREZ, N.; PEREZ JORDA, G., 1997: «La Bastida de les Alcuses (Moixent): resultados de los trabajos de excavación y restauración. Años 1990-1995». *APL* 22, pp. 215-296.
- EMERY, W.R.; SMITH, H.S.; MILLARD, A., 1979: *The fortress of Buhen: the archaeological report*. London, EES.
- FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCACER, J., 1965: *La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia)*. Trabajos Varios del SIP, 24. Valencia.
- FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCACER, J., 1969: *La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia)*.II. Trabajos Varios del SIP, 25. Valencia.
- GARAY TOBOSO, J.I.; ROMEO, F., 1997: «El armamento púnico frente a Sagunto: la aparición de la artillería de torsión en la Península Ibérica». *V Jornadas Nacionales de Historia Militar*. Sevilla, pp. 47-63.
- GARLAN, Y., 1972: *La Guerre dans l'Antiquité*. Paris.
- GARLAN, Y., 1974: *Recherches de Poliorcétique grecque*. Paris.
- GRACIA ALONSO, F., 1997: «L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la conquête du Nord-Est de la péninsule ibérique». *L'équipement militaire et l'armement de la République*. *JRMES* 8, pp. 201-231.
- GRACIA ALONSO, F., 2000: «Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas». *Gladius* 20, pp. 131-170.
- GRACIA ALONSO, F., 2001: «Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único». *Gladius* 21, pp. 155-166.
- GRACIA ALONSO, F., 2003: *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*. Barcelona.
- GRACIA ALONSO, F., 2006: «Las fortificaciones ibéricas. Análisis poliorcético y concepto de su empleo

- táctico en la Guerra de sitio». A. Oliver (Ed.) *Arquitectura defensiva*. Castellón de la Plana, pp. 63-122.
- GRAU MIRA, I., 2002: *La organización del territorio en el área central de la Contestania ibérica*. Alicante.
- GRAU MIRA, I., 2005: «El territorio septentrional de la Contestania». L. Abad, F. Sala, I. Grau (eds.) *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Alicante, pp. 73-90.
- GUERIN, P., 2003: *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano*. SIP Trabajos Varios 101. Valencia.
- GUERIN, P.; BONET, H., 1993: «Un dispositivo de entrada en el poblado ibérico del Castellet de Bernabé (Lliria, Valencia)». Homenatge a Miquel Tarradell. *Estudis Universitaris Catalans XXIX*. Barcelona, pp. 449-462.
- ISSERLIN, J.; Du PLAT TAYLOR, J., 1974: *Motya. A Phoenician and Carthaginian city in Sicily. Vol. I, field work and excavation*. Leiden.
- KEEGAN, J., 1993: *A History of Warfare*. London, Pimlico.
- KERN, P.B., 1999: *Ancient Siege Warfare*. Bloomington, In.
- KRISTIANSEN, K., 2000: *Europe before History*. Cambridge UP.
- LAWRENCE, A.W., 1979: *Greek aims in fortification*. Oxford.
- LILLO CARPIO, P., 1987: «El poblado ibérico de los Molinicos (Moratalla). Últimas campañas.» *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas* 1, pp. 256-263. Murcia.
- LILLO CARPIO, P., 1993: *El poblado ibérico fortificado de Los Molinicos. Moratalla (Murcia)*. Murcia.
- LLOBREGAT CONESA, E.; CORTELL, E.; MOLTO, J.; OLCINA, M.; SEGURA, J., 1995: «El sistema defensivo de la porta d'entrada del poblado ibèric de La Serreta. Estudi preliminar». *Recerques del Museu d'Alcoi* 4, pp. 135-162.
- MARSDEN, E.W., 1969: *Greek and Roman Artillery. Historical Development*. Oxford.
- MARSDEN, E.W., 1971: *Greek and Roman Artillery. Technical Treatises*. Oxford.
- MARSDEN, E.W., 1977: «Macedonian military machinery and its designers under Philip and Alexander». En *Archaea Makedonia. II, 2nd Intern.Symposium*. Tesalónica, Agosto 1973, pp. 211-223.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques de la fin de l'âge du Bronze à la Conquête romaine*. Madrid.
- MORET, P., 1998: «'Rostros de Piedra'. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas». C., Aranegui (ed.) *Los Iberos, príncipes de Occidente. Actas del Congreso Internacional*. Barcelona, pp. 83-92.
- MORET, P., 2001: «Del buen uso de las murallas ibéricas». *Gladius* 21, pp. 137-144.
- MORET, P., 2006: «Architecture indigène et modèles hellénistiques: les ambiguïtés du cas ibérique». *Pallas* 70, pp. 207-227.
- MORET, P.; PUIGSERVER, A.; ROUILLARD, P.; SANCHEZ, M.J.; SILLIERES, P., 1995: «The Fortified settlement of La Picola (Santa Pola, Alicante) and the Greek influence in South-east Spain». En B. Cunliffe, S. Keay (eds.) *Social complexity and the development of towns in Iberia*. Oxford UP, pp. 109-125.
- MULA ROS, M.J.; ROSSER, P., 1993: «El poblado ibérico amurallado del 'Cerro de las Balsas' (Albufereta, Alicante): resultados preliminares de los sondeos practicados por el, COPHIAM (1990-1991)». *LQNT* 1, pp. 105-117.
- OLCINA DOMENECH, M., 1997: «Excavacions al poblado i necròpolis de La Serreta. Any 1997». *Recerques del Museu d'Alcoi* 6, pp. 165-173.
- OLCINA DOMENECH, M., 2000: «La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila)». J.E. Aura, J. M. Segura (eds.). Catálogo. Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó. Alcoi, pp. 105-112.
- OLCINA DOMENECH, M., 2005: «La Illeta dels Banyets, el Tossal de Manises y La Serreta». L. Abad, F. Sala, I. Grau (eds.) *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Alicante, pp. 144-177.
- OLCINA DOMENECH, M. et alii, 1998: «Nuevas aportaciones a la evolución de la ciudad ibérica: el ejemplo de La Serreta». *Los Iberos, príncipes de Occidente. Actas del Congreso Internacional*. Barcelona, pp. 35-46.
- OLCINA DOMENECH, M.; PEREZ R., 1998: *La ciudad ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante)*. Alicante.
- OLIVER FOIX, A. (ed.), 2006: *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Castellón de la Plana.
- PALLARES COMAS, RE., 1987: «Dos elements de filiació grega del segle IV a.C. a l'assentament ibèric del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre». *6è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Puigcerdà, pp. 281-288.
- PARTRIDGE, R.B., 2002: *Fighting Pharaohs. Weapons and Warfare in Ancient Egypt*. Manchester, Peartree.
- PIMOUGUET-PEDARROS, I., 2000: «L'apparition des premiers engins balistiques dans le monde grec et hellénisé: un état de la question». *Revue des Etudes Anciennes* 102, 1-2, pp. 5-26.
- QUESADA SANZ, F., 1989: *Armamento, Guerra y Sociedad en la necrópolis ibérica de «El Cabecico del Tesoro» (Murcia, España)*. B.A.R. International Series 502, 2 vols., Oxford.
- QUESADA SANZ, F., 1991: *El Armamento Ibérico*. Tesis Doctoral UAM. Madrid, Junio 1991.
- QUESADA SANZ, F., 1992<sup>a</sup>: *Arma y Símbolo. La falcata ibérica*. Alicante.
- QUESADA SANZ, F., 1994b: «Vías y elementos de contacto entre la Magna Grecia y la Península Ibérica: la cuestión del mercenariado». D. Vaquerizo (ed.) *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*, p. 191-246. Córdoba.
- QUESADA SANZ, F., 1994c: «Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en D. Antonio García y Bellido». *AEspA* 67, p. 309-311.

- QUESADA SANZ, F., 1995: «Las armas en la sociedad ibérica: diez preguntas fundamentales». J. Blázquez (ed.). *El Mundo ibérico, una nueva imagen...*, p. 159-169. Toledo.
- QUESADA SANZ, F., 1996: «Les forces dels antagonistes». I. Garcés i C. Rovira (eds.) *Indibil i Mandoni, reis i guerrers*. Llei-da, p. 58-68.
- QUESADA SANZ, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio arqueológico, espacial, funcional y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica*. Monographies Instrumentum 3. Montagnac. 2 vols.
- QUESADA SANZ, F., 1998<sup>a</sup>: «Armas para los muertos». En *Los Iberos, Príncipes de Occidente*. Catálogo de la Exposición, Barcelona, Paris, Bonn. Barcelona, pp.125-131.
- QUESADA SANZ, F., 1998b: «El guerrero y sus armas». Museo de El Cigarralejo (Mula, Murcia), BAEAA 38, pp. 187-217.
- QUESADA SANZ, F. 1998c: «Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera ‘caballería’ en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes». C. Aranegui (ed.) *Los Iberos, príncipes de Occidente. Actas del Congreso Internacional*. Barcelona, pp. 169-183.
- QUESADA SANZ, F., 2001: «En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos». *Gladius* 21, pp. 145-154.
- QUESADA SANZ, F., 2002: «La evolución de la panoplia, modos de combate y tácticas de los iberos». P. Moret, F.Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico*, Madrid, pp. 35-64.
- QUESADA SANZ, F., 2002-2003: «Innovaciones de raíz helenística en el armamento y tácticas de los pueblos ibéricos desde el s. III a.C.». M. Bendala, P. Moret, F. Quesada (eds.), *Formas e imágenes del poder... CuPAUAM* 28-29, pp. 69-94. Madrid.
- QUESADA SANZ, F., 2003<sup>a</sup>: «La guerra en la comunidades ibéricas (c. 237-c. 195 a.C.): un modelo interpretativo». En A. Morillo, F.Cadiou, D.Hourcade (eds.) *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Madrid-León, pp. 101-156.
- QUESADA SANZ, F., 2003b: «De los fosos de Troya a la línea Sigfrido. Las ‘piedras hincadas’ en el contexto de la historia de las fortificaciones». N. Alonso et al.(eds.) *Chevaux de Frise i fortificació en la I Edat del Ferro*. Lleida, pp. 69-100.
- QUESADA SANZ, F., 2005<sup>a</sup>: «El guerrero ibérico a través de El Cigarralejo». V. Page (ed.) *Museo de Arte Ibérico El Cigarralejo*, Murcia, pp. 111-134.
- QUESADA SANZ, F., 2005b: «De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico». *Guerra y Ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de Arq. fenicio-púnica*, Eivissa, pp. 129-161.
- QUESADA SANZ, F., 2006<sup>a</sup>: «Armamento indígena y romano republicano en Iberia (siglos III-I a.C.): compatibilidad y abastecimiento de las legiones republicanas en campaña». A. Morillo (ed.) *Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. León, pp. 75-96.
- QUESADA SANZ, F., 2006b: «Orígenes de la guerra: Iberia antes de Roma». *Aproximación a la Historia Militar de España*, Cap. 1. Madrid, Ministerio de Defensa 3 vols. 2006, pp. 21-49
- QUESADA SANZ, F., 2006c: «Not so different: Individual fighting techniques and battle tactics of Roman and Iberian armies within the framework of Warfare in the Hellenistic Age». S. Peré-Nogués (ed.) *L'Hellénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques (260-180 av. J.-C.)* En *Pallas* 70, pp.245-263.
- QUESADA SANZ, F., 2006d: «Los Celtíberos y la guerra. Tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña de 153 a.C.» En F. Burillo Mozota (ed.) *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior*. Zaragoza, pp.149-167.
- QUESADA SANZ, F., en prensa c: «Las armas del legionario romano en época de las Guerras Púnicas: influencias hispanas y formas de combate». P. Fernández Uriel (ed.) *Armas, legiones y limes: el ejército romano. Espacio, Tiempo y Forma (Historia Antigua)*.
- RAMALLO ASENSIO, S., 2003: «Carthago Nova. Arqueología y Epigrafía de la muralla urbana». A. Morillo, F.Cadiou, D.Hourcade (eds.) *Defensa y territorio en Hispania, de los Escipiones a Augusto*.Madrid-León, pp. 325-362.
- REDDE, M. et alii, 2006: *Les fortifications militaires. L'architecture de la Gaule Romaine*. DAF 100. Bordeaux.
- ROBINSON, D., 1941: *Excavations at Olynthus. Part X. Metal and other minor miscellaneous finds*. Baltimore/London.
- SAEZ ABAD, R., 2005: *Artillería y poliorcética en el mundo grecorromano*. Anejos de Gladius 8 Madrid.
- SALA SELLES, F., 2005: «Consideraciones en torno a la arquitectura y el urbanismo de la Contestania Ibérica». L. Abad, F. Sala, I. Grau (eds.) *La Contestania ibérica, treinta años después*. Alicante, pp. 119-146.
- SALA SELLES, F., 2006: «Les fortificacions a la Contestània: entre la representació social i la defensa del territori». En A. Oliver (Ed.) *Arquitectura defensiva*. Castellón de la Plana, pp. 167-186.
- SCONFIENZA, R., 2005: *Fortificazioni tardo clasiche e ellenistiche in Magna Grecia*. BAR IS, 1341. Oxford.
- SNODGRASS, A., 1962-63: «The metalwork». En B.S.J. Isserlin et alii *Motyá, a Phoenician-Punis site near Marsala. Annals of the Leeds University Oriental Society*, 4, pp. 127-130.
- SNODGRASS, A., 1964: *Early Greek Armour and Weapons*. Edinburgh.
- SNODGRASS, A., 1967: *Arms and Armour of the Greeks*. London.
- WINTER, F.E., 1971: *Greek Fortifications*. London.
- WINTER, F.E., 1997: «The use of artillery in fourth-century and hellenistic towers». *Echos du Monde Classique*, 41.3, pp. 247-292.

# A EVOLUÇÃO DO SISTEMA DEFENSIVO CASTREJO NO NOROESTE PENINSULAR

ARMANDO COELHO FERREIRA DA SILVA  
*Universidade do Porto*

## ABSTRACT

*This paper analyses the main characteristic of fortress settlement in the Castro Culture of North-western Iberian Peninsula. Architectural structures and types of stone wall-face are studied in an evolutionary process along the First Millennium BC. from the archaeological record of several hillforts of Castro Culture, and the comparative with our knowledge from others contemporary sites.*

## RESUMEN

*Caracterização do sistema defensivo dos povoados fortificados do Noroeste da Península Ibérica, com análise das estruturas arquitectónicas e aparelhos de construção, segundo o processo evolutivo da periodização por nós sistematizado para o 1º milénio a.C.*

*A base de informação resulta, em particular, dos cortes estratigráficos por nós realizados em castros do Noroeste de Portugal e nos dados relativos aos restantes territórios, servindo como obras principais de referência: Silva 1986, para o Norte de Portugal; Calo Lourido 1997, para a Galiza; Blas Cortina - Villa Valdés 2002, para as Astúrias.*

## 1. INTRODUCCIÓN

As particularidades que o Noroeste peninsular foi registando cumulativamente desde os tempos pré-históricos vão evidenciar-se com a emergência, a partir do final da Idade do Bronze, de uma cultura original fundamentalmente caracterizada pelo seu tipo peculiar de habitat em povoados fortificados em posições elevadas vulgarmente conhecidos pelo nome geral de castros.

Daqui deriva a designação tradicional de cultura castreja, que, constituindo já um intenso foco de densidade humana, ocupa um lugar bem individualizado na Proto-história peninsular e é sem dúvida uma das manifestações mais significativas da personalidade desta vasta região.

A importância que a investigação epigráfica e linguística reconheceu à unidade supra-familiar designada por castellum no quadro da organização social, fazendo coincidir entidades territoriais com unidades sociais, mais afirma a felicidade desta designação.

Foi já estabelecido com relativa nitidez o âmbito mais alargado da sua área pelos rios Navia e Esla, a

Oriente, pelo rio Vouga, a Sul, e com limites naturais, a Norte e Oeste, pelo Oceano Atlântico, cobrindo o Norte de Portugal, a totalidade do território galego, a zona ocidental das Astúrias, e as regiões imediatas, a que parece corresponder, genericamente, uma província geográfica com características bem definidas por uma posição atlântica, vincados sistemas orográficos, uma densa rede hidrográfica e uma importante riqueza de recursos naturais.

É claramente manifesto, a uma escala macroscópica, que esta conformação cultural é constituída por núcleos de povoamento indígena declaradamente defensivos e com estruturas arquitectónicas de planta predominantemente circular, evidenciando desde cedo uma implantação intencionalmente perdurável numa verdadeira «civilização da pedra», quer nas zonas de granito quer nas de xisto, aproveitando adequadamente por toda a área as matérias-primas disponíveis, que se tornou marca da paisagem regional até aos tempos modernos.

Mas desta caracterização sumária participam outras situações estranhas ao Noroeste e extra-peninsulares, obrigando a complexidade desta vasta unidade cultural a uma reconsideração das particularidades que pro-

picaram a sua génese. Atenção particular merecerá o papel relevante desempenhado pelas condicionantes altimétricas e hídricas e pelas potencialidades dos outros recursos naturais sobre os quais terá agido o peso de um poderoso substrato, manifesto desde as expressões mais típicas do megalitismo regional, mas cujo desenvolvimento se conecta com contributos exógenos resultantes de movimentos demográficos e relações de intercâmbio.

Com efeito, as características geográficas da região, num ambiente onde o relevo desempenha papel predominante, tornaram-se condição propícia ao assentamento de núcleos populacionais em posições elevadas, cuja implantação terá obedecido prioritariamente a critérios estratégicos de defesa, a denotar um período de profunda mudança económica e social claramente manifesta na construção de inúmeros povoados fortificados no intervalo de alguns séculos.

Podem contabilizar-se, de momento, segundo os dados cartográficos dos levantamentos que temos em curso, um número que ultrapassa bem o milhar para o Norte do território português, revelando quantidades que se aproximam de alguns cálculos genéricos repetidos desde o princípio do século XX e que vêm sendo, para algumas áreas, criteriosamente corrigidos.

A sua cartografia permite visualizar, em imagem panorâmica, o perfil da ocupação das comunidades indígenas da região, que poderá servir de indicador para uma reflexão sobre um dos momentos mais importantes do seu processo demográfico, bem assinalado no registo toponomástico.

É, de facto, notável a memória da pervivência toponímica que se lhes reporta com designações, tão diversas, mas mais indiciadoras de povoados fortificados, em evolução desde pequenos aldeamentos, normalmente chamados castro, e seus derivados e afins (v g., Castelo / Castêlo, Castelões, Crasto, Crastelo, Cristelo, Castrilhão, Castrilhões, Castrião, etc.) até situações quase urbanas, normalmente correlacionadas com designações de cidade, e seus derivados e corruptelas (vg., Cividadelhe, Cidade / Velha, Cidadelhe, Cidadelha / Ciradelha, Cidadonha / Cigadonha / Cigaduenha / Cizonha, Suvidade > Suavidade, >Saudade!, Cebidaia, Ceade / Ceada, Citânia, Cividade da Citânia / Citaina ou Cidá.

De qualquer modo, a existência de uma numerosa variedade de topónimos associados a estações arqueologicamente confirmadas, de raízes e formação diversas, pré-romanas, romanas, medievais e modernas, populares e eruditas, e com significados em geral relativos à morfologia dos povoados e outros aspectos da sua implantação, arquitectura ou motivo arqueológico ou até revelando intenções de interpretação funcional ou simbólica, aparece como mais um apelo à colaboração entre a Arqueologia, a Epigrafia e a Linguística para o estudo dos substratos culturais que lhe estão subjacentes, atendendo ao grande número de presumíveis indícios de longa pervivência em relação aos mais diversos aspectos da onomástica indígena.

Exemplificamos como merecedores de uma análise sistemática, desde a documentação medieval, os topónimos derivados do sufixo *briga / brigo* (-brio, vrio, virio, frio, brega, bra, bre), de matriz céltica, e de conhecidos teónimos indígenas como os de radical *Band-* e *Cosus* e étnicos como *Calaeci* (Galegos), *Grovii*, *Bracari* ou mesmo *Celtici* e outros presentes no registo epigráfico.

Relativamente a esta referência não podemos deixar de apontar, neste passo, uma observação recente sobre uma importante fonte medieval de Século XII, como são os *Diplomata et Chartae do Portugaliae Monumenta Histórica*, onde um pequeno castro conhecido como Santagões é apelidado como Celtaganes.

A sua posição, nos arredores de uma cidade (Bague), na confluência do rio Este com o Ave, em Vila do Conde, mais nos sugere a interpretação deste último nome sem qualquer referência a uma fundação condal medieval, mas como derivado de *Condate*, com aquele significado, de confluência, que quadra bem, por numerosos paralelos, com a mundividência céltica, tomando-se, assim, em mais dois topónimos evocativos dessa matriz indissociável da problemática da caracterização desta cultura castreja do Noroeste Peninsular.

Para a optimização da escolha do habitat castrejo, terão intervindo, além da altimetria, por representar um factor relevante em consideração ao seu carácter defensivo, a existência de condições estratégicas, propiciadas por posições mais ou menos destacadas, habitualmente relacionadas com a rede hidrográfica, que se tornava cumulativamente útil para a defesa, a subsistência e a comunicação das populações, mas também por outros factores, designadamente razões de ordem religiosa, económica ou político-militar, conforme as circunstâncias.

De qualquer modo, a insuficiência das condições naturais de defesa propiciadas pelo relevo, pelo mar e cursos de água originou a construção artificial de diversos sistemas defensivos, de acordo com a morfologia do terreno e possibilidades das populações, utilizados isoladamente ou em combinações mais complexas, sobretudo frequentes nos grandes povoados, onde uma série de muralhas representa efectivamente o elemento fundamental da sua protecção.

## 2. LA FASE I

A emergência deste fenómeno que se vem notando genericamente na viragem do II para o I milénio a.C. (1200-800), assinala uma ruptura no processo organizativo da sociedade indígena, conforme vem sendo cada vez mais corroborado por estudos sobre o habitat, a economia e a ergologia com correspondências nos registos de índole sócio-cultural.

A fase de formação terá ocorrido em contexto atlântico, de óptimo climático e económico, relacionada com o desenvolvimento excepcional da actividade metalúrgica, com relações centro-europeias e ao mundo medite-

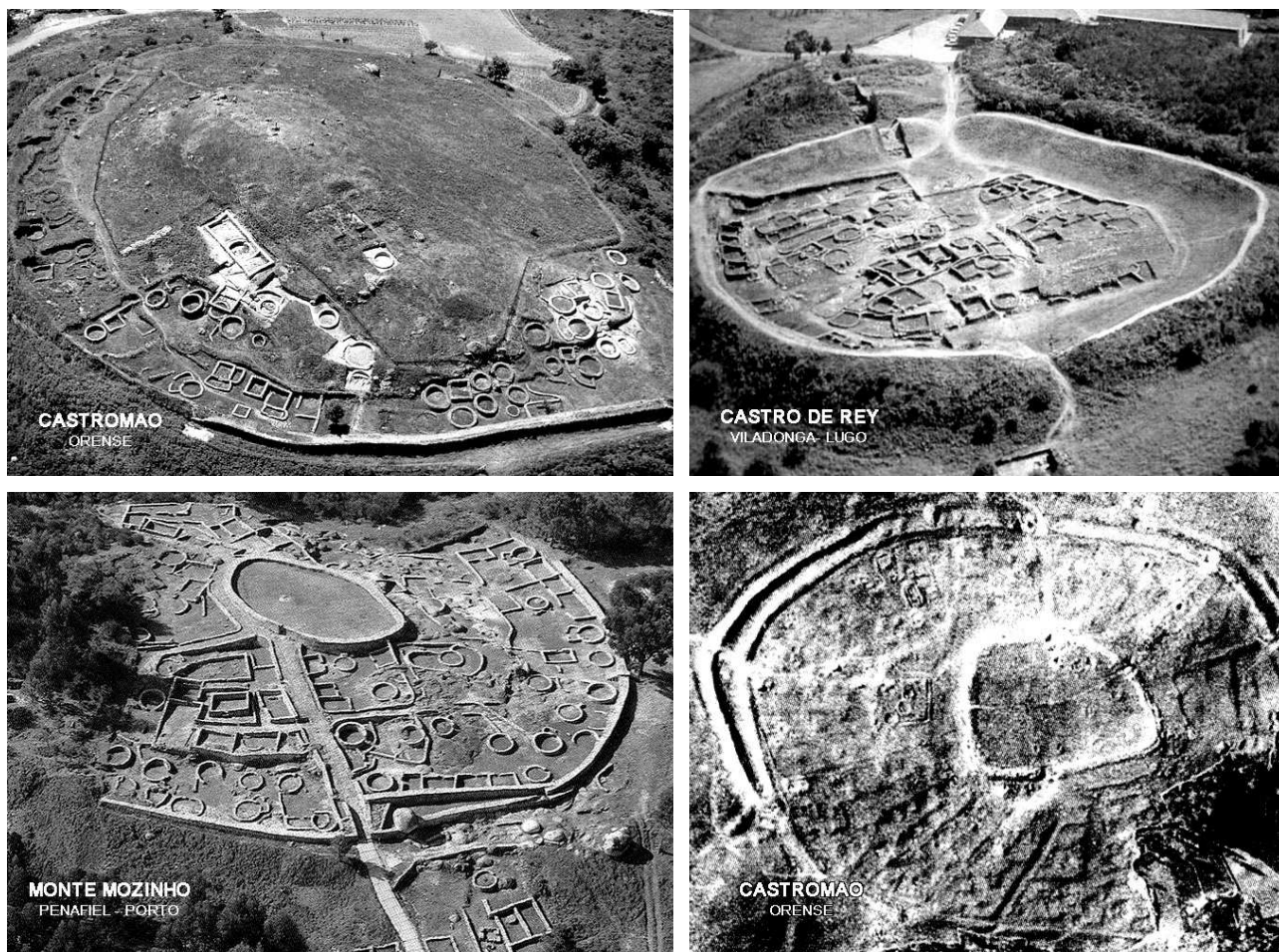


FIGURA 1.—Povoados do Ferro Tardivo.

rânico, de efeitos multiplicadores na actividade económica e no progresso social.

Por vezes recuperando instalações anteriores, calcolíticas, verifica-se, em geral, uma implantação ex novo dos povoados em altura. Situados em pontos estratégicos, em diversidade topográfica, com realce para remates de esporões, de altitude média, e outeiros destacados na paisagem, sobre o mar, uma ria ou um rio, visavam primordialmente o controlo da linha de costa e das bacias fluviais, em relação com as zonas de aptidão agro-pecuária e exploração de recursos naturais, nomeadamente mineiros, como o estanho e o ouro, e o acesso a vias de penetração, revelando integração num sistema económico de largo espectro.

Segundo os elementos disponíveis, que podemos exemplificar com uma análise do Baixo Ave, no Entre-Douro-e-Minho, com 12 castros identificados, ou da sequência Castro de Baiões – Senhora da Guia – Santa Luzia – Castelo de Mouros, na Beira Alta, supomos que, no termo desta fase (IA) da nossa periodização, a generalidade da região estará praticamente coberta por comunidades autónomas inteiramente hierarquizadas que, graficamente, poderiam reproduzir uma esquema de justaposição, adaptado de P. Brun (1987) para o Centro da Europa.

O estudo do povoamento em algumas das instâncias revelou uma ocupação em superfície restrita, da ordem dos 600 m<sup>2</sup>, como se verificou em S. Julião, no Entre-Douro-e-Minho, só raramente atingindo 2 ha, como terá ocorrido em Baiões, na Beira Alta.

De notar, em especial, o aparecimento de sistemas defensivos, ainda que rudimentares, em clara evidência de início de fortificação, característica que prevalecerá sobre o carácter aberto do habitat como sinal visível de uma nova situação económica, política e social.

As muralhas de pedra aparecem, então, pela primeira vez como um elemento de delimitação, «pomerial» do povoado, marcando primordialmente a identificação do grupo (eventualmente correspondente a uma família extensa), com o seu habitat, e a autoridade patriarcal enquanto garante da sua protecção.

Foi o que analisámos no Castro do Coto da Pena, situado na confluência do rio Coura com o Minho em excelente posição estratégica que lhe é conferida na sua parte mais elevada por uma implantação em maciço rochoso de declives abruptos, a W, e fortemente acentuados nos restantes lados, e que revelou ainda a construção de uma muralha de pedra, envolvente dessa plataforma superior, como especial medida de reforço.

Segundo os dados do corte, implantado no declive E nas imediações da área escavada, a sua estrutura apresenta-se como um muro de espessura irregular, de 1.80 a 2.60 m no sector intervencionado, sendo constituído por camadas de pedras de diversos tamanhos, imbricadas umas nas outras, horizontalmente, sem argamassa, com algumas de grande porte na base, que assentava numa plataforma previamente preparada na rocha natural.

Torna-se notória, apesar da irregularidade do seu alinhamento e aparelho de construção, a procura de solidez e o aproveitamento das faces mais planas dos blocos utilizados para a normalização do paramento externo sem vestígios de afeiçoamento a pico.

Como aspecto relevante deduzido da estratigrafia, com espólio diverso de indústria lítica e cerâmica de fabrico manual, com fragmentos de vasos e moldes de fundição análogos aos encontrados no Castro da Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul), no estrato que se terá formado por deposição após a sua implantação, se aponta uma cronologia correspondente a esses materiais, atribuíveis ao Bronze Final Atlântico II/III, para datar a sua construção.

De resto, estes dados manifestam conformidade com a cronologia que estabelecemos para a primeira fase deste castro, a evidenciar as preocupações defensivas características desta cultura desde a sua formação também notadas noutras situações, a que se poderá remeter a referência de alinhamentos de pedras de aparelho muito rudimentar no Castro de Baiões e outros entretanto identificadas em S. Julião (Vila Verde) e em Vila Cova-à-Coelheira (Vila Nova de Paiva), esta mais bem estruturada e mais recente.

Os estratos imediatos, já com cerâmica manual associada a cerâmica importada de proveniência e/ou tradição púnica, cobrindo a muralha derrubada, fazem observar a sua duração efémera, sugerindo que tenha sido considerada inútil a sua conservação em segunda fase, que se apercebe de grande prosperidade, sendo natural que tenha sido substituída por outra linha de perímetro mais alargado como o indica a existência de concheiros e lareiras desta época contíguas à face exterior, a que se sobrepuseram outras camadas mais recentes datadas da romanização e Idade Média.

Em circunstâncias similares também se registam formas de fortificação na área meridional da Galiza, em sítios como Santa Tecla (La Guardia), Peneda do Viso (Arcade), Monte do Facho e Mesa de Montes (Morrazo), Torroso (Vigo), Castelo de Cedofeita (Pontevedra), na província de Pontevedra, castro de San Trocado e castro de Liais na província de Orense, anteriores a 800 a. C., e porventura também no castro de Troña (Ponteareas), castro de Penalba (Campo Lameiro) na província de Pontevedra, castro de La Graña (Lugo) e castro de O Achadizo (Coruña), na Galiza setentrional.

Entre as razões que terão presidido à transferência das comunidades indígenas de aldeamentos dispersos pelas terras baixas para povoados implantados em posições naturalmente defensivas e fortificadas, parece evidenciar-se uma selecção de critérios estratégicos, em que seria garantida a subsistência das populações e a defesa e gestão dos recursos, particularmente relacionados com o domínio do território e dos mecanismos de produção e intercâmbio dos produtos metálicos pelas elites locais.

A notória prosperidade do Noroeste peninsular, sobretudo manifesta nos numerosos depósitos de bronze e ouro, motivadora de interesses, poderá ter encontrado neste fenómeno a resposta adequada à organização da sociedade gerando a necessidade de defesa com consequente incremento de hierarquização, que acentuaria porventura o poder de algumas chefaturas, não raro indiciadas por numerosos bens de prestígio, denunciadores de uma acumulação extraordinária de riqueza.

As referências de cronologia absoluta, em que se cruzam situações da Galiza setentrional, meridional, do Entre-Douro-e-Minho, Trás-os-Montes e Beira Alta, cada vez mais apontam para um fenómeno de regionalização, mais tardiamente notado no território interior, asturiense, não se tornando evidente que este processo seja mais tardio no território galego que no Norte de Portugal.

O aparecimento de numerosos registos de casos de incineração, ocorridos durante este período na região portuguesa da Beira Alta, poderá invocar novas presenças, catalizadoras de processos de mudança económica e sócio-cultural.

E apesar do colapso do final da Idade do Bronze, é manifesta durante os séculos VII e VI a.C. a sequência dos contactos anteriores, com incremento das relações meridionais, que, trazendo consigo o aparecimento de uma nova metalurgia e provocando a desarticulação das redes atlânticas testemunham uma corrente de intercâmbio marcadamente litoral que se encontra compassadamente registada ao longo da costa, modelando a litoralidade do mundo castrejo, bem evidenciada sobretudo na área das Rias Baixas, num quadro de economia-mundo com centros motores mediterrânicos.

A sucessão de fossos de Torroso ou as muralhas de Penices ou Penalba exemplificam bem as transformações ocorridas no espaço habitado, ainda que estas defesas nunca tenham alcançado a monumentalidade dos tempos posteriores.

E se uma lâmina de ferro do punhal de Baiões pode ser entendida no enquadramento dos bens de prestígio do final da Idade do Bronze, os artefactos de ferro do castro Torroso, na Galiza, já sinalizam mais abertamente o advento da nova metalurgia, também documentada com outros produtos e processos tecnológicos, como a solda, a filigrana e o granulado, bem testemunhados em peças de ourivesaria, que continuavam como emblemas de distinção pessoal da hierarquia.



FIGURA 2.—Povoados na costa atlântica.



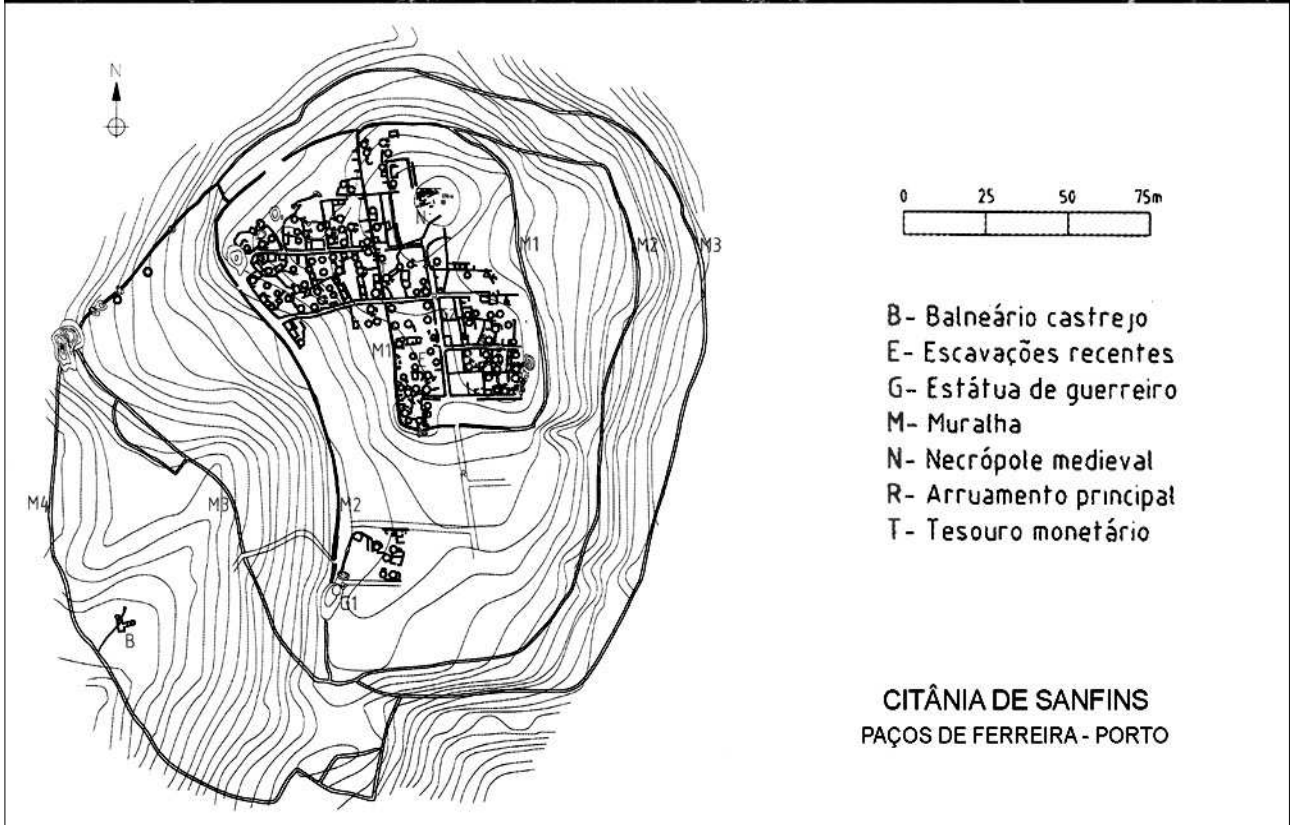
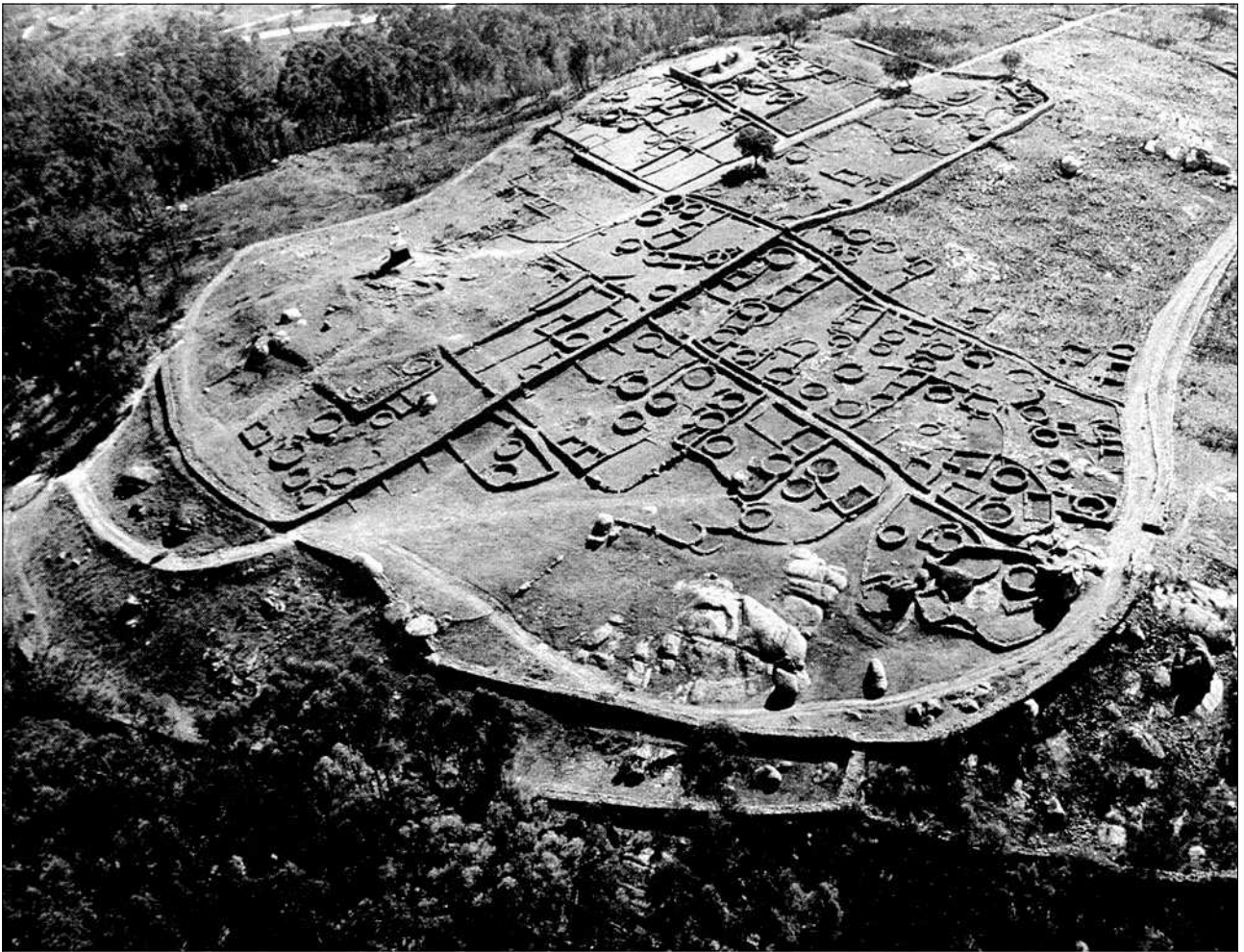


FIGURA 3.—A grande citânia de Sanfins.

### 3. LA FASE II

Por meados do I milénio a. C, terá lugar outra fase que se poderá considerar como de grande evolução interna, com afirmação cultural em facies sub-regionais também relacionáveis com movimentos migratórios, como a expedição de Túrdulos e Célticos citada por Estrabão (3.3.5) e influências continentais e mediterrânicas em particular pelo comércio púnico, documentados no registo arqueológico.

Grande parte dos castros (como é o caso de Castro-mao, Troña, Torres de Padin, Torralla, Punta do Muiño, Alto do Castro, Pena Redonda, Castrovite, O Achadizo, ou A Graña, na Galiza, e do Coto da Pena, S. Julião, Penices, Cale, no Norte de Portugal), prolonga a ocupação anterior, sendo notório um alargamento da área, demonstrando crescimento populacional interno.

Outros, implantados em colinas mais dependentes dos recursos dos vales e das planícies, exemplificam casos de fundação, ou refundação, reforçando a imagem de um período de expansão demográfica patente no incremento numérico de novos povoados (como o da Forca, Fozara, Pedra Moura, Cortegada, As Orelas, em Pontevedra; Coto do Mosteiro, Cameixa, em Orense; Baroña, Recarea, Breñas e Borneiro, na Coruña; Vigil, Vilela, Dorra e Barán em Lugo, na Galiza; Palheiros, em Murça, Trás-os-Montes e Alto-Douro; Crastoeiro, em Mondim de Basto, Terroso, na Póvoa de Varzim e Romariz, em Santa Maria da Feira, no Entre-Douro-e-Minho e o castro marítimo de S. Paio, Vila do

Conde, no Douro Litoral, único caso do território português que se aproxima de tipologias galaico-asturianas, como a do castro de Baroña.

Alguns deles, situados no litoral, em posição geográfica propícia ao intercâmbio de longa distância, como Terroso na Póvoa de Varzim, ou Cale, no Morro da Sé do Porto, terão alcançado neste período uma superfície mais ampla, de cerca de 4 ha, podendo representar casos de hierarquização no esquema da evolução do poder regional. Alguns deles, como no castro de Troña, durante este período, mostram o aumento da sua superfície com a incorporação de novos recintos muralhados, adossados aos primitivos.

Em conformidade com este processo, em todos os casos que analisámos se verifica um reforço, por vezes espectacular, dos sistemas defensivos com a construção de fortes muralhas, como as que referenciamos na Cidade de Terroso (Póvoa de Varzim) e no Castro de Sabroso (Guimarães), no Castro de Baiza (Vila Nova de Gaia) e no Castro de Romariz (Santa Maria da Feira) e bem visíveis também no castro de As Croas na Galiza.

Pelas referências das antigas escavações de 1906-1907, a plataforma central da Cidade de Terroso estava circundada por «uma dupla muralha de blocos de grandes dimensões sem argamassa» esquematicamente representada na sua planta primitiva que, apenas se reportando à área então escavada, não indica quaisquer vestígios de pelos menos mais duas cinturas envolventes reconhecíveis por desníveis e afloras



CITÂNIA DE SANFINS  
PAÇOS DE FERREIRA - PORTO

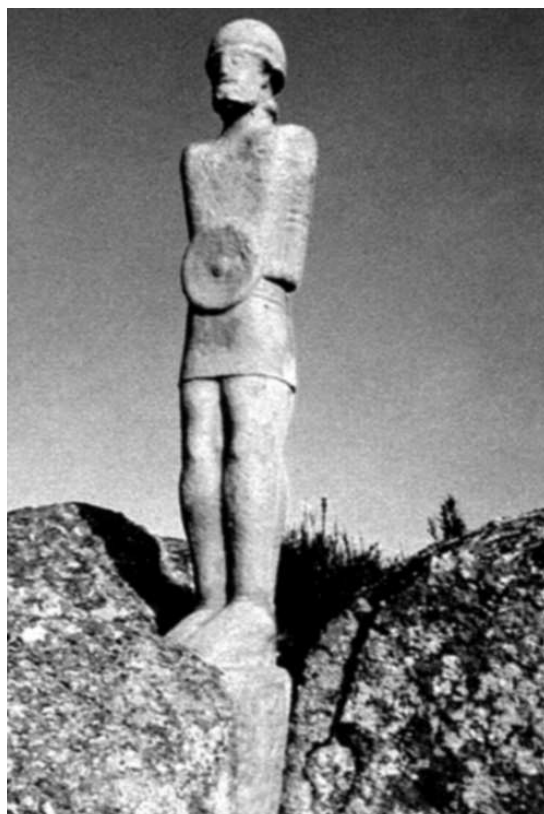


FIGURA 4.—Entrada na muralha e copia da estatua do guerreiro de Sanfins.

mentos de muros, já intervencionadas e datáveis da fase posterior.

Conseguida através de um corte estratigráfico, a definição, a W, da linha de muralha que circunda essa plataforma, o alargamento da área de recuperação para E e S permitiu detectar a sequência dessa linha, incluindo a sua implantação, técnica construtiva e elementos arquitectónicos.

As estruturas descobertas a E apresentam um forte sistema defensivo, que atinge 5.30m de espessura, constituído por dois muros paralelos com as faces exteriores de aparelho regularizado composto de grandes blocos de pedras combinados com outras pedras de tamanho médio bem ajustadas pelo aproveitamento dos ângulos e com cunhas, sem argamassa, sendo o intervalo entre ambos preenchido de saibro.

Implantados sobre a rocha natural, a construção dos muros manifesta uma grande solidez que lhe é dada pela utilização de blocos de grandes dimensões sobretudo nos alicerces e aparecendo singularmente reforçados por uma série de muretes em arco de círculo que lhe estão adossados pelo interior numa larga zona provavelmente reconstruída.

Uma estrutura rectangular de ângulos arredondados e paredes oblíquas, que se encontra do lado interno e em conexão com a entrada E e um arruamento lajeado que se prolonga axialmente no sentido E-W, poderá ser também interpretado como um elemento defensivo suplementar.

A Sul, na área contígua, foi também detectado mais um troço do mesmo alinhamento de defesa, a indicar, na generalidade, idêntica tipologia construtiva desta primeira cintura defensiva da Cidade de Terroso, que, adequando-se à topografia do terreno, limita um plano central.

A vala de sondagem aberta na zona da muralha do castro de Sabroso, Guimarães, evidencia um diferente esquema construtivo, que se caracteriza por reforços adossados ao corpo principal em aparelho poligonal, segundo tipologia testemunhada noutras estações castrejas.

A leitura estratigráfica do corte documenta a existência de uma muralha inicial (MUR A) que apresenta duas faces regularizadas de grandes blocos internamente preenchida por um aglomerado de pedras sem argamassa com cerca de 4 m de espessura, sendo construída sobre a rocha natural.

No estrato inferior, relacionado com a sua utilização, foi recolhido algum espólio integralmente de cerâmica manual de pastas relativamente depuradas e pouco micáceas com preferência por formas de colo vertical datáveis da fase IIA.

O estrato seguinte aparece como um nível de regularização do terreno sobre o qual se reformulou a muralha, alteando-a e reforçando-a com um muro adossado pelo exterior, em alguns troços com uma sapata saliente, assente na rocha natural em cotas mais baixas e solidamente construído com cuidadoso apa-

relho poligonal visível em grande parte do circuito da muralha do núcleo primitivo.

O escasso espólio exumado, de cerâmica micácea feita a torno lento e com decorações incisivas, atribuível à fase IIB, poderá eventualmente relacionar esta reconstrução em novos moldes com a campanha de Decimus Iunius Brutus, como foi sugerido por C.F.C. Hawkes (1958) concretamente para este caso.

O espólio dos níveis superiores, com cerâmica em geral de formas de perfil em S feitas à roda e com decoração incisa, correspondente à face interna da reforma da muralha, é da fase IIIA, podendo indicar com verosimilhança um período final de ocupação que não entra na fase IIIB e durante o qual se procedeu ao alargamento para novas áreas de S e E com muralhas do tipo das de Briteiros, coincidindo genericamente as nossas observações com a periodização interna deste povoado formulada por C.F.C. Hawkes.

Resumindo, estes cortes exemplificam dois novos tipos de sistema defensivo, característicos desta segunda fase:

A) Larga construção constituída por dois muros paralelos de faces verticais, murus duplex, geralmente de grandes blocos dispostos em aparelho irregular, com intervalo totalmente preenchido de terra, representada na Cidade de Terroso, datável da fase II A.

B) Espessa muralha com duas faces regularizadas de grandes blocos internamente preenchida por um aglomerado de pedras sem argamassa, como a do Castro de Sabroso e Castro de Romariz, datáveis da mesma fase II A, e que nas zonas de xisto nos aparecem ainda mais normalizadas em virtude do material utilizado.

A esta fase deverá atribuir-se também a introdução de formas complementares de defesa, com destaque para fossos e pedras fincadas de numerosos castros zamoranos e transmontanos, como os conhecidos de Aliste, Fresno de Carballedo e Muga de Alba ou do Castro de Carvalhelhos (Boticas), relacionáveis com o grupo Soto e, em última análise, a arquitectura militar da Meseta, em mais um indício de celtiberização cruzada com as influências vindas do litoral.

Constituindo, basicamente, dois módulos de arquitectura defensiva, de tipo «promontory hill», segundo a designação britânica, em que se separa, verticalmente, a ponta do continente, comum dos castros litorais, de vocação marítima ou de tipo «contour hill», formando recintos em torno da área ocupada, frequente nos castros interiores, «agrícolas» ou «mineiros», consolidam uma tradição que perviverá até aos tempos mais recentes do domínio romano, como é o caso do castro de Rey, de Viladonga, em Lugo.

Tal investimento faz supor um período de fortes tensões entre as comunidades lideradas por chefes locais, cujo poder assentaria na capacidade para defender o seu território, ou se possível alargá-lo, para o que contaria com grupos armados, a dar razão ao

texto de Estrabão (3.3.5), que denuncia bandoleirismo endémico.

#### 4. LA FASE III

A terceira fase desta sequência vem sendo caracterizada como de proto-urbanização e reordenamento territorial no quadro da romanização, a ela se reportando a generalidade dos conhecimentos vulgarizados sobre a cultura castreja a partir das escavações de grandes estações arqueológicas como as citânias de San Cibrán das Las ou mesmo Castromao (Orense), Santa Tecla (La Guardia), Briteiros (Guimarães) e Sanfins (Paços de Ferreira), ou Campa Torres, no litoral asturiano, ou Arrabalde, em Zamora ocidental, que se tornaram modelos desta cultura.

Por força de contactos cada vez mais sistemáticos com os romanos, por motivo das etapas da conquista peninsular, esta região terá assistido a profundas alterações de organização espacial, originando o surto de amplas aglomerações proto-urbanas com polarização das actividades de ordem defensiva, político-administrativa, económica e religiosa, em lugares centrais de territórios demarcados. Adstritos a grupos étnicos, alguns deles são conhecidos por indicações epigráficas que apontam para a sua identificação com unidades supra-familiares designadas singularmente por *castellum*, ou pelo signo correspondente *f*, inferiores aos *populi*, identificados na organização social castreja.

Esta organização segundo um sistema político hierarquizado, com a integração de povoados menores sob o domínio de lugares centrais, terá sido determinada, a nosso ver, por razões político-militares originadas pela necessidade de uma estratégia de defesa sequente à campanha de *Decimus Junius Brutus*.

Nesta perspectiva se terá enquadrado o recuo para uma certa interioridade e selecção de sítios com capacidade de grande concentração demográfica, que poderá explicar eventuais mudanças de hegemonia relativamente à fase anterior.

Poderá favorecer esta interpretação o registo de tal padrão de povoamento e demais particularidades da arquitectura, escultura e ergologia na área meridional castreja, a Sul da bacia do rio Minho, justamente o limite da expedição desse general romano, diferenciado do povoamento do restante território lucence a asturiano, onde só Campa Torres e Arrabalde se poderão assinalar como excepções de um padrão nuclearizado, atomizado, da tradição anterior.

Em observação geral sobre o povoamento proto-histórico do Noroeste de Portugal, verificamos aí cerca de 80 desses lugares centrais de territórios, bem dominados visualmente e definidos por acidentes geográficos, como a rede hidrográfica e a orografia, cada qual com uma média de mais de uma dezena de povoados subsidiários.

Fenómeno similar ao da «civilização dos oppida», no quadro da organização político-social característi-

ca de numerosas sociedades não-clássicas de La Tène Final que conta com numerosas expressões paralelas por toda a Europa.

Ter-se-á tratado, na prática, de um processo de sinecismo em lugares altamente estratégicos de unidades castrejas menores, cumprindo a função de uma espécie de principados, segundo uma designação avaliada pela epigrafia, que eram liderados por chefes guerreiros, cuja tutela ficou imortalizada na estatuária.

Continuando a ocupar alguns sítios estrategicamente privilegiados, vindos dos períodos anteriores, esta fase é sobretudo marcada pela criação de vastas aglomerações em que a homogeneidade do seu ordenamento denuncia a obediência a um plano de urbanização cumprido em breve lapso de tempo.

Têm sido também detectadas novas fundações ao longo deste período, de que as mais características serão os chamados «castros agrícolas», visando a exploração dos vales, e outras relacionadas com a exploração marinha e mineira, bem típicas das Astúrias, resultando numa triplicação do número de povoados relativamente à primeira fase.

Mas o que é, de facto, mais notório é o processo de substituição de pequenas unidades independentes, estabelecidas em pequenos castros, por agrupamentos com configurações mais expressivas, em que uma forte concentração demográfica terá implicado novas formas de organização arqueologicamente manifesta no novo ordenamento espacial. É pelo menos o que se pode deduzir da análise de grandes povoados como as citânias de Sanfins ou Briteiros, onde os alinhamentos quase ortogonais das suas ruas enquadram, como unidades modulares, uma série de bairros compostos por várias unidades familiares, como a que reconstituímos na Citânia de Sanfins.

Uma leitura da organização urbana deste sítio fornece-nos, neste aspecto, um exemplo paradigmático.

A zona escavada mostra um forte sistema defensivo de várias ordens de muralhas, que envolvem uma área superior a 15 ha. Não estando implantada num local de fácil defesa natural, de modo bem diverso do que normalmente acontece com a grande maioria dos castros, a sua defesa era feita pela população sem dúvida numerosa e por vários dispositivos de protecção, que se adaptam perfeitamente à topografia.

A muralha interior (n.º 1), com uma implantação em linha recta no lado Oeste, não seguindo, como habitualmente, as curvas de nível tem, em zonas, aparelho poligonal e irregular, apresentando noutras zonas fiadas de pedra mais horizontalizadas e ângulos rectos nas entradas.

Por vezes sem alicerces assentes na rocha natural e sacrificando arruamentos e outras estruturas, deve ser de construção posterior à muralha n.º 2. Denotando maiores influências de romanização, pode presumir-se uma relação com as campanhas romanas de pacificação do Noroeste, sobretudo a partir da cronologia das últimas moedas do tesouro de denários e quinários, que fora ocultado nas suas estruturas.

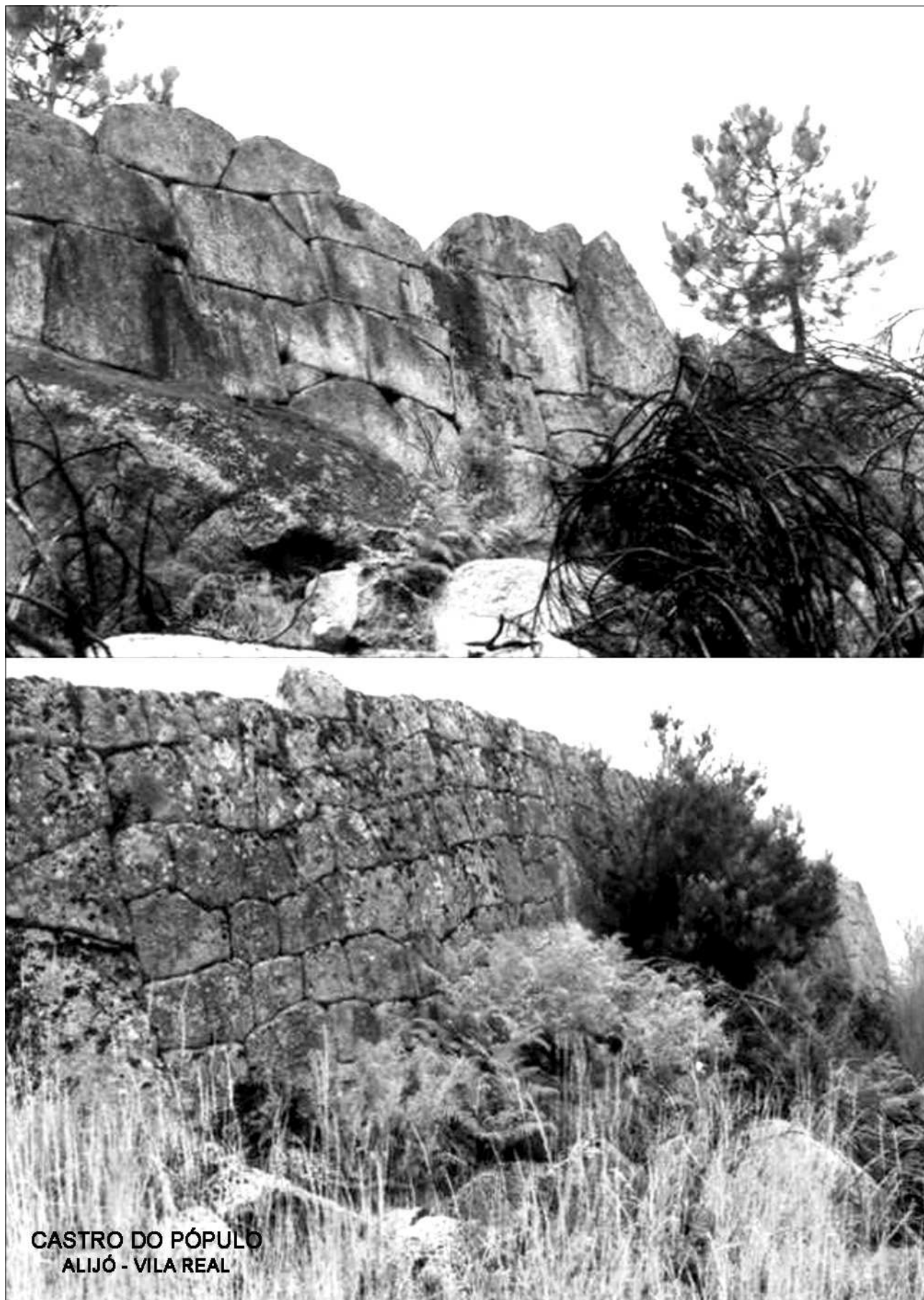


FIGURA 5.—Lenços da muralha do castro do Pópulo (Vila Real de Tras-os-Montes).

A muralha n.º 2 seria a principal, abrangendo a extensa plataforma central da Citânia.

De aparelho poligonal irregular e com os ângulos das portas arredondados, fornece-nos um dos mais significativos pormenores do dispositivo de defesa. Com uma espessura média de 1,30 m e atingindo os 3,50 na zona da porta, é mais consistente que a muralha interior, que tem apenas 1m de espessura média, contando ainda com uma linha de reforço duplo em toda a sua extensão, a Sudoeste e a Norte, e expressivo alargamento nas alas da entrada.

Mas ficou sublinhada a importância desta muralha quando descobrimos que as suas portas estavam tuteladas por estátuas de guerreiros, conforme descobrimos para uma delas em 1973.

Uma 3.ª linha defensiva mostra troços em aparelho poligonal irregular semelhantes aos das estruturas habitacionais, mas alguns lanços utilizam verdadeiros blocos ciclópicos frequentes na vertente mais suave de Sudoeste. Nela também foram reconhecidas duas entradas: uma, guarnecida por um corpo avançado em forma de asa, integrando o sistema de defesa, e outra onde se pode verificar o orifício do gonzo, em que rolaria uma porta de madeira de uma só folha.

A técnica construtiva das muralhas n.º 1 e n.º 2, bem como de troços da muralha n.º 3 consiste na utilização de dois paramentos externos de pedra aparelhada preenchidos com pedras pequenas no interior.

A muralha n.º 4, que é, de modo semelhante aos troços ciclópicos da muralha n.º 3, constituída por grandes e toscos rochedos, protege a zona baixa a Sudoeste, enquadrando a área onde está implantado o monumento destinado a banhos e por onde se fazia o acesso principal da Citânia,

A facilidade de acesso dos lados Norte, Sul e Oeste, por serem zonas de declive pouco acentuado, era obstada pelas sucessivas ordens de muralhas descritas e complementarmente por um fosso artificial que a prospecção no terreno indica claramente e, do lado Oeste, por mais uma muralha que contornava a elevação por cotas inferiores.

Conforme observámos, as construções defensivas acompanham todos os períodos de ocupação castreja do Noroeste Peninsular, desde os mais antigos do final da Idade do Bronze à época flaviana.

Mas urge reconsiderar a interpretação técnico-funcional da diversidade dos recintos muralhados, sobretudo quando compõem um sistema complexo, como o que observamos em Sanfins e que não se compadece com uma justificação simples por crescimento demográfico.

Com efeito, além das muralhas anteriormente reconhecidas, a acrópole teria uma cerca muralhada primordial, vislumbrada nas escavações de 1972, e que um vaso de excepcional expressão plástica, aí encontrado, paralelo ao conhecido dolium epigrafado de Briteiros com inscrição votiva, evoca como espaço de sacralidade.

Semelhante descoberta, mais declarada ainda por diversas ámulas no alto da Cividade de Carmona, Viana do Castelo / Barcelos, no Alto Minho, poderá contribuir para o real significado de tais recintos, que também vemos em San Cibrán das Las (em cujo recinto central se registaram achados diversos de aras votivas), Mozinho (para que se atribuíram funções lúdicas, mesmo circenses, ou de índole comercial), e Santa Luzia, porventura relacionados com rituais de fundação.

Projectada com as restantes muralhas, a função defensiva aparece monumentalizada estrutural, decorativa e simbolicamente segundo uma planta de notável adequação topográfica, em que desenvolvem naturalmente acessos e sistema de circulação e se encaixam com harmonia áreas residenciais, espaços públicos e edifícios comunitários.

As suas portas principais estavam guardadas por estátuas de guerreiros fixados nas rochas, assim se nobilitando a muralha como símbolo de uma sociedade em que os chefes garantem a defesa do castro, da comunidade e do seu território, visibilizando a carga simbólica, genealógica e apotropaica, deste elemento iconográfico.

Mas fica-nos a impressão que o recinto principal teria sobretudo uma função residencial, sugerindo-se que a área urbanizada em plataformas a Sudoeste seria para estabelecimento da comunidade guerreira.

A muralha externa enquadraria os edifícios comunitários, de função político-religiosa, como o edifício destinado a banhos iniciáticos e certamente também a sede do conselho de Anciãos, que se adivinha na fotografia aérea.

Não faltam espaços que poderiam ser destinados a guarda de rebanhos situáveis em áreas não urbanizadas, como uma do recinto central, onde foram referenciadas várias prisões de gado cravadas na muralha, supondo-se que as actividades artesanais da cerâmica e metalurgia se pudessem realizar no sopé da elevação, com muita abundância de água, ainda hoje com represas, contornado por uma última linha de muralhas.

As vicissitudes da dominação romana reduziram a muralha interna desta «cidade castreja» a uma cidadela eventualmente especializada no trabalho metalúrgico, de ouro, bronze e ferro, bem documentado por estruturas, utensílios e espólio de fundição, em concordância com os interesses coloniais.

Este tipo de sistema defensivo, fundamentalmente constituído pela acumulação de muralhas simples formadas por dois paramentos paralelos e com aparelho irregular internamente preenchidos, aparente na generalidade das estações castrejas (Citânia de Briteiros, Cividade de Âncora, Citânia de Santa Luzia, Monte Mozinho, etc.) reporta-se à fase cronologicamente mais avançada da cultura dos castros, que também o seu ordenamento urbano, com alinhamentos predominantemente ortogonais, faz distanciar das formas irregulares mais antigas.

O corte estratigráfico aberto na zona da muralha central da Citânia de Briteiros mostrou uma linha defensiva congénere, que se poderá situar, como a linha suplementar do período III de Sabroso, segundo a periodização de C. F. C. Hawkes, da nossa fase IIIA, sugerindo uma datação para o seu abandono e / ou destruição posteriormente aos meados do século I d. C.

Pelos cortes estratigráficos e escavações analisadas, exemplificam-se também dois tipos principais do sistema defensivo desta fase:

A) Muralha simples com espessura média de 1.50 m, normalmente formada por dois paramentos paralelos e com aparelho irregular de faces geralmente afeioadas a pico e internamente preenchidos com pedra miúda, que documentamos no corte estratigráfico da Citânia de Briteiros e nas escavações da Citânia de Sanfins e da Cividade de Âncora que é a mais comum da arquitectura defensiva castreja da fase III.

B) Sólida construção de pedras com muros de reforço adossados, frequentemente em posição oblíqua e com largos traços de aparelho poligonal e helicoidal com faces afeioadas a pico, de possível origem meridional do tipo B do Castro de Sabroso e com paralelos no Monte Murado (V. N. Gaia) e Castro da Cárcoda (S. Pedro do Sul) atribuíveis ao início da fase III.

A mesma tipologia é testemunhada em muralhas de xisto como a que circunda a acrópole de Cidadelhe, no Alto-Douro e em numerosos casos da Galiza setentrional e das Astúrias.

De resto, as variantes observadas nas estruturas defensivas, quanto ao seu número, dimensões, planta, aspectos técnicos e outras particularidades como as entradas, torreões, rampas de acesso às muralhas, fossos, terraplenos e outros elementos, não raras vezes implicam também uma indicação de valor cronológico e cultural, como é o assinalado pela existência de fossos e pedras fincadas, numa evidência de diferenciação das componentes regionais das diversas áreas da cultura castreja do Noroeste peninsular, cujo estudo vem merecendo análises específicas.

Destacamos, em particular, os estudos sobre a existência de pedras fincadas, de origem centro-europeia, como complemento defensivo das muralhas característico dos castros transmontanos, por influências vindas do interior.

Novas técnicas de construção estão patentes na diversidade dos aparelhos, a que fomos atribuindo um sentido cronológico, sendo determinante neste processo o uso de utensílios de ferro no tratamento dos materiais, marcando uma diferença notória entre a fase II, onde não se conhecem vestígios de afeioamento a pico, e a fase III com o seu uso generalizado.

As deficiências técnicas da fase II, que se tentavam superar com a utilização de cunhas e argamassa, originavam aparelhos irregulares, que perduraram na fase seguinte, bem mais aperfeiçoados, coexistindo com

processos de construção mais sólidos em que o tratamento dos materiais resulta em aparelhos poligonais e helicoidais e outros, como o que aparece formado por grandes blocos de pedra fincados na parte inferior dos muros frequente em Sanfins e Briteiros.

E, se o aparelho poligonal, em que os blocos de pedra se adaptam perfeitamente, dispensando cunhas e por vezes se dispondo em forma helicoidal, segundo uma modalidade que se tornou característica da cultura castreja, de presumível influência meridional, documenta-se sobretudo nas zonas de granito desde o início da fase IIIA como nas muralhas de Sabroso, Arados, Monte Murado e Cárcoda e também presente em habitações diversas da Cidade Velha de Santa Luzia, Briteiros e Sanfins, entre outros castros, é mais surpreendente a sua utilização em zonas de xisto, como testemunhámos em Cidadelhe, onde coexiste com aparelho tabular, de blocos de xisto dispostos em camadas horizontais que se considerava exclusivo das regiões xistosas, onde aparece desde fases mais antigas.

O Castro do Pópulo, em Alijó, Trás-os-Montes, mostra um exemplo singular de aparelho ciclópico com cuidadoso faceamento a pico e perfeito ajustamento entre os blocos trabalhados e os rochedos naturais, até à sua altura originária, talvez representando o troço mais notável destas fortificações no Norte de Portugal datáveis da fase IIIA.

Mas já a disposição de blocos regulares de granito em fiadas horizontais, visíveis na reconstrução desta muralha do Pópulo e que também documentámos numa muralha do Castro de Ribas (Valpaços) e que conta com numerosos paralelos em sistemas defensivos (vg., Cidadelhe, junto à exploração mineira de ouro de Trêsminas; no Castro de Saceda e Cidá de San Millán, Cualedro, Orense) e em outros edifícios, como numa reconstrução de uma unidade doméstica da Cividade de Âncora e na câmara do balneário do Monte da Saia, denota influência romana, podendo datar-se da fase IIIB.

A observação das mudanças ocorridas no âmbito de um processo de longa duração com etapas bem definidas, que entendemos convenientemente suportadas por dados arqueológicos em que se delineou uma evolução do sistema defensivo indígena, simples, reforçado, múltiplo, representará uma distanciação das perspectivas invasionistas ou meramente belicistas, interpretando os seus elementos sobretudo enquanto sinais manifestos do desenvolvimento de uma organização política durante cerca de um milénio. Nas palavras de Audouze-Buschenschutz (1989:110), «a vontade de marcar por uma construção monumental o limite do espaço urbano ultrapassa aqui visivelmente os cuidados com a segurança».

A sua pervivência em época romana, mesmo em fundações augustanas ou pós-augustanas, poderá ter uma explicação mais próxima dos domínios da simbólica, eventualmente no quadro das razões que presidiram à construção das muralhas das urbes romanas.

Mas, mesmo longe de um quadro de necessidades efectivas de defesa, nunca terá perdido a polissemia da sua função desde os tempos primordiais.

##### 5. BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÃO, J., 1992: «A evolução da cultura castreja, *Conimbriga*, 31: 39-71.
- AUDOUZE, F.; BUCHENSCHUTZ, O., 1989: *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*, Paris.
- BLAS CORTINA, M. A.; VILLA VALDÉS, A., eds., 2002: *Los Poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña*, Navia.
- BRUN, P., 1987: *Princes et princesses de la Celtique*, Paris.
- CALO LOURIDO, F., 1997: *A cultura castrexa*. Vigo, (1.<sup>a</sup> ed., 1993).
- CARBALLO ARCEO, X., GONZÁLEZ RUBIAL, A., 2003: «A cultura castrexa do NW da Península Ibérica en Galicia», *Boletín Avriense*, 33: 37-75.
- DINIS, A. P., 1993: *Ordenamento do território da baía do Ave no I milénio a. C.*, Porto. (Diss. Mestrado, policop.).
- HAWKES, C. F. C., 1958: «Escavações no Castro de Sabroso (Abril de 1958)», *Revista de Guimarães*, 68 (3-4): 446-453.
- HIDALGO CUÑARRO, J. M., ed., 1996: *A cultura castrexa galega a debate*, Tui.
- ROMERO MASIÁ, A. M., 1976: *El habitat castreño*, Santiago de Compostela.
- SILVA, A. C. F., 1986: *A cultura castreja no Noroeste de Portugal, Paços de Ferreira*, Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins.
- SILVA, A. C. F., 1995: «Portuguese Castros: the evolution of the habitat and the proto-urbanisation process»: *Proceedings of the British Academy*, 86, Oxford: 263-289.
- SILVA, A. C. F., 1999: *Catálogo do Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins*, Paços de Ferreira.
- SILVA, A. C. F., 2003: «Expressões guerreiras da sociedade castreja», *Madriider Mitteilungen*, 44: 41-50.
- SOEIRO, T.; CENTENO, R. M. S.; SILVA, A. C. F., 1981: «Sondagem arqueológica no Castro de Sabroso», *Revista de Guimarães*, 91: 341-350.





# CELTIC FORTIFICATIONS IN THE BRITISH ISLES

IAN RALSTON

*University of Edinburgh*

## ABSTRACT

*Enclosed settlements, termed hill-forts, are common and conspicuous elements of surviving Iron Age settlement, especially in parts of mainland Britain. The monument category however has earlier antecedents; and examples continued to be built anew or refurbished in the first millennium AD. Interpretation of the structures which enclose them —fences, walls and dump ramparts— has often been dominated by military considerations, but recent interpretations are more nuanced. Key features of this architecture are discussed, including the elaborate forms of entrance found in southern Britain, in addition to less well understood and more localised features including towers (rare), chevaux-de-frise and guard chambers. Selected evidence supporting the military/defensive use of these sites is rehearsed, as well as other indications suggesting rather different functions. These include special deposits, the orientation of entrances, and the setting of sites within the landscape. The process of vitrification and its possible symbolism are discussed. It is emphasised that single explanations are unlikely to fit all sites.*

## RESUMEN

*Asentamientos con recintos, llamados «hill-forts», son elementos habituales y notables del poblamiento de la Edad del Hierro, especialmente en ciertas áreas de Gran Bretaña. La categoría monumental, sin embargo, tiene antecedentes más tempranos; y se mantiene con nuevos casos, o con reconstrucciones, a lo largo del Primer milenio A.C. En la interpretación de las estructuras que los cierran —empalizadas, murallas de piedra y taludes, o murallas de tierra— han dominado siempre las consideraciones militares, pero recientemente estos enfoques han sido matizados. Algunos elementos clave, en la Arquitectura de las defensas, están en discusión, incluyendo formas elaboradas de entradas documentadas en el Sur británico, así como otras menos conocidas y más localizadas como torres (raras), campos de piedras hincadas (chevaux-de-frise) y cuerpos de guardia. Las evidencias seleccionadas que apoyan el uso militar/defensivo de estos sitios están incrementándose, igual que otras indicaciones que sugieren funciones diferentes. Estas incluyen depósitos especiales, la orientación de las entradas y la relación de los asentamientos con el paisaje. Se debate, también, sobre el proceso de vitrificación y su posible simbolismo. En suma, se pone en énfasis que no existen explicaciones únicas que vayan bien para todos los casos.*

## 1. INTRODUCTION

The Iron Age of the British Isles – both mainland Britain and Ireland – shares with many areas of continental Europe a tradition of enclosed, sometimes heavily-fortified, settlements. In contrast to many continental areas, where many such sites are difficult to discern beneath woodland, insular sites are often very conspicuous monuments, being set in many instances either within pasture or on open moorland. They thus produce some of the most iconic and frequently-reproduced images of Iron Age settlements in temperate Europe, notably of well-known sites such as multivallate Maiden Castle in Dorset (Wheeler 1943; Sharples 1991a; 1991b) (Illus 1). Aerial views of it, laid out

on its low grass-covered hill outside Dorchester, continue to be reproduced nearly three quarters of a century after the most extensive series of archaeological excavations at the site.

## 2. THE PURPOSES OF HILL-FORTS: WARFARE AND BEYOND

Such sites – hill-forts in English usage - have played a central part in the interpretation of the British Iron Age (although not its Irish equivalent), particularly in the last century (Hawkes 1931; Hogg 1975; Avery 1976; Forde-Johnston 1976; Haselgrove et al. 2001). In the perspectives prevalent then, styles of hill-fort defences – the most readily-appreciated element of these

sites - were seen as one of the key factors enabling quasi-historical accounts of external invasion and indigenous response to be constructed (Cunliffe 2005, Part I). Such views, many of them formed by archaeologists who had themselves obtained military experience in the British forces during the two world wars, can be encapsulated in a quotation from Sir Mortimer Wheeler (1952): ‘... *these fortifications are urgent things, dynamic reactions, possessing the anxious effort of men from age to age in a ... struggle to keep pace technically and tactically with the changing pace of attack. They have, often enough, little to do inherently with the less instant and more local vagaries of brooches {= fibulae} and crockery {= ceramics} ...*’.

Thus, superimposed on their proposed contribution to the recognition of general changes such as those produced by inward migration from continental Europe, it was argued that hill-fort defences could be read off in terms of evolving military tactics of assault and resistance. Maiden Castle itself furnishes examples: on the one hand, the development there of a series of massive glacis ramparts has been envisaged as a means of keeping attacking slingers at a suitable distance from similarly-armed defenders grouped on the innermost circuit; on the other, the elaboration of its gateways can be seen as an evolving response to a preferred method of assault. Michael Avery (1986; 1993) has expounded the view that many of the developments in the architecture of hill-fort gateways in southern Britain can be considered as a response to a particular strategy of attack – the stoning and subsequent firing of the entrances that are invariably points of weakness in any system of enceinte.

Inevitably, as the evidence from excavation and fieldwork has accumulated, and as newer models of the nature of Iron Age societies have come to prominence, such single explanations have fallen from favour. Most archaeologists would now envisage the building and maintenance of hill-fort defences as the outcome of complex social and political processes, as much as purely military ones; such ideas will be explored below. Moreover, for southern Britain in particular, hill-forts, although the most extensive settlements of their age, are no longer seen by many practising archaeologists as necessarily the physical representation of the topmost tier of the social or political hierarchy, since the distinction in quantitative and qualitative terms between the material culture which some examples of hill-forts produce on excavation, and that recovered within other categories of residential site, is not substantial. In at least some phases, it is argued, the British Iron Age may have been less hierarchically-structured than has been supposed, and such a perspective inevitably impacts on how hill-forts are considered to have functioned (e.g. Hill, J. D. 1995).

It is, however, impossible to discount military interpretations in all instances, although the certitude with which actual conflict can be recognised from the sur-

viving evidence at excavated sites is variable. In many instances, of course, any compelling evidence for aggression is entirely absent from the archaeological record. Even in the case of sites where the field evidence seems overwhelmingly to point to a military engagement, caution in reaching such an interpretation may be required. A classic instance of this in north Britain is furnished by the environs of the imposing hill-fort at Burnswark, at the foot of the River Annan valley just north of the present-day Anglo-Scottish border (RCAHMS 1997, 179-82). Here, the hill-top enclosure is generally considered – primarily on the basis of small-scale excavations undertaken, and a few radiocarbon dates obtained, a generation ago (Jobey 1978) - already to have been in a ruinous condition when the two Roman temporary camps at its base were constructed. It is thus normally proposed that the Burnswark evidence, including that of catapulted stones from around the rampart, represents the product of the Roman army on manoeuvres, practicing an assault on an abandoned and dilapidated fortification, rather than the outcome of a siege and actual combat. However, the sequence of occupation and use of the hill is likely to be more complicated than that. On the one hand, there is evidence that the Iron Age occupation of the site continued beyond the date postulated for its major enclosure; on the other, the evidence from the Roman camps certainly points to more than a single structural phase in their construction. The most recent commentator (Campbell 2003) has suggested anew that the field evidence at and around Burnswark may indeed be the product of a real Roman attack on the hill-fort. Other cases of Roman military intervention remain much more clear-cut: at Hod Hill in Dorset, for example, it is suggested that a precision attack, in the form of concentrated fire-power (represented particularly by 11 ballista bolts recovered in excavation) directed at the most substantial, and thus arguably, chieftain’s house within its own perimeter fence in the interior, was enough to lead to the site’s capitulation at a time when the final elaboration of its defences was still unfinished, particularly on the west side of the hill (Richmond 1968). Thereafter a Roman fort was inserted into one corner of the hill-fort, following the demolition of some of the native fortifications and the contemporary internal buildings.

In other instances, the indications that a particular site has been attacked take the form of more-or-less informal cemeteries. Perhaps the clearest cases are provided by collections of human remains dominated by those of young men from unusual locations in or near the peripheries of hill-forts. The 11 ha site of Sutton Walls, near Hereford in the west of England, provides a classic instance; the set of burials in question here are related to the final phase, datable to the first century AD, of the fortifications of that site (Kenyon 1953). From the flat-bottomed ditch, fronting its dump rampart, adjacent to the western entrance, were



ILLUSTRATION 1.—*The multivallate ramparts on the south side of Maiden Castle, Dorset, England (author).*

recovered two levels of shallowly-interred human remains – the upper one showing signs of disturbance by dogs or wolves. The bodies, predominantly of young men, but including a few older individuals and the occasional boy, seem to have been deposited with the minimum of ceremony. There were no grave-goods accompanying them; skeletal evidence for trauma, including sword cuts, was widespread; and some individuals had been partially or completely decapitated (Illus 2). This evidence strongly suggests a massacre, but whether at the hands of the advancing Romans (as the original excavator preferred) or as the result of an internecine conflict amongst indigenous peoples perhaps a few decades earlier is unclear.

### 3. CHRONOLOGY AND DEFINITION

In, general, however, the scope for varying interpretations of the purpose of hill-forts, and of the enclosures which defined them, has increased as the period over which they are known to have been built and used has lengthened. Here, the focus is on sites of the pre-Roman Iron Age, but some structurally-similar sites were already being constructed during the Neolithic period, as at Crickley Hill in Gloucestershire in western England (a site which also has significant Iron Age use: e.g. Dixon 1994). Hill-forts were certainly also being constructed by the final centuries of the later Bronze Age in both Ireland and Britain (Needham and Ambers 1994), so that the monument category in itself was not an innovation of the Iron Age. Equally,

in some areas of Britain, earlier hill-forts were refurbished and/or new examples constructed in the first millennium AD (Alcock 1995; 2003); in Ireland, in particular, the extensive series of smaller, often-circular, enclosed earthworks, termed raths, seems to be very largely if not exclusively a phenomenon of the first millennium AD (Stout 1997).

Some of the most celebrated forts are thus later Bronze Age conceptions, as in the case of the high-altitude fort at Mam Tor atop the Pennines in Derbyshire, or the spectacularly-sited Dun Aonghasa on the Aran Islands off the Atlantic coast of Eire. In other instances, as in certain sites in south-central England, as at Uffington Castle (Miles et al. 2003), whilst the hill-fort defences might represent a new feature during the Iron Age, they enclosed places that seem already to have been significant in the preceding later Bronze Age - in this instance marked by the intersection of substantial territorial ditches of that period at the location where the subsequent earthworks were erected.

Lacking a generally-agreed definition as to precisely what constitutes a hill-fort, and pending the fuller standardization of the terminology employed by the three National Monuments Records, it is difficult to be categorical as to the absolute numbers of hill-forts represented in the United Kingdom. Hogg's catalogue, now over twenty-five years old, underpinned as it is by an inclusive and wide-ranging definition of the monument category, is a useful point of departure although, given its date it is certain that, with a very few localized exceptions, the figures produced are likely to be an

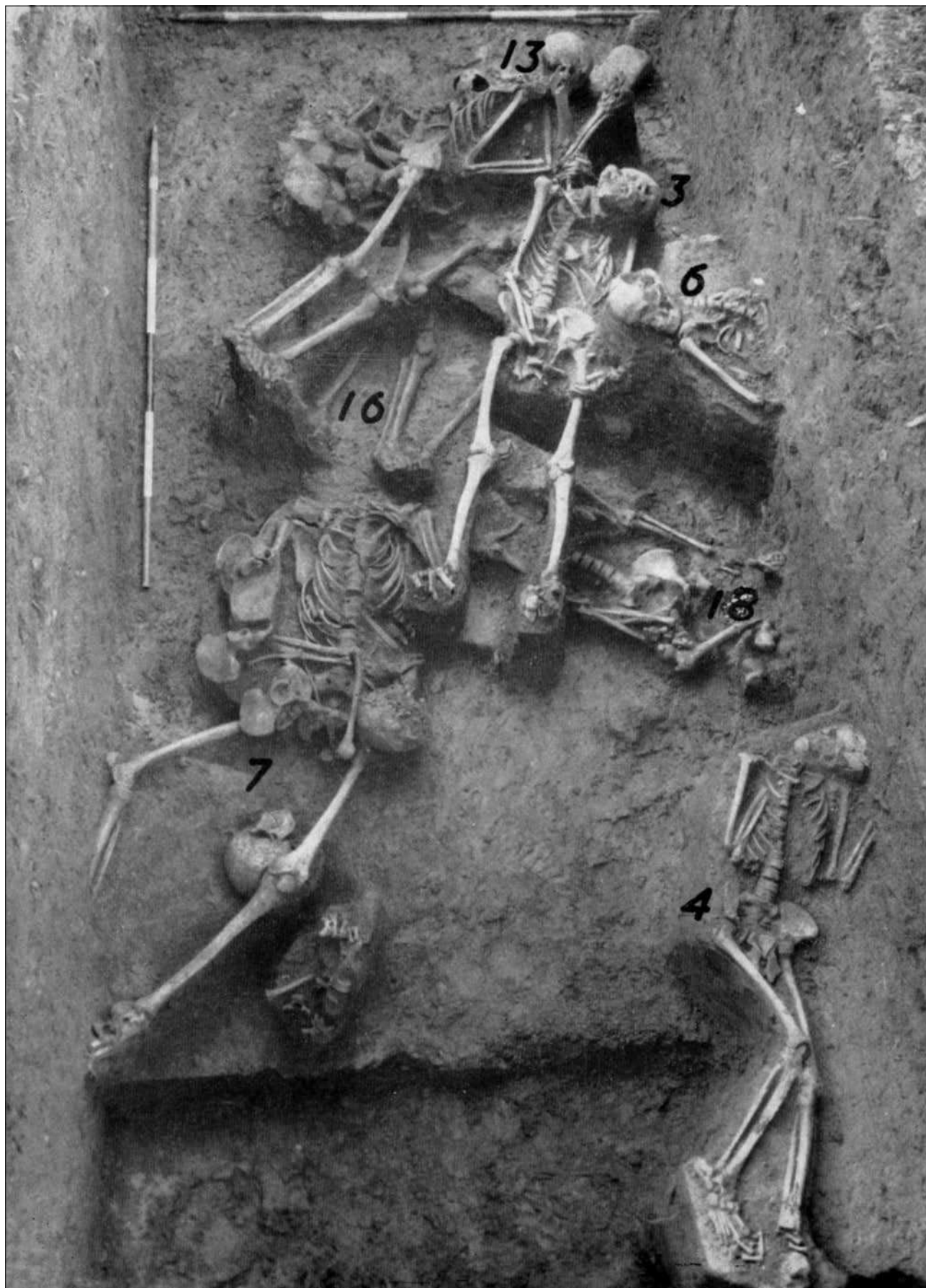


ILLUSTRATION 2.—Skeletons recovered in the upper ditch fill at Sutton Walls, Herefordshire, England (after Kenyon 1953; courtesy: Royal Archaeological Institute).

underestimate of the number of sites that are now known to survive (Hogg 1979). This is particularly the case in the 'zones of destruction', those sectors of the British landscape where such sites are now likely to have been eliminated as upstanding features and therefore represented mostly as cropmarks, although they may occasionally be found in other types of rescue project. Here, much of the remote sensing that has been undertaken occurred after his compilation, so that heavily-enclosed sites in the present-day arable lands are likely to be significantly under-represented in it. That said, and excluding very small sites – enclosing only a minute fraction of a hectare – such as the duns of Scotland, Hogg catalogues over 2,500 sites for Great Britain: nearly 1,000 for England, approximately 850 for Scotland, and almost 700 in Wales. Only modest numbers of hill-forts have been recorded in Ireland, where they are dominated numerically in terms of forms of enclosed sites by the raths mentioned previously (e.g. Raftery 1994).

#### 4. SETTINGS

Hill-forts occur in many environmental settings and across a considerable altitudinal range in Britain, so that it is undoubtedly true that factors of site destruction, site survival in different conditions or circumstances, and site detection remain of importance in supplementing or otherwise affecting the dataset that is currently known. Individual sites occur from some very high-altitude locations downslope to the coastal edge. Some examples of enclosed sites are well above the heights at which routine inhabitation now stops in Britain, as at Ingleborough, Ingleton in northern England (at 716m OD and enclosing 6ha) and, most spectacularly, on Ben Griam Beg in Highland Scotland (Mercer 1991; Ralston 2006). The latter site, at nearly 600m above sea level, is on a summit characterized by active periglacial features and by an Alpine flora (Illus 3). At the other end of the range, there are numerous sites at elevations close to sea level, particularly on steep-sided or cliff-edged promontories which, as is the case on the coast of the Asturias for example, offer many readily-defensible locations around much of the extensive coastline of Britain and Ireland. British examples of promontory forts extend from the Channel Islands and Cornwall in south-western England to the Northern Isles of Scotland. These include major sites such as Hengistbury Head, near Bournemouth in Dorset, with its indication of *entrepôt* status towards the end of the Iron Age. Although many coastal sites are much less grand in scale, it is worth noting that one of Eire's major coastal promontory forts – Drumanagh, to the north of Dublin – has produced quantities of Roman material (Raftery 1994), suggesting that it too may have played a prominent role in long-distance exchange. Elsewhere, 'hill-forts' can occupy

very slight eminences, sometimes with supplementary defences provided by neighbouring marshland, as at Stonea in Cambridgeshire, at 2m above sea-level believed to be the lowest hill-fort in Britain (Malim 1992), and also at Sutton Common, near Doncaster in South Yorkshire (Parker-Pearson and Sydes 1997). Low-lying forts are a feature of several areas within lowland Britain, being also found in some numbers in Norfolk, East Anglia, for example (Rickett 1992); their defences are particularly prone to having been flattened by arable cultivation.

Their normally-upland locations mean that modern development now relatively rarely leads to the wholesale loss of hill-fort sites, although some examples have already suffered substantial, or almost complete, losses because of quarrying for roadstone and other similar purposes. Some Scottish examples illustrate the possible archaeological responses. In the 1950s, it was generally only possible to undertake small-scale excavation in advance of quarrying, as happened at Clatchard Craig, Fife, on the south side of the Tay estuary. In the event, this multivallate fort, now entirely removed by quarrying activity, transpired, surprisingly, to be substantially of Early Historic date (Close-Brooks 1986). Contrastingly, at the Dunion, in Scottish Borders, the relatively slow progress of the quarry which eviscerated this hill meant that repeat programmes of rescue archaeological work were possible, albeit separated by over a generation (Rideout 1992). Finally, the catastrophic removal of a lowland cropmark site, at Broxmouth, East Lothian, to obtain the underlying limestone for a neighbouring cement works in the late 1970s was preceded by its full-scale excavation (Hill, P. H. 1982: Illus 4), a response which has been repeated on certain other cropmark sites in the region which were to be entirely removed as a result of other developments (e.g. Haselgrove and McCullagh 2000).

The most significant additions to the known tally of hill-forts in recent years have come about as a result of aerial survey. In some instances, previously-undetected sites that are still at least slightly upstanding have been spotted: on occasion, we may suspect that they have escaped earlier detection not only because of the rather reduced state of their earthworks, but also because they are outside the usual size range for the region in question. Thus in north-east Scotland a site of some 6ha, large for that area, was first identified at the Hill of Newleslie in Aberdeenshire some twenty years ago. But most new discoveries are now undoubtedly cropmark enclosures, as at Sutton Common noted above, and, on the margins of a plantation of woodland, at Mains of Edzell in Angus (Strachan et al. 2003). Excavation at the former revealed the postholes for the spaced vertical timbers set in the front and back faces of a wall-and-fill rampart, whereas the impressive scale of the surviving ditches at the latter suggested that this small site was at least partially defensive in intent.

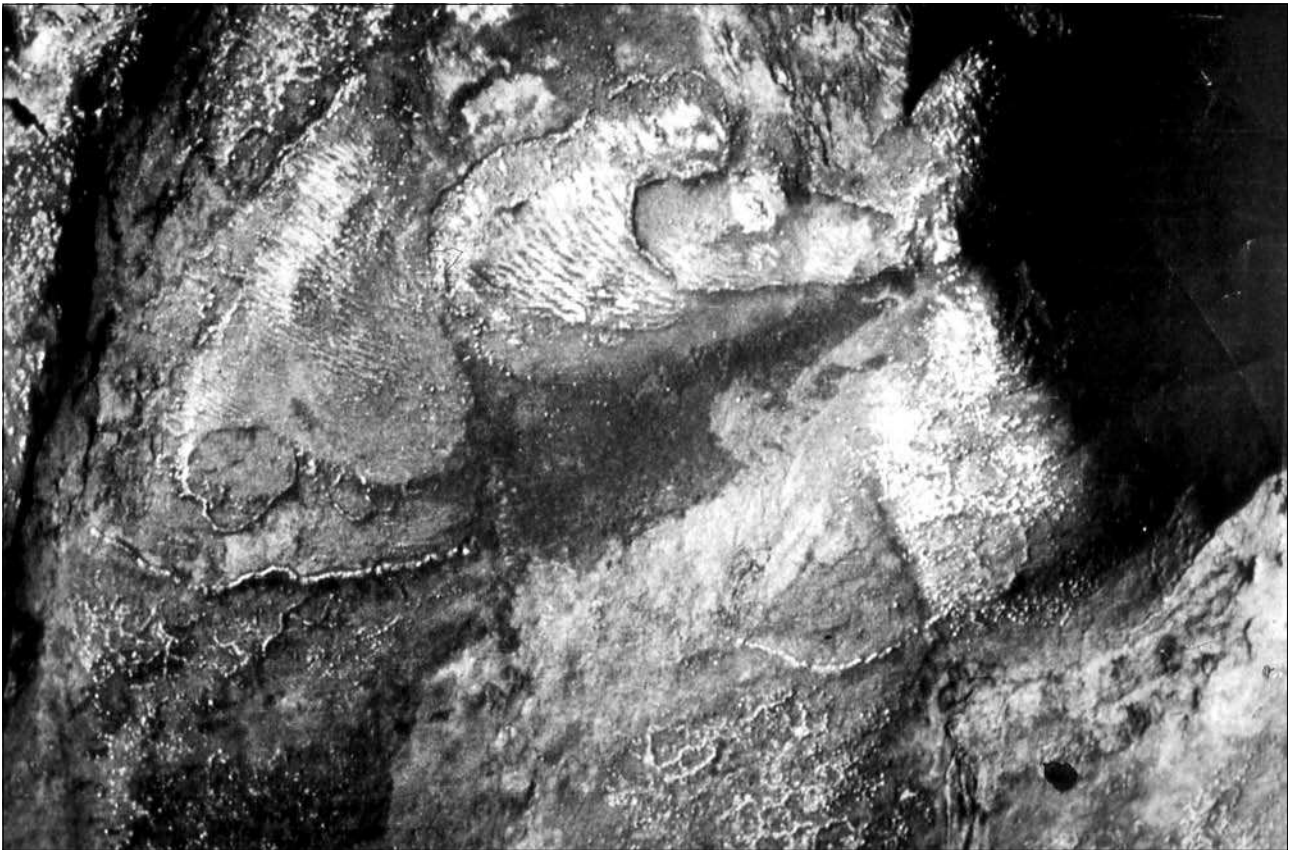


ILLUSTRATION 3.—A vertical aerial view of the highest hill-fort in Scotland, Ben Griam Beg (Sutherland), its outline distorted by active periglacial processes (courtesy: Richard Feachem).



ILLUSTRATION 4.—The complete removal of the fort at Broxmouth, East Lothian, Scotland to obtain the underlying limestone was preceded by a substantial excavation (Hill, P. H. 1982) (author).

## 5. THE NATURE OF THE DEFENCE

As was mentioned above, much of the effort that has been devoted to classifying hill- and promontory-forts has been based on a consideration of their enclosing walls and ramparts. Excavating these, especially the more substantial examples, can represent substantial undertakings, effectively significant pieces of archaeological engineering. Over the years, driven by the realization that comprehension of the rampart architecture was best advanced not only by examining vertical sections, but also by dissecting the wall components in plan, and fuelled latterly by much more stringent health-and-safety requirements, rampart cuttings have tended to become wider; and as they have done so the number of variants on the architectural detail of these features has increased (Cunliffe 2004; cf. Ralston 1995).

This is not the place to attempt to describe these structural arrangements exhaustively, but the broad lines of the alternative schemes available can be rehearsed. Any such discussion needs to be prefaced by two points. First, although archaeologists today, studying sites which have been abandoned for the better part of two millennia if not longer, tend to consider the defences they examine as finished schemes, in all likelihood many were 'works in progress', their plans being modified piecemeal by their original builders as work was taken forward and resources to extend, modify and improve them became available. Second, many of the architectural arrangements of which idealised schemes are presented in the literature, were in effect locally and frequently modified as a result of the availability of materials, of particular topographic problems that required site-specific solutions, of the working preferences of different gangs of labourers and similar considerations. Although Late Iron Age – in British terms 'Early Historic' – sources intimate that specialist fort-builders existed (e.g. Graham 1951), most wall-building in earlier centuries was probably undertaken essentially by local labour, probably as one element of a network of social and political obligations. Considerable variability in aptitudes and expertise, not to mention willingness, on the part of the builders is thus to be expected, with some enclosing works thus appearing to have been considerably better built – and perhaps also better maintained- than others. It is thus worth emphasising that, whilst building hill-fort enclosures certainly demanded substantial expenditures of labour and resources, maintaining them in Britain's climate could also have been demanding. It is the natural tendency for ditches to silt up and some ancillary features, such as counterscarp banks set on their outer margins, may have been the product of the cleaning of ditches. In some instances, newly built enclosures must have made very apparent visual statements in the landscape, perhaps especially in areas where the predominant construction material was freshly quarried

white chalk. In sum, the acts of building and maintaining these walls, ramparts and ditches, were probably often visible to people beyond the immediate ambit of the sites concerned.

In essence, however, three main styles of enclosure were preferred in the British Isles (as indeed, in different proportions, was the case in much of temperate Europe cf Hawkes 1971; Ralston 2006). Of these, the simplest is the palisade or stockade, essentially a wooden fence generally made earthfast in post-holes or in a slot dug into subsoil and fitted with chocking stones (Illus 5). The usual assumption is that such works did not have raised fighting platforms for the defenders. Palisades can be chronologically early in the later prehistoric sequence, and have a tendency to be related to the smaller sites in area terms but, taking the evidence from Britain as a whole, there are numerous exceptions to both of these pronouncements.

The second major series is marked by vertically- or near-vertically-fronted walls, sometimes termed 'wall-and-fill ramparts' e.g. by Avery (1993). These may be fronted by a ditch, but not all examples are. The major characteristic of these structures is that the external view of the wall –that confronting any attacker– is of a vertical face. At their simplest and least sturdy, such walls may have been substantially timber-built, and are now marked by the negative traces of the timbers formerly set into their front and rear revetments (Illus 6). In many instances it is in fact very difficult to distinguish between these and two close-set, but independent, palisades (see Illus 9), and the hypothesis of the narrow 'box rampart' (as such structures are normally termed in England) assumes that wooden bracing to tie front and rear faces as well as infilling material formerly existed, but the horizontal cross-pieces which would have been required to give the wall-faces stability no longer survive in the archaeological record. Other wall-and-fill ramparts are however much more massively-built, and perhaps culminate in structural terms in the reinforced constructions with multiple internal wall-faces, built in the murus duplex style, as at Worlebury in Somerset (Illus 7; Dymond 1902; Ralston 1995). The stone-built wall-faces, sometimes interspersed with vertical timbers, are universally of dry-stone, always constructed without the use of mortar.

Imposing as some of these structures are, it can be argued that the apogee of British dry-stone architecture in the Iron Age is not to be found in any of the styles of hill-fort defences, although these are the most labour-demanding engineering works of that date that we know, but in the Complex Atlantic Roundhouses or broch towers of the Atlantic west and Far North of Scotland (Armit 2003). These buildings, at the cusp between miniaturised and aberrant fortifications on the one hand, and aggrandized homes on the other, cannot be considered here, but need to be borne in mind as another very visible testimony of the dry-stone building skills of Iron Age Britons.





ILLUSTRATION 5.—A palisade slot, with vertical post positions identified by packing stones, under excavation (courtesy: Colvin Greig).



ILLUSTRATION 6.—Post-voids of the rear revetment of the wall-and-fill rampart at Segsbury Camp, Oxfordshire, England (from Lock et al. 2005; copyright: The Hillforts of the Ridgeway Project).

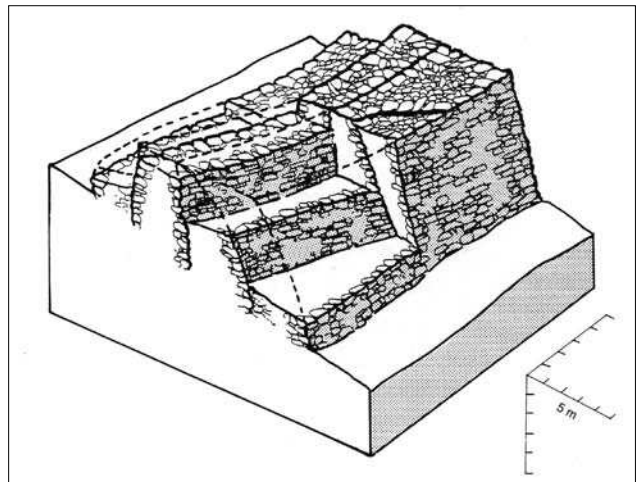


ILLUSTRATION 7.—Block diagram of the multiply-faced dry-stone wall of murus duplex type at Worlebury, Somerset, England (drawn by Gordon Thomas).

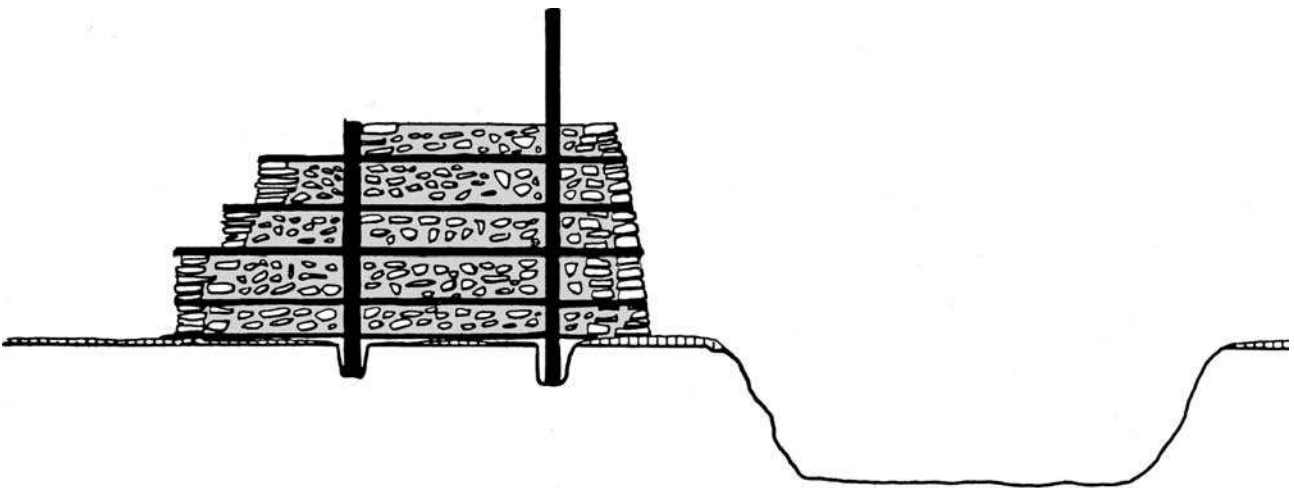


ILLUSTRATION 8.—Reconstruction of the elaborate timber-lacing within the wall at Crickley Hill, Gloucestershire, England (author after Dixon 1994).

Timber-framing and -lacing in a variety of styles are frequently encountered in wall-and-fill ramparts. As has been mentioned, the earliest instances in southern Britain are the timber 'box ramparts', whereas further north the sequence is less straightforward, not least because of the radically different, indeed conflicting, dates advanced for vitrified forts (discussed further below) that arise from the application of different analytical techniques. Such 'box ramparts' continued to be built in the South for several centuries into the Iron Age. In the other main series of forts including a timber component, the key wooden elements are laid longitudinally and transversally within the core, effectively forming an internal horizontal framework which contributes to the retention and stabilisation of the core materials. Such internal timber-lacing is most readily recovered archaeologically when it has been carbonised, and cases are widely distributed across the country, although they are most frequent in the North. In a few instances, notably at Crickley Hill, Gloucestershire (Dixon 1994), the timberwork within a wall-and-fill rampart can be particularly elaborate: here the transversals run from the battered outer stone-built face through the core to its stepped inner face, in this instance accompanied by two rows of vertical timbers that run through the core, the outer being postulated to form the breastwork at the wall-head (Illus 8).

In instances where such internal horizontal timber frameworks have been ignited, the temperatures attained in the core of the wall can be sufficient—generally in excess of 1000 degrees Celsius, although varying by rock type—to bring about profound and permanent changes to the stonework. The outcome in areas of suitable geology are the 'vitrified forts', although the degree to which individual sites within this extensive series—approximately 100 possible examples are claimed—exhibit the heat-related alterations is very variable. In the softer geologies of southern Britain the impact of firing the timber framework can be to calcinate the wall cores. Debate as to whether vitrification is a constructional technique, or the outcome of the destruction by fire of individual sites has continued for over two centuries, but the bulk of the available British evidence (discussed further below) combines to suggest that vitrified walls here are the outcome of the destruction of timber-laced walls. Because of the substantial temperatures attained during their firing, such walls have been candidates for dating by thermoluminescence and archaeomagnetism as well as by conventional radiocarbon measurement. The results of the first of these techniques appears to have provided an unacceptably-wide date range for some typologically-similar sites (from the end of the Neolithic into the Early Historic period), and the other techniques indicate that such forts were built, and then destroyed by fire, from a time relatively early within the first millennium BC until well into the succeeding millennium, especially in the north of the country.

In contrast to neighbouring areas of continental Europe however, none of the British timber-laced walls datable to the pre-Roman Iron Age has its successive layers of timberwork held in place by substantial iron spikes augured into position, as is the case in the *muri gallici* of Gaul. This technique does appear in mainland Britain, although only in the North (and there rarely), and not until well into the first millennium AD (Alcock 2003; Ralston 2004). The reappearance of this particular use of iron is a salutary reminder of the possibilities of independent invention.

If amongst the wall-and-fill ramparts those with a wooden component have tended to attract the most archaeological attention, it should also be remarked that in some areas of the country simple dry-stone walls, with rubble hearting, were also built. A major advantage of these is that they might prove to be much more durable, and less demanding in terms of upkeep, than those containing timberwork, which would be prone to decay. In some parts of the country, for example of either side of the Anglo-Scottish Border, such walls may also have been a response to the decreasing availability of local timber for such purposes. Here pollen analysis points to the substantial removal of woodland from some parts of the countryside in the centuries around 300 B.C. (Armit and Ralston 2002).

The final main series of enclosures to be considered are glacia-fronted banks consisting of simple dumps of material. A key difference between these and those discussed previously is that the external face was designed from the outset to be sloping, rather than vertical. Such banks are generally fronted by ditches and can be found singly, paired, or indeed in elaborate multivallate systems, as in the iconic Maiden Castle discussed above. Compared to the walls, such banks have attracted relatively little attention as structures, although Michael Avery has usefully discussed the engineering principles impacting on these works (1993, 51-61). He makes a fundamental distinction between 'high' and 'low' dumps, the former generally still exceeding 3.5 m in height and perhaps originally at least 4 m and exceptionally 7 m high. These appear normally to have been fronted by deep ditches, from where the bulk of the material used to construct them was normally won. High dump ramparts had, it is argued, symmetrical transversal profiles, whereas their smaller counterparts, the low dumps—generally some 2.5m high—had an asymmetrical profile, with a shallower rear slope and a steeper external one. In some instances these latter amount in effect to an external near-vertical face against which was banked a dump of material. Low dumps seem to have been built in a wider range of geological circumstances than high dumps and include constructional materials such as sand that others avoided. Dump ramparts are frequently, but far from exclusively, used as refurbishments of, or replacements for, decayed walls (Illus 9), or indeed earlier banks; and there is a general tendency for the



ILLUSTRATION 9.—Post-holes of the phase 1 box rampart covered by the phase 2 dump rampart at Uffington Castle, Oxfordshire, England (from Miles et al 2003; copyright Oxford Archaeology).

most sizeable examples —called ‘Extra High’ by Avery (1993, 54)— to be amongst the latest built. Both low and high dumps, the latter usually found in multiple numbers, can be argued to correlate with sling warfare, the latter in particular providing elevated fighting platforms for the defenders.

Whilst it is possible to propose a general evolution in terms of enclosure styles from fence to vertical-faced wall to dumped bank, and that sequence is apparent in some sites, there are also notable exceptions. These latter suggest that the selection of defensive styles for new works was contingent on a raft of local considerations, as much as on particular military considerations. In south-east Scotland, for example, the classic sequence described above was recovered in excavation at Hownam Rings in Roxburghshire, and was thereafter used to hypothesise the sequence of defences on the regional scale (Piggott, C. M. 1948; Piggott, S. 1966; Armit and Ralston 2003, fig. 10.4). But the major excavations at Broxmouth, East Lothian, revealed an altogether more varied sequence, with phases where the site was more extensive and more heavily defended alternating with others where different conditions prevailed (Hill, P. H. 1982). Another variation on this pattern is discernable in the successive phases of de-

fences constructed at the Brown Caterthun in Angus during the last half millennium B.C., in this case on a site which generally seems to increase in size through time (Dunwell and Strachan, forthcoming).

It is suggested above that the earthworks of many forts may represent works-in-progress, subject to remedial repair and recurrent improvement, but this is often difficult formally to demonstrate from relatively limited excavation. Contrastingly, there are some forts where their unfinished character is very plain and, although it can be difficult to identify the cause of their abandonment in this condition, the surviving remains offer numerous insights into the processes of construction. The classic British site remains Ladle Hill, in Hampshire (Piggott, S. 1931). Here can be distinguished evidence for an initial marking-out of the site, for gang-work by different labour squads, and for the stockpiling of the less satisfactory upper chalk from the ditch. This last-mentioned material is believed to have been intended for re-use in the core of the wall of the enclosure once better-quality building material from which the revetments could be constructed had been extracted at greater depth within the ditch (Illus 10).

Amongst supplementary defensive works identified in association with British and Irish hill-forts are the ranks of serried upright stones, termed *chevaux-de-frise*, and the equivalent of the *pedras hincadas* of Spanish terminology. Despite the proposition that the widely-distributed lithic examples ought to have timber equivalents, the only example of the latter that has yet been detected (by the late Peter Gelling) consists of some five links of inclined posts outside the stone-faced inner turf bank on the summit of South Barrule on the Isle

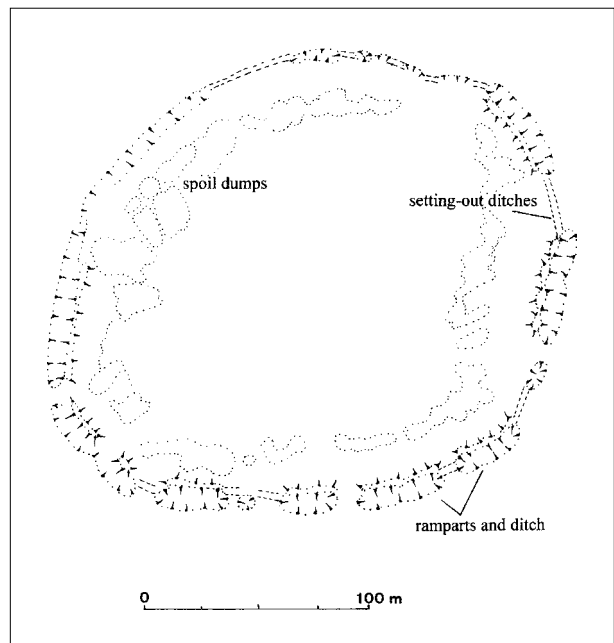


ILLUSTRATION 10.—Simplified plan of the unfinished fort at Ladle Hill, Hampshire, England (drawn by Samantha Dennis after Piggott, S. 1931).

of Man. The known insular stone-built examples have an odd distribution in a number of ways. As in Iberia, several are located on sites positioned well away from the coast, diminishing the prevailing 'Atlantic' character of the distribution, although others —as spectacularly at Dun Aonghasa on the Aran Islands off the Atlantic coast of Ireland— are better placed for the western seaways. Dating remains difficult, although important recent information has been recovered from Castell Henllys in Pembrokeshire, west Wales (Mytum 1999). In this substantially-excavated site, the surviving remnants of a *chevaux-de-frise* were encountered under the later outer bank of this well-dated and apparently short-lived fort (Illus 11). An extensive series of radiocarbon dates suggest that it had a relatively brief floruit of perhaps two centuries in the Middle Iron Age, and the assumption must be that the *chevaux-de-frise* belongs early in that span. In this instance, it is possible that the *chevaux-de-frise* fronted a palisade line.

## 6. ENTRANCES AND THEIR INTERPRETATION

As points of weakness in any defensive circuit, and positions thus likely to reveal sequential evidence of construction, use and repair, destruction and abandonment, entranceways into hill-forts have long been of particular interest to students of hill-forts. In temperate European terms, southern British forts, particularly examples built during developed stages of the Iron Age, offer some of the more complex architectural solutions to the problem of permitting access to their interiors, while at the same time making the position defensible. Whilst some entranceways are simply gaps in the enclosing circuit, in other instances very considerable elaborations have been erected.

These include devices to prolong the time defenders have a height advantage over aggressors, by turning the ramparts inward to flank a corridor with the gate position at the inner end; and the construction of forecourts or barbicans, which can themselves be gated. The major entrance excavated by Philip Dixon at Crickley Hill, Gloucestershire attributable to that site's Period 3b exemplifies the latter series (Dixon 1994); there, moreover, attackers who have penetrated the outer barbican would have had their right (and thus unprotected) sides exposed to defenders on the inner wall-head (Illus 12). In terms of the inturned corridor style of entrance, Avery (1986, 1993) has proposed that, through time, for southern Britain these tend to be characterised by decreasing amounts of exposed —and thus inflammable— wood, as a response to an assault strategy based on launching stones to dislodge defenders, followed by attempts to rush and then to set fire to the gate itself.

Hill-fort gates in Britain reach their apogee in the elaborate arrangements encountered in the final build

of Maiden Castle, Dorset (Wheeler 1943) and in the last version of the eastern gate at Danebury (Cunliffe 1984, 25-42; 1995), where complex defensive arrangements have been put in place both to draw attackers away from the correct access, and to maximise the distance over which slingsmen mounted at the command position and elsewhere on the defences would directly dominate the assault party (Illus 13). In the British Isles however, the device of adding towers to defensive circuits, particularly adjacent to gate positions, does not seem to be recorded, with rare exceptions. One possibility occurs at Crickley Hill, where a series of detached four-post structures runs some 5m inside, and parallel to, the principal fortification adjacent to the excavated Period 2 gate (Dixon 1994, ills 175 and 180). These could indeed be the foundations for a series of independent if rather closely-spaced towers, but other possibilities cannot be eliminated. Another feature encountered, albeit relatively rarely, at some entranceways in southern Britain and the Welsh Marches is the addition of 'guard chambers' (*cuerpos de guardia*), either rectilinear or —less commonly— semi-circular in plan, placed in the sides of the entrance passage.

These are generally paired, but single examples do occur (Illus 14). In most cases such cells are set just inside the most likely line for the double-leaved gates, and it is assumed that they once held a small detachment of men who could oversee traffic through the entranceway and, when necessary, shut the gates in quick order. But their interpretation is not altogether straightforward, with occasional examples being found —as again at Maiden Castle— outside the gates. It is also noteworthy that forts which do display these features do not do so at every entrance, nor in each remodelling of the defences. Their function as strictly defensive is thus questionable (Bowden 2006).

While we have stressed here some aspects of entranceway design which may have hindered attacks or facilitated surveillance of incoming and outgoing traffic, it should be stressed that some gates intimate that other considerations were uppermost in the minds of their designers. In southern Britain, for example, early hill-forts frequently have their entrances aligned east and west, suggesting cosmological concerns were more significant than maximising topographic advantage for reasons of defence.

At the other extreme, some sites —hill-forts to the extent that they are enclosed by multiple circuits of walling and occupy summits— are interrupted by far more entranceways than makes sense in defensive terms. At the Brown Caterthun, in Angus, for example, most of the circuits are punctuated by nine entranceways (Dunwell and Strachan, forthcoming); and examination of a few of these by excavation suggests that the detail of their gateway architecture was designed to ease, rather than impede, access. It is none the less unlikely that admission to the site was not controlled in some way.



ILLUSTRATION 11.—The *chevaux-de-frise* identified under the outer fortification at Castel Henllys, Pembrokeshire, Wales (courtesy: Harold Mytum).

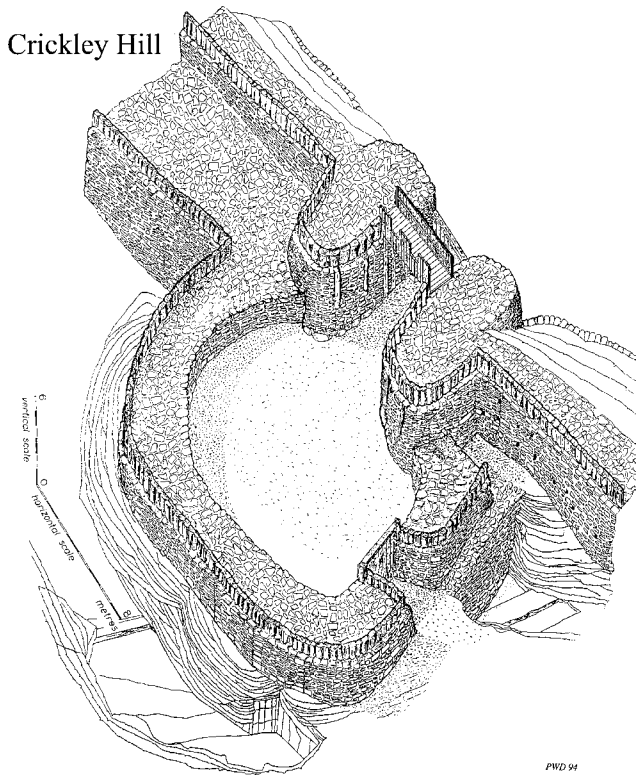


ILLUSTRATION 12.—The elaborate Period 3b gate at Crickley Hill (after Dixon 1994; courtesy: Philip Dixon).

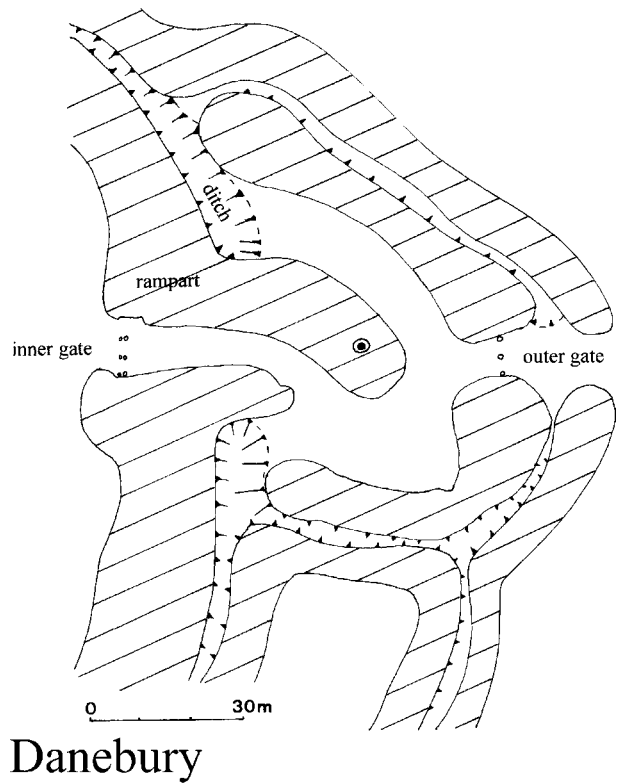


ILLUSTRATION 13.—The late (Phase E) eastern gate at Danebury, Hampshire, England (redrawn by Samantha Dennis after Cunliffe).

The usual assumption is that entrances, other than very narrow examples, consisted of hinged, generally double-leaved, wooden gates, usually opening inwards except in cases where the position of the entrance on a slope would have precluded this. Entrance passages are generally narrow, and some show signs of a constriction at the most likely position for a gate. Evidence of iron or other gate fittings is mantime in short supply, although for example elements were recovered at the south-western gate at South Cadbury, Somerset (Alcock 1972, plates 36 and 37; Woodward 2000). Other means of blocking entrances have however been proposed, including Avery's ingenious suggestion of a 'piece-gate' — a pre-built framework of interlocking timbers that could be assembled in position as and when the need arose to provide a rigid defence (1993, fig. 130: Illus 15). But other, even more informal, arrangements need not be discounted: Caesar (*de Bello Gallico* V, 9) noted that the entrances to one of the defended sites he encountered in south-east England in 54 BC had simply been blocked by placing felled trees across them.

#### 7. HILL-FORTS AND THEIR SURROUNDINGS

Another topic of interest in recent years has been the issue of how hill-forts and their lines of enclosure are set into the landscapes of Britain. Again, as with so many issues, there are many and varying strands of evidence, and only a small selection can be presented here (cf. Bowden and McOmish 1987; 1989; Collis 1996). Furthermore, the idea of boundaries re-

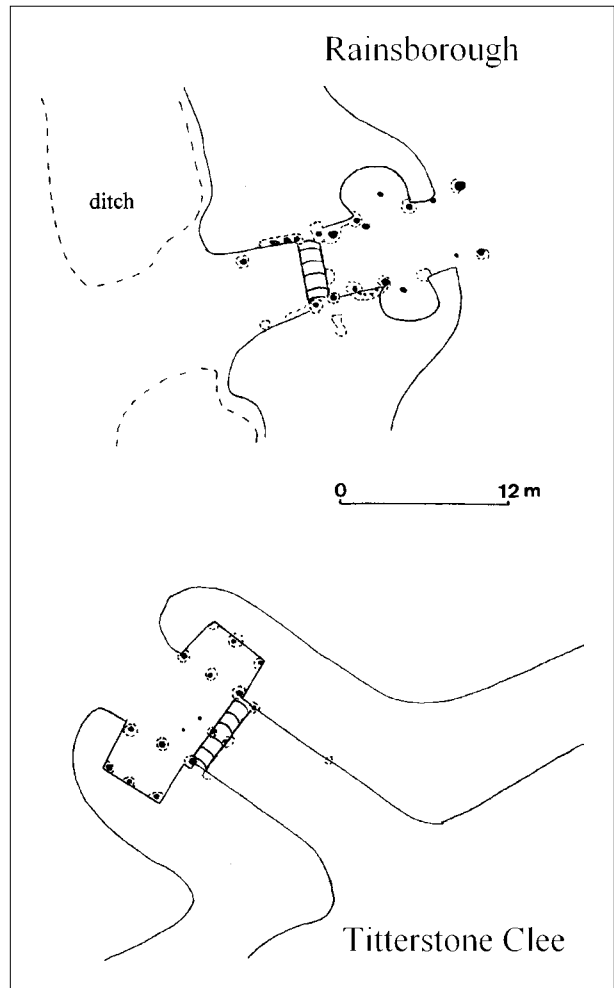


ILLUSTRATION 14.—Plans of entrances with so-called 'guard chambers' in southern British hill-forts: Rainsborough (Northamptonshire) and Titterstone Cleve (Shropshire) (drawn by Samantha Dennis).

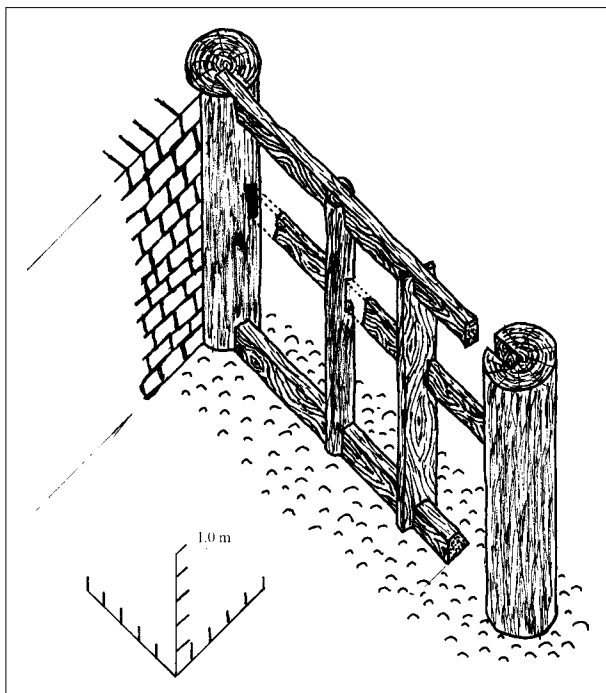


ILLUSTRATION 15.—A piece-gate as envisaged by Michael Avery (drawn by Jem Heinemeier).

mains central to hypotheses about Iron Age landscapes, so that more and challenging archaeological interpretations of this kind of evidence can be anticipated in future.

One matter that has attracted attention is the question of how visible hill-fort interiors were from the neighbouring landscape, and vice versa. If military considerations were uppermost in the laying out of any defensive line, it might be suggested that this would be positioned at the 'military crest' — the position at which unsighted areas close to, but outside, the defence are kept at a minimum. From such a pragmatic perspective, enclosure lines might also be sited, so far as possible, to conceal the number and disposition of defensive forces within any given hill-fort from people in its immediate vicinity. In fact, across the hill-forts in Britain, there is very considerable variation: some defensive lines are set well down hill slopes, such that hill-fort interiors (and the events unfolding there) would have been readily appreciated by watchers in the vicinity, even if they were excluded from direct participation, whereas in other examples the rampart or wall

is positioned well up slope, thereby obscuring entirely the site's internal arrangements from the eyes of neighbours, whether or not they were hostile in intention (Illus 16). Well-preserved examples of the gateless oblong timber-laced and thus sometimes vitrified forts of North-East Scotland, notably the White Caterthun in Angus, perhaps provide the clearest examples of this. This series very much appears intended to exclude visitors, both directly in terms of the question of access, but also visually (Illus 17).

Similar questions can, however, be tackled at a variety of scales. Particularly interesting work has been undertaken by Sue Hamilton and John Manley (2001) on the hill-forts of south-eastern England. On the one hand, they have examined the issue of the visibility of areas of a hill-fort interior in detail in the case of the Caburn in Sussex, and are thus able to suggest that areas within this important fort of the South Downs that were selected to receive special deposits — weapons, human remains of unusual collections of objects— were ones that were preferentially visible from much of the hill-fort interior. Contrastingly, considering the hill-forts of south-eastern England as a whole, they were able to suggest differences through time with regard to how visually significant sites were in those landscapes. They were able to hypothesise that, as the Iron Age progressed, the apparent need for hill-forts to be readily seen from, or to oversee, an extensive surrounding territory declined.

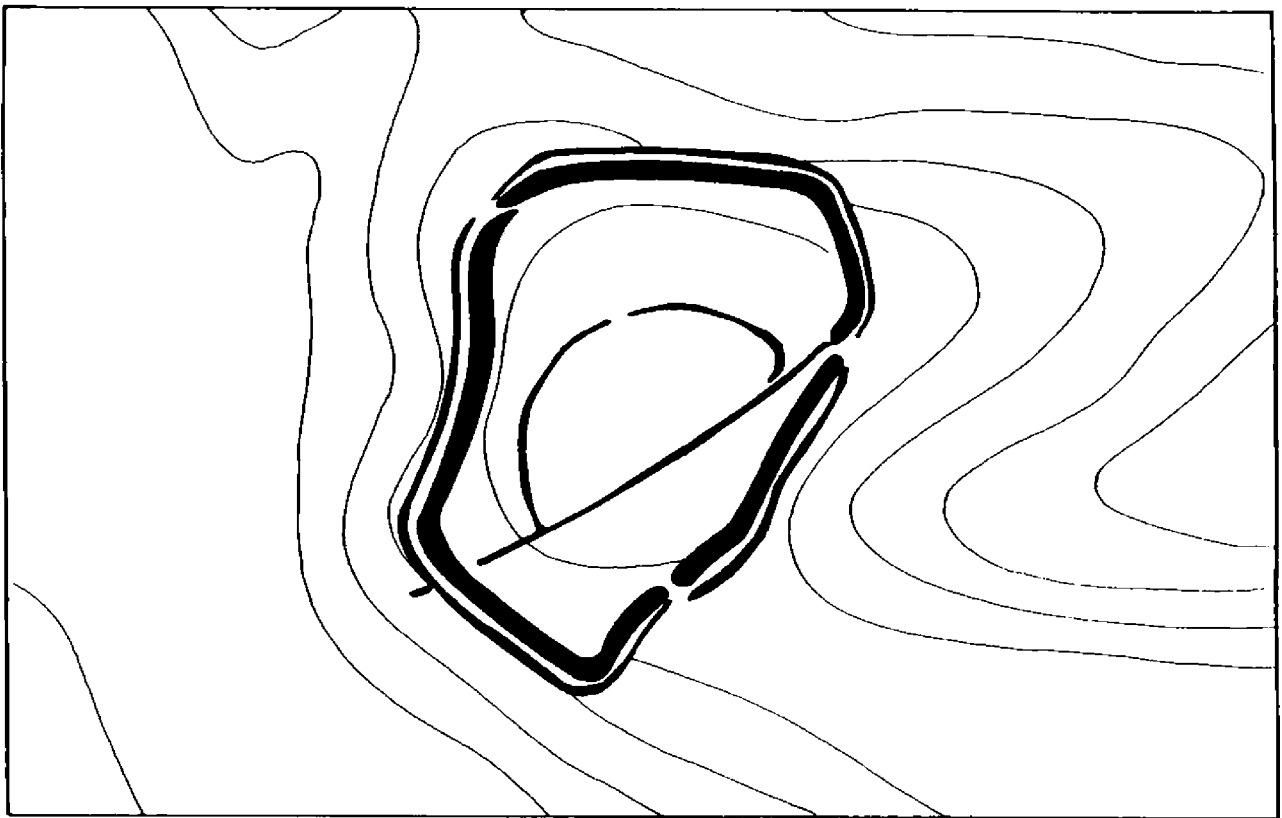
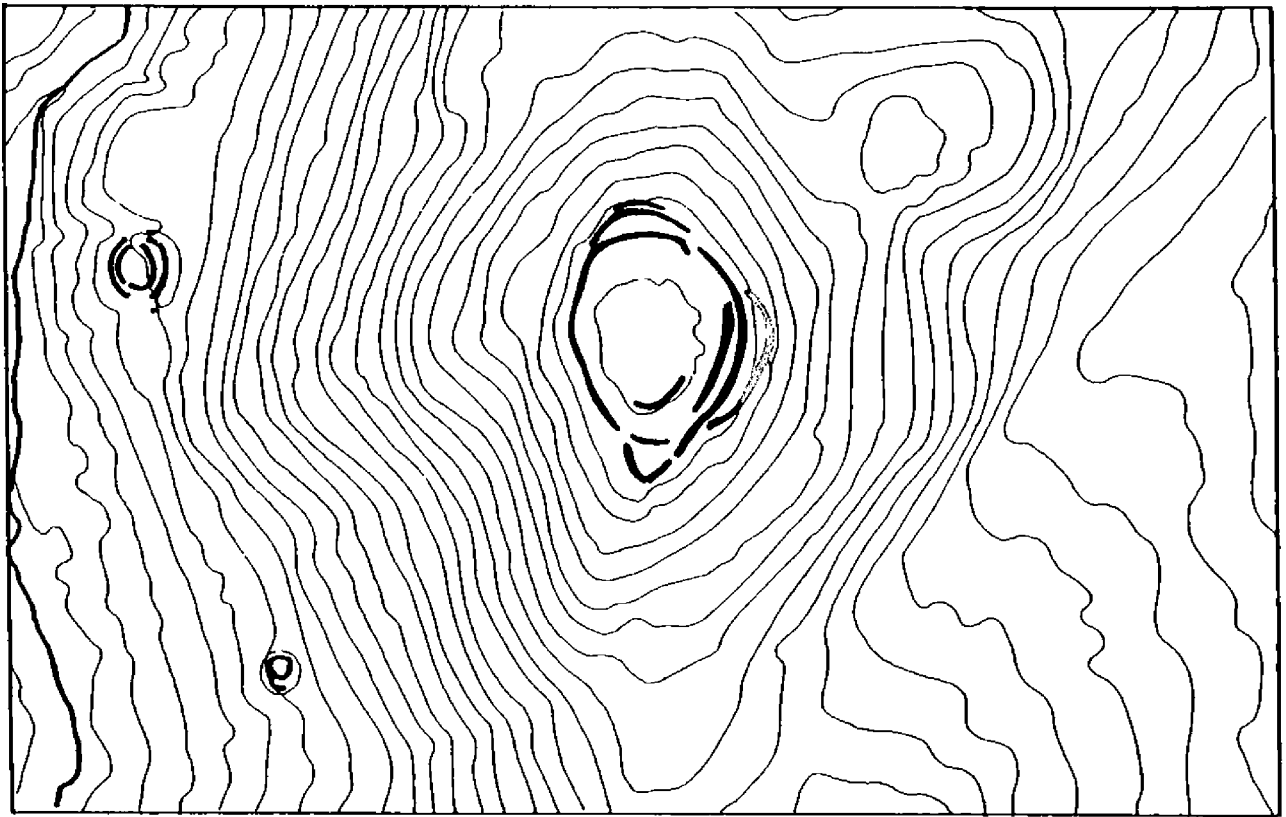
Assessments of the settings of hill-forts within the landscape have also had a more economic focus, in which the productivity of the surrounding countryside in terms of a range of resources has been taken into consideration. Such a perspective has perhaps been developed most fully in the case of the Hampshire hill-fort of Danebury, which has been excavated on a very substantial scale by Professor Cunliffe and his collaborators. The accumulated evidence shows incontrovertibly that Danebury had a long period of use and modification, that it drew on resources and materials, both primary and secondary, from its immediate surroundings and further afield, and that for considerable periods it seems to have been equipped —whether with large underground pits, or with above-ground four-poster granaries— for storage on a substantial scale. What has proved to be rather more contentious is the degree to which the evidence from Danebury is quantitatively or qualitatively different from that recovered at coeval smaller sites in the vicinity, and thus, by extension, the degree to which the hill-fort served as a central place, into which the resources of the neighbourhood were ingathered prior to redistribution. This issue, further explored in the Danebury Environs Project, cannot be pursued here, although the central concern that it highlighted —the extent to which hill-forts cannot be understood independent of their contemporary social, economic and other hinterlands— remains of major significance.

An extension of this has been to consider why hill-forts emerged where they did in the landscape. This has necessarily directed attention at preceding arrangements at these locations. In parts of southern Britain, for example, it can be shown that individual hill-forts seem to be set at the inter-sections of major land boundaries, consisting of banks and adjacent ditches, of later Bronze Age date. Uffington Castle, in the Berkshire Downs of southern England, and adjacent to the famous hill-figure of the White Horse, falls into this category. Although marked by two separate phases of enclosure, done in very different architectural styles (see Illus 9), Uffington Castle never seems to have been densely settled (Miles et al. 2003). Its excavators, Professors Gosden and Lock of Oxford University, argue that it may have served primarily as a temporary meeting place. Contrastingly, at Sidbury, Wiltshire, the series of major banks emanating from the hill-fort overlies earlier, Bronze Age, series of Celtic field boundaries; in this and similar cases it has been proposed that hill-forts emerge as part of evolving systems of livestock management (e.g. Fowler 1983).

By the end of the pre-Roman Iron Age, in the south of Britain, the possible ambivalence between settlement and territorial boundaries is taken a stage further in the enclosures of some of the major 'territorial oppida'. In some cases, as at Camulodunum (Colchester, Essex), or Chichester (Sussex), their plans look substantially different from those of the continental series of oppida with which they are sometimes compared. In some instances, too, their history of construction and use is more complex than initial work at them indicated: this is certainly the case at the most northerly example, Stanwick (Haselgrove et al 1990; Welfare et al. 1990; cf. Wheeler 1954). In contrast, too, to the largest of the continental oppida, their immense size is not so directly dictated by the decision to enclose a bloc of upland, as at the Heidengraben in south-western Germany or an interfluvium, as at Villejoubert in Limousin. The English examples can be even more substantial: perhaps most massive in the case of Grim's Ditch in north Oxfordshire, located close to the likely tribal boundary between the Dobunni and their neighbours. Several such sites are perhaps more readily explained as enclosed estates, containing relatively few and localised small-scale settlement nodes, rather than functioning as proto-towns in the continental style.

## 8. SYMBOLISM IN ENCLOSURE CIRCUITS

It is reasonable to assume that, as both major engineering tasks and the most extensive indicators of communal effort to have survived from the Iron Age record, hill-fort defences may well have had a symbolic dimension to them. Such a consideration can of course be advanced whether or not it is accepted that these works also had a seemingly more straight-for-



500 m



ILLUSTRATION 16.—Contrasting positions for enclosing earthworks around the hill-forts of White Meldon, Peeblesshire, Scotland and Scratchbury, Wiltshire, England (drawn by Gordon Thomas).



ward, military function. Inevitably, since it is difficult to devise an archaeological excavation strategy for ramparts and ditches deliberately to recover evidence for practices that seem avowedly ritual, the evidence that we have has emerged in a rather piecemeal, almost serendipitous, fashion. That said, some patterns are clearly detectable in the accumulating evidence; and, as with other aspects of fortifications, several of these are regional in character (Buchenschutz and Ralston forthcoming).

In southern Britain, amongst the most telling evidence is that catalogued and considered by Richard Hingley (1990). This concerns the distribution of the semi-worked ingots of iron termed 'currency bars'. Including some of the most substantial hoards of these items, they have regularly been recovered in or near hill-fort defences, but only in a zone extending over south-central England. Often they are found in what appear to be secondary relationships to ramparts or walls, and they can occur on their own or, as at Madmarston in Oxfordshire, associated with other items including a shaft-hole axe and a sickle, here recovered under the tail of the rampart (Fowler 1960: Illus 18). The depositing of iron in northern temperate Europe in the ground in this way seems devoid of practical purpose, the more so since —unlike for example in the *muri gallici* found surrounding late Iron Age oppida in west-central Europe c. 100 B. C.— there is absolutely no tradition of using iron in a functional way within prehistoric British timber-laced or timber-framed walls.

A second issue of concern is the recovery of human remains directly associated with hill-fort defences, considered above in relation to warfare. In some instances, this may simply represent the informal disposal of a worker (of either sex) who died during the process of building the wall; a case in point, to cite a well-known example, might be burial T18 encountered in Wheeler's campaigns at Maiden Castle (Wheeler 1943). But in other instances such a prosaic explanation seems less than adequate. Olivier Buchenschutz and I have recently rehearsed evidence from a number of British sites as part of a more general review (Buchenschutz and Ralston, forthcoming), but examples of the kinds of cases which attract attention may be cited. For example, in southern Britain, the outer earthwork built below the western gate into Hod Hill, Dorset seems deliberately to have run over the rubble mound still marking a tightly-flexed female burial (Richmond 1968, fig 10a). Contrastingly, at the small-scale excavation of an entrance at the early lightly-defended hill-top enclosure at Harting Beacon in Sussex, a human skull was recovered from the fill at one of the ditch terminals which edged the entrance to the site. Skulls are known from around the entrance-ways into a number of southern British forts, including in guard chambers (Bowden 2006), and some may clearly have once formed trophies at the gates, and only second-

arily ended up in ditches (as e.g. at Stanwick in Yorkshire; Wheeler 1954).

At Harting Beacon, however, distinctly odder practices are attested. In this instance teeth removed from the aforementioned skull were recovered from two of the post-holes which supported the gate itself, suggesting an altogether different depositional history.

Nor do such deposits necessarily consist uniquely of human remains. Amongst the most interesting of cases is that of Blewburton Hill in the Berkshire Downs, where excavation at the western gate, undertaken successively by A. E. P. Collins and then Professor Dennis Harding (Collins 1953; Harding 1976; Avery 1993, vol. 2, 33), revealed a number of deposits of complete ponies, a slightly disturbed red deer skeleton, a horse and a bovine skull and fragments of a small child, most but not all seemingly associated with accumulating deposits as the gate was either slighted or progressively went out of use. Even more extraordinarily, in a cutting of the western ditch of the same site, Collins recovered evidence of the secondary insertion into the ditch fills there of a dog, underlying a horse and its rider, the later apparently astride the horse at the moment of deposition. This is one of the rare associations of horses and riders in the Iron Age record from western Europe: even at the astonishing new deposits of horses and riders outside the promontory fort at Gondole in the Auvergne, central France, horses and men are buried apart.

Evidence of an association between human and animal remains and enclosures continues to be made, although not from all classes of site nor for all periods within the Iron Age. None the less, discoveries are sufficiently often revealed to indicate that the instances we know are not exceptional occurrences. Amongst relatively recent finds, for example, ditch cuttings at the most low-lying of forts have in two instances produced human remains: a child's skull, split by a sword blow, came from the external ditch in the case of Stonea Camp in Cambridgeshire (Malim 1992); and two further human skulls are reported from the ditch terminals in the 2003 excavations directed by Robert van de Noort of Exeter University at the 'marsh fort' of Sutton Common in Yorkshire.

Such instances have highlighted anew the fact that at least some of the hill-forts of Iron Age Britain undoubtedly fulfilled a number of roles for the societies they served beyond the purely prosaic ones. Disentangling such evidence is often far from straightforward, with perhaps the classic case still being offered by the complex sequence of events and activities betokened in the accumulated deposits within the south-western entrance at South Cadbury hill-fort, Somerset, excavated by the late Professor Leslie Alcock (Alcock 1972; Barrett et al. 2000). Here, the understanding of a complex suite of evidence, including elements of gate furniture, discarded jewellery, weaponry, and partial articulated elements of human skeletons derived from



ILLUSTRATION 17.—Aerial view of the earthworks at the White Caterthun, Angus, Scotland; the uninterrupted innermost wall surrounds the summit (author).

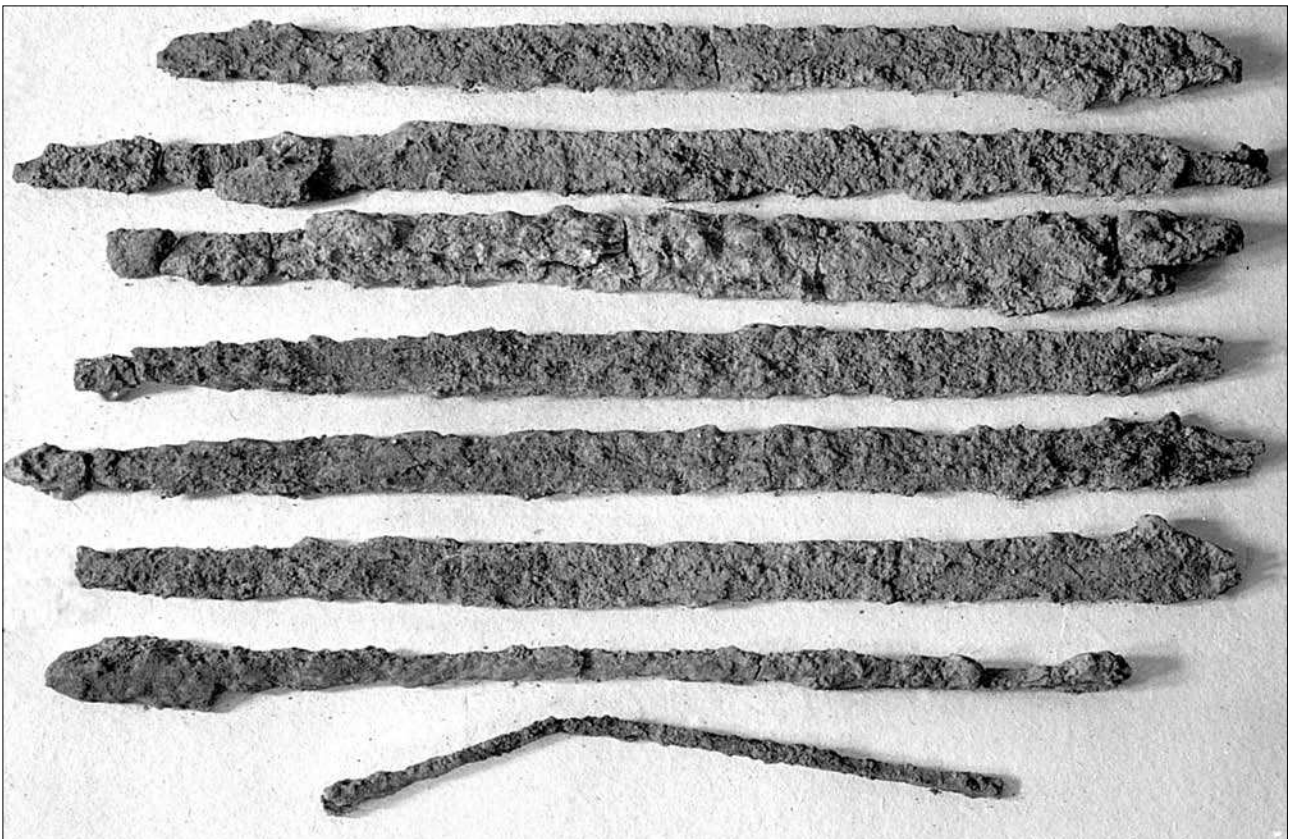


ILLUSTRATION 18.—Semi-worked iron in the form of currency bars found in the tail of the rampart at Madmarston, Oxfordshire (courtesy: Peter Fowler).

a full re-assessment (Barrett et al. 2000, Ch. 4) indeed involves a massacre, as the original excavator imagined, but also residues from a range of other activities, some representing redeposition from an unexcavated area upslope, where a sanctuary akin to those recognised in northern France may have existed. The teasing out of this evidence by Hill and Woodward (2000, 114) provides an excellent example of what future work in the vicinity may be able more thoroughly to demonstrate.

The last substantive question to be tackled here concerns the issue of vitrified forts, now increasingly being discovered in Iberia, and a long-established feature of the British and especially Scottish archaeological records (McHardy 1906; MacKie 1976; Ralston 2006). Vitrified works surrounding forts are here treated separately from the consideration of the architecture of defences to emphasise the fact that the archaeological examination of these sites in Britain overwhelmingly points to the evidence encountered by archaeologists being the result of the generally-deliberate destruction of hill-fort defences, rather than a constructional device practised by the original builders, and meant to strengthen the fortifications against assault by battering rams or other devices. Not considered here are a smaller series of sites, in different geologies such as limestone, where fire has given rise to calcination, although the basic traits encountered have many resemblances.

After some two centuries of claim and counter-claim about these initially-puzzling sites, a few of the key issues concerning these sites that are now tolerably-well, or better-, established can be rehearsed. These are derived from field observation, from excavation, from analytical laboratory work, and from the results of firing full-scale, or near full-scale, replicas. The first is that the amount of vitrified material, and the proportion of the enclosing works that display it, are hugely variable. In many cases the evidence for vitrification is extremely localised and is moreover not located at the most accessible parts of a wall's circuit. In themselves, these observations suggest that, if vitrification is a constructional device, taking into account the number of times it was apparently deployed, it was very frequently a failure. Secondly, despite problems, real or potential, with dating techniques (e.g. the incorporation of old timber in walls and thus faulty radiocarbon dates; or difficulties with conventional thermoluminescence dates derived from samples obtained from within the walls: Sanderson et al. 1988; Gentles 1993; Alexander 2002; Kresten et al. 2003) it is apparent that vitrification is not a chronologically-narrow cultural phenomenon; it occurred over a long timespan embracing both the first millennia B.C. and A.D.. Third, in a number of well-excavated instances, as at Dun Lagaidh in Wester Ross (MacKie 1969; Ralston 2006 ill. 70), vitrified material has been recovered adjacent to, and apparently from the same

constructional phase as, evidence for timber-lacing within the wall; the strong intimation that the former is the result of firing the latter is made all the more likely by the identification elsewhere of the burnt-out casts of wooden elements in the vitrified masses. For the moment, there is no compelling evidence for the addition of any special ingredients—in chemical terms, fluxes—that would have assisted the process, although it is sometimes proposed that the elevated temperatures necessary (in excess of 1000 degrees Celsius, and variable according to rock type) could not have been attained or sustained readily. Some suitable flux material, such as animal bone, may have been incidentally included in the materials used in wall-cores.

It is fair to say that none of the British experimental replications of the burning of timber-laced walls to produce vitrified material has been entirely unproblematic. Early last century, McHardy (1906) encountered a range of difficulties. The most successful experiment in terms of the quantities of vitrified material produced, was that by Professor Gordon Childe and Wallace Thorneycroft at West Plean (Stirlingshire) in the 1930s (Childe and Thorneycroft 1938), but there are persistent rumours that in this instance—during what was clearly fairly unfavourable weather—diesel or a similar fuel was used to get the fire going. In the experiment I was able to conduct on behalf of a television company in 1980, we were restricted in the amount of time the fire could be allowed to continue, before the wall had to be demolished (Ralston 1986) – (Illus 19). What these experiments did none the less demonstrate is that it is possible on a small scale to replicate vitrification, and to then suggest ways in which future experiments might work better. The use of oak for the timber-lacing for example, rather than faster-burning species, would be significant; and also allowing the rebuilt wall to settle and dry out before attempting to ignite it.

Importantly, none the less, it is possible to obtain an impression of what the impact of the process may have been to those who saw it carried out in the past. Experiments show that it is critical that external wind fans the flames in the right direction, essentially to avoid cold air being drawn into the burning wall, thereby lowering internal temperatures. It therefore follows that a wall circuit successfully vitrified over much of its length would have been burnt on a number of occasions, over an extended period of perhaps several days or even weeks, in accordance with local weather conditions. Vitrified walls, where this has been thoroughly achieved, are thus most unlikely to have been the result of conflagrations caused by chance (such as lean-to buildings against the wall's inner margin catching fire and the flames spreading into the wall itself from there) or ignited during the cut and thrust of actual conflict. They are far more probably the product of the systematic destruction of a site after its capture and, the burning walls glowing orange-red against the black



ILLUSTRATION 19.—*Vitrified wall experiment at Aberdeen, 1980 (courtesy: James Livingston).*

night sky as conspicuous examples would have done, the very act of destroying them would have been a very visual demonstration of the power and status of the successful attackers.

If the appearance and characteristics of vitrified forts seem to be substantially related to aggression and destruction, this is far from case with the enclosing works placed around all such enclosed sites. The greatest contrast is perhaps offered by the series of Irish enclosed 'royal' sites of which the most fully explored is Navan in County Armagh, northern Ireland (Waterman and Lynn 1997; Lynn 2003). Despite likely associations with the early first millennium AD Irish literature, almost everything about Navan, the ancient Emain Macha, suggests its *raison d'être* was anything but as a stronghold surrounding a conventional settlement. The external earthwork here is coupled with an internal ditch, the latter certainly dug by the fourth century BC, but conceivably considerably older. Such an arrangement resembles that encountered on earlier, ritual sites such as Neolithic henges and is wholly at odds with a defensive function. Some hill-forts do indeed have internal ditches, but these are normally relatively modest and informal quarry scoops to obtain material for the surrounding bank, and are altogether slighter than the Navan ditch. It can be suggested, not altogether fancifully, that the purpose of the ditch and bank at this site are exactly the opposite of those found elsewhere – they are not meant to

keep attackers at bay, but rather perhaps to stop what was inside the enclosure from leaking out into the surrounding environment. Such a perspective gets added credibility from the extraordinary sequence of structures and associated deposits encountered in the excavated portion of the interior, including the largest circular building (accepting that it was originally roofed) known in the Iron Age of the British Isles but one apparently filled with stones, subsequently burnt down and ultimately incorporated in a turf mound. In citing this example, described by Chris Lynn (2003, 114) as a 'sanctuary ... a container for the spiritual forces that could only be accessed within', I have clearly chosen to go to the opposite end of the interpretative spectrum, but this is purely to emphasise that a single functional explanation is unlikely ever to be satisfactory for all British and Irish hill-forts, given the diversity present within them.

## 9. CONCLUSIONS

In this essay, I have focussed largely on hill-forts, and more particularly their defences, to illustrate something of the variability that is present in the British Iron Age settlement record. Hill-forts are of course more prevalent in some areas of the country than in others and in some phases of the Iron Age than in other centuries. They are variously complemented by more

lightly-defended enclosures and by open settlement, which can include both clusters of timber, or occasionally stone-footed, roundhouses. In some areas, hill-forts are numerically a minor element of the settlement tissue, notably in Atlantic northern Britain where they are complemented by extensive series of 'Complex Atlantic Roundhouses', essentially in the most elaborate instances heavily-walled multi-storied defensible houses. Less-threatened than some other categories of site by the developments which now underpin much archaeological fieldwork in the 'polluter pays' environment of early twenty-first century archaeology in Britain and Ireland, hill-forts none the less retain their importance in any general assessment of the characteristics of insular Iron Age societies.

#### 10. ACKNOWLEDGEMENTS

I am grateful to Peter Fowler (London), Gary Lock (University of Oxford), Harold Mytum (York University) and Simon Palmer (Oxford Archaeology) for providing illustrations, and to Andrew Dunwell (CFA Archaeology, Musselburgh) for his close reading of the text.

#### 11. BIBLIOGRAPHY

- ALCOCK, L., 1972: «*By South Cadbury is that Camelot...*». London: Thames and Hudson.
- ALCOCK, L., 1995: *Cadbury Castle, Somerset: the early medieval archaeology*,. Cardiff: University of Wales Press.
- ALCOCK, L., 2003: *Kings and warriors, craftsmen and priests*,. Edinburgh: Society of Antiquaries of Scotland Monograph Series.
- ALEXANDER, D., 2002: 'An oblong fort at Finavon, Angus: an example on the over-reliance on the appliance of science', in Ballin Smith and Banks, 45-54.
- ARMIT, I., 2003: *Towers in the North*,. Stroud, Gloucestershire: Tempus.
- ARMIT, I. and RALSTON, I., 2002: 'The coming of Iron, 1000 BC – AD 500', in Smout 40-59.
- ARMIT, I. and RALSTON, I., 2003: 'The Iron Age', in Edwards and Ralston, 169-93.
- AVERY, M., 1976: 'Hillforts of the British Isles: a student's introduction' in Harding 1-58.
- AVERY, M., 1986: «'Stoning and firing' at hillfort entrances of southern Britain», *World Archaeology*, 18, 216-230.
- AVERY, M., 1993: *Hillfort defences of southern Britain*,. Oxford: British Archaeological Reports 231. 3 vols.
- BALLIN SMITH, B. and BANKS, I., eds., 2002: *In the shadow of the brochs*,. Stroud: Tempus.
- BARRETT, J. C., FREEMAN, P. W. M and WOODWARD, A., 2000: *Cadbury Castle, Somerset: the later prehistoric and historic archaeology*,. London: English Heritage Archaeological Report 20.
- BOWDEN, M., 2006: '«Guard chambers»: an unquestioned assumption in British Iron Age studies', *Proceedings of the Prehistoric Society*, 72, 423-36.
- BOWDEN, M. and MCOMISH, D., 1987: 'The required barrier', *Scottish Archaeological Review*, 4, 76-84.
- BOWDEN, M. and MCOMISH, D., 1989 'Little boxes: more on hill-forts', *Scottish Archaeological Review*, 6, 12-16.
- BUCHSENSCHUTZ, O. and RALSTON, I., forthcoming: 'Dépôts et fortifications à l'âge du Fer', Association française pour l'Étude de l'Age du Fer, Bienne (Switzerland) – in press.
- CAMPBELL, D., 2003: 'The Roman siege of Burnswark', *Britannia*, 34, 19-33.
- CHAMPION, T. C. and COLLIS, J. R. eds., 1996: *The Iron Age in Britain and Ireland: recent trends*,. Sheffield: J. R. Collis (= *Recent Trends* 4).
- CHILDE, V. G. and THORNEYCROFT, W., 1938: 'The experimental production of the phenomena distinctive of vitrified forts', *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 72, 1937-8, 44-55.
- CLOSE-BROOKS, J., 1986: 'Excavations at Clatchard Craig, Fife', *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 116, 117-84.
- COLLINS, A. E. P., 1953: 'Excavations on Blewburton Hill, 1948 and 1949', *Berkshire Archaeological Journal*, 53, 21-64.
- COLLIS, J. R., 1996: 'Hill-forts, enclosures and boundaries', in Champion and Collis, 87-94.
- CUNLIFFE, B. W., 1984: *Danebury: an Iron Age hillfort in Hampshire. Vol. 1 The excavations 1969-78: The site*,. York: Council for British Archaeology Research Report 52.
- CUNLIFFE, B. W., 1995: *Danebury: an Iron Age hillfort in Hampshire. Vol. 6 A hillfort community in perspective*,. York: Council for British Archaeology Research Report 102.
- CUNLIFFE, B. W., 2005: *Iron Age communities in Britain*,. London: Routledge 4 edn.
- DIXON, P., 1994: *Crickley Hill: the hillfort defences*,. Nottingham: Crickley Hill Trust / University of Nottingham.
- DUNWELL, A. J. and STRACHAN, R., forthcoming: *Excavations at Brown Caterthun and White Caterthun hillforts, Angus 1995-1997*,. Perth: Tayside and Fife Archaeological Monograph Series.
- DYMOND, C. W., 1902: *Worlebury, an ancient stronghold in the County of Somerset*,. Bristol: W. Crofton Hemmons. Rev. edn.
- EDWARDS, K. J. and RALSTON, I., eds., 2003: *Scotland after the Ice Age*,. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- FORDE-JOHNSTON, J., 1976: *Hillforts of the Iron Age in England and Wales*,. Liverpool: Liverpool University Press.
- FOWLER, P. J., 1960: 'Excavations at Madmarston Camp, Swalcliffe 1957-8', *Oxoniensia*, 25, 3-48.

- FOWLER, P. J., 1983: *The farming of prehistoric Britain.*, Cambridge: Cambridge University Press.
- GENTLES, D., 1993: 'Vitrified forts', *Current Archaeology*, 133, 18-20.
- GRAHAM, A., 1951: 'Archaeological gleanings from Dark-Age records', *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 85, 64-91.
- GREEN, M. ed., 1995: *The Celtic World.*, London: Routledge.
- HAMILTON, S. and MANLEY, J., 2001: 'Hillforts, monumentality and place: a chronological and topographic review of first millennium BC hill-forts of south-east England', *European Journal of Archaeology*, 4, 7-42.
- HANSON, W. S. and SLATER, E. A. eds., 1991: *Scottish archaeology: new perceptions.*, Aberdeen: Aberdeen University Press.
- HARDING, D. W., 1976: 'Blewburton Hill, Berkshire: re-excavation and reappraisal', in Harding, 133-46.
- HARDING, D. W. ed., 1976: *Hillforts: later prehistoric earthworks in Britain and Ireland.*, London: Academic Press.
- HARDING, D. W. ed., 1982: *Later prehistoric settlement in south-east Scotland.*, Edinburgh: University of Edinburgh Department of Archaeology Occasional Paper 8.
- HASEL GROVE, C. C., ARMIT, I., CHAMPION, T., CREIGHTON, J., GWILT, A., HILL, J. D., HUNTER, F., and WOODWARD, A., 2001: *Understanding the British Iron Age: an agenda for action.*, Salisbury: Trust for Wessex Archaeology.
- HASEL GROVE, C. C., LOWTHER, P. C. and TURNBULL, P., 1990: 'Stanwick, North Yorkshire part 3: excavation on earthwork sites 1981-86', *Archaeological Journal*, 147, 37-90.
- HASEL GROVE, C. C. and MCCULLAGH, R., eds., 2000: *An Iron Age coastal community in east Lothian: the excavation of two later prehistoric enclosure complexes at Fishers Road, Port Seton, 1994-5.*, Edinburgh: Scottish Trust for Archaeological Research Monograph 6.
- HAWKES, C. F. C., 1931: 'Hill-forts', *Antiquity*, 5, 60-97.
- HAWKES, C. F. C., 1971: 'Fence, wall, dump: from Troy to Hod', in Hill and Jesson, 5-18.
- HILL, D and JESSON, M. eds., 1971: *The Iron Age and its hill-forts.*, Southampton: Southampton University Archaeological Society.
- HILL, J. D., 1995: 'How should we understand Iron Age societies and hillforts? A contextual study from southern Britain,' in Hill and Cumberpatch, 45-66.
- HILL, J. D. and CUMBERPATCH, C. G. eds., 1995: *Different Iron Ages.*, Oxford: British Archaeological Report International Series 602.
- HILL, J. D. and WOODWARD, A., 2000: 'Synthesis', in Barrett et al., 114.
- HILL, P. H., 1982: 'Broxmouth hillfort excavations 1977-1978: an interim report', in Harding, 141-88.
- HINGLEY, R., 1990: 'Iron Age «currency bars»: the archaeological and social context', *Archaeological Journal*, 147, 91-117.
- HOGG, A. H. A., 1975: *A guide to the hill-forts of Britain.*, London: Hart-Davis, MacGibbon.
- HOGG, A. H. A., 1979: *British Hill-Forts: an index.*, Oxford: British Archaeological Report British Series 62.
- JOBAY, G., 1978: 'Burnswark Hill, Dumfriesshire', *Transactions of the Dumfries and Galloway Natural History and Antiquarian Society*, 53, 57-104.
- KENYON, K., 1953: 'Excavations at Sutton Walls, Herefordshire 1948-51', *Archaeological Journal*, 110, 1-87.
- KRESTEN, P., HILGOEDICKE, C. and MANZANO, A., 2003: 'TL-dating of vitrified material', *Geochronometria*, 22, 9-14.
- LOCK, G., GOSDEN, C. and DALY, P., 2005: *Segsbury Camp. Excavations in 1996 and 1997 at an Iron Age hillfort on the Oxfordshire Ridgeway.*, Oxford: University of Oxford School of Archaeology Monograph 61.
- LYNN, C. J., 2003: *Navan fort: archaeology and myth.*, Dublin: Wordwell.
- MALIM, T., 1992: *Stonea Camp, Wimbleton: an Iron Age fort in the Fens.*, Cambridge: Cambridgeshire Archaeology Report 71.
- MACKIE, E. W., 1969: 'Timber-laced and vitrified forts: causes of vitrification', *Glasgow Archaeological Journal*, 1, 69-71.
- MACKIE, E. W., 1976: 'The vitrified forts of Scotland', in Harding, 205-35.
- MCHARDY, A., 1906: 'On vitrified forts, with results of experiments as to the probable manner in which their vitrification may have been produced', *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 40, 1905-06, 136-50.
- MERCER, R. J., 1991: 'The survey of a hilltop enclosure on Ben Griam Beg, ... Highland Region', in Hanson and Slater, 140-52.
- MILES, D. PALMER, S., LOCK, G. GOSDEN, C. and CROMARTY, A. M., 2003: *Uffington White Horse and its Landscape. Investigations at White Horse Hill Uffington, 1989-95 and Tower Hill Ashbury, 1993.*, Oxford: Oxford Archaeology Thames Valley Landscapes Monograph 18.
- MYTUM, H., 1999: 'Castell Henllys', *Current Archaeology*, 161, 164-172.
- NEEDHAM, S. and AMBER, J., 1994: 'Redating Rams Hill and reconsidering Bronze Age enclosure', *Proceedings of the Prehistoric Society*, 60, 225-44.
- PARKER PEARSON, M. and SYDES, R. E., 1997: 'The Iron Age enclosures and prehistoric landscape of Sutton Common, South Yorkshire', *Proceedings of the Prehistoric Society*, 63, 221-59.
- PIGGOTT, C. M., 1948: 'The excavations at Hownam Rings, Roxburghshire, 1948', *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 82, 1947-8, 193-224.

- PIGGOTT, S., 1931: 'Ladle Hill – an unfinished hillfort', *Antiquity*, 5, 474-85.
- PIGGOTT, S., 1966: 'A scheme for the Scottish Iron Age,' in Rivet, 1-16.
- RCAHMS (= Royal Commission on the Ancient and Historical Monuments of Scotland), 1997: *Eastern Dumfriesshire: an archaeological landscape.*, Edinburgh: HMSO.
- RAFTERY, B., 1994: *The enigma of the Irish Iron Age.*, London: Thames and Hudson.
- RALSTON, I., 1986: 'The Yorkshire Television vitrified wall experiment at East Tullos, City of Aberdeen District', *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 116, 17 - 40.
- RALSTON, I., 1995: 'Fortifications and defence', in Green, 59-81.
- RALSTON, I., 2004: *The hill-forts of Pictland since 'The Problem of the Picts'*, Rosemarkie: Groam House Museum Papers.
- RALSTON, I., 2006: *Celtic fortifications.*, Stroud, Gloucestershire: Tempus.
- RICHMOND, I. A., 1968: *Hod Hill Volume 2.*, London: Trustees of the British Museum.
- RICKETT, R., 1992: 'The other forts of Norfolk', *East Anglian Archaeologist*, 54, 59-74.
- RIDEOUT, J. S., 1992: 'The Dunion', in Rideout et al, 73-119.
- RIDEOUT, J. S., OWEN, O. A. and HALPIN, E., 1992: *Hillforts of southern Scotland.*, Edinburgh: AOC (Scotland) Ltd Monograph 1.
- RIVET, A. L. F., ed., 1966: *The Iron Age in northern Britain.*, Edinburgh: Edinburgh University Press.
- SANDERSON, D. C. W., PLACIDO, F. and TATE, J. O., 1988: 'Scottish vitrified forts: TL results from six study sites', *Nuclear Tracks and Radiation Measurements*, 14, 307-316.
- SHARPLES, N. M., 1991a: *Maiden Castle: excavations and field survey 1985-86.*, London: English Heritage Archaeological Report 19.
- SHARPLES, N. M., 1991b: *English Heritage Book of Maiden Castle.*, London: Batsford/English Heritage.
- STOUT, M., 1997: *The Irish ringfort.*, Dublin: Four Courts Press = Irish Settlement Studies 5.
- STRACHAN, R. J., HAMILTON, J. E. and DUNWELL, A. J., 2003: 'Excavation of cropmark enclosures in Angus at Mains of Edzell, Edzell and Hawkhill, Lunan', *Tayside and Fife Archaeological Journal*, 9, 35-64.
- SMOUT, T. C. ed., 2002: *People and Woods in Scotland.*, Edinburgh: Edinburgh University Press.
- WATERMAN, D. W. and LYNN, C. J., 1997: *Excavations at Navan Fort 1961-71.*, Belfast: Stationery Office (= Northern Ireland Archaeological Monograph 3).
- WELFARE, H., TOPPING, P., BLOOD, K. and RAMM, H., 1990: 'Stanwick, North Yorkshire part 2: a summary description of the earthworks', *Archaeological Journal*, 147, 16-36.
- WHEELER, R. E. M., 1943: *Maiden Castle, Dorset.*, London Research Reports of the Society of Antiquaries of London 12.
- WHEELER, R. E. M., 1952: 'Earthwork since Hadrian Allcroft', *Archaeological Journal*, 106, (supplementary volume) 62-82.
- WHEELER, R. E. M., 1954: *Stanwick.* London: Research Reports of the Society of Antiquaries 17.
- WOODWARD, A., 2000: 'The gate furniture and structural ironwork', in Barrett et al., 114.

# LES REMPARTS CELTIQUES DU CENTRE DE LA FRANCE

SOPHIE KRAUSZ

*Université Michel de Montaigne-Bordeaux 3*

## RÉSUMÉ

*Le Berry est la région la mieux étudiée du point de vue des remparts protohistoriques dans le centre de la France. Des recherches actives ont lieu depuis le début des années 1960 dans cette région. Plus de 100 enceintes en terre sont connues aujourd'hui et la majorité d'entre elles peuvent être attribuées à l'âge du Fer, même si un petit nombre appartient au Néolithique et à l'âge du Bronze. Pour l'âge du Fer, on connaît dans le Berry deux modèles de rempart: le murus gallicus et le rempart massif. Si les murus gallicus datent du début du Ier siècle avant J.-C., les remparts massifs sont probablement contemporains de la guerre des Gaules. Ces derniers sont très imposants avec plus de 10 m de hauteur, et précédés de larges fossés comme à Châteaumeillant dans le Cher où cette structure à fond plat mesure 40 m de largeur. Récemment on a découvert dans le Berry que les murus gallicus n'étaient pas réservés aux grands oppida. En effet, des petits promontoires d'1 hectare de surface ont été équipés de ce modèle de rempart prestigieux, probablement des résidences d'aristocrates gaulois. En revanche, les remparts massifs n'ont été construits que sur les grands oppida, dont les surfaces sont supérieures à 20 hectares. Ce modèle de fortification résolument défensive est donc l'équipement privilégié des villes celtiques au moment de la conquête romaine en Gaule.*

## RESUMEN

*El Berry es la región mejor conocida desde la óptica de las murallas protohistóricas en el centro de Francia. Las investigaciones actuales tienen sus inicios en los primeros años de la década de los sesenta en esta región. Más de 100 recintos definidos por taludes de tierra se conocen en el presente, de los cuales, la mayoría pueden atribuirse a la Edad del Hierro, pese a la presencia de algunos escasos ejemplos neolíticos o de la Edad del Bronce. Para el Hierro, se conocen dos tipos de murallas: el murus gallicus y la muralla maciza. Si el primero se fecha a inicios del siglo I a. C., las murallas macizas son probablemente contemporáneas de la Guerra de las Galias. Estas últimas son muy espectaculares, con más de 10 metros de altura, precedidas de anchos fosos como en Châteaumeillant en le Cher, donde una estructura de este tipo tiene una base de 40 metros de grosor. Recientemente se ha descubierto en El Berry que el murus gallicus no era exclusivo de los grandes oppida. En efecto, los promontorios pequeños, de 1 ha. de superficie, fueron dotados de este modelo de murallas de prestigio, probablemente por ser residencias de aristócratas galos. Por el contrario, las murallas macizas no eran usadas más que en los grandes oppida, con superficies superiores a 20 ha. Este tipo de fortificación era claramente defensivo y supone el equipamiento privilegiado de las ciudades celtas en el momento de la Conquista romana de la Galia.*

## 1. INTRODUCTION

En plein cœur de la France, la région Centre comprend plusieurs entités géographiques naturelles qui correspondent à la Touraine, la Sologne, la Beauce et le Berry (Fig.: 1). C'est dans cette dernière que les remparts sont les mieux connus et que le plus grand nombre a été fouillé depuis une trentaine d'années. Situé à l'extrémité sud du Bassin Parisien, le Berry est une région au paysage et à la géologie contrastés, alternant des zones de bocage, de forêts et des grandes plaines. Le terroir agricole est riche et varié et ces qualités ont été exploitées depuis le Néolithique.

Au centre du Berry s'étend une grande plaine calcaire au relief peu marqué, la Champagne berrichonne. Entre Châteauroux et Bourges, elle est aujourd'hui principalement exploitée pour la culture des céréales, mais sa richesse réside aussi dans la présence du minerai de fer qui a été remarquée dès le début de l'Age du Fer. Au nord de la Champagne, dans le Boischaud Nord, le relief est plus accentué avec un paysage de bocage et de petites collines au substrat argileux dans lequel le grès domine. La zone méridionale du Berry est le Boischaud sud, où le relief est plus élevé encore, notamment dans la région de Châteaumeillant où il annonce les contreforts du Massif Central.



Le Berry était habité à la fin de la Protohistoire par le peuple gaulois des Bituriges *Cubi* dont la capitale était *Avaricum*, l'actuelle ville de Bourges dans le Cher. Le territoire des Bituriges comprend les départements actuels de l'Indre, du Cher et d'une partie de l'Allier et du Loir-et-Cher (Fig.2). La plus ancienne mention littéraire sur les Bituriges est donnée par Tite-Live (Histoire romaine, V, 34) qui rapporte que sous le règne de Tarquin l'Ancien (vers 616 avant J.-C.), la Celtique était gouvernée un roi biturige, *Ambigatus*<sup>77</sup>. Dans le même passage, Tite-Live relate qu'*Ambigatus* vieillissant aurait envoyé ses neveux Bellovèse et Ségovèse à la conquête de nouveaux territoires. Alors que Ségovèse se dirigeait vers les forêts hercyniennes, Bellovèse partait vers l'Italie et fondait *Mediolanum* (Milan). Ceux qui se faisaient appeler « les Rois du Monde » jouissaient d'une grande renommée dans l'Antiquité et ont probablement joué un rôle politique important au cours de l'âge du Fer.

Des événements plus récents, se déroulant dans le courant du 1<sup>er</sup> siècle avant J.-C., sont mentionnés par César dans les *Commentarii de Bello Gallico*. Différents faits militaires sont relatés, notamment pour la période qui va du début de l'année 52 jusqu'à la fin de la guerre, l'année suivante. Mais l'événement le plus marquant reste celui de la prise d'*Avaricum* par César après un long siège au printemps 52 avant J.-C. Cette description célèbre retiendra particulièrement notre attention, car c'est précisément dans son récit du siège d'*Avaricum* que César détaille la manière dont sont construits les remparts gaulois, pour lesquels les archéologues ont conservé le terme *murus gallicus* (B.G. VII, 23).

## 2. LA RECHERCHE DES REMPARTS CELTIQUES DANS LE BERRY

On peut dire que l'intérêt pour les fortifications

<sup>77</sup> (Tite-Live, hist.rom., V, 34) *De transitu in Italian Gallorum haec accepimus: Prisco Tarquinio Romae regnante, Celtarum quae pars Galliae tertia est penes Bituriges summa imperii fuit; ii regem Celtico dabant. Ambigatus is fuit, uirtute fortunaque cum sua, tum publica praepollens, quod in imperio eius Gallia adeo frugum hominumque fertilis fuit ut abundans multitudo uix regi uideretur posse. Hic magno natu ipse iam exonerare praegrauante turba regnum cupiens, Bellouesum ac Segouesum sororis filios impigros iuuenes missurum se esse in quas di dedissent auguriis sedes ostendit; quantum ipsi uellent numerum hominum excirent ne qua gens arcere aduenientes posset. Tum Segoueso sortibus dati Hercynei saltus; Belloueso haud paulo laetorem in Italian uiam di dabant. Is quod eius ex populis abundabat, Bituriges, Aruernos, Senones, Haeduos, Ambarros, Carnutes, Aulercos exciuit. Profectus ingentibus pedum equitumque copiis in Tricastinos uenit. Alpes inde oppositae erant; quas inexcuperabiles uisus haud equidem miror, nulladum uia, quod quidem continens memoria sit, nisi de Hercule fabulis credere libet, superatas. Ibi cum uelut saeptos montium altitudo teneret Gallos, circumspectarentque quam per iuncta caelo iuga in altum orbem terrarum transirent, religio etiam tenuit quod allatum est aduenas quaerentes agrum ab Saliu gente oppugnari. Massilienses erant ii, nauibus a Phocaea profecti. Id Galli fortunae suae omen rati, adiuuere ut quem primum in terram egressi occupauerant locum patientibus Saliis communiarent. Ipsi per Taurinos saltus [saltum]que Duriae Alpes transcenderunt; fisisque acie Tuscis haud procul Ticino flumine, cum in quo consederant agrum Insuubrium appellari audissent cognominem Insuubribus pago Haeduorum, ibi omen sequentes loci condidere urbem; Mediolanium appellarunt.*

anciennes commence un peu partout en France dès le XIX<sup>e</sup> siècle. L'enthousiasme qui se manifeste alors pour ces sites, dans un contexte de crise identitaire nationale au milieu de ce siècle, est intimement lié à la recherche des lieux où se sont déroulés les événements majeurs de la guerre des Gaules entre 59 et 51 avant J.-C. Les érudits ont alors arpenté les campagnes françaises et les sites de hauteur pour identifier des lieux de batailles où se sont illustrés Jules César et Vercingétorix, comme Gergovie ou Alésia. Ces recherches, dont certaines ont été conduites sous l'impulsion de l'Empereur Napoléon III, ont souvent suscité des polémiques anecdotiques sur les lieux des conflits, mais nombre d'entre elles ont permis de donner un nom à des *oppida* grâce à l'étude minutieuse des lieux décrits par le général romain dans le *De Bello Gallico*.

Sur le terrain, le rempart devient dès le XIX<sup>e</sup> siècle un excellent indice pour repérer les *oppida* gaulois. Dans le Berry, les enceintes protohistoriques sont en effet souvent monumentales et bien conservées. Les remparts atteignent parfois près de 10 mètres de hauteur et marquent encore fortement la topographie et le paysage actuels (Fig.3).

Les premières mentions sur les fortifications du centre de la France figurent dans un ouvrage qui sera une référence jusqu'au début des années 1970. Sir Mortimer Wheeler (1957) consacre une partie de ce livre à l'inventaire des remparts de type massif connus alors dans le centre de la France. Puis de nouvelles études verront le jour, dues à des chercheurs anglosaxons comme C.Crumley (1974) ou D. Nash (1976).

Aussi, entre 1960 et 1965, le Berry a joué un rôle déterminant dans l'histoire de la recherche sur l'âge du Fer et les *oppida*. Au cours de cette période, Jacques Gourvest, archéologue et céramologue au CNRS, organise une série de colloques, d'abord à Château-meillant puis à Bourges. Les colloques « *Celticum* » sont publiés sous forme de suppléments à la revue *Ogam*, et réunissent à l'époque les spécialistes européens des *oppida* et des Celtes. L'orientation des discussions est résolument archéologique, contrastant avec les démarches historiques plus classiques qui ont prévalu jusque là. Des articles fondamentaux sont alors publiés, comme celui dans lequel W.Dehn donne une définition des *oppida* (Dehn, 1961).

Dans ce contexte dynamique, des recherches plus ambitieuses sont menées par I. Ralston et O. Buchsenschutz dans le Berry dès la fin des années 1960. Ils réalisent d'abord des inventaires très détaillés des fortifications protohistoriques. Puis sont dressées des cartes archéologiques avec relevés de plans topographiques des remparts et des sites de hauteur (Ralston et Buchsenschutz, 1975; 1981). A travers ces inventaires, les chercheurs mettent en évidence les deux aspects fondamentaux de leur objectif: le premier concerne une approche globale de la typologie des remparts protohistoriques, le second permet d'aborder une



FIGURE 1.—Les entités naturelles de la région Centre. En noir, celles qui appartiennent au Berry actuel.

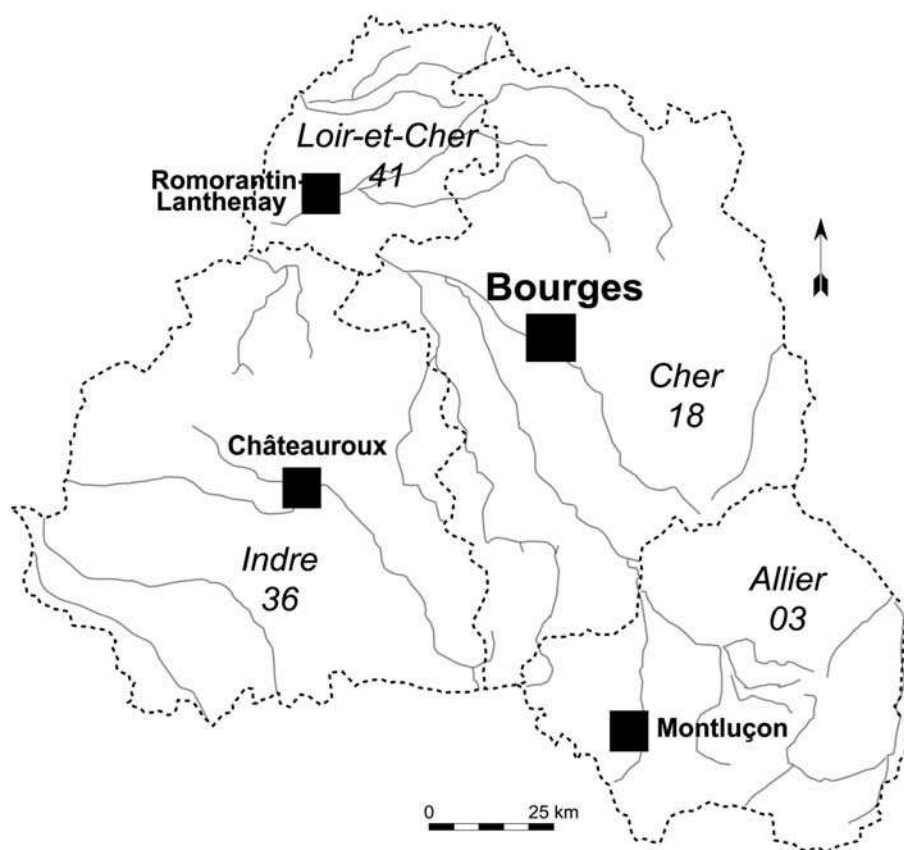


FIGURE 2.—La cité des Bituriges Cubi dans les départements actuels.

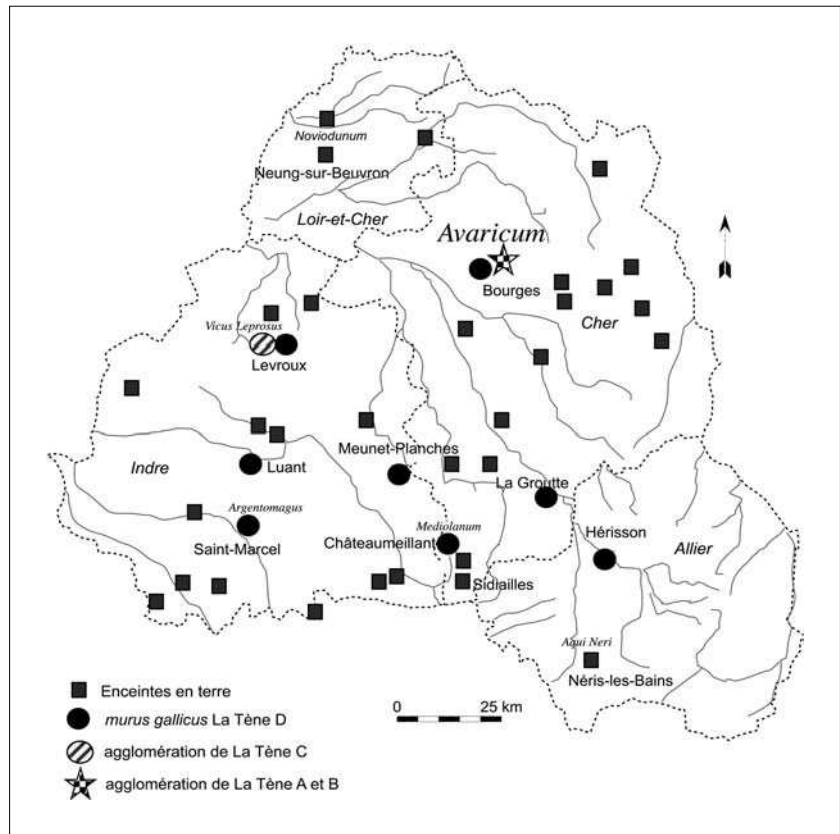


FIGURE 3a-b.—*Le rempart de Murs dans l'Indre (photographies de Ian Ralston).*

étude du peuplement et du fonctionnement politique du territoire des *oppida*. Cette approche innovante des territoires, conduite par ces deux chercheurs dès la fin des années 1960, a été complétée dans le même temps par des fouilles archéologiques. Plusieurs remparts sont coupés entre la fin des années 1960 et le milieu des années 1970 comme à Levroux et Moulins-sur-Céphons dans l'Indre. Ces fouilles ont permis de découvrir l'architecture des remparts protohistoriques, la chronologie des enceintes, mais aussi d'aborder la fonction des sites dotés de différents types de fortifications.

Depuis ces travaux fondateurs, les recherches sur les remparts ont continué sans interruption dans le Berry depuis un peu plus de 30 ans. Les prospections ont été multipliées à travers divers programmes diachroniques comme la Carte Archéologique Nationale, initiée par le Ministère de la Culture français dans les années 1990 ou encore le Programme Collectif de Recherches sur le Berry antique réalisé à travers un Système d'Informations Géographiques publié en 2001 (Batardy *et alii*, 2000). Mais si depuis une dizaine d'années ces prospections systématiques ont permis de découvrir de très nombreux sites protohistoriques inconnus jusque-là, de nouveaux habitats et nécropoles, peu ou pas de fortifications nouvelles sont apparues au cours de ces travaux récents.

### 3. OPPIDA ET MODÈLES DE REMPARTS

Parmi les nombreuses enceintes connues dans le Berry, si certaines peuvent être attribuées à des périodes anciennes de la Protohistoire comme le Néolithique, la grande majorité d'entre elles sont datées du deuxième âge du Fer (La Tène). En effet, parmi la centaine d'enceintes répertoriées à ce jour, quarante-cinq ont de bonnes chances d'être protohistoriques, les sites révélant des mobiliers archéologiques appartenant à l'âge du Fer<sup>78</sup> (Fig.4). Les travaux récents montrent un petit groupe de fortifications du Néolithique et de l'âge du Bronze, mais aucune enceinte n'est attribuable actuellement au premier âge du Fer (Hallstatt). Cette lacune n'est pas expliquée dans une région dont le rayonnement est important au cours de cette période, comme l'indiquent les nombreuses sépultures aristocratiques connues autour de la place centrale de Bourges.

Comme dans le reste de l'Europe celtique continentale, le modèle laténien typique dans le centre de la France est un rempart à armature en bois. Cette technique est probablement très ancienne puisque le plus vieux rempart à poutrage connu actuellement a été découvert à Moulins-sur-Céphons dans l'Indre (Duval et Buchsenschutz, 1980: 19-28; Buchsenschutz

<sup>78</sup> Les mobiliers connus proviennent soit de prospections de surface, de découvertes isolées et fortuites ou encore de sondages archéologiques.



FIGURE 4.—Carte des enceintes protohistoriques des Bituriges.

1988: 155-156). L'enceinte enclôt une surface de 10 hectares sur un petit promontoire de faible altitude. Le rempart est composé d'une double rangée de caissons de bois remplis de sable argileux. Les poutres entrecroisées forment l'armature mais aussi les parements interne et externe. Ce rempart est précédé d'un fossé large de 15 m pour 2 à 5 m de profondeur. Cette fortification est datée du Néolithique final<sup>79</sup> et elle demeure aujourd'hui un exemplaire unique. Le rempart de Moulins-sur-Céphons incarne l'ancêtre des remparts à poutrage, dont le célèbre *murus gallicus* que l'on rencontre dans une grande partie de l'Europe tempérée (Fig.5).

Pour le Second Age du Fer, plusieurs *oppida* sont identifiés dans le Berry. Ce sont des sites de hauteur, dont la superficie atteint dans la plupart des cas au moins 20 hectares. Ces *oppida* sont d'abord des places centrales qui jouent un rôle économique important. Sur le plan politique, ils structurent le territoire de la *civitas*. On a pu montrer que les grands *oppida* sont installés de manière régulière dans le territoire des Bituriges, à raison d'un promontoire fortifié de cette taille tous les 50 à 60 km (Fig.6). En marge de ces grands *oppida*, il y en existe de plus petits, de 4 à 15 hectares de surface. La relation entre ces différents types d'*oppida*,

grands et petits, n'est pas connue. Mais on peut émettre l'hypothèse de l'existence d'une hiérarchie structurelle des *oppida* par rapport à la capitale de la cité. D'autres types d'habitats sont connus chez les Bituriges, comme les fermes et les villages qui constituent le milieu rural dans l'environnement des *oppida*.

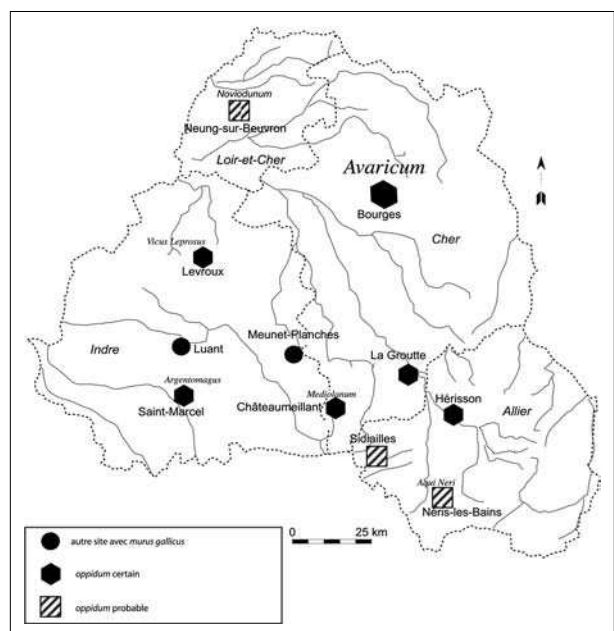


FIGURE 6.—Carte des oppida probables et certains de la cité des Bituriges.

<sup>79</sup> Deux datations au radiocarbone convergent vers 2160 avant J.-C.  $\pm 80$  ans: GIF 5113 (MAZ 10)  $3720 \pm 70$  ans et GIF 5112 (MAZ 9)  $3700 \pm 70$  ans (Buchenschutz 1988: 156).

Le premier *oppidum* fouillé dans le Berry est celui de Levroux dont l'exploration a commencé en 1968 (Ralston et Buchsenschutz 1975b; Buchsenschutz 1988: 97-106). Une coupe dans le rempart a montré que le premier état est un *murus gallicus*, construit vers 80 avant J.-C., directement sur le sable local, après nivellement. Le rempart est semblable à la description de César : sur une largeur de 6 m sont disposées des poutres horizontales puis perpendiculaires. L'armature en bois est clouée par de grandes fiches en fer. La hauteur totale est estimée à 3,50 m. La façade externe possède un parement de pierres de grès qui s'apparente plus à un calage qu'à un véritable mur. La face interne est constituée d'un talus en pente douce qui constitue une rampe inclinée à 45°. Au milieu du rempart, on a découvert un bracelet de bronze, intact avec sept perles en pâte de verre, un objet de prestige correspondant probablement à un dépôt de fondation (Fig.7). Le *murus gallicus* de Levroux est une enceinte de contour qui referme totalement l'*oppidum*. Ce rempart a été renforcé par un talus massif, qui ne semble concerner que le côté sud de l'*oppidum*. Sa datation peut se situer dans le courant du I<sup>er</sup> siècle avant J.-C.

A la suite de cette fouille pionnière, d'autres coupes ont été réalisées dans les remparts des grands *oppida* du Berry comme à *Argentomagus* dans l'Indre (Krausz, 1996). L'*oppidum* occupe un plateau qui couvre une surface de 24 hectares. C'est un éperon de forme presque carrée, barré par un rempart de 550 m de longueur au nord, les trois autres côtés étant protégés naturellement par des versants abrupts. Au sud, la falaise domine la Creuse de 100 m (Fig.8).

Actuellement, le rempart est encore bien conservé à l'extrémité est du promontoire où il atteint près de 10 m de hauteur. En revanche, en progressant vers l'ouest, la fortification disparaît peu à peu de la surface du sol, sans doute à cause des travaux de réaménagement liés à l'installation de la ville gallo-romaine, entre l'époque augustéenne et le III<sup>e</sup> siècle après J.-C. Ainsi, même si on devine sa présence, le rempart est très arasé au centre du plateau et invisible dans la partie ouest du site. De ce côté, il rejoint probablement une porte creusée dans le rocher, un couloir de plus de 20 m de longueur, avec une large ouverture qui se rétrécit comme un entonnoir vers l'intérieur de l'*oppidum*. C'est la seule porte connue, qui reste probablement l'entrée principale du site pendant l'époque gallo-romaine.

Les fouilles de 1996 ont permis de découvrir qu'un *murus gallicus* avait été installé directement sur le substrat argilo-sableux du plateau. Dans la partie sondée, trois assises du parement externe étaient encore en place à 3,50 m de profondeur depuis la surface actuelle. La découverte de deux grandes fiches en fer dans les pierres du parement a confirmé qu'il s'agissait bien d'un *murus gallicus*. A l'arrière de ce parement, la masse du rempart contenait plusieurs traces de poutres en bois décomposé, longitudinales et transversales,

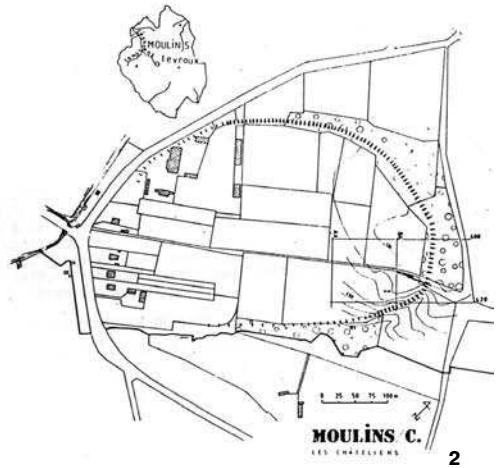
mais sans clou aux intersections. La fouille n'a pas permis de déterminer le mode architectural de la partie interne du *murus gallicus*. On ignore s'il s'agit d'une rampe ou d'un parement interne. Au plan de la chronologie, malgré l'absence de mobilier datant dans le rempart, on dispose d'un *terminus post quem* : une couche très chargée en charbons et scories de fer bute contre le parement externe (US 39). Elle contient une monnaie de bronze frappé et des tessons attribuables à La Tène D2. On peut donc en déduire que l'édification du *murus gallicus* est antérieure ou contemporaine de cette époque. Le *murus gallicus* a par la suite été recouvert de plusieurs couches de sables alluvionnaires plus ou moins chargées en galets (US 046 puis 053). Ces couches correspondent à un rempart massif et se superposent à l'US 39 ; leur dépôt est donc contemporain ou postérieur à La Tène D2. Malgré l'arasement considérable de la fortification gauloise, on devine une dépression à l'avant du rempart. Celle-ci pourrait correspondre à l'emplacement d'un fossé fonctionnant avec le rempart massif. D'autant que les couches de sables alluvionnaires constituant le rempart massif sont locales dans le substrat du plateau des Mersans et pourraient provenir du creusement de ce fossé.

Enfin, la présence de la couche carbonisée à l'avant du *murus gallicus* (US 39) ainsi que des pierres de calcaire brûlé observées dans l'éboulis du parement évoquent un incendie de l'ouvrage. Celui-ci ne peut être daté précisément, même si on pense aussitôt à la mention de César sur l'incendie de vingt villes bituriges (*B.G.* VII, 14 et 15). Bien que les datations semblent converger vers La Tène D2, les indices sont trop ténus pour assurer qu'*Argentomagus* est bien l'une des vingt villes incendiées en 52 avant J.-C. sur l'ordre de Vercingétorix.

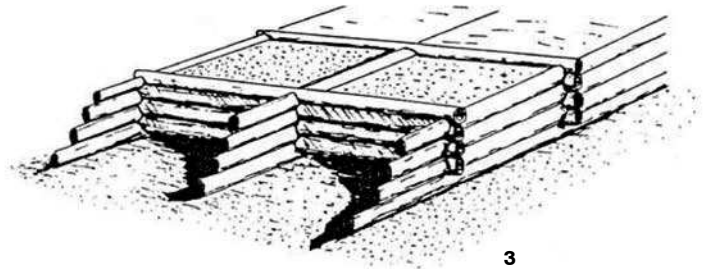
A environ 50 km au sud-est d'*Argentomagus*, en suivant la voie qui relie Poitiers à Lyon, on arrive à *Mediolanum*. Cette station indiquée sur la table de Peutinger correspond à la ville actuelle de Châteaumeillant dans le département du Cher. Châteaumeillant est surtout connu pour les grandes quantités d'amphores gréco-italiques et italiques qui ont été trouvées dans des fosses (caves), complètes et bouchées pour certaines. Châteaumeillant possède le plus grand rempart conservé en région Centre, puisqu'il atteint encore 12 m de hauteur par endroits (Fig.9). L'*oppidum* est construit sur un promontoire de faible altitude d'environ 60 hectares, encadré par deux rivières au cours presque parallèle, La Sinaise et La Goutte Noire. Les découvertes archéologiques qui s'accumulent depuis le début de XIX<sup>e</sup> siècle semblent montrer que l'*oppidum* couvrait une surface plus restreinte de 24 hectares. Actuellement, et malgré des recherches très actives, on ne connaît qu'un rempart de 500 m de longueur au sud de l'*oppidum*. Il s'agirait donc probablement d'une fortification de barrage, et non d'un rempart de contour (Krausz, 2007). Ce rempart suit la courbe de l'ex-



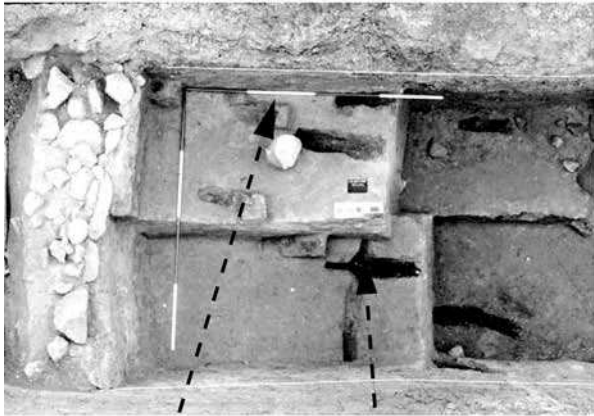
1



2

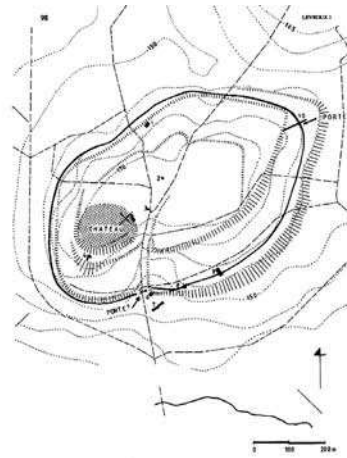


3



4

5



7

6

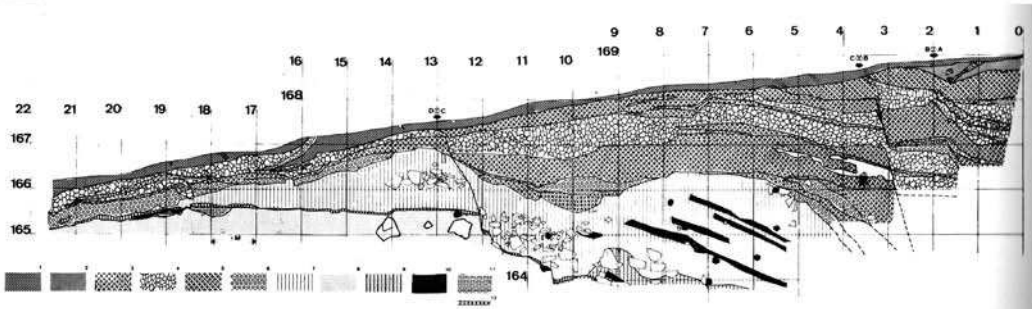
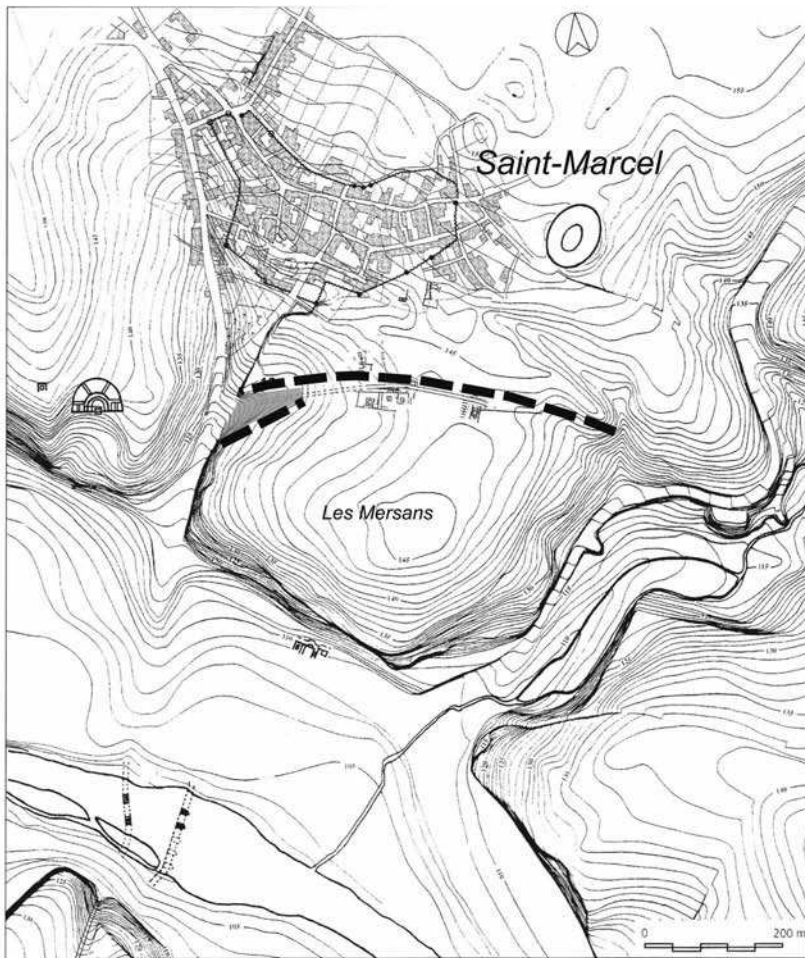


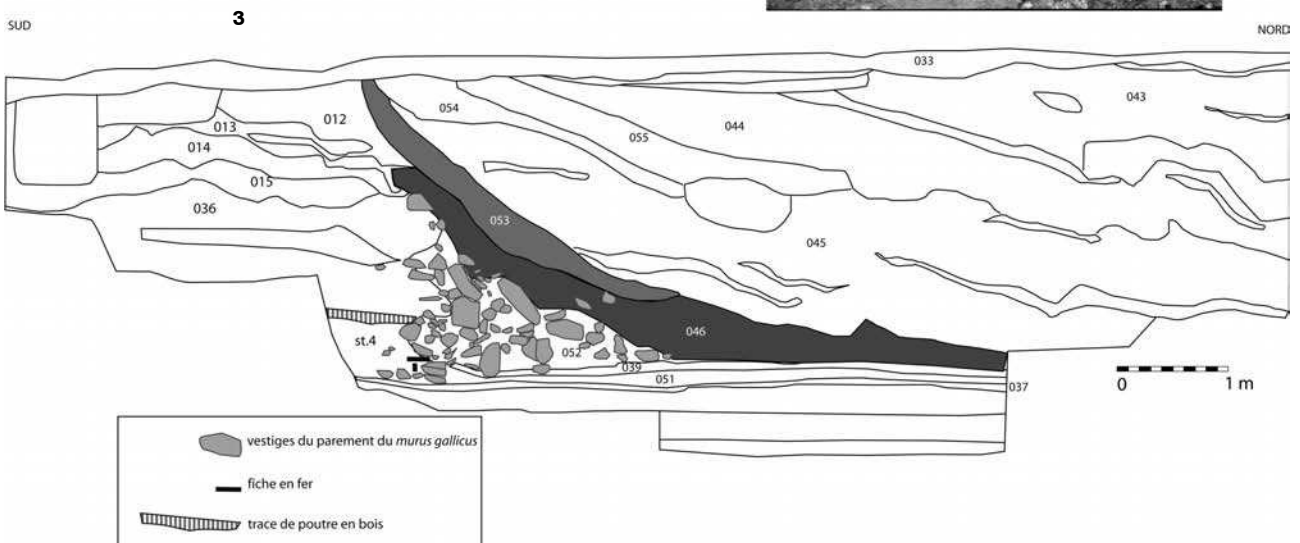
FIGURE 5.—1-3. Le rempart néolithique final de Moulins-sur-Céphons (Indre, France). Photographies et dessins d'O. Buchsenschutz.  
 FIGURE 7.—4-7. Fouilles du rempart de l'oppidum de Levroux (Indre, France). Illustrations d'O. Buchsenschutz et I. Ralston.



1



2



3

FIGURE 8.—Le rempart de l'oppidum d'Argentomagus-Saint Marcel (Indre). 1. Plan général; 2. Le parement en place et une fiche en fer; 3. La coupe transversale du rempart massif.

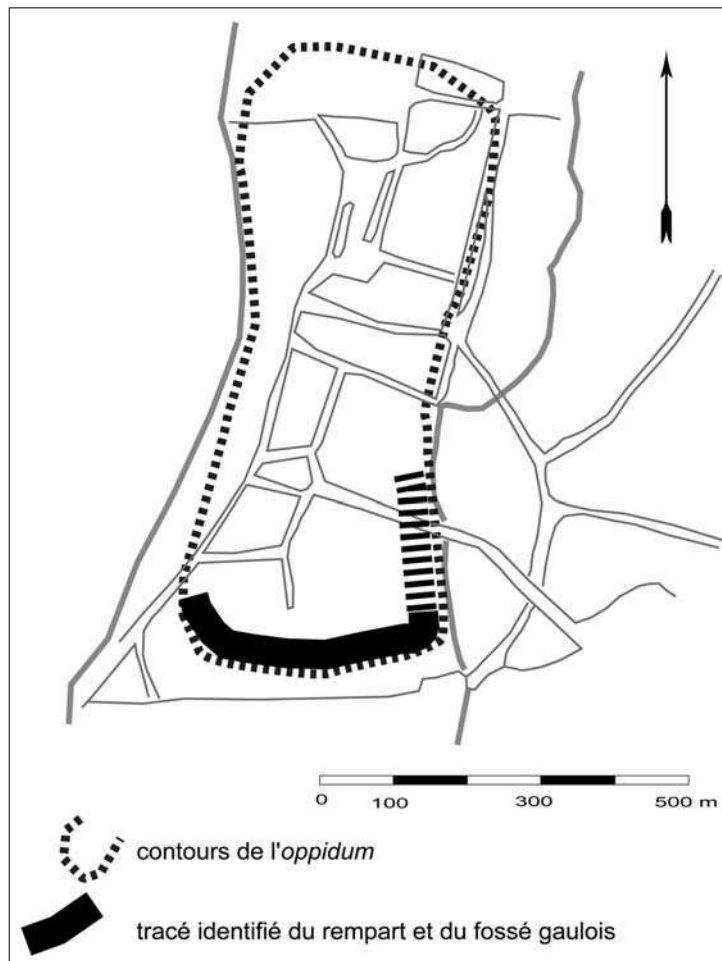


FIGURE 9.—*Les remparts de Châteaumeillant-Mediolanum (Cher). 1. Le chantier de fouille en 2003, derrière le rempart (côté interne de l'oppidum); 2. Plan général de l'oppidum et tracé de la fortification celtique.*



trémité sud du promontoire, et fait la jonction entre les deux rivières. Deux coupes ont été réalisées par E.Hugoniot et J.Gourvest dans le rempart de Châteaumeillant entre 1957 et 1962, la première interne, la seconde externe, à quelques dizaines de mètres de distance l'une de l'autre. Ces coupes ont permis de découvrir que l'*oppidum* de Châteaumeillant avait été fortifié d'abord par un *murus gallicus*, puis par un rempart massif (Fig. 10). La découverte d'une couche plus ancienne sous le *murus gallicus* (US 10 et US 28) a montré que le promontoire avait été occupé sans être fortifié au tournant de La Tène C2/D1 (vers 160-140 avant J.-C.). La reprise des fouilles en 2001 sur la fortification a permis de confirmer que le promontoire de Châteaumeillant avait accueilli un site ouvert à La Tène C2 avant d'être un *oppidum* fortifié, ceci dans les mêmes lieux. Dans les années 1950, le *murus gallicus* avait été mis en évidence par la présence du poutrage interne et du parement externe de micascistes qui ne laissent aucun doute sur le type de fortification. En revanche, aucun clou en fer n'a été trouvé dans cette fouille. Deux prospections au détecteur de métaux en 2001 n'ont pas permis de découvrir davantage de clous.

En 2001 et 2002, des vérifications ont été faites côté interne de l'*oppidum* : dans cette fouille on a pu observer une partie du rempart massif ainsi que l'habitat antérieur aux deux remparts superposés. L'habitat est probablement contemporain du *murus gallicus*, c'est-à-dire La Tène D1 (entre 150 et 80 avant J.-C.). En 2002, l'énorme fossé situé à l'avant du rempart a été coupé, d'un bord à l'autre (Fig.: 11). Cette coupe a permis d'observer une structure de 40 m large, dont le fond est presque parfaitement plat. Au fond du fossé, le substrat est composé d'argiles bariolées avec des inclusions de micascistes, identique en tous points aux sédiments qui constituent le talus massif ; les deux structures sont donc indéniablement en relation, le creusement du fossé ayant servi à construire le talus massif. La profondeur initiale du fossé est de 3 m, mais le comblement n'est pas terminé aujourd'hui puisque la stratigraphie mesure entre 1,50 et 2 m au maximum. Le comblement du fossé est composé de couches d'argile de décantation, alternant avec de petites strates sableuses révélant des successions d'épisodes secs et humides. Ce comblement a donc été naturel et lent, sans aucune perturbation anthropique, du moins dans la partie explorée.

A l'opposé du rempart, le bord sud du fossé est très évasé et abrupt. Immédiatement sous ce bord, un surcreusement peu profond, de 7 m de largeur a été observé. On doit écarter l'hypothèse d'un creusement lié à une intervention postérieure, car les couches stratigraphiques sont continues, dans et hors de ce surcreusement. L'épaisseur des couches d'argiles de décantation au fond de cet aménagement montre que de l'eau a stagné souvent et longtemps à cet endroit. De ce fait, on peut penser que cette installation est un

canal en eau situé à l'avant du fossé à fond plat. Cette sorte de douve de 7 m de large pouvait être alimentée par l'une des deux rivières, voire les relier entre elles. Cet aménagement a pu jouer un rôle fondamental dans le système défensif à l'avant du fossé à fond plat.

Alors que le *murus gallicus* peut être daté du début des années 100 avant J.-C., le rempart massif correspond probablement à l'époque de la guerre des Gaules. Cette datation est induite par différentes observations réalisées dans le rempart massif et dans le fossé à fond plat : on a notamment observé que le rempart massif, côté interne du site, repose sur des couches d'occupation attribuables à La Tène D1b, c'est-à-dire au maximum vers 80/70 avant J.-C. Il n'y a pas de sédimentation entre ces niveaux de sol et les premières couches du nouveau rempart. Celui-ci a donc de grandes chances de suivre l'utilisation de ces sols de quelques années. Cette datation coïncide également avec les éléments trouvés dans le fossé à fond plat : une dizaine de tessons protohistoriques a été recueillie dans la couche de décantation reposant au fond de la structure. Puis, les éléments récoltés dans les autres couches, surtout inférieures, appartiennent essentiellement à des vases en *terra nigra*. La prédominance de ce type de céramique indique que le comblement du fossé à fond plat s'effectue essentiellement à l'époque augustéenne. La construction de la fortification massive de Châteaumeillant est probablement liée à la guerre des Gaules, réalisée peu avant ou pendant cette guerre.

Parallèlement aux grands *oppida*, en 1999 Olivier Buchsenschutz a réalisé une étude sur le mode de construction des petites fortifications bituriges. Trois sites ont été choisis, dont les surfaces sont situées entre 1 et 4,5 hectares : La Grotte, Meunet-Planches et Luant. Ces coupes réalisées pendant l'été 1999 ont toutes livré un nouveau *murus gallicus*, dans les trois cas avec des grands clous en fer (Fig. : 12).

Malgré le fait qu'il s'agit de fouilles limitées en surface et que l'intérieur de ces sites n'est pas exploré, ces sondages ont montré que le *murus gallicus* n'est pas seulement l'apanage des grands *oppida*. Il a aussi permis de fortifier des petits sites de hauteur qui pouvaient avoir des fonctions différentes. En effet, alors que les grands *oppida* sont des centres de pouvoir qui rassemblent l'essentiel des activités urbaines, notamment la fabrication d'objets en série, la frappe monétaire et les échanges à longue distance, les petits *oppida* pourraient s'apparenter à des résidences aristocratiques.

En revanche, si les petits *oppida* du Berry sont comparables aux grands sites au moins sur le critère du rempart, il y a une différence fondamentale : aucun de ceux qui sont connus aujourd'hui ne possède de grand talus massif (Fig.: 13).

De par son mode de construction complexe, la grande quantité et la diversité de matériaux qu'il requiert, sa faible hauteur et le fait qu'il soit percé de multiples portes, le *murus gallicus* est d'abord un rem-

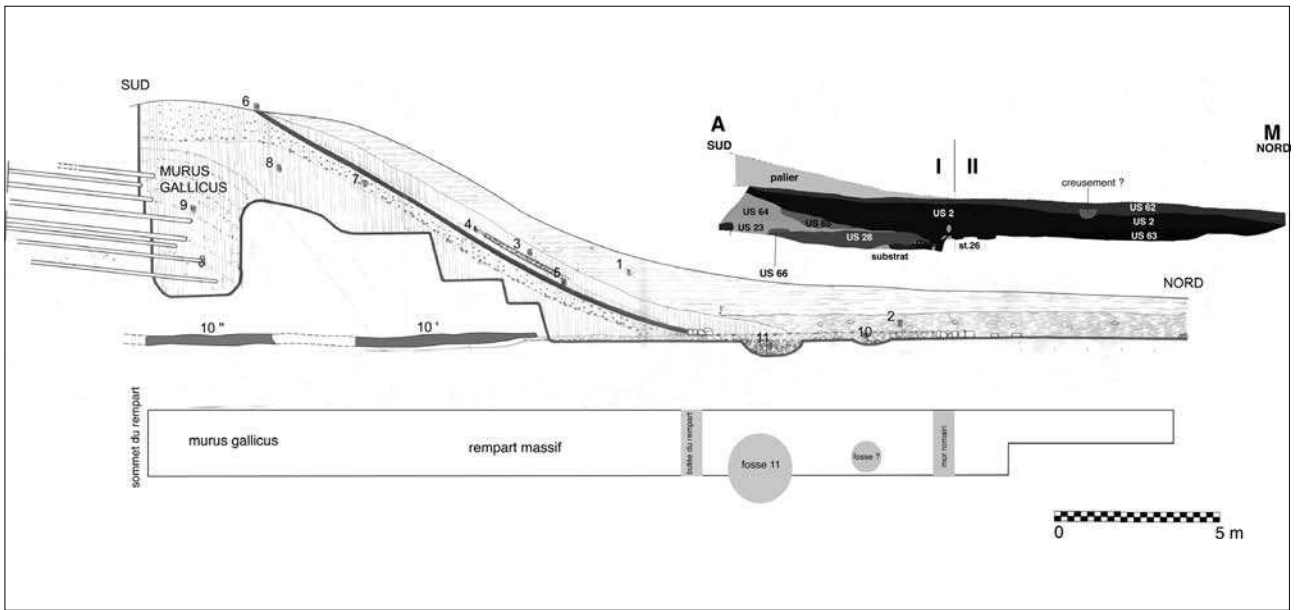


FIGURE 10.—Deux coupes internes du rempart de Châteaumeillant: en 1959 et en 2001, et schéma en plan du chantier d'Émile Hugoniot (1959), restitué d'après la coupe stratigraphique.

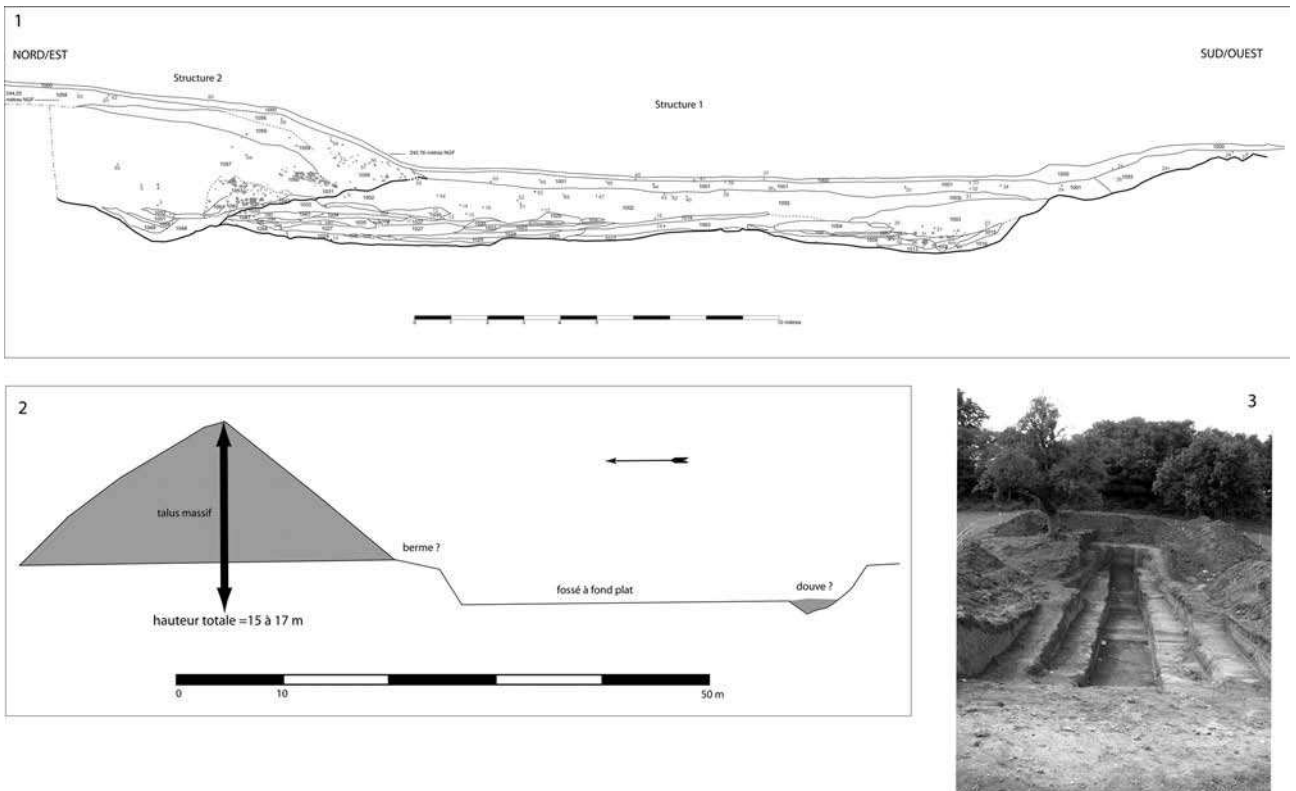


FIGURE 11.—Le fossé de Châteaumeillant; 1. Coupe stratigraphique; 2. Restitution du profil du fossé et du rempart massif; 3. La fouille du fossé, vue du sud vers le nord.

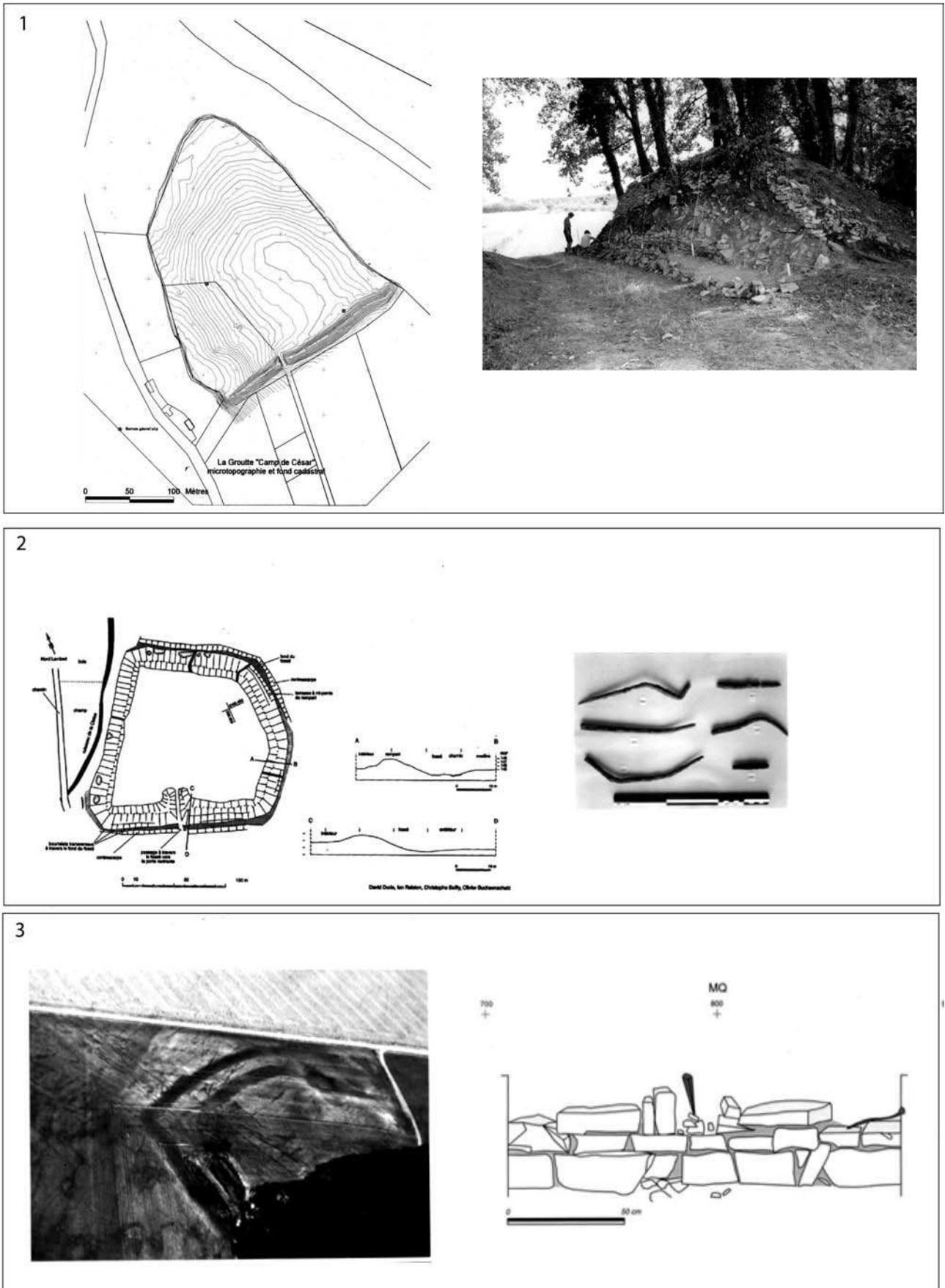


FIGURE 12.—Les murus gallicus des petits oppida (illustrations de O. Buchsenschutz); 1. Le plan de l'oppidum et la coupe dans le rempart de la Grotte (Cher); 2. Plan de l'enceinte de Luant (Indre), profils du rempart et grands clous en fer; 3. Photographie aérienne de la double enceinte de Meunet-Planches (Indre, cliché de Dominique Jalmain), parement du murus gallicus.

part symbolique. Ce n'est pas un rempart que l'on construit rapidement, et malgré ce que dit César au livre VII (« la pierre le défend du feu et le bois des ravages du bélier » *B.G.*, VII, 13), les expérimentations ont montré que c'est au contraire un ouvrage très fragile. Ces faiblesses laissent penser que le rempart de type *murus gallicus* ne peut pas constituer une défense efficace. Ce rempart est un symbole de prestige, matérialisant les limites des villes nouvelles de La Tène finale (Krausz et Buchenschutz, 2001). Si les *murus gallicus* sont généralement construits plusieurs décennies avant la conquête de la Gaule, autour des années 100 avant J.-C., l'édification des remparts massifs est plus tardive. Dans le Berry, tous les *murus gallicus* édifiés sur les grands *oppida* sont recouverts d'un talus massif. Les remparts de prestige sont donc renforcés et rehaussés par une fortification résolument défensive, à une époque qui correspond aux années de guerre (Buchenschutz, Krausz et Ralston, 2007).

Le rempart à talus massif, que l'on nomme « type Fécamp » au nord de la Seine, est constitué d'une masse de terre dont les sédiments sont généralement extraits d'un large fossé à fond plat situé à l'avant. Le fossé de l'*oppidum* de Châteaumeillant (*Mediolanum*) est le seul à avoir été coupé à l'heure actuelle dans le Berry. En 2002, on a pu observer qu'il s'agissait d'une vaste structure à fond plat de 40 m de largeur pour 3 m de profondeur. L'enceinte massive de Châteaumeillant, avec ses 15 ou 17 m de hauteur précédée d'un fossé de près de 40 m de largeur correspond au développement d'une défense puissante réalisée au cours d'une période troublée. Elle constitue une barrière physique et visuelle qui dote l'*oppidum* d'une protection efficace contre les machines de siège romaines.

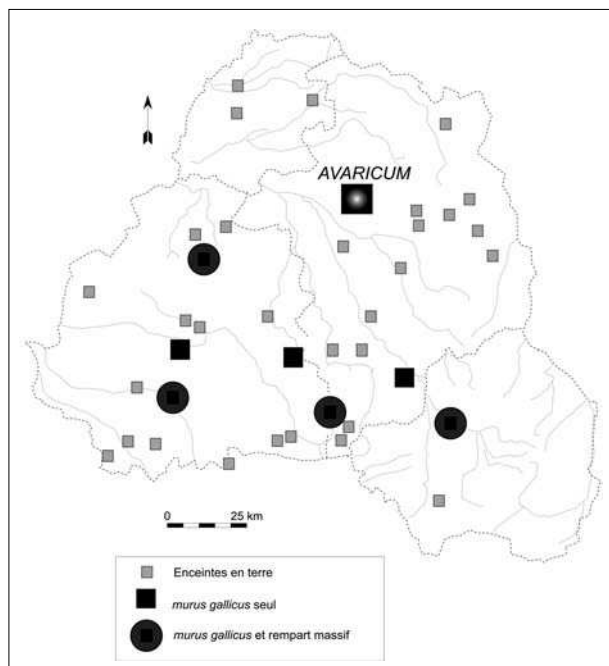


FIGURE 13.—Carte de répartition des remparts beturiges: les *murus gallicus* et les remparts massifs succédant aux *murus gallicus*.

## 5. BIBLIOGRAPHIE

- BATARDY, C.; BUCHSENSCHUTZ, O.; et DUMASY, F. 2001 (dir.): *Le Berry antique : milieux, hommes, espaces*, Atlas 2000, suppl. n° 21 à la Revue Archéologique du centre de la France, Tours.
- BUCHSENSCHUTZ, O. (dir.) 1988: *L'évolution du canton de Levroux d'après les prospections et les sondages archéologiques*, supplément à la Revue Archéologique du Centre de la France, Levroux I, 182 p.
- BUCHSENSCHUTZ, O. et KRAUSZ, S., 2001: «Levroux et le modèle de la genèse des *oppida*»: *Society and settlement in Iron Age Europe, l'habitat et l'occupation du sol en Europe*, Actes du XVIII<sup>e</sup> colloque de l'Association Française pour l'Etude de l'Age du Fer, Winchester, avril 1994, John Collis publications Sheffield: 292-298
- BUCHSENSCHUTZ, O.; KRAUSZ, S.; RALSTON, I., 2007 (à paraître): «Architecture et chronologie des remparts celtiques du Berry et du Limousin», *Table-ronde «murus celticus», Mont-Beuvray*, octobre 2006.
- BUCHSENSCHUTZ, O. et RALSTON, I., 1981: «Les fortifications de l'âge du Fer dans le Centre de la France.», *Revue Archéologique*, 1: 45-66.
- CESAR: *Commentarii de Bello Gallico*, collection des universités de France, série latine, Paris, Les Belles Lettres, 2 volumes, traduction française de L.-A. Constans, 1926.
- CRUMLEY, C., 1974: *Celtic social structure : the generation of archaeologically testable hypotheses from literary evidence*, Ann Arbor, University of Michigan, Anthropological Papers, 54, 116 pages.
- DEHN, W., 1961: «Aperçu sur les *oppida* d'Allemagne de la fin de la période celtique», *Celticum*, 3: 329-379.
- DUVAL, A.; BUCHSENSCHUTZ, O., 1980: «Sondage sur un rempart protohistorique à Moulins-sur-Céphons (Indre)», numéro spécial du Bulletin du Groupe d'Histoire et d'Archéologie de Buzançais (BGHAB): 19-28.
- KRAUSZ, S., 1998: «L'*oppidum* celtique de Saint-Marcel-Argentomagus (Indre): une nouvelle approche de la fortification et de sa position dans le contexte des *oppida* européens.», *Revue Archéologique du Centre de la France*.
- KRAUSZ, S., 2007 (à paraître): «La topographie et les fortifications celtiques de l'*oppidum* biturige de Châteaumeillant-Mediolanum (Cher)», *Revue Archéologique du Centre de la France* (RACF).
- NASH, D., 1976: «The growth of urban society in France.», in Cunliffe B.W. et Rowley T.Dir., *Oppida in barbarian Europe*, Oxford, BAR supplementary serie, 11 : 95-133.
- RALSTON, I.; BUCHSENSCHUTZ, O., 1975a: «Late pre-roman Iron Age forts in Berry», *Antiquity*, XLIX: 8-18.
- RALSTON, I.; BUCHSENSCHUTZ, O., 1975b: «Découverte d'un *murus gallicus* à Levroux.», *Gallia*, 33: 27-48.
- WHEELER, R.E.M.; RICHARDSON, K.M., 1957: *Hill-forts of Northern France*, Reports of the Research Committee of the Society of Antiquaries of London, XIX, Oxford University Press, 230 pp.



# ARCHITECTURES DES REMPARTS CELTIQUES DE LA TÈNE FINALE DANS L'EST DE LA GAULE

STEPHAN FICHTL

*Université François Rabelais, Tours*

## RÉSUMÉ

*L'article ne traite que des remparts de la période de La Tène finale c'est-à-dire de la fin du IIe s. et du Ier s. av. J.-C. C'est la fin de l'évolution des remparts protohistoriques à architecture en terre et bois. Il se limite au nord est de la Gaule, c'est-à-dire du nord au sud, les cités des Trévires, des Médiomatrices, des Leuques, des Lingons, des Mandubiens, des Séquanes, des Rauraces et des Helvètes. Cette région couvre plusieurs pays actuels, l'Allemagne, le Luxembourg, la France et la Suisse.*

## RESUMEN

*Este artículo trata de las murallas del período de La Tène final, es decir desde el fin del siglo II a. C. al final del I a. C. Es, entonces, cuando acontece el final de la evolución de las murallas protohistóricas construidas en tierra y madera. El análisis se limita al norte de la Galia, es decir, de norte a sur, a las ciudades de los Tréveros, de los Mediomatricos, de los Leucos, de los Lingones, de los Mandubienos, de los Secuanos, de los Rauracos y de los Helvetios. Esta región abarca territorios de varios estados modernos: de Alemania, Luxemburgo, Francia y Suiza.*

L'Est de la Gaule est à la confluence entre deux grands type d'architecture : les remparts à poutrage horizontal, et les remparts à poteaux en façade (Fig.: 1). Ces derniers, souvent désignés sous le terme allemand de Pfostenschlitzmauer, sont caractéristiques de la partie orientale du monde celtique, l'Allemagne du sud, l'Autriche, la république Tchèque, la Slovaquie et la Hongrie. En Gaule, par contre, dominant les remparts à poutrage horizontal, de type *murus gallicus* et toutes ses variantes. La région rhénane et l'Est de la Gaule sont ainsi le territoire où se rencontrent les deux types d'architectures.

Dans cette région, nous pouvons recenser plus de vingt-cinq oppida pour la plupart desquels nous connaissons l'architecture du rempart (Fig.: 2). Certains de ces sites ont fait l'objet de fouilles récentes et de grande envergure, comme l'oppidum du Fossé des Pandours à Saverne, ou l'oppidum de Besançon. D'autres sont connus par des sondages plus restreints datant parfois du XIXe ou du début du XXe s. Nombreux restent encore les sites pour lesquels nous ne connaissons rien sur le rempart.

Le tableau synthétique ci-dessus nous permet déjà plusieurs remarques. On connaît pour l'Est de la Gaule, quatorze sites munis d'un rempart de type *murus gallicus* ou pour lequel on a retrouvé des fiches en fer, douze peuvent être classés parmi les remparts à poteaux frontaux.

*On ne constate pas de lien direct entre un type d'architecture et une cité gauloise. Il est actuellement difficile d'expliquer le choix entre l'un ou l'autre de ces types architecturaux, dont l'un ne semble pas supérieur à l'autre. Le *murus gallicus* le plus oriental a été retrouvé sur l'oppidum bavarois de Manching (Van Endert 1991; Maier et alii 1992, Sievers 2003). Nous pouvons là sans doute parler d'influence culturelle, ou du moins d'une volonté consciente d'utiliser un type architectural exogène. Mais que dire des oppida placés de part et d'autre du Rhin?*

Pour le pays trévire, par exemple, nous avons quatre oppida dont nous connaissons l'architecture du rempart. Trois d'entre eux ont adopté le système à poteaux frontaux, seul le Titelberg, le plus occidental d'entre eux est muni d'un *murus gallicus*. Chez les Médioma-

**Trévires**

Dannenfels, Donnersberg (D-Rhénanie-Palatinat)	240 ha	Rempart à poteaux frontaux
Pommern-Karden, Martberg (D-Rhénanie-Palatinat)	70 ha	Rempart à poteaux frontaux
Pétange, Titelberg (L-GD du Luxembourg)	43 ha	<i>murus gallicus</i>
Wallendorf, Kasselt (D-Rhénanie-Palatinat)	42 ha	Rempart à poteaux frontaux
Otzenhausen, Ring (D-Sarre)	20 ha	<i>murus gallicus</i>
Oberfell, Bleidenberg (D-Rhénanie-Palatinat)	18 ha	Rempart à poteaux frontaux

**Médiomatriques**

Saverne, Fossé des Pandours (F-Bas-Rhin)	170 ha	<i>murus gallicus</i>
Metz, Colline Ste-Croix (F-Moselle)	35 ha	Rempart à poteaux frontaux
Cocheren, Mont Hérapel (F-Moselle)	12 ha	<i>murus gallicus?</i>

**Leuques**

Boviolles, Mont Châtel (F-Meuse)	60 ha	<i>murus gallicus</i>
Essey-lès-Nancy, Butte Ste-Geneviève (F-Meurthe-et-Moselle)	20 ha	Rempart calciné
Housseras, Les Remparts (F-Meurthe-et-Moselle)	6 ha	Rempart à poteaux frontaux
St-Dié, Camp de la Bure (F-Meurthe-et-Moselle)	3,5 ha	<i>murus gallicus</i>
Étival-Clairefontaine, La Pierre d'Appel (F-Meurthe-et-Moselle)	2,5 ha	Rempart en pierres

**Lingons**

Vix, Mont-Lassois (F-Côte-d'Or)	60 ha	clous
Vertault, Vertillum (F-Côte-d'Or)	25 ha	<i>murus gallicus</i>

**Mandubiens**

Alise-Sainte-Reine, <i>Alésia</i> (F-Côte-d'Or)	90 ha	<i>murus gallicus</i>
---	-------	-----------------------

**Séquanes**

Besançon, Vesontio (F-Doubs)	120 ha	<i>murus gallicus</i>
------------------------------	--------	-----------------------

**Rauraques**

Kirchzarten, Tarodunum, Heidengraben (D-Bade-Wurtemberg)	190 ha	<i>murus gallicus</i>
Ehrenkirchen, Kegelriss (D-Bade-Wurtemberg)	16 ha	
Sasbach, Limberg (D-Bade-Wurtemberg)	12 ha	
Breisach, Münsterberg (D-Bade-Wurtemberg)	10 ha	
Bâle, Münsterhügel (CH-BS)	5 ha	Rempart à poteaux frontaux

**Helvètes**

Altenburg-Rheinau (D- Bade-Wurtemberg et CH-ZH)	316 ha	Rempart à poteaux frontaux
Berne (CH-Berne)	140 ha	Rempart à poteaux frontaux
Mont Vully (CH-FR)	50 ha	Rempart à poteaux frontaux
Jensberg (CH-Berne)	20 ha	Rempart à poteaux frontaux
Sermuz (CH-VD)	7 ha	<i>murus gallicus</i>
Yverdon (CH-VD)	3 à 4 ha	Rempart à poteaux frontaux

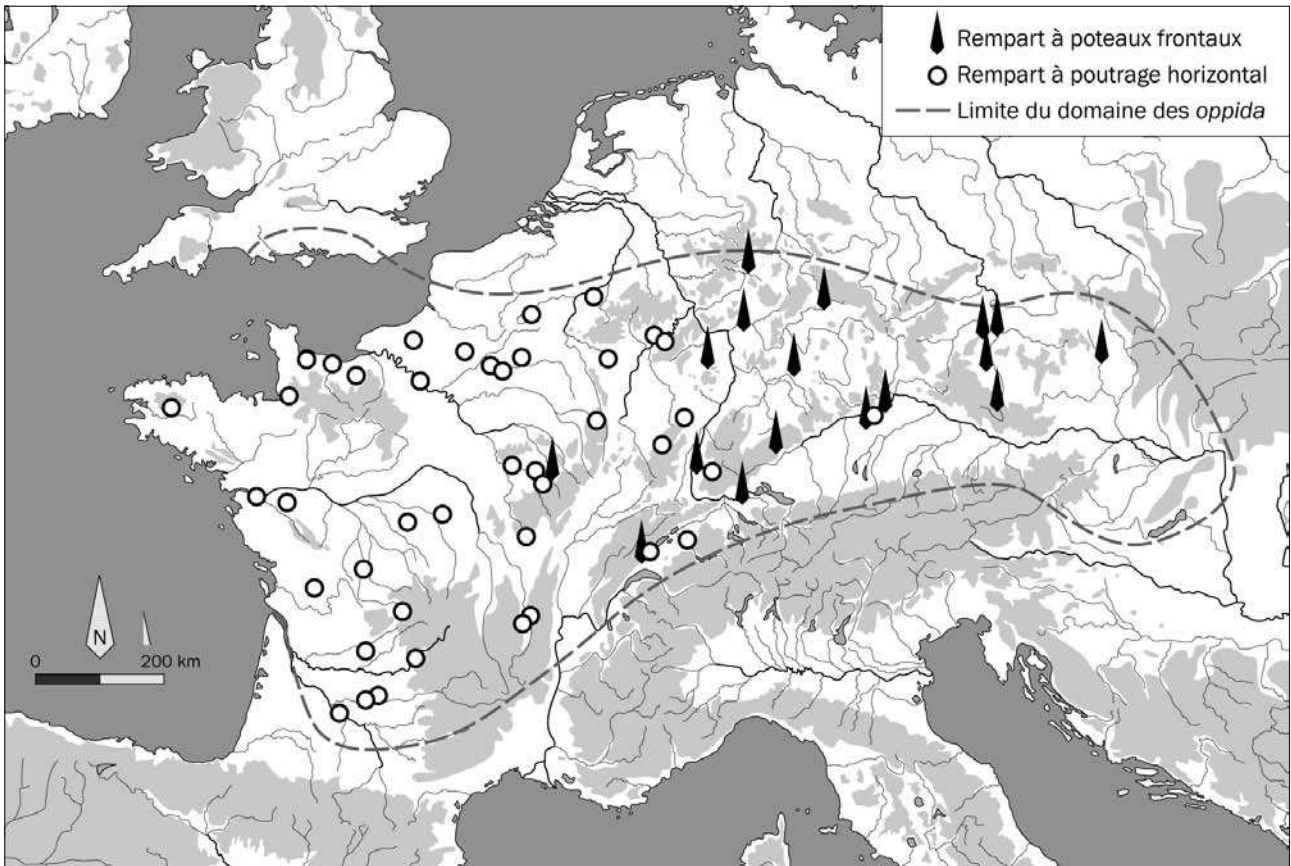


FIGURE 1.—Carte de répartition des remparts à poteaux frontaux et à poutrage horizontal.

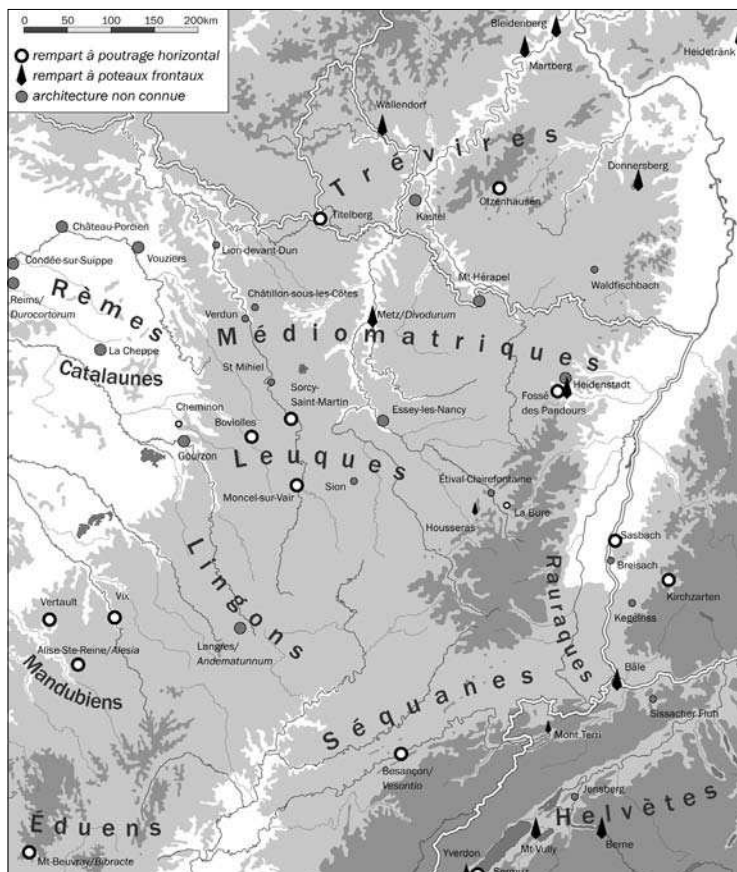


FIGURE 2.—Carte des sites fortifiés de La Tène finale de l'Est de la Gaule.



triques, plus au sud, seuls deux remparts ont été fouillés. Les deux variantes ont été utilisées, mais c'est le site le plus oriental, l'*oppidum* du Fossé des Pandours, qui cette fois est défendu par un *muris gallicus*, l'*oppidum* de Metz lui utilise une technique à poteaux frontaux. Mais sur l'*oppidum* du Fossé des Pandours lui-même, un rempart intérieur, sans doute un peu plus récent, a adopté cette même technique. Pour les Leuques, plusieurs petits sites ont fait l'objet de fouilles dans le bassin de Saint-Dié: chaque site possède une architecture différente. En territoire rauraco-séquan, les deux sites majeurs sont munis d'un *muris gallicus* (Besançon, Kirchzarten-*Tarodunum*). Les sites plus modestes ont eux des poteaux en façade (Sasbach, Bâle). Sur le plateau suisse, chez les Helvètes, les remparts à poteaux frontaux dominant, mais un site à *muris gallicus* est connu au-dessus du lac de Neuchâtel, à Sermuz.

Le choix de l'une ou l'autre de ces architectures n'est donc pas uniquement un choix culturel, puisque dans toutes les *civitates* le long du Rhin les deux types de constructions coexistent. Philippe Curdy propose d'y voir une différence peut être d'ordre chronologique (Curdy, Jud 1999 : 157). Il s'appuie en particulier sur la succession de deux sites au sud de lac de Neuchâtel : Yverdon et Sermuz. Le premier, qui possède un rempart à poteaux frontaux, est daté par dendrochronologie des années 81-80 av. J.-C. Sermuz, défendu par un *muris gallicus*, est datable du milieu du I<sup>er</sup> s. av. J.-C. Mais si cette succession chronologique fonctionne dans ce secteur, elle n'est pas exportable telle quelle sur le reste de la Gaule.

Une autre hypothèse peut être avancée. On peut constater que tant chez les Trévires, que chez les Médiomatriques et chez les Séquanes, l'*oppidum* principal est muni d'un *muris gallicus*. On peut donc se demander si ce type d'architecture n'a pas été considéré à une époque comme plus prestigieux. On a voulu munir les capitales de *civitates* de ce qui se faisait de mieux. Mais là encore, cette hypothèse se heurte à des contre-exemples comme l'*oppidum* du Donnersberg, le plus important par la taille du territoire trévire, et chez les Helvètes c'est le site de Berne qui est considéré comme la capitale de cité.

Il faut sans doute chercher une explication multiple qui prendrait en compte les trois hypothèses ci-dessus : des questions culturelles, chronologiques et hiérarchiques. Nous sommes dans une région qui est clairement une zone de contact entre deux entités du monde celtique, la Gaule ouverte sur le monde méditerranéen occidental (Marseille, mer Tyrrhénienne), à travers, entre autres, la vallée du Rhône, et un monde celtique oriental dont les influences et les contacts sont à chercher du côté de la mer Adriatique et de l'Europe orientale. Les cartes de distribution des amphores Dressel I illustrent d'ailleurs parfaitement cette dichotomie. Mais c'est aussi une région qui a connu d'importants mouvements de population, notamment

avec l'arrivée d'Arioviste et de populations dites « germaniques ». Il faut sans doute adopter une lecture dynamique de la bipartition *muris gallicus* / remparts à poteaux frontaux. Certaines *civitates* ont pu se trouver à la fin du II<sup>e</sup> s. dans une sphère celtique orientale, puis basculer vers la sphère celtique occidentale tout au long du I<sup>er</sup> s. av. J.-C.

#### 1. EXEMPLES DE REMPARTS À POTEAUX FRONTAUX DANS L'EST DE LA GAULE AU II<sup>e</sup> ET I<sup>er</sup> S. AV. J. C

Parmi les remparts à poteaux frontaux, plusieurs variantes existent dans cette région. Tout d'abord nous avons le rempart à poteaux verticaux de type Kelheim, dont les poteaux sont plantés verticalement dans le parement et retenus à la masse du rempart par une seule traverse dans la partie supérieure de la construction. Des traces de cette pièce de bois n'ont d'ailleurs jamais été retrouvées en fouille. L'exemple le plus caractéristique est le rempart du Donnersberg. Une variante de cette architecture se retrouve sur les sites de Metz et du Fossé des Pandours. Les poteaux dans ces deux exemples sont reliés entre eux par des poutres visibles dans le parement et qui s'ancrent dans les poteaux par un système de tenons et mortaise. Enfin une troisième variante est connue à travers des sites du plateau suisse où nous avons la présence de deux rangées parallèles de poteaux, l'une en façade et l'autre en arrière dans la masse du talus: Mont Vully et Yverdon.

#### 1. L'*oppidum* du Donnersberg, commune de Dannenfels (Donnersberg Kr., Rheinland-Pfalz, D)

Avec une superficie de 240 ha, le Donnersberg est le plus grand *oppidum* de la cité des Trévires (Rieckhoff, Biel 2001 : 320-323). Il est ceint d'un rempart de contour de 8,5 km de long, construit selon la technique à rempart frontaux appelé *Pfostenschlitzmauer* (fig. 3). Plusieurs sondages ont été effectués sur l'ensemble de la fortification. C'est pour le rempart sud que nous avons le plus d'information. Le rempart possède un parement, dont la hauteur est estimée à 4 m, contre lequel s'appuie une rampe de terre de 7 m de large (fig. 4 et 5). L'armature se compose, dans un premier état, de poteaux verticaux de 0,35 à 0,40 m de diamètre, espacés d'environ 3 m. Ils étaient fixés dans la masse du rempart par au moins deux traverses horizontales. L'ensemble de la fortification possède une deuxième phase, dont le nouveau parement est installé à 1 m devant l'ancien. La partie sud a révélé une troisième phase de construction, qui s'apparente sans doute plus à une réfection. Si un espacement régulier entre les poteaux a pu être mis en évidence dans certains secteurs, il ne présente pas partout le même module, avec un espacement beaucoup plus aléatoire dans les zones ayant fait l'objet de reconstructions (fig. 6). Nous n'avons aucun élé-

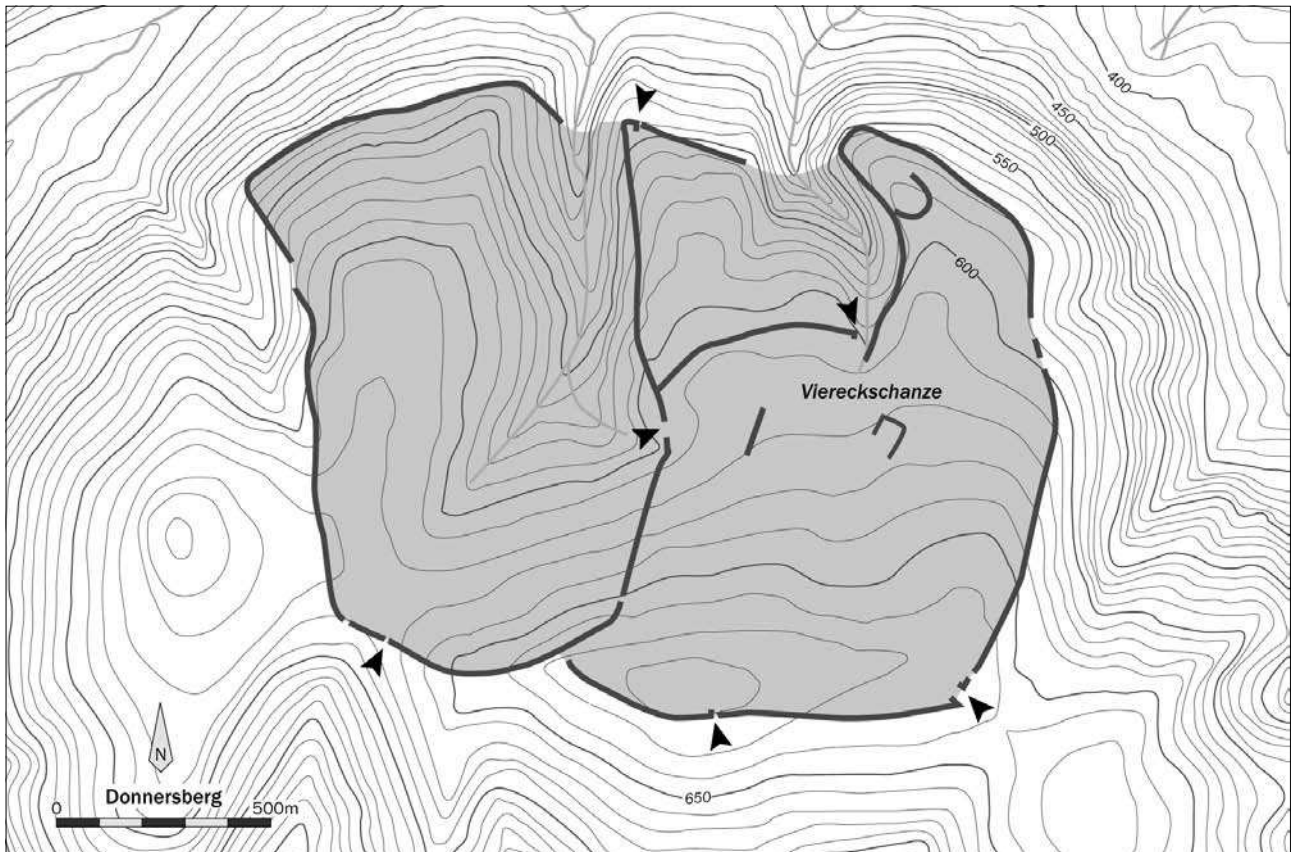


FIGURE 3.—Plan de l'oppidum du Donnersberg (Rhénanie-Palatinat).



FIGURE 4.—Reconstitution du rempart du Donnersberg (cliché S. Fichtl).



FIGURE 5.—*Rempart sud du Donnersberg (LAD Rheinland-Pfalz, Archäologische Denkmalpflege Speyer).*



FIGURE 6.—*Rempart intérieur du Donnersberg (LAD Rheinland-Pfalz, Archäologische Denkmalpflege Speyer).*

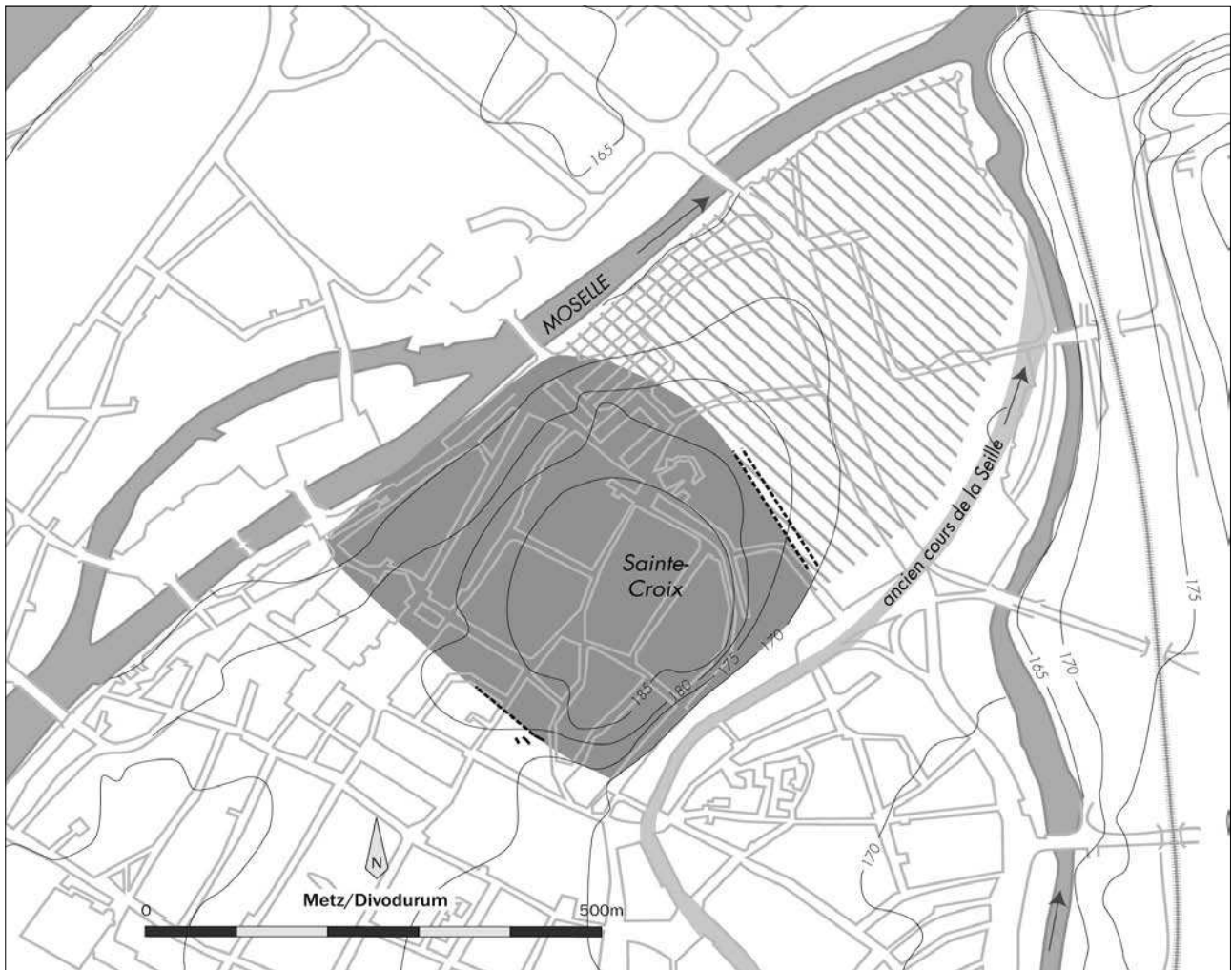


FIGURE 7.—Plan de l'oppidum de la colline Sainte-Croix à Metz (d'après Bressoud 2003).



FIGURE 8.—Poteau travaillé, trouvé sur les fouilles du rempart de la rue Taison à Metz (Faye et alii 1990).

ment pour proposer la présence de longrines, c'est-à-dire de pièces de bois parallèles au parement, qui relieraient les poteaux entre eux, mais le faible espacement de ces derniers dans plusieurs secteurs rend sans doute cette pièce de bois superflue.

## 2. L'oppidum de la colline Sainte-Croix à Metz (départ. de Moselle, Lorraine, F)

L'oppidum de la colline Sainte-Croix à Metz (Moselle), l'antique *Divodurum*, est estimé actuellement à seulement une douzaine d'hectares (fig. 7 ; Faye *et alii* 1990, Bressoud 2003). Il est se place parmi les oppida secondaires de la cité des Médiomatriques. Son intérêt principal, au niveau de l'architecture des remparts, c'est la découverte, en 1987, de restes de bois (fig. 8 et 9). Ces éléments permettent d'avoir une idée précise de la chronologie mais aussi une approche nouvelle du poutrage interne d'un rempart protohistorique. Trois états ont pu ainsi être mis en évidence. Le premier rempart est daté de 110 av. J.-C., il est remplacé dans la première moitié du I<sup>er</sup> s. av. J.-C. (après 80 av. J.-C.). Enfin un dernier état a pu être daté de 55 av. J.-C. C'est le premier état de la fin du second siècle qui nous intéresse ici. Plusieurs poteaux ont été retrouvés, espacés de 4,20 à 4,70, et dont l'un en particulier, le poteau [109], donne la clef du poutrage interne. Il était conservé sur une longueur de 3,80 m. De section quadrangulaire (0,30 x 0,33 cm), il présente trois traces de mortaise (25 x 10 cm). La forme de ces évidements permet de confirmer qu'il ne s'agit pas d'encoches prévues pour ancrer les poutres transversales, qui présentent toutes un pendage, mais plutôt de longrines reliant les différents poteaux entre eux. C'est donc bien le système poteaux-longrines qui retient les poussées du massif de terre, le blocs de pierre ne remplissant que les espaces entre les pièces de bois (fig. 10).

## 3. L'oppidum du Fossé des Pandours au Col de Sa-verne (départ. du Bas-Rhin, Alsace, F)

L'oppidum du Fossé des Pandours au Col de Sa-verne est le site le plus important des Médiomatriques (Fichtl, Feliu à paraître). Avec une superficie de 160 ha, il devance en taille nettement tous les autres oppida de la *civitas* (fig. 11). Il possède un rempart de contour de type *muris gallicus*, que nous étudierons plus en détail dans le chapitre suivant et plusieurs remparts internes. C'est celui du *Baerenkumpf* qui nous intéresse ici. La fouille menée par Clément Feliu en 2004 a permis d'en comprendre l'architecture. La hauteur de la construction est estimée à 3 m. Le parement formé de blocs de grès taillés présentait des interruptions de 30 à 35 cm de large, espacées de 3,80 m à 4,20 (fig. 12 et 13). Il retenait une rampe de sable, d'une largeur de 6 à 6,50 m, délimitée vers l'arrière par un petit muret constitué de blocs bruts d'extraction. L'espacement entre les poteaux nous incite à proposer une architecture comparable à celle de la colline Sainte-Croix à Metz. En effet, sans longrines reliant entre eux

les poteaux, l'armature ne permettrait pas de retenir les poussées de la masse de terre.

## 4. L'oppidum du Mont Vully (Canton de Fribourg, CH)

L'oppidum helvète du Mont Vully, malgré une superficie de 50 ha et une position dominante sur le plateau suisse, n'a jamais livré les indices d'une occupation dense (fig. 14 ; Kaenel *et alii* 2004). Les fouilles du rempart ont par contre permis la mise en évidence de plusieurs éléments clefs pour la connaissance des remparts protohistoriques. La présence de plusieurs tours a été, pour la première fois, clairement attestée. En ce qui concerne l'architecture à proprement parler, il s'agit d'un rempart à poteaux en façade, de 70 à 80 cm de diamètre, et espacés régulièrement de 2,50 à 2,9 m, doublés par une seconde rangée de poteaux installée à 3,25 m en moyenne dans le massif du rempart. Les poteaux étaient reliés entre eux par des longrines en façade, qui ont été bien vues grâce aux vides laissés dans le parement, et sans doute par des traverses, dont la présence se déduit de la double rangée de poteaux, même si aucune trace n'en était visible à la fouille (fig. 15 et 16). Une réfection a eu lieu sur ce rempart. Une nouvelle ligne de poteaux a été implantée à 1,50 en avant du parement précédent, mais placée en quinconce par rapport à l'ancienne construction. Si les principaux éléments architecturaux ont, sans doute, été repris, l'ancrage sur une ligne de poteaux noyés dans la masse du rempart n'est plus envisageable. La construction se rapproche alors plus de celle de l'oppidum de Metz.

## 5. L'oppidum d'Yverdon (Canton de Vaud, CH)

Une dernière variante est représentée par le petit oppidum d'Yverdon à l'extrémité sud-ouest du lac de Neuchâtel (Brunetti 2005). Installé en bordure du lac, il couvre une superficie de 3 à 4 ha. Son rempart comporte, comme au Mont-Vully, deux rangées parallèles de poteaux, dont l'entre-axe moyen est de 1,40 m (fig. 17 et 18). Les deux rangées sont espacées de 4 m. Des fiches en fer trouvées dans la démolition proviennent sans doute du système d'assemblage. L'intérêt du site est la conservation de plusieurs dizaines de base de poteaux. Ces derniers étaient en chêne, de section quadrangulaire (0,50/0,40 x 0,50/0,60 m). Ils ont tous été abattus à l'automne hiver 81/80 av. J.-C. Une autre particularité est que la plupart des poteaux étaient biseautés, avec un angle de 10 à 14° (fig. 19). Le parement n'était donc pas installé verticalement mais de manière oblique. L'absence d'élévation ne permet pas de confirmer que les poteaux étaient reliés entre eux par des longrines, qui sont tout à fait envisageables, compte tenu de la proximité architecturale avec le Mont-Vully, mais peut-être moins utiles, vu l'espacement plus restreint des poteaux.

Nous avons ainsi dans cette région plusieurs variantes de remparts à poteaux frontaux. Cependant cette

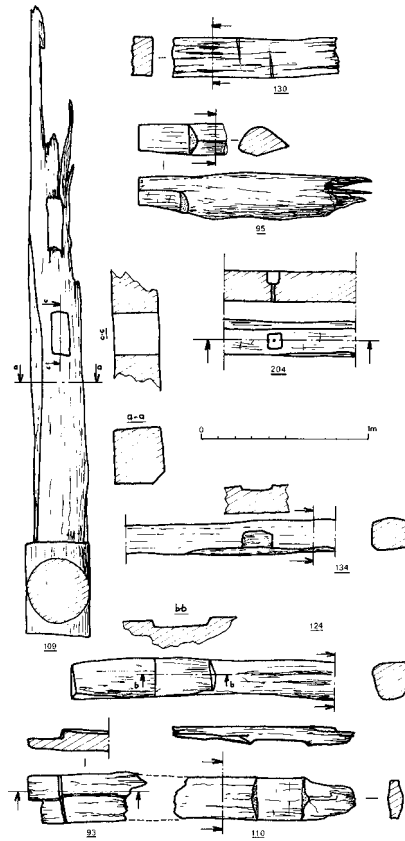


FIGURE 9.—Pièces de bois travaillés, provenant des fouilles du rempart de la rue Taison à Metz (Faye et alii 1990).

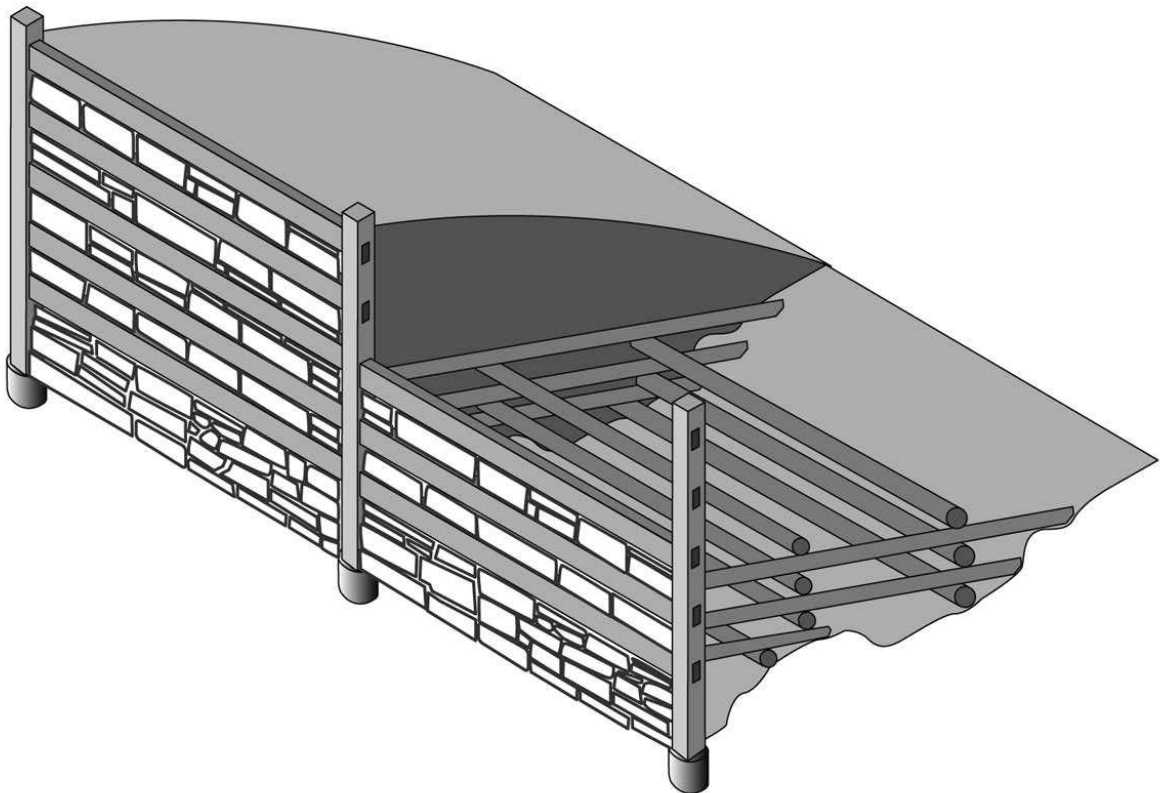


FIGURE 10.—Proposition de restitution graphique du premier état du rempart de Metz, rue Taison.

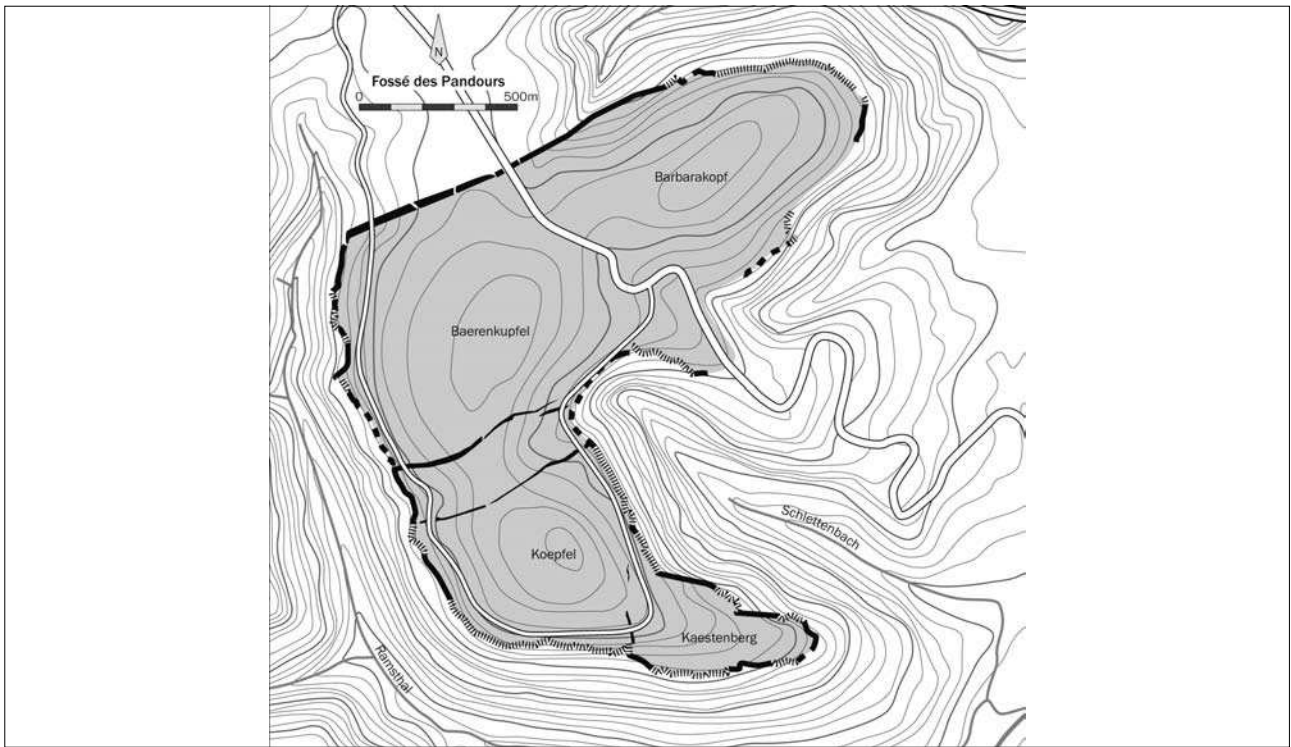
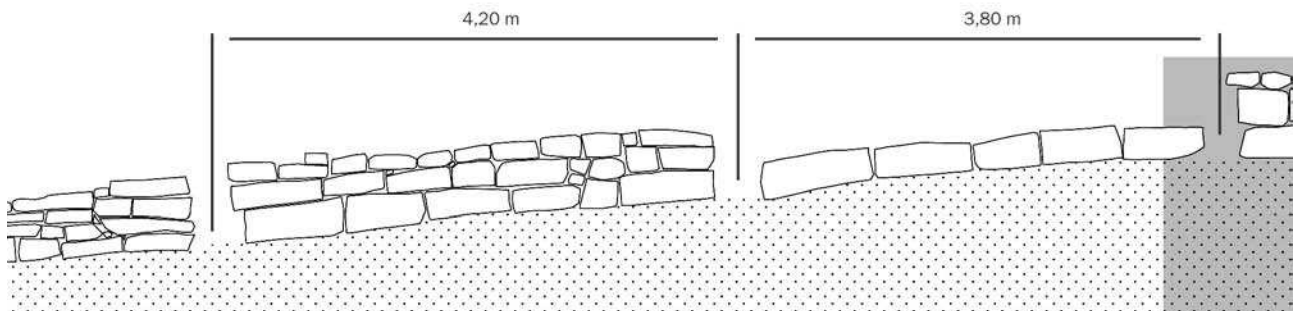


FIGURE 11.—Plan de l'oppidum du Fossé des Pandours (Bas-Rhin).



FIGURE 12.—Parement du rempart interne du Baerenkupfel sur l'oppidum du Fossé des Pandours (cliché S. Fichtl).



0 1 2 3 m

Relevé : C. Féliu, G. Alberti.

FIGURE 13.—Relevé du parement du rempart interne du Baerenkupfel (relevé Cl. Féliu, G. Alberti).

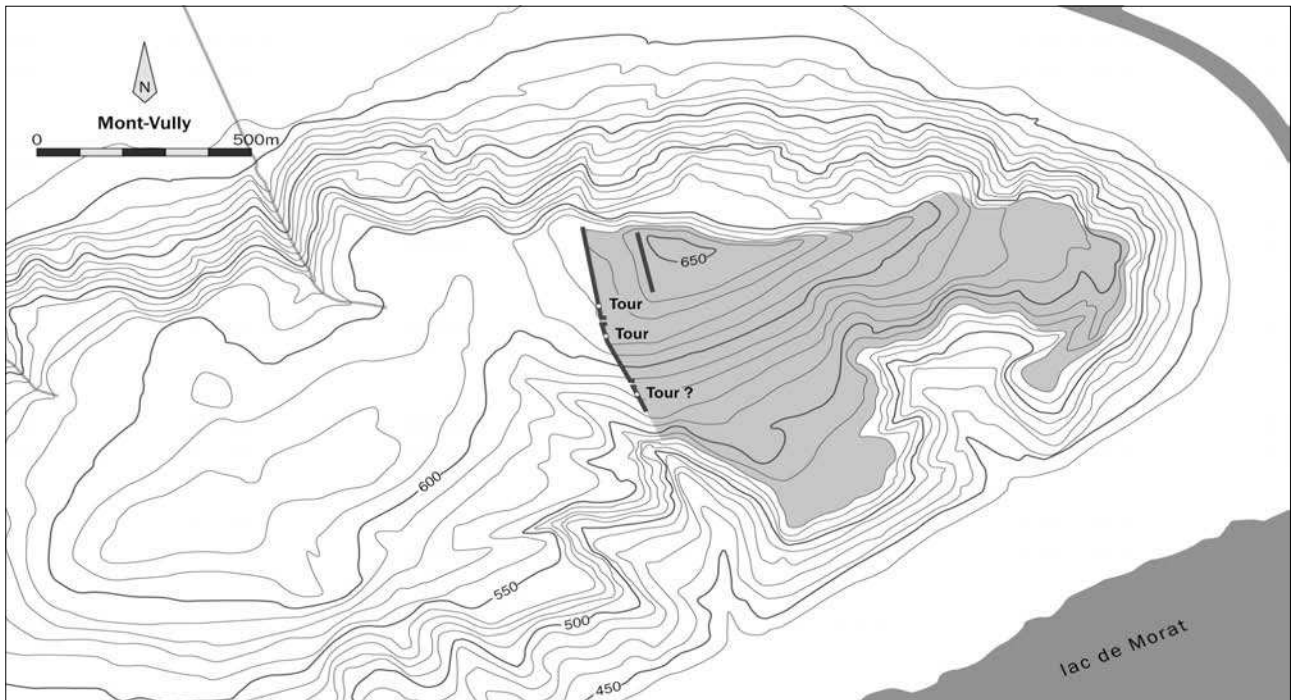


FIGURE 14.—Plan de l'oppidum du Mont-Vully (Fr., Suisse).



FIGURE 15.—Parement du rempart du Mont-Vully (d'après Kaenel et alii 2004).

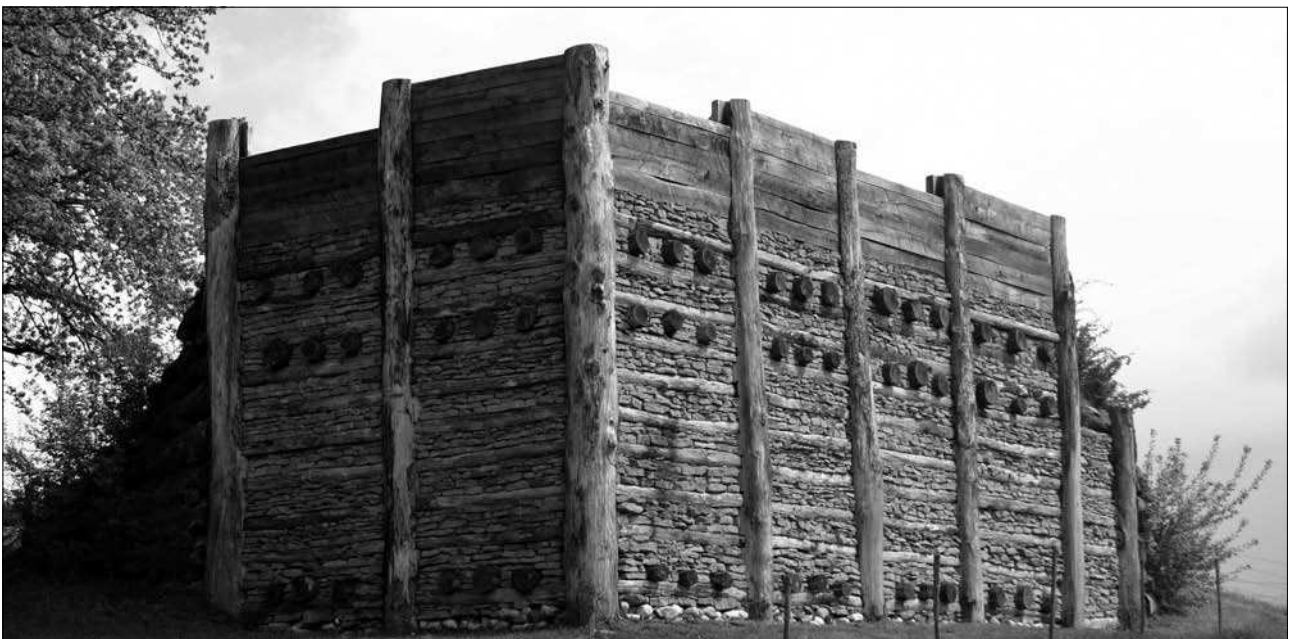


FIGURE 16.—Reconstitution du rempart du Mont-Vully (cliché S. Fichtl).



variabilité doit-elle être seulement mise sur le compte de choix architecturaux des ingénieurs gaulois ? En effet, certaines caractéristiques architecturales ne peuvent être mises en évidence que si le rempart présente un bon état de conservation et que le sondage est d'une taille suffisante pour révéler l'ensemble de l'architecture interne.

## 2. EXEMPLES DE REMPARTS DE TYPE *MURUS GALLICUS* DANS L'EST DE LA GAULE AU II<sup>e</sup> ET I<sup>er</sup> S. AV. J. C

Les remparts de type *murus gallicus* présentent également plusieurs variantes. Plusieurs critères architecturaux permettent de les différencier. L'emplacement et les dimensions du poutrage interne obligent à concevoir deux groupes. Le premier présente une grille de poutres dans la partie avant du rempart. Le second s'appuie sur un poutrage formé de grandes poutres obliques traversant presque toute la masse du rempart.

Un autre critère est aussi à prendre en compte, c'est l'emplacement de la première poutre derrière le parement. Cette poutre peut se situer soit dans le parement, en alternance avec des blocs de pierres, comme sur les remparts de Vertault ou Alésia, soit dans la partie arrière du parement, et donc pas visible, comme à Manching ou au Fossé des Pandours, ou bien elle est placée derrière le parement, sans lien direct avec lui.

## 6. Le *murus gallicus* du Fossé des Pandours au Col de Saverne (départ. du Bas-Rhin, Alsace, F)

L'*oppidum* du Fossé des Pandours a déjà été évoqué plus haut pour l'architecture du rempart du Baerenkupfel. Mais le rempart le plus important est le rempart de barrage, d'une longueur de 600 m qui barre le rétrécissement qui s'ouvre sur le plateau lorrain. Ce rempart construit avec la technique du *murus gallicus* est l'un des plus beaux exemples de ce type connu actuellement en Gaule. Cinq campagnes de fouille, de 1995 à 1999, ont permis d'acquérir une bonne connaissance de l'architecture de ce rempart. Plusieurs détails techniques n'avaient pas été vus sur d'autres sites, en particulier à cause de la taille souvent trop réduite des sondages, mais aussi parce que bon nombre de remparts protohistoriques ont connu plusieurs phases de construction, ce qui a considérablement nuit à la conservation de chacun des états.

Sa largeur au sol est estimée à au moins 15 m, avec une hauteur du parement entre 5,50 m et 6,00 m (Fig. : 20). Cette hauteur minimum est calculée d'après la hauteur conservée du talus. Le poutrage interne de ce *murus gallicus* ne se trouvait qu'à l'avant du rempart (Fig. : 21). Il était installé sur une marche horizontale taillée dans le substrat d'une profondeur moyenne de 3,40 m à 4,00 m. Cet aménagement laisse supposer que les troncs perpendiculaires au parement avaient, eux aussi, une longueur similaire. Le poutrage était formé de trois rangs de poutres parallèles au parement, espa-

cées de 1,40 m à 1,50 m pour les deux premières, et de 1,10 m en moyenne entre la seconde et la troisième poutre. Par-dessus, étaient disposées les poutres perpendiculaires dont l'entre-axe varie entre 140 m et 1,60 m. La partie inférieure, sur une hauteur d'environ 0,60 m, ne disposait pas de poutrage. L'intérieur du rempart était composé de gros blocs de grès brut, tandis que l'extérieur était renforcé par une masse de sable fortement tassé, placé en butée contre les bas du parement et qui compensait l'absence de fondation creusée.

Le premier rang de poutre était installé, non pas derrière le parement mais à l'intérieur de celui-ci. Les poutres perpendiculaires étaient visibles de l'extérieur. L'ouverture dans le parement était couverte par une dalle plus importante, faisant office de linteau. Le parement était lui-même constitué de dalles de grès rose taillées sur cinq faces (fig. 22).

## 7. L'*oppidum* de Besançon/*Vesontio* (Départ. du Doubs, Franche-Comté, F)

L'*oppidum* de *Vesontio* est situé dans une boucle du Doubs (fig. : 23). La berge a connu, à l'époque de l'*oppidum*, au moins deux constructions majeures (Vaxelaire 2003 ; 20 000 m<sup>3</sup> d'histoire, 1992 ; De *Vesontio* à Besançon 2006). La première construction était érigée avec de grands blocs cyclopéens et des blocs d'un module plus modeste, et formait sans doute un simple mur de berge (fig. : 24). Il est possible, mais pas prouvé, que ce mur n'ait existé que dans ce secteur de la boucle, favorable à une installation portuaire.

La seconde construction est le rempart de type *murus gallicus*, dont l'édification peut être située vers 80 av. J.-C. Le parement est construit deux mètres en avant du mur de berge précédent, qu'il englobe totalement. La construction de ce mur, gagné sur la rivière, a sans doute posé des problèmes de fondation. À certains endroits, le parement s'appuie directement sur le gravier. Ailleurs, on a utilisé le système de la sablière basse : une poutre équarrée d'une section de 25 cm, calée par des piquets.

Le *murus gallicus* proprement dit possède une largeur de 6 m. L'ossature en bois a été mise en évidence par les fiches d'assemblage en fer, de section carrée, de 2 cm en moyenne pour une longueur de 35 à 40 cm. Ces fiches sont nettement plus imposantes que celles rencontrées généralement sur d'autres remparts de ce type. Le poutrage est lui aussi beaucoup plus dense que sur d'autres sites : l'entre-axe est de 0,80 m dans les deux sens (fig. : 25). À titre de comparaison, au Titelberg (Luxembourg) l'espacement est de 1,50 à 2 m, au Fossé des Pandours (Alsace) de 1,40 à 1,60 m. La taille de ces fiches et la densité du poutrage interne sont sans doute liées à la situation particulière du rempart en bord de berge. La réponse technique est conforme à l'esprit des remparts protohistoriques dont l'élément majeur était la structure en bois et non le parement en pierres sèches. La hauteur peut être estimée à 4,5 à 5 m au-dessus de la rivière.

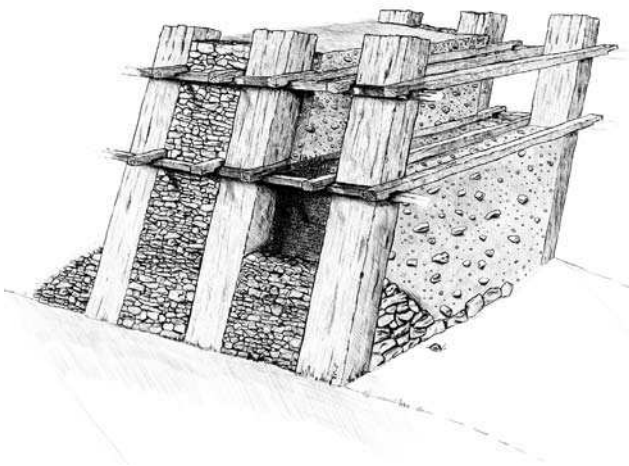


FIGURE 17.—*Proposition de restitution du rempart d'Yverdon (d'après C. Brunetti 2005).*

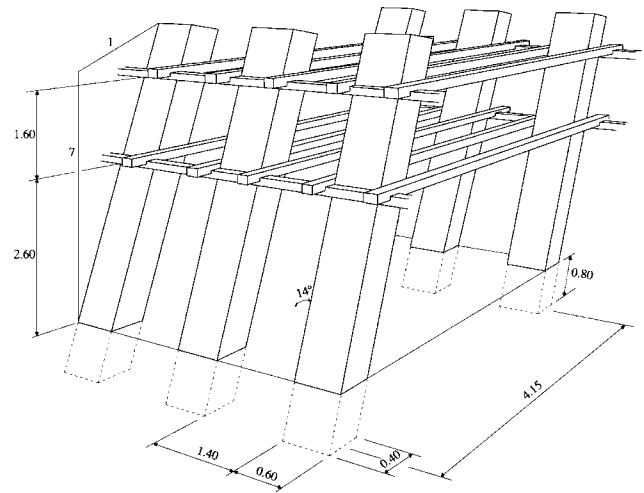


FIGURE 18.—*Dimensions du rempart d'Yverdon (d'après C. Brunetti 2005).*



FIGURE 19.—*Base d'un poteau du rempart d'Yverdon, taillé en oblique.*



FIGURE 20.—Murus gallicus du Fossé des Pandours (cliché S. Fichtl).



FIGURE 21.—Partie avant du murus gallicus du Fossé des Pandours, avec emplacement des poutres (cliché S. Fichtl).

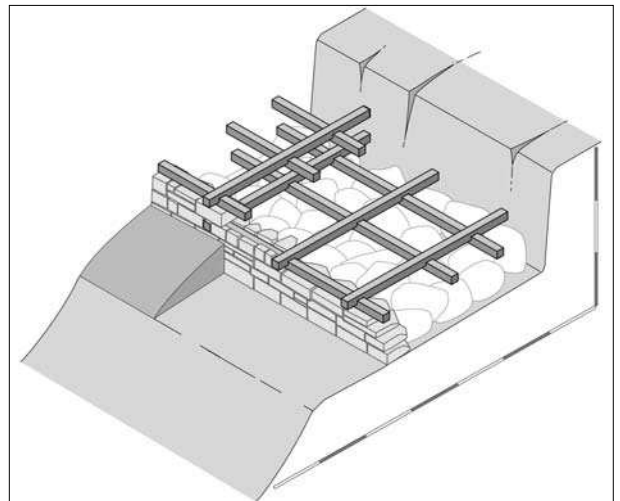


FIGURE 22.—Proposition de restitution de l'avant du murus gallicus du Fossé des Pandours.

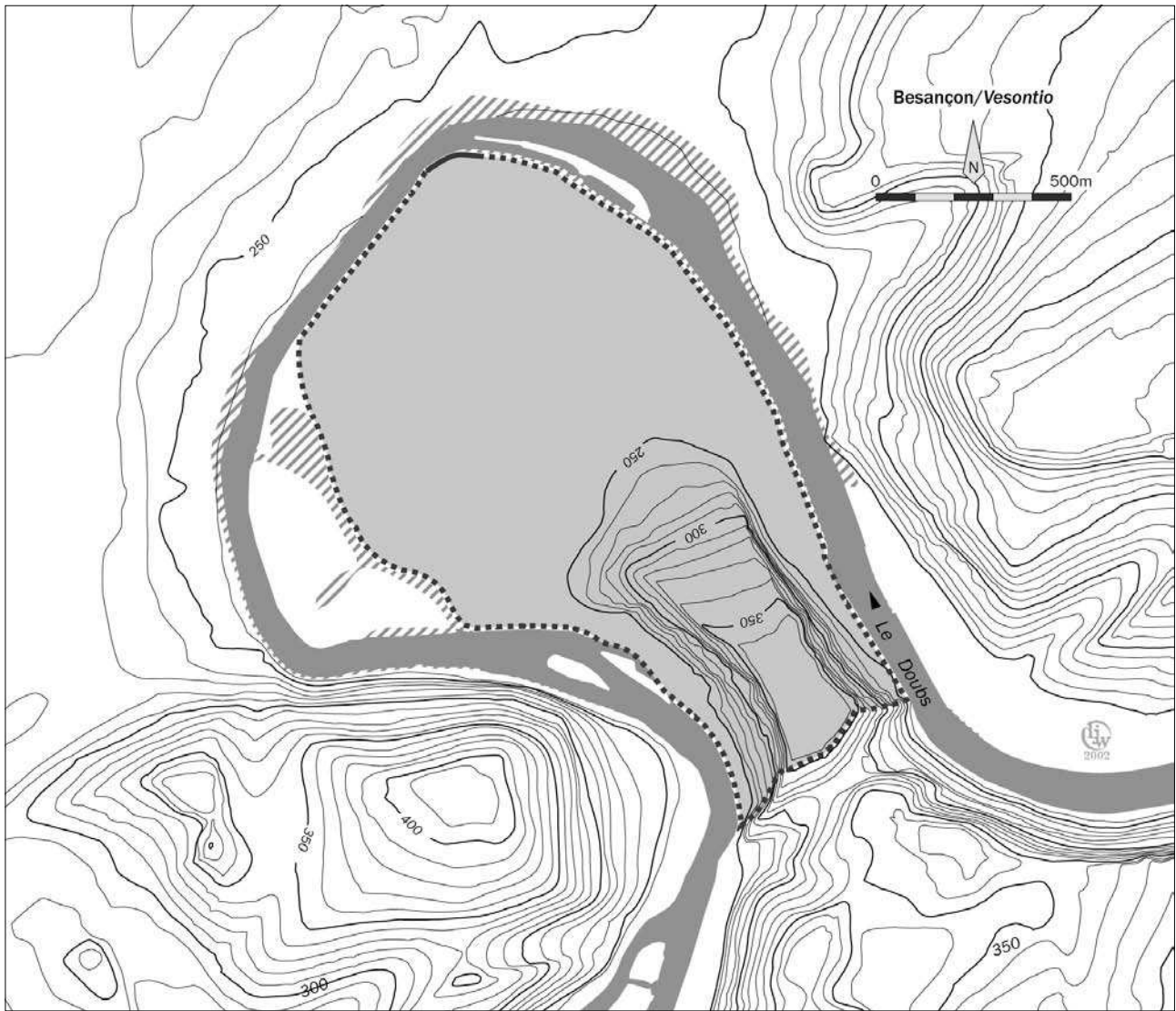


FIGURE 23.—Plan de l'oppidum de Besançon/Vesontio (Doubs).



FIGURE 24.—Le mur de berge du premier état du rempart de Besançon.

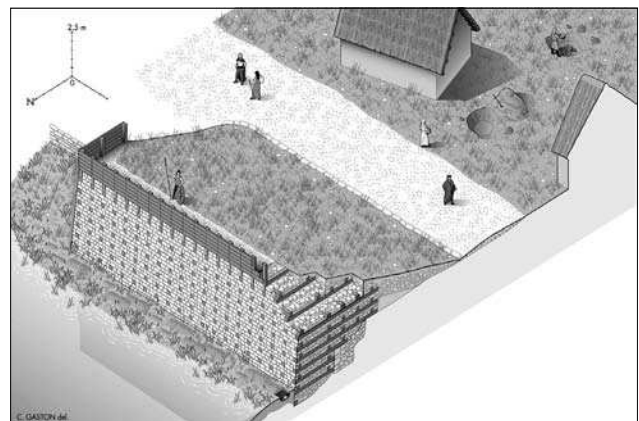


FIGURE 25.—Proposition de restitution du murus gallicus de Besançon (C. Gaston).

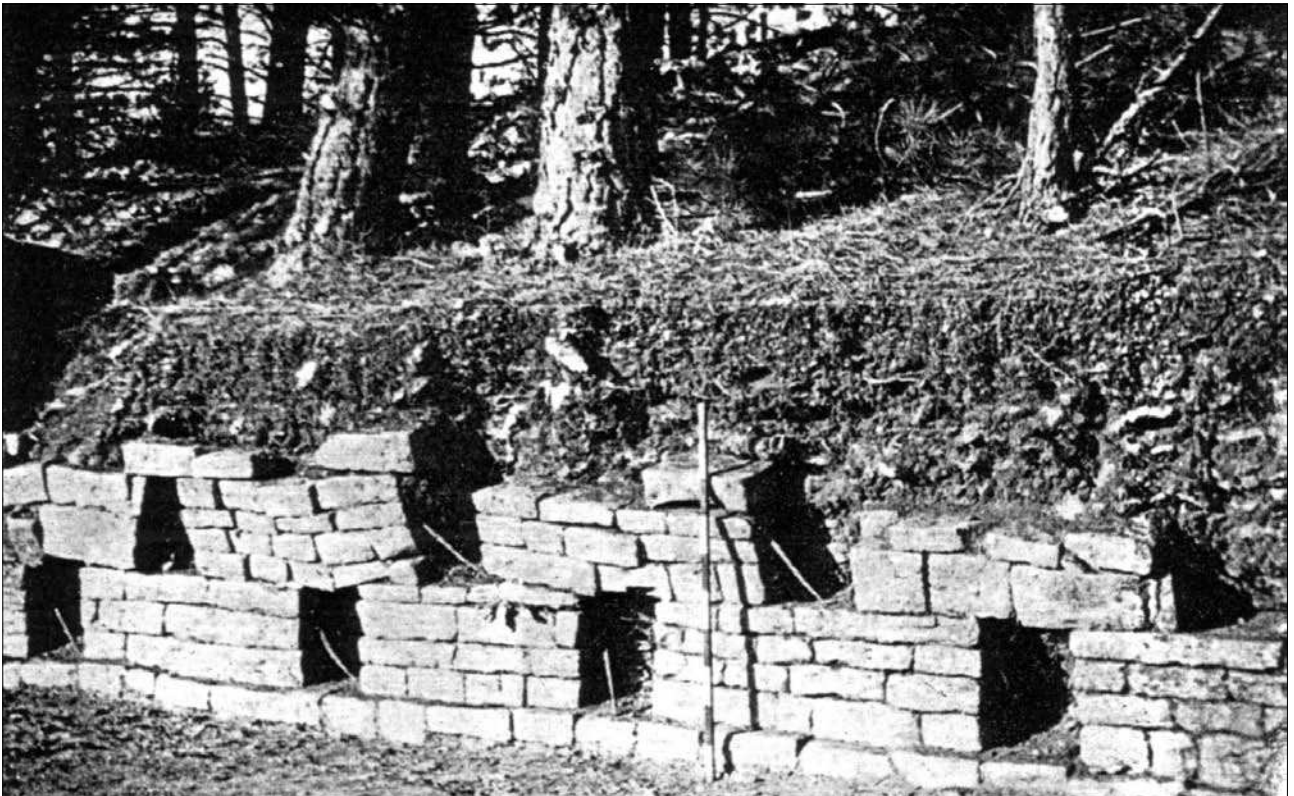


FIGURE 26.—Vue du rempart de Vertault (d'après Gallia, Informations archéologiques 1960).



FIGURE 27.—Le murus gallicus Espérandieu.



FIGURE 28.—Le murus gallicus dit «Fourrier» (cliche A. Colin).

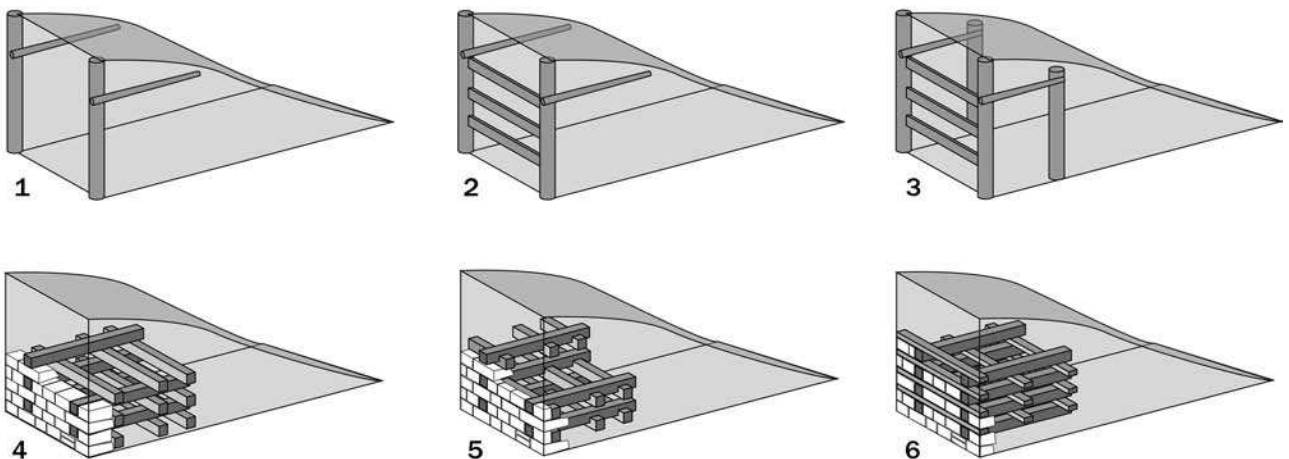


FIGURE 29.—Typologie des remparts à poteaux frontaux et à poutrage horizontale: 1, rempart de type Kelheim; 2, rempart de type Metz; 3, rempart de type Mont-Vully; 4, murus gallicus; 5, murus gallicus de type Fossé des Pandours; 6, murus gallicus de type Vertault.

### 8. Le murus gallicus de l'oppidum de Vertault (Départ. de Côte-d'Or, Bourgogne, F)

L'oppidum lingon de Vertault, un éperon barré d'environ 25 ha, est surtout connu pour le site gallo-romain, *Vertillum*, installé à l'intérieur de l'enceinte au premier siècle apr. J.-C. (Mangin, Mangin 1994). Les premières fouilles sur l'oppidum de Vertault ont été effectuées dès le milieu du XIXe siècle (Caumont 1852). De nouvelles fouilles ont été conduites par R. Joffroy en 1957 et 1959 (*Gallia*, Informations archéologiques 1958 ; *Gallia*, Informations archéologiques 1960). M. et J.-M. Mangin reprisent l'étude en 1984 (Mangin, Mangin 1988). Le rempart de type *murus gallicus* présente des longrines visibles dans le parement, épaisses de 7 cm pour 0,25 à 0,30 m de large. Les poutres perpendiculaires mesurent 0,30 de haut pour 0,15 à 0,25 m de large dans le secteur fouillé en 1957 et 0,35 m x 0,20 m dans le tronçon fouillé en 1959 (fig. 26). Les blocs du parement en calcaire sont taillés. Le parement est en retrait par rapport à la première assise. Sa datation précise n'est pas assurée, mais il a été sans doute érigé dans la seconde moitié du Ier s. av. J.-C., voire même à l'époque gallo-romaine.

### 9. Les remparts Espérandieu et Fourier sur l'oppidum d'Alésia (Alise-Sainte-Reine, Département de Côte-d'Or Bourgogne, F)

Sur l'oppidum d'Alésia, deux remparts ont été étudiés dans le secteur de la Croix-Saint-Charles, le rempart Espérandieu (Espérandieu 1912, 1914) et le rempart Fourier. Les premières fouilles ont été réalisées au début du XXe s. et reprises par Anne Colin de 1991 à 1994 (Barral, Joly 2001, Colin à paraître). Le rempart Espérandieu, large de 6 m, possédait un parement composé de beaux blocs bien équarris assemblés à sec (fig. 27). Il a sans doute été érigé dans la seconde moitié du Ier s. av. J.-C., soit bien après le siège de César. Les fouilles d'Anne Colin sur le rempart Fourier ont mis en évidence la parenté avec l'architecture du rempart voisin de Vertault. Il possède comme ce dernier des longrines de faible épaisseur, visibles dans le parement. Les blocs de celui-ci sont taillés et sa première assise est également en saillie (fig. 28). La découverte d'un fragment de céramique sigillée sous la première assise permet de proposer une datation du début du Ier s. apr. J.-C.

Les deux remparts de Vertault et d'Alésia-Fourier montrent que l'architecture de type *murus gallicus* a continué à être utilisée à l'époque gallo-romaine. Les deux sites sont, au Ier s. apr. J.-C., des agglomérations de second ordre. L'utilisation d'une architecture désuète est-elle liée à la modestie de ces sites ? Comment les commanditaires ont-ils pu avoir l'autorisation de Rome de construire un rempart à une époque où la possession d'un rempart était un privilège des colonies et de certaines villes favorisées, comme Autun ou Langres ?

### 3. CONCLUSIONS

Cette rapide étude reprend des éléments exposés lors d'une table ronde tenue sur à Glux-en-Glenne sur l'architecture des remparts protohistoriques en Europe tempérée. La fouille d'un nombre important de remparts de terre et de bois ces dix dernières années a permis de mieux connaître leur architecture. Elles nous incitent à proposer de nouvelles typologies basées sur des éléments de construction qui n'avaient pas été reconnues auparavant, comme en particulier le lien entre les longrines et le parement (fig. 29). Il devient clair que nous n'avons pas affaire à des architectures en pierres sèches renforcées par des pièces de bois mais de véritables architectures de bois, où les différents systèmes de poteaux et de poutres avaient un rôle essentiel dans la statique de la construction. Il apparaît clairement que ces résultats ont pu être obtenus car les sondages effectués étaient supérieurs à une simple tranchée et le rempart a été fouillé sur toute sa hauteur.

### 4. BIBLIOGRAPHIE

- 20000 M<sup>3</sup> D'HISTOIRE, 1992: 20 000 m<sup>3</sup> d'histoire. Les fouilles du Parking de la Mairie à Besançon, Catalogue d'exposition, Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie, Besançon, 1992
- BARRAL, Ph. et JOLY, M., 2001: « L'occupation à l'Âge du fer et à l'époque romaine autour du Mont-Auxois », dans: Reddé M. et von Schnurbein S. – *Alésia. Fouilles et recherches franco-allemandes sur les travaux militaires romains autour du Mont-Auxois (1991-1997). 1- Les fouilles* (Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-lettres), Paris : 123-163.
- BRESSOUD, A., 2003: « Metz, un oppidum des Médiomatriques: une connaissance réactualisée », *Archæologia Mosellana*, 5, 2003 : 137-144.
- BRUNETTI, J., 2005: « L'oppidum d'Yverdon-les-Bains au Ier siècle av. J.-C. », dans: Kaenel G., Martin-Kilcher S. édit. – *Colloquium Turicense. Sites, structures d'habitat et trouvailles du Ier siècle av. J.-C., entre le Haut-Danube et la moyenne vallée du Rhône*, actes du colloque tenu à Zurich les 17-18 janvier 2003 (Cahiers d'Archéologie Romande, 101), Lausanne : 19-28.
- COLIN, A., à paraître: « Les remparts de la Croix Saint-Charles à Alésia », dans Fichtl S. : *Murus Celticus. Architecture et fonctions des remparts de l'âge du Fer*. Table ronde internationale, tenu à Glux-en-Glenne les 11 et 12 octobre 2006
- CURDY, Ph., JUD, P., 1999: « L'habitat dans Müller. » dans: Müller F., Kaenel G. et Lüscher G., *Die Schweiz vom Paläolithikum bis zum frühen Mittelalter : IV Eisenzeit = La Suisse du paléolithique à l'aube du moyen-âge : IV Age du Fer = La Svizzera dal paleolitico all'alto medioevo : IV, Età der Fer-*

- ro. Basel : Schweirische Gesellschaft für Ur- und Frühgeschichte, Bâle.
- DE VESONTIO A BESANÇON, 2006: *De Vesontio à Besançon*, Catalogue d'exposition, Musée des Beaux-Arts et d'Archéologie, Besançon, 2006.
- ESPERANDIEU, É. 1912: «Fouilles de la Croix Saint-Charles au Mont Auxois (Alésia). Rapport sur les fouilles de 1912.», *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques* : 173-183.
- ESPERANDIEU, É., 1912: «Fouilles de la Croix Saint-Charles au Mont Auxois (Alésia). Rapport sur les fouilles de 1911.», *Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques*: 189-209.
- FAYE, O., GEORGES, M. et THION, P., 1990: «Des fortifications de La Tène à Metz (Moselle).», *Trierer Zeitschrift* 53 : 55-126.
- FICHTL, S. 1999: «Construction d'un *murus gallicus*: matériaux et main d'œuvre sur l'exemple du Fossé des Pandours (Saverne, Bas-Rhin).», *Pays d'Alsace, Archéologie, Soc. His. Arch. de Saverne et Environs* 187-II : 5-12.
- FICHTL, S., 1997: «Le *murus gallicus* de l'*oppidum* médiomatricum du Fossé des Pandours, (Col de Saverne, Bas-Rhin) : fouille 1995-1996», *Cahiers Alsaciens d'Archéologie d'Art et d'Histoire* 40: 33-56.
- FICHTL, S., 2000, [réédit. 2005]: *La ville celtique. Les oppida de 150 av.J.-C. à 15 apr.J.-C.*, Errance, Paris, 190 p.
- FICHTL, S., FELIU, Cl., à paraître: *Col de Saverne 2. Les remparts*, Strasbourg.
- GALLIA, INFORMATIONS ARCHEOLOGIQUES, 1958: «Informations archéologiques, Vertault (*Vertillum*).», *Gallia* XVI-2, 1958, pp ; 308-310.
- GALLIA, INFORMATIONS ARCHEOLOGIQUES, 1960: «Informations archéologiques, Vertault (*Vertillum*).», *Gallia* XVIII-2, 1960 , pp. 343-344.
- KAENEL, G., CURDY, Ph. et CARRARD, F., 2004: *L'oppidum du Mont-Vully. Un bilan des recherches 1978-2003* (Archéologie fribourgeoise 20), Fribourg.
- MAIER, F., GEILENBRÜGGE, U., HAHN, E., KÖHLER, H.-J., SIEVERS, S. 1992: *Ergebnisse der Ausgrabungen 1984 - 1987 in Manching*, Die Ausgrabungen in Manching, 15, Steiner, Stuttgart.
- MANGIN, J.-M. et MANGIN, M., 1994: «Vertault-*Vertillum*», dans Bénard (J.) et alii - *Les agglomérations antiques de Côte-d'Or* (Annales littéraires de l'Université de Besançon, 522, série archéologie nr. 39), Paris : 91-105.
- MANGIN, M. et MANGIN, J.-M., 1988: «Le *murus gallicus* de Vertault; sondages et reconstitution partielle.» - *Bulletin de la société d'archéologie et d'histoire du Châtillonnais*, 5ème série n°1 : 23-26.
- MANGIN, M., 1984: «Les défenses de l'*oppidum* d'Alésia. État des connaissances et perspectives de recherches.», dans : *Les Celtes en Belgique et dans le nord de la France. Les fortifications à l'Age du Fer*, vi<sup>e</sup> colloque de l'AFEAF à Bavay et à Mons (Revue du Nord h.s.) : 241-254.
- RIECKHOFF, S. et BIEL, J., 2001: *Die Kelten in Deutschland*, Theiss, Stuttgart.
- SIEVERS, S., 2003: *Manching - Die Keltenstadt*. Führer zu archäologischen Denkmälern in Bayern, Oberbayern, Band 3, Stuttgart.
- VAN ENDERT, D., 1991: *Die Bronzefunde aus dem Oppidum von Manching*, Die Ausgrabungen in Manching, 13, Steiner, Stuttgart.
- VAXELAIRE, L., 2003: L'*oppidum* de Besançon. Fouilles récentes (1999-2002), dans Fichtl (S.), édit. *Les oppida du Nord-Est de la Gaule à La Tène finale*, acte des Journées d'étude de Nancy, 17 - 18 nov. 2000 (*Archaeologia Mosellana* 5) : 187-198.

**SEGUNDA PARTE**  
**ESTUDIOS ESPECÍFICOS**





# O CASTRO DOS RATINHOS (MOURA, PORTUGAL). UM COMPLEXO DEFENSIVO NO BRONZE FINAL DO SUDOESTE PENINSULAR

LUIS BERROCAL-RANGEL / ANTÓNIO CARLOS S. SILVA

*Universidad Autónoma de Madrid / Instituto Português do Património Arquitectónico*

## ABSTRACT

*The site of Ratinhos is a hillfort beside the river Guadiana, just on the border between the Baixo and Alto Alentejo provinces of Portugal. Well-known in international studies about Peninsular Bronze Age, this settlement is object of extensive excavations in order to create an archaeological museum in situ linked with the cultural, natural and tourist resorts of the water dam of Alqueva. The diggings from 2004 revealed the archaeological importance of Ratinhos, whose walls represent the main heritage with a complex fortified system. In these pages, the authors analyse those Bronze Age and Early Iron Age walls, the latter belonging to a vitrified fort, as well as the related historical landscape and its social and historical relationships.*

## RESUMEN

*O Castro dos Ratinhos é um povoado fortificado, sobranceiro ao Rio Guadiana, situado na fronteira entre o Alto e o Baixo Alentejo. Citado na bibliografia arqueológica portuguesa desde meados do Século XX, é actualmente objecto de um projecto de escavações sistemáticas visando convertê-lo num «parque arqueológico» associado à Barragem do Alqueva, cujo paredão se localiza na base do próprio Castro. Estas circunstâncias permitiram a realização de escavações desde 2004, confirmando a importância patrimonial e arqueológica das suas ruínas, especialmente representadas por um complexo sistema de linhas de muralhas. No presente estudo, os autores analisam este sistema defensivo e discutem a sua cronologia, algures entre o Bronze Final e o Ferro Antigo do Sudoeste peninsular. Com base nos resultados obtidos, é ainda estudada a paisagem dominada desde os Ratinhos e as implicações sociais e culturais por ela determinadas.*

## 1. INTRODUÇÃO: UM CASTRO NAS MARGENS DO GUADIANA

O Castro dos Ratinhos, ou o Outeiro dos Castelos [dos Ratinhos] como era conhecido localmente, foi identificado nos anos 50 do século passado como um «povoado fortificado do Bronze Final» pelo arqueólogo mouranense José Fragoso de Lima (1960). Graças à publicação em Espanha de um artigo no qual aquele investigador estudava um lote de cerâmicas decoradas com motivos brunidos, esta jazida passou a ser citada em obras especializadas (Schubart, 1973; Frankenstein, 1998 [1971]). Eram cerâmicas já conhecidas noutras regiões, em especial nos estuários do Tejo e do Guadalquivir e, nesse sentido, a sua localização no interior do Alentejo confirmava a existência de relações entre regiões distantes através das bacias do Guadiana e dos seus principais afluentes,

referenciados como importantes eixos de comunicações (Fig.: 1).

Apesar de estar localizado sobre a linha de colinas que, décadas após a descoberta, viriam a servir de apoio para a construção da Barragem de Alqueva, o sítio arqueológico do Castro dos Ratinhos não foi afectado nem pelas obras nem pela inundação, ao contrário do que aconteceu a muitos outros ao longo das margens do Guadiana e que, oportunamente, foram objecto de escavações arqueológicas de «salvamento» (Silva, 1999, 2000 e 2002). Muito pelo contrário, a sua localização junto à «parede» da Barragem, uma vez concluída a construção em 2002, proporcionou as condições para a realização de um projecto de estudo e valorização patrimonial e turística que se espera exemplar no âmbito das responsabilidades sociais de desenvolvimento regional assumidas pela EDIA, a empresa responsável pela construção e exploração da

Barragem. Com efeito, esta sociedade estatal, em colaboração com as administrações públicas da região, promove actualmente um plano de requalificação e valorização turística da zona da Barragem, recuperando as infra-estruturas já instaladas e explorando outros recursos de natureza ambiental e natural, em particular os associados ao gigantesco «espelho de água» entretanto formado. Ocupando o Castro o cerro imediatamente sobreposto ao próprio «dique», compreende-se a oportunidade da sua escavação em extensão, representando o seu potencial arqueológico e paisagístico, uma mais valia excepcional para os projectos turísticos anunciados para a zona. (Fig.: 1).

Aprovado o projecto arqueológico pelos serviços competentes (IPA-Instituto Português de Arqueologia), as escavações propriamente ditas, previstas para uma primeira fase de quatro anos, iniciaram-se em 2004 dirigidas pelos autores do presente texto. Os trabalhos vão já na terceira campanha (2006), são financiadas pela EDIA e apoiadas pela Câmara Municipal de Moura. Para a fase em curso, foram indentificados como objectivos prioritários, a confirmação da importância arqueológica e patrimonial do povoado, procurando dar resposta ao objectivo geral de valorização turística da zona, e ainda a respectiva caracterização e integração histórico-cronológica no contexto do actual estado de conhecimentos sobre o Bronze Final do Sudoeste peninsular. E defacto, os resultados das três primeiras campanhas trouxeram importantes contribuições para o conhecimento da Arqueologia do Bronze Final da Península Ibérica. Desses contributos procuramos nesta comunicação avançar desde já algumas conclusões, ainda que centradas na caracterização das suas muralhas, cujo estudo acabou por ser dominante nesta fase do projecto.

A importância histórica do Castro dos Ratinhos, cuja ocupação inicial podemos atribuir com toda a segurança ao Bronze Final (últimos séculos do II Milénio a.C.) reside fundamentalmente na possibilidade de abertura de uma «janela» de conhecimento sobre um período tão importante como ainda pouco conhecido da nossa Pré-história. Apesar dos numerosos povoados ao Sul do Tejo atribuídos a esta época, nunca antes houve oportunidade de se desenvolverem escavações em extensão num sítio aparentemente tão bem conservado (veja-se o comentário de A. Arruda, 1999-2000: 260-261, com citação explícita). Os resultados já obtidos permitem-nos situar a instalação das primeiras populações durante o Século X a.C., se não mesmo antes. Dessa mesma época data o complexo sistema defensivo que apresenta diversas linhas de muralhas e, pelo menos, um espectacular fosso escavado no substracto rochoso ao longo do flanco setentrional do povoado.

A altura da colina, cerca de 130 m sobre a margem esquerda do Guadiana (cotas actuais após a construção da Barragem do Pedrogão, a juzante de Alqueva) confere-lhe um domínio inquestionável sobre a paisa-

gem envolvente. Associada à «Falha da Vidigueira», a elevação domina toda a zona em que aquela falha geológica é atravessada pelo leito do Guadiana, acidente geomorfológico que criou as condições ideais para a implantação da parede da Barragem de Alqueva (Fig.: 1 y Lám.: 1). No entanto, já em tempos recuados, os Ratinhos eram um referencial paisagístico obrigatório na ligação entre Moura e Évora, que cruzava o Rio através do chamado «Porto de Évora», pelo menos até ao aparecimento do caminho-de-ferro que desviou esse trânsito mais para Sul. Quer a desembocadura do Rio Ardila, a Sul quer a do Degebe, a Norte, estão sob o seu domínio visual, constituindo ambos marcos fundamentais na sua envolvente, dada a respectiva importância enquanto afluentes do Guadiana, os mais importantes após o Rio Zújar. Esta confluência proporciona a esta zona, abundância de águas subterrâneas e superficiais, e abundantes recursos agrícolas graças às suas planícies aluviais. Em conjunto com o domínio da paisagem envolvente, aqueles factores proporcionam uma combinação de valores que justifica e explica a sua ocupação e a envergadura das suas construções.

Tal como se referiu, o Castro ocupa o cimo de uma colina aplanada e estruturada em três plataformas, apresentando encostas escarpadas que ultrapassam os 130 metros de altura sobre um pronunciado meandro do Guadiana e que foram modeladas em taludes sucessivos que denunciam importantes estruturas defensivas (Lám.: 1 e Fig.: 1.3). À primeira vista o povoado parece ocupar apenas o cimo desta colina, alargando-se pelas duas plataformas superiores com uma extensão próxima dos 2 *ha* (17000 m<sup>2</sup>). Porém, prospecções intensivas com apoio de fotografia aérea, permitiram identificar troços de outras linhas exteriores que se desdobram pelas encostas de uma terceira e mais ampla plataforma, ampliando a superfície com possibilidades de ocupação para áreas próximas dos 5 *ha* (Fig.: 1.3).

Para além disso, as prospecções confirmaram também que as muralhas, taludes e fossos, reflectem uma complexidade planimétrica notável. As duas plataformas superiores encontram-se delimitadas por linhas próprias de muralha («Linha 1» da «acrópole» e «Linha 2») e estão, por sua vez, unidas por um talude interior de conexão. Dilimitando por completo este conjunto de estruturas, existe uma terceira linha amuralhada, que define os referidos 17000 m<sup>2</sup> e que se encontra precedida, pelo menos no seu flanco Norte, por um fosso (Lám.: 4). Uma possível quarta linha amuralhada, denunciada pela fotografia aérea, foi procurada com recurso a 3 sondagens de 3 x 5 m cada, na encosta Norte mas com resultados nulos. No entanto diversos vestígios materiais permitem confirmar a existência desta quarta linha noutros tramos do perímetro do Castro, nomeadamente na vertente Ocidental, onde foi cortada por um caminho de acesso a uma «antena» da Barragem, ou numa pequena plataforma localizada a Sudoeste, onde a muralha aflora à superfície.

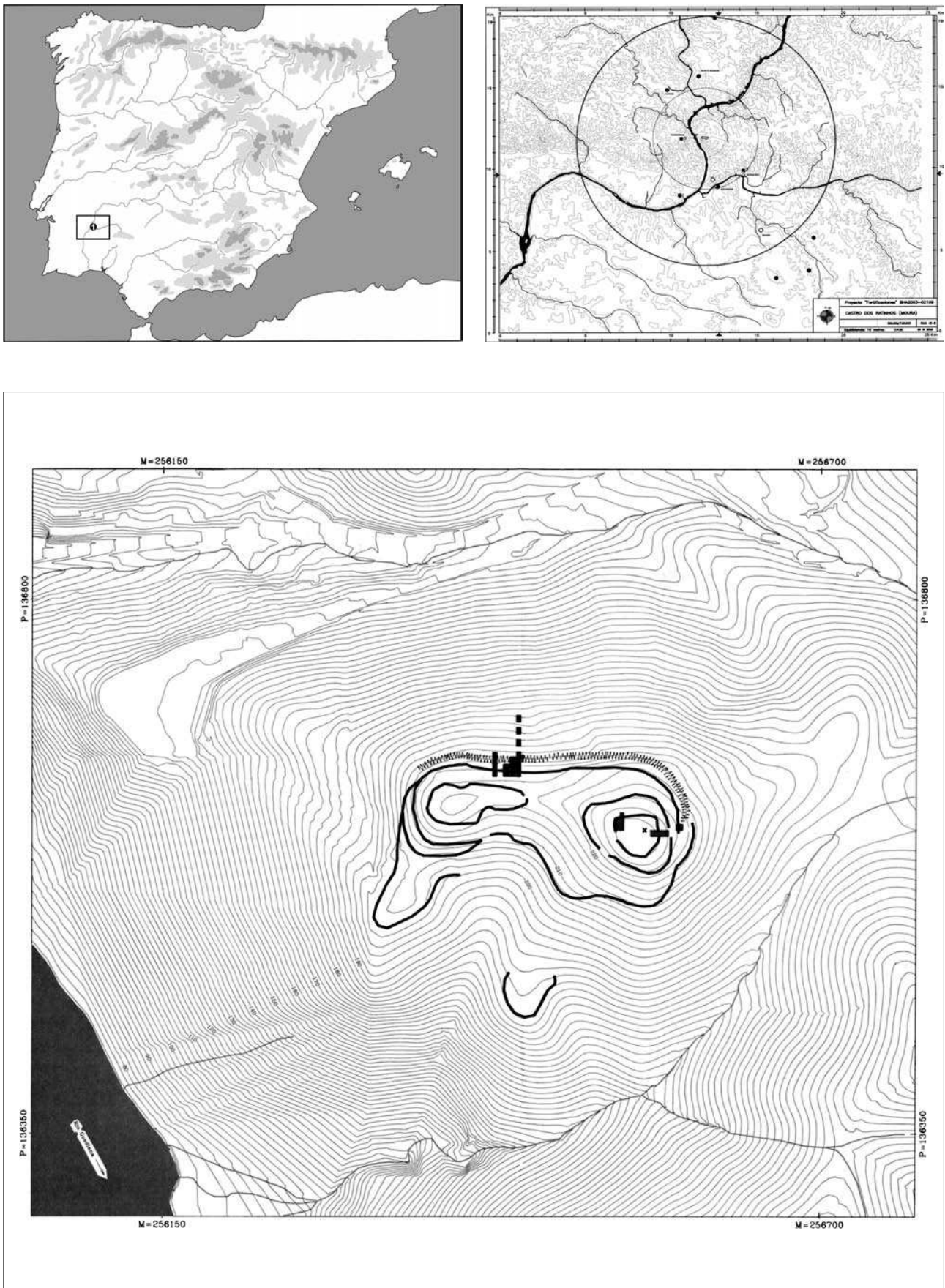


FIGURA 1.1.—Localização do Castro dos Ratinhos; 2: Envolvente dos Ratinhos entre as desembocaduras do Rio Ardila e do Rio Degebe; 3: Planimetria do Castro com os taludes, muralhas e fosso detectado. As quadrículas localizam-se no flanco Norte (2004 y 2005) e na «acrópole» e acesso Este (2006).

Todo este panorama nos mostra uma complexidade, algo inesperada, no sistema defensivo deste povoado, tendo em conta o conhecimento disponível sobre estas antigas muralhas no território peninsular. É certo que outros povoados contemporâneos indicavam já a tendência para a ocupação de lugares de orografia sinuosa, como colinas e cerros de encostas escarpadas que condicionam fortemente o espaço de ocupação e facilitam a construção de muralhas. Faltava, no entanto, a realização de escavações de alguma dimensão que permitisse detectar e confirmar a complexidade agora registada (p.e. em Coroa do Frade, Outeiro do Circo, Passo Alto: Soares 1986 e 2005; Parreira 2001: 272; Berrocal-Rangel 2003). Inclusive, a atribuição destas muralhas ao Bronze Final era questionável dada a ausência de povoados amuralhados posteriores ou à falta de paralelos contemporâneos no Baixo Guadalquivir antes de finais do Século VIII a.C. (Escacena, 2005: 198; Escacena e Fernández Troncoso 2002: 118-119).

Em todo o caso, não estava claramente demonstrada a sua associação com as ocupações do Bronze Final dos respectivos povoados, podendo corresponder a ocupações posteriores, já que em todos estes sítios arqueológicos foram recolhidos materiais pré-romanos ou romano-republicanos (Berrocal-Rangel 1992: 317; Mataloto, 1999). E, por outro lado, muralhas com a complexidade revelada nos Ratinhos só eram conhecidas a partir da II<sup>a</sup> Idade do Ferro nunca parecendo atingir datas anteriores ao Século VII (Soares 1986; Almagro-Gorbea e Martín 1994: 112-114). Por isso não causaria espanto se as referências a materiais ibéricos (Beirão e Gomes 1983: 230) ou a cerâmicas áticas e campanienses (O. da V. Ferreira 1971: 317 e 320) eventualmente descobertas neste povoado, fossem confirmadas. No entanto, até ao momento, as escavações não confirmaram nenhuma presença posterior ao Século VII a.C. (excluindo vestígios esporádicos de época moderna) e, por outro lado, está suficientemente comprovada a datação destas muralhas entre os Séculos XI e VIII.

Sem poder confirmar a sua antiguidade, Fragoso de Lima tinha já destacado a monumentalidade e a complexidade destas construções (1981: 261): «*Distinguem-se ainda com nitidez, duas ordens de muralhas e aterros e em certos pontos não resta dúvida de que houve três. As muralhas eram formadas de pedra sobre pedra, sem argamassa, estendiam-se por todo o outeiro e contornavam os cabeços, especialmente o mais alto, que se levanta como uma acrópole da vetusta póvoa fortificada. Por qualquer dos lados se nos afigura quase inexpugnável, principalmente da parte de Guadiana, cuja encosta é íngreme e alcantilada. A falda do Norte tinha como defesa, além das muralhas e inclinação do terreno, o regatozinho mencionado anteriormente.*».

Estas observações e conclusões viriam a ser totalmente confirmadas pelas actuais escavações, devendo a complexidade e monumentalidade do sistema defen-

sivo dos Ratinhos serem, afinal, bem maiores do que o próprio Fragoso de Lima poderia imaginar.

## 2. A CRONOLOGIA: OS «POVOADOS» DOS RATINHOS

Em termos gerais podemos afirmar que existe ocupação do Castro, pelo menos durante duas grandes fases encaixadas entre os Séculos XI e VII a.C., cada uma com várias sequências que necessitam ainda de ser melhor caracterizadas pelo desenvolvimento da pesquisa. Não obstante e a fim de proporcionar um quadro cronológico seguro para abordar o estudo das muralhas, podemos sintetizar desde já os dados disponíveis:

**Fases 1a e 1b, Idade do Ferro Antigo (Séc. VIII – 1<sup>a</sup> ½ Séc. VII a. C.; ½ do Século VII a. C.):** Verifica-se a presença de um povoado amuralhado na «acrópole», com duas linhas superiores e uma extensão exterior desenvolvendo-se sobre a terceira plataforma e respectivas encostas. Na primeira muralha, no seu tramo Nascente, registou-se a ocorrência de «pedras vitrificadas» certamente associadas a um nível de incêndio e destruição que pode marcar o abandono do povoado (Fig.: 2 e Lâm.: 2).

As construções interiores correspondentes à «Fase 1a» na «acrópole», mostram fundações e soco de pedra e uma planimetria ortogonal especialmente regular. Os materiais associados, incluem cerâmicas «a torno» de feição fenícia, não muito abundantes mas de grande significado pela sua presença (pastas anfóricas, verniz vermelho, pratos de aba larga...), pequenas peças de bronze como um par de fíbulas de dupla mola e o excepcional conjunto de sete botões de ouro aparecido durante a recente campanha de 2006 (18 de Setembro). A sua tipologia aponta para relações com o Mundo atlântico e centro-europeu, mas o seu fabrico que inclui repuxados, entrelaçados e decoração em filigrana, demonstra uma inegável marca fenícia<sup>80</sup> (Lâm.: 1.2).

A terceira linha de muralha, que abarca a segunda plataforma, encontrava-se já abandonada nestas fases, pelo menos na zona já escavada do flanco Norte. Neste tramo, a muralha encontra-se sob os restos de construções de planta paralelepípeda e o fosso aparece colmatado por lajes cuja disposição aponta para a sua reutilização como caminho «pavimentado» (*vide infra*) – (Fase 1b). Estas estruturas são construídas nesta linha sobre uma camada, IIa, de terra esverdeada que serviu de aterro às ruínas da anterior ocupação. Amostras radiocarbónicas sobre madeira e osso, de dois locais

<sup>80</sup> O pequeno «tesouro» apareceu encaixado numa frincha aberta na rocha do substracto junto a uma laje intencionalmente aplanada, localizada no centro de uma das divisões de planta rectangular da «acrópole». A afortunada recuperação de marcas de tecido conservadas na argila que estava aderente a um dos botões comprova que estavam cosidos ou envolvidos por um tecido de fina teia que poderia ser linho. Os detalhes do achado e o estudo do conjunto serão objecto de oportuno estudo específico.



LÂMINA 1.—1. Vista do Castro dos Ratinhos desde Nascente, com as linhas de muralhas 1, 2 e 3; 2. Botões de ouro e «impressão» de tecido, descobertos em associação, na «acrópole» do povoado em 2006.



LÁMINA 2.—1. Acceso Este, líneas 1, 2 e 3, a partir do exterior; 2. Vista da «acrópole» com os fundos de cabanas do Bronze Final em primeiro plano, sob as estruturas orientalizantes. Ao fundo, a linha de muralha 1.



LÂMINA 3.—1. Vista do Castro dos Ratinhos desde Norte. A seta, sobre a linha de muralha 3, indica a localização das sondagens A-D;  
2. Detalhe das sondagens, A-D, com fosso, berma e paramento exterior.



diferentes da mesma camada, proporcionaram as datas de  $2530 \pm 80$  e  $2500 \pm 50$ , a dois sigmas (95, 46 % de confiança), 806-477 cal BC; 474-413 cal BC; e 791-486 cal BC; 463-416 cal BC. Estas datas apontam para uma cronologia entre os Séculos VIII e VII a.C. como defenderemos adiante (p.e. em López Jiménez 2003: 139).

**Fases 2a e 2b, Idade do Bronze Final (Séculos XI – VIII a. C.):** diferenciam-se claramente das anteriores ao nível das estruturas edificadas, concretizando-se estas na construção da espessa muralha de «pedra seca» de xisto da terceira linha no flanco setentrional (Fig.: 3, Lâm.: 3.1). Um apoio interior, em forma de «muro» de grandes lajes de xisto sobrepostas que se desenvolve em paralelo, define a Fase **2a** frente à muralha em talude que aparece construída desde a base na Fase **2b**.

Esta muralha apresenta um paramento exterior de pequenas lajes e blocos de xisto encaixadas em talude, numa camada de terra compactada. O respectivo enchimento é formado por uma sucessão de camadas de pedra e terra, contida pelo interior por um alinhamento de grandes lajes planas fincadas. Pelo exterior está precedida de um fosso escavado no substrato lítico de 2 x 2 m e secção facetada complexa em «V», cuja real extensão desconhecemos mas que deverá correr paralelo a este tramo Norte, ao longo de pelo menos duas centenas de metros.

A ausência de cerâmicas a torno, a presença de numerosas peças metálicas de bronze e de contas de quartzo hematóideo, caracterizam estas fases que na «acrópole» também apresentavam muralhas e uma área de *habitat* definida por grandes cabanas de planta oval, com fundações escavadas na rocha mãe e «buracos de poste» regularmente distribuídos (Lâm.: 2.2). Alguns materiais especialmente significativos permitiram datar e associar estas fases com as relações comerciais que prosperam ao longo do Atlântico e do Mediterrâneo ocidental no Bronze Final: uma fíbula *ad ochio* (de cotovelo) juntamente com uma pinça de bronze e um fragmento de bracelete de marfim foram encontrados entre as primeiras camadas de enchimento da muralha, permitindo atribuir a este conjunto de estruturas uma data posterior ao Século XI a.C., por comparação com a datação absoluta obtida para o conjunto de materiais semelhantes, pertencente ao enterramento do Bronze Final da Roça do Casal do Meio (Sesimbra, Estremadura). Por sua vez o seu abandono deve ter acontecido antes de finais do Século VIII a.C. tendo em conta o resultado das datações absolutas obtidas na camada IIa que se lhe sobrepõe. Esteve, portanto, em uso durante os Séculos X e IX a.C. a julgar pelos numerosos materiais associados, destacando-se entre estes um fragmento de molde de espada do tipo «língua de carpa» alentejana descoberto na «acrópole» e cujos paralelos referendam estas datas (Coffyn 1985: 48 e Planche XXXVIII).

A maioria das cerâmicas, muito abundantes nestas fases, reflectem um panorama muito homogêneo ainda que dividido em dois grupos claramente distintos: um com numerosos vasos carenados e contentores com «ornatos brunidos», de cozeduras redutoras e cores escuras, o outro, mais raro, incluindo ovalados, decorados com incisões, impressões, mamilos e outras técnicas decorativas em relevo, de cozedura oxidante que se traduz nas cores avermelhadas das respectivas pastas. Ambos os conjuntos apontam para um carácter indígena peninsular, mostrando os primeiros, relações com os restantes focos similares do Ocidente Peninsular (Lapa do Fumo, Alpiarça, Penha-Santa Luzia, Carambolo, San Pedro...: Parreira 2001: 269; Schubart 1971: fig.: 7.e-f e 1976: Mapa 38; Kalb 1995: 190-191; Cardoso 1995: 88-89 e 2000: 68 ss.; ; Guerra, Fabião e Senna-Martínez 1988; Kalb e Höck 1981-1982; Pérez Macías 1981: 232; Arnaud 1979: 73 ss.; Gamito 1997) e os segundos, relações com a fase Peña Negra I e II de Crevillente e outras contemporâneas da Meseta e do Levante espanhol (González Prats 1983: 105 ss.; 1990: 72; Barroso 2002: 152-153; Álvarez e Pérez Arrondo 1987; e nas Beiras: Vilaça 1995: 121, 158, 205-206.....).

Esta periodização tem o inconveniente, por enquanto, de manter alguma ambiguidade entre o momento final das sequências da Idade do Bronze e o início da ocupação orientalizante que, em todo o caso, parece ser prematura e de curta duração. A «fronteira» cronológica de finais do Século VIII a. C. fundamenta-se a partir do estudo ponderado dos resultados obtidos com as amostras radiocarbónicas SAC-1978 e SAC-1979, realizadas na campanha de 2004. Estas datas procedem da camada IIa, da sondagem A1, a partir de ossos, e da camada Ic, na sondagem A4 sobre carvões. Tratam-se de camadas em contacto, correspondendo à fundação e aterro do primeiro *habitat* orientalizante (IIa, Fase 1b) e à respectiva camada de construção e *habitat* (Ic, Fase 1b)<sup>81</sup>.

A proximidade dos resultados,  $2530 + 80$  e  $2500 + 50$ <sup>82</sup>, avaliza as datações que reflectem concordância com a análise comparativa dos materiais, situadas em limites temporais entre finais do Século VIII e meados do Século VII a.C.. No entanto, poderia considerar-se mesmo uma data posterior, pois a chamada «catástrofe da Idade do Ferro»<sup>83</sup>, permitiria aceitar, em calendário real, datas mais tardias.

As dificuldades de datação radiocarbónica para datas entre os Séculos IX e VI já são suficientemente conhecidas (p.e. na ausência denunciada por O. López

<sup>81</sup> Ainda que neste caso se refira à camada de colmatação do fosso, ou seja, à produzida após o seu abandono.

<sup>82</sup> A dois sigmas (95,4 % de probabilidade), 806-477 cal BC; 474-413 cal BC. para a primeira e 791-486 cal BC; 463-416 cal BC., para a segunda, obtidas pelo Laboratório de Radiocarbono do Instituto Tecnológico e Nuclear (ITN) sob a supervisão do Eng. António Monge Soares.

<sup>83</sup> A acumulação de classes de probabilidade entre 800 e 400 cal BC gera intervalos muito extensos de idade calibrada e, por consequência, uma inevitável perda de precisão para as datas deste período (Rubinos *et alii*, 1999).

Jiménez na sua síntese sobre o Sudoeste da Meseta espanhola: 2003: 140; ou na recusa de R. Mataloto em efectuar datações radiocarbónicas na Herdade da Sapatosa: 2004: 93). Por isso procurámos confrontar os nossos dados com alguns conjuntos arqueológicos concretos, bem datados por numerosas datações C14 coerentes entre si, e com os materiais fornecidos pelos respectivos estratos. É o caso de Chao Samartín, castro do Oeste asturiano que apresenta uma importante ocupação do Bronze Final, com oito datações radiocarbónicas procedentes da sua «acrópole» e que oscilam entre 2600 + 60 e 2466 + 29, ou seja, no âmbito dos níveis interfaciais datados nos Ratinho. A datação concreta estabelece-se com facilidade entre os anos 801 e 764 a.C., calibrados, em todo o caso, anteriores ao intervalo 761 – 679 que se obtém para o abandono deste povoado. Ou seja, parece indiscutível uma ocupação ao longo do Século VIII a.C. (*vide infra* A. Villa Valdés). Do mesmo modo, desde um ponto de vista oposto, as 17 amostras de radiocarbono dos estratos proto-históricos do Castro de Llagú (Oviedo, Asturias), tratadas por três laboratórios diferentes, porporcinaram uma amplitude de datas coerentes com 94% de soma de probabilidades entre 550 e 50 a.C. (Alonso e Rubinos 2002: 303). As datas C-14 BP encadeiam-se entre 2414 + 41 (761-680; 668-630; 592-576; 561-397, esta 64.5%) e 2140 + 55. As primeiras delas seriam claramente mais recentes do que as datas dos Ratinhos, como o são as datações mais recentes da «lixreira» (fossa de detritos) da Quinta do Almaraz, Alm 6 (ICEN-925 2400 + 45 e ICEN-912 2440 + 50) datadas entre finais do Século VI e inícios do IV a.C. (Barros e Soares 2004: 341-343 e 351).

Assim, entre o Século VIII a.C. de Chao Samartín e o IV de Llagú, a consulta de recentes trabalhos sobre cronologia radiocarbónica aplicada às Idades do Bronze e do Ferro no Oeste Peninsular, permite aceitar que as datações da camada IIa-Ic poderiam encaixar-se nos inícios do Século VII a.C.. O mesmo se deduz das datas revistas atribuídas à Fase II (níveis médios) de Santarém, ICEN 525: 2470 +70 BP que se arrastam por um intervalo de 799 a 396 a. C., um típico caso da «catástrofe do Ferro» felizmente encaixado entre outras duas fases (2640 +50; 2650 +70; 2200 +60), cujas datas ajudam a situá-la entre o Século VII e inícios do VI (Arruda 1999-2000: 206; 2005: 283)<sup>84</sup>. Uma cronologia aproximada arrastaria a data ICEN 850: 2570 +45 intervalo de -641 e -548 a. C. procedente da Rocha Branca (Gomes 1993: 82), que suporta bem uma datação um pouco mais antiga, entre os Séculos

VIII e VII a.C. a.C. Parecidas são algumas das datações da Quinta do Almaraz FC2-9 (SAC-1362/C: 2510 + 50; SAC-1365/CH: 2560 +50; ICEN-916/CH: 2590 +50) – (Barros *et alii*, 1993; Barros e Soares 2004: 341 y 344), equiparáveis a Toscanos I-II, ou seja, a uma datação tradicional do Século VIII a.C., final do IX, inícios do VIII a.C. em cronologia C14 calibrada (Mederos 2005: 335-337)<sup>85</sup>. Muito próxima é também a data procedente de Cachouça, Idanha-a-Velha, sítio com materiais muito semelhantes à Fase 1 dos Ratinhos, ainda que contendo já «facas de ferro». R. Vilaça obteve as datações GrN -24063: 2580 + 70 BP e CSIC -1285: 2624 + 38 BP, datas calibradas a dois sigmas que alcançam -1025 e -845; e -893 e -602 a. C., ou seja, uma concentração de datas nos Séculos IX e VIII a.C., algo prematuras se tivermos em conta o aparecimento dos primeiros vestígios de «ferro» no interior de Portugal (Vilaça e Basílio, 2000: 46).

Face a tal contexto, acreditamos por fim que as camadas de fundação e construção das Fases 1a e 1b dos Ratinhos seriam imediatamente posteriores aos níveis de ocupação de Cachouça, Quinta do Almaraz 1 e Rocha Branca 2, contemporâneas do Morro de Mezquitilla B2 e imediatamente anteriores a Santarém II e ao abandono de Chão Samartín BF. Por isso advogamos uma data de finais do VIII e inícios do VII a.C. para este interfacies, datação que estendemos a esta Fase 1a, ainda que os materiais não permitam de momento supor que tenha tido um amplo desenvolvimento cronológico, de tal modo que poderíamos afirmar que o povoado dos Ratinhos foi abandonado em pleno Século VIII a.C., com uma estruturação interior do habitat que reflecte já, de forma inquestionável os contactos com as tradições construtivas do Mediterrâneo<sup>86</sup>.

Assim sendo, o povoado teria sido ocupado por um breve período de tempo e a comparação com os materiais procedentes de sítios vizinhos, ocupados no Século VI a.C., como Azougada ou São Gens (Antunes, 2006; Mataloto 2004-b), permitem suspeitar que o Castro dos Ratinhos, apenas nos momentos finais da sua ocupação, terá sido contemporâneo daqueles, salvo se outros dados provenientes de futuras campanhas vierem demonstrar o contrário.

<sup>84</sup> Ana Arruda deduz acertadamente «De acuerdo con el perfil estratigráfico allí observado, puede decirse que estos materiales corresponden a niveles medios de la ocupación del Hierro de la Alcáçova de Santarém, que pudimos datar, en cronología tradicional, en los finales del siglo VII y VI a.C. Pero además se pudo obtener una datación por radiocarbono, cuya calibración para dos sigmas, nos ofrece gran precisión. Como se acostumbra, la datación 14C ICEN-525 es de 2470 + 70 BP, que calibrada por la curva de Pearson y Stuiver ofrece el siguiente intervalo de tiempo para 2 sigmas -800 -400 cal. BC» (1999-2000: 206).

<sup>85</sup> Ainda que a mesma A. Arruda manifeste que estas «datas não podem deixar de causar algumas perplexidades. De facto, e ao contrário do que se passa em Santarém, os materiais publicados parecem ser claramente mais tardios do que é possível inferir das datações radiométricas obtidas...tanto os pratos como as taças carenadas de engobe vermelho apresentam características que permitem situá-las no Século VI a.C. e não no século VIII a.C., cronologia tradicional, o que corresponde, neste caso também, ao final do século IX a.C. em anos de calendario como defendem os autores do trabalho (Barros *et alii*: 1993)».

<sup>86</sup> Nesta linha de idéias, rectificamos a data da primeira metade do Século VI a.C. proposta para o abandono do Castro na sequência da primeira campanha de escavações de 2004 a qual tem de ser revista em antiguidade, o que é explicável pelo significativo aumento do espólio recolhido nas campanhas mais recentes (Silva e Berrocal-Rangel. 2005: 174-175).

### 3. CONSTRUÇÕES E ELEMENTOS DEFENSIVOS

Como já foi referido, o sistema defensivo do Castro está documentado em todas as sequências ainda que com diferenças no que se refere ao tipo das estruturas ou ao seu traçado. Em 2004 e 2005 as escavações centraram-se no flanco Norte, onde a muralha corresponde às fases do Bronze Final. Por sua vez, em 2006, a escavação permitiu documentar a muralha da «acrópole» e a confluência entre a segunda e a terceira linha naquilo que cremos poder ser uma porta exterior do Castro, no seu extremo Nascente. Em ambos os casos os materiais correspondiam a fases do Ferro Antigo, ainda que tanto na sua estrutura como no tipo de paramento se possa afirmar sem grandes reservas que estas muralhas são herdeiras directas das suas antecessoras do Bronze Final.

#### 1) As muralhas do Ferro 1: o acesso Ocidental.

Foram escavadas nas sondagens R1-S1-T1 e V2-W2, de 5 x 15 m y 5 x 5,5 m respectivamente, sobre as duas linhas de muralhas melhor definidas à superfície e que correspondem às numeradas como «Linha 1» e «Linha 2b» (Fig.: 2 y Láms.: 2.1 e 4).

Os resultados mais interessantes para o conhecimento do sistema defensivo procedem de «R1», uma sondagem em sanja de 5 x 5 m sobre a «Linha 1» da muralha que se prolongou em «S1 e T1» até abarcar todo o exterior. Ao contrário do que sucedeu nas campanhas anteriores de 2004-05, em que foi possível escavar pelo interior a muralla até à rocha do substracto, nesta campanha de 2006 só foi possível documentar o paramento exterior e, parcialmente, o que se conservou pelo interior sem alcançar o substracto rochoso nem proceder ao seu desaterro interior. Os resultados, são por isso provisórios.

Em R1, a muralha do Ferro Antigo apresenta os seguintes elementos:

1.1.—Paramento exterior: disposto em talude, com pequenas lajes de xisto, empilhadas e cravadas horizontalmente na direcção do exterior. Estas lajes são contidas por vários alinhamentos de blocos de pedra seca, de maiores dimensões e aparelhados na face externa (Fig.: 2.2 y Lm.: 2.1). Em pontos isolados do paramento exterior, foram recolhidos, aparentemente já deslocados, alguns fragmentos de reboco de argila que, devido a um eventual incêndio, se conservaram com uma cozedura irregular e não intencional. As dimensões e quantidades levam-nos a interpretar estes vestígios como um reboco parcial, preenchendo os interstícios ou «juntas» desta «alvenaria» irregular.

1.2.—Estrutura interior de vigas e postes de madeira: localizaram-se dois «buracos de poste» na parte superior conservada da muralha, buracos de planta circular e dimensões idênticas, 0,50 m de diâmetro e 0,40 m de profundidade (Fig.: 2.2 y Lam.: 4.1). Com estes, que devem corresponder a postes de diâmetros menores, foram recolhidos diversos fragmentos de blo-

cos de argila com as marcas impressas de postes menores. É o caso representado na Lâmina 4.2., em que se observam as marcas de uma estrutura de madeira. Neste caso comprova-se a conexão de três postes de 8, 4 e 3 cm de diâmetro, respectivamente. Esta peça corresponderia a um aglutinante usado juntamente com cordas, para manter estes postes pequenos unidos. Mais abaixo, já no exterior da muralha mas imediatamente na sua base, uma série de buracos talhados na rocha-mãe confirma o uso de postes maiores, neste caso prismáticos e com medidas de 30, 15 e 10 cm de lado.

1.3.—Enchimento da muralha: tendo em conta a camada Ic, o enchimento era formado pela acumulação de pedras de xisto de tamanho médio, argamasadas com terra. Entre as cotas 227,77 e 227,62 m (sobre o nível do mar, em Cascais), comprovou-se a presença de uma camada de terra queimada e inclusive cozida, na envolvente do «buraco de poste» mais a Sul. Esta camada prolongava-se para Sudoeste acompanhada de pedras vitrificadas de médio e pequeno porte e de pequenos blocos informes de barro irregularmente cozidos, como referido a propósito da Lamina 4.2. A irregularidade com que o fogo afectou as pedras e argilas (com áreas não afectadas, outras rubefactas e ou ainda, literalmente, vitrificadas ou até «fundidas», no caso das pedras) demonstra que se trata de uma acção pontual e informe, própria de um incêndio incontido que terá atingido elevadas temperaturas. A dispersão da pedras e barros afectados e a própria camada de terra cozida (fig.: 2.2), permite atribuir este fogo à combustão do poste alojado no «buraco» meridional. Este poste, partido pelo fogo a meia altura, cairia para o interior com as pedras médias e pequenas, bem como a argila que as aglutinava e que formariam o alçado elevado da muralha neste sector. As pedras maiores, situadas ao nível do solo, mantiveram-se *in situ* ou caíram para o exterior, como se comprova pelo aparecimento de cinco grandes blocos no exterior do buraco meridional. Esta hipótese, no entanto, precisa de ser confrontada com os resultados da análise das pedras vitrificadas e dos barros cozidos, mas cremos que a interpretação apresenta alguma solidez tendo em conta a distribuição estratigráfica dos elementos registados.

#### 2) A muralha do Bronze Final: o flanco Norte

Foi escavada num primeiro momento em grandes sondagens paralelas de 4 x 15 m, e posteriormente em extensão, tendo sido exumados 200 m<sup>2</sup> ao longo de um tramo de 15 m lineares. Em termos gerais esta é composta pelos seguintes elementos, descritos do interior para o exterior (Fig.: 3, Lam. 3 e 5):

1.1.—Fundação sobre a «rocha-mãe»: na sondagem B1 (2005), a muralha foi escavada até ao substracto geológico, composto por xistos ferruginosos e cupríferos, comprovando-se que aquele foi talhado numa amplitude de cerca de 3 m, para obtenção de uma superfície aplanada e nivelada. Esta observação con-





LÁMINA 4.—1. Linha 1 da muralha, vista da «acrópole», com indicação dos grandes buracos de poste. 2. e 3. Bloco de barro cozido, com marcas de três postes de madeira e pedra vitrificada, ambos registados junt ao buraco da direita.

firmou definitivamente o carácter intencional das sucessivas camadas de terras e pedras que preenchem o núcleo do muro perimetral (Lam. 5.1).

1.2.—Sapata interior: composta por grandes lajes de xisto colocados horizontalmente sobre o substracto rochoso. Por vezes, este é mesmo talhado ou afeiçãoado como se comprovou na «acrópole» (Linha 1)—(Lam.: 5.2).

1.3.—Face interior: Composta por blocos similares aos da sapata mas fincados quase verticalmente ou com ligeira inclinação para o interior. Apoiam-se na «sapata» e servem de parede de contenção às sucessivas camadas de terra e pedra que preenchem o interior da muralha. (Lam.: 5.2).

1.4.—O enchimento da muralha: é formado na base por uma camada de terra cozida, avermelhada, que se sobrepõe ao substracto rochoso (Ile), a que se segue uma camada de pedras de tamanho médio (IId), por sua vez, coberta por outra de terra fina e solta (IIc). Sobre estas documentou-se uma primeira camada de enchimento, composta por xisto ferruginoso «triturado» que lhe proporciona grande dureza e uma característica cor avermelhada (IIb). É possível que sobre ela existisse uma cobertura de lajes de xisto de tamanho médio, como se observou na sondagem B1, mas essa disposição poderá corresponder já a um solo da fase posterior (Lam.: 5.1).

1.5.—Paramento exterior: disposto em talude, com lajes de xisto sobrepostas e cravadas, capazes de produzir um evidente efeito visual de inacessibilidade e fortaleza, apesar da fragilidade estrutural deste tipo de construção. Os numerosos restos de barro cozido procedentes de rebocos descobertos na Linha 1, Sondagem R1 (2006) sob a muralha vitrificada, permitem supôr que tanto a muralha do Bronze Final como a do Ferro Antigo, poderiam apresentar um paramento exterior rebocado com argila local, ainda que o dito reboco apenas preenchesse, como aglutinante, as «juntas» entre as lajes fincadas (Lam.: 3.2).

1.6.—Superfície de compactação: uma camada de terra compactada juntamente com xisto muito fragmentado e disposta sobre a pendente imediatamente por baixo do paramento. Esta camada é contida por uma ou «friso» de lajes de xisto, paralela à muralha e afastada desta entre 3 a 4 m. Esta orla é construída da mesma forma que o talude amuralhado ainda que seja muito mais estreita e, de algum modo, como que remata o bordo interior do fosso (Lam.: 3.2).

1.7.—Fosso: trata-se de uma vala escavada e talhada directamente na rocha do substracto, destacando-se pela regularidade do seu traçado. Com dimensões aproximadas de 2 m de profundidade e 2 m de largura máxima de boca, o fosso apresenta um perfil complexo em «V», mas cujo vértice inferior assume forma de um canal em «U», com dimensões também regulares de 0,45 x 0,45 m, de largura e profundidade (Lám.: 3.2). O tramo documentado em «B4», tem a parede exterior dividida em dois planos, tendendo o

superior para uma orientação mais vertical. O sector reconhecido em «A3», «C3» e «D3» apresenta-se mais deteriorado, tal como o resto da muralha correspondente. Mostra a parede superior facetada na oblíqua e recta até ao arranque do canal, também afectado pela alteração da rocha. As dimensões, a regularidade e o canal inferior, fazem supôr que este fosso teria uma função essencialmente utilitária, eventualmente destinada a drenar a água das chuvas e, apenas supletivamente, representaria um reforço defensivo do povoado.

Na «acrópole», sob as estruturas amuralhadas do Ferro Antigo e sobre o substracto geológico, foi documentada uma estrutura amuralhada de tipologia similar cuja traça e localização, nos permitiu interpretá-la como um «bastião». Localiza-se na sondagem M3 no ponto mais elevado do Castro, a 230,01 m (s.n.m.-marégrafo de Cascais). A estrutura interna desenvolve-se sobre uma sapata formada por grandes blocos planos ou directamente sobre a rocha de base talhada, apresentando uma orla fincada para conter o respectivo recheio de pedras. Ainda que não se tenham encontrado materiais associados, já que a «acrópole» na fase do Ferro Antigo foi esventrada até ao substracto geológico, resta no entanto a possibilidade de se conservarem algumas estruturas anteriores, ou por terem sido reaproveitadas, como é o caso deste possível baluarte, ou por terem uma carácter «negativo», como os «sulcos» de fundação das cabanas, datadas do Bronze Final.

#### 4. A PAISAGEM FORTIFICADA COMO CONTEXTO

No ensaio de definição da paisagem dos Ratinhos seguimos os mesmos critérios propostos para os povoados espanhóis inventariados nesta obra e apresentados no âmbito da comunicação dedicada ao Castrejón de Capote (Berrocal-Rangel, *vide infra*), mas as diferenças entre a cartografia oficial portuguesa e espanhola não nos permitem aplicar as mesmas técnicas e instrumentos de análise.

O estudo dos Ratinhos, contudo, beneficia do excepcional conhecimento do património arqueológico da região, conhecimento de qualidade e quantidade possivelmente sem paralelo em toda a Península Ibérica, dada a extensão das prospecções e intervenções decorrentes da construção da Barragem de Alqueva, que viria a dar origem ao maior lago artificial da Europa (Silva, 1999 e 2002). Esta circunstância confere elevada confiança relativamente aos dados sobre a ocupação antrópica da paisagem contemporânea dos Ratinhos e verificar, como se observa na Figura 1.2., que os povoados proto-históricos se distribuem num sentido ligeiramente transversal ao curso do Guadiana, ao longo dos seus afluentes Brenhas, Ardila e Degebe (SE-NW: figura 1.2).

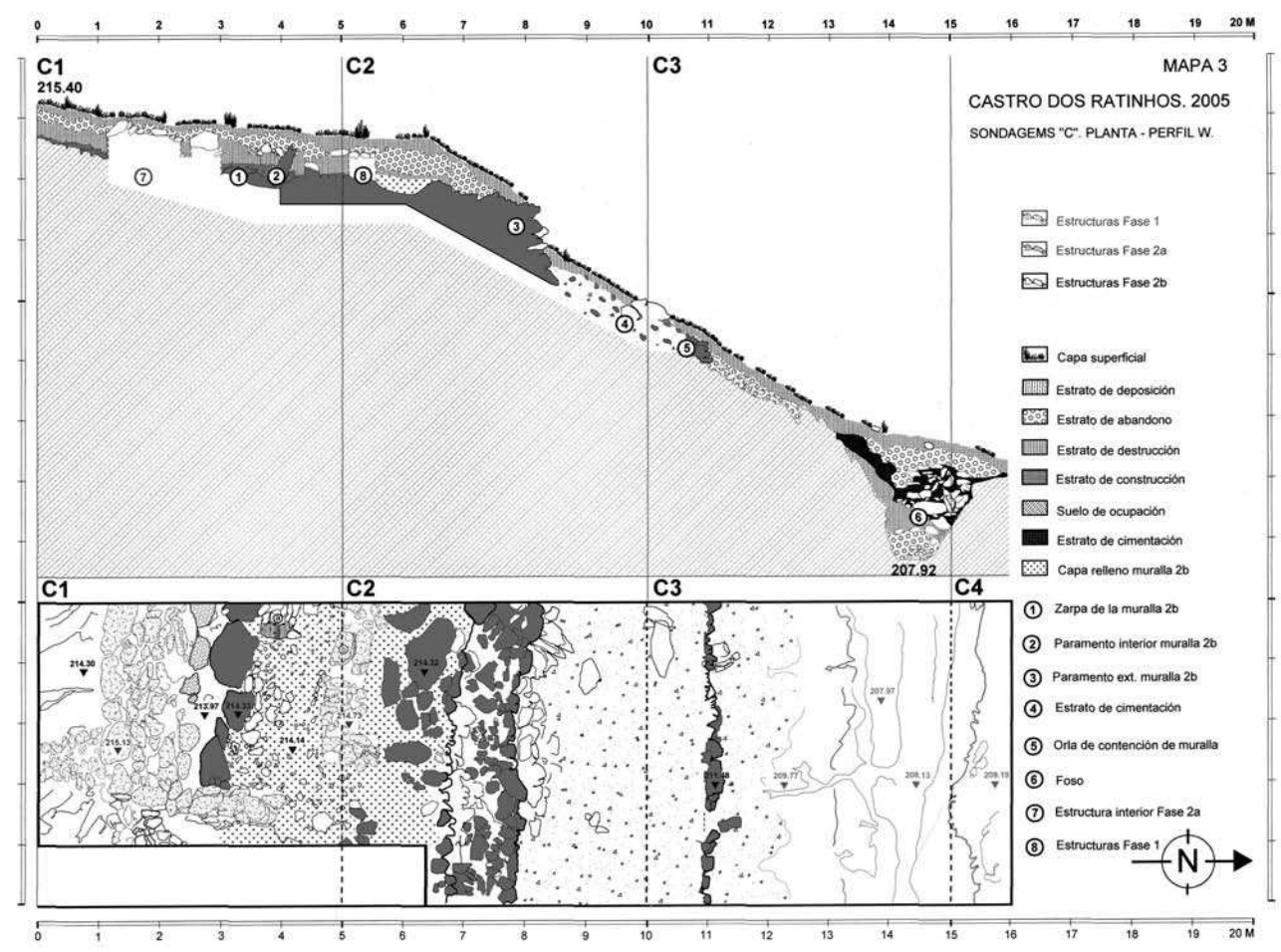
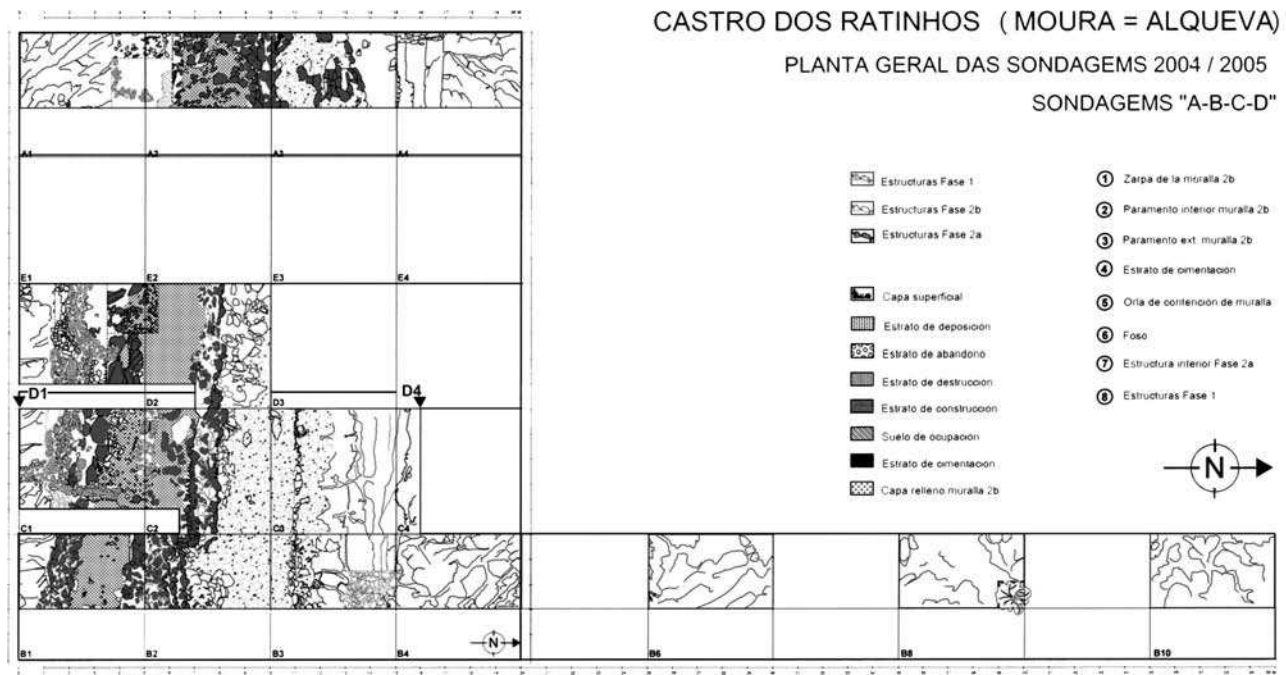


FIGURA 3.1.—Planta das estruturas escavadas na encosta Norte; 2: Detalhe: planta e secção das sondagens C1-C4. A secção D1-D4, reflecte o alinhamento da sapata e da orla de contenção interior da muralha do Bronze Final.



LÂMINA 5.—1. Encosta Norte, linha de muralha 3 desde o interior; 2. Detalhe da anterior, com a sapata e as pedras fincadas da base da muralha vista do interior.



Octante	Azimut	Distancia inflexión	Desnivel metros	Grado pendiente	Cota máx. 1000 m.	Distancia aire	Dif. M.
0°	0°	300 m.	90	30,00 %	155	950 m	+75
45°	43°	350 m.	70	20,00 %	189	1050 m	+41
90°	90°	200 m.	35	18,00 %	180	1000 m	+50
135°	138°	100 m.	35	35,00 %	238	825 m	-8
180°	180°	150 m.	55	37,00 %	85	1000 m	+145
225°	222°	550 m.	130	24,00 %	176	1200 m	+54
270°	270°	600 m.	135	23,00 %	225	1300 m	+5
315°	315°	500 m.	115	23,00 %	151	925 m	+79

TABLA N.º 1.

### 1) A «paisagem dos acessos» (paisagem transitável)

Aplicando o modelo de alcances/ distâncias teóricas que defendemos na nossa comunicação dedicada a Capote (Berrocal-Rangel, neste mesmo volume) partimos de um raio de acção de 250 m em torno dos Ratinhos para estudar os acessos, considerando 2,5 Km como alcance do domínio visual, e, finalmente 7,5 Km, para a paisagem da linha do horizonte (Fig.: 4.1). No entanto os resultados efectivos obtidos a partir da «acrópole» apontam para um 1 Km de raio para os acessos, tendo em conta a altura e grau de pendente que a sua situação proporciona e de 3 Km de raio de domínio visual real no horizonte (Fig.: 4.1).

A análise das pendentes e das cotas máximas relativamente às acessibilidades num raio de 1 Km em torno da «acrópole» dos Ratinhos, apresenta-se de forma resumida na Tabela nº1, a partir dos rumos azimutais estabelecidos por oitantes.

Os cálculos topográficos e altimétricos necessários foram realizados sobre a Carta Corográfica de Portugal (Escala 1:25.000) do Instituto Geográfico e Cadastral Português e a aplicação da fórmula para o cálculo das percentagens das pendentes, segue a metodologia do *Servicio Geográfico del Ejército Español* (1973: 58-59)<sup>87</sup>. Deste modo obtiveram-se resultados compará-

veis *grosso modo* com os obtidos através do programa *Carta Digital Militar v.2* do *Servicio Geográfico del Ejército Español*, utilizado em Capote.

Os resultados obtidos são suficientemente expeditos para podermos ignorar as imprecisões derivadas de ambos os procedimentos de cálculo. Ratinhos mostra pendentes superiores 18,00 % em qualquer dos respectivos «oitantes», atingindo pela direcção Sul os 37 % e pela direcção Norte cerca de 30 %, valores que o tornam praticamente inacessível a partir de qualquer dos seus acessos, a não ser que se recorra a caminhos tortuosos para ultrapassar tais desníveis<sup>88</sup>.

O estudo da «paisagem dos acessos» até aos 1000 m de distância média em linha recta mostra um excelente controle da envolvente imediata, excepto no oitante SE, onde a colina vizinha do marco geodésico «Ratinho» atinge os 238 m de cota, ou seja mais 8 m do que a colina onde se situa o Castro («Outeiro dos Castelos»). Ainda assim, as pendentes entre ambos são de 35%, estando marcadas, como de resto praticamente

Cascais, que corresponde ao vértice SW da nossa sondagem M3) e as diferenças de nível em metros até à inflexão de cotas inferiores (linhas de água), dado que não existem para o caso, cotas superiores (linhas de festo). Para a «paisagem dos acessos», foi considerada a distância média de 1000 metros obtida pelos cálculos visuais reais realizados sobre o terreno. Todas as aplicações cartográficas foram realizadas sobre levantamentos anteriores à construção da Barragem.

<sup>88</sup> Este mesmo manual do S.G.E. estabelece em 17,00% a percentagem própria de «ladeiras difíceis de caminhos vicinais» (1973: 66).

<sup>87</sup> Para os acessos foram tidas em conta as distâncias em linha recta desde a «acrópole» (ponto UTM Datum 73: 136.606\_256.536, a 230 m. s.n.m.

em todo o perímetro, por linhas de água intransitáveis, excepto no Verão. Só pelo actual acesso através do limite ocidental do Castro, se obtém uma percentagem da ordem dos 18%, não existindo qualquer linha de água a ultrapassar.

## 2) A paisagem sob domínio visual (paisagem dominada)

A figura 4.2 mostra os resultados das prospecções arqueológicas na envolvente dos Ratinhos, verificando-se que a totalidade dos sítios visíveis se localizam entre 2,5, e 3,5 Km de distância linear, a partir da «acrópole» dos Ratinhos, com excepção dos Pardieiros (nº 5). No entanto, localizado na margem oposta do Guadiana frente aos Ratinhos, este sítio conhecido na bibliografia arqueológica e que considerámos uma ocupação «gémea» (Berrocal-Rangel, 1992: 264 y 323) não está suficientemente caracterizado já que as prospecções de superfície não têm revelado vestígios arqueológicos (Silva, 1999: 355; Maia, 1999...). Consideradas aquelas distâncias e a disposição radial dos pequenos povoados como Monte de Musgos 10 (Fig.: 4.1, nº 4), Monte da Tapada 39 (nº 3), Azougada (nº 1) ou São Bernardo (nº 6), confirma-se que o território imediato dos Ratinhos estaria dentro daquele raio de distâncias, partilhado ou não com os povoados visualizados no seu horizonte.

Mais interessante, é comparar o âmbito cronológico da ocupação destes povoados, pois todos eles foram classificados como do Ferro Antigo (Mataloto, 2004: 234), noutros casos como Ferro Recenete, como o Castelo Velho de Entre Águas (nº 2) ou mesmo Moura (no quadrante Sudeste, já fora da planta) – (Antunes, 2005; Soares, 2005; Silva, 1999: 370...). No entanto, falta perceber se esta paisagem «sob domínio visual» se refere fundamentalmente à última ocupação do Castro, a mais breve e que cobriria pouco mais de meio século do VII a. C. Todavia, durante este período, alguns destes sítios ou ainda não tinham sido ocupados, ou só então o começavam a ser, como parecem ser os casos da Azougada ou da Tapada (Antunes, 2005; Calado, 2002), facto que contrasta claramente com a ocupação final dos Ratinhos<sup>89</sup>.

No entanto a maior diferença está na tipologia destes povoados do Bronze Antigo, pequenos em superfície (menos de 1 ha), localizados em colinas suaves ou mesmo em áreas aplanadas, mais propícias à exploração de férteis pastagens ou terras aluviais do que a necessidades defensivas ou de controle da sua envolvente. É muito provável que não apresentem muralhas ainda que possam revelar alguma monumentalidade construtiva como se parece observar nos amplos talu-

des e restos de muros perimetrais que conservados na Azougada. Com efeito estamos perante manifestações de uma nova época, reflectindo novas relações com o território e que só estarão presentes no momento final da ocupação humana dos Ratinhos.

## 3) O domínio do horizonte (território visualizado)

As análises ao campo visual a partir da «acrópole» dos Ratinhos mostraram um âmbito muito condicionado por factores orográficos a Este e a Oeste, mas totalmente aberto até se perder no horizonte, tanto a Norte como a Sul do Castro (Fig.: 4.1).

Através destes campos de fuga, a linha do horizonte avista-se muito para lá dos 25 Km, distinguindo-se nos dias de boa visibilidade os principais acidentes orográficos do Alentejo como as Serras de Ossa, Monfurado ou Portel a Norte e Noroeste, e da Adiga ou Serpa mais a Sul e Sudeste. Estes acidentes localizam-se entre 25 e 35 Km (ou distâncias ainda superiores) em linha recta dos Ratinhos, distâncias que os configuram à vista humana, apenas como marcas na paisagem, sem que possa estabelecer-se com os mesmos outra relação visual concreta à excepção dos fumos de algum incêndio florestal ou de alguma grande fogueira ocasional.

E, no entanto, é nessas alturas, que se localizam os povoados fortificados contemporâneos dos Ratinhos do Bronze Final: Álamo, Laço, Passo Alto ou Crespa (Sul e Sudeste); Corôa do Frade ou Castelo do Giraldo, a Noroeste (Parreira e Soares, 1980; Soares, 2005: 136 ss.). São imperceptíveis a partir dos Ratinhos, ainda que se possa usar a sua implantação cartográfica para ilustrar um mapa visual dos seus habitantes. Marcam assim um padrão de ocupação do território e de caracterização da paisagem antrópica muito diferente do detectado entre os povoados do Ferro Antigo, bem mais pequenos, vizinhos, conectados visualmente e provavelmente sem muralhas. Mas estas conclusões deverão ser confirmadas por trabalhos de investigação de âmbito mais generalizado, e que permitam estabelecer correlações com os dados particulares alcançados com o estudo dos Ratinhos.

## 5. CONCLUSÕES

O Castro dos Ratinhos reflecte um modelo de povoamento que manifesta as suas peculiaridades em quatro domínios fundamentais:

5.1. A fortificação do *habitat*, isto é, a delimitação e identificação do espaço ocupado por uma comunidade, através da construção de grandes obras murárias as quais parecem ter como principal se bem que não única função, o controlo dos respectivos acessos.

A escolha de uma colina com pendentes de difícil acesso, a escavação de fossos nalgumas das suas vertentes (ou em todas?), a erecção de várias linhas de

<sup>89</sup> Com a Azougada comprovámos a falta de visibilidade directa. Não obstante, esta limitação resolve-se a partir de qualquer das colinas vizinhas deste sítio orientalizante, situadas a poucas dezenas de metros e com cotas superiores entre 15 e 20m. Pode pois aceitar-se que uma hipotética torre de *cir.* 10 m. de altura em cada sítio, ou mesmo apenas num deles, permitiria uma conexão visual entre ambos.

murallas em talude com técnicas elementares (acumulação de terras contidas por lajes de xisto fincadas ou encravadas), o talhe do substrato rochoso e a sua preparação para obter uma sólida fundação, são algumas das características que este estudo veio destacar com base numa estratigrafia complexa que, até ao momento, não estava disponível.

É difícil opinar sobre as possíveis relações de origem, influências, convergências ou contributos culturais que possam reflectir-se nas murallas dos Ratinhos, quer pelo estado inicial do seu estudo, quer pela ausência de conhecimento suficiente de possíveis paralelos. Ainda assim arriscamos a conjecturar que as murallas dos Ratinhos parecem decorrer de velhas tradições «megalíticas» peninsulares, reflectidas no gosto pelo uso de lajes de xisto ou na sua aplicação à maneira de ortostatos. No entanto é difícil confirmar tal conexão, não só pela falta de pontes temporais mas também pelas óbvias diferenças técnicas com as murallas calcólicas e do Bronze Pleno, ou mesmo Final, conhecidas noutros territórios da Península Ibérica. De facto, tanto umas como outras baseiam a construção dos respectivos muros no empilhamento de pedras com faces naturais mais ou menos planas viradas ao exterior, procurando a verticalidade a través da associação de paramentos múltiplos que procuram atingir uma estabilidade básica (Martín *et alii*, 2004: 228-229; Jorge, 2003; Molina y Cámara, 2004; ...). Menos conhecidos são os sistemas defensivos de povoados geograficamente mais próximos dos Ratinhos, que possam reflectir precedentes peninsulares, como o «onubense» El Trastejón com sugestivos «terraços» que dificilmente se poderão qualificar de «murallas» na opinião dos seus escavadores (Hurtado e García Sanjuán 1994: 244-245), ou que possam corresponder a paralelos contemporâneos (Escacena, 2005: 198; Escacena e Fernández Troncoso 2002: 118-119).

E, no entanto, apesar de construtivamente a fortificação dos Ratinhos responder a conceitos teóricos muito simples e facilmente atribuíveis a «desconhecidas» tradições indígenas, o seu desenvolvimento planimétrico, com «fosso» de secção tendencialmente em «V» e a importância do talude, recorda vagamente murallas tartéssicas posteriores, hoje interpretadas como o resultado da adaptação de modelos das «*murallas ciudadanas fenicias*», segundo proposta de D. Ruiz Mata a partir das suas investigações no Castillo de Doña Blanca do Século VIII a.C. (Ruiz Mata, Niveau e Vallejo 1998: 72; Torres 2002: 268-269; Escacena e Fernández Troncoso 2002: 120-122). Porém estas murallas têm sido datadas, do Golfo de Cádiz ao interior andaluz, a partir de finais do Século VIII a.C. (Niebla, Tejada la Vieja, Setefilla, Ategua, Aznalcóllar, Torreparedones, Puente Tablas...: Escacena, 2005: 198 ss.; Escacena y Fernández Troncoso 2002; Ruiz y Molinos 1993: 199; Pérez Macías y Bedia 1995, García Sanz 1987; Aubet *et alii* 1983; Molina 1978; Moreno López 2002; Fernández Castro y Cunliffe 2002...). E as suas semelhan-

ças com as murallas mais antigas dos Ratinhos podem ser equívocas, ou porque fossos e taludes são elementos básicos de qualquer sistema defensivo, ou porque a utilização da argila no exterior, no caso dos Ratinhos, ser apenas aplicada nas juntas das pedras ou blocos, não funcionando por isso como um «reboco» propriamente dito. Será portanto necessário aprofundar o conhecimento sobre as murallas do Bronze Final, especialmente no contexto do fenómeno que se tem vindo a qualificar de «pré-colonização do Ocidente».

5.2. A concentração da população de uma dada região dentro do *habitat* fortificado, pelo menos durante o período de construção e uso principal das suas murallas e fossos, período que se inscreve no Bronze Final do Sudoeste.

As prospecções intensivas promovidas pela EDIA, entidade responsável pela construção e exploração da Barragem de Alqueva, permitem-nos dispor hoje de um grau de conhecimento excepcional sobre o património arqueológico deste território. Os resultados são inequívocos: não se conhecem povoados contemporâneos num raio de 25km em torno dos Ratinhos, independentemente do seu tamanho ou natureza<sup>90</sup>. A aposta num povoamento concentrado em «grandes» povoados amuralhados durante o Bronze Final, apesar de corresponder a um modelo interpretativo tradicional, não deixa de apresentar inconvenientes, especialmente porque em zonas próximas, estudos intensivos têm apontado para conclusões contrárias. Ao Sul de Moura, entre Guadiana e Safara, os trabalhos de António Monge Soares mostram um povoamento do Bronze Final articulado em torno destes povoados (Serpa, Laço...) mas estruturado com outros assentamentos de menor presença (p.e. Passo Alto) ou aparentemente sem murallas (p.e. Herdade do Álamo, Serra Alta, São Gens, Santa Margarida...: Soares, 2005: 136). Claro que se podem levantar pelo menos duas objecções: são estudos baseados em prospecções de superfície e sabemos que o Bronze Final no Sudoeste mostra um importante fenómeno de atraso relativamente a outras zonas mais dinâmicas como a Bacia Média do Guadiana (Badajoz-Medellín: Almagro-Gorbea, 1977). Povoados e materiais do Bronze Final poderão datar-se neste território do Guadiana em pleno Século VI a.C., sem que mostrem traços próprios do Ferro Antigo (p.e. em Passo Alto). No entanto, apesar destas objecções, é um facto que o panorama populacional proposto por Soares é bastante mais lógico e credível do que supôr que toda a população se acolheria às murallas dos povoados que, no melhor dos casos, como nos Ratinhos, pouco iriam além dos 4 *ha* de área útil<sup>91</sup>. Isso não significa que o mo-

<sup>90</sup> O caso «Pardieiros», no caso de se confirmar a ocupação do Bronze Final proposta por José Fragoso de Lima (Mataloto, 2004: 230), não altera esta situação, pois seria considerado um «povoado gémeo», ou seja concebido como extensão do Castro dos Ratinhos, como propusimos para outros casos do Guadiana (p.e. Alcazaba de Badajoz e Fuerte de San Cristóbal: Berrocal-Rangel, 2006. e.p.).

<sup>91</sup> E tem paralelos bem conhecidos: Nájera e Molina, 2004.

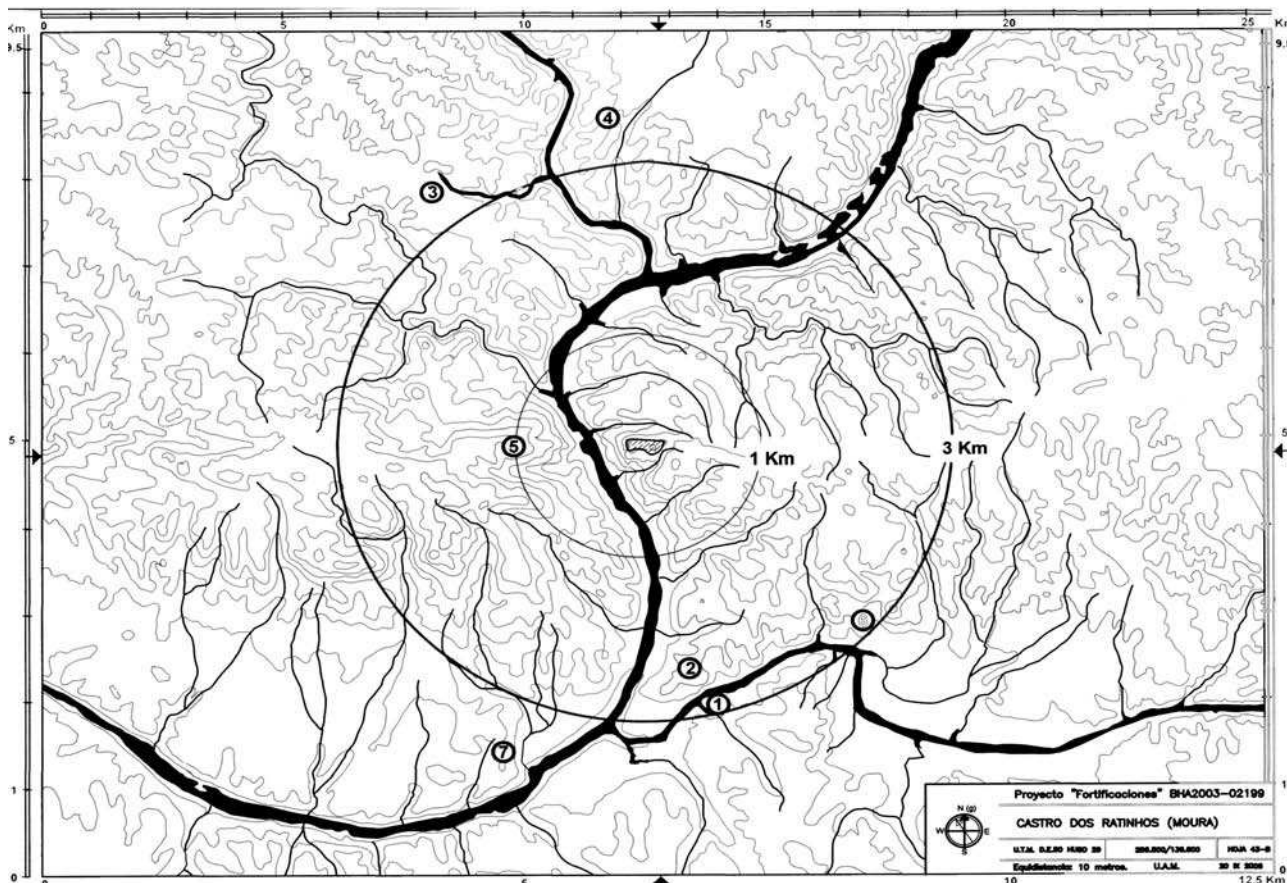
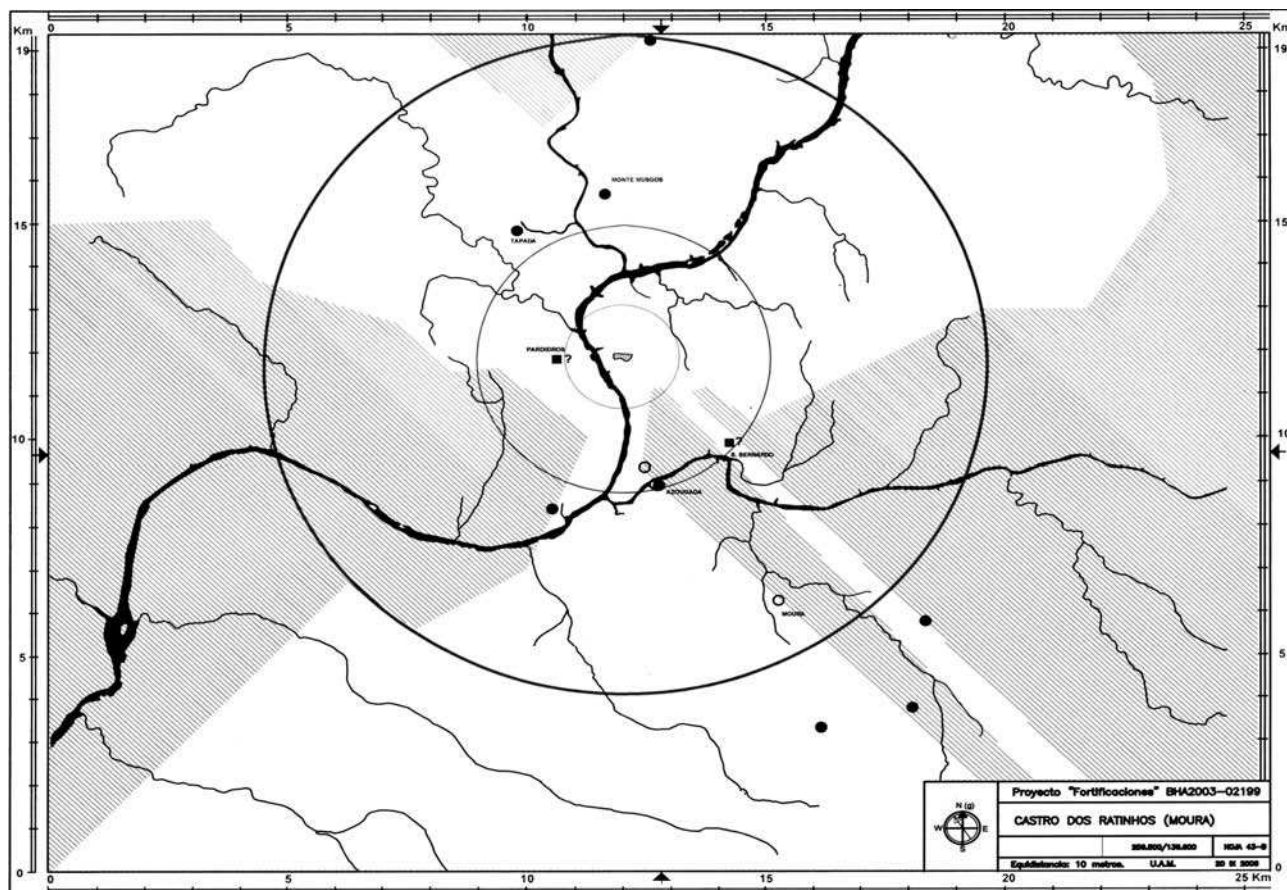


FIGURA 4.1.—Domínio visual real e do horizonte, desde a «acrópole»; 2: Paisagem do domínio visual e dos acessos: 1. Azougada, 2. Castelo Velho, 3. Tapada, 4. Monte Musgo, 5. Pardieiros, 6. S. Bernardo, 7. Porto da Barca.

delo não responda a padrões de «concentração» em povoados mais destacados, não sendo, porém, padrão exclusivo. Por tal motivo, a ausência de povoados contemporâneos nas proximidades dos Ratinhos terá de ser explicada por parâmetros diferentes: lacunas da prospecção, destruição de vestígios de ocupações, não detecção de sequências, etc.

Uma das principais razões que permite apoiar este «modelo de populações concentradas em povoados fortificados do Bronze Final do Sudoeste» encontra-se no manifesto contraste com os modelos seguintes que se desenvolvem no Ferro Antigo I ou Orientalizante. Do estudo dos Ratinhos retiram-se também as seguintes conclusões:

5.3. O povoado amuralhado manifesta importantes alterações durante o Século VII a.C. com a adopção de técnicas construtivas de maior complexidade, como o uso de estruturas (entramados) de madeira, que se detectam nos casos de muralhas vitrificadas por incêndios fortuitos ou provocados; o surgir dos primeiros paramentos de pedra seca aparelhada ou pelo menos facetada; e, por fim, a aplicação de novos elementos defensivos, como as pedras fincadas («cavalos de frisa») nos acessos como se comprovou em Passo Alto. Este novo tipo de povoado fortificado convive com a proliferação de pequenos povoados sob o seu domínio visual, povoados que assinalam novos modos de habitat onde a muralha não existe ou não tem razão de ser.

A busca de origens para estas muralhas do Ferro Antigo do Sudoeste, vitrificadas pelo incêndio do entramado de madeiras e postes, remete-nos para um sistema construtivo típico do Bronze Final do Ocidente europeu e que se compreende bem enquanto desenvolvimento das paliçadas delimitadoras dos povoados de «hoyos» do Bronze Pleno da Meseta. Assim o propõe C. Blasco a partir do Caserío de Perales del Río e outros paralelos da Meseta (2004: 281 ss.), que tem nítidas semelhanças na Grã Bretanha e Centroeuropa que permitem entender a convergência «céltica» tantos séculos depois (vejam-se os contributos de S. Fichtl, S. Krausz e I. Ralston neste mesmo volume). A presença de fossos de secção em «V» e muralhas semelhantes de pedra e madeira no Noroeste Cantábrico, como destacou A. Villa (*Vide infra*), permite contextualizar melhor as que se vão identificando, cada vez mais, no Sudoeste Peninsular. No entanto a relação entre estas muralhas vitrificadas dos Séculos VII e VI a. C. e as anteriores documentadas nos Ratinhos, a origem destas (Bronze Final) e as inovações daquelas (Ferro Antigo), são questões que só próximas escavações poderão esclarecer.

5.4. Por último, segundo o registo dos Ratinhos, este modelo de *habitat* desaparece na segunda metade do Século VII a.C., abandonando-se as implantações inexpugnáveis por outras mais adequadas à ocu-

pação humana e mais próximas dos campos agrícolas e dos recursos vitais.

## 5. BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO-GORBEA, M., 1977: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, BPH, XIV, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MARTÍN BRAVO, A.M., 1994: «Medellín 1991. La ladera Norte del Cerro del Castillo», en M. Almagro-Gorbea y A. M. Martín Bravo, eds., *Castros y oppida en Extremadura*, Extra Complutum, 4, Madrid, 77-127.
- ALONSO, F.; RUBINOS, A., 2002: «Las aplicaciones del Carbono-14.», en Luis Berrocal-Rangel, P. Martínez y C. Ruiz, *El Castiellu de Llagú: 297-304*, BAH, 13, Madrid.
- ÁLVAREZ, P. y PÉREZ ARRONDO, C. 1987: La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el valle Alto y Medio del Ebro., Logroño.
- ANTUNES, A. S. T. GANHÃO, 2005: *Castro da Azougada – Conjunto Cerâmico. Em torno da Idade do Ferro Pós-Orientalizante da margem esquerda do Baixo Guadiana*, Tese de Mestrado, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa.
- ARNAUD, J. MORAIS, 1979: «Coroa do Frade. Fortificação do Bronze Final dos arredores de Évora – Escavações de 1971-1972.», *MM*, 20: 56-99.
- ARRUDA, A. M. 1999-2000 [2002]: Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y el sur de Portugal (siglos VIII – VI a.C.), Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6, Barcelona.
- ARRUDA, A. M., 2005: «Orientalizante e Pós-orientalizante no Sudoeste peninsular: Geografías e Cronologías.», en S. Celestino y J. Jiménez Ávila, eds., *El Período Orientalizante*, Anejos AEspA, XXXV: 277-303.
- AUBET SEMMLER, M.E.; SERNA, M.R.; ESCACENA, J.L.; RUIZ DELGADO, M.M., 1983: *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla) - Campaña de 1979.*, EAE, 122, Madrid.
- BARROS, L.; CARDOSO, J.L.; SABROSA, A., 1993: «Fenícios na margem sul do Tejo.», in A.A. Tavares, ed., *Os Fenícios no Território Português.*, Estudos Orientais, 4: 143-181, Lisboa.
- BARROS, L.; SOARES, A. MONGE, 2004: «Cronologia absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal).», *O Arqueólogo Português*, IV-22: 333-352.
- BARROSO BERMEJO, R. M., 2002: *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superior.*, Universidad de Alcalá de Henares.
- BEIRÃO, C. DE MELLO; GOMES, M. VARELA, 1983: «A necrópole da Idade do Ferro do Galeado (Vila Nova de Milfontes).», *O Arqueólogo Português*, IV-1, 207-266.

- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste peninsular.*, Serie Extra Complutum, 2, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2003: «*La expansión meridional de los chevaux-de-frise: los castros célticos del Suroeste*», Coloquio Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea, en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente y J.B. López, eds., *Lleida*, pp. 209-232.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2006: «*El oppidum de Badajoz en época post-orientalizante*», en J. Jiménez Ávila, ed., *Siderum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante.*, *Reunión Científica del Instituto de Arqueología de Mérida C.S.I.C. (24-26 Mayo de 2006)*, CSIC, en prensa.
- BLASCO BOSQUED, C., 2004: «Los poblados ribereños de hoyos en entorno madrileño. Un modelo de asentamiento de la Edad del Bronce peninsular», en M. R. García Huerta y J. Morales, eds., *La Península Ibérica en el II Milenio a. C., Poblados y Fortificaciones*: 349-388, Cuenca.
- CALADO, M., 2002: «Povoamento pré e proto-histórico da margen direita do Guadiana.», *Al-madan, II série*, nº 11: 122-127.
- CARDOSO, J.L., 1995: «As cerâmicas de ornatos brunidos da Lapa do Fumo.», en VV.AA., *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, IPM, Lisboa: 88-89.
- CARDOSO, J.L., 2000: «Manifestações funerárias da Baixa Extremadura no decurso da Idade do Bronze e Idade do Ferro: breve síntese.» In Berrocal-Rangel et alii, eds., *Proto-História da Península Ibérica* (III CAP, vol. 5): 61-100.
- COFFYN, A., 1985: *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Iberique.*, Paris.
- DE BLAS, M.A.; VILLA, A., eds., 2002: *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la Cultura castreña*, Parque Histórico y Ayuntamiento de Navia.
- ESCACENA CARRASCO, J. L., 2005: «Darwin y Tartessos», en S. Celestino y J. Jiménez Ávila, eds., *El Período Orientalizante*, I: 189-220, CSIC, Mérida.
- ESCACENA CARRASCO, J. L.; FERNÁNDEZ TRONCOSO, G., 2002: «Tartessos fortificado.», *Fortificaciones en el Entorno del Bajo Guadalquivir* (Amores, ed.): 109-134, Sevilla.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M.C.; CUNLIFFE, B. W., 2002: *El yacimiento y el santuario de Torreparedones. Un lugar arqueológico preferente en la campiña de Córdoba.*, BAR IS, 1030, Oxford.
- FERREIRA, O. da Veiga, 1971: «Cerâmica negra de tipo grego encontrada em Portugal.», *Arqueologia e História*, 9ª serie, vol. III, Lisboa, 313-332.
- FRANKENSTEIN 1998 [1971]: *Arqueología del Colonialismo. El impacto fenicio y griego en el Sur de la Península Ibérica y el Sur de Alemania.*, Crítica Arqueología, Barcelona.
- GAMITO, T. JÚDICE, 1997: «A cerâmica de retícula brunida do Castro dos Ratinhos (Moura).», *O Arqueólogo Português*, 8/10: 277-297.
- GARCÍA SANZ, C., 1987: «Excavación de la muralla de Tejada.», *Tejada la Vieja: Una ciudad protohistórica* (Fernández Jurado, ed.), Huelva Arqueológica, 9: 93-105.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 1983: Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante). Anejo I de Lucentum, Universida de Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1990: *Nueva luz sobre la proto-historia del Sudeste*, Universidad de Alicante.
- GUERRA, A., FABIÃO, C.; SENNA-MARTÍNEZ, J.C., 1988: «O Cabeço do Crasto de São Romão, Seia. Alguns resultados preliminares das campanhas 1 (1985) a 3 (1987)», I Coloquio Arqueológico de Viesu (1988): 189-234.
- HURTADO, V.; GARCÍA SANJUÁN, L., 1994: «Áreas funcionales en el poblado de la Edad del Bronce de El Trastejón (Zufre, Huelva).», en J.M. Campos et alii, eds., *Arqueología en el Entorno del Bajo Guadiana*: 239-271, Universidad de Huelva.
- JORGE, S. OLIVEIRA, ed. 2003: *Recintos murados da Pré-História Recente.*, Edições DCTP-FLUP, Porto.
- KALB, PH., 1995: «Alpiarça», en VV.AA., *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, IPM, Lisboa: 90-91.
- KALB, PH.; HÖCK, M., 1981-1982: «Cabeço da Bruxa, Alpiarça (Distrito de Santarém). Relatório preliminar da escavação de Janeiro e Fevereiro de 1979.», *Portugalia*, II-III: 61-82.
- LIMA, J. FRAGOSO DA: 1960, «Castro de Ratinhos (Moura, Baixo-Alentejo).», *Zephyrus*, XI, 233-237.
- LIMA, J. FRAGOSO DA: 1981, *Elementos históricos e arqueológicos do Concelho da Moura.*, Biblioteca Municipal de Moura, 471 pp.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, O., 2003: «Dataciones radiocarbónicas en la Protohistoria del Sudoeste de la Meseta Norte. Consideraciones para un trabajo por hacer.», *Trabajos de Prehistoria*, 60-2: 131-142.
- MARTÍN, M.; MOLINA, F.; BLANCO, I.; NÁJERA, T., 2004: «Actuaciones de restauración en la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real).», en M. R. García Huerta y J. Morales, eds., *La Península Ibérica en el II Milenio a. C., Poblados y Fortificaciones*: 215-232, Cuenca.
- MATALOTO, R., 1999: «As ocupações proto-históricas do Castelo do Giraldo (Évora).», *Revista de Guimarães* (Actas do I Congresso de Proto-História Europeia), Guimarães, 333-362.
- MATALOTO, R., 2004-a: *Um monte da Idade do Ferro na Herdade da Sapatoa: ruralidade e povoamento no I Milénio a. C. do Alentejo Central.*, *Trabalhos de Arqueologia*, 37, IPA, Lisboa.
- MATALOTO, R., 2004-b: «Meio Mundo: o início da Idade do Ferro no cume da Serra d'Ossa (Redondo, Alentejo Central).», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 7-2: 139-173.

- MEDEROS MARTÍN, A., 2005: «La cronología fenicia. Entre el Mediterráneo oriental y el occidental.», en S. Celestino y J. Jiménez Ávila, eds., *El Período Orientalizante*, Anejos AEspA, XXXV: 305-346.
- MOLINA, F.; CÁMARA, J.A., 2004: «Urbanismo y fortificaciones en la cuenca de El Argar. Homogeneidad y patrones regionales.», en M. R. García Huerta y J. Morales, eds., *La Península Ibérica en el II Milenio a. C., Poblados y Fortificaciones*: 9-56, Cuenca.
- MORENA LÓPEZ, J.A., 2002: «El dispositivo defensivo del oppidum ibero-romano de Torreparedones.», *Fortificaciones en el Entorno del Bajo Guadalquivir* (Amores, ed.): 157-168, Sevilla.
- NÁJERA, T.; MOLINA, F., 2004: «Las Motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de la Mancha», en M. R. García Huerta y J. Morales, eds., *La Península Ibérica en el II Milenio a. C., Poblados y Fortificaciones*: 173-214, Cuenca.
- PARREIRA, R., 2001: «As arquitecturas como factor de construção da Paisagem na Idade do Bronze do Alentejo Interior.», in S. O. Jorge, ed., *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, Trabalhos de Arqueologia, 10: 267-273, Lisboa.
- PARREIRA, R.; SOARES, A. MONGES, 1980, Zu einigen bronzezeitlichen Höhensiedlungen in Süd-Portugal., *Madridrer Mitteilungen*, 21, Mainz, 119-130.
- PÉREZ MACÍAS, J. A., 1981: «Introducción al Bronce Final en el Noroeste de la provincia de Huelva.», *Habis*, 12: 207-237, Sevilla.
- PÉREZ MACÍAS, J.A.; BEDIA, M.J., 1995: «Excavaciones de apoyo a la restauración en las murallas de Niebla (Huelva).», *AAA 1992*, III: 376-383, Sevilla.
- RUBINOS, A.; FÁBREGAS, R.; ALONSO, F.; CONCHEIRO, A., 1999: «Las fechas de C-14 del castro de O Achadizo (Boiro, A Coruña): problemática de la calibración de conchas marinas.», *Trabajos de Prehistoria*, 56-1: 147-156.
- RUIZ MATA, D.; NIVEAU, A. M.; VALLEJO, J. I., 1998: «La ciudad tartésica-turdetana.», en C. Aranegui, ed., *Los Iberos, Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibera*: 65-82, Barcelona.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M., 1993: *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico.*, Crítica Arqueología, Barcelona.
- S.E.G., 1973: *Manual de Información de Topografía.*, Servicio Geográfico del Ejército, Madrid.
- SCHUBART, H., 1971: «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y en el Oeste Peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 28: 153-182.
- SILVA, A. C. 2002-b, «Guadiana – Alqueva. Património arqueológico, Investigação e Salvaguarda» (1997-2002)., *Col. Património e Ambiente*, 7, EDIA, Beja.
- SILVA, A. C., ed. 2002-a: «Arqueología no Alqueva. Almadan, IIª Série, nº11,55-230.
- SILVA, A. C. ed., 2000: «Das pedras do Xerez as Novas Terras da Luz». *Memórias d'Odiana – Estudos Arqueológicos do Alqueva*, 2, Beja.
- SILVA, A.C., 1999: «Salvamento arqueológico no Guadiana.», *Memórias d'Odiana – Estudos Arqueológicos do Alqueva*, 1, Beja.
- SILVA, A.C.; BERROCAL-RANGEL, L. 2005: «O Castelo dos Ratinhos (Moura), povoado do Bronze Final do Guadiana: 1ª campanha de escavações (2004).», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8.2: 129-176.
- SOARES, A. MONGE, 1986: «O povoado do Passo Alto. Escavações de 1984.», *Arquivo de Beja*, III, 2ª serie, Beja, 89-99.
- SOARES, A. MONGE, 2003: «O Passo Alto: uma fortificação única do Bronze final do Sudoeste.», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 6: 293-312.
- SOARES, A. MONGE, 2005: «Os povoados do Bronze Final do Sudoeste na margem esquerda portuguesa do Guadiana. Novos dados sobre a cerâmica de ornatos brunidos.», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8.1: 111-145.
- TORRES ORTIZ, M., 2002: *Tartessos.*, BAH, 14, Madrid.
- VILAÇA, R., 1995: *Aspectos do povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos finais da Idade do Bronze*, 2 vols., *Trabalhos de Arqueologia*, 9, IPPAR, Lisboa.
- VILAÇA, R.; BASILIO, L., 2000: «Contributo para a caracterização arqueológica da Idade do Ferro da Beira Interior: cerâmicas a torno de Cachouça.», *Almadan*, IIª-nº 9: 39-47.

# EL CHAO SAMARTÍN (GRANDAS DE SALIME, ASTURIAS) Y EL PAISAJE FORTIFICADO EN LA ASTURIAS PROTOHISTÓRICA

ÁNGEL VILLA VALDÉS  
*Principado de Asturias*

## ABSTRACT

*In spite of the monotony, traditionally attributed to the proto-historic hillforts milieu in Asturias, recent researches are starting to unveil a far more complex reality. Rather than mere military or defensive functions, the structure of these settlements reveals multifarious intents that translate in original defensive architectural landscapes. The present study trails the main cultural and archaeological landmarks that outline the development of the fortified settlements in Asturias, from their foundation in the last stages of Late Bronze Age until the brief but intense revitalization linked to Roman rule in the 1<sup>st</sup>-4<sup>th</sup> Centuries A.D.*

## RESUMEN

*Tras la aparente monotonía supuesta al paisaje fortificado de la Asturias protohistórica, comienza a vislumbrarse una realidad multiseccular, animada por intenciones complejas que trascienden su estricta aplicación militar y que se materializarán en fórmulas poliorgánicas, ocasionalmente, de gran originalidad. Este trabajo ofrece un recorrido por los principales hitos arqueológicos que jalonan los aproximadamente mil años que comprende la historia de los poblados y recintos fortificados, desde su fundación en las postrimerías del Bronce Final hasta el repunte, intenso pero ocasional, impuesto por la dominación romana durante los siglos I y IV d.C.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Durante los aproximadamente mil años transcurridos entre el fin de la Edad del Bronce y la plena implantación romana, no se conoce en Asturias otra modalidad de asentamiento que el fortificado. Su estudio se presenta, por tanto, como instrumento esencial para cualquier aproximación al proceso secular de afianzamiento y progresiva territorialización de las comunidades indígenas que habría de conducir a las primeras fundaciones y consiguiente generalización del hábitat fortificado durante los siglos previos a la conquista, acontecimiento que, a la postre, condujo, con su incorporación a una estructura social basada en la interdependencia y sumisión a un orden superior de ámbito estatal, el fin de los castros como lugar preferente de habitación.

No obstante, la influencia del paisaje fortificado de la Asturias protohistórica siguió proyectándose durante siglos con inusitada fuerza sobre su entorno perdurando, a la altura de determinados accidentes naturales, como

hitos de primera magnitud en la que Rodríguez-Vigil ha denominado geografía sagrada de Asturias. De su peso en el ideario popular son fiel testimonio los diccionarios geográficos decimonónicos, la pervivencia toponímica y un generoso corpus de relatos legendarios. Referencias todas ellas que, convenientemente desprovistas de su carga fantástica, permitieron a José Manuel González construir, a partir de su formación como filólogo y un trabajo de campo excepcional, el primer atlas castreño de la región donde, por primera vez, se advierte la diversidad formal impuesta sobre los yacimientos por el relieve abrupto y cambiante que caracteriza el país. Más allá del reconocimiento de unos 300 lugares fortificados, en sus estudios abordó la tipificación defensiva de los emplazamientos —varias veces remedada de forma un tanto insolente en estos últimos años— y propuso, ya en 1966, el origen de estos poblados en el Bronce Final con pervivencia hasta época altoimperial (González, 1966: 255), un marco temporal bien ajustado a los datos hoy conocidos.



## 2. EL PRIMER PAISAJE FORTIFICADO: LOS RECINTOS DEL BRONCE FINAL

La dispersión de emplazamientos fortificados de morfología castreña en Asturias se caracteriza por el marcado desequilibrio entre el área oriental —cuencas de los ríos Sella y Cares-Deva— y la región centro-occidental, drenada por el Nalón, Narcea, Navia y Eo, donde se concentran la mayor parte de los yacimientos conocidos. Su distribución abarca todo tipo de paisajes, con una generosa implantación en el área costera que se acentúa hacia el oeste del río Nalón, con particular densidad en el interfluvio Navia-Eo. No obstante, el grueso de poblados se establecieron principalmente en el curso medio de los valles de la cuenca hidrográfica Nalón-Narcea, en espacios de media montaña que, sólo ocasionalmente, superan altitudes que, por exigencia del clima, puedan imponer cierta estacionalidad en la ocupación.

Tal y como supusiera González, las fundaciones más antiguas se remontan a fines del siglo IX o siglo VIII a.C. si bien con una configuración espacial que difiere de la que habrá de generalizarse durante la Edad del Hierro y en la que determinados elementos delimitadores, en principio considerados de carácter militar —fosos o empalizadas— potencian aspectos relacionados con la monumentalidad y singularización paisajística de espacios ceremoniales más que de habitación. Una circunstancia que podría estar revelando pautas de implantación territorial en las que los condicionantes defensivos, tradicionalmente considerados esenciales en la elección de los emplazamientos, hubiesen alcanzado la diversidad casuística que los caracteriza como resultado de la subordinación a otro tipo de estímulos de orden ideológico, más vinculados con el subjetivismo social de los grupos que fomentaron su intalación que con requerimientos estrictamente militares.

El caso más explícito, sin duda por ser también el mejor estudiado, es el de la Acrópolis del Chao Samartín, en Grandas de Salime, donde se conjugaron todos los elementos que habrían de estar presentes en la conformación de los poblados como recintos fortificados a lo largo de la Edad del Hierro. En este lugar, cercando la explanada que corona el promontorio, se estableció hacia el año 800 a.C. un recinto, delimitado por monumentales obras de cierre en torno a una gran cabaña construida frente a la roca que preside el lugar.

### 1. Acrópolis del Chao Samartín:

Demarcaban el conjunto una poderosa empalizada hacia poniente completada al sur y oriente con una muralla precedida de foso, al menos, en este último flanco. La empalizada, dispuesta sobre el acantilado que domina el valle, se proyectaba sobre una doble línea de apoyos hasta el extremo septentrional del recinto sin otra interrupción que un pasillo entre la gran cabaña y la roca. La puerta se abría al sur, con unos

3,5 m de amplitud, dando paso a un camino que conducía a la gran cabaña que se alzaba en el centro de la Acrópolis (Fig.: 2). Éste edificio se sustentaba en una estructura de gruesos postes de madera, apoyados directamente sobre la roca y embutidos en paredes de mampostería. Dos apoyos centrales soportaban la techumbre que cubría una superficie de 12,50 m x 4,40 m. El ajuar recuperado, fundamentalmente metalistería de base cuprífera, en el que están presentes asas de sítula, restos de caldero y de un gran disco fabricado sobre chapas metálicas remachadas y claveteadas, rechaza por el momento cualquier interpretación de carácter industrial o doméstico sugiriendo, más bien, un destino ceremonial, un ambiente de carácter ritual que la segregación y aislamiento de la construcción parecen refrendar. Una lectura que debe extenderse al conjunto del recinto como revela, por ejemplo, el depósito funerario realizado a la puerta del mismo.

Allí, al pie de las fortificaciones de la Acrópolis e instalado junto al camino de acceso al recinto se depositó, contenido en una pequeña urna de piedra, un cráneo cuyo hallazgo constituye un hecho singular en el contexto de la cultura castreña del noroeste, tanto por el vacío documental concerniente a los ritos funerarios de estas comunidades como por la originalidad del conjunto (Villa & Cabo, 2003: 145).

Este recinto no fue un establecimiento aislado, sino que constituía, aunque segregado física y monumentalmente, parte de un asentamiento más amplio que comprendía, con toda probabilidad, un área residencial de perímetro también fortificado mediante fosos y empalizada en cuya ejecución parece haberse rehuido la intención monumental advertida en el cierre de la Acrópolis.

Del tratamiento conjunto de las fechas obtenidas en los diferentes sectores excavados, se pudo concluir que la fundación tuvo lugar entre el 801 y 778 a.C. y se mantuvo vigente hasta su destrucción entre el 761 y el 679 a.C. (Villa & Cabo, 2003), constatándose por primera vez la existencia de recintos fortificados en Asturias a finales de la Edad del Bronce. Como es natural, el repertorio de yacimientos asignables a este periodo no es muy extenso aún, concentrándose el grupo más significativo en el occidente de la región, donde además del Chao Samartín, se conocen evidencias de ocupación antigua en los castros de San Chuis de Allande, Os Castros de Taramundi o El Picón en Tapia de Casariego.

Los poblados del área centro-oriental, a pesar de contar con dataciones de atribuibles a este periodo y una identidad cultural marcada por la herencia, sino continuidad del Bronce Final Atlántico, han sido encuadrados por sus investigadores en una primera Edad del Hierro, así ocurre en Camoca y El Olivar (Camino, 1999: 158) o la Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001: 83).

Es rasgo común a todo ellos la selección de posiciones topográficamente destacadas que habrán de evolucionar, en el caso de los poblados occidentales, ha-



FIGURA 1.—Mapa de Asturias con la dispersión de los castros citados.

cia morfologías inequívocamente castreñas durante los siglos posteriores y cuya dispersión sobre los más variados biotopos regionales indica también una relativa generalización territorial desde la rasa costera hasta las tierras altas interiores. Se perfilan así dos características -continuidad y frecuencia de los asentamientos- de singular relevancia por las diferencias sustanciales derivadas respecto a la evolución de los patrones del poblamiento en ámbitos castreños más orientales (Camino, 1999) y en regiones limítrofes como Galicia (Carballo, 1990; Xusto, 2000; Parceró, 2000) y León (Sánchez-Palencia, 2000; Celis, 2002 a-b).

## 2. Otros poblados castreños con evidencias de fortificación durante el Bronce Final:

En la cuenca media del río Narcea se localiza el castro del Pico San Chuis, establecido sobre una colina con un extraordinario dominio visual sobre su entorno inmediato que se prolonga, hacia el Sur, hasta la cordillera cantábrica. Una larga secuencia de ocupación que se remonta al Bronce Final y alcanza el mundo romano apunta ciertas similitudes con el Chao Samartín que se ven refrendadas por el papel de centralidad que parece haber desempeñado secularmente respecto al territorio circundante (Villa, 2007). La reinterpretación estratigráfica de las dataciones obtenidas a partir de sedimentos excavados hace algunas décadas por Francisco Jordá permitieron proponer una primitiva ocupación de la colina hacia los siglos IX y VIII a.C. (Villa, 2002: 163) que las exploraciones recien-

tes han confirmado como lugar fortificado durante esta última centuria (Villa & Menéndez, e.p.). Un tiempo en el que el lugar contaba ya con una muralla de traza continua cercando el barrio septentrional, sobre el que posteriormente se extendería el poblado de la Edad del Hierro, y una terraza superior en la que la estratigrafía indica el predominio de estructuras precederas, circunstancia que subrayan la similitud entre ambos yacimientos.

Una larga perduración caracteriza también el castro de El Picón, en la marina de Tapia de Casariego. La primera noticia relativa a la existencia de un poblado fortificado en este lugar fue proporcionada por José Manuel González, quien reconoció el montículo en julio de 1968 (González, 1976: 140). El recinto interno se distribuye en varias terrazas escalonadas hacia Oriente a partir de una plataforma superior o acrópolis y la disposición de los fosos perimetrales que ofrecen mayor desarrollo sobre los flancos meridional y occidental donde llegan a sucederse en número de tres con sus correspondientes contrafosos.

El castro se extiende sobre un pequeño promontorio elevado sobre la rasa costera apenas a unos 1.100 m del frente litoral. A pesar de su modesta altitud, apenas 80 m.s.n.m., disfruta de un notable dominio visual favorecido por la regularidad y horizontalidad de su entorno que le confiere, además, un notable protagonismo en el paisaje.

La secuencia estratigráfica revela la existencia, de horizontes de la Edad del Hierro (Villa, 2007 b) bajo

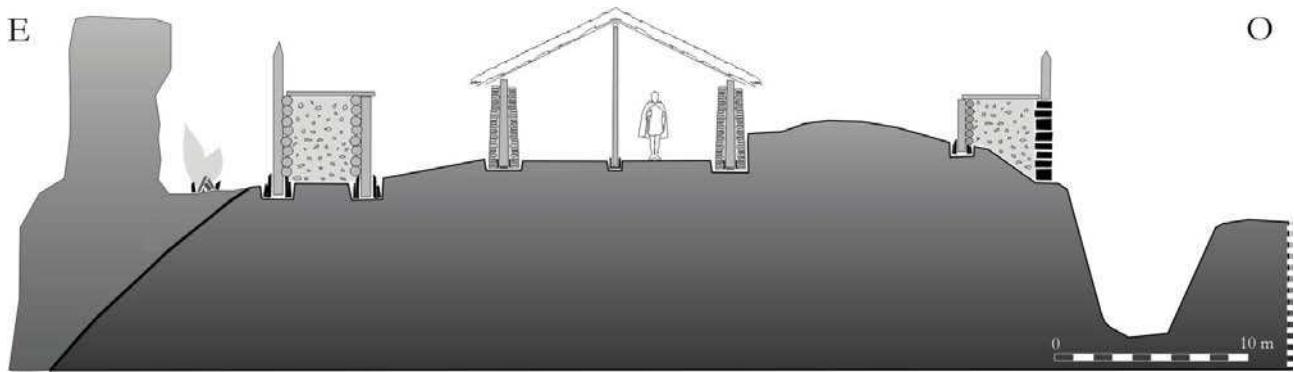


FIGURA 2.—Chao Samartín. Sección transversal de la Acrópolis con indicación de los lugares con fechas C-14.

los cuales se extiende una muralla cuya disposición parece ajustarse al perímetro de la corona castreña, culminando el talud que delimita su plataforma superior. El corto tramo excavado muestra una conservación residual, con alzados que no superan los 0,80 m y utilización de aparejo irregular. Bajo el horizonte de bloques originado como consecuencia de la ruina y derrumbe del paramento interno se localizó el muñón de fundición de un hacha de talón. Esta pieza, cuyo aspecto denuncia su probable naturaleza ternaria con elevada presencia de plomo, propia de momentos terminales del Bronce Final, remite la fundación del recinto fortificado a un ámbito temporal similar al ya establecido para el Chao Samartín o San Chuis en torno al siglo VIII a.C.

Una antigüedad similar apuntan las dataciones obtenidas para algunas de las fortificaciones del poblado de Os Castros, en Taramundi<sup>92</sup> (Villa, 2002: 178). A los restos de la cerca que protegió el asentamiento, identificada durante la primera campaña de excavación, se sumó el descubrimiento, sobre la explanada que corona el poblado, de un gran foso, de dimensiones aún no precisadas, que discurre bajo las cabañas construidas durante la Edad del Hierro. Al igual que ocurrió en los casos anteriormente descritos, el asentamiento perduró hasta época altoimperial. No obstante, las estructuras asociadas al primitivo poblado no sobrevivieron al reajuste urbano emprendido durante la Edad del Hierro, constatándose su definitivo soterramiento a comienzos del siglo IV a.C. Aunque la extensión exhumada no permite una interpretación general de aquel primer establecimiento, si puede asegurarse que las obras emprendidas supusieron una empresa de notable envergadura que culminó con la delimitación monumental del recinto mediante la labra del sustrato pizarroso dominante (Villa et al., 2007) que —y es importante resaltarlo— no significó necesariamente una mejora sustancial en las condiciones defensivas, tal y como demuestra su temprana inutilización ya durante la Edad del Hierro.

### 3. Algunos casos singulares: Cortín dos Mouros y La Forca:

En otros casos, la caducidad de las primitivas instalaciones significó su abandono irreversible, no llegando nunca a producirse el tránsito hacia un hábitat castreño convencional. Algo así podría haber ocurrido en el Cortín dos Mouros, en el concejo de Santalla de Oscos. Este peculiar recinto<sup>93</sup> se dispone, a unos 675 m de altitud, sobre la línea de cumbres de los Montes de Brañavella, ocupando un abrupto crestón, pendiente y pelado que se orienta hacia el Poniente y rompe, en forma de escarpes casi verticales al Este. Está delimitado por un muro de proporciones soberbias que lo cerca en todo el perímetro asequible (Fig.: 3). Se define así un espacio protegido sobre la cumbre de unos 80 m de longitud que no supera los 30 de anchura. Por desgracia, la roca aflora omnipresente sin que se adviertan depósitos sedimentarios susceptibles de contener información arqueológica, limitando, de esta manera, las posibilidades de su estudio mediante excavación. La muralla es, como ya se ha dicho, una obra monumental. Fue fabricada a hueso empleando bloques de cuarcita blanca, de tendencia tabular, que en algunos casos rozan proporciones ciclópicas, conformando una estructura de hasta 4 m de potencia que conserva, en algún tramo, hasta 3 m de altura con acceso abierto al mediodía. Aunque por el momento se carece de referencias cronológicas que confirmen esta hipótesis, la intervención que en fechas recientes se ha desarrollado sobre las ruinas de La Forca, en San Juan de Villapañada, concejo de Grado<sup>94</sup>, le otorgan razonables indicios de verosimilitud.

<sup>93</sup> También conocido por los lugareños como *Pena del Muro*. A él debe referirse el diccionario de Martínez Marina cuando indica «Se conservan en este Concejo vestigios de mucha antigüedad, es *asaver* [*sic*] en las eminencias de los montes unas cuatro fortificaciones de las cuales tres son hechas de tierra acomodadas a la naturaleza del terreno, y la otra la guarnece por un lado la superficie de un gran peñasco y por el otro un muro, que aun permanece parte de él, hecho por la mano del hombre sin argamasa de dieciséis pies de ancho, admira la magnitud de sus piedras, todo lo cual acredita haber sucedido combates reñidos en esos sitios y cercanías». Fue reconocido durante la elaboración del inventario arqueológico de Santa Eulalia de Oscos (Villa, 1992: 224).

<sup>94</sup> Los datos de ésta intervención, aún inéditos, nos han sido transmitidos por Jorge Camino Mayor, coordinador de la intervención que realizaron los arqueólogos Yolanda Viniegra Pacheco y Rogelio Estrada García.

<sup>92</sup> CSIC-1654 2572 ± 31 BP Cal BC 814-549; CSIC-1653 2466 ± 29 BP Cal BC 761-413.



FIGURA 3.—*Cortín dos Mouros, Santa Eulalia de Ocos. Al fondo, el poblado de Os Castros de Ferreira.*



FIGURA 4.—*Pico San Chuis, Allande. Muralla del siglo VIII a.C. subyacente a la modular de la Edad del Hierro.*

Al igual que en el Chao Samartín también este recinto se conforma como una faja de terreno de unos 40 m de amplitud que se extiende en posición topográfica dominante a lo largo de unos 100 m, cercada con un aparato defensivo monumental pero que, a diferencia de aquel, no conoció el desarrollo posterior de un hábitat castreño tradicional, ni tan siquiera al modo del Cortín dos Mouros donde éste se desplazó al piedemonte, fijándose en el poblado de Os Castros de Ferreira. Las dataciones obtenidas sobre la poderosa muralla que delimitaba el recinto indican un periodo contemporáneo al referido para el Chao Samartín, Os Castros o San Chuis<sup>95</sup>. En definitiva, hacia finales del siglo IX y comienzos del VIII a.C., se constata la implantación de los primeros asentamientos fortificados en Asturias, de los cuales, los yacimientos con investigaciones más avanzadas, como San Chuis, El Picón, Os Castros y, fundamentalmente, el Chao Samartín, muestran una significativa correspondencia en la conformación de los respectivos asentamientos. Analogías que, más allá de su proximidad temporal, indican pautas sociales compartidas por las comunidades que alumbraron la implantación de los primeros poblados fortificados en Asturias a finales de la Edad del Bronce. Así debe interpretarse la segregación de recintos con cierres aparatosos ajenos a todo planteamiento poliorcético que, rehuendo cualquier indicio de uso doméstico, reivindican con su registro arqueológico una función ritual desarrollada en una escenografía al que no resulta extraña la concurrencia de ciertas evocaciones hieráticas como rocas, hogueras o bosques de roble. Fueron espacios cuya precoz caducidad habría de precipitarse en el tránsito a la Edad del Hierro, certificada por las reformas y clausuras que desencadenó, allí donde ésta se produjo, la expansión de los antiguos recintos hacia morfologías castreñas convencionales.

## 2. LAS FORTIFICACIONES DE LA I EDAD DEL HIERRO

Si la fundación de recintos fortificados durante el Bronce Final es un acontecimiento de reciente verificación en Asturias del que apenas comienzan a vislumbrarse algunos patrones de asentamiento, siempre de cuestionable ratificación sin el concurso de excavaciones y consiguiente contextualización, la generalización del poblamiento fortificado durante la Edad del Hierro no ofrece ya, a la luz de las investigaciones más recientes, ningún tipo de duda. Superado el debate sobre el pretendido origen tardío de los castros occidentales, aquellos sobre los que se mantuvo con extraordinario predicamento una pretendida fundación romana, hoy puede presentarse como hipótesis más que probable que el atlas del poblamiento protohistórico no difiere demasiado del mapa elaborado por José Manuel González para la Asturias castreña en el que

se contemplaba la existencia de unos 300 asentamientos (González, 1978: 171).

El surgimiento de los primeros castros en el área oriental de la región empieza a documentarse a partir del siglo VIII. Se trata de asentamientos fortificados, con posiciones preeminentes sobre un entorno fértil y generoso en recursos que resultan, además, de acceso cómodo e inmediato. Sin embargo, no conocerán ocupación más allá de mediados del siglo VI a.C., periodo en el que se ocupan castros como El Olivar o Camoca, en Villaviciosa, caso este último donde se han documentado hasta tres fases constructivas (Camino, 2006: 78).

Las fortificaciones constatadas en estos poblados son fundamentalmente taludes, parapetos petreos o de tierra, con toscas murallas de probable remate en empalizadas, y, tal vez, algún foso (Camino, 1999: 154). Éstas se desarrollan en un contexto marcado por la herencia, tal vez continuidad con el Bronce Final, en el que la producción metalúrgica desempeñaría un destacado papel hasta el abandono de ambos asentamientos hacia mediados de milenio. Se produce entonces una crisis trascendental en los patrones del poblamiento castreño comarcal que habrá de dar paso a asentamientos de nueva fundación a partir de fechas tempranas del siglo IV a.C., inaugurando la II Edad del Hierro en la región. La forma radical en que este proceso se desarrolló en el área de Villaviciosa tiene una extraordinaria importancia pues facilita una aproximación mucho más precisa al significado de lo ocurrido en otros yacimientos próximos donde esta crisis se tradujo en un abandono transitorio tras el que se abriría paso un periodo rico en innovaciones, y del que son manifestación genuina determinadas estrategias de fortificación que habrán de caracterizar los castros asturianos durante la II Edad del Hierro.

El caso más próximo es el de la Campa Torres, en Gijón, donde se menciona un hipotético hiato hacia el siglo V a.C. (Maya & Cuesta, 2001: 85). La interpretación de su secuencia de ocupación, motivo de apasionado debate durante algunos años, posee en las estratigrafías y numerosas dataciones radiocarbónicas publicadas argumentos suficientes para su integración en un discurso coherente con el registro obtenido en un conjunto ya significativo de yacimientos. En principio, sus excavadores definieron una secuencia que, con la salvedad expuesta del siglo V, arrancaría en el siglo VI a.C. conduciendo, desde horizontes culturales propios de la Edad del Hierro, hasta la plena romanización (Maya & Cuesta, 2001: 83). Los horizontes fundacionales estarían asociados a una muralla elevada sobre la roca y una banqueta fundacional en lugares con mayor desnivel (Maya & Cuesta, 2001: 76). La controversia surge en la consideración como tal de ésta última, pues en interpretaciones posteriores se ha propuesto que se tratase, en realidad, de una obra anterior ejecutada durante la I Edad del Hierro, ajena a la muralla modular sobrepuesta de cronología varios

<sup>95</sup> Beta-194075.

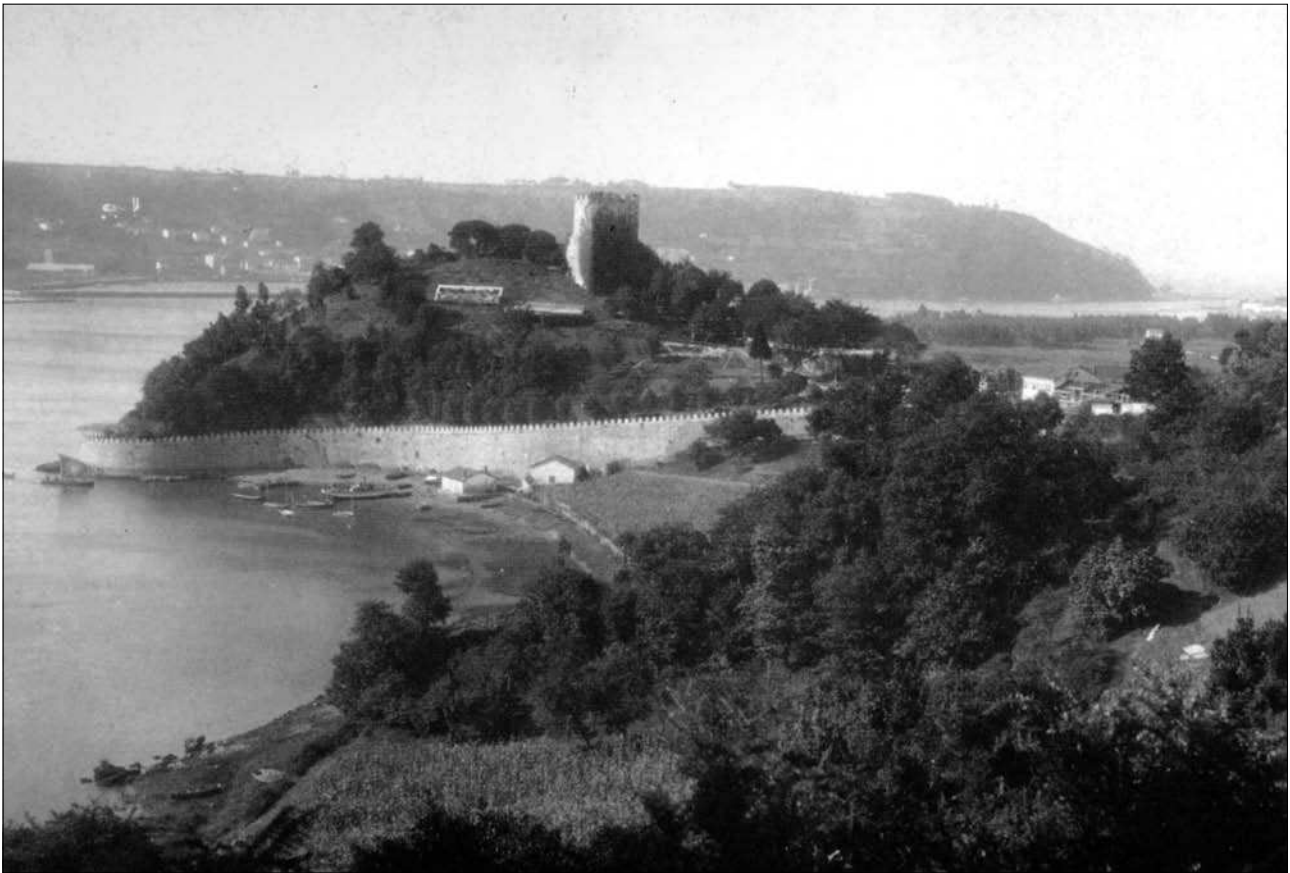


FIGURA 5.—Castillo de San Martín, Soto del Barco. Con una posición privilegiada sobre la desembocadura del Nalón (al fondo).



FIGURA 06.—Chao Samartín, Grandas de Salime. Muralla modular del siglo IV a.C.

siglos posterior. Los argumentos esgrimidos en este sentido son diversos y ciertamente sólidos pues parten del registro estratigráfico publicado por sus excavadores con un generoso reportaje gráfico de apoyo. Resumido de manera sucinta, el replanteamiento de la secuencia implicaría la existencia de una muralla antigua a la que deberían asociarse los horizontes fundacionales datados entre los siglos VIII-VI a.C., momento a partir del cual y de acuerdo con las fechas 14C disponibles se registraría un hiato del que el castro resurgiría con extraordinaria vitalidad durante la II Edad del Hierro, periodo en el cual se levantaría, sobre los relictos de la primitiva cerca, la nueva muralla modular (Camino, 2000: 10).

Son varios los ejemplos que podría estar atestigüando, en investigaciones aún en curso, un proceso de rasgos bastante similares en otros yacimientos del centro y oeste de la región aunque, conviene recordar, oscurecido por las limitaciones impuestas por la insuficiente precisión de las dataciones 14C en un periodo marcado por la horizontalidad de la curva de calibración en las dataciones radiométricas (Alonso, 2002: 340). Un primer caso se constata en el Chao Samartín, donde la delimitación defensiva del recinto anejo a la Acrópolis a partir de una hipotética empalizada y, al menos, dos pequeños fosos resultó definitivamente inutilizada por la instalación de una muralla de estructura continua que, tras varios episodios de ruina, resultaría embutida en una nueva estructura de organización modular. Desconocemos el momento de fundación de aquella obra, pero sí puede asegurarse que la misma se llevó a cabo con anterioridad al siglo IV a.C., cuando se construye la que habría de sustituirla y en fecha posterior a la establecida para la clausura del asentamiento del Bronce Final, hacia la primera mitad del siglo VII a.C. (Villa & Cabo, 2003: 151).

En el castro de San Chuis, con una ocupación antigua similar a la del Chao Samartín, se ha documentado la existencia de una muralla continua subyacente a la modular (Fig.: 4). Ambas estructuras, datadas mediante 14C, repiten la secuencia ya descrita en los casos anteriores, si bien las fechas para la obra primitiva remiten su fundación al siglo VIII a.C. (Villa & Menéndez, e.p.).

La información referida a posibles asentamientos fortificados durante la I Edad del Hierro en la región no posee más que otras dos probables localizaciones, ambas en el área central. Son los castros de Llagú y el Castillo de San Martín.

El primero, próximo a la ciudad de Oviedo, se extiende sobre la corona de un destacado montículo, a unos 280 m de altitud. Cuantos investigadores se han ocupado de su estudio han coincidido en señalar su condición de lugar fortificado desde el siglo IV a.C. hasta época romana, tal vez, mediados del siglo II d.C. (Maya & Mestres, 1998; López et al., 1999; Berrocal et al., 2002;), si bien se ha constatado una ocupación anterior a la instalación de las murallas modulares que

podría haber dado comienzo en el siglo VI a.C. (Berrocal et al., 2002: 319; Rubino & Alonso: 2002: 303). De hecho, la presencia de horizontes subyacentes a la implantación del poblado de la II Edad del Hierro, ya advertida en la campaña de 1998 (López et al., 1999: 244), encontró luego apoyo en la aparición del primer tramo de una fortificación anterior de estructura continua (Berrocal, 2002: 73 y 130; Berrocal, 2004: 54).

El Castillo de San Martín se localiza en una privilegiada posición sobre la margen derecha del río Nalón, allí donde éste traza un pronunciado codo a partir del cual se abre hacia la ría de San Esteban de Pravia. Su emplazamiento, sobre un promontorio de apenas 40 m de altitud le proporciona un dominio visual excelente sobre la embocadura de la arteria fluvial más importante de la región, razón que justificó su vigencia como lugar fortificado hasta época moderna que se prolongó ocasionalmente con uso militar hasta la Guerra Civil (Fig.: 5).

En este lugar, fueron documentados varios fondos de cabaña subyacentes a la muralla modular, atribuidos, sin más precisión, a la Edad del Hierro (Carrocera & Camino, 1996: 58)<sup>96</sup>. No obstante, su posición relativa respecto a esta fortificación compartimentada, como veremos, modalidad que se generaliza en los castros asturianos desde comienzos del siglo IV a.C. y el horizonte sedimentario interpuesto entre su relleno y los relictos de las estructuras de habitación, sugiere, a falta de dataciones absolutas, un hiato más o menos prolongado entre el abandono de las cabañas y la construcción de la muralla. Algo más explícito, por lo que a su asignación cronológica se refiere, es el ajuar recogido en los horizontes vinculados con el uso de aquellas, pues, aunque exiguo, presenta materiales bien contextualizados en otros yacimientos de la I Edad del Hierro. Es el caso de un enganche laciforme de bronce y toscas cerámicas de fábrica sin torno, de superficies espatuladas y decoración incisa con trazos en espiga<sup>97</sup>, piezas también presentes en el castro de Camoca (Carrocera & Camino, 1996: 58; Camino, 1999: 154).

### 3. LAS FORTIFICACIONES DE LA II EDAD DEL HIERRO

La reocupación durante la II Edad del Hierro de los primitivos asentamientos fortificados con la consiguiente alteración y reforma de las estructuras y horizontes de uso, por lo general, de carácter precedero, oscurece en gran medida la caracterización del tránsito hacia un periodo en el que habrán de consolidar-

<sup>96</sup> Las excavaciones en este yacimiento, dirigidas por Elías Carrocera Fernández, a la sazón miembro de la Comisión de Patrimonio Histórico de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias, se prolongaron en varias campañas, desde 1992 hasta finales de 1994, con dirección técnica a cargo de diferentes arqueólogos en cada una de ellas.

<sup>97</sup> Datos registrados durante la campaña de excavación desarrollada de abril a diciembre de 1993, bajo la titularidad administrativa del Dr. Carrocera Fernández y responsabilidad técnica de A. Villa Valdés.

se los rasgos más representativos de la cultura castreña en Asturias. Otras circunstancias como la penuria endémica de los ajuares, siempre escasos y no demasiado expresivos, o los inconvenientes referidos para la aplicación del 14C en los siglos centrales del milenio, complican aún más esta empresa en buena parte de los yacimientos investigados. He aquí la trascendencia que, para comprender la entidad de los cambios acontecidos, posee la secuencia establecida por Camino en los castros ribereños de Villaviciosa, donde la crisis advertida de forma más o menos difusa en otros poblados, se manifiesta de manera rotunda, con la clausura de los establecimientos del Hierro inicial—Camoca, El Olivar o La Corolla— y la fundación, a partir del siglo IV a.C., de otros nuevos—Moriyón o Picu el Castro, en Caravia— en emplazamientos que conllevan una degradación en sus condiciones de habitabilidad (Camino, 2002: 153). Las razones esgrimidas para justificar tal acontecimiento, aún contemplando aspectos de orden económico de ámbito europeo relacionado con la sustitución del comercio del bronce por el hierro y el declive griego y fenicio, o la degradación de las condiciones medioambientales, podrían obedecer a causas superestructurales derivadas de la inestabilidad política de la crisis del siglo VI a.C., germen probable de las mejoras agrarias e intensificación de la producción siderúrgica que cabe atribuir a los nuevos castros más aislados (Camino, 2002: 154).

El resultado es, en todo caso, el establecimiento de poblados en alto, sobre promontorios de fuerte pendiente y un amplio dominio visual que consolidarán su posición paisajística prevalente con robustas defensas dispuestas en torno a la corona de la colina. En ocasiones, ésta se adquiere mediante la construcción de taludes artificiales de mampostería que proporcionan superficie regular sobre el que se extendieron las unidades de habitación y una hipotética muralla (Llano, 1919). En otros casos, como en Moriyón, se afronta la construcción de murallas con doble paramento relleno de cascote y estructura modular que circunda la colina a lo largo de unos 500 m, con una anchura variable entre los 3 y 5 m, (Camino, 1997: 72). Su estructura compartimentada habrá de convertirse en un atributo frecuente en los castros asturianos durante la II Edad del Hierro. Aunque en Moriyón se considera que su construcción no rebasa el siglo III a.C., las murallas modulares están atestiguadas en otros castros del centro y occidente de la región, al menos, desde comienzos del siglo IV a.C., sin que pueda descartarse, en el caso de Monte Castrelo de Pelou, su instalación durante la centuria anterior. En relación con este asunto, debe reseñarse el debate abierto respecto a su probable origen, rastreado en modelos de fortificación coloniales que se habrían difundido desde el Mediterráneo por el valle del Ebro hasta alcanzar la costa cantábrica (Camino, 2000 b), frente a su postulación como variante local de soluciones defensivas en cierta forma comunes entre las comunidades prerromanas

de la Europa atlántica (Maya & Cuesta, 2001: 53; Berrocal, 2004: 53).

El territorio de implantación de las murallas de módulos se restringe, por el momento, a una franja del área cantábrica que se extiende desde la ría de Villaviciosa, con Moriyón como ejemplo más oriental, hasta las tierras altas del Navia, con noticias más o menos solventes de una decena de casos, que podrían alcanzar la provincia de Lugo de confirmarse la naturaleza compartimentada de la muralla del castro de Liñares de Queizán, en el concejo de Navia de Suarna<sup>98</sup>.

La Campa Torres posee uno de los conjuntos más extensamente excavado de este tipo de fortificación. El primitivo recinto prerromano, establecido sobre el promontorio que domina el acceso a la península y cabo de Torres, estuvo protegido por un desarrollado aparato defensivo del que sólo se ha explorado arqueológicamente su fachada meridional, flanco de contacto con el continente sobre el que se despliegan la muralla, foso y contrafos (Maya & Cuesta, 2001). Se advierten, no obstante, evidencias topográficas de entidad suficiente para proponer la existencia de una segunda línea defensiva que, dispuesta sobre la falda norte del cerro, delimitaría con foso y muralla, el contorno original del primer asentamiento castreño en la península de Torres.

Las defensas meridionales se extienden con disposición Este-Oeste cortando el acceso desde el continente. Su primera línea es un foso, un tajo de dimensiones monumentales, que proyectado desde el frente oriental acantilado se extiende hacia poniente para estrangular la circulación con dirección a la península con un estrecho paso que flanquean uno de los bastiones y los acantilados occidentales. Un contrafoso o muralla-terraplen, también de estructura modular, se disponía sobre el escarpe interior. Pospuesta unos 30 m respecto al foso, la muralla modular constituye la segunda línea de defensas y se extiende a lo largo de unos 100 m que se compartimentan en 6 unidades, 4 módulos y 2 bastiones, de longitud comprendida entre los 15 y 40 m.

El debate relativo a la antigüedad de estas defensas ha permitido establecer una razonable y verosímil armonía entre lo conocido del registro arqueológico elaborado por sus investigadores y los ajustes estratigráficos propuestos en reinterpretaciones posteriores (Maya & Cuesta, 2001; Camino, 2000b). La construcción de la muralla modular sobre una estructura subyacente, de traza continua y anterior en varios siglos, no sólo resulta evidente a la luz de las ilustraciones

<sup>98</sup> «En cuanto a las murallas, sólo conocemos, merced a la fortuna de haber dejado al descubierto parte del aparejo un roble que se arrancó de raíz, el caso del castro varias veces citado de Liñares de Queizán. Presenta la curiosidad técnica, conocida en otras partes, de estar construido el muro no de un cuerpo macizo de piedras y relleno con un solo paramento exterior, sino a base de varios paramentos o paredes paralelas independientes entre sí, de modo que, en caso de ser destruida, podía caer un lienzo, pero no por eso se derrumbaba toda la muralla» (López *et al.*, 1987: 54).



publicadas, sino que además mantiene paralelismos inequívocos con lo sucedido en otros yacimientos, particularmente el caso de San Chuis, que ofrecen estratigrafías y dataciones muy precisas. La vinculación consecuyente entre su construcción y los horizontes datados en el siglo IV a.C. —sectores XVI, XVIII/XIX y VIII— (Maya & Cuesta, 2001: 85), permiten proponer una fundación coetánea al horizonte cronológico defendido para la implantación de las murallas modulares en los castros del occidente de Asturias que ha sido establecido a comienzos de aquella centuria (Villa, 2002: 180; Villa & Menéndez, e.p.).

El Castiellu de Llagú ha sido el primer castro asturiano excavado en toda su extensión, habiéndose reconocido el perímetro íntegro de sus fortificaciones. La muralla se extendía sobre los flancos meridional y oriental a lo largo de unos 280 m, con una estructura sencilla en línea, compartimentada en módulos de gran longitud en torno a los 38 m, y accesos abiertos al nordeste y mediodía que Berrocal ha supuesto complementados por hipotéticos fosos, terraplenes y uso ocasional de antecastros (Berrocal, 2002: 101). Por lo que se refiere a su antigüedad, todos los equipos que han trabajado en el yacimiento han aportado pruebas de su fundación probable durante el siglo IV a.C. (López et al., 1999: 244; Maya & Mestres, 1998: 11; Berrocal et al. 2001: 319).

El Castillo de San Martín es otro de los yacimientos donde también se ha reconocido la presencia de murallas modulares (Carrocera & Camino, 1996: 60). Los tramos excavados se disponían sobre el frente septentrional, coronando la empinada ladera, desde donde se disfruta un absoluto control visual del curso final del río Nalón hasta la bocana de la ría, de la que dista unos 2.600 m. Aunque se carece de dataciones absolutas, la muralla aparece asociada, en un primer periodo, a sedimentos caracterizados por la presencia de cerámicas indígenas y alguna fíbula de torrecilla que sugiere su probable vigencia entre los siglos IV-II a.C.

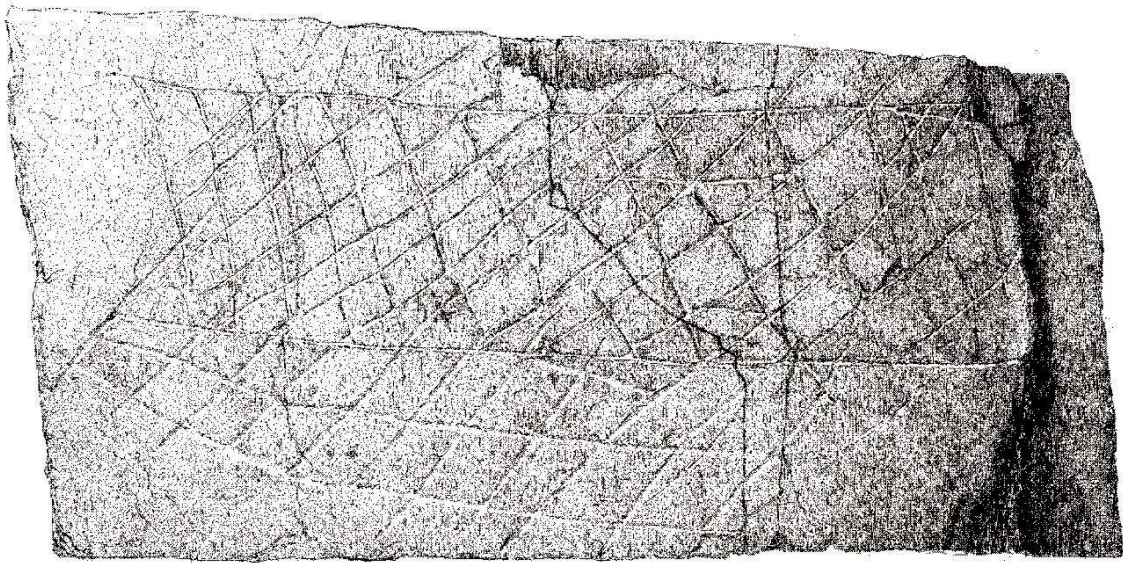
El castro de San Chuis, en el valle del Narcea, fue el primer yacimiento asturiano donde se excavaron murallas de estructura modular. Desde 1962, en campañas que se sucedieron con irregular continuidad hasta 1986, Francisco Jordá exhumó, en el centenar largo de metros de muralla descubierta, varios tramos constituidos por yuxtaposición de módulos. En principio se le atribuyó una cronología plenamente romana (Jordá, 1984: 10) que las estratigrafías disponibles parecían refrendar (Maya, 1988: 60), opinión corregida años más tarde cuando, tras el procesamiento de varias muestras, se propuso un sensible adelanto en la fundación del poblado al establecer su origen en los últimos momentos del Bronce Final o en los inicios de la Edad del Hierro, sin precisar, en todo caso, la cronología atribuida a la muralla (Cuesta et al., 1996: 233) pues las muestras carecían de cualquier correlación estratigráfica con la misma. Esta deficiencia, subsanda recientemente, ha permitido comprobar que los módulos reco-

nocidos por Jordá, dispuestos sobre el flanco nordeste del poblado, se levantaron utilizando como fundamento una muralla anterior, y que esta obra tuvo lugar durante el siglo IV, tal vez III a.C., en un contexto coetáneo al conjunto de cabañas que constituye el denominado barrio norte del poblado (Villa & Menéndez, e.p.). El recinto completa sus excelentes condiciones naturales de defensa con taludes y trincheras que se multiplican hasta 6 líneas sucesivas de fosos y parapetos sobre su flanco meridional, que con su línea más avanzada abraza un extenso antecastro. Este dispositivo podría culminar con un bastión sobre el codo que en este extremo parece trazar la muralla (González, 1978: 211).

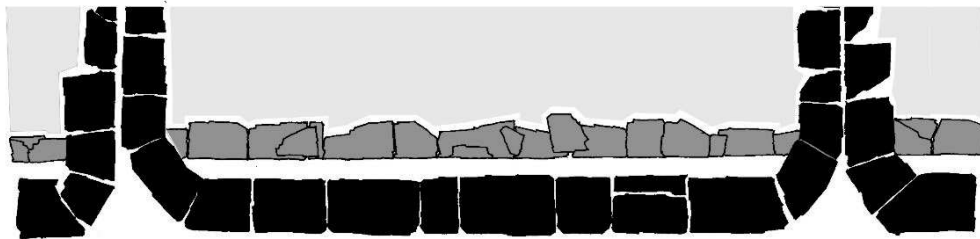
Durante la II Edad del Hierro el por entonces ya centenar poblado del Chao Samartín estuvo protegido por un cinturón amurallado (Fig.: 6) que, a diferencia de obras anteriores, se fabricó con una estructura modular que enmascaraba la muralla preexistente. La vieja cerca que había sido construida con aparejo de pizarra y sin compartimentaciones internas, parcialmente destruida al menos en dos ocasiones, resultó finalmente oculta tras los paramentos de la nueva obra, de cuyo trazado se han excavado, hasta la fecha, unos 60 m, correspondientes a ocho módulos o unidades constructivas diferenciadas.

Los grandes bloques de cuarcita que mayoritariamente constituían los paramentos externos de la muralla modular se montaron a hueso, en algunos casos, directamente contra los relictos de aquel lienzo sin adarajas, llaves o pasantes. Cuando se produjeron los empujes que ocasionaron la ruina definitiva de la estructura, estos paramentos adosados cedieron y experimentaron una acentuada inclinación, cuando no, un derrumbe general. Por este motivo, tras su excavación fue preciso desmontar aquellos tramos más dañados antes de proceder a la consolidación. Así tuvo lugar el descubrimiento de una pieza, integrada en el paramento del módulo 6, sobre la que parece representarse, de forma esquemática, el proceso de obra seguido en la construcción de la muralla de módulos (Fig.: 7). La evolución de esta fortificación, descrita más arriba, consistió, básicamente, en el recrecido de sus paramentos a partir una estructura tan sólo en apariencia modular bajo la que se oculta la cerca preexistente. A tal fin se procedió a la segmentación de la línea de muralla en unidades independientes sobre las que se añade una fachada oblonga que oculta los viejos lienzos dañados, procedimiento que confiere una sorprendente coherencia a los trazos representados en la pizarra como expresión sumaria de las reformas realizadas sobre las antiguas fortificaciones. El resultado fue la fragmentación del frente de muralla en unidades de longitud comprendida entre 5 y 8 m y una profundidad media en torno a los 3 m.

La defensa del poblado se completó con la instalación de, al menos, un gran foso exterior, que discurría sobre la depresión que flanquea el recinto castreño



A. Inscripción a tabla sobre una pizarra del paramento de la muralla modular 7A



B. Esquema con la disposición de la muralla de la Edad del Hierro.

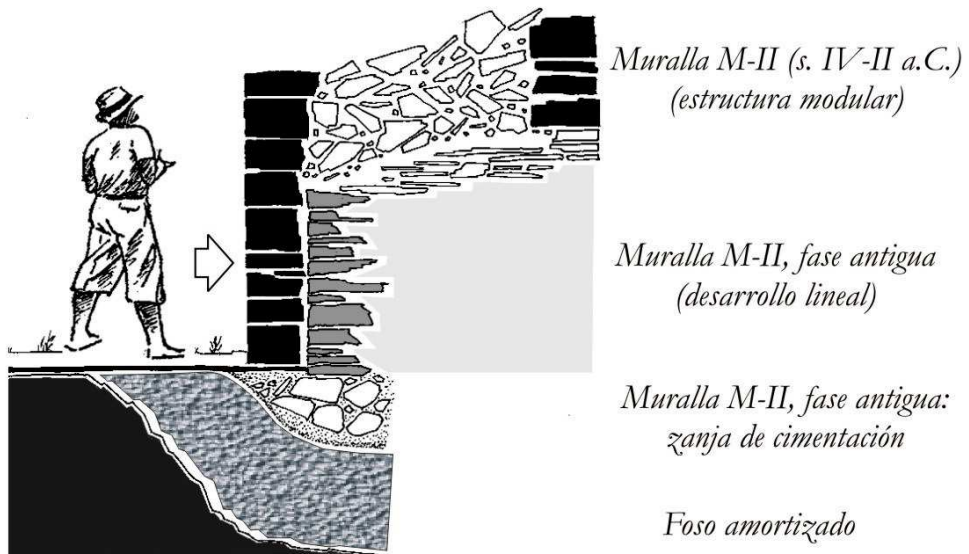


FIGURA 7.—Chao Samartín. Estructura de la muralla modular del siglo IV a.C. y boceto para su instalación recubriendo otra estructura anterior.

por oriente. La escasa competencia de los materiales pizarrosos que constituyen su base geológica propició, amén de la conformación natural de la vaguada, la excavación de un foso monumental que, además, abasteció de abundante materia prima para la construcción de cabañas y muralla. Alcanza en su escarpe menor los 5 m de altura mientras que, hacia el poblado la diferencia de cota con el rellano donde se alza la muralla es superior a los 9 m.

La vigencia del foso es larga, pues conoció sucesivos periodos de incuria y renovación que prolongaron su utilidad hasta bien avanzado el siglo I d.C., cuando un foso paralelo, exterior y de menores dimensiones complementaba su eficacia. No obstante, sólo en el primero se han reconocido horizontes basales inequívocamente indígenas que permiten defender su instalación durante los siglos previos a la conquista romana. De hecho, la delimitación de poblados castreños mediante la excavación de monumentales trincheras como la descrita debió generalizarse durante la II Edad del Hierro, tal y como se está constatando en castros con dataciones bien contextualizadas entre los siglos IV y I a.C. Es el caso del castro marítimo de Cabo Blanco (Fig.: 8)<sup>99</sup>, en Valdepare, donde el poblado se estableció originalmente sobre un terreno peninsular delimitado por abruptos cantiles protegido en su flanco meridional, único contacto con el continente, mediante la excavación de un foso colosal rematado con una muralla que ya ha revelado las primeras evidencias de compartimentación. En su traza de más de 160 m., en los que describe un ligero arco, la trinchera alcanzó los 8 m de profundidad y 9 ó 10 m de amplitud (Fig.: 9). No es un caso excepcional pues ejemplos similares pueden contemplarse, además del ya descrito del cabo Torres, en muchos otros castros del litoral asturiano (Camino, 1995).

El último poblado que ha revelado su fortificación temprana mediante la instalación de murallas modulares ha sido el de Monte Castrelo de Pelou, en Grandas de Salime. La relevancia de los resultados aquí obtenidos es, sin duda, notable pues implican la severa revisión de cuestiones esenciales para la comprensión del fenómeno castreño en estas comarcas del occidente trasmontano como puedan ser los criterios de implantación territorial o la antigüedad de los poblados fortificados.

El yacimiento fue catalogado por José Manuel González en 1973, recogiendo entonces el topónimo de La Pica el Castro (González, 1976: 139), aunque también es conocido entre los vecinos como Monte Castrelo o Prida del Castro. No obstante, las escasas referencias bibliográficas posteriores siempre han hecho mención al lugar con la denominación genérica de El Castro de Pelou (Carrocera, 1990: 125; Sánchez-Palencia; 1995: 148).

Con una altitud próxima a los 625 m, el castro se instaló sobre un terreno de pronunciada pendiente en el que adquirió su perfil preeminente gracias a la excavación de varios fosos que lo aislaron de la ladera. Sobre ellos desembocan algunos canales procedentes de dos depósitos situado unos 200 m montaña arriba cuyo caudal fue empleado en la rotura y arrastre de la masa rocosa (Villa, 1992: 223). El recinto así delimitado apenas alcanza 1/2 Ha de extensión, cuyo espacio útil se distribuye en dos terrazas escalonadas que corona un crestón de superficie regularizada sobre el que discurre la muralla que protegía el establecimiento. Su proximidad a varias minas, la manifiesta preocupación defensiva y, fundamentalmente, la aplicación de técnicas propias del laboreo minero en la instalación de las fortificaciones avalaban su integración en el grupo de los denominados castros mineros. La excavación de este yacimiento constituía, a priori, un complemento de inestimable interés para las investigaciones en curso en otros poblados altoimperiales próximos de carácter residencial (Villa, 2002), atractivo incentivado, además, por las noticias relativas al descubrimiento de piezas metálicas prehistóricas (Villa, 1999: 223; de Blas, 1991-92) y numerario de época tardía (Gil *et alii*, 2000).

La apertura en 2003 de los primeros sondeos depuró el descubrimiento de un horizonte principal de ocupación cuyo contexto arqueológico remite a momentos avanzados del siglo I d.C. y del que habremos de ocuparnos más adelante por su específica caracterización militar. No obstante, el progreso de la excavación en campañas posteriores constató la existencia de horizontes anteriores de ocupación correspondientes a la Edad del Hierro cuya antigüedad se remonta, al menos, hasta los siglos V-IV a.C. El núcleo del poblado estaba entonces constituido por tradicionales cabañas de planta circular o paredes paralelas con esquina de naípe y un monumento termal o sauna, cuyo perímetro protegía una poderosa muralla, de traza modular y fábrica de aparejo pizarroso montado a hueso. Hasta la fecha han sido identificados cuatro de estos módulos, correspondientes a su flanco NO. En general presentan un avanzado estado de ruina que, no obstante, permite una aproximación a sus dimensiones originales que pueden establecerse en torno a los 3 m de anchura y unos 6 m de longitud por lienzo mural.

En su trazado, al igual que ocurre en otros castros dispuestos en ladera, el vértice del recinto enfrentado a la montaña, presenta un evidente engrosamiento a modo de torre o bastión cuya existencia ha sido aquí plenamente confirmada. De hecho se advierten trabajos de reforma y ampliación de la estructura que denota el interés por dotar de particular solidez un flanco especialmente vulnerable del recinto. En este sentido conviene matizar la asimilación propuesta por Berrocal de soluciones constructivas (Berrocal, 2004: 57) que responden a condicionantes topográficos y funcionales

<sup>99</sup> Excavación codirigida por los arqueólogos Álvaro Menéndez Grandá y Alfonso Fanjul Mosteirín, además del autor.



FIGURA 8.—Cabo Blanco, El Franco. Poblado fortificado con ocupación probada desde la Edad del Hierro.



FIGURA 9.—Cabo Blanco, El Franco. Foso monumental antepuesto a la muralla.

diferentes, tal es el caso de la torre de Pelou, o las de los castros de Pendia y Liñeiras, en Santa Eulalia de Oscos, con otras, desarrolladas fundamentalmente en época romana, como Llagú o Coaña, cuya condición de bastión ha sido recientemente cuestionada (Villa, 2005: 131).

La datación de la muralla ha sido establecida en función de sus relaciones estratigráficas con otras estructuras interiores, pudiendo asegurarse que su instalación estaba concluida durante los siglos V-IV a.C.<sup>100</sup>. Semejante antigüedad, avalada por un conjunto significativo de dataciones 14C, significa que la supuesta marginalidad atribuida al poblado y justificada en términos de implacables imperativos relacionados con la minería del oro romana, debe reorientarse hacia comportamientos ajenos o, al menos, no decisivamente condicionados por la concurrencia de ventajosas prestaciones topográficas y paisajísticas con que garantizar la inmunidad de la comunidad o un cómodo acceso a los recursos más necesarios. En este sentido debe recordarse que Monte Castelo representa, más bien, un contrapunto tanto por sus desfavorables condiciones militares como por lo abrupto y descarnado del terreno. Una vez más, y como ya se ha apuntado más arriba para los poblados del Bronce Final, se evidencian comportamientos que esquivan los parámetros tradicionalmente considerados rectores en la selección de los asentamientos.

#### 4. FORTIFICACIÓN ROMANA DE CASTROS INDÍGENAS

La transición al mundo romano se consuma en los castros de Asturias sin evidencias de destrucción generalizadas atribuibles a episodios relacionados con las guerras de conquista. Si se exceptúa el nivel de incendio que marca, a fines del siglo I a.C., el paso del Llagú indígena a la ocupación romana (Berrocal *et al.*, 2002: 319), el resto de los poblados no muestran evidencia alguna de destrucción más o menos sistemática, sino, al contrario, la pervivencia de un aparente arcaísmo, caracterizado por el conservadurismo formal de la arquitectura, el menaje o la pervivencia de los asentamientos, a los que sólo de forma sutil, avanzando el siglo I d.C., se incorporarían los ajueres y patrones culturales del mundo romano. De hecho, la percepción de este suave tránsito, ajeno a crisis y rupturas, derivada de una arqueología deslumbrada por la continuidad de la cultura material (Fernández-Posse, 1998: 266), consolidó la interpretación de este periodo como representación genuina del mundo castreño (de la Peña, 1996: 85) en el que, sin embargo, se generaron las transformaciones sociales que habrían de conducir, en pocas décadas y de manera irreversible al fin de aquella cultura.

La Campa Torres constituye un magnífico ejemplo de lo ocurrido pues allí, el carácter fortificado del asentamiento resulta inmediatamente relegado al constatare el traslado de su población a la llanada septentrional en época muy temprana (Maya & Cuesta, 2001: 85). En realidad, la curiosa excepción que hasta la fecha representaba la precoz romanidad de la Campa frente al resto de la región, por la presencia de sigillatas itálica o acontecimientos tan notables como la erección del monumento-faro dedicado a Augusto por Calpurnio Pison (Fernández Ochoa *et al.*, 2005), comienza ahora a difuminarse tímidamente con el descubrimiento de inequívocos signos de implantación efectiva romana a comienzos de la Era en contextos tan diversos como los castros del valle del Navia o las minas de oro de Belmonte de Miranda (Villa, 2005 b).

Los núcleos habitados preexistentes perduran como unidades básicas del poblamiento durante el siglo I d.C. si bien, la decadencia de las fortificaciones castreñas tal y como se conoció en la Campa Torres, no se generalizó en todo el territorio sino que determinados asentamientos vinculados con el control de la red viaria y recursos esenciales para el Estado, caso de las explotaciones auríferas, verán incrementadas sus prestaciones defensivas, de acuerdo ahora, con planteamientos poliorcéticos ajenos a los patrones tradicionales en la fortificación indígena. El establecimiento de tropas en determinados castros, probablemente con una secular tradición de centralidad respecto a las poblaciones de su entorno, es una realidad cada vez mejor documentada en Asturias. Serán éstos el escenario donde se representen, a partir del cambio de Era y bajo la tutela militar, los últimos actos del proceso de desintegración de la sociedad indígena prerromana que habrá de conducir a la imposición de una sociedad de clases (Sastre, 2001: 292) y consiguiente consolidación de grupos privilegiados y aristocracias locales.

En el centro de la región, el castro de Llagú conoce desde comienzos del siglo I d.C. una profunda reordenación que afecta por igual a su trama edificada como a las antiguas defensas e implica, entre otras innovaciones, la ampliación del recinto, la reconstrucción de la muralla —recurriendo ahora a módulos más pequeños—, la reubicación de accesos y la instalación de torres, paseo y cuerpo de guardia, soluciones todas ellas que conjugan la intención monumentalizadora con un «modelo de implantación fronteriza» concebida, fundamentalmente, para el control viario ejercido por una hipotética guarnición militar, tal vez, de *auxilia* celtibéricos (Berrocal *et al.*, 2002: 318 y 322).

Los acontecimientos que motivaron transformaciones de semejante entidad son consecuencia de la profunda reorganización emprendida por Augusto de los territorios del noroeste peninsular entre los años 10 y 20 d.C con la que se formalizaría la constitución de los tres conventos jurídicos del Noroeste a partir, probablemente, de la que fue pionera expresión administrativa para estos territorios: el *Aræ Augustæ* (Fernán-

<sup>100</sup> Beta-201679 2510 ± 40 Cal BC 790/500 / Cal BC 460-430; Beta-201681 2230 ± 60 Cal BC 400-110; Beta-201682 2300 ± 60 Cal BC 420-200.



FIGURA 10.—Chao Samartín, Grandas de Salime.

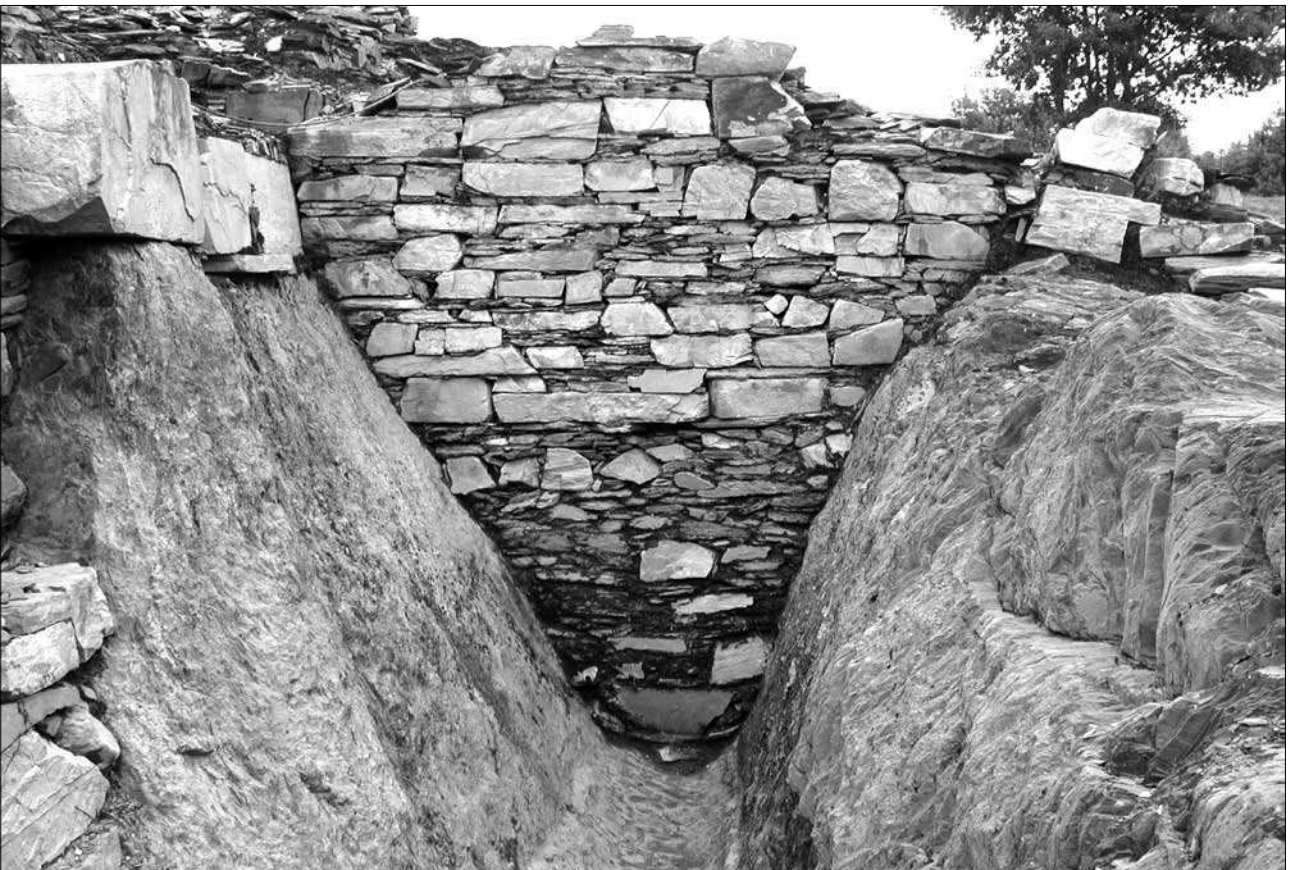


FIGURA 11.—Chao Samartín. Foso sur y machón sobre el que discurría la calzada de acceso al poblado romano.



FIGURA 12.—Chao Samartín. Foso interior antepuesto a la muralla de la Edad del Hierro, luego reparada durante el siglo I d.C.

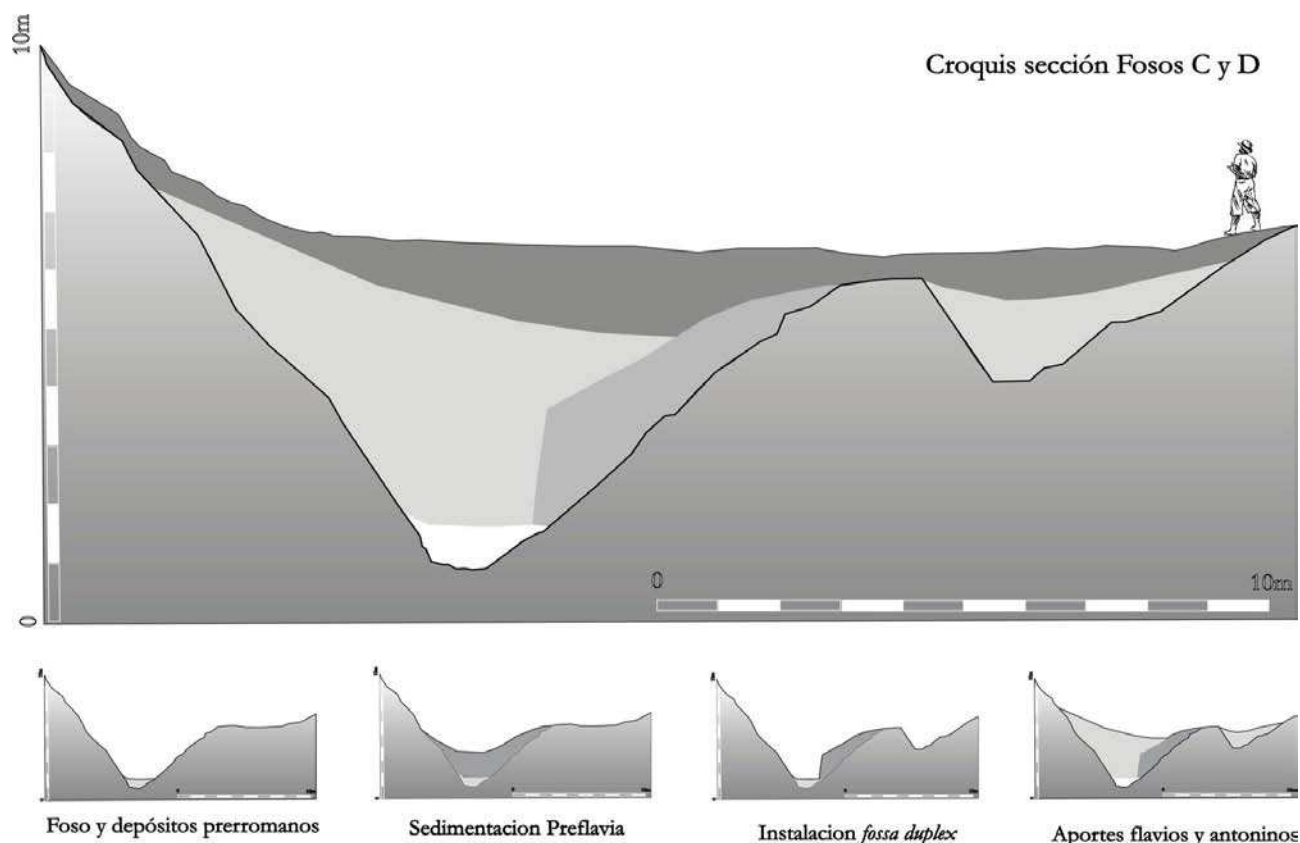


FIGURA 13.—Chao Samartín. Fosos exteriores en el flanco oriental. Secuencia cronoestratigráfica.

dez Ochoa y Morillo 2002 a, 907-909). La nueva situación administrativa también tuvo su reflejo en la organización del ejército y en la potenciación de ciertas funciones desarrolladas por los militares. Se emprenden entonces la explotación masiva de los nuevos territorios dominados al norte de la cordillera y es a partir de este momento, finales del gobierno de Augusto y durante el reinado de Tiberio, cuando se constatan las primeras evidencias de la presencia militar en Asturias. Su rastro se distribuye en estas décadas iniciales del siglo en torno a dos núcleos, el primero, el itinerario que desde tierras meseteñas alcanza la costa cantábrica, con la Campa Torres como hito terminal, y a cuyo control se ha vinculado el castro de Llagú; y en segundo lugar, los territorios auríferos occidentales, en el contexto de los asentamientos castreños dispersos sobre el interfluvio Navia-Eo, entre los que el Chao Samartín es sin duda su mejor ejemplo.

Las seculares defensas castreñas del Chao Samartín (Fig.: 10) que debían presentar hacia el cambio de Era una decadencia avanzada, fueron objeto de una profunda, aunque parcial, renovación desde las primeras décadas de siglo. Este impulso reafirmador fue dirigido, sin duda alguna, por personal militar cuya presencia en el poblado debió considerarse necesaria para consolidar sus funciones de capital administrativa del territorio y poblaciones circundantes, sobre los que, como ya se ha descrito más arriba, el poblado ejerció

desde su fundación rol de centralidad. El yacimiento ofrece en este sentido abundantes testimonios de su condición prevalente, no ya próxima al poder, sino como residencia física del mismo. No cabe otra interpretación para el establecimiento sucesivo en el lugar de efectivos militares cuya huella se rastrea con claridad, tanto, en la introducción de patrones constructivos propios de la arquitectura militar romana en la obra civil y defensiva del poblado, como en la presencia de determinados productos de consumo característicos del mundo castreño (Villa et al., 2006). Al tiempo, la construcción, dentro del propio recinto fortificado, de una ostentosa *domus*, corrobora el alto rango de quienes ocuparon este lugar. El espacio excavado muestra un edificio sobre el que se desarrolló un rico programa ornamental mediante estucos y pinturas del tercer y cuarto estilo pompeyano, bien caldeado y, probablemente, con instalaciones termales.

Se vertebró en torno a un cuerpo central con un pasillo o fauce lateral que desemboca en un atrio posterior, columnado y con deambulatorio, en torno al cual se distribuyen las estancias. En este ambiente menudean los testimonios que prueban la manipulación habitual de metales preciosos (Villa, 2004: 261) que hacen sospechar su función como centro receptor del metal producido en las minas de su entorno, tal vez, para la afinación definitiva antes de su envío a la capital del convento.



Los trabajos de refortificación se despliegan con desigual intensidad sobre los diversos flancos del poblado. En primer lugar, se refuerzan los baluartes y tramos de muralla modular que flanquean la entrada principal al caserío (Fig.: 11). Para corregir la inestabilidad y riesgo de derrumbe que había provocado la incuria aparentemente sufrida por estas estructuras durante un periodo prolongado. Para ello, fueron revestidas por nuevos paños de pared, al igual que aquellas habían integrado en su momento fortificaciones anteriores. Además fueron instalados sendos cuerpos de guardia flanqueando la vía de paso hacia el interior del recinto que salvaba el foso discurriendo sobre un sólido machón dispuesto a tal fin. La instalación de la *domus* requirió también la protección del flanco septentrional, donde fue reparada y corregida en su trazado la vieja muralla prerromana, acondicionado el foso excavado al pie y despejado, a modo de glacis, un amplio tramo de ladera (Fig.: 12). Sobre el flanco oriental, con la muralla modular en avanzada ruina, no se practicaron grandes reformas pues, su cobertura defensiva fue resuelta mediante el acondicionamiento del monumental foso prerromano, integrado posteriormente en *fossa duplex*, mediante la excavación de otro foso paralelo antepuesto (Fig.: 13).

En todo caso, la reforma del perímetro defensivo del viejo castro no aportaba las prestaciones requeridas por sus nuevos ocupantes, de tal forma que para proteger suficientemente el pequeño asentamiento fueron instaladas defensas exteriores que alejaban el frente de probable hostigamiento a distancias muy superiores y posiciones topográficas tan adversas como vulnerables. De su existencia restan hoy las trincheras que recorren las fincas mediante entre el yacimiento y el actual pueblo de Castro, sólo mínimamente sondeadas, pero de cuyo trazado proporciona fiel testimonio el gradiente cromático producido en los meses de estío (Fig.: 14). Puede así aventurarse que estas fortificaciones procuraron la máxima protección del flanco levantino y, en particular, del sector más próximo a la *domus*. Al tiempo, condicionaron un acceso complejo y expuesto a las puertas del poblado, abrazando dentro de su perímetro, además, las fuentes localizadas sobre las laderas norte y sur del promontorio que abastecieron secularmente el poblado (Fig.: 14).

También durante el siglo I conoció la revitalización de sus fortificaciones prerromanas el Monte Castro de Pelou, muy próximo al Chao Samartín. En este lugar, se acondicionó un recinto que reaprovechó, en parte, las obras de acondicionamiento y defensa prerromanas para sobre ellas alzar un renovado fortín (Fig.: 15). El contexto militar que caracteriza el asentamiento, con una variada panoplia entre la que se cuentan varios puñales, además de brazaletes, fíbulas y un singular texto, interpretado como *tabula censualis*, permite interpretarlo como *castellum* vinculado a la *civitas* del Chao Samartín, probable Ocela tolemaica, con funciones fiscales y de policía sobre el territorio asignado a su control (Villa *et al.*, 2005).

El asentamiento de tropas está también en el origen de otros recintos de nueva fundación que, a pesar de su morfología castreña, no responden ni en su localización ni soluciones defensivas a ninguno de los rasgos que caracterizan los poblados indígenas tradicionales. Este es el caso del Pico da Mina y San Isidro, localizados ambos en San Martín de Oscos, en un paisaje agreste, desprovisto de recursos suficientes para proveer las necesidades básicas de un poblado que, además, debería someterse a la estacionalidad impuesta por una altitud, que sin alcanzar valores excesivos, favorece por su localización interior condiciones meteorológicas extremas. No es, sin embargo, su atípica localización el rasgo que singulariza ambos recintos, distantes apenas 200 m, sino el hecho de tratarse de los únicos ejemplos reconocidos en Asturias que instalaron, entre sus dispositivos defensivos, las piedras hincadas.

Aún así, las diferencias entre ambos también resultaban, en principio, un tanto desconcertantes por lo que a sus dimensiones y registro arqueológico se refiere. El Pico da Mina, instalado en ladera, extiende su recinto amurallado sobre una planta elíptica de apenas 3.750 m<sup>2</sup>, en el que se distribuyen cabañas acordes con la tradición que caracteriza la arquitectura castreña prerromana. Las defensas están constituidas por una muralla de lienzo continuo, dos fosos dispuestos sobre el frente oriental y varias líneas de piedras hincadas instaladas sobre los correspondientes contrafosos. Entre el repertorio de hallazgos son hegemónicas las cerámicas indígenas, de pastas groseras y superficies de acabados rudimentarios a base de espatulados y algún bruñido. La cerámica clásica no está representada y los materiales metálicos significativos se reducen a dos fíbulas —trasmontana y de longo travesao, tipo C<sup>101</sup>— de contextos próximos al cambio de Era. Por su parte, San Isidro se estableció sobre la línea de aguas vertientes desde donde se disfruta un amplio dominio de las cumbres del curso medio del Navia. Sobre una traza poligonal (Fig. 16), el perímetro amurallado, también mediante obra de lienzo continuo, abarca una extensión de 5.700 m<sup>2</sup> y despliega sobre sus flancos, varias líneas de fosos y parapetos que se ceden en 4 líneas sucesivas en el flanqueo de la que debió ser puerta principal, abierta hacia poniente, en las cotas más bajas del recinto. También aquí se procedió a la sistemática instalación de piedras hincadas sobre los contrafosos. La muralla dispuso, al menos en su sector septentrional de un amplio paseo de guardia y la única construcción exhumada con cierta extensión es un gran edificio, de planta rectangular con paredes rectas y esquinas de naípe. El ajuar se caracteriza por materiales de fines del siglo I d.C., con terra sigillata hispánica, numerario flavio y cerámica común, erróneamente considerada de producción tardía o visigoda.

<sup>101</sup> Según clasificación de J.A. Fanjul Mosteirín.



FIGURA 14.—Chao Samartín. Durante los meses de estío, se observa la traza de las defensas exteriores romanas.



FIGURA 15.—Monte Castrelo de Pelou, con una larga secuencia de ocupación desde mediados del I milenio.



FIGURA 16.—*San Isidro, San Martín de Oscos. Fortificación militar romana instalada en el siglo I d.C.*



FIGURA 17.—*San Isidro, San Martín de Oscos. Líneas de piedras hincadas rematan los agger de los sucesivos fosos.*

Desde la nueva perspectiva que proporciona el conocimiento del precoz beneficio romano de los yacimientos auríferos occidentales y, fundamentalmente, la cadena de acontecimientos descritos en el castro de Chao Samartín, las fortificaciones del Pico da Mina y San Isidro reflejan una secuencia en su ocupación en buena medida coincidente con los episodios de militarización que se sucedieron en el Chao Samartín a lo largo del siglo I hasta época flavia. Su incómoda localización como residencia de mineros, en un medio agreste y de altitud notable, resulta por el contrario ventajosa como asiento de una guarnición de control sobre la cuenca media del río Navia y su afluente el Agüeira, valles con significativa población castreña en los que, efectivamente, se promovieron importantes labores mineras (Perea & Sánchez Palencia, 2005: 102).

Se justifican también así las peculiaridades de un dispositivo defensivo en el que están ausentes algunos de los rasgos que habían caracterizado las fortificaciones locales de la Edad del Hierro, ignorando la tradición modular para levantar un perímetro amurallado continuo, de tendencia poligonal y remate de ángulos en esquina de naipes, o la introducción de otros elementos exóticos como las piedras hincadas, instaladas a modo de *cervi* y *cippi* sobre agger, recursos en su conjunto propios de la poliorcética romana (Lám. 17).

Para finalizar, debe referirse el que, por el momento, constituye el último episodio en la milenaria historia de las fortificaciones castreñas asturianas durante la Antigüedad y que ha sido identificado en Monte Castrelo de Pelou. La información es todavía muy somera pero puede asegurarse la construcción de una gran torre rectangular, elevada sobre un relleno pétreo y robustos pasantes de madera, que fue recreada sobre la ruina de las anteriores murallas. La obra puede situarse en un contexto cronológico de la primera mitad del siglo IV d.C. y debe relacionarse, con toda probabilidad, con los fenómenos que motivaron el amurallamiento generalizado de las grandes urbes del noroeste.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO MATHIAS, F., 2002: «Fechas de carbono-14 en los castros asturianos», en M. A. de Blas y A. Villa (Ed.): Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Homenaje al profesor José Manuel González y Fernández-Valles. Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia. Navia, 337-344.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: «Las defensas de la comunidad sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica», en *Gladius* XXIX. Madrid, 27-98.
- BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P.; RUIZ TRIVIÑO, C., 2002: El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo. *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 13. Madrid.
- BLAS CORTINA, M.A., 1991-1992: «Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la región cantábrica», *Veleia* 8-9, 109-137. Vitoria.
- CAMINO MAYOR, J., 1995: Los castros marítimos en Asturias. Oviedo.
- CAMINO MAYOR, J., 1997: «Excavaciones en castros de la ría de Villaviciosa», en *Estudios del poblamiento prerromano de la ría de Villaviciosa. Cuadernos Cubera* n° 9. Villaviciosa, 43-86.
- CAMINO MAYOR, J., 1999: «Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas», en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 4, 1995-98. Oviedo, 151-161.
- CAMINO MAYOR, J., 2000: «Un yacimiento en la encrucijada. Revisión cronológica de la muralla del castro de Campa Torres (Gijón)», en *Revista de Arqueología* 228. Madrid, 6-12.
- CAMINO MAYOR, J., 2000-b: «Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias; bases para un debate», en *Archivo Español de Arqueología* 73. Madrid, 27-42.
- CAMINO MAYOR, J., 2002: «Algunos comentarios sobre las pautas territoriales y sociales de los castros del oriente de Asturias», en M. A. de Blas y A. Villa (Ed.): Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Homenaje al profesor José Manuel González y Fernández-Valles. Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia. Navia, 139-157.
- CAMINO MAYOR, J., 2005: «Prehistoria e Historia Antigua», en A. Fernández Pérez y F. Frieria Suárez: *Historia de Asturias*. Oviedo, 15-148.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E., 1990: «La Cultura Castreña en Asturias», *Historia de Asturias I: Prehistoria-Historia Antigua*, 121-136. Editorial Prensa Asturiana S.A.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E.; CAMINO MAYOR, J., 1996: «La Edad del Hierro en el territorio histórico de los astures o la realidad de un espacio administrativo romano», en C. Fernández Ochoa (Coord.): *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*. Gijón, 57-60.
- CUESTA, F.; JORDÁ, J.; MAYA, J.L.; MESTRES, J., 1996: «Radiocarbono y cronología de los castros asturianos», en *Zephyrus* 49. Salamanca, 225-270.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ-VALLES, J.M., 1976: «Castros del sector lucense y otros no catalogados», *Miscelánea histórica asturiana*. Oviedo.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ-VALLES, J.M., 1978: *Historia de Asturias* 2. Asturias Protohistórica. Salinas.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO CERDÁN, A., 2002: «El convento Araugustano y las Aras Sestianas: reflexiones sobre la primera organización administrativa del noroeste hispano», *Latomus*, T 61, Fas. 4, 889-910.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; MORILLO CERDÁN, A.; VILLA VALDÉS, A., 2005: «La Torre de Augusto en la Campa Torres (Gijón, Asturias): propuesta interpretativa sobre las antiguas excavaciones y el epígrafe de

- Calpurnio Pisón», en *Archivo Español de Arqueología* 78, 191-192. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 129-146.
- FERNÁNDEZ POSSE, M.D., 1998: La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia. *Arqueología prehistórica* 1. Madrid.
- GIL SENDINO, F.; MENÉNDEZ GRANDA, A. y SÁNCHEZ HIDALGO, E., 2000: «Dos monedas romanas del castro de Pelou (Grandas de Salime, Asturias. España)», *Arqueología* nº 25, 113-117. Grupo de Estudios Arqueológicos do Porto. Oporto.
- GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ-VALLES, J.M., 1978: Asturias protohistórica. *Historia de Asturias* 2. Salinas.
- JORDÁ CERDÁ, F., 1984: «Notas sobre la cultura castreña del noroeste peninsular», en *Memorias de Historia Antigua* VI-1984. Oviedo, 7-14.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, E.; SAAVEDRA, P.; ÁLVAREZ CHAIN, M.; SANTAMARINA, A., 1987: Fonsagrada y su concejo. León. Pág. 51.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L.F.; ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y.; LÓPEZ MARCOS, M.A., 1999: «Excavación en el castro de Llagú, Latores (Oviedo, 1998). Avance de los resultados», en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 4, 1995-1998. Oviedo, 237-251.
- LLANO ROZA DE AMPUDIA, A., 1919: El libro de Caravia. Oviedo.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L., 1988: La cultura material de los castros asturianos. *Estudios de la Antigüedad* 4/5. Barcelona.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L.; CUESTA TORIBIO, F., 1995: «El castro astur de la Campa Torres», en *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón, 201-211.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L.; CUESTA TORIBIO, F., 2001: «Excavación arqueológica y estudio de los materiales de La Campa Torres», en *El castro de La Campa Torres. Periodo prerromano. Serie Patrimonio* 6. Gijón, 11-277.
- MAYA, J.L.; MESTRES, J.S., 1998: «Dataciones prerromanas del Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo)», en *Revista de Arqueología* 211. Madrid, 6-11.
- PEÑA SANTOS, A. de la, 1996: «A secuencia cultural do mundo castrexo galego», en J.M. Hidalgo (Coord.): *A Cultura Castrexa galega a debate*. Tui, 65-103.
- PEREA CAVEDA, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J., 1995: *Arqueología del oro Astur. Orfebrería y minería*. Oviedo.
- RUBINOS, A.; ALONSO MATHIAS, F., 2002: «Las aplicaciones del Carbono-14», en L. Berrocal et al.: *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 13. Madrid, 297-303.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J., 1995: «Minería y metalurgia de la región astur en la antigüedad», *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*, 141-157. *Gran Enciclopedia Asturiana*. Gijón.
- SASTRE PRATS, I., 2001: *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*. Madrid.
- VILLA VALDÉS, A., 1992: «Breve resumen de los inventarios arqueológicos de Grandas de Salime, San Martín de Oscos, Santa Eulalia de Oscos y Villanueva de Oscos», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 2, 1987-90, 223-225. Principado de Asturias.
- VILLA VALDÉS, A., 2004: «Orfebrería y testimonios metalúrgicos en el castro de Chao Samartín, Asturias (España)» en A. Perea, I. Montero y O. García (eds): *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos de *Archivo Español de Arqueología*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 253-264.
- VILLA VALDÉS, A., 2005: «Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión», *Boletín Auriense* XXXIII, 2003, 115-146. Museo Provincial de Ourense.
- VILLA VALDÉS, A., 2005-b: «Minería y metalurgia del oro en la Asturias romana», en O. Puche (Ed.): *II Simposio Internacional sobre Minería y Metalurgia históricas en el Sudoeste europeo*. Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero, Madrid.
- VILLA VALDÉS, A., 2007: «El Pico San Chuis: reseña de un yacimiento pionero en la investigación castreña en Asturias», en *Sautuola* XII. Santander.
- VILLA VALDÉS, A., 2007-b: «El castro de El Picón (La Coroza, Tapia de Casariego). Un castro de la Edad del Bronce en la marina occidental asturiana», en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 1999-2002, nº5. Principado de Asturias.
- VILLA VALDÉS, A.; CABO PÉREZ, L., 2003: «Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación», en *Trabajos de Prehistoria* 60, nº 2. Madrid, 143-151.
- VILLA, A.; FRANCISCO, J. de; ALFÖLDY, G., 2005: «Noticia del hallazgo de un epígrafe altoimperial en el lugar de Pelou, Grandas de Salime», en *Archivo Español de Arqueología* 78, 191-192, Madrid, 271-274.
- VILLA VALDÉS, A.; MENÉNDEZ GRANDA, A. y FANJUL MOSTEIRÍN, J.A., 2007: «Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de Os Castros, Taramundi», en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias* 1999-2002, nº5. Principado de Asturias.
- VILLA, A.; MENÉNDEZ, A. y GIL, F., 2006: «Fortificaciones romanas en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)», en Á. Morillo (coord.): *Actas del II Coloquio de Arqueología Militar Romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. Universidad de León, 581-599.
- VILLA VALDÉS, A. y MENÉNDEZ GRANDA, A., e. p.: «Secuencia cronoestratigráfica de las murallas del castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande, Asturias)», en *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*. Oviedo, e.p.
- VILLA, A.; MENÉNDEZ, A. y FANJUL, J.A. e.p.: «Avance sobre las excavaciones arqueológicas en el castro de Cabo Blanco, en Valdepareas (El Franco, Asturias)», en *Brigantium*. Museo Arqueológico de A Coruña.

# EL MOLÓN (CAMPORROBLES, VALENCIA) Y SU TERRITORIO: FORTIFICACIONES Y PAISAJE FORTIFICADO DE UN ESPACIO DE FRONTERA

ALBERTO J. LORRIO  
*Universidad de Alicante*

A RAÚL GÓMEZ  
*in memoriam*

## ABSTRACT

«El Molón» is an oppidum of great interest by its strategic localization, in the south-eastern Meseta, a transition area between the Iberian and Celtiberian regions. The site was continuously occupied from the first millennium BC (seventh century BC - second half of the first century BC), to be abandoned in Roman times. It was occupied again in the Early Middle Age. It is a steep-sided promontory with excellent strategic and defensive conditions. The defensive system consists of a perimetral dry-stone wall in the most accessible areas. The eastern approach to the site was protected by a rectangular tower, preceded by some forecourts and a ditch with three levels. It has been dated to the IV century BC, and it was inspired in hellenistic fortifications, like the famous Euryalos Fortress at Syracuse.

## RESUMEN

El Molón es un oppidum de gran interés debido a su estratégica localización geográfica, en los rebordes sur-orientales de la Meseta, zona de transición entre los ámbitos ibérico y celtibérico. El poblado tuvo una ocupación continua a lo largo del primer milenio a.C. (entre el siglo VII y la segunda mitad del I a.C.), para abandonarse en época romana, reocupándose de nuevo durante la Alta Edad Media. Presenta unas condiciones defensivas inmejorables, estando delimitado en buena medida por abruptos escarpes, complementándose la defensa con una muralla perimetral, que protegería las zonas más accesibles. De su sistema defensivo destacan sobre todo las defensas de la zona oriental, fechadas en el siglo IV a.C., en las que se asocia un foso a una barbacana y a un torreón rectangular interno, defendiendo el istmo o punto de mayor peligrosidad, lo que constituye una inspiración en fortificaciones helenísticas como el famoso castillo Euryalo de Siracusa.

## 1. INTRODUCCIÓN

El poblado prerromano de El Molón ocupa la plataforma superior de una gran muela cretácea de forma alargada situada a 1124 m s.n.m., que se alza unos 200 m sobre su entorno, próxima al pueblo de Camporrobles, en el extremo noroeste de la comarca valenciana de Utiel-Requena, en el mismo límite provincial con Cuenca (Fig. 1.A)<sup>102</sup>. Se trata de una vasta superficie amesetada, rodeada por fuertes escarpes, conocida como La Gallarda, en la que se individualizan

diversas plataformas delimitadas por las construcciones de época islámica aún visibles en superficie y los restos de banales modernos<sup>103</sup>.

El Molón pueda ser considerado como un pequeño oppidum, cuya superficie, en torno a 2,6 ha si nos ceñimos al perímetro amurallado, lo sitúa entre los

<sup>102</sup> Este trabajo se enmarca dentro de los Proyectos «Las fortificaciones perromanas de la Península ibérica» (BHA2003-02199) y «Meseta-Mediterráneo. De la Edad del Bronce a la aparición de la escritura» (BHA2003-08222) del Ministerio de Ciencia y Tecnología y FEDER.

<sup>103</sup> Agradecemos al Dr. Martín Almagro Gorbea los comentarios sobre diferentes aspectos de este artículo. También a M.<sup>a</sup> D. Sánchez de Prado, a quien se deben las planimetrías y los dibujos a línea de El Molón. La topografía de los asentamientos incluidos en el trabajo fue realizada por D. Guillermo Molina y D. Tomás Pedraz, debiéndose a éste la realización de la documentación cartográfica que incluimos en el trabajo. La infografía de la puerta principal ha sido realizada por J.A. López Padilla. Finalmente, nuestro agradecimiento y recuerdo a D. Raúl Gómez, director del Museo de Camporrobles, impulsor de las investigaciones en El Molón y amigo entrañable.

asentamientos de mayor tamaño de la zona, lo que resulta más evidente, si cabe, de incluirse un posible barrio extramuros localizado en la ladera sur del cerro, ocupando un pequeño espolón amesetado de 1,4 ha, cuya existencia explicaría el trazado anómalo de la muralla en esa zona, a media ladera, lejos por tanto de la línea de ruptura de pendiente de la plataforma superior o acrópolis, y la presencia de una posible poterna (Fig.: 2.A). Su urbanismo, de calle central, resulta característico del área levantina y del noreste del mundo ibérico, con viviendas de planta rectangular adosadas a la cara interna de la muralla, dando sus puertas a las calles o espacios interiores.

Los trabajos que, de forma sistemática, vienen realizándose desde 1995<sup>104</sup>, han permitido documentar su complejo sistema defensivo, magníficamente conservado, contribuyendo asimismo al conocimiento del papel jugado por este interesante yacimiento en las relaciones culturales entre la Meseta, el Levante y el Valle del Ebro, pudiendo ser considerado como uno de los poblados prerromanos más importantes del reborde suroriental de la Meseta, que constituía el límite de la antigua Celtiberia con el mundo ibérico, lo que se confirma por la presencia en El Molón, pero también en otros yacimientos de la comarca, de elementos arqueológicos de filiación tanto ibérica como céltica (Lorrio, 1999: 262, fig. 1,10; Lorrio, 2001b: 167 s.).

Su cronología abarca desde inicios de la Edad del Hierro hasta inicios de la segunda mitad del siglo I a.C., abandonándose con la romanización al pasar los asentamientos a la llanura. Durante los primeros siglos de la era el lugar fue objeto de visitas esporádicas, volviendo a reocuparse hacia los siglos VIII-X d.C., lo que afectó a la conservación de los restos prerromanos, en ocasiones de forma determinante (Fig. 2. B). Más recientemente, sirvió como observatorio militar del aeródromo cercano, durante la Guerra Civil de 1936-1939, y, como campo de cultivo, durante los años 40 y 50 del pasado siglo.

A la etapa prerromana corresponden algunas de las estructuras más espectaculares identificadas en El Molón, como el acceso rupestre, las potentes obras defensivas o las espectaculares cisternas, habiéndose identificado, además, los restos de los caminos antiguos, así como la necrópolis (Lorrio, 2001b), muy expoliada, localizada bajo la plataforma más occidental de la muela, y una cueva con manantial, abierta a los pies de la ladera oriental del cerro, que ha sido interpretada como una posible cueva-santuario (Moneo, 2001).

## 2. EL MOLÓN Y SUS DEFENSAS

Un particular interés ofrece el sistema defensivo de El Molón, pues la impresionante defensa natural del lugar se completó por una potente muralla, de la que quedan restos aún hoy visibles en superficie en diversas zonas de su perímetro, aunque los sectores más accesibles fueron objeto de fortificaciones complejas, con torres, fosos o antemurales (Lorrio *et alii*, 1999; Lorrio, 2001: 155 ss.). Este es el caso de la puerta principal de acceso al poblado, flanqueada por sendas torres, de las que en la actualidad no quedan prácticamente restos, a la que se llegaría por un camino tallado en la roca en el que se conservan los profundos surcos producidos por las ruedas de los carros, y del istmo situado en su extremo este, sin duda el punto más vulnerable del trazado, defendido por un sistema integrado por un gran torreón, un antemural adosado, a modo de una segunda torre o barbacana, más adelantada y de menores dimensiones, un foso tallado en la roca y otras estructuras exteriores adosadas a las anteriores a modo de parapetos que defendían la zona por su lado norte, localizándose en la zona también un acceso secundario o poterna y un portillo, relacionados claramente con las estructuras mencionadas. Una muralla longitudinal, muy bien conservada a lo largo de más de un centenar de metros, defendería la zona entre la puerta principal y el istmo. La mayor parte de las construcciones se erigieron hacia el siglo IV a.C., aunque en el sector de la puerta principal se han registrado remodelaciones, a veces de gran entidad, coincidiendo con las etapas más avanzadas del asentamiento (*ca.* siglos II-I a.C.).

El sistema defensivo identificado en El Molón pertenecería al tipo denominado «de barrera», característico de poblados situados en mesetas o penínsulas rodeadas de fuertes escarpes y accesible tan sólo a través de un istmo que es fortificado por medio de una muralla (Bonet y Mata 1991: 14; Sanmartí y Santacana 1991a: 130; Asensio 1995: 333; Moret 1996: 60), que constituye el elemento esencial, aunque en ocasiones pueda verse complementada con un muro perimetral de menor potencia que delimita el poblado por los otros lados (Sanmartí y Santacana 1991a: 130). Además, pueden aparecer también otros elementos defensivos auxiliares, como torres situadas en puntos estratégicos o intermedias a lo largo de la muralla como se documenta en el poblado de Alorda Park (Calafell) - (Sanmartí y Santacana 1991b: 330, fig. 2), *phylacteria* o cuerpos de guardia como ocurre en el Turó del Montgròs (El Brull) - (Molist y Rovira, 1991 y 1993) y otras defensas exteriores, entre las que destacan los fosos excavados en la roca, elemento de primer orden en los sistemas poliorcéticos desde época antigua, estando presentes en la mayoría de las fortificaciones ibéricas que ofrecen en su ubicación algún punto accesible (Moret, 1996: 128). Buena parte de tales elementos se encuentran en El Molón, donde si bien es

<sup>104</sup> Un resumen de estas labores puede encontrarse en Lorrio y Sánchez de Prado 2004; pudiendo consultar, por lo que respecta a la ocupación prerromana, los trabajos de Almagro-Gorbea *et alii* 1996; Lorrio *et alii* 1999; Lorrio 2001b; Moneo 2001. Sobre El Molón en época islámica, véase Lorrio y Sánchez de Prado 2004.

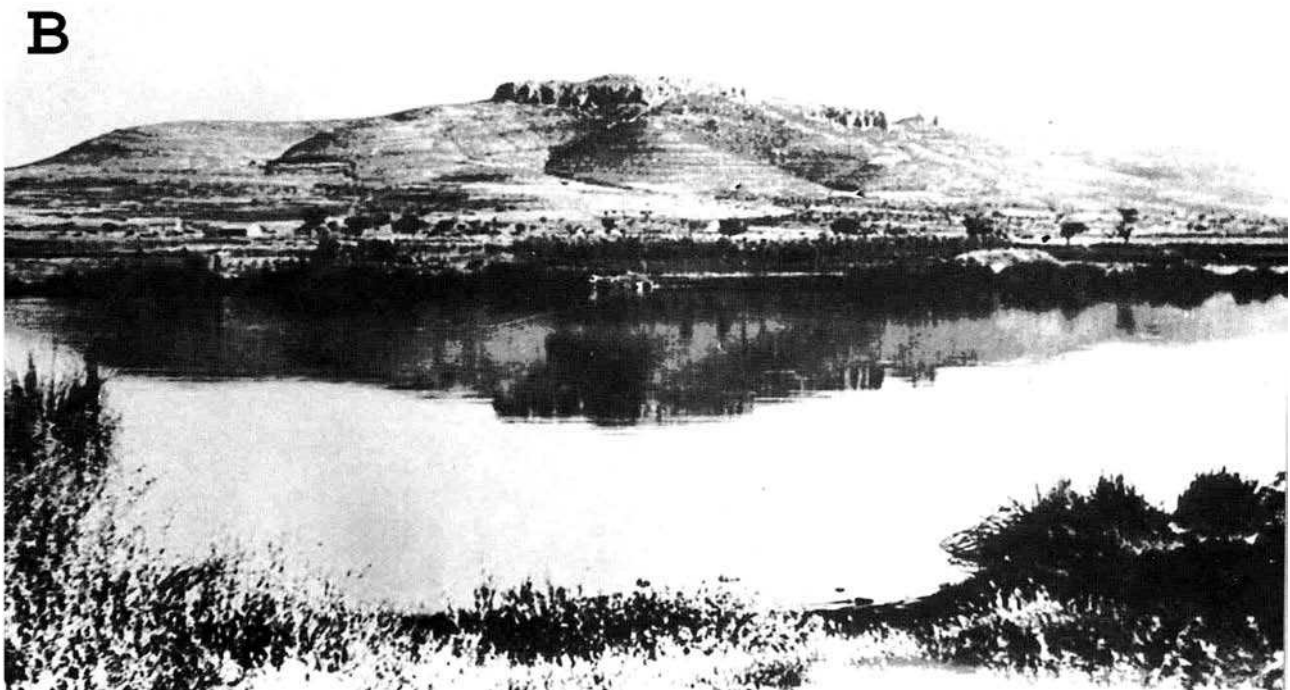
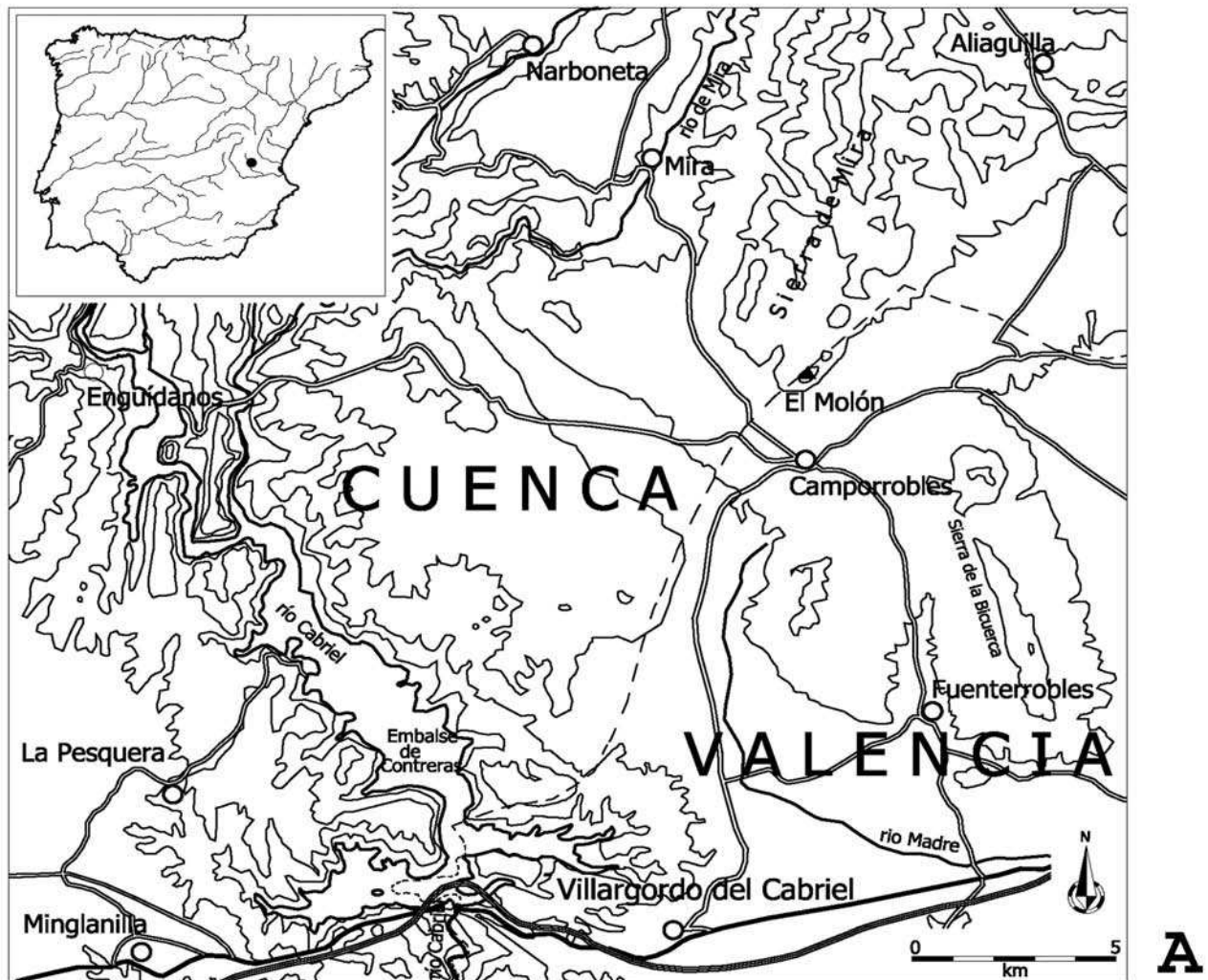


FIGURA 1.—A, Plano de localización de El Molón. B, Vista desde el sur, con la «balsa grande», actualmente desecada en primer término, hacia mediados del siglo XX (según Gómez, 2001).



cierto que las defensas no se limitaron a la zona más vulnerable, correspondiente al istmo, fue aquí donde se concentraron las obras más destacadas, torreón, antemurales y foso incluidos<sup>105</sup>.

Este tipo de defensa en «barrera» es el resultado de la permanencia de las tradiciones indígenas y técnicas defensivas heredadas de la Edad del Bronce a las que habría que sumar ciertas influencias procedentes del Mediterráneo Oriental, principalmente del mundo griego, cuyo conocimiento pudo producirse a través de Ampurias (Arcelin y Dedet 1985: 29; Pallarés *et alii* 1986a: 32). Se documenta en el mundo ibérico, con notables ejemplos en el Noreste de la Península Ibérica, alcanzando el Sur de Francia, extendiéndose por el Valle del Ebro y el interior del Levante hasta el Sureste y el Valle de Guadalquivir (Moret 1996: 60). Cronológicamente, aparece en las últimas etapas de la Edad del Bronce en el yacimiento de Olérdola (Álvarez *et alii* 1991: 155, figs. 1 y 2), y en el período Ibérico Antiguo en poblados como Turó del Montgròs (Molist y Rovira 1991) o Alorda Park (Sanmarti y Santacana 1991b), aunque más frecuente es su desarrollo en el Ibérico Pleno, con ejemplos como los de El Castellet de Banyoles de Tivissa (Pallarés 1983-84 y 1986; Gracia *et alii* 1991: 73 ss.), datado en el siglo IV a.C., o el propio Turó del Montgròs (Molist y Rovira 1991), que ofrece un compleja evolución de las defensas a lo largo de los siglos IV-III a.C., entre otros (Sanmarti y Santacana 1991a: 131).

### 2.1. La puerta principal y la muralla Oeste

La entrada al poblado se localizaba en la ladera oeste, la más accesible, por un camino con fuerte inclinación, de unos 2 m de ancho y una pendiente en torno al 20%, cuyo tramo final se encuentra tallado en la roca. En esta zona de la puerta, pero también en otros puntos del camino, se localizan dos carriladas paralelas que ponen de manifiesto su entidad, al permitir la circulación de carros; tienen 0,13 m de ancho y están separadas entre sí 1,24 m, prosiguiendo hacia el interior del recinto.

El acceso al poblado se realizaba a través de un pasillo recortado en la roca de 13,30 m de largo por 2,25 m de ancho en la zona más baja, 1,90 m en su parte central y aproximadamente 2 en la situada más al norte, ya en el interior del asentamiento. Este tipo de entrada se documenta en algunos poblados valen-

cianos, destacando, sin género de duda, el conjunto de caminos carreteros de El Castellar de Meca, Ayora, entre ellos el conocido como el «Camino Hondo» (Broncano y Alfaro 1990 y 1997). La zona estaba delimitada por los lienzos de muralla que convergen desde el norte y el oeste en ese punto, situándose la puerta principal hacia la mitad de este pasillo, quedando protegida posiblemente por sendas torres situadas a ambos lados de la misma (Fig. 3). Se conservan en los laterales del camino restos de dos entalladuras paralelepípedas, cuya anchura varía entre los 0,20 m de la meridional y los 0,26-0,30 m de la septentrional, ofreciendo una altura de 0,30 m aproximadamente, y una longitud de 1,46 m, habiéndose documentado asimismo el desgaste producido sobre la roca por los quiciales de la puerta, que tendría una anchura aproximada de 2,10 m y un grosor de unos 0,25 m, constituida por un portón de dos batientes o puerta carretera, tipo bien documentado en poblados como El Turó del Montgròs (Molist y Rovira 1991: 257), El Castellet de Bernabé (Guérin y Bonet 1993) o Meca (Alfaro 1991), estando realizado en madera dura —roble en el caso de El Turó del Montgròs—, con una anchura que oscilaría entre los 2,26 de El Castellet de Bernabé a los 3,08 de Meca, lo que permitiría el paso de vehículos, concretamente carros, y un grosor de 0,10-0,20 m., pudiendo alcanzar los 3 m de altura.

Como hemos señalado, esta entrada debió estar defendida por sendas torres de planta cuadrangular situadas a ambos lados de la puerta (Fig. 3.A-B), aunque en la zona norte no quede resto alguno de la misma salvo la plataforma rocosa, en ligero talud hacia el interior, sobre la que se habría levantado la estructura, que tuvo que ser notablemente inferior a la que defendería el otro lado de la puerta. La torre sur está en la actualidad prácticamente desmantelada, lo que es especialmente evidente en su mitad oriental y en todo su frente septentrional, observándose en la roca los entalles que servirían de asiento para los sillares, lo que permite aventurar su planta, cuadrangular, y sus dimensiones, que serían de 10,50 E-O por 4,80 m N-S. Tan sólo conserva los restos del paramento meridional, principalmente por el hecho de haber servido de asiento al muro perimetral islámico. En el interior de esta estructura se han detectado alineaciones de piedras mal careadas paralelas al muro sur, que cabe considerar como parte estructural de la torre, algunas de ellas levantadas sobre los restos de la antigua muralla, amortizada al construir la torre (Fig. 3.B-C), evidencia de las importantes remodelaciones que afectaron a la zona de la puerta principal.

En general, se ha señalado que la torre situada en el lado derecho en el sentido de entrada desempeñaría un papel más importante ya que desde ella se podía batir el costado desprotegido del asaltante que llevaría el escudo en el brazo izquierdo, mientras que la situada en el flanco izquierdo cumpliría una función más pasiva, como elemento fundamentalmente disua-

<sup>105</sup> De hecho, en relación con esta zona se ha recuperado un nutrido conjunto de glandes de plomo, una parte de los cuales están actualmente depositados en el Museo de Camporrobles. Proceden de la vaguada que separa El Molón del cerro del Picarcho, al noroeste de aquél, a una distancia que se sitúa en el límite máximo del alcance de la honda (Quesada 1997: 475, fig. 282), pues ronda o, incluso, supera los 300 m, explicable por el fuerte desnivel, de más de 30 m, entre ambas zonas, que se vería incrementado, además, por la propia altura de la torre (Gracia 2006: 92). Otros dos proyectiles se han recuperado en el interior del poblado, ambos en el Sector C, el más próximo a la zona del istmo. No son las únicas armas recuperadas en El Molón, pues de la zona de la torre meridional procede, al parecer, un puñal biglobular envainado (De la Pinta *et alii* 1987-88: fig. 11), así como restos de la empuñadura de otro.

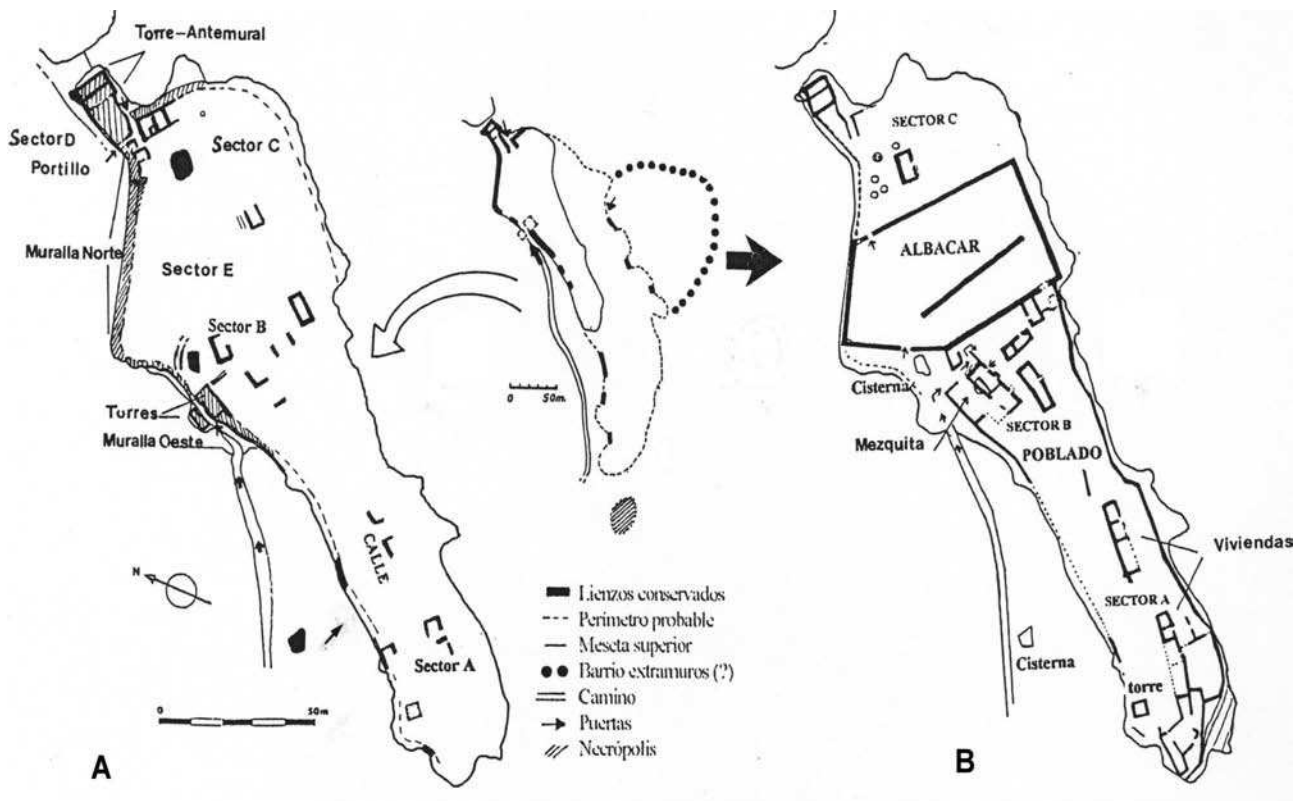


FIGURA 2.—Planta del yacimiento de El Molón, con los poblados de la Edad del Hierro (A) y de época islámica (B). Vista de El Molón desde el este, con la zona del istmo en primer término (C).

sorio (DÍES 1991: 173), lo que en El Molón se traduce en una mayor entidad de la torre meridional, situada a la derecha de la entrada, a mayor cota que la de la zona norte, configurándose por tanto como el elemento esencial de la defensa de la zona.

El trazado de la muralla primigenia, que enlazaba con el lienzo occidental mediante un codo, discurría paralelo al camino de acceso, curvándose hacia el norte, en dirección al mismo (Fig. 3.B), con lo que la puerta tallada en la roca actualmente visible quedaría fuera del perímetro amurallado, relacionándose, pues, al igual que la construcción de las torres, con la citada remodelación. Probablemente el acceso original debería haberse realizado mediante la simple interrupción de la muralla, cuya anchura en esta zona sería de unos 3 m, situándose la puerta entre ésta y el cantil rocoso. Esta solución, sin duda la más elemental (Moret 1996: 121: 35; Lorrio 2005: 84), contrasta con el despliegue desarrollado en la defensa del istmo (*vid. infra*), aunque hay que tener en cuenta la dificultad en analizar sus características en detalle, dado el carácter rupestre del nuevo acceso, que habría alterado irremediabilmente cualquier estructura previa.

Este sector se vería igualmente modificado en época islámica, pues la fosa de cimentación del muro perimetral afectó a los niveles de uso de la zona interna, esenciales para datar la construcción prerromana más reciente, contribuyendo, igualmente, a dismantelar las defensas preexistentes, reutilizando la piedra en construcciones como la del *albacar*, donde se ha identificado la presencia de bloques de buen tamaño toscamente trabajados. Tales remodelaciones, favorecidas por la proximidad al camino y la existencia de piedras careadas formando parte de las estructuras, han hecho que ésta sea una de las zonas más alteradas.

Todo ello dificulta establecer la cronología de las defensas comentadas, aunque el escaso material recuperado en la zona permite relacionar la muralla original con la fase plena del poblado, *ca.* siglo IV a.C., al tiempo que la erección de las torres debe ponerse en relación, de forma provisional y en espera de los resultados de futuras campañas, con la fase más avanzada del asentamiento, quizás a finales del siglo II o inicios del I a.C., momento en el que importantes acontecimientos militares afectaron de forma determinante a la comarca (Bonet y Mata 2002: 239).

La puerta flanqueada por dos torres resulta frecuente en el ámbito ibérico (Moret 1996: 121, nota 36), pudiendo destacar, por sus similitudes, el caso del *oppidum* de Meca (Broncano y Alfaro 1990: 175 ss., Alfaro 1991: 149, fis. 1 y 3), cuya puerta principal se defendió con sendas torres cuadrangulares, aunque también aquí se conservaran tan sólo las entalladuras realizadas en la roca para albergar los sillares; otra torre se erigió como defensa adelantada, localizándose sobre el flanco derecho, a 26 m de la puerta y a 8 de altura sobre el camino (Alfaro 1991: 149 s., fig. 2). Aunque la ausencia de datos estratigráficos dificulta fe-

char tales defensas, su momento final, constatado por el tapiado de la puerta mediante sillares, se ha vinculado con la presencia romana en la zona (Broncano 1986: 141; Alfaro 1991: 150 s.), quizás a finales del siglo III o inicios del II a.C., aunque para Moret (1986: 458) no habría que desestimar una fase de ocupación republicana más tardía con la que se podrían relacionar una parte de las construcciones actualmente visibles.

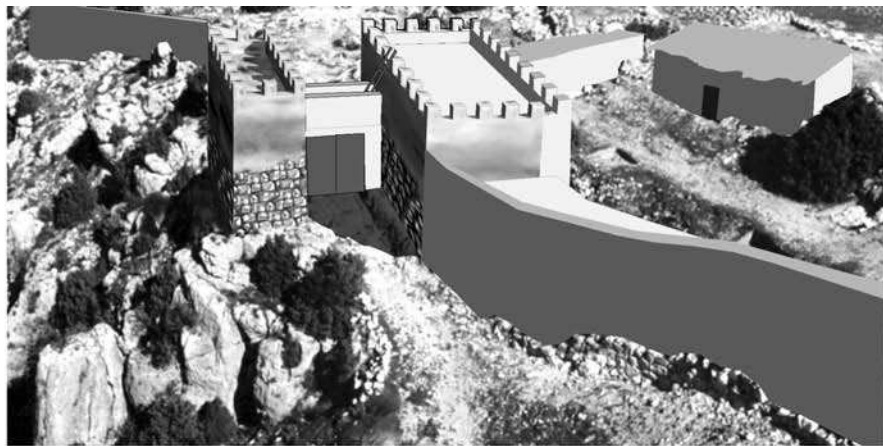
Por otra parte, un buen ejemplo de accesos protegidos por potentes torres en época republicana, cronología que, como hemos señalado, cabría aventurar para el caso de El Molón, lo tenemos en *Libisosa* (Lezuza, Albacete), donde destaca su puerta norte, levantada sobre un barrio artesanal destruido de forma sistemática entre el último cuarto del siglo II y el primer tercio-mediados del siglo I a.C., lo que proporciona una segura fecha *post quem* para la construcción de la obra (Uroz y Márquez 2002). Por su parte, en *Contrebia Carbica* (Villas Viejas, Cuenca) se identificó un acceso entre el primer y segundo recinto, flanqueado, igualmente, por dos torres, en uso durante la etapa más avanzada del *oppidum*, cuyo momento final se asocia a los episodios sertorianos (Mena *et alii* 1988: 184, láms. I-II).

Como hemos señalado, la puerta principal estaba defendida, desde sus etapas iniciales, por un lienzo de muralla que, desde la zona del acceso, se extiende hasta el extremo más occidental del asentamiento. Está constituido por diversos tramos que sirven de cierre al poblado por su lado oeste. El inicial, el mejor conservado, asciende desde la puerta principal a lo largo de una treintena de metros hasta alcanzar la línea de ruptura de pendiente, documentándose, a partir de allí, restos de los lienzos que aparecen rellenando los espacios abiertos entre las afloraciones rocosas que formarían parte del trazado, pudiéndose identificar incluso un posible portillo escalonado que permitiría acceder a la cisterna localizada a extramuros del asentamiento.

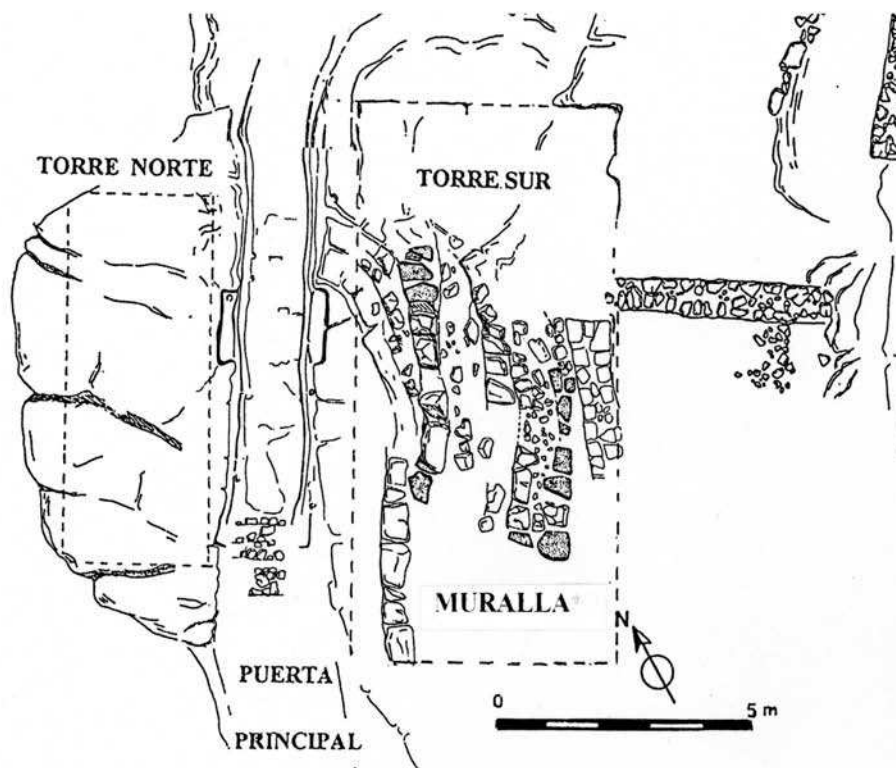
Del resto del perímetro tan sólo se conserva un lienzo de 15,30 m que cerraría una zona de vaguada que constituye actualmente uno de los accesos a la meseta superior y que en su momento, dadas las condiciones de accesibilidad, debió de constituir un punto donde sería necesario extremar las condiciones defensivas del trazado. A continuación, el terreno vuelve a elevarse, con desniveles superiores a los 4 m, haciéndose notablemente más escarpado, hasta el punto de resultar dificultosa la circulación por esta zona, integrada en el resto del hábitat por razones defensivas. Los restos de muralla aparecen rellenando los huecos de los crestones calizos impidiendo toda posibilidad de acceso a este sector del poblado.

## 2.2. La muralla Norte

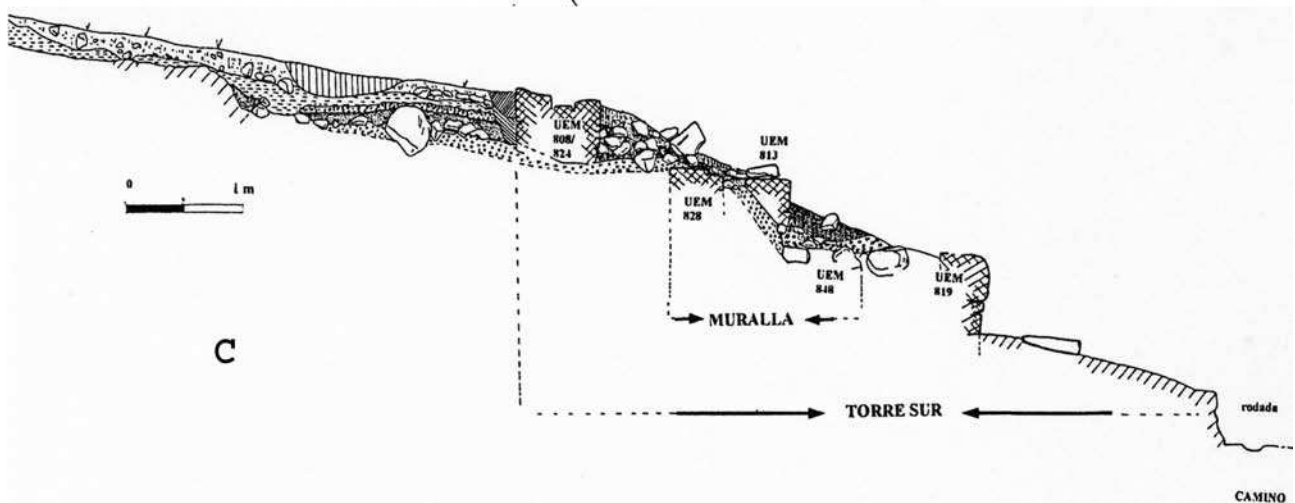
El principal lienzo de muralla del poblado es el norte (Fig. 4.A). A partir de la puerta principal, la muralla corre paralela al cantil existente en ese punto y, tras



A



B



C

FIGURA 3.—La puerta principal: A, propuesta de reconstrucción; B, planta con los restos de la muralla antigua y las torres; C, sección N-S de la zona (infografía J.A. López Padilla).

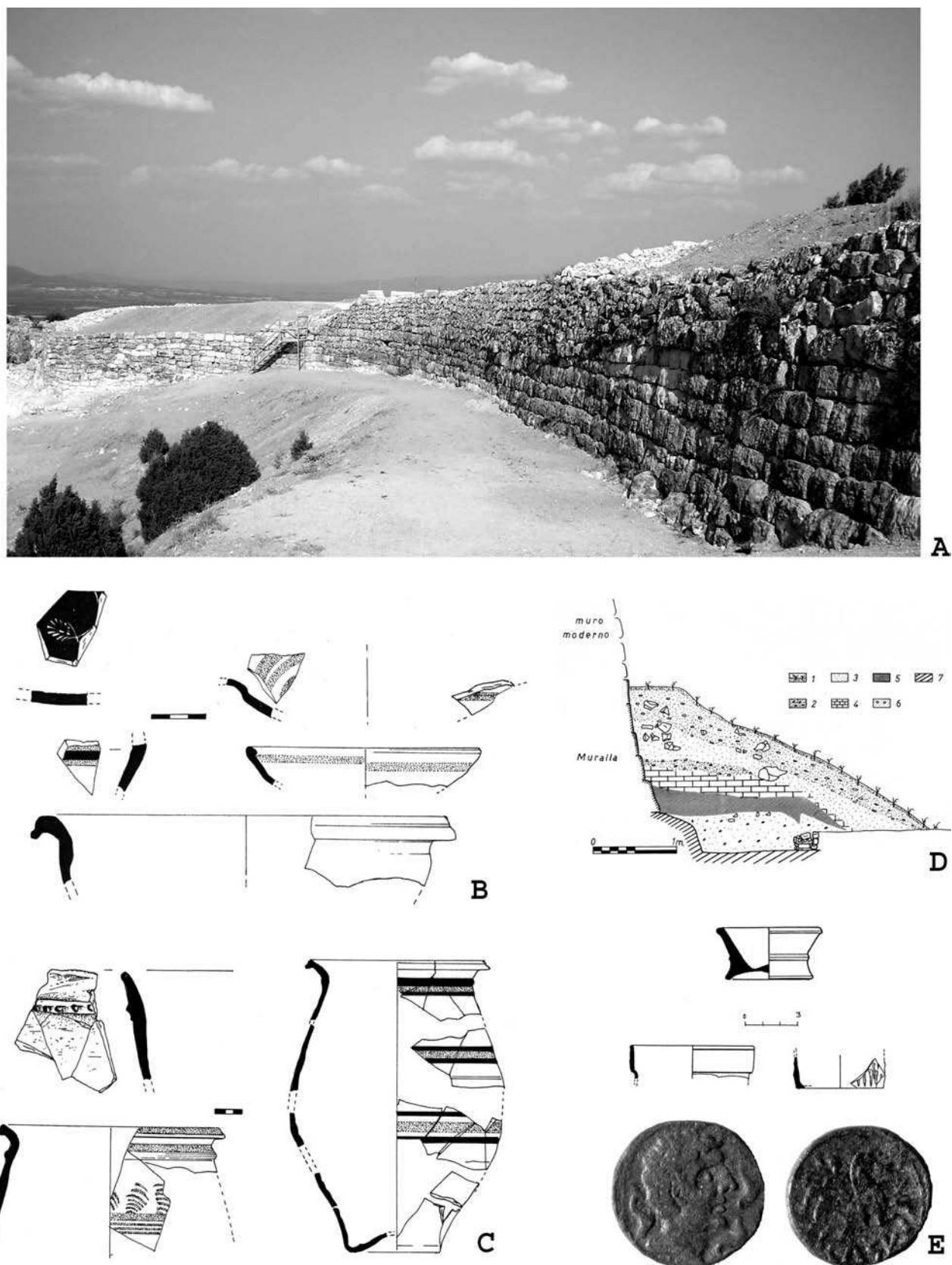


FIGURA 4.—A, La muralla norte, desde el oeste. Materiales más significativos de los niveles relacionados con las obras de construcción de la muralla (B) y de la fase inmediatamente anterior (C); D, estratigrafía extramuros, con el camino de ronda. E, Materiales más significativos del basurero (D, n° 6). (D, según Almagro-Gorbea et alii, 1996).

un afloramiento rocoso, prosigue adaptada al terreno con un largo tramo, cuyo trazado, conservado en una longitud de casi 100 m y una altura que supera los 2 m, se adapta a la línea de ruptura de la pendiente, enlazando con las importantes defensas de la zona del istmo.

La muralla, ligeramente ataludada, está realizada con sillares rectangulares de caliza toscamente escuadrados cuyas dimensiones oscilan entre 0,20 y 0,75 m, salvo los de esquina que son más regulares, mejor escuadrados y de mayor tamaño. Su aparejo es pseudoisódomo formando hiladas horizontales sin elementos de unión entre las juntas de los sillares, que a veces están calzados con ripios, asentándose la base directamente sobre la roca caliza regularizada. Las hiladas forman una o dos filas de sillares cuya cara superior se regulariza con otras menores y acodamientos para asentar mejor la hilada superpuesta, ofreciendo en conjunto un aspecto monumental. Aunque es difícil precisar la altura que pudo alcanzar, si se considera una proporción altura-anchura de 2 a 1 se puede calcular en unos 6 m, o incluso más, de los que la mitad aproximadamente serían de adobe, cuyos restos aparecieron conservados *in situ* así como caídos al pie de la cara exterior formando un nivel compacto. Este empleo de adobe o tapial en la elevación de las murallas viene explicado por las mejores cualidades de este material: un menor tiempo de ejecución, un número menor de mano de obra especializada, al poder integrar en última instancia prácticamente a toda la comunidad, su fácil reparación y, principalmente, su mayor resistencia ya que esta masa amortigua los golpes frente a la piedra que se fragmenta, desencajándose sus juntas (Pausanias, *Periégesis* VIII, 8, 6-9); su disposición sobre un zócalo de piedra se produce a fin de procurar su aislamiento de la humedad y no ofrecer la posibilidad a los asaltantes de perforar galerías (Adam 1982: 19 s.).

Los trabajos desarrollados en el Sector C han permitido estudiar en detalle su técnica constructiva, observándose como, en esta zona del poblado, las estancias identificadas, todas ellas abiertas hacia un espacio central en el que se localiza una gran cisterna, ocuparon parcialmente el espacio de la muralla, confirmando que la erección de las defensas estuvo interrelacionada con el diseño urbanístico, al menos por lo que respecta a la zona oriental del poblado. La muralla se realizó mediante un doble paramento de piedra, sólo el exterior directamente asentado sobre la roca base, y, entre ambos, un relleno de piedras irregulares de diverso tamaño mezcladas con tierra que presenta un marcado buzamiento hacia el exterior. En el departamento C1, presenta una anchura de 4,50 m, documentándose, a unos 3 m del paramento externo, directamente sobre el relleno interno, un tercer paramento, conservado en una única hilada, que aparece trabado a una serie de muros perpendiculares que individualizan hacia el interior un espacio que quedaría integrado en la referida estancia, adosado y, al mismo tiempo, su-

perpuesto, al menos parcialmente, a la muralla (Fig. 5,A-B). Sobre el espacio que delimitan los paramentos exterior e intermedio se alzaría la superestructura de adobe.

Esta técnica de construcción puede considerarse como una variante de las llamadas casamatas, sistema muy extendido en el mundo mediterráneo en la Edad de Hierro, con ejemplos en el mundo ibérico (Moret 1996: 83 s. y 213 ss.), como un tramo de la muralla del poblado de Turó del Montgròs (Molist y Rovira 1991: 252). Consiste en dejar huecos sus espacios internos, de modo que su construcción resultaba mucho más barata, que podían utilizarse, a su vez, como almacenes, viviendas o base para las máquinas de guerra. En El Molón dicho sistema se aplicó de formas variadas: en C1, como hemos visto, la zona correspondiente a la muralla queda integrada en la estancia, pero como un espacio de transformación de alimentos claramente individualizado en la parte trasera de la misma; en C2, en cambio, la estancia completa se abre en el espacio de la muralla, pudiendo plantear, por sus reducidas dimensiones y su proximidad al torreón y a los accesos identificados en la zona (*vid. infra*), que pudiera tratarse de un posible cuerpo de guardia; finalmente, en C6, tal espacio se integra sin aparente diferenciación en el resto de la estancia.

En realidad, creemos que la técnica utilizada en este sector responde a una necesidad práctica, que hay que relacionarla con la enorme anchura que llega a alcanzar en la zona, ensanchándose progresivamente hasta crear un espacio trapezoidal a modo de bastión (Fig. 5,A) que daría acceso a la gran torre que defendería la zona del istmo, pues permite sacar provecho de ese espacio para albergar, total o parcialmente, estancias de diferente funcionalidad, sólo alguna acorde, quizás, con la función original de este tipo de recurso poliorcético (C2), sin menoscabar en cambio la potente cimentación de la obra defensiva.

Los datos de mayor relevancia en relación a la fecha de construcción de la muralla proceden de las diferentes actuaciones realizadas a intramuros de la misma, en el Sector C (C1, C3 y C6), que han permitido confirmar un importante poblamiento que se remonta a la Primera Edad del Hierro extendiéndose hasta el siglo V a.C. Restos de muros y hogares son algunas de las estructuras pertenecientes a estas ocupaciones iniciales, fuertemente alteradas por las importantes remodelaciones que sufrió la zona durante el siglo IV a.C., manteniéndose algunas de ellas como cimentación de las nuevas edificaciones, con las que cabe relacionar el sistema defensivo actualmente visible, o al menos sus elementos esenciales, como la muralla, el torreón o los accesos identificados en la zona. En relación con estas remodelaciones se halla la UE C6-666, de la que procede un conjunto de materiales de gran homogeneidad encuadrados, de forma general, en el siglo IV a.C., pudiendo destacar su similitud con el nivel IV de Los Villares, fechado en el Ibérico Pleno

(Mata 1991: 37 y 194). Entre estos materiales hay que señalar la presencia de un fragmento de cerámica ática con decoración impresa de palmetas entrelazadas, que aparece asociado a platitos o páteras con decoración pintada monocroma, perdurando, de forma residual, algún fragmento con pintura bícroma (Fig. 4,B), producción bien representada en los niveles inferiores, característicos de finales del Ibérico Antiguo (Fig. 4,C), con grandes similitudes con Villares III, fechado entre mediados del siglo VI a.C. y un momento situado hacia la mitad del V (Mata 1991: 193).

Las actuaciones realizadas al exterior de la muralla han confirmado que ésta mantuvo su vigencia hasta la fase final del asentamiento, ya entrado el siglo I a.C., pudiendo indicar cómo en el tramo más occidental del lienzo norte se ha localizado un basurero extramuros, formado durante esta fase, que cubría las estructuras adelantadas de la zona, correspondientes a un camino de ronda, que habría caído ya en desuso (Fig. 4.-E).

### 2.3. Las defensas del istmo: torreón, antemurales, foso y accesos.

La parte oriental del poblado, que era su punto más vulnerable, se fortificó mediante un complejo sistema constituido por un torreón rectangular que defiende el istmo, al que se adosa un potente antemural a modo de barbacana y otros muros adelantados de menor entidad, añadiéndose por delante un foso con diversos niveles, y sendos accesos secundarios abiertos en ambos flancos de la defensas, que constituye el elemento más interesante y sugestivo de El Molón (Fig. 5,A).

Desde el punto de vista de la poliorcética antigua, el sistema defensivo resultante se adecua con bastante fidelidad al modelo helenístico en el que sin duda está inspirado, basado en la idea de la defensa ofensiva, que permitía una rápida salida de los defensores, organizada y al mismo tiempo bien protegida, atacando por sorpresa las posiciones enemigas (Garlan 1972: 131 ss.; Gracia 2000: 148 s.). Su mejor paralelo lo encontramos en la famosa fortaleza del Euryalo de Siracusa (Garlan 1974: 186 ss., fig. 3. Tréziny 1996: 350), donde se documenta un sistema con bastiones, fosos y antemurales, en el que se han diferenciado cinco fases constructivas fechadas entre el gobierno de Dionisio y el inicio de la Segunda Guerra Púnica —aunque los elementos esenciales, como el bastión avanzado o el gran foso, se fecharían, no obstante, en la segunda mitad del siglo IV a.C.—, que corresponde al momento de mayor presencia de mercenarios ibéricos en Sicilia, lo que pudo contribuir a su difusión por la Península (Gracia 2006: 77 ss. *Vid.*, en contra, Quesada 1994).

En el Sur de Italia algunas fortificaciones también reproducen dispositivos de defensa similares. En efecto, en la fortificación griega de Mégara Hyblaea, en Sicilia, datada a fines del siglo VI, a la muralla realizada a base de un doble paramento relleno de piedras y tierra y, en la que pudieron existir bastiones curvilíneos,

se une la presencia de un foso que discurre delante de ella, inicialmente utilizado como cantera para la construcción de la muralla (Tréziny 1986: 189). Igualmente, la muralla de Arpi, en Apulia, que se ha datado hacia el 500 a.C., ofrece un zócalo de piedra y superestructura de adobe, precedida de un foso (Tréziny 1986: 195). Finalmente, la ciudad de *Emporion* en el siglo IV estaba defendida por una muralla protegida por torres rectangulares y un foso (Sanmartí *et alii* 1988: 198).

Este sistema tan específico documentado en El Molón, aunque más simple al carecer de las sucesivas líneas de antemurales, lo encontramos en las tierras del interior valenciano en El Pico de los Ajos, Yátova, cuya zona más accesible se defendió mediante una torre trapezoidal ante la que se situaba un foso (Díes y Gimeno 1995), y El Castellar de Meca, destacado asentamiento levantado sobre una extensa península, cuyo istmo se defendió mediante un potente torreón (Broncano 1986: figs. 67 s. y 101 s.; Alfaro 1991: 147), levantado sobre una pared vertical tallada artificialmente, constituyendo un foso abierto, en cuyas proximidades se sitúa una poterna, aunque las obras de mayor envergadura se localizarían en torno a la puerta principal de entrada a la ciudad.

Aunque no podemos tener la completa seguridad de que todas las defensas de la zona oriental de El Molón sean contemporáneas, sus elementos esenciales parecen responder a un proceso unitario, iniciado a partir de la construcción de la muralla, que puede datarse hacia un momento indeterminado de inicios del siglo IV a.C. (*vid. supra*), y el torreón, en cuyo diseño se incluyeron los accesos secundarios, y, posiblemente, del foso, al utilizarse como cantera para la extracción de los sillares, incorporándose a continuación las restantes obras. Así, al torreón se le adosa una barbacana o antemural a modo de una segunda torre más pequeña, dejando un espacio de separación con respecto al foso, seguramente ya con sus tres niveles, construyéndose ahora el muro de refuerzo que protege la unión entre las dos grandes construcciones de mampostería de la zona, y, a continuación, los parapetos del lado norte, aunque el camino de ronda debió de realizarse conjuntamente con las obras de la muralla y la poterna.

**2.3.1. El torreón este.** Sobre el espolón que formaba el istmo se levantó un potente torreón, que se configura como uno de los elementos esenciales del sistema defensivo de El Molón (Fig. 5.A y D-E). Es de planta rectangular, estando bien conservado su lado este, de 10,80 m, y el norte, de 4,90, faltando en cambio casi por completo el meridional y no habiéndose podido encontrar evidencia alguna del lado oeste. Esta gran torre, de más de 50 m<sup>2</sup>, tendría la importante función de defender esta estratégica zona, permitiendo al mismo tiempo un control visual del poblado y del territorio circundante.

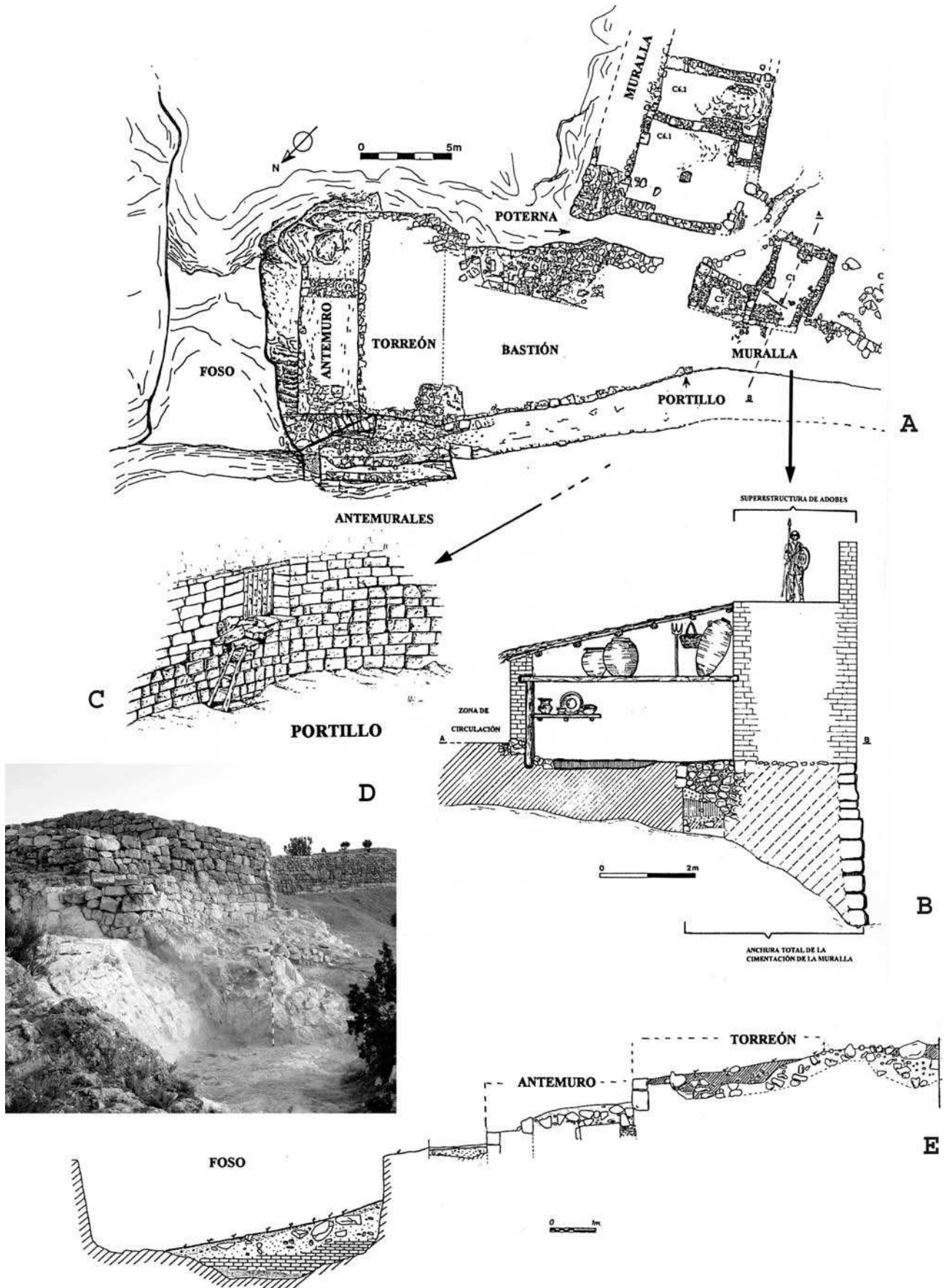


FIGURA 5.—A, planta del sector oriental del poblado y del sistema defensivo del istmo; B, propuesta de reconstrucción de la estancia C1, en su fase más avanzada (ca. siglos II-I a.C.), y del sistema constructivo de la muralla norte; C, propuesta de reconstrucción del portillo. D, vista de las defensas orientales desde el foso. E, sección E-W de las defensas.(B, según Lorrio, 2001b).



Su construcción está directamente relacionada con la propia muralla, que tras seguir inicialmente un trazado rectilíneo y una anchura homogénea, al aproximarse a la zona del istmo se ensancha progresivamente al incurvarse el paramento exterior, que sigue las curvas de nivel del terreno, mientras el interno mantuvo el trazado rectilíneo original hasta aproximadamente la zona de la poterna, donde gira siguiendo un trazado más o menos paralelo de nuevo al lienzo exterior, aunque si la anchura media en el tramo inicial no llegaría a alcanzar los 3,5 m, ahora se sitúa en torno a los 10, constituyendo un amplio espacio, a modo de gran bastión trapezoidal (Fig. 5,A), cuyas dimensiones oscilan entre los cerca de 13 NE-SW y los 6,5/10 m NW-SE, quedando delimitado hacia el suroeste por el acceso desde el portillo, y hacia el noreste por el gran torreón oriental, en cuyo extremo se localiza, permitiendo, en caso de necesidad, la concentración de las tropas implicadas en la defensa de la zona (Moret 1996: 104).

En realidad, el torreón está integrado en la propia muralla norte, individualizándose respecto de ella por la técnica constructiva de los paramentos, ahora dobles, y por el propio relleno interno con piedras de mayor tamaño, todo lo cual sugiere que este espacio estaba destinado para sustentar una estructura de mayor altura que la alcanzada en el resto de la muralla. La anchura de este doble paramento es de tan sólo 1,75 m, estando realizada la cara exterior con grandes sillares careados de entre 0,54 y 0,47 m de grosor, entre 0,40 y 0,53 de ancho y en torno a los 0,20 m de altura, mientras la interna ofrece un menor cuidado, con grandes sillares junto a otros más pequeños, todos sin escuadrar, de unos 0,37 m de grosor; la zona interior está rellena de piedras de tamaño variable y tierra de color blanquecino.

**2.3.2. El antemuro este.** Por delante se adosa un antemuro a modo de barbacana (Fig. 5,A y D-E), realizado también a base de sillares irregulares asentados directamente sobre la roca y rematado por una superestructura de tapial, cuyos restos aparecieron en el interior del foso, junto a grandes sillares procedentes asimismo de esta estructura. Ofrece en la actualidad, lo que también debió ocurrir en el momento de su construcción y uso, una altura inferior a la documentada en el torreón, al que claramente se adosa. La anchura de esta estructura oscila entre 3,30 y 3,10 m, con un estrechamiento de norte a sur, que le confiere una planta ligeramente trapezoidal. La zona más nororiental, correspondiente a la esquina, aparece reforzada con un gran sillar de 1,08 por 0,35 por 0,65 m asentado sobre piedras más pequeñas de 0,45 por 0,27 por 0,38 m. Del muro este se conservan 7,30 m aunque con seguridad alcanzaría los 9,80 m, ya que en la zona sur la piedra aparece cortada con claridad, permitiendo así el asiento de los sillares y el consiguiente cierre de la estructura, que en esta zona ten-

dría 2,90 m de longitud. El lienzo está construido mediante un doble paramento de 1,30 m aproximadamente.

**2.3.3. El foso.** Hacia el este del antemuro se abre un foso tallado en la roca, que dificultaría el paso por el punto más accesible del poblado (Fig. 5,A y D-E). Entre ambos elementos defensivos aparece un espacio cuya anchura oscila entre 1,25 m al norte, 1,70 m en el centro y 2,10 m al sur, en el que aflora la roca madre y que permitiría el acceso a modo de pasillo hacia una puerta secundaria detectada al sur del conjunto, evitando, asimismo, al separar el antemuro del foso, cualquier labor de zapa por parte de un eventual enemigo que consiguiera introducirse en este último. Según se ha venido proponiendo en el mundo clásico, los fosos comenzaron siendo simplemente la cantera de extracción de los materiales de la muralla, de lo que da buena muestra El Molón, siendo aún visibles las huellas de extracción, no apareciendo como verdaderos obstáculos hasta finales del siglo V a.C. (Garlan, 1974: 150).

El foso de El Molón, de paredes verticales tallado en la roca, ofrece una sección rectangular en U con fondo plano. Aparece escalonado longitudinalmente, con un espacio central menos profundo que los de los extremos, lo que lo que da lugar a una división del mismo en tres alturas. Mide en total unos 20 m de largo, por unos 6,50 de ancho y una profundidad que oscila entre 2 y 3,50 m ya en la zona que enlaza con el buzamiento natural del terreno que cae hacia el barranco que delimita, hacia el sur y el norte, el poblado. La zona superior del foso presenta unas medidas de 7,30 m de largo por 6,30 de ancho y una profundidad que oscila entre los 2,67 m en su parte sur, la opuesta al torreón, y los 1,78 m al norte.

Su contemporaneidad con las demás defensas de la zona no parece ofrecer ninguna duda, quedando perfectamente integrado en el sistema defensivo, complementando la construcción rupestre con algunas estructuras de obra, que lo dotaron de mayor envergadura, al elevar su lado oeste, ya mediante mampuestos que refuerzan el torreón y el antemural, ya mediante un muro de adobe, que serviría de parapeto, facilitando el movimiento de los defensores entre los antemurales del lado norte y el torreón. La presencia de diferentes tipos de estructuras de mampostería relacionadas con los fosos no es un hecho excepcional, como confirman los caos de El Turó del Montgròs, en el que la cara interna del foso estaba revestida de un muro de piedras que podría haber estado sobreelevado a modo de parapeto que defendiera de los primeros ataques, facilitando el movimiento de los defensores entre éste y el paño de muralla (Molist y Rovira 1991: 253), o El Pico de los Ajos (Díes y Gimeno 1995: 87), donde el foso, de sección en V, estaba delimitado por sendos paramentos, que impedían el acceso desde la ladera.

**2.3.4. Los antemurales del lado norte.** Las intervenciones realizadas en la zona exterior de la muralla norte y de la torre han permitido identificar una serie de muros de escasa entidad, con similar orientación y trazado más o menos paralelo al de las estructuras defensivas comentadas (Fig. 5.A y D).

A). Por un lado, se ha localizado un paramento, muy desmantelado, lo que explica su ausencia en alguno de los sondeos realizados, sobre todo en los localizados en las zonas de mayor pendiente, tratándose de un muro adelantado que dejaría un espacio de circulación o camino de ronda paralelo a la muralla, necesario dada la presencia de un portillo en la zona. De esta forma, en la estratigrafía realizada en la zona más occidental de la muralla norte se identificó un pequeño murete de piedra y adobe de 0,50 m de grosor localizado a 2,60 m de la muralla y paralelo a ella, asentado sobre la roca base (Fig. 4.D). Igualmente, en todos los sondeos realizados ente el portillo y la zona del foso, se ha identificado tal estructura, que discurre prácticamente paralela al lienzo de muralla, a una distancia que oscila entre 2,20 y 3 m, realizada con piedras irregulares careadas por su parte exterior, aunque la mayor complejidad del sector en torno a la torre aconseje el tratamiento individualizado de esa zona.

B). En la zona del baluarte y el antemural el panorama es más complejo, documentándose una serie de estructuras de refuerzo y de aterrazamiento, cubiertas por un nivel procedente de la descomposición de los adobes que formarían el alzado de las estructuras defensivas.

Destacan dos paramentos en ángulo recto, realizados mediante mampostería irregular con piedras de gran tamaño trabajadas y dispuestas en hileras casi regulares, de las que se conservan un total de cuatro, que constituyen un refuerzo triangular que protege el lado norte del antemural así como la zona de unión entre éste y la torre, uno de los puntos más vulnerable de la estructura defensiva; además serviría como cierre «de obra» del foso. El lado NW mide 2,24 m mientras que el NE alcanza 1,87 m, variando su anchura. La estructura se asienta sobre la roca base. Además, en la zona más próxima a la junta de la torre y el antemural se ha identificado una **estructura de refuerzo** del contrafuerte mencionado, formado por una hilera de piedras de mediano tamaño dispuesta junto él.

Hacia el norte, se detectaron los restos de dos muros exteriores de trazado más o menos paralelo al sistema defensivo descrito, pudiendo plantear para ellos una funcionalidad tanto constructiva, como muros de carga para cimentar los aterrazamientos necesarios para la construcción de las importantes construcciones de la zona, como defensiva, constituyendo elementos externos a modo de antemurales o parapetos, que permiten crear un espacio de circulación al pie de la muralla, muy dificultoso sin tales obras, dado el desnivel natural de terreno. El más próximo a las defensas es una estructura mural, localizada a 2,50 m de la torre, de la que

se conservan dos hiladas, formadas por grandes lajas, asentadas sobre un nivel de piedras y cascajo que rellenaba, igualmente, el espacio entre este muro y el refuerzo triangular. Por delante de esta estructura se conservan los restos de una alineación de mampuestos careados al exterior, formada por una hilera de piedras de mediano tamaño, que constituye un segundo aterrazamiento relleno por un nivel de cascajo siguiendo la misma solución constructiva que en el caso anterior. Ofrece un trazado ligeramente divergente respecto al muro superior, que queda a una distancia que oscila entre 0,80, en la zona NE, donde se adosaría a un muro de adobe que, perpendicular a esta estructura, discurre paralelo al foso, y 1 m, en la NW, coincidiendo con un entalle de la roca alineado con la esquina de la torre.

La presencia de estos muros exteriores, con zócalo de mampostería y alzado de adobes, a modo de *epikampion*, que en El Molón defienden, por un lado, el conjunto del torreón y el antemural/barbacana y, por otro, la muralla norte y el portillo, serían una parte importante del sistema defensivo del que sin duda formaban parte, como confirman los ejemplos conocidos en el mundo ibérico, en general ligados a los sistemas de acceso (Moret 1996: 130). Aunque la escasa entidad de los restos conservados pudiera contradecir aparentemente tal aseveración, no debemos olvidar que además de evitar, o retrasar, un ataque frontal, la presencia de antemuros, que refuerzan el papel de las torres, podría camuflar posibles puntos débiles, como los accesos secundarios, permitiendo la salida y circulación de tropas no detectables desde el exterior (Moret 1996: 130; Berrocal-Rangel 2004: 57).

**2.3.5. Los accesos secundarios: la poterna oriental y el portillo del tramo norte.** En relación con este punto estratégico se localizan dos accesos menores, que unen a su carácter puramente funcional, un claro valor defensivo, que pone de relieve las avanzadas técnicas poliorcéticas aplicadas en la defensa del poblado, permitiendo en caso de necesidad una rápida salida desde la zona del torreón, creando una pinza que dejaría al atacante indefenso, así como el acceso hacia el torreón y el interior del hábitat.

Una puerta secundaria o poterna se localizaba al sur del conjunto formado por el torreón y el antemuro, quedando oculta tras ellos (Fig. 5.A). Este acceso quedaba delimitado por sendos muros paralelos situados al norte y al sur, respectivamente, del mismo, dejando un estrecho pasillo de 1,50 m de anchura y más de 8 m de longitud por el que se accedería al interior del poblado. El lado sur, presenta un primer tramo, de 2,84 m, que corresponde en realidad al extremo septentrional de la muralla este, de la que se conservan hasta 5 hiladas, que queda simplemente interrumpida para dar paso a la poterna. Como prolongación de esta estructura un muro, medianero con la estancia C6, delimita el pasillo de acceso en el resto de su trazado.

También se ha identificado un posible portillo (Fig. 5.A y C), prácticamente desmantelado, abierto en la muralla norte, al que hay que suponer una finalidad principalmente defensiva al formar parte del complejo sistema que protege el poblado en este sector. Se localiza en la zona donde el trazado de la muralla marca un punto de inflexión, lo que permite ocultar el acceso a la vista de quienes se acercaran al poblado desde el este. Con todo, su identificación no resulta sencilla actualmente ya que se encuentra en una zona en la que la muralla se halla especialmente mal conservada, seguramente por la presencia del propio portillo, habiendo sido utilizada en época reciente para acceder al interior del hábitat.

La ubicación de la poterna y el portillo en las proximidades del torreón permitiría el ataque de flanco desde una posición dominante, dada la superior cota, presentando la ventaja de que la operación de salida estaría protegida por la sorpresa, ya que la poterna queda oculta por el torreón y el foso, mientras el portillo lo estaba por el codo que forma la muralla en su último tramo —el correspondiente al torreón—. La presencia de poternas de función defensiva está documentada en diferentes asentamientos, pudiendo mencionar ejemplos como los de El Puig de Sant Andreu de Ullastret (Sanmarti y Santacana 1991a: 136, figs. 9 y 11), El Castellar de Meca, aunque en este caso la torre del espolón nororiental (*vid. supra*) se sitúe a la izquierda del acceso secundario, o *Segobriga*, donde se localizó una poterna, de 0,90 m de anchura, en las proximidades de la puerta principal de la ciudad, protegida por un ensanchamiento de la muralla, fechada en época tardoaugustea (Almagro-Gorbea y Llorio 1989: 62, fig. 17,1).

**2.3.6. La Muralla Este.** El lienzo oriental arranca a partir del acceso secundario anteriormente descrito con una dirección aproximada norte-sur, cerrando el lado oriental del poblado, al sur del complejo defensivo formado por torreón-antemural-foso. En esta zona el poblado queda delimitado por crestones prácticamente verticales, lo que imposibilita el acceso por esa zona. No obstante, la proximidad con la zona de la puerta hizo que se erigiera una potente muralla, de la que tan sólo quedan restos en la zona del acceso, no quedando evidencia alguna en el resto del tramo, ya debido a la menor consistencia de la obra según se fuera alejando de dicha puerta, ya por la fuerte pendiente —del 100%— que registra la zona.

La técnica constructiva responde a lo observado en el tramo norte, a saber, un doble paramento, el exterior directamente asentado sobre la roca madre y el interno sobre los rellenos correspondientes a las ocupaciones precedente, e intermedio a ambos una alineación de piedras paralela a los paramentos comentados que serviría de zócalo sobre el que se levantaría la superestructura de adobe, constituyendo al mismo tiempo la parte trasera de una gran estancia.

#### 2.4. El tramo meridional. La poterna sur.

La zona sur del sistema defensivo se caracteriza por aprovechar, como ya ocurriera en el tramo final de la muralla oeste o, probablemente, con la del lado este, la existencia de los fuertes crestones calizos que constituyen una excelente defensa natural. De esta forma, aunque el límite del poblado coincide en buena parte de su trazado con la línea de ruptura de pendiente, en la vertiente meridional la muralla discurre a media ladera, próxima a una superficie amesetada que ha proporcionado abundantes materiales, y que creemos poder interpretar como un barrio extramuros. En este sector se ha localizado un portillo abierto entre dos lienzos que discurren paralelos unos 3 m. Se trata de un acceso escalonado de 1,20 m de anchura, del que se conservan los restos de 4 escalones, inmediatamente al sur de los cuales aparece la roca rebajada formando lo que parece un desagüe que daría salida a las aguas de escorrentía, al situarse el acceso en el centro de una vaguada natural.

#### 3. EL MOLÓN Y EL PAISAJE FORTIFICADO DE LA BAJA SERRANÍA CONQUENSE Y LA COMARCA DE UTIEL-REQUENA

La reciente realización de las cartas arqueológicas de los términos municipales de Mira (Cuenca), Villar-gordo del Cabriel, Fuenterrobles y Camporrobles (Valencia), y de prospecciones sistemáticas selectivas en el de Aliaguilla (Cuenca), nos permite abordar el estudio de los paisajes fortificados de este extenso territorio, a caballo entre la Serranía Baja de Cuenca y el reborde nororiental de la comarca de Utiel-Requena. Tales prospecciones completan la información recogida en trabajos precedentes centrados en el poblamiento de época ibérica en la citada comarca valenciana (Mata *et alii* 2001a y Mata *et alii* 2001b).

Destaca, por un lado, la presencia en las zonas serranas de asentamientos fortificados (Fig. 6.A), de tipo castreño, que parecen estructurarse preferentemente en torno a tres núcleos de mayor entidad de disposición prácticamente equidistante, Cabeza Moya (Enguñados, Cuenca), El Molón (Camporrobles, Valencia) y La Plaza de Sobrarias (Aliaguilla, Cuenca), que por sus dimensiones pueden ser interpretados como pequeños *oppida* que jerarquizarían los territorios circundantes, situándose entre los de mayor tamaño del ámbito estudiado. Se trata de asentamientos caracterizados por su estratégica situación, controlando importantes vías de comunicación hacia la comarca de Utiel-Requena, extenso territorio secularmente considerado como de transición entre la franja litoral mediterránea y la meseta castellana, al tiempo que lugar de paso y comunicación entre ambas. En ellos se concentran, además, las obras defensivas de mayor envergadura de todo el territorio estudiado (El Molón y La Plaza de Sobrarias), albergando, igualmente, materiales de clara filia-

ción celtibérica (Cabeza Moya y El Molón), cuya presencia se registra también en las zonas agrestes de la comarca valenciana de Los Serranos, siendo por el contrario excepcional en las tierras centrales de Utiel-Requena (Lorrio 2001b: 167 s.).

El hallazgo en la zona de diferentes elementos característicos del ámbito celtibérico (Fig. 6,B.c), como determinados tipos de armas (sobre todo puñales biglobulares, en algún caso asociados con espadas de La Tène, pero también alguna espada de antenas) o de fíbulas (principalmente los modelos de caballito y de la variante de jinete, así como zoomorfas de jabalí o decoradas con cabezas de lobo) que cabe interpretar como objetos de prestigio de evidente valor étnico, ponen de manifiesto la estrecha vinculación de esta zona con el referido ámbito, relaciones que, hacia el este, alcanzarían al menos la margen derecha del tramo medio del río Turia, lo que no debe sorprender ya que según señala Plinio (*N.h.* 3, 20) en la Edetania existía «una placentera laguna que se extiende ante ella», identificada con la Albufera de Valencia, «alejándose hacia los Celtíberos», lo que implicaría la relativa proximidad de éstos a la costa, al menos en la zona señalada, mientras que hacia el oeste tales influjos alcanzarían el interfluvio Júcar-Cabriel, como confirma el hallazgo de un «plomo» celtibérico en La Manchuela conquense (Lorrio y Velaza 2005). Se trata de elementos de prestigio y de claro valor ideológico, que en la sociedad céltica peninsular de los siglos III-I a.C., son en muchos casos un claro indicio de celtiberización (Almagro-Gorbea 1994-95: 18 s.), permitiendo suponer la existencia de elites ecuestres celtibéricas establecidas en la zona<sup>106</sup>, las cuales controlarían los poblados, de tipo castreño, localizados en los rebordes montañosos de la comarca de Utiel-Requena y Los Serranos, como Cabeza Moya, El Molón, Punto de Agua (Benagéber) y La Atalaya (Chelva), cuya entidad varía desde *castella*, o poblados fortificados de reducidas dimensiones, hasta pequeños *oppida*. Aunque la mayor parte de las piezas mencionadas remiten a un momento que *grosso modo* situamos entre finales del siglo III e inicios del I a.C., algunos indicios permiten relacionar la zona con el territorio céltico meseteño ya en los siglos precedentes (Lorrio 1999: 262, fig. 1,10; Lorrio 2001b: 167 s.).

Un panorama notablemente diferente es el identificado en la meseta de Utiel-Requena, donde los asentamientos fortificados resultan mucho menos habituales. Destaca en esta zona, sin duda, la presencia del yacimiento localizado en Los Villares de Caudete de las Fuentes (Mata 1991), identificado con la ciudad ibérica que emitió moneda con el nombre de *Kelin* (Fig. 6.B.a) (Ripollès 2001: 108 ss.), ocupando un lugar

central en la comarca. Se trataría de un *oppidum* de unas 10 ha, del que se ha destacado su extensión, superior a la de los demás yacimientos de la comarca, su larga ocupación, sus importaciones abundantes y variadas, el importante conjunto epigráfico en lengua ibérica que ha proporcionado, el más importante de la comarca, siendo también el único que acuñó moneda (Mata *et alii* 2001a: 78, fig. 1; Mata *et alii* 2001b: 310, fig. 1.1).

Frente a lo observado en los rebordes montañosos, donde, como hemos señalado, se ha identificado la presencia de materiales de filiación celtibérica, las tierras llanas del centro de la comarca han proporcionado un conjunto de elementos epigráficos en lengua ibérica (Fig. 6,B.b), entre los que destacan la conocida «estela de Sinarcas» y las inscripciones sobre plomo, pero también sobre otro tipo de soporte, como cerámica o piedra, aparecidas en el propio *oppidum*<sup>107</sup>, el cual jerarquizaría un territorio que, de acuerdo con Mata (2001: fig. 4; Mata *et alii* 2001a: 77, fig. 1; Mata *et alii* 2001b: 311, fig. 1,1), incluiría la comarca de Utiel-Requena por completo, desbordándola hacia el norte, este y sur. Sus límites se han establecido, utilizando la técnica de los polígonos de Thiessen, a partir de su relación con los vecinos más próximos de similar categoría, para lo que se tenido en cuenta una serie de requerimientos indispensables, como su amplia cronología, tamaño superior a 8 ha, restos epigráficos y numismáticos relevantes, importaciones variadas, etc., considerando como tales los asentamientos de Cerro Viejo (Moya, Cuenca), al norte, *Edeta* (Llíria, Valencia) y La Carencia (Turís, Valencia), al este, El Castellar de Meca (Ayora, Valencia), al sur, e *Ikalesken*, que cabe localizar en Iniesta (Cuenca) (Ripollès 1999: 157), al oeste. La comarca, además, presentaría una personalidad propia a partir de la presencia de una serie de elementos característicos de la misma, entre los que se incluyen diversos materiales cerámicos y las monedas de la ceca de *Kelin* (Mata *et alii* 2001a: 78; Mata *et alii* 2001b: 312).

De acuerdo con este modelo, durante el Ibérico Pleno II (ss. IV-III a.C.) el territorio de *Kelin* estaría cubierto por diferentes fortificaciones en altura —en total 18— pertenecientes a diferentes categorías en función de sus tamaños: poblados grandes (entre 2,5 y 9 ha), entre los que incluyen, exclusivamente, El Collado de la Plata (= La Plaza de Sobrarias), en Aliaguilla, y La Atalaya II, en Chelva; poblados medianos (entre 0,5 y menos 2,5 ha), con varios ejemplos —El Molón entre ellos, según los autores—, y los de pequeñas dimensiones (inferiores a 0,5 ha). La tarea principal de todos ellos, aunque no la única (explotación agrícola y ganadera, trabajo del hierro, etc.), sería la defensa y

<sup>106</sup> Esta sería al menos la interpretación que para las fíbulas de jinete propone Almagro-Gorbea (1994-95: 13 s. y 19; Almagro-Gorbea y Torres 1999: 66 s.) y que cabe hacer extensible a los otros objetos citados.

<sup>107</sup> Untermann 1990: F.14.1, F.17.1-7; De Hoz 2001: 59 ss.; Lorrio 2001a: 24, fig. 4. Aunque se ha destacado que el topónimo *Kelin* sería ibérico (Mata *et al.* 2001: 79), para de Hoz (2001: 59, nota 17), carecemos de cualquier información etimológica al respecto.

control del territorio, ubicándose en las montañas periféricas de la comarca, dominando visualmente las tierras más fértiles y los pasos naturales de la comarca (Mata *et alii* 2001a: 82 s.; Mata *et alii* 2001b: 317 s.). El Cerro de la Peladilla, Fuenterrobles, se configura como el centro vertebrador de todas las visibilidades, comunicando las fortificaciones que ocuparían los extremos de la comarca con *Kelin*, aunque las situadas en los rebordes septentrionales, las de mayor entidad como hemos señalado, entre las que se situarían El Molón y La Plaza de Sobrarias, pero también las zonas circundantes, quedarían fuera de su control visual. Durante el Ibérico Final se observa una reorganización de las formas de control del territorio, reduciéndose el número de fortificaciones, que pasan a ser 9, aunque algunas de nueva planta surgen al parecer en este momento (Punto de Agua, en Benagéber, y Cerro Carpio, en Sinarcas), perdiéndose por tanto «gran parte del valor estratégico y del control visual sobre el territorio gestado en el periodo anterior» (MATA *et alii* 2001a: 85). A finales del siglo III a.C. la ciudad de *Kelin* sería destruida, aunque se recuperaría durante la centuria siguiente, llegando incluso a acuñar su propia moneda, para desaparecer, definitivamente, durante las guerras sertorianas (Mata 1991: 195; Ripollès 2001: 108 ss.).

Aunque parece fuera de toda duda el carácter urbano y el papel que, como lugar central, debió jugar el *oppidum* de Los Villares, creemos que está aún por determinar cuales fueron las relaciones entre este núcleo de población y el localizado en El Molón, y, por tanto, si su territorio rebasaría o no los límites de la actual comarca de Utiel-Requena. En este sentido, los datos aportados por El Molón, pueden resultar esclarecedores a la hora de delimitar el área de influencia de *Kelin* hacia el norte.

Ambos asentamientos coinciden en su larga ocupación, mayor incluso en el caso de El Molón, pues si ambos yacimientos parecen remontarse a un momento que cabe fechar *ca.* siglo VII a.C., ocupándose de forma ininterrumpida a lo largo del I milenio a. C. (Mata 1991: 187 ss.; Mata *et alii* 2001a: 78; Lorrio 2001b: 153), El Molón sobrevivió algunas décadas a la destrucción de *Kelin*, pues los materiales más modernos remiten a un momento ya de la segunda mitad del siglo I a.C., destacando el hallazgo de una moneda de *Kelse* correspondiente a la emisión pompeyana de los años 45-44 a. C. (Villaronga 1994: 224, nº 17).

Por sus dimensiones, en torno a 2,65 ha de perímetro amurallado, y en torno a 4 si incluimos un posible barrio extramuros, El Molón estaría entre los hábitats de mayor tamaño de la comarca, en cuyo reborde septentrional se localiza, al igual que los otros asentamientos de mayor entidad identificados en la zona, La Plaza de Sobrarias, en Aliaguilla, y Cabeza Moya, en Enguádanos (Navarro y Sandoval 1984). Tanto El Molón como La Plaza de Sobrarias ofrecen, asimismo, los sistemas defensivos más complejos de todo este

territorio, con potentes construcciones que implican un esfuerzo destacado por parte de sus respectivas comunidades, sin parangón entre las identificadas en los asentamientos de menor rango y que resultaría interesante comparar con el desarrollado en *Kelin*, que únicamente ha aportado alguna información sobre el trazado de la muralla o la posible existencia de una torre en la zona sur (Bonet 2006: 24). No está de más el recordar que las defensas de El Molón guardan estrecha relación con las identificadas en algunos *oppida* del interior valenciano, como El Pico de los Ajos y El Castellar de Meca (*vid. supra*) y que, como ha señalado Gracia (2006: 89), «la jerarquización del sistema ibérico indica que la defensa se concentraría en las capitales territoriales, centros de poder político y militar —y del prestigio que de ellos emana—, por lo que es en esos enclaves en los que deben buscarse trazos de poliorcética avanzada. En los asentamientos dependientes dicha complejidad no es necesaria por cuanto sus funciones específicas (control de una parte del territorio, atalaya de observación, residencias nobiliarias de segundo rango) no lo precisan.»

Además, los datos aportados por El Molón sobre su estructura urbanística, aunque escasos debido a la presencia en el yacimiento de importantes restos de época islámica que han alterado, a veces irremediablemente, las construcciones prerromanas, resultan suficientes para presentarnos un urbanismo complejo, con una zona residencial estructurada en torno a una calle central, ocupando la zona alta del poblado, y un ámbito donde se desarrollarían actividades de transformación de alimentos organizada en torno a una gran cisterna, en el extremo oriental del mismo. La recurrente presencia de aljibes o cisternas en El Molón —dos en diferentes sectores del poblado y la tercera junto al acceso principal, a extramuros—, cuya capacidad puede llegar a superar los 150.000 litros, parece sugerir un hábitat estable de cierta entidad acorde con las espectaculares defensas descritas, cuya erección, que se remonta a un momento indeterminado del siglo IV a.C., coincidió con una fuerte remodelación del hábitat. La presencia de escorias en la zona extramuros de la ladera sur, podría sugerir que este tipo de actividades pudieran haberse realizado fuera del recinto fortificado, modelo que podría encontrar su reflejo en el Cerro de la Peladilla, Fuenterrobles, poblado prerromano a extramuros del cual se recuperaron un conjunto de objetos (armas, lingotes, restos de mineral de hierro, etc.) que parecen sugerir la existencia de un posible taller de herrero (Lorrio *et alii* 1998-1999).

Por otra parte, no parece que los materiales considerados por Mata *et al.* (2001a: 78) «como propios de esta comarca», cuya presencia concede a este territorio «una personalidad propia», alcanzaran El Molón, pues resulta excepcional la presencia de recipientes de mesa con decoración impresa o con engobe rojo, faltando otros, como las monedas de *Kelin*, de circulación preferentemente local, pues su dispersión se li-

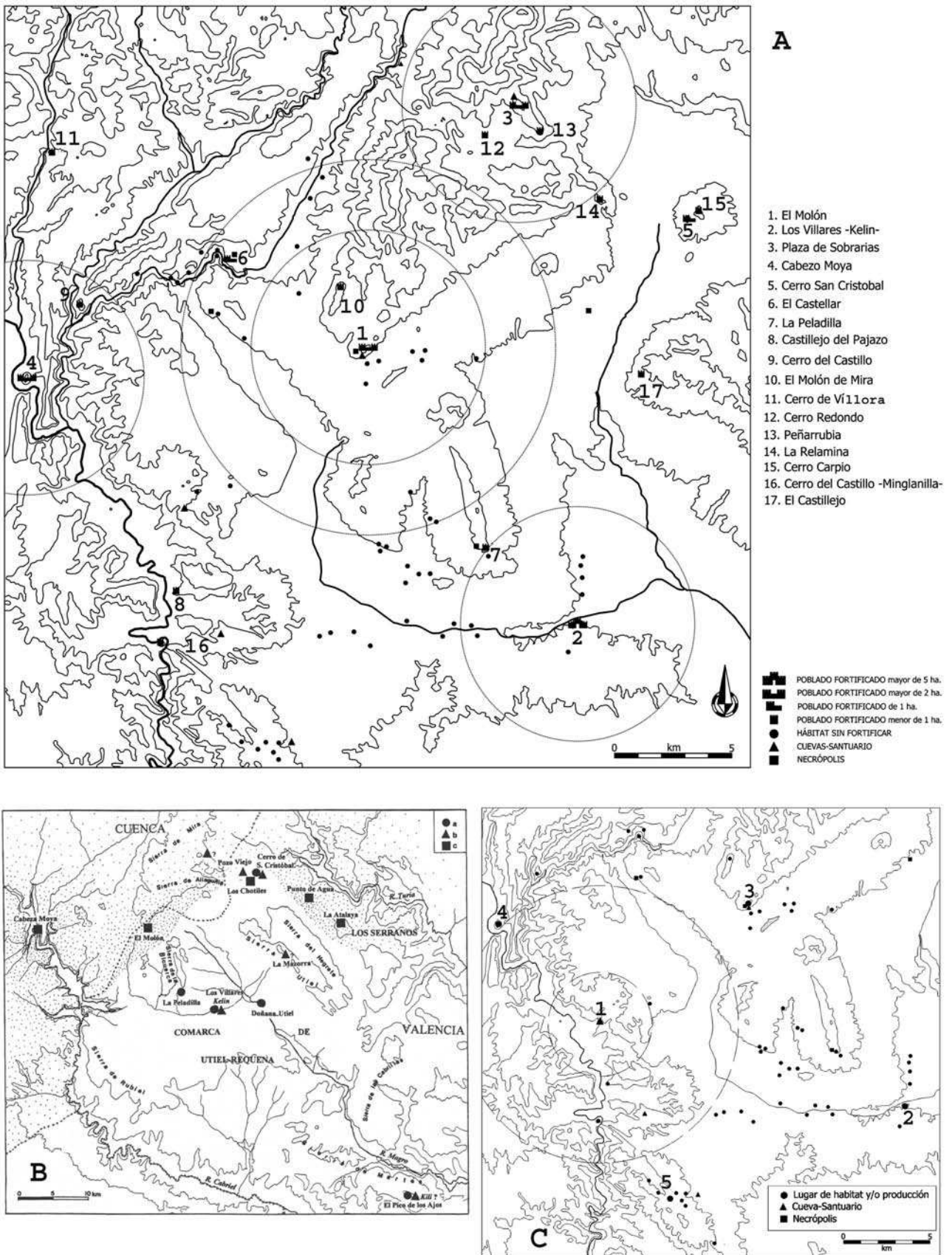


FIGURA 6.—A, distribución de las fortificaciones en la Baja Serranía conquesa y el noroeste de la comarca de Utiel-Requena (radios de 5 y 8 km); B, mapa de distribución de la moneda de Kelin (a), los documentos epigráficos en lengua ibérica (b) y los elementos celtibéricos de prestigio (puñales biglobulares, espadas de antenas y fíbulas zoomorfas) (c), en la comarca de Utiel-Requena y zonas limítrofes (a, según Ripollès 2001). C, La Cueva Santa y su territorio en la II Edad del Hierro, con los yacimientos más destacados: 1, Cueva Santa del Cabriel; 2, Kelín; 3, El Molón; 4, Cabeza Moya; 5, Moluengo. (C, según Lorrio et alii 2006).

mitó principalmente al propio *oppidum* de Los Villares y a algunos de los yacimientos de la comarca (Fig. 6.B.a), como La Peladilla de Fuenterrobles, El Cerro San Cristóbal (Sinarcas) y Doñana (Utiel), a los que hay que añadir los hallazgos de El Pico de los Ajos (Yátova) y Moraira (Alicante)- (Ripollès 2001: fig. 5), explicables por las relaciones con la costa. En cualquier caso, los hallazgos monetales de El Molón, relativamente abundantes y fechados entre mediados del siglo II e inicios de la segunda mitad del I a.C., contrastan con los datos procedentes de Los Villares<sup>108</sup>, al ofrecer una importante presencia de cecas celtibéricas y del valle del Ebro, minoritarias allí, y, por otra parte, estar ausentes las de *Kelin*, lo que quizás habría que relacionarlo con la presencia de materiales de raigambre celtibérica en la zona.

Además, la propuesta de Mata *et alii* (*vid. supra*) sobre la extensión del territorio de *Kelin* hacia el norte vendría de considerar su vecino más próximo de igual categoría al yacimiento de Cerro Viejo, en Moya, conocido a través de trabajos de prospección llevados a cabo por E. Marín (2004: 79, 92 y 94), para quien se trataría de un «lugar central», dadas su posición estratégica y sus importantes dimensiones, que la autora sitúa en torno a las 8 ha. No obstante, la ocupación prerromana parece concentrarse hacia el extremo noreste del cerro, donde se localizan dos posibles torres y un foso que delimitan un espacio de algo menos de 2 ha, localizándose en el resto otras estructuras que, por su técnica constructiva, podrían relacionarse más bien con una ocupación de época islámica, confirmada por los hallazgos cerámicos, aunque la presencia esporádica de cerámica de la Edad del Hierro en esa zona podría explicar la propuesta de Marín. En cualquier caso, la aplicación de la técnica de los polígonos de Thiessen en el caso que nos ocupa presenta algunas dificultades, no exclusivamente relacionadas con el hecho de que Cerro Viejo no corresponda al mismo rango que Los Villares, ya que no se tiene en cuenta aspectos como la diferente orografía del terreno, claramente abrupto en la zona de la Serranía conquense y preferentemente llano en la comarca de Utiel-Requena, la distinta organización territorial que parecen presentar ambos territorios, con núcleos de 2-4 ha en el primer caso y un gran lugar central en el segundo, y, finalmente, el hecho de estar ante zonas de diferente tradición cultural, celtibérica e ibérica, respectivamente.

### 3.1. Territorios políticos vs. territorios simbólicos: la Cueva Santa del Cabriel.

Un modelo diferente parece sugerir el estudio que recientemente hemos realizado sobre la Cueva Santa

del Cabriel (Mira, Cuenca), importante santuario prerromano localizado en la Serranía Baja de Cuenca, al noroeste de la comarca valenciana de Utiel-Requena (Lorrio *et alii* 2006). Se trata de una destacada cavidad que ofrece una larga ocupación que se extiende desde un momento avanzado del Calcolítico y el inicio de la Edad del Bronce hasta la actualidad, siendo posible lugar de enterramiento en sus etapas iniciales, cueva-santuario durante la Segunda Edad del Hierro, hasta llegar actualmente a ser una ermita cristiana.

La Cueva Santa del Cabriel, habría ejercido, entre la segunda mitad del siglo V a.C., perdurando de forma continua, al menos, hasta el II a.C., de centro aglutinador, desde un punto de vista simbólico, de un extenso territorio que englobaría el noroeste de la comarca de Utiel-Requena y las tierras limítrofes de la Baja Serranía conquense, por lo que cabría considerarla como un lugar de atracción y de culto colectivo de los poblados de alrededor, distribuidos en varios núcleos prácticamente equidistantes de la Cueva (Fig. 6.C). Destaca, sin duda, la práctica ausencia de poblamiento prerromano en el entorno más próximo de la cueva, lo que contrasta con los relativamente numerosos yacimientos localizados a partir de un radio de 9 km, en su mayoría asentamientos en llano de tamaño pequeño, aunque también se localice un número reducido de poblados fortificados en altura, que se concentran, hacia el NE, en torno a los humedales de Camporrobles, claramente jerarquizados por El Molón, con el que a su vez se relaciona una cueva-santuario (Moneo 2001); hacia el E-SE, en torno al curso alto del río Madre, territorio que cabe considerar jerarquizado por la presencia del *oppidum* de Los Villares (Mata 1991); y, hacia el S-SE, en las estribaciones orientales de la Sierra del Rubial, con una serie de yacimientos en llano localizados en el entorno del importante área artesanal del Moluengo, en cuyas proximidades se localiza una nueva cueva-santuario, la llamada Cueva Santa de Villargordo del Cabriel; al Norte se localiza el importante poblado de Cabeza Moya (Enguñados, Cuenca), conectado con la Comarca de Requena-Utiel a través del llamado Camino de Enguñados. El número de poblados que podían haber frecuentado la Cueva Santa debió ser aún mayor, sobre todo si tenemos en cuenta la atracción que cabría esperar respecto a los núcleos de población de la margen derecha del Cabriel, zona de la que existe mucha menor información, dada la ausencia de prospecciones sistemáticas.

Dicho modelo encontraría su correlato en una serie de fiestas y celebraciones todavía hoy vigentes, en las que el santuario aparece como *omphalós* o centro organizador del territorio y de las poblaciones en estructura radial, recientemente estudiadas por Fernández Nieto (1999), vinculándolas con antiguas tradiciones prerromanas de tipo céltico. Por su proximidad, destaca la fiesta del Santerón (Algarra, Cuenca), cuya celebración, tradicionalmente el lunes de Pentecostés, congrega a siete comunidades distintas del área nor-

<sup>108</sup> En relación con los hallazgos monetales de El Molón, a las colecciones superficiales publicadas (Ripollès y Gómez 1978: 210 s.; Ripollès 1985: 325 s. (Camporrobles), 338 (El Molón) y 340 (Los Villares del Molón)), los trabajos de excavación que desde la pasada década vienen desarrollándose en el yacimiento, han añadido una treintena de ejemplares. Sobre la moneda recuperada en Los Villares, véase Ripollès (2001: figs. 2 y 4).

oriental de la provincia de Cuenca y del Rincón de Ademuz (Valencia), situadas en un radio de entre 6-8 km, cuyo centro es la ermita del Santerón o de la Virgen de Santerón, localizada en un valle, en medio de una pradera. Para Fernández Nieto la voz *\*santeron* pudiera relacionarse con el céltico *\*santeros* «lugar que está en medio o en el centro de», siendo, por tanto, equivalente de *\*medionemeton*, esto es, el santuario que ocupa el centro, proponiendo interpretar algunas de las prácticas de la festividad actual como una reliquia de antiguos ritos celtibéricos (Fernández Nieto 1999: 191 y 194 ss.). De esta forma, Santerón habría sido el santuario común de 7 pequeños *oppida* celtibéricos, que integrarían una federación (Fernández Nieto 1999: 199), modelo que parece coincidir con el observado en la Cueva Santa, tanto por lo que respecta al panorama de la Edad del Hierro —aunque en el caso del Santerón carezcamos de información respecto de este periodo—, con el interés de estar documentada la presencia de elementos de cultura material de clara filiación celtibérica en la zona de estudio (*vid. supra*) como por lo observado en época moderna y contemporánea, pues la Cueva queda enmarcada en el centro de un territorio, pudiendo destacar el carácter aglutinador que ha tenido en épocas más o menos recientes, siendo durante mucho tiempo el nexo de unión de toda una comarca (Moya 1998: 21).

### 3.2. El Molón y sus territorio.

De acuerdo con lo visto, El Molón puede considerarse como un pequeño *oppidum* que debió jerarquizar un territorio que incluía las llanadas en torno a las lagunas hoy desecadas junto a las que se localiza la villa de Camporrobles (Fig. 1.B), junto a las cuales se localizan diferentes asentamientos dependientes relacionados con la explotación agrícola. Sus relaciones con los restantes *oppida* de la zona, principalmente con *Kelin*, no son fáciles de determinar, aunque como hemos podido comprobar no creemos que entre sus funciones prioritarias estuviera la de controlar su territorio como un puesto de vigía o un fortín, reproduciendo de esa forma en la comarca de Utiel-Requena el modelo propuesto para el territorio de *Edeta* (Bernabeu *et alii* 1987: 143 ss.; Bonet y Mata 1991: 26 ss.; Bonet 1995: 522 ss.; Bonet 2006: 14 ss.). El factor celtibérico sin duda debió influir en las relaciones entre ambos asentamientos, que en cualquier caso debieron variar a lo largo de su larga secuencia de ocupación, sobreviviendo El Molón algunas décadas tras la destrucción de *Kelin*.

El yacimiento de El Molón presenta un gran interés debido a su estratégica localización geográfica, en la zona de transición de la Meseta, las Serranías Ibéricas y el Levante, controlando el cruce de vías ganaderas que descendían de las Serranías de Cuenca y Albarracín hacia las zonas levantinas por el corredor de Utiel y Requena. Destacada es, igualmente, su dominio visual, sobre un extenso territorio que supera los

20 km en buena parte de su perímetro, que sería mayor si tenemos en cuenta que su inconfundible silueta es reconocible desde puntos aún más alejados, aunque, sobre todo hacia el N-NW y, en menor medida, el SE, las estribaciones de la Sierra de Mira y la Sierra de la Bicuerca, respectivamente, limiten dicha visibilidad. En cualquier caso, el control visual sobre el entorno inmediato es completo (Fig. 7.A.1), dominando las tierras agrícolas próximas, destacando la zona lagunar de Camporrobles (Fig. 1), la Sierra de la Bicuerca y Las Hoyas hacia el mediodía, mientras que hacia el N-NW es más limitado, reduciéndose, en parte, al Barranco de Cañas Frías, localizado entre el cerro de El Molón y la llamada Sierra de los Molones, que constituyen la vertiente más occidental de la Sierra de Mira.

En este entorno más próximo del El Molón, de unos 5 km en redondo (Figs. 6.A y C), hemos identificado un buen número de asentamientos en llano con superficies siempre inferiores a 1 ha, aunque sólo uno fortificado en altura, localizado hacia el norte, justamente en la zona de menor visibilidad del *oppidum*, relacionándose, por tanto, con la protección del territorio jerarquizado por El Molón. Se trata de El Molón II (Figs. 6.A y 7.B), un pequeño asentamiento fortificado situado en las estribaciones de la Sierra de Mira, que constituye el principal accidente geográfico de la zona, claramente vinculado con su homónimo valenciano, como demuestra su proximidad, estando separados tan sólo por 2,7 km en línea recta, y similar cronología, tanto por lo que respecta a época prerromana como medieval, lo que confirma la interrelación entre ambos lugares, claramente complementarios desde el punto de vista estratégico, pues controla la zona de vacío visual más destacada del *oppidum* (Fig. 7.A.2). Su perímetro amurallado cubre una superficie de 7.300 m<sup>2</sup>, a lo que habría que añadir una posible zona de expansión, a extramuros, de 500 m<sup>2</sup>. El yacimiento se sitúa en la cima de la cresta montañosa delimitado por los cortados y un lienzo amurallado, conservado allí donde la pendiente se torna menos escarpada. Presenta un excelente dominio visual de todo el valle de Mira y la cima de La Muela, hacia el norte, los llanos que se extienden hacia el oeste y el sur, y el valle de Cañas Frías (a través del cual se comunica con El Molón de Camporrobles), hacia el sureste; tiene visión, igualmente, sobre gran parte de la zona meridional de la Serranía de Cuenca y control sobre las vías de comunicación entre la Serranía y los llanos de la meseta de Utiel-Requena.

Algo más alejado, a unos 7,75 km hacia el noroeste, se localiza el segundo poblado fortificado hallado en el entorno de El Molón. Se trata de El Catellar (Mira, Cuenca), ubicado en las agrestes márgenes del río de Mira, más allá de los llanos ubicados en torno a La Cañada de Mira que definen un corredor que conecta las zonas serranas conquenses con los llanos valencianos de la meseta de Utiel-Requena (Figs. 6.A y 7.C). El asentamiento de la Edad del Hierro, cuyo recinto amura-



llado cubre una extensión de 6.000 m<sup>2</sup>, se organiza en la vertiente sureste del cerro, ocupando también la cima rocosa, como demuestran la gran cantidad de estructuras rupestres, algunas, con seguridad de época romana. El crestón rocoso sirve de defensa noroccidental, mientras que la vertiente habitada está delimitada por una muralla, que aterriza el terreno, salvando así la acentuada pendiente. Bien comunicado a través de los pasos que forma el río de Mira, que discurre a sus pies, y de forma aceptable hacia el norte remontando los desniveles que socavan las ramblas y arroyos de la zona hacia la meseta de La Muela (961 m s.n.m.), ofrece un excelente dominio visual de la hoz que pasa a sus pies y de parte del valle de Hoya Hermoso, lo que explicaría su emplazamiento, ocupando una posición claramente deprimida respecto a las elevaciones que rodean el enclave. Destaca la intervisibilidad con el *oppidum* de El Molón, cuya silueta se recorta entre las crestas rocosas que rodean el lugar hacia el sureste.

### 3.3. Otros ejemplos: el caso de La Plaza de Sobrarias.

El modelo «Molón», lo encontramos en La Plaza de Sobrarias (Figs. 6,A y 7,D), *oppidum* dotado de potentes defensas que jerarquizaría el territorio localizado hacia el noreste de la zona descrita, donde se localiza la Sierra de Aliaguilla, que delimita por el sur el amplio valle del mismo nombre, controlándolo mediante núcleos dependientes de menor entidad, igualmente fortificados. Este valle constituye un conjunto de pequeños arroyos que moldean el terreno, formando suaves colinas y cabezos, en un entorno de pequeñas vegas agrícolas. La Plaza de Sobrarias, con una superficie en torno a las 4 ha, es el poblado más importante de esta zona, en el que destaca su potente muralla con torres adosadas, foso y terraplén. Se localiza en la cima amesetada del promontorio que cierra el valle por el noreste. Ofrece de planta subtriangular, estando rodeado en tres de sus lados por fuertes escarpes rocosos, mientras que el restante, el norte, presenta una suave pendiente, por lo que fue necesario levantar un potente sistema defensivo en esa zona. Consta de una muralla de 156 m de largo con una anchura media que ronda los 3 m, a la que se le adosan un conjunto de bastiones de disposición más o menos equidistante, que flanquean y protegen los accesos, abiertos en el paramento de la muralla. El más septentrional es de planta rectangular (6'5 x 5'5 m) y constituye un refuerzo en la esquina de la muralla. A continuación, a unos 18 m, un bastión rectangular de mayores dimensiones (15,6 x 15,4 m) defendería la puerta norte, una simple interrupción del paño, situada en un pasillo de 15 m de largo por 2,5 de ancho, junto otro similar, aunque de planta ligeramente ovalada (15,5 x 11,6 m), situado inmediatamente al sur. La zona central aparece defendida por otros dos bastiones; a unos 8 m encontramos el primero, una estructura de planta ovalada adosada a la muralla, de 13 m de anchura por 18 m de longitud, que sirve de apoyo

a otro cuerpo semejante pero de menores dimensiones (13 x 10 m). A los lados se adosan sendos paramentos a modo de contrafuertes (11 x 1,7 m, el oriental y 9 x 4 m, el occidental). A continuación se abre un acceso, algo sobreelevado y con una ligera rampa, de época indeterminada, de 2,26 m de anchura. El segundo bastión presenta una base ovalada de 17 m de ancho por 15 de longitud sobre el que apoya un cuerpo superior de menores dimensiones (13 x 9 m) y al que a su vez se adosan paramentos de tendencia curva a modo de contrafuertes. Un portillo, de 2,6 m de anchura, se abre a continuación flanqueado, ya en la parte interior del poblado, por dos muros (5,4 x 2 el E y 7 x 1,5 el W) que forman un pequeño quiebro. Finalmente, en el extremo meridional, sendos bastiones de planta elipsoidal flanquean la puerta sur, a la que se accede por un pasillo de 17,2 m de largo y 3 de ancho. El primero mide 11,23 m de anchura máxima por 11,7 m de longitud, mientras que el último está compuesto por una base, de 9,7 m de ancho por 17,37 de largo, a la que se superpone otro cuerpo de proporciones menores (12,3 x 7,4 m). El conjunto está construido con lajas de piedra arenisca de tono rojizo, conocida como rodano, trabadas en seco formando hiladas regulares, cuyos derrumbes otorgan una gran espectacularidad al conjunto. Las lajas son de grandes dimensiones guardando proporciones uniformes. A una distancia que oscila entre 8 y 13 m, hacia el oeste, discurre un foso excavado en la roca, con una longitud de más de 80 m, extendiéndose entre ambas puertas, aunque rebasando la septentrional, y una anchura que varía entre 5 y casi 9 m y una profundidad de unos 2 m, debido a que se encuentra parcialmente colmatado. Por delante, y con trazado paralelo al foso, se localiza un terraplén. El material recuperado es muy escaso y poco significativo remitiendo, en general, a la Segunda Edad del Hierro, con noticias sobre el hallazgo de monedas prerromanas, reocupándose, como El Molón, en la Alta Edad Media.

El control visual de La Plaza de Sobrarias sobre el entorno más inmediato es evidente, a excepción de la zona oeste, lo que debió «corregirse» mediante sendos emplazamientos de pequeño tamaño, lo que permite su interpretación como recintos esencialmente defensivos (Fig. 6.A). Las prospecciones que hemos llevado a cabo en el término municipal de Aliaguilla han permitido identificar diferentes núcleos fortificados, algunos de muy reducidas dimensiones y excelente control visual, aunque otros, justamente los localizados en el centro del valle, mayores, aunque siempre con superficies inferiores a 1 ha, todos ellos fortificados. Aunque los materiales recuperados en algunos de estos lugares no sean especialmente significativos, parece segura su contemporaneidad a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, por más que alguno llegue a alcanzar cuanto menos el siglo II a.C., como el caso de La Plaza de Sobrarias, lo que supone un modelo diferente del identificado en El Molón, donde están ausentes este tipo de lugares.

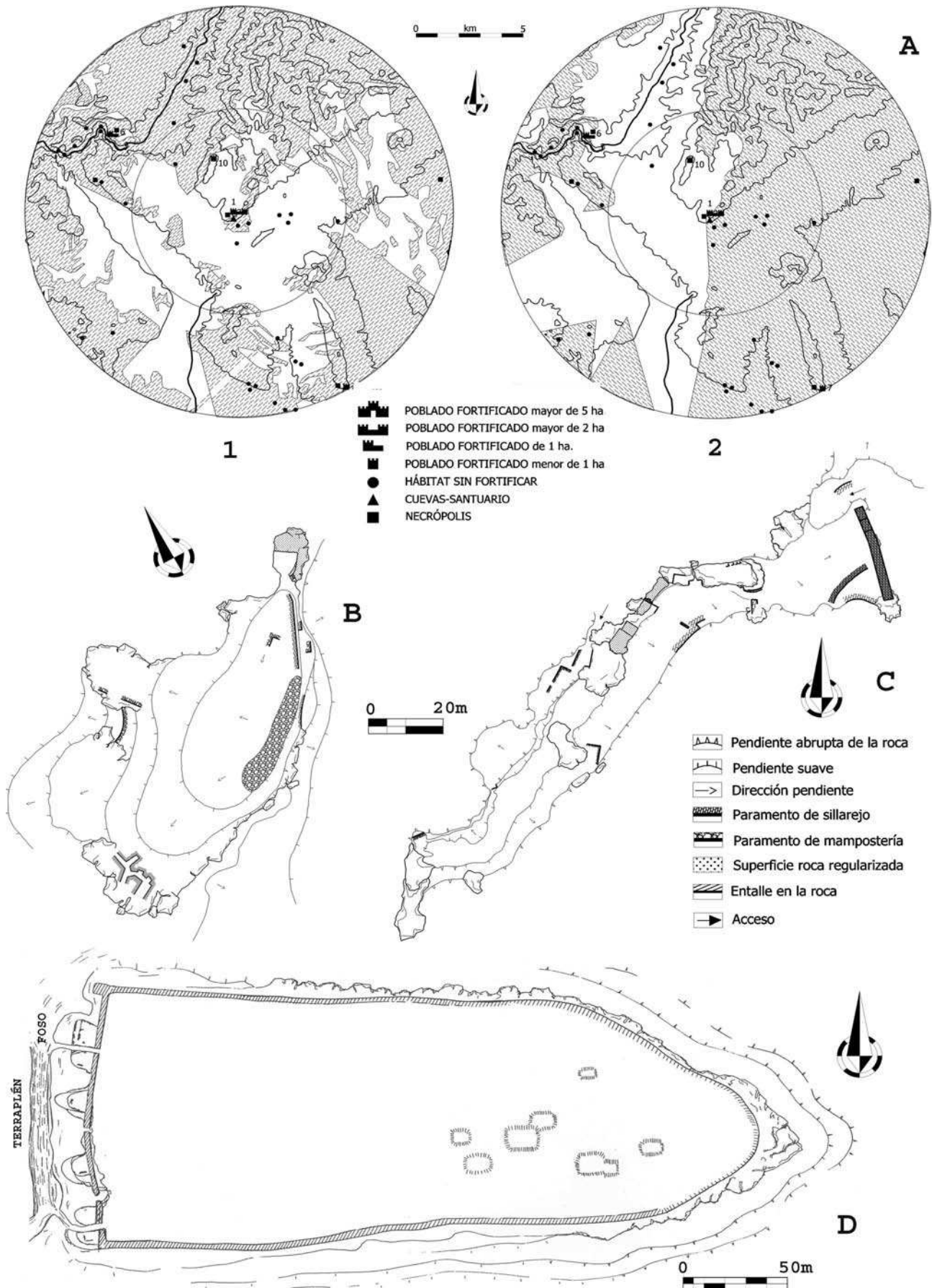


FIGURA 7.—A, campo del dominio visual de El Molón (1) y El Molón II (2), en un radio de 10 km. Planta de los poblados de El Molón II (B) y El Castellar (C), en el entorno de El Molón. D, La Plaza de Sobrarías.

## 4. CONCLUSIONES

El poblado de El Molón, puede considerarse como uno de los asentamientos prerromanos más destacados del reborde suroriental de la Meseta, en lo que puede considerarse como una franja de contacto entre la cultura ibérica, cuya fuerte implantación en la comarca de Utiel-Requena queda patente en una serie de elementos epigráficos en lengua ibérica, como la estela de Sinarcas o las inscripciones sobre plomo de Los Villares, y la celtibérica, con piezas tan genuinas como los puñales biglobulares o las fíbulas zoomorfas, entre las que destaca algún ejemplar de caballito con jinete, procedentes de las tierras del sureste de Cuenca, en torno a la Sierra de Mira, así como en las comarcas valencianas de Utiel-Requena y Los Serranos, influjos que alcanzarían el interfluvio Júcar-Cabriel, como confirma el reciente hallazgo de una inscripción celtibérica sobre plomo procedente de este territorio. El carácter transicional de este espacio de frontera entre las culturas ibérica y celtibérica, se pone de manifiesto, igualmente, en su diferente organización territorial, con las zonas llanas del centro de la comarca de Utiel-Requena gravitando en torno al importante *oppidum* de *Kelin*, y las áreas serranas con un sistema menos desarrollado, con núcleos de 2-4 ha jerarquizando pequeños territorios a su alrededor, como sería el caso de El Molón, La Plaza de Sobrarias o Cabeza Moya.

De esta forma, El Molón puede interpretarse como un *oppidum* que controlaría parte del territorio entre la Baja Serranía conquense y el extremo noroccidental de la comarca valenciana de Utiel-Requena, destacando por su estratégica localización geográfica, en la zona de transición de la Meseta, las Serranías Ibéricas y el Levante, y su larga secuencia de ocupación, entre el siglo VII y la segunda mitad del I a.C.

Las estructuras más espectaculares corresponden a las fortificaciones que complementan la gran defensa natural del lugar, destacando una muralla longitudinal muy bien conservada por el Norte y el Oeste, aunque lo más peculiar sea su sistema de fortificación, ampliamente documentado por la Península Ibérica, en el que se asocia un foso a una barbacana y a un torreón rectangular interno, defendiendo el istmo o punto de mayor peligrosidad, lo que constituye una inspiración en fortificaciones helenísticas como el famoso Euryalo de Siracusa. Igualmente interesantes son las defensas de la puerta principal de acceso al poblado, flanqueada por sendas torres, de las que en la actualidad no quedan prácticamente restos, en lo que se ha interpretado como una remodelación tardía de la construcción original, mucho más sencilla, con destacados ejemplos en tierras valencianas, como El Castellar de Meca, con el que El Molón guarda notables semejanzas.

## 5. BIBLIOGRAFIA

- ADAM, J. P., 1982: *L'architecture militaire grecque*, Paris.
- ALFARO, M., 1991: «El sistema defensivo de la puerta de entrada a la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia)». *Fortificacions: la problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*, Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990), Manresa: 147-152.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1994-1995: «Fíbulas de jinete y de caballito en Extremadura. Aportación a la «celtiberización» de la Lusitania», *Anas*, 7-8: 9-20.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; GÓMEZ, R.; LORRIO, A.J. Y MONEO, T. 1996: «El poblado ibérico de El Molón», *Revista de Arqueología*, 181: 8-17.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO, A. J., 1989: *Segóbriga III. La Muralla Norte y la Puerta Principal. Campañas 1986-1987*, Arqueología Conquense, IX, Cuenca.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; TORRES, M., 1999: *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.
- ÁLVAREZ, R.; BATISTA, R.; MOLIST, N.; ROVIRA, J., 1991: «La muralla del Bronce Final i època ibèrica d'Olèrdola (Olèrdola, Alt Penedès)», *Fortificacions: la problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990), Manresa: 153-158.
- ARCELIN, P.; DEDET, B., 1985: «Les enceintes protohistoriques du Midi Méditerranée des origines à la fin du IIème s.av. J.C.». *Les enceintes protohistoriques de la Gaule Méridionale*, Caveirat: 11-37.
- ASENSIO, J.A., 1995: *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón*, Zaragoza.
- BERNABEU, J. BONET, H.; MATA, C., 1987: «Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en época Ibérica Plena: el ejemplo del territorio de Edeta/Llíria», en Ruiz, A. y Molinos, M., coords. *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985)*, Jaén: 137-156.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: «La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica», *Gladius*, XXIV: 27-98.
- BONET, H., 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio*, Valencia.
- BONET, H., 2006: «Tres modelos de arquitectura defensiva y protección del territorio. Edeta, Kevin y la Bastida de Les Alcuses», en Oliver, A, coord., *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*, Castelló de la Plana: 13-46.
- BONET, H.; MATA, C., 1991: «Las fortificaciones ibéricas en la zona central del País Valenciano». *Fortificacions: la problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*, Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica. (Manresa 1990), Manresa: 11-35.

- BRONCANO, S., 1986: *El Castellar de Meca. Ayora (Valencia), Textos*. Excavaciones Arqueológicas en España, 147, Madrid.
- BRONCANO, S.; ALFARO, M. M., 1990: *Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 162, Madrid.
- BRONCANO, S.; ALFARO, M.M., 1997: *Los accesos a la ciudad ibérica de Meca mediante sus caminos de ruedas, Serie de Trabajos Varios del S.I.P.* 92, Valencia.
- DE HOZ, J., 2001: «La lengua de los íberos y los documentos epigráficos en la Comarca de Requena-Utiel», en Lorrio, A.J., ed., *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia), Anejo a la revista Lucentum* 4, Alicante: 49-62.
- DE LA PINTA, J.L.; ROVIRA, J.; GÓMEZ, R., 1987-88: «Yacimientos arqueológicos de Camporrobles (Plana de Utiel, Valencia) y áreas cercanas: una zona de contacto entre la Meseta y las áreas costeras», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*. 13: 291-331.
- FERNÁNDEZ NIETO, F.J., 1999: «La federación celtibérica de Santerón», en Villar, F. y Beltrán, F., eds., *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana, Actas del VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Zaragoza, 1997)*, Salamanca: 183-201.
- GRACIA, F., 2000: «Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas», *Gladius*, XX: 131-170.
- GRACIA, F., 2006: «Las fortificaciones ibéricas. Análisis poliorcético y concepto de su empleo táctico en la guerra de sitio», en Oliver, A, coord., *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*, Castelló de la Plana: 63-122.
- GÓMEZ, R., 2001: *Camporrobles. Imágenes para el recuerdo*, Utiel.
- DÍES, E., 1991: «Funcionalidad de las torres en las fortificaciones del Camp del Turia (Valencia): Defensa, vigilancia y señales». *Fortificacions: la problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. *Símposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990)*, Manresa: 171-178.
- DÍES, E.; GIMENO, L., 1995: «El sistema defensivo de la zona SE del yacimiento ibérico del Pico de los Ajos (Yátova, Valencia)», *Saguntum*, 29: 85-91.
- GARLAN, Y., 1972: *La guerre dans l'antiquité*, Paris.
- GARLAN, Y., 1974: *Recherches de Poliorcétique Grecque*, Paris.
- GRACIA, F., MUNILLA, G.; PALLARES, R., 1988: «Les darreres campanyes d'excavacions al poblat ibèric de la Moleta del Remei (Alcanar, Montsià)», *Tribuna d'Arqueologia* 1987-1988: 145-151.
- GUERIN, P.; BONET, H., 1993: «Un dispositivo de entrada en el poblado ibérico del Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia)», *Homenatge a Miquel Taradell*. Barcelona: 449-462.
- LORRIO, A. J., 1999: «Elementos para la delimitación de la Celtiberia Meridional», en Villar, F. y Beltrán, F., eds., *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana. VII Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Zaragoza 1997)*, Salamanca: 258-267.
- LORRIO, A. J., 2001a: «La arqueología ibérica en la comarca de Requena-Utiel: análisis historiográfico», en Lorrio, A.J. ed., *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia)*. Anejo a la revista *Lucentum* 4, Alicante: 151-170.
- LORRIO, A. J., 2001b: «El poblado y la necrópolis de El Molón (Camporrobles, Valencia)», en Lorrio, A.J. ed., *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia)*. Anejo a la revista *Lucentum* 4, Alicante: 151-170.
- LORRIO, A., 2005: *Los Celtíberos (2ª edición ampliada y actualizada)*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 25, Complutum Extra 7, Madrid.
- LORRIO, A.J., ALMAGRO-GORBEA, M.; MONEO, T., 1999: «El sistema defensivo del poblado de El Molón», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena 1997)*, vol. 3, Murcia: 307-316.
- LORRIO, A. J., MONEO, T., MOYA, F., PERNAS, S.; SÁNCHEZ DE PRADO, M.ª D., 2006: «La Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca): Lugar de culto antiguo y ermita cristiana», *Complutum*, 17: 45-80.
- LORRIO, A.J., ROVIRA, S.; GAGO, F., 1998-1999: «Una falcata damasquinada procedente de La Plana de Utiel (Valencia)», *Lucentum*, XVII-XVIII [2001]: 149-161.
- LORRIO, A.J.; SÁNCHEZ DE PRADO, M.ª D., 2004: «El Molón (Camporrobles, Valencia)», *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes* (<http://www.cervantesvirtual.com/portal/Antigua/monograficos.shtml>).
- LORRIO, A.J.; SÁNCHEZ DE PRADO, M.ª D., 2004: «La mezquita y el *hishn* de El Molón (Camporrobles, Valencia)», *II Jornades d'Arqueologia Medieval (Petrer-Novelda 2003)*. *De la medina a la vila*, Alicante: 139-166.
- LORRIO, A. J.; VELAZA, J., 2005: «La primera inscripción celtibérica sobre plomo», en Beltrán, F., Jordán, C. y Velaza, J. eds., *Acta Palaeohispanica IX, Actas del IX Coloquio Internacional sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Barcelona, 2004)*, Zaragoza: 1031-1048 (= Paleohispánica, 5).
- QUESADA, F. 1994: «Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado», en Vaquerizo, D. (coord.), *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica*, Córdoba: 191-246.
- QUESADA, F. 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum, 3, 2 vol., Montagnac.
- MARÍN, E., 2004: «Una hipótesis sobre la organización del territorio en época ibérica en la cuenca del río Algarra», *Saguntum*, 36: 77-96.

- MATA, C., 1991: *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la Cultura Ibérica, Serie de Trabajos Varios del S.I.P.* 88, Valencia.
- MATA, C., 2001: «Límites y fronteras en Edetania», *Archivo de Prehistoria Levantina* XXIV: 243-272.
- MATA, C., DUARTE, F. X., FERRER, M. A., GARIBO, J.; VALOR, J. P., 2001a: «Kelin (Caudete de las Fuentes, València) y su territorio», en Lorrio, A.J. ed., *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Anejo a la revista *Lvcentvm*, 4, Alicante: 75-88.
- MATA, C., VIDAL, F. X., DUARTE, F. X., FERRER, M. A., GARIBO, J.; VALOR, J. P., 2001b: «Aproximació a l'organició del territori de Kelin». *Territori polític y territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*. Monografies d'Ullastret, 2: 309-326.
- MENA, P., VELASCO, F.; GRAS, R., 1988: «La ciudad de Fosos de Bayona (Huete, Cuenca): Datos de las dos últimas campañas de excavación», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real 1985)*, tomo IV, Ciudad Real: 183-190.
- MOLIST, N.; ROVIRA, J., 1991: «La fortificació ibèrica del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)». *Fortificacions: la problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*, Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990), Manresa: 249-264.
- MOLIST, N.; ROVIRA, J., 1993: «L'“oppidum” ausetà del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)», *Empúries*, 48-50, vol. II: 122-141.
- MONEO, T., 2001: «La posible cueva-santuario de El Molón (Camporrobles, Valencia)», en Lorrio, A.J., ed., *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia)*, Anejo a la revista *Lvcentvm*, 4, Alicante: 171-182.
- MORET, P., 1996: *Les Fortifications Ibériques de la Fin de l'Âge du Bronze à la Conquête Romaine*, Madrid.
- MOYA, F. (1998): *La Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca). Aproximación a la evolución histórico-religiosa del Santuario y de la imagen allí venerada*. Ayuntamiento de Fuenterrobles, Utiel.
- NAVARRO, J.; SANDOVAL, C.-H., 1984: «Cabeza Moya (Enguádanos, Cuenca). Primera y segunda campañas. Años 1980 y 1981», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19: 199-269.
- PALLARÉS, R., 1983-4: «El sistema defensivo frontal del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre», *Pyrenae*, 19-20: 113-125.
- PALLARÉS, R. 1986: «Dos elements de filiació grega del segle IV a.C. a l'assentament ibèric del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre, 6è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (Puigcerdà, 1984)», Puigcerdà: 281-288.
- PALLARÉS, R.; GRACIA, F.; MUNILLA, G. (1986): «El poblado ibérico de La Moleta del Remei», *Revista de Arqueología* 59, pp. 27-35.
- RIPOLLÈS, P. P., 1985: «Hallazgos Numismáticos. 1984», *Saguntum*, 19: 319-356.
- RIPOLLÈS, P. P., 1999: «De nuevo sobre la localización de *ikalen(n)skén*», en Valero, M.A. coord., *Ias Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta 1997)*, Toledo: 145-168.
- RIPOLLÈS, P. P., 2001: «Historia monetaria de la ciudad ibérica de Kelin», en Lorrio, A.J. ed., *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia)*. Anejo a la revista *Lucentum* 4, Alicante: 105-115.
- RIPOLLÈS, P. P.; GÓMEZ, R., 1978: «Hallazgos numismáticos en Camporrobles», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV: 209-215.
- SANMARTI, J.; SANTACANA, J., 1991a: «Les fortificacions ibèriques de la Catalunya central i Costanera». *Fortificacions: la problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990), Manresa: 127-144.
- SANMARTI, J.; SANTACANA, J., 1991b: «El sistema defensiu del poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès, Tarragona)». *Fortificacions: la problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa 1990), Manresa: 329-335.
- TREZINY, H., 1986: «Les techniques grecques des fortification et leur diffusion à la périphérie du monde grec d'Occident». *La fortification dans l'histoire du monde grec. Actes du I Colloque International dans l'Histoire politique, culturelle et sociale du monde grec*, (Valbonne, 1982), Paris: 185-200.
- TREZINY, H., 1996: «L'architettura militare greca in Occidente», en *I Greci in Occidente*, Milano: 347-352.
- UNTERMANN, J., 1990: *Monumenta Linguarum Hispanicarum III. Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden.
- UROZ, J.; MÁRQUEZ, J. C., 2002: «La puerta norte de Libisosa y su contexto arqueológico», *Segundo Congreso de Historia de Albacete*. vol. I, Albacete: 239-244.
- VILLARONGA, L., 1994: *Corpus Nummum Hispaniae Ante Augusti Aetaten*, Madrid.

# EL POBLADO FORTIFICADO DE LA MESA DE MIRANDA (CHAMARTÍN, ÁVILA) Y SU RELACIÓN CON EL POBLAMIENTO PRERROMANO DEL VALLE AMBLÉS

JESÚS ÁLVAREZ-SANCHÍS  
*Universidad Complutense de Madrid*

## ABSTRACT

*The emergence of large fortified settlements, known as oppida in temperate Europe at the beginning of the 2nd century B.C., has traditionally been regarded as the first appearance of cities in the parts of the continent where they appear. As in other areas of temperate Europe, there were probably substantial differences between them, in terms of geographical setting, size, form, function and chronology. In this paper we shall present the most significant results of the work undertaken at the La Mesa de Miranda site (Chamartín, Avila). In doing so we shall look at three aspects: the internal configuration of the settlement and its architecture, the sociological interpretation of the cemetery and the regional pattern of settlement of which the site forms part. These three aspects point towards a new model of social and settlement organization of the indigenous world of the Late Iron Age on the Meseta. This model was the result of internal economic, social and political processes within the Meseta communities of the Iron Age, and it is a completely new phenomenon in the recent Prehistory of the region.*

## RESUMEN

*La emergencia de grandes centros fortificados, conocidos como oppida en la Europa Templada a comienzos del siglo II a.C., ha sido tradicionalmente considerada como la primera aparición de ciudades en estas regiones del continente. Pero los oppida no constituyen una categoría analítica útil ya que difieren mucho en tamaño, forma, función y cronología. En este trabajo me gustaría explorar el alcance y el significado del poblado fortificado de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila), abordando para ello una cuestión que me parece relevante en el contexto de los oppida a finales de la Edad del Hierro, como es la conflictividad social de la época. Para ello me fijaré fundamentalmente en tres aspectos: (1) la organización interna del asentamiento y su arquitectura defensiva, (2) la interpretación sociológica del cementerio y (3) el patrón de poblamiento regional en el que se incluye el sitio. Estos rasgos apuntan hacia un modelo de organización «urbana», al menos desde la perspectiva del mundo indígena de finales de la Edad del Hierro en la Meseta occidental.*

## 1. INTRODUCCIÓN

En los dos siglos previos al cambio de Era, se desarrollaron en Europa grandes centros fortificados y en este período quedaron fijados muchos de los modelos sociales y económicos que caracterizarían la cultura europea hasta el final del medievo (Wells 2002: 365 ss.). El desarrollo de estas comunidades se vio beneficiado de las crecientes necesidades que tenía Roma de metales, materias primas y esclavos. Con todo, la inmensa mayoría de las personas vivía en pequeñas aldeas, trabajando las tierras del entorno y los *oppida*, nombre que reciben estos grandes centros (Buchenschutz 1988; Collis 1995), fueron realmente excepcionales.

Las investigaciones llevadas a cabo en el interior de estos centros siguen siendo muy escasas y a menudo resulta difícil precisar su evolución. No todos los *oppida* fueron fundaciones contemporáneas de la conquista romana. Las fuentes clásicas mencionan la existencia de grandes centros indígenas en el siglo II a.C. y esto ya nos está dando una *data antequam* para su construcción (Almagro-Gorbea y Lorrio 1991), por lo que es posible rastrear sus antecedentes desde algo antes. La documentación arqueológica demuestra la existencia de asentamientos que ya eran centros importantes en los siglos IV y III a.C. e implican que el comercio interregional ya era un factor básico en la época (Álvarez-Sanchís 2003: 40 ss. y 2006). La interpretación de los

*oppida* ha sido y es controvertida, ya que las hipótesis explicativas se mueven en distintas direcciones (Woolf 1993; Wells 2002: 370-372). Una cuestión importante en el estudio de los asentamientos fortificados es valorar la organización socio-económica de estos centros y reconocer, en qué medida, el impacto romano condicionó sus pautas de desarrollo.

En este trabajo me gustaría explorar el alcance y el significado del poblado fortificado de La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila), abordando para ello una cuestión que me parece relevante en el contexto de los *oppida* a finales de la Edad del Hierro, como es la conflictividad social de la época. Empezaré primero con una descripción y valoración de la evidencia que conocemos.

## 2. EL CASTRO DE LA MESA DE MIRANDA

La Mesa de Miranda es un extenso cerro amesetado y escarpado, ubicado estratégicamente en la confluencia de los ríos Matapeces y Rihondo, a 1145 m de altitud y a 22 km de Ávila. Domina desde lo alto un extenso territorio, que limita al norte con las tierras llanas y agrícolas del valle del Duero, y al sur con las primeras estribaciones de la Sierra de Ávila, un paisaje caracterizado por la aparición de grandes canchales graníticos y tierras de pastos, lo que ha servido para resaltar el carácter ganadero de las poblaciones de la Edad del Hierro asentadas en la zona.

Es uno de los grandes *oppida* vettones de la Meseta occidental (Álvarez-Sanchís 1993: 269-272 y 1999: 113 ss.). Fue descubierto en 1930 y excavado por J. Cabré, A. Molinero y M<sup>a</sup>. E. Cabré entre 1932 y 1945. Los trabajos arqueológicos se centraron fundamentalmente en su famosa necrópolis, conocida como La Osera, y en parte de las murallas (Molinero 1933; Cabré *et al.* 1950). En el interior del poblado las excavaciones se limitaron a tres viviendas y a la recogida de materiales de superficie que revelaron una densa ocupación, con abundantes restos de cerámica común e importada -cerámica fina de Campania-, piedras de molino y fragmentos de hueso, bronce e hierro. Mucho tiempo después se han llevado a cabo puntuales investigaciones (Martín Valls 1986-87; Álvarez-Sanchís 1993: 269-272) y trabajos de puesta en valor (Fabián 2004: 27-29, 2005 y 2006: 62 ss.).

El sistema defensivo del castro implicó un estudio exhaustivo de las posibilidades del terreno. La topografía abrupta en torno al yacimiento constituye una protección natural de primer orden. Sin embargo por el sur no hay protección, lo cual implica dos hechos fundamentales, (1) que el acceso principal en condiciones normales se hacía por este lado y (2) que eso mismo exigía crear un sistema defensivo de mucha mayor envergadura, como en realidad se hizo.

El yacimiento conserva una espectacular arquitectura defensiva. Está protegido por una muralla de piedra

de más de 2,8 km, dividida en tres recintos yuxtapuestos con torres y bastiones que encierran una superficie de casi 30 hectáreas. La diferente factura de la muralla en cada uno de los recintos hace pensar que no sean contemporáneos entre sí. La secuencia temporal parece haber sido la misma que el orden tradicional de denominación: los dos primeros recintos se levantaron en el transcurso de los siglos IV y III a.C., en correspondencia con la cronología aportada por los ajuares de la necrópolis (Álvarez-Sanchís 1999: 161). A éstos se adosaría un tercero, cuyas defensas debieron ser proporcionales a la inestabilidad de la época. Invasión un sector del cementerio, habiendo sido relacionado con las guerras de la conquista romana (siglos II-I a.C.).

### 1. El primer recinto:

El primer recinto es el más antiguo y limita el yacimiento por el norte. Tiene una superficie de unas 11,5 hectáreas y forma aproximadamente rectangular. Es el mayor del castro y queda separado del segundo recinto mediante una muralla transversal con dos entradas en embudo, flanqueadas a su vez por grandes bastiones de planta circular. Una de las puertas, la oriental, fue inutilizada y cegada en un momento impreciso de la vida del poblado.

La muralla se adapta bastante bien a la morfología del terreno. Para ello sigue el borde que marca la pendiente, alcanzando en algunos sectores más de 100 m de desnivel. La muralla está construida con un aparejo de piedras en seco, colocadas a espejo formando hiladas, y un ancho de 5 m. Como veremos, existe una notable diferencia con los aparejos del segundo y, sobre todo, del tercer recinto, más monumentales, lo que ha motivado la hipótesis ya aludida de su posterioridad. Por el sur, excavaciones recientes han mostrado que la muralla se adapta a un ligero resalte del terreno, con dos partes bien diferenciadas, la muralla propiamente dicha y una ante muralla (Fabián 2005: 47 y 2006: 69-71), es decir, una especie de escalón externo situado a menor altura.

El recinto tiene foso y piedras hincadas delante de las entradas. El primero llegaba prácticamente hasta la base del lienzo y tuvo una profundidad de casi 5 metros (Fabián 2006: 71-72), aunque hoy se encuentra colmatado por los derrumbes de la muralla. Las piedras hincadas forman uno de los elementos más llamativos del castro, y son bien conocidas en otros poblados de la zona (Esparza 2003). Constituyen una defensa contra ataques frontales por las zonas de más fácil acceso. Delante del primer recinto se levantó un extenso campo que hoy conserva más de 100 metros de longitud, y que en la zona de las puertas era todavía más profuso. Estas lajas de piedra, a menudo puntiagudas y clavadas en el suelo, sobresalen algo más de medio metro creando una superficie de difícil acceso y desenvolvimiento. En La Mesa de Miranda también se levantaron campos de piedras hincadas frente

a los lienzos sur y oeste del segundo recinto, aunque sin duda el más imponente es el citado en primer lugar.

Los dos primeros recintos del castro fueron en su día interpretados como zonas residenciales, aunque la mayor parte de los vestigios se circunscriben al primero o acrópolis principal. En cualquier caso, sólo se han documentado tres estructuras, por lo que ni el urbanismo, ni siquiera la tipología de las viviendas, nos resulta conocido. Cabré excavó en su día una completa y otras dos parcialmente (Cabré *et al.* 1950: 22-23), además de una posible estructura que localiza junto a la llamada torre E del segundo recinto (1950: 27). La primera está adosada a la muralla y se encuentra junto al lado derecho de la entrada oeste. Es de planta cuadrangular, sin divisiones internas y cierra una superficie de unos 50 m<sup>2</sup>. Se ha especulado con la posibilidad de que se tratara de un edificio sencillo, destinado básicamente a la vigilancia de la puerta (Fabián 2005: 50). Cabré excavó parcialmente otra, de dimensiones muy parecidas y cerca de la muralla occidental, y también delimitó un edificio mayor, inmediato a la muralla sur. Sólo recientemente González-Tablas ha retomado la excavación de éste último. La vivienda consta de zócalo de piedra, pared de tapial y suelo de barro y se halla dividida en varias estancias (com. personal). Todavía falta un estudio exhaustivo de los materiales hallados, además de completar la excavación, pero lo visto hasta ahora permite apreciar ciertas similitudes entre ésta y las mejor conocidas de El Raso y Las Cogotas.

## 2. El segundo recinto:

El segundo recinto encierra una superficie de 7,1 hectáreas. Tuvo al menos dos entradas, una por el suroeste y otra, más grande, por el sur. Ésta última está defendida con una gran torre de planta circular que conecta con uno de los extremos del llamado «cuerpo de guardia» del tercer recinto. La torre en cuestión emplea el mismo sistema de muralla y ante muralla que veíamos en el lienzo sur del primer recinto. Sin embargo, en su cara interna, muestra un singular aparejo formado por varias hiladas de grandes piedras (Fabián 2005: 42-43). Este dato, y la propia ubicación del foso y el campo de piedras hincadas delante del primer recinto, permite plantear un momento posterior en el tiempo. En correspondencia con los ajueres más antiguos de la necrópolis, el primer recinto podría entonces llevarse a comienzos del siglo IV a.C., lo que daría una fecha *postquem* para la construcción del segundo.

Es posible que el remate de las murallas, sobre todo en la zona de las entradas, estuviera realizado en madera, mediante una empalizada o postes entrelazados con ramas y palos. Así debe entenderse el episodio del incendio de la muralla de *Pallantia* en el año 74 a.C. tras el asedio a la ciudad de Pompeyo (Apiano *B.C.* 1,112). No existe ninguna prueba fehaciente de que haya existido ningún tipo de muralla céltica en Iberia

durante la Edad del Hierro (Moret 1991: 19), y la referencia de la ciudad indígena podría justificar un remate de estas características. En cualquier caso, no tenemos pruebas arqueológicas de que éste fuera el tipo de remate de la parte superior de las murallas vettonas (Ruiz Zapatero 2005: 14).

En su interior apenas se vislumbran restos de lo que pudieron haber sido edificaciones. Al contrario de lo que sucede con la muralla, que se conoce de manera bastante aceptable, la organización interna es totalmente desconocida, mientras no se realicen excavaciones sistemáticas.

Se ha especulado con la posibilidad de que amplios espacios de los recintos de los castros se destinaran a pastos y guardar ganado. En los momentos de conflicto, la población de alrededor podría refugiarse dentro ya que existiría espacio suficiente. Del interior y de los alrededores proceden varias esculturas de piedra que representan toros y cerdos. Es posible, por tanto, que además de lugar de habitación, el sitio hubiera funcionado como lugar para encerrar el ganado y aprovechar así los pastos en caso de asedio, al margen de que -como se ha comprobado en Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995), Ulaca (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999) y otros castros de la zona (Álvarez-Sanchís 1999: 154 ss.)- se llevaran también a cabo actividades de tipo industrial.

## 3. El tercer recinto:

El tercer recinto es el más moderno. Se trazó por encima de la necrópolis, levantando una singular puerta con un cuerpo de guardia flanqueado por torres de planta cuadrada, bien dispuestas para la defensa de la entrada principal. El poblado tuvo otras dos puertas, más pequeñas —una en forma de pasillo estrecho y una especie de portón— cuyo carácter secundario parece del todo evidente.

La muralla delimita una superficie más o menos rectangular de unas 10,5 hectáreas, aunque se pierde en el extremo norte, coincidiendo con una fuerte pendiente que lleva hasta el arroyo Rihondo. La técnica constructiva es relativamente sencilla, a base de dos paramentos, interior y exterior, de piedras de gran tamaño, bastante ajustadas entre sí, con un relleno de otras menores. En todo caso, la potencia de la fortificación no es completamente uniforme, pues si hacia el sur, allí donde se encuentra la puerta principal, alcanza una anchura por encima de los 5 metros, por el lado oriental es relativamente menor.

El llamado «cuerpo de guardia» (Molinero 1933: 430-433; Cabré *et al.* 1950: 29-32; Fabián 2005: 36-37) es una muralla con una torre cuadrangular a cada extremo, perfectamente delimitada la más oriental, pero no tanto la que se encuentra a poniente, junto al segundo recinto, acaso incompleta por la extracción de piedras para construcciones en época reciente. El aparejo de sus paramentos es ciclópeo, con abundantes bloques de granito en forma de paralelepípedo rectan-





FIGURA 1.—Límites geográficos de los vettones según las fuentes y localización de los principales yacimientos.



FIGURA 2.—Vista del castro de La Mesa de Miranda desde el sur. Al fondo, el valle del Duero.



FIGURA 3.—Castro de la Mesa de Miranda. Entrada oeste del primer recinto. Foto del autor.



FIGURA 4.—Muralla y ante muralla sur del primer recinto. En primer término, campo de piedras hincadas.



FIGURA 5.—Detalle de la muralla del primer recinto del castro, cerca de la entrada este.



FIGURA 6.—Explanada del segundo recinto. Al fondo, muralla del primer recinto.



FIGURA 7.—Torreón circular de la muralla del segundo recinto (al fondo) y cuerpo de guardia del tercer recinto (izquierda).



FIGURA 8.—Detalle de la cara interna del torreón sur del segundo recinto.

gular. Cada bloque, colocado entre dos muescas angulares de dos bloques contiguos, servía a su vez de ensamble y trabazón. Este singular rasgo fue especialmente valorado por Cabré, al compararlo con el sistema utilizado en las piedras basales de la muralla de Ávila, en el torreón Norte de la puerta del Alcázar, planteando una posible relación de la ciudad con los castros vettones de la Edad del Hierro (Cabré *et al.* 1950: 30-31).

La puerta principal, como es habitual en otros yacimientos, se formaliza por tanto mediante la abertura que dejan la muralla y el cuerpo de guardia, dejando un espacio libre para pasar, de unos 11,50 m de largo por 4,70 m de ancho. Se trata de una puerta en esviaje. Ante un inminente ataque, el enemigo debía pasar por el estrecho pasillo que formaba la entrada, aumentando así su vulnerabilidad. El dispositivo no busca otra cosa que batir al atacante con tiros cruzados.

El tercer recinto es, con toda seguridad, posterior a los dos primeros. El trazado rectilíneo de los paramentos, la tendencia a la planta angulosa reforzada con torreones y una cierta regularización en las hiladas y talla de grandes sillares, rasgos que ya preludian las fortificaciones del momento de la conquista (Martín Valls y Esparza 1992), contrastan con el sistema constructivo empleado en los dos primeros recintos, de trazado sinuoso y aparejo menor, similar en muchos aspectos a los del vecino castro de Las Cogotas. En cualquier caso, las manifestaciones arqueológicas más llamativas siguen siendo los grandes túmulos funerarios que quedan inmediatos a la cara interna de la muralla, signo evidente de la invasión del cementerio por parte de ésta.

Tal ampliación se debió probablemente a una crisis interna en un momento de inseguridad. Se ha relacionado con las guerras que ocasiona la conquista romana en este sector de la Meseta, bien la campaña del pretor Postumio del año 179 a.C., bien las expediciones del jefe lusitano Viriato a mediados del siglo II a.C., en el contexto de las guerras celtibérico-lusitanas (Martín Valls 1985: 129 y 1986-87: 81-82). En cualquier caso, la ausencia de materiales romanos marca probablemente el final de la ocupación del *oppidum* vetton en torno al siglo I a.C. o el cambio de era. Los asentamientos romanos que se conocen de nueva fundación en toda la zona se fechan en el siglo I d.C. (Fabián 2006), lo cual puede coincidir con el abandono masivo de todos los castros de la zona y el inicio de una nueva forma de organización en torno al *oppidum* de Ávila (Álvarez-Sanchís 2003: 145; Centeno y Quintana 2003; Quintana *et al.* 2003-2004), tal vez a partir de la reforma de Augusto.

#### 4. El castro y las piedras hincadas:

En La Mesa de Miranda no se conocen campos de piedras hincadas delante del tercer recinto. Eso mismo nos daría un *terminus antequem* para los bloques aristados del yacimiento. De manera que éstos debie-

ron estar en vigor en los siglos IV y III a.C., habiendo caído en desuso a comienzos de la segunda centuria (Álvarez-Sanchís 1999: 164). Una confirmación análoga para este dispositivo también podría obtenerse en Las Cogotas, cuya cronología es, en suma, la de los propios recintos. Como ha precisado muy bien Esparza (2003: 158), cabrían dos posibles alternativas: (1) que en el siglo IV a.C. sólo existiese en Las Cogotas un recinto con piedras hincadas o (2) que al primer recinto, simplemente amurallado, se le añadiese otro y las dos barreras de piedras hincadas en un momento posterior, en torno al siglo III a.C., que es precisamente cuando arranca la producción de cerámica a torno en el taller alfarero, asociado estratigráficamente a la construcción de la muralla (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 221).

Durante mucho tiempo predominó la idea de que estos campos eran una protección ideal contra ataques de la caballería (Harbison 1968: 116). Ya a finales de los años 80 y comienzos de los 90 algunos arqueólogos, como Moret (1991), empezaron a plantear, desde una consideración más técnica, la posibilidad de que los campos de piedras hincadas fuesen una protección eficaz contra el ataque de un grupo a pie. No habrían servido contra la caballería, de cuya frenada se habría encargado el foso. Es más, la caballería organizada como unidad de combate no debió ser un fenómeno usual hasta fechas tardías (Quesada 1997). En la Edad del Hierro la toma de un sitio fortificado, sin tecnología bélica para derribar murallas, sólo sería factible salvando las murallas con escalas de madera o troncos, de manera que las barreras dificultarían la arribada en tromba de infantes (Ruiz Zapatero 2003: 18). Si alguna función táctica tuvieron, fue seguramente la de contener un ataque más o menos planificado. Se ha sugerido con buenos argumentos una cierta organización, por muy informal que fuera, que implicaría, antes del asalto propiamente dicho, (1) la arribada de gentes provistas de distintos artilugios para superar el foso y la muralla, y (2) otras encargadas de dar cobertura con jabalinas, arcos y hondas (Quesada 2003: 92-93).

Pero más allá de estas consideraciones técnicas, me interesa destacar sobre todo el contexto de conflictividad que subyace en el fenómeno. Como ya he comentado en alguna otra ocasión, los castros de Ávila y Salamanca se integran en un marco de fuerte competencia entre poblados (Álvarez-Sanchís 1999: 115-122), fenómeno que sería también extensible a los de Zamora y zonas limítrofes (Esparza 1995: 124 y 2003). En la Meseta occidental, los centros fortificados parecen ocupar la cumbre de un patrón de poblamiento jerarquizado que tenía por debajo pequeñas aldeas y granjas aisladas. Generalmente estas últimas se asentaban cerca de los ríos, carecían de fortificaciones y sus habitantes debían pasar la mayor parte del tiempo produciendo comida. Se trataría del tipo de asentamiento más numeroso y constituiría buena parte del tejido de la población rural.



FIGURA 9.—Muralla ciclópea de la entrada al tercer recinto.



FIGURA 10.—Piedras ciclópeas del cuerpo de guardia. Tercer recinto del castro.

En algunos casos, como en el valle Amblés (Ávila), sus diferencias con los *oppida* se han tenido en cuenta a partir de dos referentes. De una parte, los territorios de explotación, que en los sitios pequeños revelan una fuerte orientación agrícola pues se emplazan en el fondo del valle. Los *oppida* presentan una orientación ganadera si se atiende a la topografía y calidad de los suelos. De otra parte, las funciones de los *oppida* y los pequeños asentamientos. Los primeros se individualizan porque desarrollaron actividades industriales, estuvieron implicados en redes de intercambio—como evidencian las armas de las necrópolis y algunas importaciones— estuvieron fuertemente fortificados y construyeron, como en Ulaca, monumentos de función religiosa. Una situación distinta se aprecia en los castros del oeste salmantino. Los yacimientos son más pequeños, por debajo de las 10 hectáreas (Iruña, Las Merchanas, Yecla), pero se trata de núcleos poderosamente fortificados, con murallas, fosos y campos de piedras hincadas, y eso mismo les ha otorgado una entidad propia. El grupo más espectacular se localiza junto a los ríos Yeltes y Huebra: en un radio inferior a los 10 Km hay seis poblados de estas características (Álvarez-Sanchís 1999: 120-126; Martín Valls 1999). Los poblados están orientados hacia el aprovechamiento de recursos ganaderos, pero también existen minas de hierro, cobre y estaño en los alrededores. No hay evidencias arqueológicas seguras de su explotación en época prerromana, pero la hipótesis de vincular, como ha hecho Salinas (1992-93: 179-180), el desarrollo de estos núcleos a dicha actividad me parece razonable.

Esta diversidad de formas de poblamiento parece expresar diversidad de organizaciones sociales y económicas. Los territorios de explotación de los *oppida*, las pequeñas explotaciones rurales, los sitios especializados y sus presuntas actividades y funciones indican que las diferencias entre las poblaciones de unos y otros debieron existir sin duda alguna. Un desarrollo de estas características favorecería una situación conflictiva y un fuerte nivel de competencia entre las poblaciones a nivel de sitio y de comarca (Álvarez-Sanchís 2003: 45-49). En este contexto, es fácil entender entonces el énfasis en la búsqueda de emplazamientos defensivos y la construcción de torres, murallas, fosos y piedras hincadas.

El levantamiento de defensas debió estar motivado en general por la existencia de amenazas externas, pero también internas (Collis 1984: 107): se puede controlar mejor a los habitantes del sitio así como el tráfico de bienes y productos. Hasta hace poco las fortificaciones eran explicadas por motivos fundamentalmente militares. Desde finales de los años 80 se han empezado a plantear otras interpretaciones para las defensas (Collis 1993: 233; Neustupny 1995: 199-201 y 205-207; Ruiz Zapatero 2003: 20), desde la simple delimitación física del espacio doméstico, hasta la exhibición simbólica del poder de la comunidad (Hill 1995).

En última instancia, aquellos que buscan una buena defensa también tienen el propósito de exhibición de poder como una forma más de intimidación. Las defensas de muchos poblados debieron presentar un imponente aspecto. Las murallas y las piedras hincadas actuarían como un elemento de prestigio visual y como un símbolo de la pujanza de la comunidad que se defendía tras ellas. Y, además de todo eso, las murallas delimitaban e identificaban a la comunidad, a las gentes que vivían dentro (Ruiz Zapatero 2005: 13).

### 3. LA NECRÓPOLIS DE LA OSERA

La necrópolis de incineración, famosa por su extensión y sus ajuares metálicos, con más de 5.000 piezas recuperadas, se localiza en una gran explanada al sur de las puertas principales del asentamiento, a unos 350 m al exterior de la línea que forman las murallas del primer recinto y a unos 100 m del segundo. Se trata de uno de los cementerios más grandes y mejor conocidos de la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica. Fue excavado en su totalidad por Juan Cabré y Antonio Molinero entre 1932 y 1945. Sólo se publicó una parte de la necrópolis (Cabré *et al.* 1950), pero sin duda aportará interesantes datos cuando ésta se dé a conocer del todo (Baquedano 2004).

El trabajo de Cabré permitió documentar algo más de 2.100 sepulturas realizadas en hoyo (muchas de ellas sin protección o protegidas por una pequeña laja de piedra) y 60 túmulos y encachados de piedra de distinto tamaño (entre 2 y 6 metros de diámetro) y forma (oval, circular, cuadrangular), que encerraban varias urnas. Dos de estos túmulos, en la parte más alta de la necrópolis, están incluidos dentro de una estructura de mampostería. Esta monumentalización marca sin duda la categoría social de los allí enterrados. La erección de algunos túmulos encima de los restos incinerados, como una especie de hito bien visible, sugiere, tal vez, que el muerto había sido un importante ancestro que debía ser recordado por las generaciones futuras.

La necrópolis de La Osera pudo estar en uso desde finales del siglo V a.C. Las cerámicas más antiguas se elaboraban a mano y se decoraban con incisiones o impresiones. En la fase final del cementerio aparecen las cerámicas pintadas fabricadas a torno. Los ajuares funerarios incluían también espadas de antenas, puñales, lanzas, escudos, broches de cinturón, recipientes de bronce, fíbulas, joyas y adornos, así como objetos ibéricos de importación, algunas espadas de La Tène, cerámicas griegas y de Campania. Reflejan, por tanto, una extensa red de relaciones comerciales con los pueblos de la Meseta y del sur de la Península Ibérica, además de la prosperidad de la comunidad que residía en el *oppidum*, que se ha estimado en torno a 400 habitantes (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2001: 65).

Sus ajuares han sido fundamentales para sistematizar el armamento de tipo celta y la panoplia guerre-

ra en España. Distintas combinaciones parecen reflejar grupos sociales dentro de la casta militar: desde sepulturas de guerrero extraordinariamente ricas con panoplias completas que incluyen espada, escudo, una pareja de lanzas y arreos de caballo, hasta otras —la mayoría— que únicamente llevan armas de asta, es decir, el equipo básico del infante ligero (Martín Valls 1986-87: 78; Álvarez-Sanchís 1999: 295 ss.). Pero hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría de las tumbas contenían muy pocos objetos o ninguno, y que sólo unas pocas contenían muchos. La sociedad vettona que refleja el cementerio de La Osera tenía una estructura piramidal clara, con una elite militar en la cúspide con caballos y armas de lujo que marcaba su posición frente a un grupo de guerreros más amplio con una panoplia más modesta. Por debajo estaban los artesanos y los comerciantes. El 80% de los enterramientos no tenían ajuar. Corresponderían a los individuos más humildes y tal vez a siervos y esclavos.

Algunas estructuras del cementerio de La Osera pudieron tener un significado astrológico. Investigaciones recientes han valorado la disposición «in situ» de las estelas de piedra. Éstas fueron utilizadas por los pobladores del *oppidum* para señalar cada una de las zonas en que se dividía el cementerio (Baquedano y Escorza 1998). Parece que funcionaron como marcadores de los días más importantes del año (solsticios de verano e invierno y fiestas célticas). La distribución de las estelas parece estar asimismo aludiendo a la disposición de las estrellas de la constelación de Orión en el cielo nocturno, en la época en que fue «diseñada» y usada la necrópolis, lo que refuerza la idea de un sacerdocio institucionalizado entre los vettones. Junto a las tumbas de incineración, durante las excavaciones se localizaron dos cabezas humanas que formaban una línea recta con las estelas centrales del cementerio, en dirección norte-sur. La singularidad de ambos enterramientos, se ha relacionado con un ritual céltico de sacrificio que se sirve de las cabezas cortadas para delimitar el espacio físico del cementerio.

Los enterramientos se distribuyen en seis zonas, separadas entre sí por espacios estériles. Una observación interesante, que afecta a la organización espacial de los cementerios vettones, es la posibilidad de reconocer grupos familiares diferenciados (Castro 1986; Kurtz 1987). La existencia de concentraciones de tumbas separadas entre sí por zonas inocupadas, y de tumbas con ajuares muy ricos y otros más pobres en cada sector, bien pueden representar distintos clanes dentro de la comunidad, que se entierran separadamente para marcar de forma simbólica derechos y obligaciones. Podemos ir más allá y relacionar el desarrollo de los *oppida* con parcelaciones importantes en el paisaje que incluyen esas relaciones de poder. Se ha señalado la importancia que las economías especializadas pueden tener en algunos procesos étnicos (Burillo 1998:

139). La escultura zoomorfa y los motivos decorativos de las cerámicas son, en este sentido, indicadores simbólicos muy útiles para explorar su utilización en la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2002).

Sabemos que una parte muy importante de los verracos fueron esculpidos entre mediados del siglo IV a.C. y el siglo I a.C. (Álvarez-Sanchís 1999: 264-272). Existen indicios claros de que los mejores pastos de los valles y las fuentes de agua más próximas fueron referenciados en el paisaje mediante la erección de estas esculturas, que se distribuyen en áreas próximas a los asentamientos. Además, estos sitios tienen unas visibilidades en su entorno muy altas, es decir, parece que se buscaron deliberadamente puntos en el paisaje que resultaran fácilmente identificables (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 1999). Los verracos eran una parte esencial del paisaje vettono, una forma de organizar la tierra en comarcas que pudieron alcanzar una alta densidad de poblamiento. Al mismo tiempo, las esculturas simbolizan la riqueza de un entorno ganadero y la pujanza de ciertos grupos sociales, bien evidenciados como hemos visto en los ajuares de las necrópolis.

La búsqueda de patrones decorativos puede ser también un buen método para descubrir tradiciones familiares. Las necrópolis de Las Cogotas y La Mesa de Miranda apenas distan entre sí 20 km en línea recta. Pero un exhaustivo análisis de las decoraciones de las cerámicas incisas depositadas en los ajuares, demuestra diferencias muy marcadas a nivel de asentamiento (Álvarez-Sanchís 1999: 303-305). Unos pocos motivos son compartidos en ambos poblados —como las típicas series incisas de bandas en zig-zag—, pero los más importantes —series de cestería y de sogueado— son casi exclusivos a nivel de sitio. El descubrimiento de motivos decorativos normalizados revela, por tanto, que existió alguna forma de separación intencional entre ciudades que ocupaban el mismo valle.

El nivel de desarrollo social y económico alcanzado favorecería situaciones conflictivas entre comunidades próximas. La proliferación de asentamientos fortificados en esta época encaja bastante bien con el panorama descrito. Las reconstrucciones y reelaboraciones de las defensas fueron usuales, evolucionaron hacia formas de mayor complejidad y alcanzaron su máxima expresión en los siglos II-I a.C. (Martín Valls y Esparza 1992; Ruiz Zapatero 2003). Existe una amplia evidencia que testimonia la importancia del armamento, del guerrero individual y de su estatus en la sociedad. Los equipos militares de los cementerios vettones coinciden con el registro conocido en los cementerios de otros pueblos del interior, como los lusitanos, vacceos y celtíberos (Martín Bravo 1999; Sanz 1998; Lorrio 1997). Hasta cierto punto, esto sugiere que las distintas elites de la Meseta estaban en contacto y supone la existencia de una «ideología guerrera» compartida.





FIGURA 11.—Piedras ciclópeas del cuerpo de guardia. Tercer recinto del castro.



FIGURA 12.—Necrópolis: Distintas áreas señalizadas por estelas y túmulos en primer término. Al fondo, muralla y puerta del tercer recinto.



FIGURA 13.—Túmulos de la necrópolis, sepultados por la muralla del tercer recinto del castro.



FIGURA 14.—Túmulos de un sector de la necrópolis de La Osera, delimitados por una estructura de mampostería.

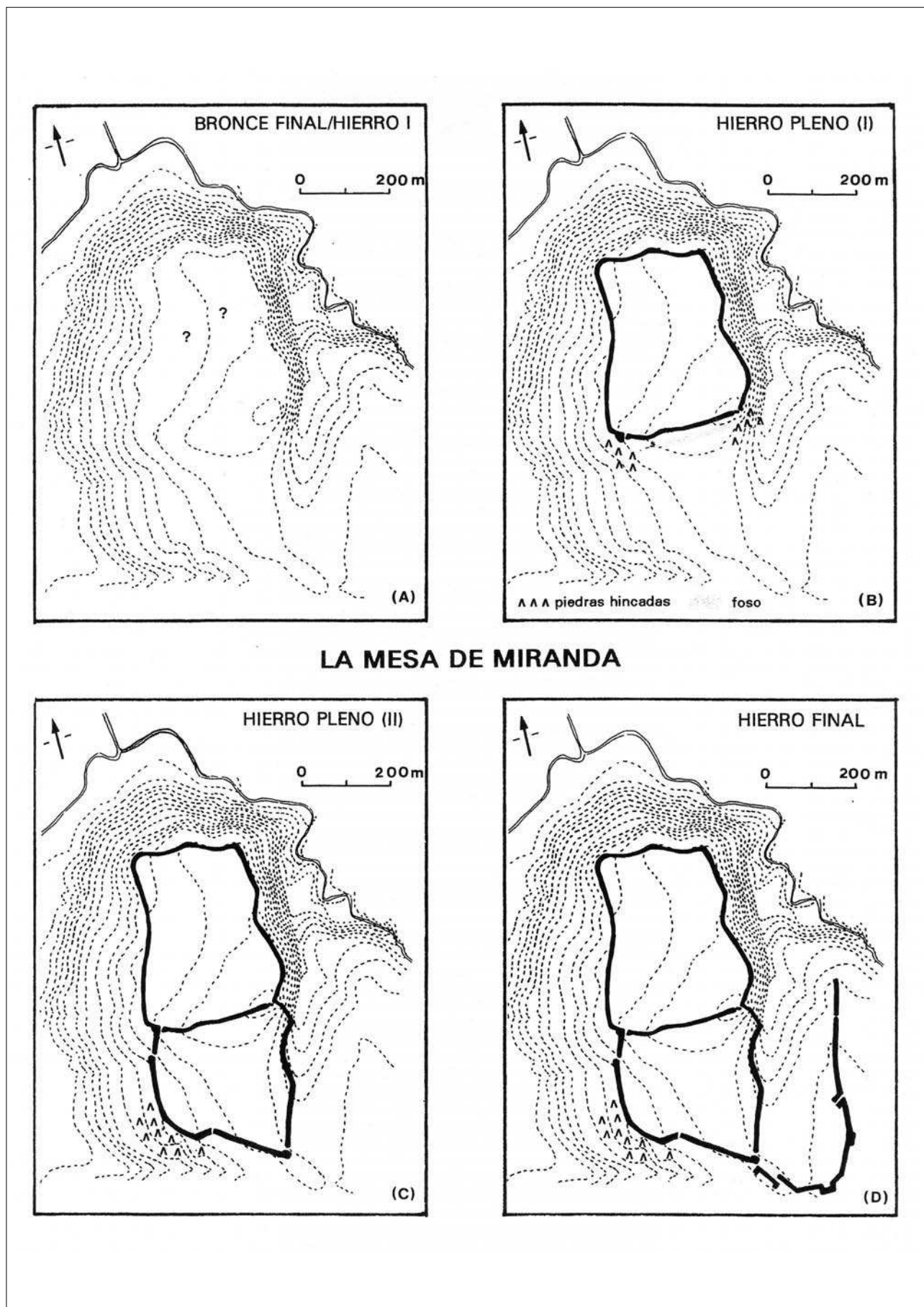


FIGURA 15.—Fases de ocupación del castro de la Mesa de Miranda, en Chamartín, Ávila (Álvarez-Sanchis 1999).

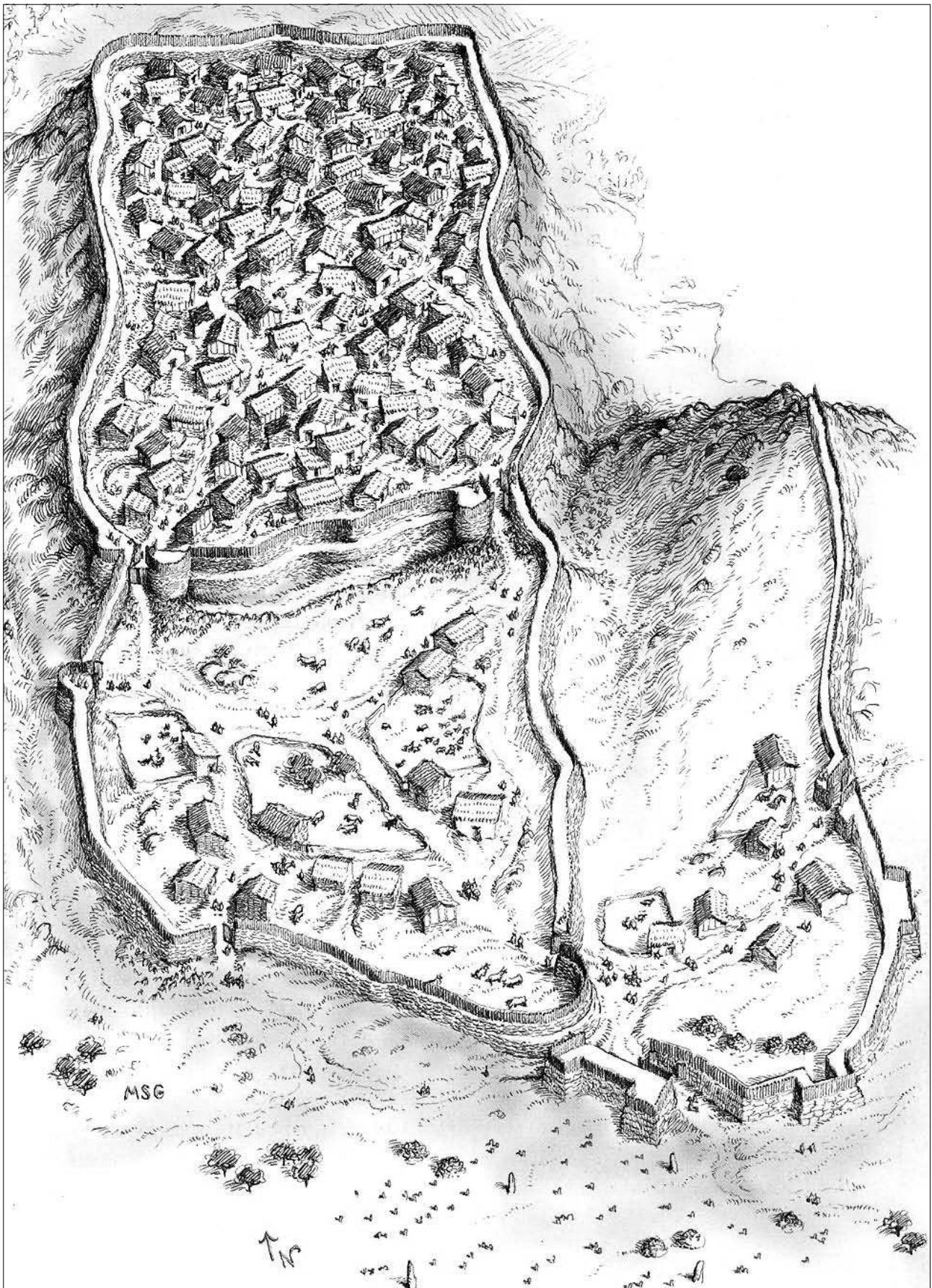


FIGURA 16.—Recreación ideal del castro de La Mesa de Miranda a finales de la Edad del Hierro (dibujo de M. Sobrino, a partir de los datos de Fabián 2005).

#### 4. LOS *OPPIDA* Y ROMA

En los siglos II y I a.C. la relación entre las demandas romanas, el aumento de la producción y el desarrollo de los *oppida* era evidente. Las condiciones generales de vida empezaban a cambiar en muchos aspectos desde la Edad del Hierro. La población era mayor que antes de la conquista y las ciudades empezaban también a ser mayores y más complejas que los asentamientos precedentes. La actividad de estos sitios sería un reclamo para las comarcas de alrededor. La acumulación de riqueza atraería a más y más personas. Eso tuvo que desestabilizar gravemente las relaciones familiares y las relaciones de propiedad (Wells 2001: 84 ss.; Álvarez-Sanchís 2003: 141 ss.). Las diferencias sociales dejaron de estar tan marcadas en los cementerios y pasaron a ser mucho más visibles en los asentamientos.

La necesidad de organizar las defensas de carácter colectivo presionarían en esa dirección (Ruiz Zapatero 2005: 35). Muchos de los poblados vettones estaban rodeados de murallas hechas de piedra, tierra, adobe y madera, y eran mucho mayores que los asentamientos de las épocas anteriores. Aunque sólo unos pocos han sido excavados, todo parece indicar que durante la conquista romana se levantaron nuevas murallas, bastante distintas a las tradicionales, empleando entre otras novedades paramentos de grandes piedras, sofisticadas puertas de entrada con complejos sistemas de protección, y torres de planta cuadrada o rectangular. Algunos de estos rasgos pueden apreciarse como hemos visto en el recinto más moderno de La Mesa de Miranda y también en Ulaca. Existen evidencias de un rápido crecimiento en Las Cogotas y Salamanca —por lo menos de espacio ocupado y defendido— y buenos ejemplos de *oppida* fundados en este momento (siglo II a.C.), como El Raso. Este interesantísimo sitio conserva en la actualidad restos de una docena de torres y una superficie aproximada de unas 20 hectáreas (Fernández Gómez 1986 y 1995: 154-155). Sucede en el tiempo a una pequeña aldea no fortificada que se ha relacionado con un importante cementerio de la Edad del Hierro. Esta necrópolis demuestra que ya existía una comunidad en los alrededores antes del año 200 a.C., que experimentó un rápido crecimiento y no un desarrollo paulatino.

Buena parte de la producción se movió dentro del ámbito doméstico y con especialistas a tiempo parcial. Sin embargo, la variabilidad y la gran cantidad de cerámica a torno presente en los yacimientos, revela que algunas comunidades estuvieron inmersas en redes de intercambio. La proximidad del ejército romano tuvo que crear un mercado inmediato; eso seguramente incrementó el valor de determinados recursos locales y requirió el empleo de alfares, hornos y talleres especializados (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995; Sanz y Velasco 2003).

El desarrollo experimentado por algunos asentamientos en esta época se ha relacionado también con

fenómenos migratorios (Almagro-Gorbea 2001). El hallazgo de una ceca celtibérica en el castro vetton de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres), demuestra un desplazamiento de gentes en dirección sur (Blázquez 1995). Uno de los cementerios del castro se fecha en los siglos II-I a.C. y confirma la presencia de puñales biglobulares y otras armas de hierro que seguramente proceden de la Meseta oriental (Hernández y Galán 1996: 112 ss.). También tenemos evidencias de otros aportes étnicos de origen meseteño en el SO (Berrocal-Rangel 1992; Almagro-Gorbea y Torres 1999: 109-116), tal vez en forma de pequeños grupos (Lorrio y Ruiz Zapatero 2005). Estos procesos pudieron desarrollarse con matices diferenciados según las comarcas. Por ejemplo, sabemos que el tercer recinto de La Mesa de Miranda se levantó en el siglo II a.C. y que las nuevas murallas invadían una parte del cementerio. La ampliación pudo deberse a un momento de inseguridad. Tradicionalmente se ha enfatizado el papel de las guerras que ocasiona la conquista romana (Martín Valls 1986-87: 81-82; Fabián 2005: 20 ss.), pero lo cierto es que apenas hay datos concretos sobre las rutas seguidas por las legiones. El hecho de que una parte de las tumbas se encuentren bajo la muralla puede tener una lectura diferente, tal vez el control simbólico de la comunidad, organizado bajo el poder legitimador de un nuevo rey o caudillo.

Es difícil saber con certeza, hasta qué punto el crecimiento excepcional de algunos poblados evidencia la agrupación de tribus locales en configuraciones políticas más estables, y una evolución hacia economías de base urbana. Desde luego, la intensificación del comercio romano a raíz de la creciente necesidad de materias primas, tuvo que tener un efecto directo en la conflictividad social de la época.

#### 5. BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO-GORBEA, M., 2001: «Los celtas en la Península Ibérica.» en M. Almagro-Gorbea, M. Mariné y J.R. Álvarez-Sanchís (eds.), *Celtas y Vettones*. Institución Gran Duque de Alba. Diputación Provincial de Ávila.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO, A., 1991: «Les Celtes de la Péninsule Ibérique au IIIème siècle av. J.-C.», *Actes du IX Congrès International d'études celtiques (Paris 1991), première partie: Les Celtes au III siècle avant J.-C.*. Paris. Etudes Celtiques XXVIII: 33-46.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; TORRES, M., 1999: *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania Céltica*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1993: «Los castros de Ávila.» en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Actas, Madrid: 255-284.

- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1999: *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 1, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 2003: *Los Señores del Ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 2006: *Guía arqueológica de castros y verracos. Provincia de Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 8. Institución Gran Duque de Alba, Diputación Provincial de Ávila.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.; RUIZ ZAPATERO, G., 1999: «Paisajes de la Edad del Hierro: Pastos, ganado y esculturas en el valle de Amblés (Ávila)», en R. Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora: 313-323.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.; RUIZ ZAPATERO, G., 2001: «Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro», en L. Berrocal-Rangel y Ph. Gardes (eds.), *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 8, Madrid: 61-75.
- BAQUEDANO, I., 2004: «El descubrimiento y las excavaciones del castro de la Mesa de Miranda y de su necrópolis de la Osera (Chamartín, Ávila)», en J. Blánquez y B. Rodríguez (eds.), *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. IPHE, Universidad Autónoma de Madrid: 384-394.
- BAQUEDANO, I.; ESCORZA, C. M., 1998: «Alineaciones astronómicas en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)», *Complutum*, 9: 85-100.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 2, Madrid.
- BLÁZQUEZ, C., 1995: «Sobre las cecas celtibéricas de Tamusia y Sekaisa y su relación con Extremadura», *Archivo Español de Arqueología*, 68: 243-258.
- BUCHSENSCHUTZ, O., 1988: «Oppidum», en A. Leroi-Gourhan (ed.), *Dictionnaire de la Préhistoire*. Paris: 125.
- BURILLO, F., 1998: *Los celtíberos. Etnias y estados*. Crítica, Barcelona.
- CABRÉ, J.; CABRÉ, M<sup>a</sup>.E. y MOLINERO, A. (1950): *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de La Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica, V. Madrid.
- CASTRO, P. V., 1986: «Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila)», *Arqueología Espacial*, 9: 127-137.
- CENTENO, I.; QUINTANA, J., 2003: «Ab Urbe Condita: sobre los orígenes y la romanización de Ávila», en J.M<sup>a</sup>. Sanchidrián y R. Ruiz Entrecanales (eds.), *Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza*. Área de Urbanismo. Ayuntamiento de Ávila: 41-86.
- COLLIS, J., 1984: *Oppida. Earliest Towns North of the Alps*. Department of Prehistory and Archaeology. University of Sheffield.
- COLLIS, J., 1993: «Structures d'habitat et enceintes de l'Age du Fer», en A. Daubigney (ed.), *Fonctionnement Social de l'Age du Fer. Operateurs et hypothèses pour la France*. Lons-le-Saunier: 231-238.
- COLLIS, J., 1995: «The first towns», en M.J. Green (ed.), *The Celtic World*. Routledge. London and New York: 159-175.
- ESPARZA, A., 1995: «La Primera Edad del Hierro», en J.C. Alba López (coord.), *Historia de Zamora I. De los orígenes al final del Medievo*. Zamora: 101-149.
- ESPARZA, A., 2003: «Castros con piedras hincadas del oeste de la Meseta y sus alrededores», en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente y J.B. López (coords.), *Chevaux de frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida: 155-178.
- FABIÁN, F., 2004: «Recuperación, rehabilitación y difusión del patrimonio arqueológico de Ávila», en J. del Val y C. Escribano (eds.), *Actas. Puesta en valor del Patrimonio Arqueológico en Castilla y León*. Junta de Castilla y León. Salamanca: 25-50.
- FABIÁN, F., 2005: *Castro de La Mesa de Miranda. Chamartín, Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 2. Institución Gran Duque de Alba, Ávila.
- FABIÁN, F., 2006: *Ruta de los castros vettones de Ávila y su entorno*. Institución Gran Duque de Alba. Diputación de Ávila.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1986: *Excavaciones Arqueológicas en el Raso de Candeleda (I-II)*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1995: «La Edad del Hierro», en M. Mariné (coord.), *Historia de Avila I. Prehistoria e Historia Antigua*. Institución Gran Duque de Alba, Avila: 105-269.
- HARBISON, P., 1968: «Castros with Chevaux-de-Frise in Spain and Portugal», *Madrider Mitteilungen*, 9: 116-147.
- HERNÁNDEZ, F.; GALÁN, E., 1996: *La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres)*. Extremadura Arqueológica VI. Consejería de Cultura y Patrimonio. Badajoz.
- HILL, J. D., 1995: «How should we understand Iron Ages societies and hillforts? A contextual study from southern Britain», en J.D. Hill y C.G. Cumberpatch (eds.), *Different Iron Ages, Studies on the Iron Age in Britain and Ireland: Recent Trends*. Sheffield, J.R. Collis Publications: 45-66.
- KURTZ, W., 1987: *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. B.A.R., Int. Series, 344. Oxford.
- LORRIO, A., 1997: *Los Celtíberos*. Complutum Extra 7. Universidad de Alicante - Universidad Complutense de Madrid. Alicante.
- LORRIO, A.; RUIZ ZAPATERO, G., 2005: «The Celts in Iberia: an overview», en *The Celts in the Iberian Peninsula*, e-keltoi, Journal of Interdisciplinary Celtic Studies, vol. 6: 167-254.

- MARTÍN BRAVO, A. M<sup>a</sup>., 1999: *Los orígenes de Lusitania. El I milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 2. Real Academia de la Historia, Madrid.
- MARTÍN VALLS, R., 1985: «Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas.», en J. Valdeón (ed.), *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Ambito, Valladolid: 104-131.
- MARTÍN VALLS, R., 1986-87: «La segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización.», *Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- MARTÍN VALLS, R., 1999: «La Edad del Hierro.», en Martín, J.L. (dir): *Historia de Salamanca. I. Prehistoria y Edad Antigua* (2<sup>a</sup> ed.), Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos: 123-217.
- MARTÍN VALLS, R.; ESPARZA, A., 1992: «Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica.», en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: 259-279.
- MOLINERO, A., 1933: «El castro de la Mesa de Miranda (Chamartín-Avila).», *Boletín de la Academia de la Historia*, CII: 421-439.
- MORET, P., 1991: «Les fortifications de l'Age du Fer dans la Meseta Espagnole: origine et diffusion des techniques de construction.», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXVII (1): 5-42.
- NEUSTUPNY, E., 1995: «The significance of facts.», *Journal of European Archaeology*, 3 (1): 189-212.
- QUESADA, F., 1997: «¿Jinetes o caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular.», en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ministerio de Defensa, Madrid: 185-194.
- QUESADA, F., 2003: «De los fosos de Troya a la línea Sigfrido. Las «piedras hincadas» en el contexto de la historia de las fortificaciones.», en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente y J.B. López (coords.), *Chevaux de frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida: 69-100.
- QUINTANA, J.; CENTENO, I.; ENTRECANALES, R. R., 2003-2004: «El nacimiento de la ciudad de Ávila. Nuevos datos a partir de las cerámicas del Mercado Grande.», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXIX-LXX: 147-177.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2003: «Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en la Europa templada.», en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente y J.B. López (coords.), *Chevaux de frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida: 13-34.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2005: *Castro de Ulaca. Solosancho, Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 3. Institución Gran Duque de Alba, Ávila.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ALVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1995: «Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta.», en Cunliffe, B. y Keay, S. J. (eds.): *Social complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD*. London (Proceedings of the British Academy, 86): 209-236.
- RUIZ ZAPATERO, G.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1999: «Ulaca, la 'Pompeya' vettona.», *Revista de Arqueología*, 216: 36-47.
- RUIZ ZAPATERO, G.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 2002: «Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los vettones.», *Spal*, 11: 253-275.
- SALINAS, M., 1992-1993: «El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca: Modelos e implicaciones históricas.», en J.G. Gorges y M. Salinas (eds.), *El medio rural en Lusitania Romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo*. Salamanca. Studia Historica, Historia Antigua X-XI: 177-188.
- SANZ, C., 1998: *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6. Salamanca.
- SANZ, C.; VELASCO, J., eds., 2003: *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*. Universidad de Valladolid.
- WELLS, P. S., 2001: *Beyond Celts, Germans and Scythians. Archaeology and Identity in Iron Age Europe*. Duckworth, London.
- WELLS, P. S., 2002: «The Iron Age.», en S. Milisauskas (ed.), *European Prehistory. A survey*. Kluwer Academic, Plenum Publishers. New York – London.
- WOOLF, G., 1993: «Rethinking the Oppida.», *Oxford Journal of Archaeology*, 12 (2): 223-234.

# EL POBLADO FORTIFICADO DE EL CASTREJÓN DE CAPOTE Y SU PAISAJE: LA FORTIFICACIÓN DE LO SAGRADO

LUIS BERROCAL-RANGEL  
*Universidad Autónoma de Madrid*

## ABSTRACT

*Castrejón de Capote is a settlement of the Second Iron Age, situated between two small rivers in the Southwestern Peninsula. The hillfort possessed great and complex walls, something surprising, given its fallen situation in landscape. The study of its environment shows a very limited visual capacity and its exclusion from any other contemporary settlement. A central communal sanctuary and the place of Capote, just at the centre of a historical region Baeturia celticorum, are key factors and reveal the religious importance of the site and its monumental walls.*

## RESUMEN

*El Castrejón de Capote es un poblado de la Segunda Edad del Hierro emplazado en el horcajo de dos arroyos, aprovechando sus barrancos. El castro dispuso desde el inicio de poderosas murallas, de una complejidad sorprendente dada su posición hundida en el paisaje circundante. El estudio de su entorno demuestra la escasa y encauzada visibilidad que permite y su aislamiento respecto a otros poblados contemporáneos. La presencia en su centro de un santuario comunal y la comprobación de la posición central que ocupa el Castrejón de Capote en la Cuenca del Ardila, permite considerar su papel como centro espiritual de un territorio clásico, la Beturia Céltica, y relacionar con ello la monumentalidad de sus murallas.*

## 1. INTRODUCCIÓN

El Castrejón de Capote es un asentamiento castreño emplazado en los límites meridionales de Extremadura, término de Higuera la Real, en la provincia de Badajoz (Fig.: 1). Bien conocido en la bibliografía arqueológica por el hallazgo de un santuario singularmente bien conservado y por restos culturales posteriores no menos destacados, que tuvimos la oportunidad de excavar (Berrocal-Rangel, 1994 y Berrocal-Rangel y Ruiz, 2003; Belén y Chapa, 1997: 219; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 270-271), Capote es, sin embargo, un poblado especialmente destacado por sus complejas y monumentales construcciones defensivas, nunca estudiadas en detalle con anterioridad.

Cronológicamente el Castrejón fue un poblado ocupado a finales del siglo V a. C., o más probablemente inicios del IV, y abandonado en los inicios del I a. C., en nuestra opinión durante la Guerra Sertoriana (Berrocal-Rangel, 2003-a). Formalmente responde a un típico «castro de ribero», es decir, un poblado de ta-

maño medio o pequeño que se localiza sobre el cauce de un río menor, aprovechando meandros u horcajos, y dotado de potentes murallas que, junto a los barrancos naturales, conformen unos accesos muy condicionados dada la escasa altura de estos asentamientos.

Culturalmente, los ricos registros arqueológicos de Capote han servido para identificar en profundidad las poblaciones de la Edad del Hierro llamadas *Keltikoi*, o *Celtici* por griegos y romanos (Berrocal-Rangel 1992 y 2005). Según estos autores, los Célticos ocupaban el oeste de la provincia de Badajoz y se extendían por las amplias comarcas de la costa atlántica portuguesa (p.e. *Mirobrigenses qui Celtici cognominantur* = Santiago do Caçém) y del interior alentejano (p.e. *en tois Keltikois Paxaugousta* = Beja, Portugal).

El Castañuelo, Atafona o Mesas do Castelinhos son pequeños poblados fortificados que, fundados a finales del siglo V a. C., confirman la noticia dejada por *Polybios*, al afirmar que los Célticos vivían en «aldeas». Así, en época romana, sólo *Pax Augusta* (Beja) alcanzó la máxima categoría urbana, la de *colonia*, aunque se



conocen algunas pequeñas ciudades como *Ebora* (Évora), *Caetobriga* (cir. Setúbal), *Mirobriga* (Santiago de Caçém), *Nertobriga* (Fregenal de la Sierra) o *Eburobritium* (Obidos), todas ellas con nombres celtas.

El Castrejón de Capote fue, por tanto, una de esas aldeas habitadas por los célticos, en este caso situada en las cercanías de uno de sus principales poblados romanos la *Nertobriga Concordia Iulia*, emplazada sobre la Sierra de El Coto, en término de Fregenal de la Sierra, a unos 7 km. al oriente de Capote (Fig.: 1.3, nº 2).

Su calificación como «castro de ribero» se justifica no solo por las citadas murallas y construcciones defensivas, sino por su emplazamiento aprovechando el horcajo formado por la confluencia del arroyo El Álamo en el pequeño río Sillo, ambos camino del río Ardila, afluente principal del Guadiana.

Sobre un cerro alargado y plano, delimitado por los barrancos de estos arroyos que salvan alturas de 30 a 50 metros, destaca por su posición hundida y tamizada en el paisaje, un entorno accidentado y agreste, rico en aguas y, por ello, con una importante cobertura vegetal. La base geológica de cuarcitas y pizarras aporta una abundancia de piedra que tendrá su repercusión como material constructivo principal de este castro.

Con esta materia prima y con otras de las que no se han conservado sus restos, los habitantes de El Castrejón amurallaron una plataforma amesetada de una extensión máxima de 3,0 ha., una superficie habitual entre las contabilizadas en el Suroeste céltico (Fig.: 2). Posiblemente a este espacio, hay que unir alguna extensión exterior de menor importancia como parece deducirse de una pared limítrofe de fincas modernas paralela a la muralla meridional y que pudo servir para definir un recinto con acceso al agua para estabular los ganados (línea de puntos en Figura 2).

Capote fue descubierto en 1985 como consecuencia del hallazgo en su interior de una losa con inscripción «tartésica» o del Suroeste y de las campañas de excavaciones posteriores que pretendían, en principio, documentar el contexto arqueológico original de la losa. Pero desde la primera campaña, lo documentado fue un poblado posterior, cuyo grado de conservación excelente e interés de sus hallazgos justificaron el inicio de una serie de campañas que han culminado en el presente año de 2006 con la apertura al público del yacimiento como «parque arqueológico y etnográfico» por la Junta de Extremadura. El inesperado hallazgo de este poblado, desconocido en cualquier registro conocido anterior, permitió iniciar un proyecto de investigación detallado sobre uno de estos poblados, por entonces, poco conocidos en la Segunda Edad del Hierro peninsular. Y sus resultados, además de sorprender por el estado excepcional de conservación de sus vestigios, apoyaron nuevas intervenciones tanto por la importancia del citado santuario central (Marco Simón, 1994: 371-373), como por sus murallas. Tras la excavación del santuario y de sus alrededores, las inter-

venciones arqueológicas se enfocaron hacia el conocimiento de la trama urbana del poblado, de sus defensas y de los límites de la ocupación, tanto espacial como temporalmente hablando. Aún así, en Octubre de 1990, se localizó un nuevo hallazgo espectacular en la forma, en este caso, de una fosa repleta con materiales romano imperiales, cuyo estudio final arrojó importantes conclusiones sobre la forma y manera con la que los romanos condenaron las murallas de este asentamiento (Berrocal-Rangel, 2003-a: 204-206; Berrocal-Rangel y Ruiz Triviño, 2003; *vide infra*).

En suma las diez campañas de excavaciones realizadas han permitido acumular un compendio de datos y estructuras suficiente como para conocer la estructura interna y la extensión de este poblado. Así, sobre una plataforma alargada de tres hectáreas a la que sólo se accede con facilidad por el extremo opuesto al horcajo, Capote muestra unas excelentes cualidades para el hábitat y su defensa, pese a la escasa altura del cerro (446 m. s.n.m.).

Como castro de ribero, su emplazamiento fue elegido para el control de unos recursos concretos de sus entornos inmediatos, posiblemente subordinado a asentamientos de mayor entidad, como pudiera ser la cercana Nertóbriga. En esta disposición, Capote muestra su ocupación más espléndida a juzgar por la cantidad y buena conservación de los restos fechados entre el 150 y 80 a. C. Es difícil aportar fechas tan precisas, pero la buena conservación de los materiales hallados en disposición originaria en casas y calles permite precisar, junto con las noticias de la conquista romana dejadas por los escritores clásicos (Tito Livio, Estrabón, Plinio, Plutarco, Salustio...), un rango cronológico relativamente bien ajustado.

Pero el Castrejón de Capote estaba ya densamente habitado desde los siglos que precedieron a las Guerras de la Conquista romana y continuó durante las mismas, primero contra Viriato y, después, contra el mismo Sertorio, cuyas huestes debieron fortificarse entre sus murallas.

Por ello estas murallas y otras construcciones defensivas complementarias (fosos, antemuros, piedras hincadas...) conforman el conjunto de restos más espectaculares del poblado, como se observa en torno a la puerta principal del castro, un callejón en embudo de 5 metros de anchura máxima y 20 de longitud, antecedido por un foso y resguardado por torres y bastiones que alcanzan los 9 metros de altura conservada en la actualidad (Fig.: 2 y Láms.: 1 y 2). A este conjunto lo denominamos «Fortaleza de entrada» (Berrocal-Rangel, 2005-b). De ella, a lo largo de sus extremos salen sendas líneas de murallas que, con torres o bastiones emplazados en los puntos más débiles del perímetro, recorren la península sobre los límites de los barrancos o sobre sus mismas laderas. Sólo por el extremo opuesto a la Fortaleza, el extremo occidental del poblado, las murallas se abren en varias líneas, permitiendo un camino de trazado «en S» que, con

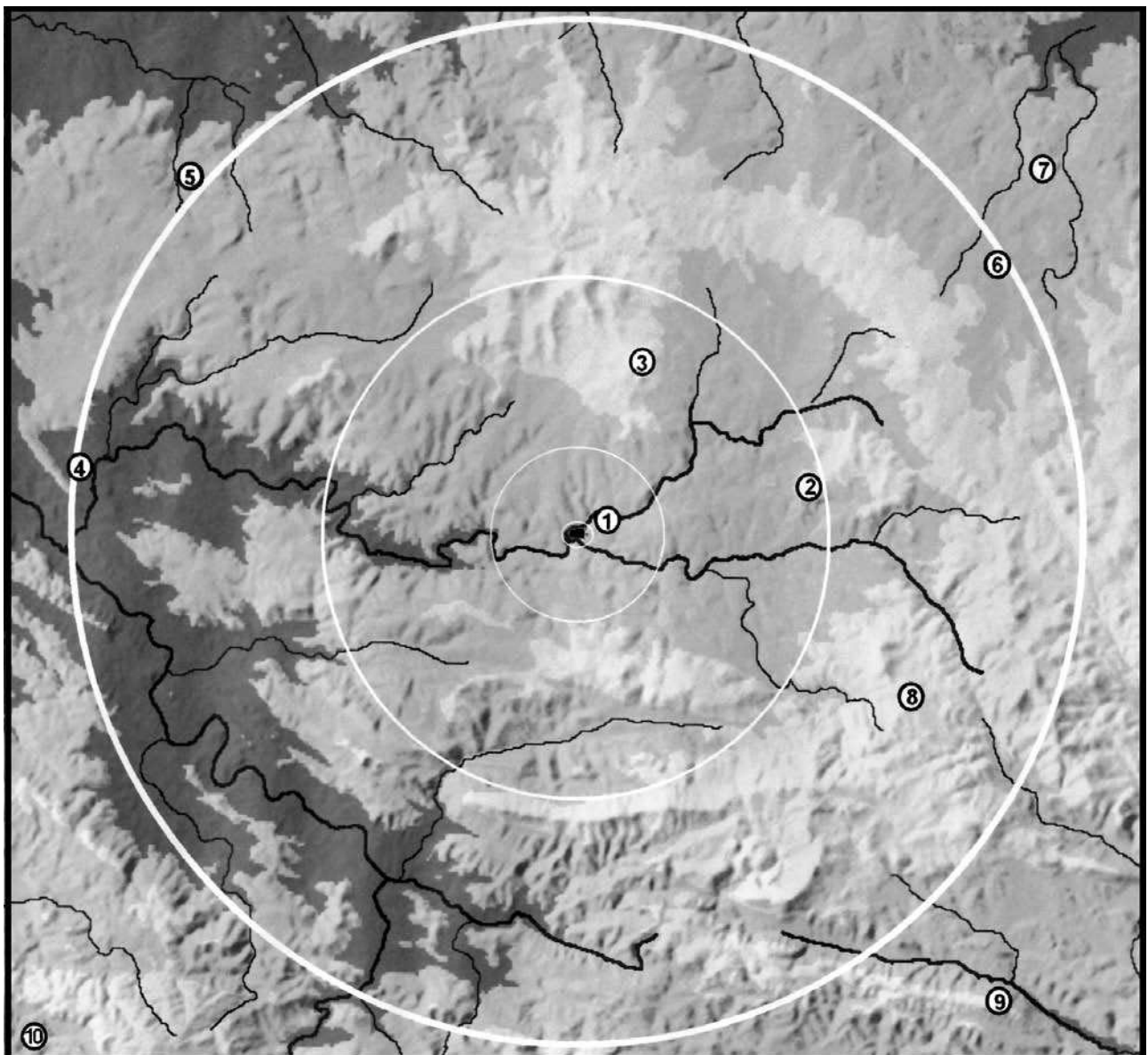
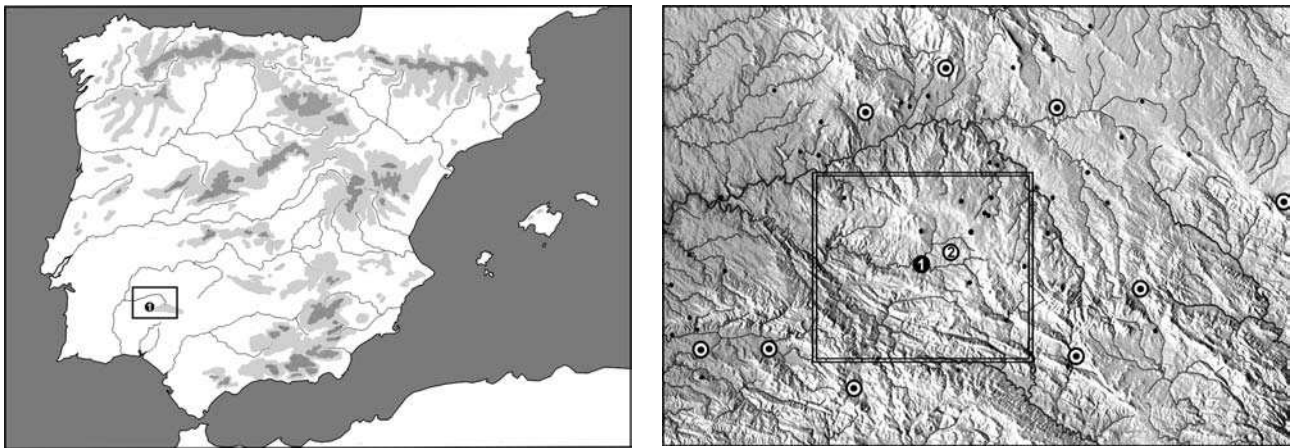


FIGURA 1.—1: Emplazamiento del Castreón de Capote en la Península; 2: Principales oppida célticos de la Beturia, entre ellos Nertobriga (nº 2); 3: Poblados prerromanos y romanos en torno a Capote, citados en el texto.

anchura suficiente para carros, conduce hasta el cauce del Álamo. Se han realizado tres intervenciones importantes sobre los restos de las murallas, además de algunos sondeos aislados, que han demostrado que fue construida a inicios del siglo IV a. C. y reformada varias veces, durante el siglo II a. C., antes de su desmantelamiento intencionado acontecido en la primera mitad del I a. C. (*vide infra*).

En su interior, las excavaciones revelaron una trama urbana articulada en torno a diversas calles longitudinales que convergen sucesivamente en la entrada principal. Estas calles se bifurcan sucesivamente y se complementan mediante callejones transversales que facilitan el acceso a cualquier punto intramuros y permiten el drenaje necesario en una comarca de elevada pluviosidad. Entre calles y callejones se reconoce un sistema de construcciones adosadas que repite un conjunto sencillo de dos estancias o habitaciones, modelo de casas familiares propias de este poblado (Fig.: 2).

Las casas disponían de una superficie media entre 30 y 50 m<sup>2</sup>, con dos estancias, una de acceso, mayor y multifuncional, y otra, trasera, menor, y generalmente dedicada a ser el almacén de los alimentos y del utillaje especializado (Berrocal-Rangel, 1992:183-185). En la primera de estas habitaciones, el hogar o cocina se emplaza en el centro, junto a un banco corrido que culmina en la pared medianera. Suele haber un apoyo central o pie derecho, para la techumbre y un molino giratorio de cierto tamaño. En la estancia trasera, se acumulaban las grandes vasijas de almacén y herramientas del campo, sobre suelos pavimentados. Acolado a este sistema, ocupando el centro mismo del poblado sobre el punto de bifurcación de la calle central, se localiza el Santuario, que fue destruido e intencionadamente «sepultado» en algún momento de los mediados del siglo II a. C., poco después de haberse celebrado, en él, una de sus ceremonias rituales. Al menos así se puede conjeturar del estado de sus materiales arqueológicos, que documentan la realización de un gran banquete comunitario, quizá para trescientas personas a juzgar por los juegos de cuenco y copa depositados, y de los animales sacrificados. La destrucción de este santuario, hacia el año 150 a.C., pudo ser, en buena lógica, consecuencia de la conquista romana de este territorio y la razón del porqué se sepultó el lugar, dado su valor ideológico entre los habitantes de este poblado (Berrocal-Rangel, 1996).

Pero tal hecho no supuso el abandono definitivo de Capote. Al contrario, se documenta una ocupación posterior (Fases 2a), a la que corresponden la mayoría de las murallas y de las casas que se conservan. Restos de un incendio generalizado pueden relacionarse con las guerras contra Viriato, quien posiblemente ocuparía el poblado entre los años 150 y 139 a. C., pero tras su derrota, los habitantes de Capote lograron la estabilidad necesaria para un evidente progreso económico (Fase 2b). Esta nueva fase duró algunos años, hasta la primera década del siglo I a. C.

En este período, los habitantes del poblado demuestran una clara pujanza económica y tecnológica, sin duda bajo la supervisión romana. Las vasijas cerámicas importadas de origen itálico proliferan junto con los grandes contenedores de aceite y vino; las ánforas itálicas acompañan a la generalización de la moneda, ésta de origen romano, turdetano y celtibérico, y la presencia de armas y adornos de diferente procedencia peninsular.

Las numerosas armas halladas y elementos de indumentaria militar indicarían que, tras la conquista definitiva de la Beturia hacia el 138 a. C., en Capote se instaló alguna unidad militar romana, posiblemente auxiliares de origen celtibérico. Así se comprende la aparición de monedas y adornos de esta procedencia, e incluso el ABLONIOS escrito en cuatro grandes vasijas, un nombre propio habitual entre los jefes celtíberos (Berrocal-Rangel, 1994-b).

Pero nada indica el porqué del final de esta fase del poblado, acaecido cuando mayor esplendor demuestran sus habitantes. Sólo que su abandono se produjo tras una salida súbita, porque se dejaron todas las pertenencias colocadas en sus emplazamientos ordinarios. Por ello cabe pensar en un nuevo episodio bélico que implicase la huida o el desplazamiento masivo de sus habitantes. Las secuencias estratigráficas indican con claridad que dicho acontecimiento ocurrió a inicios del siglo I a. C., posiblemente cuando en una nueva guerra, esta vez civil contra Sertorio, el frente se derrumba en la Beturia Occidental durante el Invierno del año 76 a. C. (Berrocal-Rangel, 2003-a: 206). El caso es que Capote no volvió a ser habitado como un poblado, y sus murallas fueron intencionadamente desmanteladas y soterradas, como se ha documentado en la llamada «Fortaleza» de entrada (*vide infra*).

Cien años después, una nueva fase de ocupación («1») se identifica en algunas cabañas de paja y barro, fueron construidas aprovechando las ruinas, por gentes de cultura romana pero con una precariedad de medios evidente (sin *tegulae*, ni ladrillos u hormigón, y con escasísima «terra sigillata»).

Y sin embargo, el hecho principal de esta fase es el hallazgo de una fosa abierta sobre las ruinas de la vieja entrada del poblado. En ella se depositaron una treintena de figuritas de dioses romanos fabricadas en terracota, junto a otras tantas lucernas de volutas y numerosa vajilla de lujo, fundamentalmente importada de Italia y Galia (R. Arribas, M. Blech, A. Morillo y M. Zazalejos, en Berrocal-Rangel y Ruiz, eds., 2003). Algunos utensilios de bronce y los análisis físico-químicos correspondientes indican que este conjunto fue intencionadamente destruido, tras un uso puntual, mediante el vertido de aceite ardiendo alentado con esencia de trementina y una posterior lapidación con las grandes piedras que colmataron la fosa. Algunas monedas han permitido obtener una fecha precisa del acto, hacia el 45 d. C. (A. Arévalo y L. Berrocal, *ibídem*).

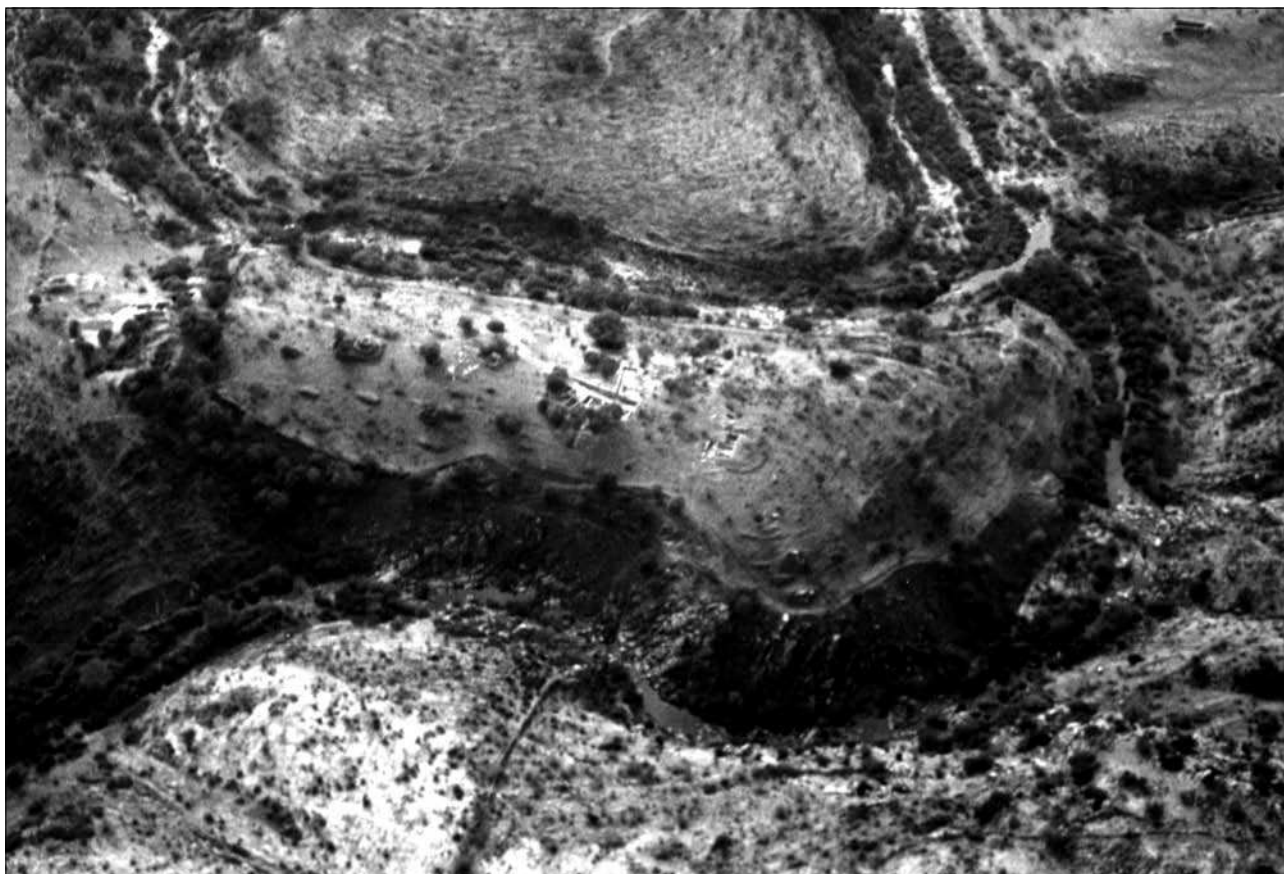


LÁMINA 1.—1: Vista aérea de El Castrejón (Foto L. Manglano); 2: Entornos y vista del acceso por el Este, con la fortaleza en primer término. (Foto L. Berrocal).

A partir del estudio de los entornos cercanos, es factible plantear que la población de Capote fue trasladada a inicios del siglo I a. C. a un yacimiento cercano (Fig.: 1.3 nº 1 y 2). Quizá conformasen la Nertóbriga romana de la Sierra del Coto como propuso A. Rodríguez Díaz (1998), aunque parece más lógico asociar este movimiento a la existencia de un nuevo poblado localizado en el cerro más cercano al Castrejón, que denominamos «Capote B». Prospectado en superficie, sus restos indican una extensión notablemente mayor, y la presencia de tejas y ladrillos confirman una fecha de ocupación claramente romana. Y es muy probable que, las entonces ruinas del Castrejón, fuesen recordadas por los descendientes de sus habitantes mediante alguna construcción cultural.

En suma, las excavaciones abiertas en el Castrejón de Capote entre 1987 y 2006 han permitido documentar la creación de un poblado «ex novo» a inicios del siglo IV a. C. dotado de potentes murallas, y de un foso por su extremo más accesible. En esta primera fase de ocupación prerromana («3») se documenta un poblamiento intramuros estructurado en casas alargadas y adosadas a lo largo de calles longitudinales convergentes en una plaza de entrada. Un santuario central de carácter gentilicio destacaba sobre las construcciones ordinarias de este poblado. A mediados del siglo II a. C. el santuario fue destruido en un acontecimiento de guerra que se manifiesta con un incendio generalizado y una reforma posterior de las murallas. Todo indica que se trata de la acción de conquista romana descrita por los Cronistas greco-latinos para la conquista de Nertóbriga en el 152 a. C. Pero el poblado no se abandonó y, durante una breve fase («2a»: 150-139 a.C.), debió acoger las huestes de Viriato que se encargaron de refortificarlo, reformando sus defensas de entrada. Tras la derrota lusitana del 139, Capote fue controlado por Roma y posiblemente acogió alguna unidad militar de origen celtibérico, hecho que aportó cierta estabilidad y pujanza económica a sus habitantes. Bajo el gobierno de un tal Ablonios y sus descendientes, se mantuvo habitado hasta el año 76 a. C., en una nueva fase conocida como «2b» (139-76 a. C.). El final fue súbito, abandonado rápidamente por sus pobladores, soterrada intencionadamente la fortaleza de entrada y desmanteladas sus murallas. Una ocupación posterior, como «cercado de ganados» de un poblado mayor, conforma la fase «1» sin murallas y con poco más que algunas cabañas y un edificio cultural.

## 2. CONSTRUCCIONES Y ELEMENTOS DEFENSIVOS

Esta sucesión cronológica se ve refrendada en las excavaciones efectuadas sobre las construcciones defensivas, realizadas a lo largo de tres campañas abiertas en extensión (1989, 1991 y 2006) y algunos sondeos aislados (1988, 1991). Estos últimos aportaron mayor

caudal de información, sin secuencias estratigráficas de importancia (Figs.: 3, 4 y 5).

Las dos primeras campañas en extensión se efectuaron sobre la fortaleza de entrada, dada la espectacularidad de sus restos y la novedad informativa que suponía. Pero los inconvenientes inherentes a las alturas conservadas, entre cuatro y nueve metros de muros de mampostería a seco, condicionó inevitablemente el volumen de estas actuaciones. En 2006, por requerimientos museográficos, se decidió abrir un sondeo sobre la línea de muralla meridional, oportunidad aprovechada para realizar una aportación trascendente en este estudio.

### 1) Fortaleza: flanco septentrional.

Fue sondeada en 1988 mediante la apertura de una zanja de 2 x 15 metros, a partir del perfil Sur de las cuadrículas YE6 – YE6' – XE6 (Fig.: 3, Lám.: 2).

Una anchura superior fue desaconsejada por motivos de seguridad ante la potencia de los estratos de derrumbes hallados y la altura final conservada en este tramo de muralla.

La lectura estratigráfica documentada refleja una secuencia organizada en, al menos, dos series de estratos de época prerromana, correspondientes básicamente a las fases de ocupación 2 y 3 comentadas en la introducción. Bajo una potente capa de abandono y deposición histórica que aún ahora no ha llegado a cubrir el grueso muro exterior de la muralla, pudimos localizar una secuencia por un estrato de destrucción de hasta 1,5 m. de potencia, formado básicamente por mampuestos caídos de la muralla. Esta capa cubría literalmente otra múltiple, también de grosor considerable, y con numerosas cerámicas y sucesivas capitas de pizarra machacada que la identificaban como «suelos de uso». El número de suelos de pizarra y la potencia de esta capa en general indica que se trata de una fase de cierta duración que, en razón de la secuencia general, identificamos con las fases «2a y 2b» en conjunto.

La datación de esta muralla entre los años 150 y 76 a. C. parece evidente a juzgar por las cerámicas itálicas de barniz negro y otros elementos típicos del registro de esta secuencia, fechas en las que la muralla, que responde a un muro con doble paramento y 3 metros de grosor, estaba precedida de un foso y de los consideramos que pudo ser una barrera de piedras hincadas (Fig.:3 y Lám.: 2.1).

El foso aparece como un elemento reaprovechado de una fase anterior. Aún así, los perfiles dejan claro que se encontraba en uso aunque parcialmente colmatado. Posiblemente por ello, y como medida eventual ante un ataque, los habitantes de Capote decidieron emplazar agudas piedras hincadas sobre el arranque de la berma, entre dicho foso y la muralla. Las piedras, de medio metro de altura, fueron halladas caídas sobre el borde de foso en número de tres en los escasos 2 metros de anchura del sondeo pero en el perfil se observan al menos otras tres más, confirmando que

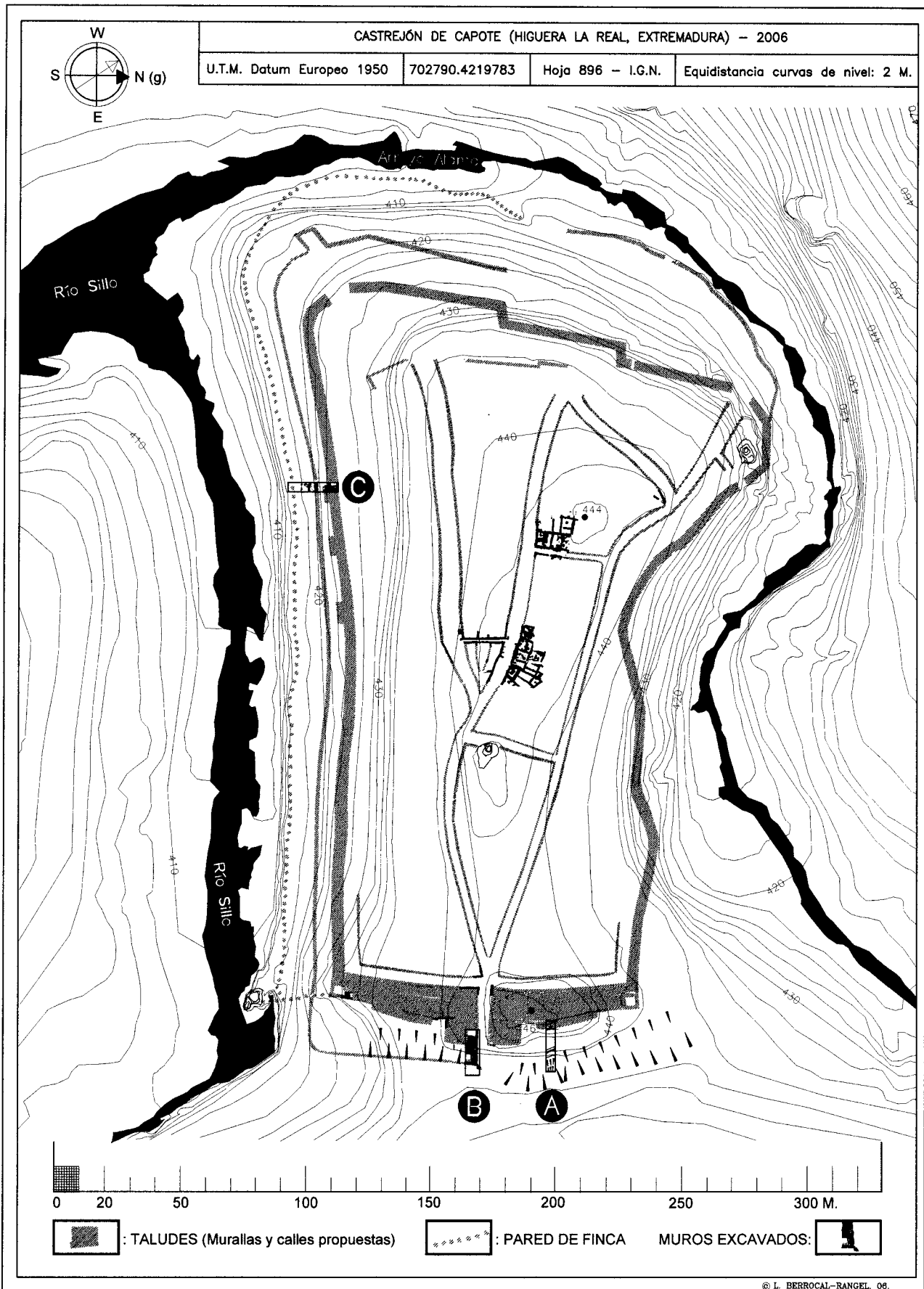


FIGURA 2.—El Castrejón de Capote con el trazado básico de sus murallas y calles. A: Sondeos en el ala norte de la Fortaleza; B: Sondeos en la entrada de la Fortaleza; C: Sondeos en la muralla suroeste.

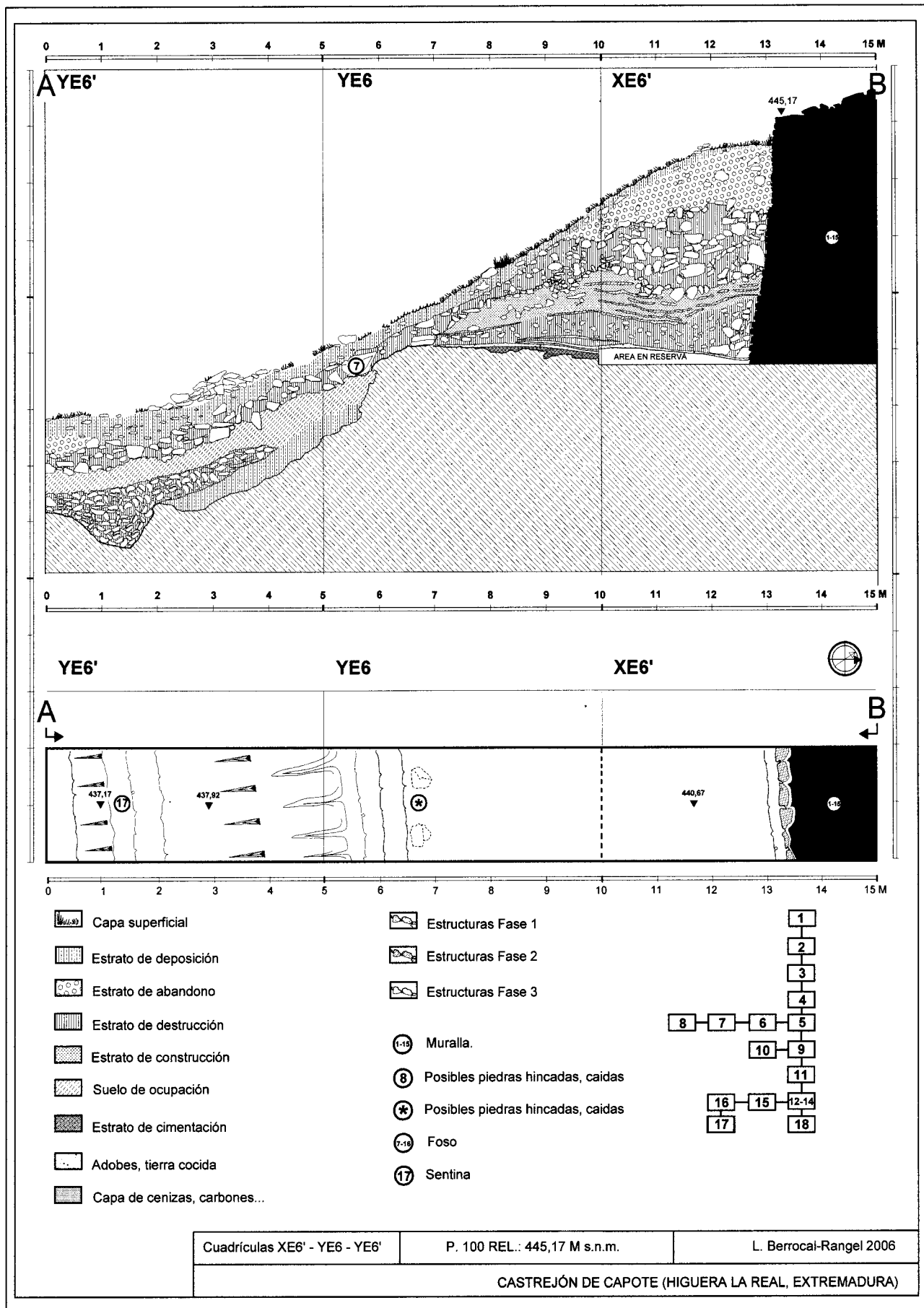


FIGURA 3.—Perfil Sur y dibujo de la planta final de los sondeos abiertos en el ala norte de la Fortaleza.

estaban desmanteladas en el momento del abandono de la fortaleza. Su presencia, en época tardía, sertoriana, ha sido ya debatida en otro lugar y tiene paralelos en el «paisaje fortificado» del Ardila, en los cercanos castros de Las Peñas de Aroche (Huelva), Batalla del Pedruégano (Fregenal de la Sierra, Badajoz) y Castillo de Reina (Badajoz) – (Berrocal-Rangel, 2003-b) (Fig. 1.3 nº 5 y 9).

La serie estratigráfica anterior refleja la escasez de cerámicas itálicas y la abundancia de vasijas hechas a mano que caracteriza la fase 3 del poblado. La secuencia parte desde la roca madre, que fue excavada a 7 metros de la muralla para formar un foso de 11 metros de anchura y 4 metros de profundidad. Este foso presenta un perfil en «V» compuesto, es decir provisto de sentina o canal en el vértice interior. Una capa de colmatación parcial, con escasos materiales, es cubierta por otra, compuesta por cascotes procedentes de la primera destrucción de la esta muralla. La fecha del 152 a. C. para este acontecimiento se extrapola el resto del registro estratigráfico del poblado. No fue posible apreciar resto alguno de piedras hincadas pero sí se pudo constatar la dureza de la cimentación, lograda mediante la disposición de un suelo de pizarra pulverizada y quemada sobre la roca madre. Otras dos capas de idéntica constitución siguieron a esta primera, todas ellas de una dureza extrema como se comprobó al cortarlas «a pico» por su zona más exterior (Fig.: 3) (Lám.: 2).

## 2) Fortaleza: puerta principal.

Fue excavada en las intervenciones de los años 1990, 1991 y 1994 con la apertura de las cuadrículas YO1 – YO1' – ZO1 – ZO1', entre una intervención en área abierta de mayor extensión que fue limitada por los condicionantes de conservación de las murallas al norte del área, en túmulo y con gran altura, y por el hallazgo inesperado del depósito de época romana hallado en la capa I de esta zona (Fig.: 4; Lám.: 2.1).

En el presente estudio, la documentación procede de las tres primeras cuadrículas que suponen un área de 5 x 15 metros. La secuencia estratigráfica histórica se inicia con una densa capa de piedras colocadas intencionadamente en forma de túmulo escalonado en un momento posterior al abandono del poblado y que hemos integrado en la fase 1, de época alto-imperial, por servir de alojamiento al depósito romano referido. Pero este soterramiento intencionado de la fortaleza debió ser anterior y juzgamos que nada impide emplazarla en una época inmediatamente posterior al abandono del poblado en el año 76 a. C. (Berrocal-Rangel, 2003-a: 204-206).

El soterramiento intencionado de la fortaleza, escalonado, se observó con claridad en el corte ZE1, que correspondía al vano de entrada de la puerta principal del poblado. Cubría una serie de estructuras que conforman una puerta «en embudo» de 4 a 6 metros de anchura y 30 metros de longitud máxima (Fig.: 2).

De ellas, destaca el bastión que flanqueaba la puerta por el Sur, de planta cuadrangular y macizo al interior. Este bastión, YO-A, conserva cuatro metros y medio de su altura original y conforma la puerta junto con su simétrico al Norte, que sólo pudo ser identificado superficialmente por motivos de seguridad. Entre ambos se forma la puerta propiamente dicha, a lo largo de 22 metros, y de éste, al menos, parte una prolongación hacia el exterior en forma de grueso muro de 2,5 metros cuyo escalonamiento actual refleja la forma de los taludes que lo soterraron (Fig.: 4). Debía, por tanto, presentar la altura propia del bastión y quizá poseía un elemento paralelo al norte de la entrada, pero no se encontró resto alguno que lo indique.

Al Sur de este muro de prolongación, bajo una capa de cascotes y mampuestos caídos, se localizó a 439,25 metros un suelo de uso formado por guijarros de río y pequeñas lascas de pizarra que alcanza la totalidad de la longitud de este muro excepto por su posible inserción de un pequeño antemural paralelo al bastión por el exterior. En el pavimento, junto a la cara interna del muro de prolongación se localizó una vasija de almacén convenientemente encajada en un agujero realizado sobre el pavimento, a modo de vasar (Fig.: 4 nº 8). Los materiales documentados en esta serie estratigráfica se emplazan con facilidad en la Fase 2b del poblado, entre los años 138 y 76 a. C.

Por debajo una nueva serie estratigráfica demuestra que, en la fase posterior acabada de describir, no se había hecho otra cosa que continuar una planimetría previa. En esta fase se constata la construcción del antemural sobre la roca madre (Fig.: 4 nº 11) y se comprueba a 438,60 metros de profundidad la presencia de otro pavimento, esta vez de tierra apisonada y parcialmente cocida, en el que se había emplazado otro vaso de almacén, en el mismo lugar y de la misma forma en el que se colocaría el superior varias décadas después (Fig.: 4 nº 12). No consta, sin embargo que el muro de prolongación cerrase esta zona en este momento ni que el bastión fuese macizo, porque en este caso se comprueba con seguridad que estaba hueco a juzgar por el paramento interior localizado en su muro exterior y por el muro paralelo que se documentó dentro del bastión (Fig.: 4 nº 18 y 19; Lám.: 3). La cota superior de este muro nº 19 (439,17 metros) coincide con el paramento interior del principal y permite considerarlos en uso durante esta fase «2a» que fechamos entre los años 150 y 138 a. C.

Pero la estructura hueca del bastión es anterior, como se observa por la continuación de la capa de cascotes que la compactó para su posterior relleno. Esta capa nos introduce en la fase «3» del poblado, aunque las posibilidades de un derrumbe seguro impidió bajar de la cota 436,80 metros, a unos 7 metros de la superficie, por lo que no fue posible comprobar que el bastión asienta sobre la roca madre. Es factible que así sea si se considera la aparición en el muro nº 19 de tres agujeros equidistantes 0,75 metros, que tenían





LÁMINA 2.—1: Bastión y puerta principal de la fortaleza; 2: Ala Norte, sondeos XE6', YE6' y YE6' con el arranque del foso en primer término y algunas piedras hincadas caídas sobre él, en el perfil.

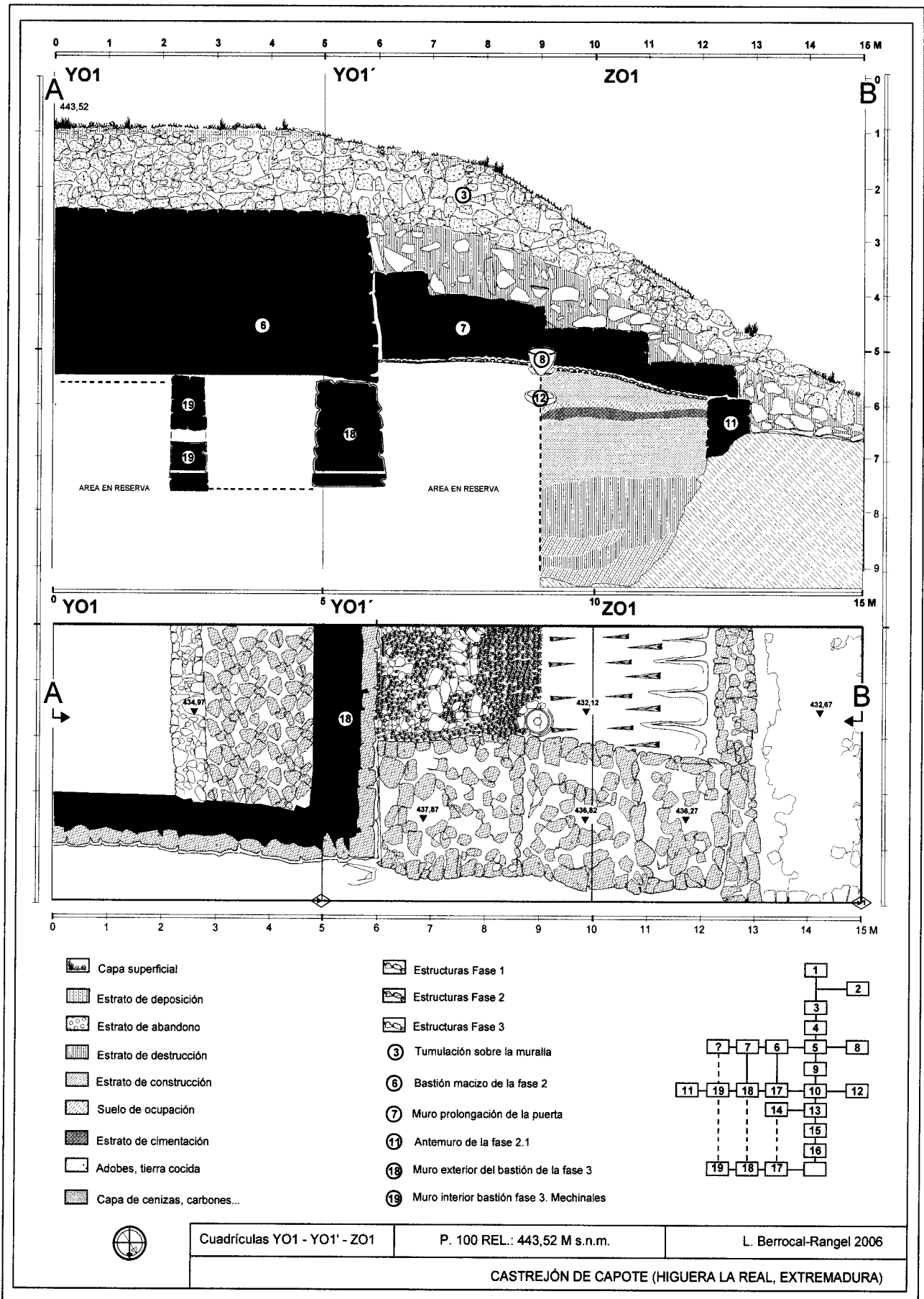


FIGURA 4.—Perfil Norte y dibujo de la planta final de los sondeos abiertos en la puerta de la Fortaleza y entrada principal del castro.



LÁMINA 3.—1: Bastión y muro proyectado al exterior; 2: Muro con agujeros de vigas, a lo «gálico», en el interior del bastión. Deben responder a «mechinales» de apoyo al primer piso. No se pudo profundizar más.

que funcionar como mechinales de las vigas que sustentaban el suelo de un piso elevado, lo que permite suponer una profundidad mínima de dos metros, distancia que vendría a coincidir con la roca madre en este punto (Fig.: 4 – Lám.: 3.2). Al exterior del bastión, bajo el pavimento de la fase «2a», se reconocen las capas de cascotes que soterraron el foso en YE6' y las depositadas durante el uso de éste.

El foso tiene su borde exterior justo por debajo del antemural nº 11 de la fase «2a» y se desarrolla hacia el bastión. No se excavó a lo ancho en su totalidad pues era preciso conservar una zona de seguridad frente al bastión con un testigo de 3 metros, que respetara parte de los pavimentos posteriores y evitara que la trayectoria del foso afectara a los cimientos del muro exterior del bastión, junto al que parece situar su borde interior. Por ello sería fácil conjeturar que la muralla debía estar más retranqueada en esta fase inicial de la fortaleza. Sin embargo resulta importante observar que la profundidad supuesta para el muro interior 19, con los mechinales, colocaría sus cimientos a una cota similar a la base del foso (435,00), algo que solo puede implicar, o la posterioridad de esta construcción respecto al primero, o la presencia de un semi-sótano aprovechando la excavación de un foso ancho y poco profundo al interior (Fig.: 4). La incógnita sólo se podrá resolver a partir de la continuación de las excavaciones en este sector, aunque en principio nos inclinamos por la segunda de estas propuestas (que tampoco niega la primera). Los escasos materiales hallados en el interior de foso y entre los muros 18 y 19 apoyan una cronología antigua para estas construcciones, propia del siglo IV y III a. C. y, por tanto, los encuadramos en la fase «3» del poblado, aunque el foso pueda ser anterior.

### 3) Muralla meridional.

En 2006, durante las obras de musealización del yacimiento, se intervino dicha línea de muralla mediante un sondeo en forma de zanja de 3 x 15 metros que la cortase en su totalidad (Fig.: 5 y Lám.: 4).

Sus resultados han demostrado, de nuevo, la importancia singular del emplazamiento de este poblado, increíblemente inadecuado para su defensa natural y las fortificaciones complejas del que fue dotado, pues este flanco corre paralelo a una pendiente pronunciada que cae sobre el río Sillo y, por la otra orilla de éste, las pendientes son similares pero superiores en altura a Capote.

Pese al talud destacado que se localiza a media ladera, que resultó ser el camino de servicio de un molino medieval de rodezno, el sondeo no proporcionó muralla alguna asociada a la fase de ocupación final de época republicana, «2a». En su lugar se documentó, con los materiales cerámicos propios del momento, parte de un muro transversal al talud, con un grosor medio de 0,75 metros que estaba construido sobre un pavimento de pequeñas piedras de cuarcita. Su función es descono-

cida porque aparecía cortado de antiguo por el interior y desaparecía con la ladera por el exterior. Numerosos restos de cenizas y carbones indican la presencia posterior de un incendio (Fig.: 5 nº 5-6).

Por debajo, a partir de la cota 423,80 metros, se inicia una serie estratigráfica con capas de abandono, derrumbe y destrucción de un complejo sistema de amurallamiento compuesto por zarpa (Fig.: 5 nº 16), antemural de 1,5 m. de grosor (Fig.: 5 nº 15), un camino de ronda exterior y una segunda línea de muralla de las llamadas de «cajones», con 4 m. de anchura (Fig.: 5 nº 14-12 – Lám.: 4.2). Dos muros en perpiaño, o tirantes, tienen un grosor de 0,30/0,35 metros y se separan 0,75 metros entre sí, marcando un relleno de cascotes (Fig.: 5 nº 13). Los muros interior y exterior presentan grosores entre 0,50 y 0,75 metros, siendo el exterior más potente de ellos (Fig.: 5 nº 14-12). Éste, además, estaba dotado de lo que creemos era un paramento adosado por el interior y por una estructura de refuerzo al exterior, sobre el camino de ronda cubierto, que parece haber sido un bastión rectangular. Pero la mala conservación de todas estas estructuras, dada la inclinación de 45° que presenta la ladera, no ha permitido documentar la forma completa de esta estructura. Solo la localización en superficie de otros elementos similares nos permite, con suma prudencia, proponer la presencia de estos refuerzos rectangulares que, a modo de pequeños bastiones, jalonarían equidistantemente esta muralla. Tres hogares superpuestos hallados sobre el camino de ronda nos indicaría la densidad de uso de esta fase 2a. (Fig.: 5).

Armas y un potente nivel de cenizas fueron hallados sobre esta muralla, cuya cronología corresponde bien dicha fase «2a» de mediados del siglo II a. C. No obstante, pese a que los trabajos de excavación no han avanzado en profundidad, puede concluirse que todos estos elementos aparecen apoyados sobre estructuras anteriores de la fase «3» por lo que la fecha de la muralla puede retrasarse hasta el siglo IV a. C.

En conclusión el Castrejón de Capote surge como poblado fortificado a finales del siglo V o inicios del IV a. C. con una línea de muralla, posiblemente sencilla, y un foso en el único tramo accesible de su perímetro.

Durante el siglo IV a. C. esta muralla debió ser reforzada con torres y bastiones en dicho extremo, oriental, y construirse con profusión de medios por sus flancos, expuestos a un tiro fácil frontal desde los cerros inmediatos. Se construyó así una muralla de doble línea, con la exterior en forma de un antemural ancho, dotado de zarpa diferenciada, y un camino de ronda cubierto que lo separa de la verdadera muralla, un lienzo de cajones de más de cuatro metros de anchura. Esta complejidad debía contrarrestar la debilidad natural de un terreno que, por escarpado que sea, es dominado en altura desde las pendientes vecinas, distantes poco más de 50 metros en línea recta. La complejidad de esta muralla de cajones se refleja también en la for-

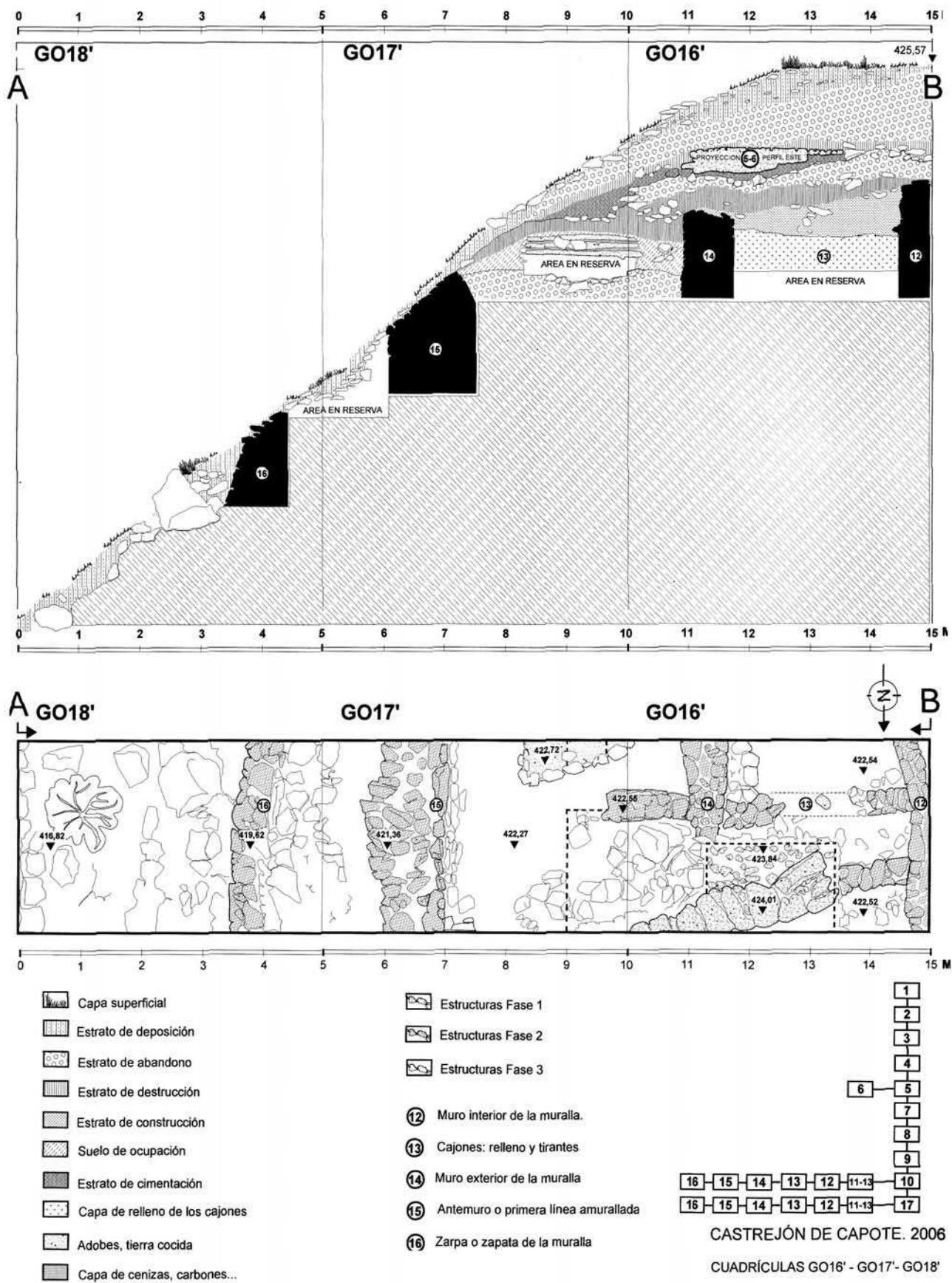


FIGURA 5.—Perfil Oeste y dibujo de la planta final de los sondeos abiertos en el flanco meridional del castro, muralla Suroeste.



LÁMINA 4.—1: Talud del flanco meridional de la muralla y sondeo abierto en ella; 2: Muralla de cajones con tirantes a perpiaño.

taleza de entrada, donde se manifiesta como una enorme construcción de más de 100 metros de longitud provista de bastiones y torres huecas, y cuyo foso había sido parcialmente colmatado para ser sustituido por otro antemural, más débil que el de la muralla meridional, y otro camino cubierto. La puerta principal fue considerablemente alargada en su longitud hasta alcanzar los 35 metros. Todo indica que la muralla fue afectada por la conquista romana del poblado que relacionamos con la toma de Nertóbriga citada por las fuentes greco-latinas en el año 152 a. C. Una acción tan contundente tuvo su contrapartida en la destrucción del santuario central y también en la fase consecuyente, «2a» de esta muralla. El hallazgo entre los mampuestos de la muralla meridional de un aplique tipo «carrete» de bronce, propio de los grandes puñales —por las vainas— y de las espadas de tipo Miraveche (Farnié y Quesada, 2005: 136 ss; Sanz Mínguez, 1997: 426-427) y de un cuestionable fragmento de espada de La Tène, horadado con detalle como un arma-trofeo al estilo de las documentadas en Ullastret e Illa d'en Reixac (Rovira, 1999: 16-17), permite comprender la importancia simbólica que parece haber jugado esta muralla, factible de mostrar armas-trofeos.

Esta muralla de cajones se mantuvo, y la estructura de puerta con antemural, durante las Guerras contra Viriato pero tras ellas, conquistada definitivamente la Beturia, parece que las capacidades defensivas de estas construcciones fueron reducidas drásticamente.

En la fase de ocupación «2b» entre los años 138 y 76 a. C. no se constata la presencia de muralla en el flanco meridional y se comprueba la colmatación parcial del foso en la fortaleza de entrada. El bastión YO-A se rellena por el interior, el antemuro pudo abandonarse, como en GO18, y el foso conservado en la esquina nororiental de la fortaleza fue reforzado, ante su escasa profundidad, por una barrera de piedras hincadas, posiblemente colocadas en un momento final de necesidad, dentro de las Guerras Sertorianas.

Sorprende la escasez prestada en estas décadas a la defensa, pero quizá se explique por la presencia de contingentes militares aliados de los romanos que darían, en sí, suficiente seguridad a sus habitantes. Pero, tras la caída del frente sertoriano y el abandono final del poblado, Roma determinó destruir y soterrar las murallas existentes en esta fase postrera, sin duda como única vía para evitar que la población volviese a cobijarse entre sus muros.

### 3. EL PAISAJE FORTIFICADO COMO CONTEXTO

Esta complejidad constructiva se desarrolla en esta pequeña península interior de poco más de 3,4 hectáreas de extensión, con la densidad y la monumentalidad ya comentada. El emplazamiento, pese a ser rico en aguas y estar fuertemente enmarcado por los barrancos del Álamo y del Sillo, es una meseta hundida en el paisaje, con un dominio de los entornos y del horizonte muy condicionado por los cerros que la circundan.

Por ello, y para dar una respuesta al sentido que supuso la inversión de tantas energías y recursos en la construcción de sus murallas, hemos abordado el análisis minucioso del paisaje dentro de los parámetros iniciales aplicados al proyecto BHA2003-02199 «Las fortificaciones prerromanas de la Península Ibérica.»

En él, hemos partido de una acepción del término «paisaje»: «junto con los términos de otras leguas europeas con los que está emparentado morfológicamente, no se puede confinar de ningún modo a la geografía visible. Las conexiones entre la morfología de una región territorialmente delimitada y la identidad de una comunidad cuya reproducción social está ligada a los derechos usufructuarios y a las obligaciones sobre esa área, son la razón del *Landshaft* alemán y sus derivados» (Cosgrove 2002: 64).

Para nosotros este paisaje viene definido por tres ámbitos complementarios:

#### 1) Paisaje de los accesos (paisaje accesible).

Se refiere al territorio que circunvala el poblado. Incluye, por tanto, no sólo los accesos sino todo el espacio circundante. Estratégicamente podemos considerar este ámbito como el definido por el alcance máximo de los arcos simples (250 metros.: Quesada 1997: 476), que viene a coincidir con el medio efectivo de las hondas y de los arcos compuestos, considerando cierta generosidad que puede comprenderse de la mayor potencia obtenida por la posición superior en altura de un defensor. La distancia se aplica desde el paramento exterior de la muralla.

A partir de estas premisas, el estudio de los accesos de El Castrejón se ha realizado *a priori* mediante el uso del programa Carta Digital Militar v.2 del Servicio Geográfico del Ejército con el cálculo de la distancia referida a partir de las murallas y a lo largo de los rumbos acimutales de un octante (Fig.: 6). Los resultados se exponen en la siguiente tabla (nº 1).

Valores de porcentajes de pendientes máximas según octantes del S.G.E.:

1:	pendientes inferiores a 3% =	2 casos.
2:	pendientes entre 3.1% y 7% =	2 casos.
3:	pendientes entre 7.1% y 14% =	1 casos.
4:	pendientes entre 14.1% y 17% =	0 casos.
5:	pendientes entre 17,1% y 45% =	3 casos.

Media ponderada de los valores aplicados por casos:

$$\frac{\sum N_1N_2N_3N_4N_5}{8} = \frac{(2 \times 1) + (2 \times 2) + (1 \times 3) + (3 \times 5)}{8} = 3.00$$

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota máx.	Dif. M.	Grado pendiente	Dist. geométrica	Distancia aire
0°	0,03°	46	458	-14	18,4 %	254 m.	251 m.
45°	44,6°	19	472	-26	7,42 %	256 m.	256 m.
90°	90,7°	17	468	-22	0,25 %	250 m.	250 m.
135°	136,9°	03	448	-02	1,21 %	247 m.	247 m.
180°	180,5°	13	426	+18	5,19 %	250 m.	250 m.
225°	224,6°	16	464	-20	6,25 %	256 m.	256 m.
270°	270,7°	43	478	-34	17,2 %	254 m.	250 m.
315°	325°	44	492	-48	17,4 %	257 m.	253 m.

TABLA 1.

Por tanto, con este índice Capote tendría una accesibilidad típicamente «encauzada», según los criterios y el baremo del Servicio Geográfico del Ejército Español (1974)<sup>109</sup>, algo evidente cuando se analizan los desniveles máximos absolutos en esta distancia, con un solo caso inferior a 10 metros, hacia el Sureste. Este índice «3» marcaría el límite máximo que pudiera considerarse como adecuado para un hábitat en condiciones no extremas según el S. G. E.

El tramo Sureste, y el contiguo al Este, con porcentajes de 1,21 y 0,25 respectivamente, contrastan con el resto, entre el 5,19 y el 18,4 %, e indican la dirección de dicho encauzamiento. Por ello es comprensible que la fortaleza se sitúe sobre este extremo y ayude a mejorar, con varios metros de altura, el control sobre él. No es sorprendente la construcción de las grandes murallas del flanco sur y del extremo oeste, donde las cotas máximas de los accesos son 2 metros superiores a la de Capote, en el primer caso, y 18 metros por debajo, en el segundo. Pero sorprende en el resto de murallas, ya que son ampliamente dominadas desde cualquier acceso, especialmente por el Oeste y el Norte, con más de 40 metros de diferencia entre las alturas máximas de estos entornos y del interior de El Castrejón (444 y 446 m. de cotas máximas).

De todo ello se deduce con facilidad que Capote ocupa un emplazamiento hundido en el terreno y batido prácticamente desde el exterior de siete de sus octantes. Este emplazamiento está claramente enfocado hacia el octavo, el único que se domina visualmente,

hacia el Suroeste, donde se flanquea el río Sillo frente a su unión con el Álamo. Pero el acceso al poblado está claramente encauzado por el extremo contrario, al Este, donde ningún barranco o cauce fluvial dificulta el paso. Eso significa que desde el Castrejón no se domina visualmente su acceso o, mejor, se domina en menor medida de lo que es dominado desde el exterior, donde los 472 metros de cota máxima suponen 26 metros de diferencia respecto al interior de Capote. Es importante anotar que es en este lugar donde se emplaza el yacimiento de Capote «B», de ocupación aparentemente posterior según los materiales superficiales.

Independientemente de las connotaciones rituales e ideológicas, este contraste sin duda debe entenderse como una respuesta a las necesidades defensivas, explícitas o no, manifestadas por los habitantes de este poblado.

## 2) Paisaje del dominio visual (paisaje dominado)

Se define por el alcance visual ordinario que desde las murallas permite reconocer imágenes con ciertos detalles fundamentales. Para materializar este dominio hemos utilizado las pruebas efectuadas desde inicios del Siglo XX por la Cruz Roja para elegir y mantener una insignia fácil de distinguir y ser reconocida a larga distancia: «las pruebas de visibilidad del emblema efectuadas por el CICR confirmaron que, en caso de tiempo claro, una bandera de la Cruz Roja de 10 M. de anchura no es identificable a una distancia de 5000 M., y una de 5 M. de anchura, a penas se puede reconocer a 3000 M.» (Cauderay 1994: 270).

Por razones de efectividad instrumental proponemos el uso de una distancia de **2500 metros/radio**

<sup>109</sup> Índices de accesibilidad: Accesibilidad abierta:  $\geq 1.49$ ; accesibilidad condicionada:  $\leq 1.50 / > 2.49$ ; accesibilidad encauzada:  $\leq 2.50 / > 3.49$ ; accesibilidad restringida:  $\leq 3.50 / > 4.49$ ; inaccesibles:  $\leq 4.50$ .



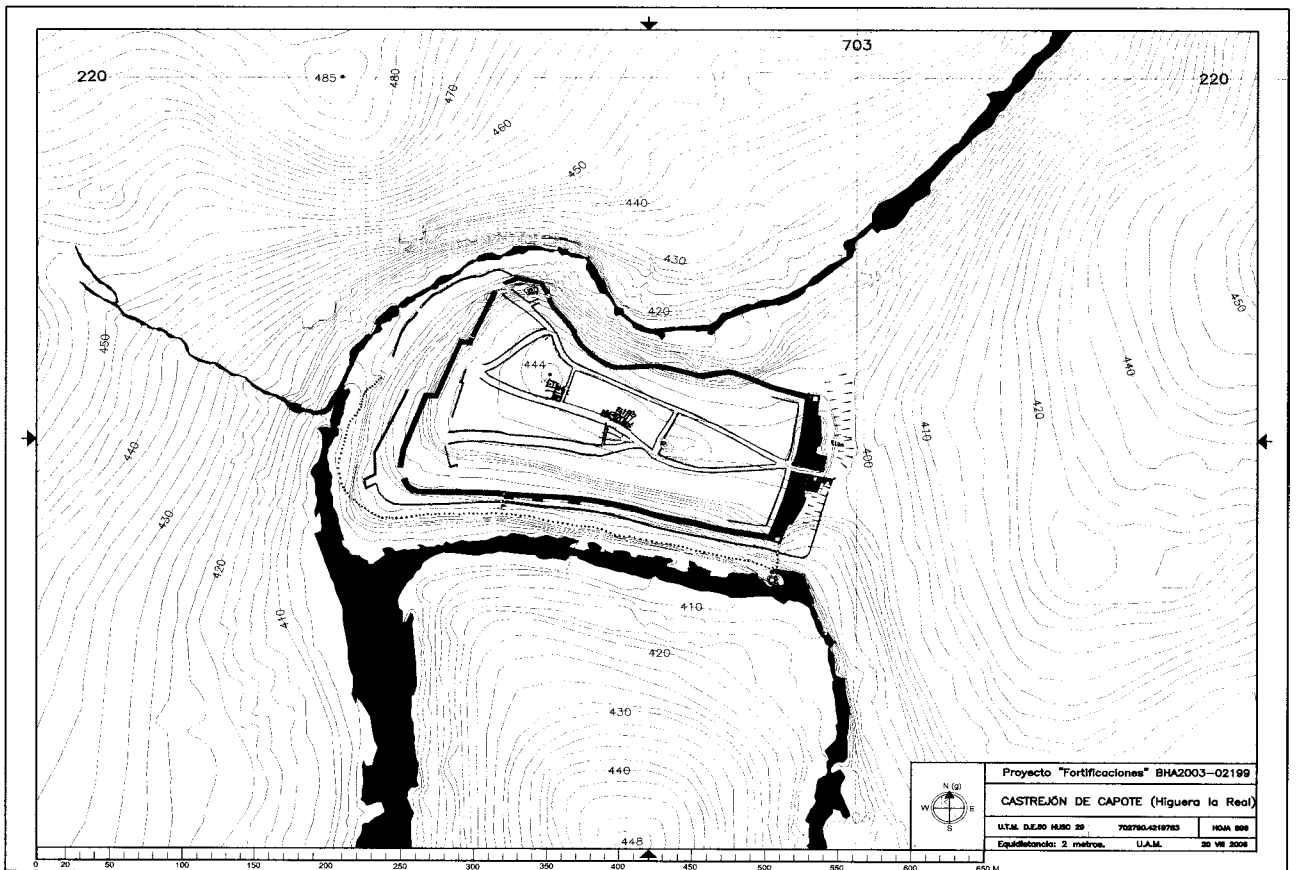
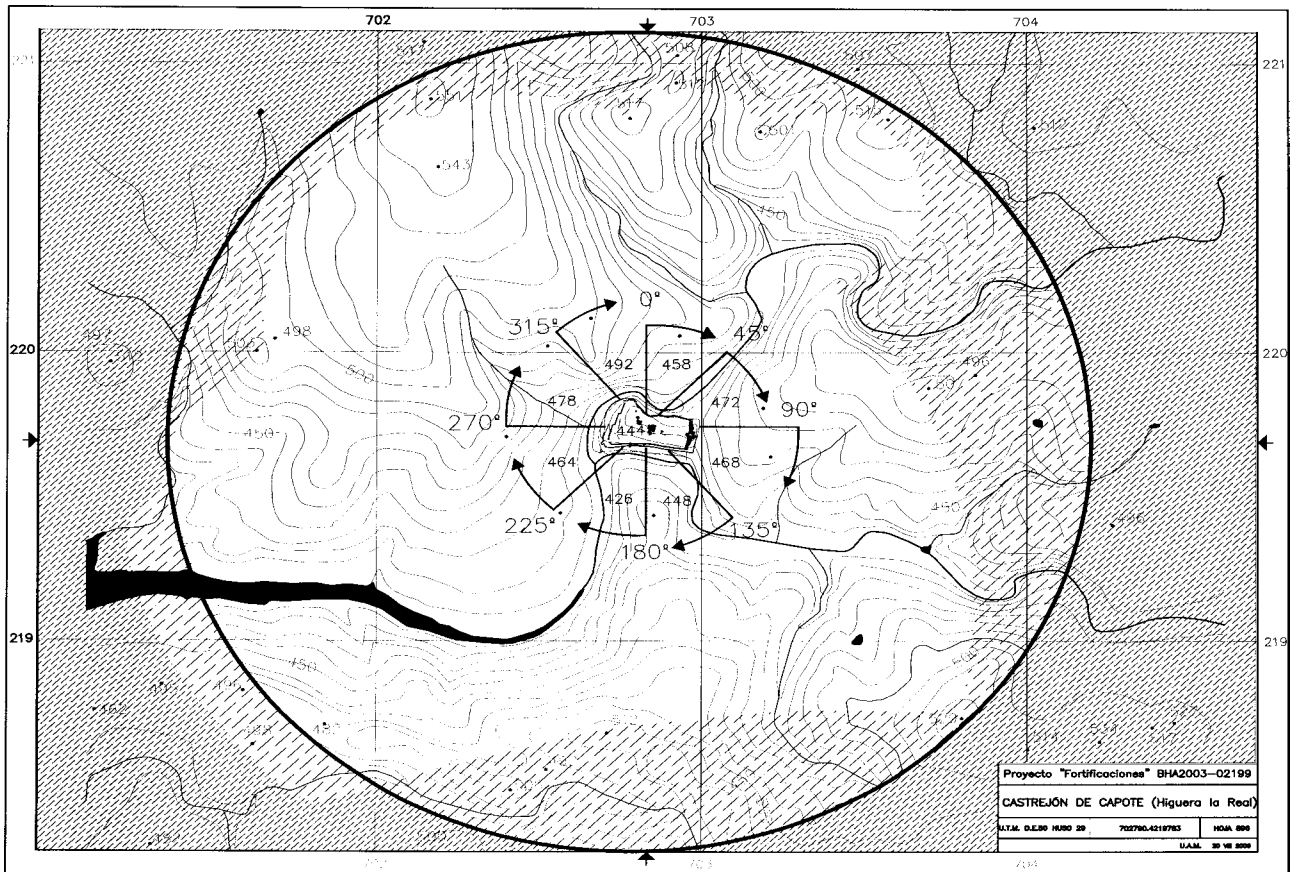


FIGURA 6.—1: Paisaje del dominio visual y de los accesos, estos calculados a partir de los rumbos acimutales marcados por sus octantes; 6.2: Entornos del Castrejón.

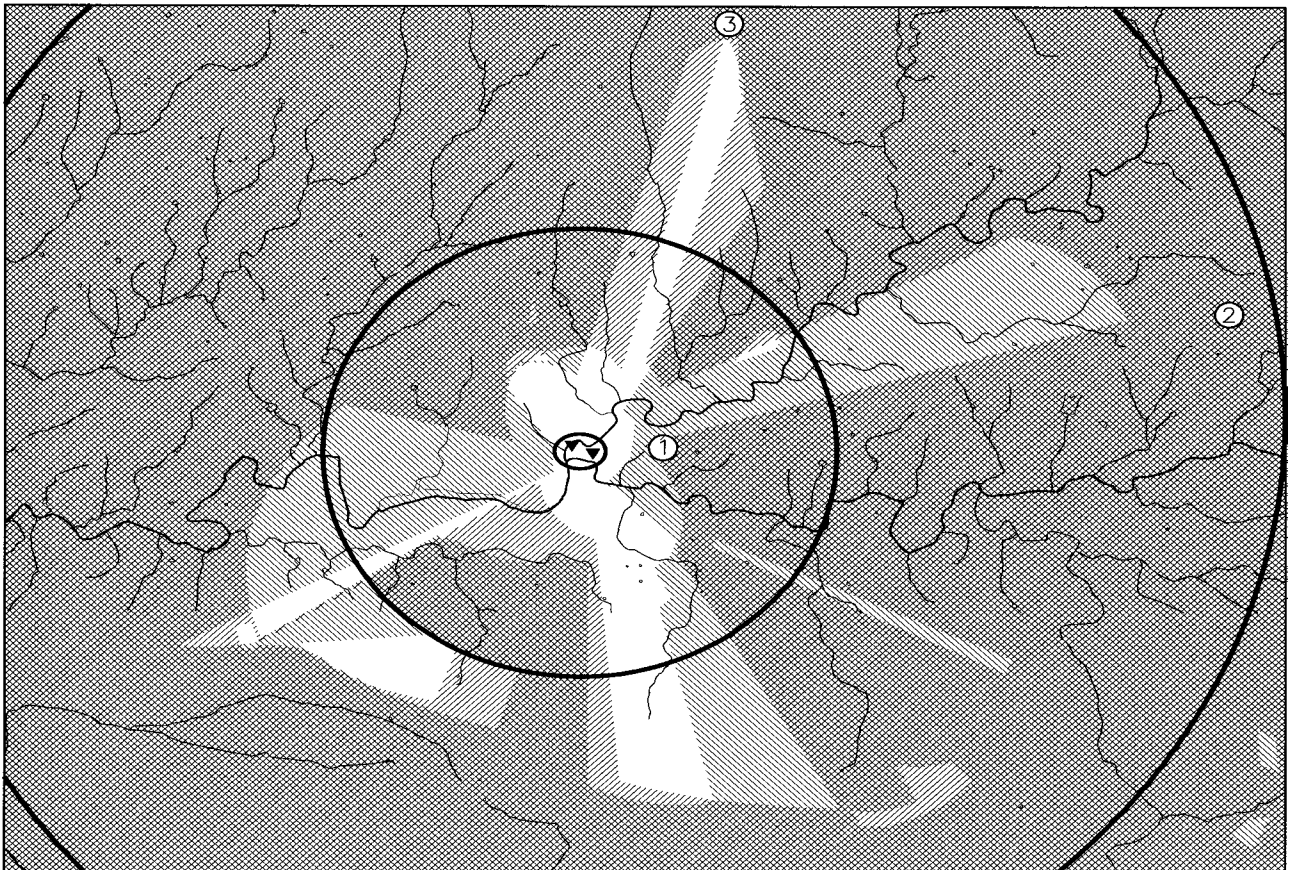
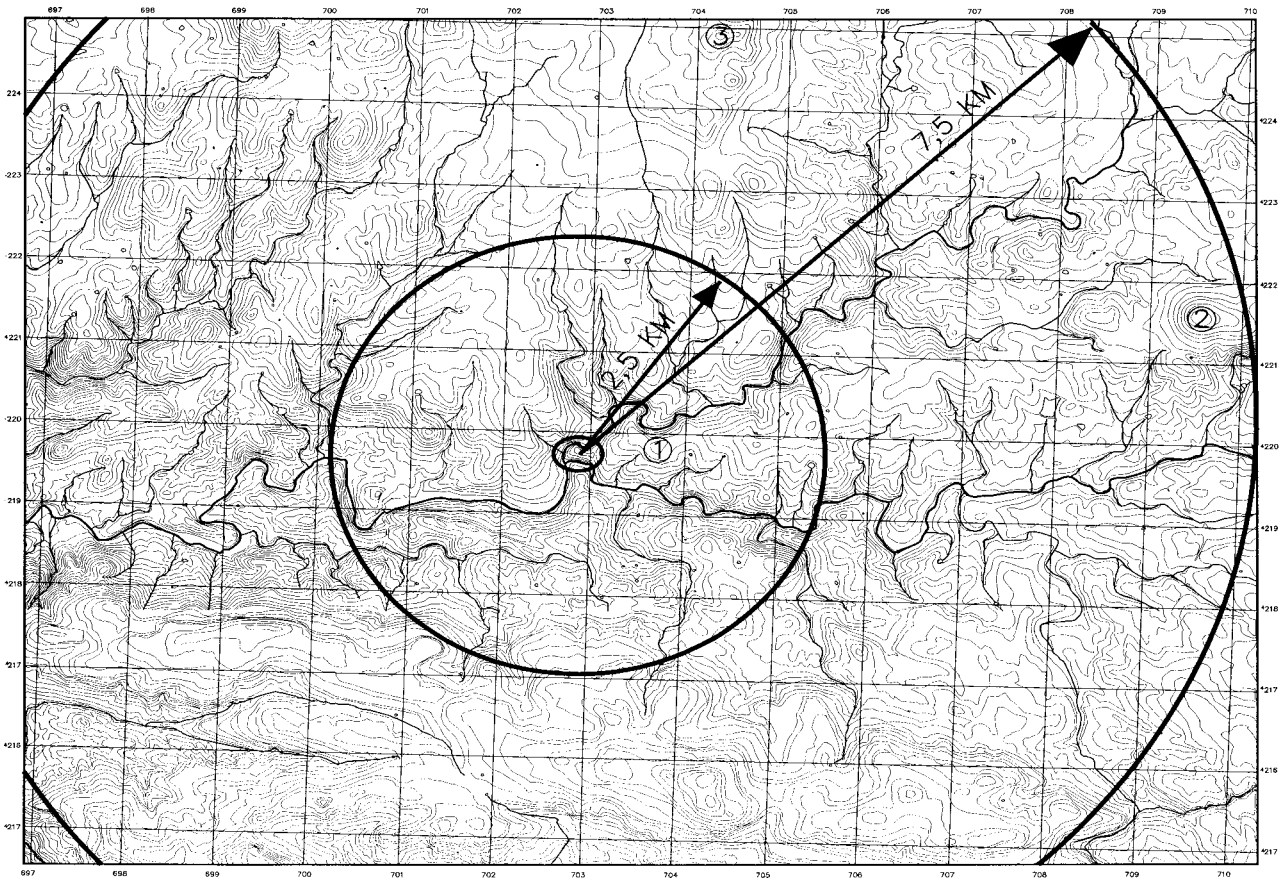


FIGURA 7.—1: Alcances teóricos aplicados al dominio visual y del horizonte; 7.2: Dominio visual real ponderado (en blanco y con una trama) desde la fortaleza y el sector oeste del Castro.

desde el paramento exterior de la muralla para considerar el dominio visual real de un poblado (Fig.: 7.1). Este dominio es relativo pues se ve mermado claramente no sólo por las circunstancias del observador sino también por los meteoros desfavorables en el momento de la observación. Evidentemente no puede colegirse la capacidad real del dominio visual desde un poblado en un período concreto pero sí podemos acercarnos a las capacidades generales y plantear, *a priori*, generalidades como que los poblados emplazados en áreas «húmedas» y con densa vegetación disponen de distancias efectivas, reales y en horizonte, notablemente menores a los que se emplazan en territorio «secos», independientemente del tipo de emplazamiento y del entorno que los rodeen.

Se han aplicado 18 aplicaciones virtuales sobre dominios visuales mediante el uso de la Carta Digital Militar v.2. De ellas, nueve se tomaron desde sobre tres puntos en torno a la cota 444 m. s.n.m., máxima en la mitad occidental del poblado, y otras nueve sobre los 446 m. de la llamada Fortaleza, al Oriente. En todas ellas se aplicó una precisión de 1.000 metros sobre torres virtuales de 5, 10 y 15 metros y se compararon con los obtenidos en la realidad desde una altura de 2 metros (Fig.: 7.2).

Sus resultados han reflejado aproximaciones bastante aceptables, siendo las más cercanas a éstas, las obtenidas desde el punto **176775.4223625** sobre torre de 10 metros sobre el sector oriental y los obtenidos desde el punto **176525.4223575** a 15 metros de altura teórica sobre el extremo occidental. La combinación de los resultados de ambos, reales, junto con los virtuales elegidos permitió realizar la figura 7 donde

se materializa el dominio visual real desde El Castrejón, es decir, el paisaje dominado.

Es interesante destacar que, frente al 2,5 km. teóricos propuesto para el radio de este paisaje dominado, desde Capote solo se alcanzan a ver 1,5 km. como máximo, pues más allá las colinas que rodean el yacimiento impiden cualquier control efectivo. Esta distancia es mucho menor a la teóricamente idónea —entendiendo por ésta aquella que explota al máximo las capacidades visuales humanas y que establecemos en 2,5 km.—, pero es mucho más segura para el control de los accesos. A esta distancia máxima se han aplicado los mismos análisis que al «paisaje accesible» en sus octantes, con los resultados reflejados en la tabla siguiente (Tabla 2).

Las diferencias en metros entre las cotas máximas circundantes y las de El Castrejón son suficientemente elocuentes a favor de las primeras, que alcanzan por el Noroeste hasta 107 metros por encima de la cota 444 m. s.n.m. del sector occidental del Castro. Como en el análisis de los accesos, solo la dirección Suroeste es dominada, con unos 15 metros de altura sobre sus accidentes naturales. Los porcentajes de pendientes son sin embargo mucho menores, suavizados por el largo recorrido registrado. Así todos oscilan entre los 6,56 % de la dirección sur y los 3,60 % de la Suroeste referida, siendo el dominio a media distancia, en este sentido, mucho más regular que el referido a los accesos.

Pero desde El Castrejón se tiene la oportunidad de ver más allá, en lontananza, por lo que hemos estudiado a continuación el carácter de estos dominios finales.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota máx.	Dif. M.	Grado pendiente	Dist. geométrica	Distancia aire
0°	0,00°	70	517	-73	4,62 %	1510 m.	1510 m.
45°	45,4°	55	515	-69	3,66 %	1500 m.	1500 m.
90°	90,6°	57	507	-61	3,80 %	1500 m.	1500 m.
135°	135,5°	63	529	-83	4,16 %	1500 m.	1500 m.
180°	180,3°	98	531	-87	6,53 %	1500 m.	1500 m.
225°	225,4°	54	429	+15	3,59 %	1500 m.	1500 m.
270°	278,3°	71	500	-56	4,73 %	1500 m.	1500 m.
315°	315,6°	83	551	-107	5,36 %	1550 m.	1540 m.

TABLA 2.

### 3) Paisaje del horizonte (paisaje visualizado)

Está caracterizado por la capacidad de la «visibilidad reinante» en términos aeronáuticos, es decir la «mayor distancia horizontal común en ángulo de 180°» según el *Glosario ARCE* publicado por la Dirección General de Protección Civil del Ministerio del Interior y la Universidad Carlos III. Este alcance se reduce a > de 1 KM. En condiciones de niebla; < de 2 KM. Con calima y > de 3 KM. con lluvia según el citado «glosario» y otros comunes en la Ciencia meteorológica. A partir de las comprobaciones reiteradas efectuadas por la Cruz Roja pudiera considerarse como distancia de uso real y efectivo la de 8 KM., pues, más allá, una hoguera o una luz «tradicional» no pueden percibirse durante la noche (Cauderay 1994: 270). Proponemos el análisis del espacio circundante abarcado por la distancia media de 7500 metros de radio para considerar este denominado «paisaje de horizonte». Los territorios visualizados de zonas sensiblemente más alejadas (p.e. a 15000 o 20000 metros) no deberían ser tomados en cuenta como referencias válidas de un «paisaje» con más trascendencia para el hábitat que la mera presencia visual de los entornos.

En tal sentido, en Capote, el análisis comparado de los dominios visuales reales y virtuales explicado con anterioridad permite definir un horizonte dominado mucho menor, siendo su radio de aprox. 5000 metros máximos (Fig.: 7.2 y 8). El reflejo de este «paisaje del horizonte» sobre el dominio visual de Capote es mínimo, por cuanto se limita a algunas cumbres que no abarcan más de 5°, como mucho, de un entorno circular. No obstante es destacable la presencia del yacimiento de El Picón (Higuera la Real) sobre una de ellas, en situación norte-nordeste, y de El Castro (Fuentes de León), en sentido Sureste, sobre otra, aunque esta no ha podido ser comprobada en la realidad (Fig.: 1, nº 3 y 8; Fig.: 7, nº 3). Posiblemente los cerros de Cumbres Mayores y las Mesitas, al Sur, también hayan sido ocupados en la Protohistoria y son débilmente visualizados desde el Castrejón. Pero, en realidad, ninguno de estos lugares parece haber tenido incidencia alguna sobre este yacimiento, tan escaso es el rango de visibilidad que los une.

La única relación arqueológica extrapolable de este dominio es la que se establece con el poblado llamado «Capote B», situado sobre las lomas más cercanas por el nordeste (Figs.: 1, 7 y 8, nº 1). Pero este poblado solo ha aportado, en superficie, materiales romano-altoimperiales y, por ello, ha sido considerado como sucesor de El Castrejón. Y resulta importante esta distinción porque desde Capote «B» sí se domina claramente El Picón, torre de control romano-republicana (Salguero, 1999), Nertóbriga e incluso El Castro de Fuentes de León (Fig.: 9 nºs 3, 2 y 8).

De todo ello se deduce que, o bien el poblado principal del entorno se emplazaba en Capote B o bien, se trata de dos realidades situadas en distintos momentos y problemáticas habitaciones. Nos inclinamos por

esta última hipótesis por cuanto de los materiales hallados en ambos poblados no puede plantearse una contemporaneidad mayor que la existencia postrera de unas cabañas sobre el cerro del poblado que había sido siglos antes El Castrejón. En este caso no puede hablarse de un poblado supeditado a otro, por cuanto éste ya no podría definirse como tal.

### 4. CONCLUSIONES

El Castrejón de Capote es, por tanto, un poblado inserto en su paisaje inmediato, aquel definido por sus accesos y unos dominios visuales limitados a un radio máximo de 5000 m. En esta superficie solo dispone del contacto visual dominante sobre un octante de su entorno, precisamente en el que, al Suroeste, se establece el vado tradicional sobre el río Sillo, aprovechado por el puente de la vieja carretera nacional 430. Tal vocación localista tiene como consecuencia un emplazamiento batido desde cualquiera de los siete restantes segmentos del círculo que lo rodee y una desconexión visual con cualquier otro poblado de la época, lo que parece indicar un sistema de poblamiento disperso y, en cierto sentido, autosuficiente.

No obstante la debilidad manifiesta de un emplazamiento dominado se intentó contrarrestar con la construcción de unas murallas de gran complejidad planimétrica y monumentalidad incuestionable. Su complejidad debe entenderse, en principio, dentro de las capacidades y las concepciones indígenas en los siglos previos a la Conquista romana, claramente condicionadas por las relaciones mantenidas con los territorios púnicos del Guadalquivir. Esto significa que, dentro de las posibilidades constructivas de estos pueblos, se contemplan asimilaciones y adaptaciones de obras de Poliorcética mediterránea, mucho más desarrollada y compleja que cualquiera de las tradiciones edilicias peninsulares.

Y aún así, concibiendo esta complejidad como resultado de una adaptación local, es difícil dar una respuesta poliorcética a la presencia de estas construcciones masivas, y no solo por la mala calidad de las técnicas empleadas sino por su aplicación en el lugar hundido que ocupa el Castrejón.

Dotado desde su fundación a finales del siglo V a. C. de muralla y foso de acceso, fue objeto de sucesivas reformas y ampliaciones que implicaron el desarrollo de un importante aparato defensivo. Su muralla fue concebida con líneas sencillas, sobre los taludes naturales de los barrancos que lo rodean. Pero en el único tramo accesible, el extremo oriental, se fue construyendo una verdadera «fortaleza de entrada», en torno a la puerta principal. Formada por bastiones rectangulares huecos, esta construcción estuvo precedida a lo largo de sus 100 M. de longitud por un foso de 11 m. de ancho y 4 m. de profundidad. Entre este foso y la muralla, sobre la berma interior, se dispusieron piedras aguzadas a modo de «chevaux de frise» (Figs.: 3 y 4).

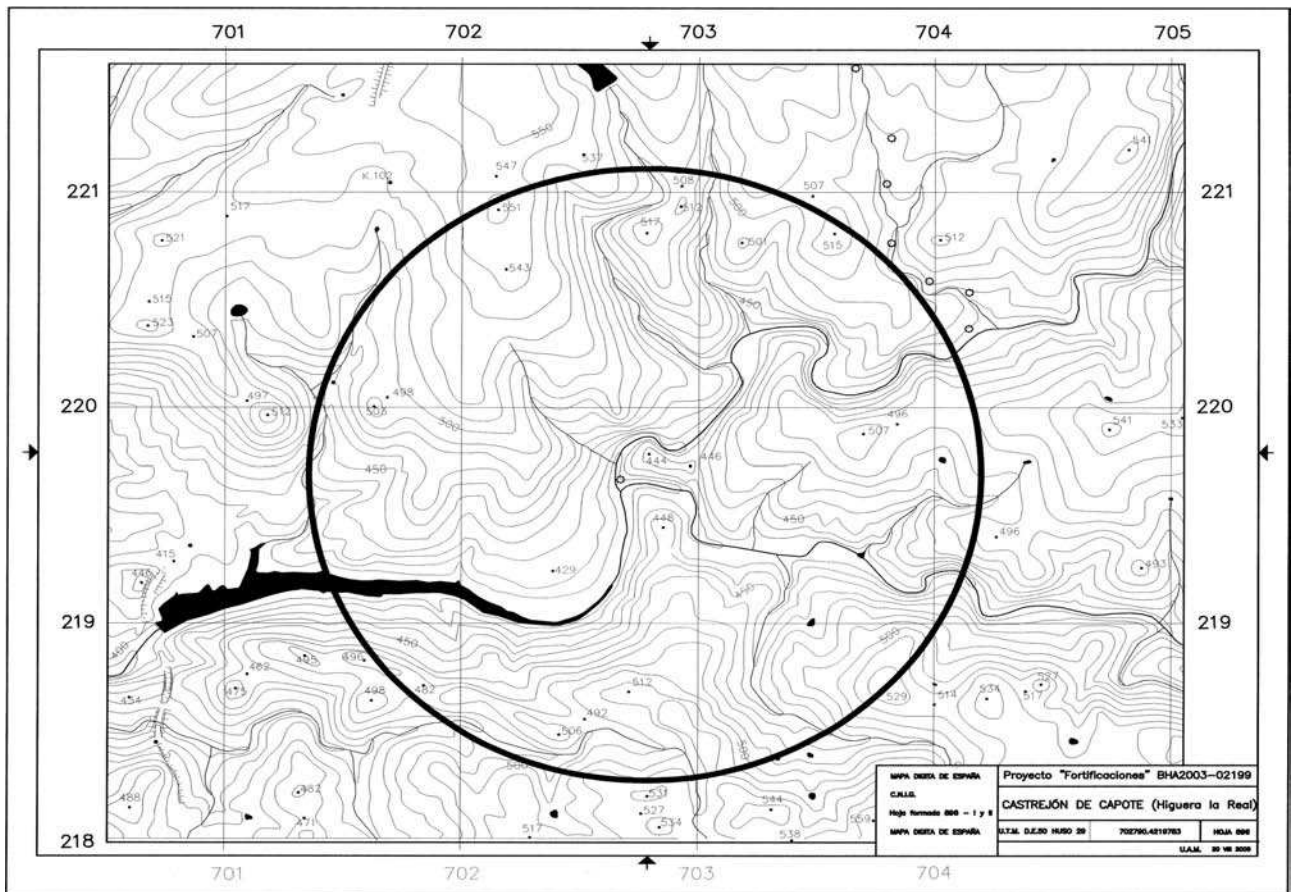
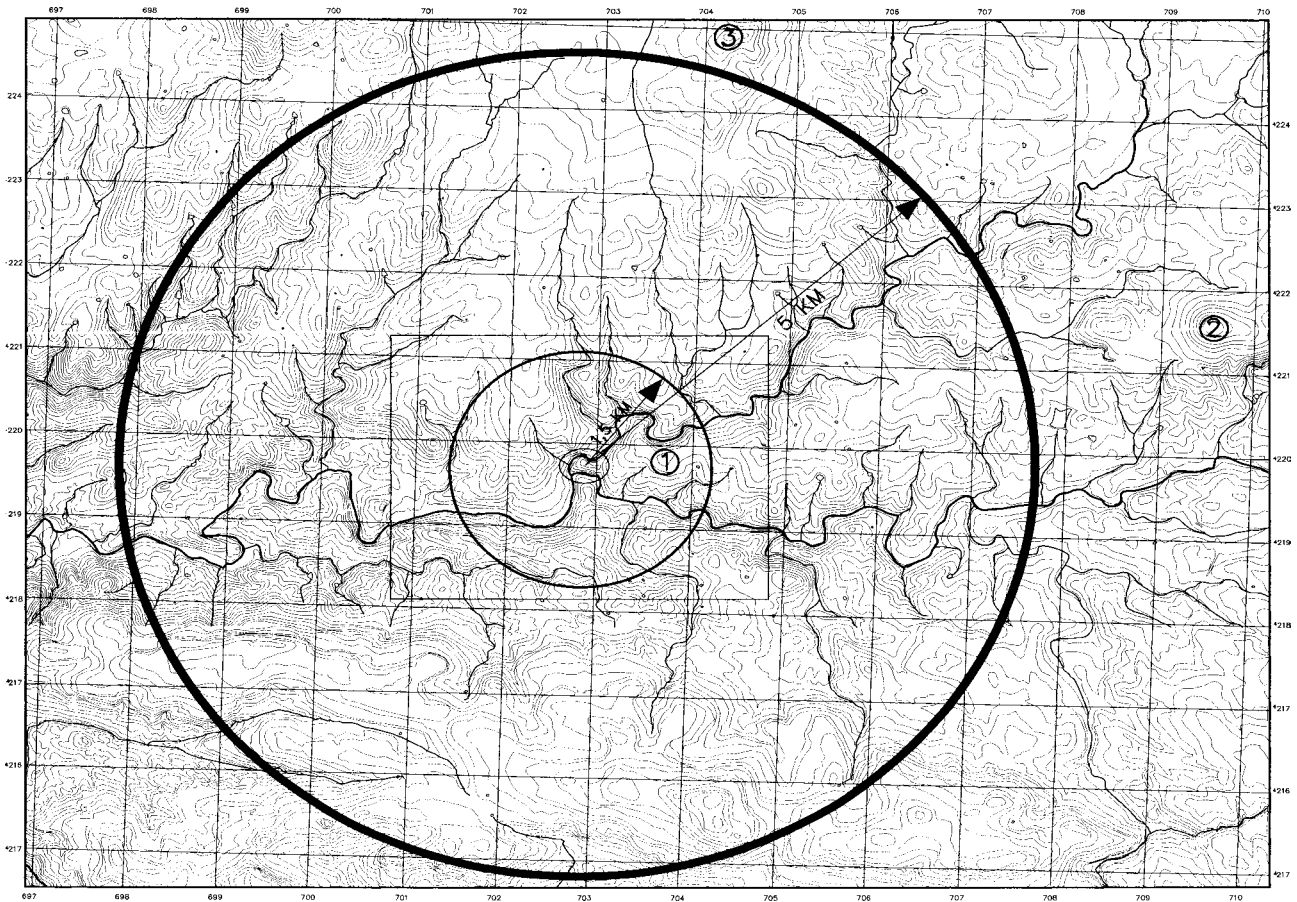


FIGURA 8.—1: Alcances reales del dominio visual y del horizonte; 8.2: Delimitación del paisaje visual real desde el Castrejón de Capote.

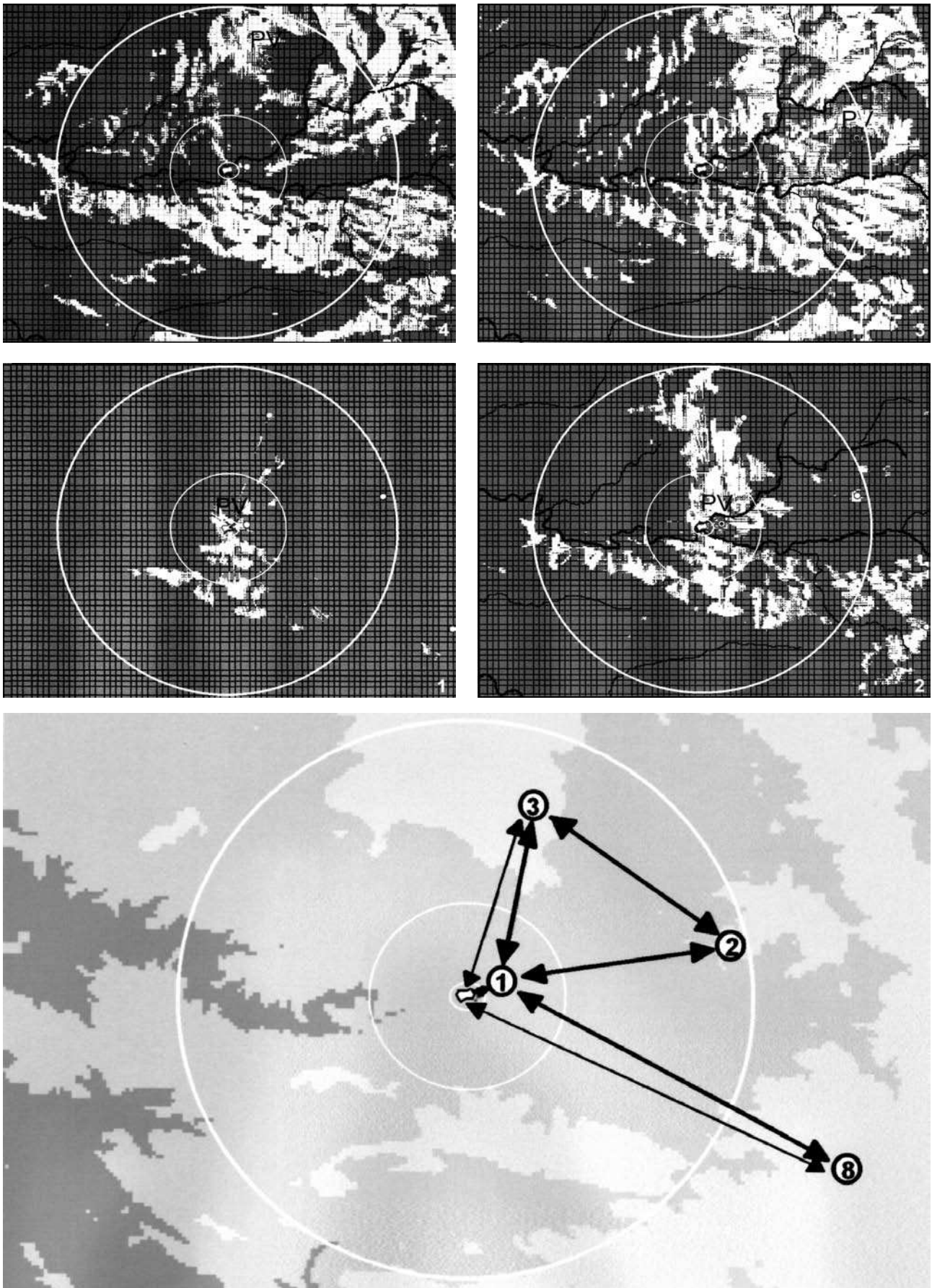


FIGURA 9.—Dominios visuales virtuales comprobadas de El Picón (3); Nertobriga (2); Capote B (1) y El Castrejón de Capote y esquemas sus relaciones visuales.

La fortaleza aglutina, por tanto, los principales recursos poliorcéticos de este castro manifestando ya una fuerte carga simbólica volcada especialmente en este extremo de entrada. Este planteamiento —engalanar la fachada—, inherente a cualquier comunidad por su simplicidad tiene paralelos contemporáneos en poblados iberos del Bajo Ebro, algunos con una evidente inspiración helenística como es el caso del oppidum del Castellet de Banyoles, en Tivissa, Tarragona (Gracia, 1997: 213-220; Moret, 2002: 205-206; Berrocal-Rangel, 2004: 64-65).

En el Suroeste el recurso de la entrada fortificada se contempla cada vez en mayor número a lo largo de la mitad occidental de la Península: el Castillejo de la Coraja (Aldeacentenera, Cáceres), El Castillejo de Gutiérrez (Alcántara, Cáceres), de El Casar de Cáceres, la Dehesilla de Berzocana, La Burra (Torrejón el Rubio), El Aguijón de Pantoja (Trujillo), Valdecañas (Almaraz), El Berrocalillo (Plasencia) responden a este modelo (Berrocal-Rangel, 2005-b), aunque es en la cuenca del Duero donde se localizan los casos más conocidos: El Raso III (Candelada, Ávila) y La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila). Afirmar, que los modelos inspiradores de este sistema puedan buscarse en los primeros asentamientos romanos entre el Guadiana y el Tajo es cuando menos una apreciación superficial<sup>110</sup>. Es cierto que las fortificaciones romanas influirán notablemente sobre el desarrollo del modelo, pero no parecen haber sido su gestor principal. Porque no se puede negar la antigüedad de un sistema tan simple como es la «puerta-torre», conocida desde las postrimerías de la Edad del Bronce en yacimientos tan paradigmáticos como Biskupin (Lausitz, Polonia) y desarrollado durante el Hierro en otros no menos paradigmáticos, como Závist (Bohemia, Chequia) (Collis 1989: 50; Fichtl 2000: 62-63). De igual forma, la reducción del extremo de acceso a un corto tramo de dos torres flaqueando la única puerta es un modelo conocido en el Levante español desde, al menos, el Bronce Final, aunque su desarrollo principal acontece durante la Edad del Hierro (Moret 1996: 121). Luego la tradición prehistórica puede explicar la importancia de «fortalecer» las puertas principales pero no la conversión de éstas en verdaderas «fortalezas de entrada», construcciones con suficiente personalidad planimétrica como para ser claramente dife-

renciables *per se*. El concepto trasciende del detalle formal para resaltar su función, albergar un contingente de milicias y armas, pero en el caso de Capote parece que otros valores tuvieron también su razón de ser.

Porque la complejidad de las construcciones defensivas de El Castrejón no se limitó al único acceso fácil desde el exterior, sino que aparece en cualquiera de las actuaciones abiertas a lo largo de sus murallas, indiferentemente del grado de dificultad en los accesos o de la menor o mayor capacidad visual de sus defensores sobre un entorno inmediato dominante. Así se pudo plantear ante los enormes taludes que limitan el extremo occidental, con una muralla gruesa que parece relejar un trazado en cremallera (Fig.: 2), pero especialmente se pudo comprobar en el sondeo meridional excavado en 2006 (Fig.: 5). Impresiona la complejidad de una muralla construida sobre una pendiente de 40° que cae, 15 metros más abajo, en el encajonado cauce del río Sillo. Pues si las condiciones naturales hacen difícilmente inaccesible el poblado desde este flanco, mayor dificultad debieron implicar para la construcción y en mantenimiento de sus murallas. Así se comprende la presencia de una zarpa bajo una primera línea de muralla que podría definirse como un antemural de 1,5 metros de grosor, el camino de ronda cubierto que define, y la muralla de cajones de 4 metros de anchura que le sigue pendiente arriba.

Construcciones como ésta se conocen en la Península Ibérica como respuestas, más o menos locales a los conceptos mediterráneos importados de las colonias y de enclaves más meridionales (*vide* J. Blánquez y F. Prados en este volumen). Así creemos que hay que considerar la posible presencia de murallas de «cajones» o incluso de «casamatas» a modo de los que ocurre en una ruta paralela, en el centro peninsular, como se constata en yacimientos tan paradigmáticos como El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) y La Bienvenida (Alcudia, Ciudad Real), el primero con una muralla de cajones fechada en el siglo IV a. C. y el segundo, con otra de casamatas, datada en fechas más tardías (Vélez y Pérez 1999: 48; Benítez, Esteban y Hevia 2004: 82 y 120). Algo parecido parece constarse en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (Badajoz), con una estructura avanzada a la que adosan estancias interiores que fue descrita por sus excavadores como posibles casamatas (Fernández Corrales, Saucedo y Rodríguez Díaz, 1988: 81 y 106, y fig.: 4).

Todos estos elementos deben relacionarse con el incremento de la influencia púnica en el interior peninsular aunque los emplazamientos bárquidas no superen el valle del Guadalquivir por el Norte (Bendala y Blánquez 2002-2003). Pero en todos ellos se comprueba una constatación: emplazamientos naturalmente dominantes sobre vías de comunicación trascendentes. Sin dominio visual alguno ni camino de importancia conocido, el caso de El Castrejón, por el contrario, parece responder a otra funcionalidad.

<sup>110</sup> Como el mismo S. Fichtl sintetizó recientemente: «Pour la question de l'origine de ces portes rentrantes, deux théories s'opposent. L'une a été défendue, à partir des années trente, par plusieurs archéologues allemands tels que K. Bittel, puis «Dehn, qui considèrent que ce plan découlé d'un modèle romain, illustré notamment par les portes de Stabies et du Vésuve à Pompéi. L'autre théorie, défendue en particulier par J. Collis et I. Ralston, fait état d'une origine celtique, comme le prouveraient des exemples mal datés tels que la Vogelsburg (Kr. Northeim)... Mais le cas le plus parlant reste la porte D de Závist (Bohême). Même si plusieurs exemples semblent indiquer une origine autochtone plus ancienne, il n'en reste pas moins que ce plan s'impose surtout pour les oppida de La Tène moyenne et finale. La connaissance des portes du domaine méditerranéen a pu contribuer à leur développement. En fait, ce type de porte est connu dans une grande partie du nord du monde méditerranéen à des périodes très variées...» (Fichtl 2000: 64).

Al menos así debió ser inicialmente porque, con el desarrollo de las Guerras de Conquista romana el panorama defensivo indígena muestra un cambio radical en la forma de construir y utilizar las murallas indígenas. Así frente a la fortaleza de Capote se soterró el foso, posiblemente porque era un elemento insuficiente a la hora de ofrecer alguna resistencia efectiva frente a artillería legionaria de campaña. La destrucción del santuario central y la conquista de Nertóbriga en el año 152 puede relacionarse con estas reformas (Polibio, Hist., 35, 2) (Berrocal-Rangel 1996). Se trataría en todo caso de la pretensión de adoptar nuevos recursos poliorcéticos, ya favoreciendo las vías de control de los accesos, como impidiendo las aproximaciones mediante la aplicación de diseños planimétricos de clara adscripción helenística. Así interpretamos las obras de «renovación» realizadas en la fortaleza de Capote, ahora adoptando los elementos propios de lo que se ha denominado «sistema defensivo ampuritano» por estar documentado en las reformas del siglo IV a.C. acometidas en la colonia griega (Gracia 1997: 207; Moret 2001: 143...). El espacio ocupado por el foso fue utilizado a modo de camino de ronda exterior, protegido por un antemuro que cierra sobre la puerta central gracias a la prolongación de ésta hacia el exterior por medio de sendos bastiones alargados, el mismo sistema que se ha documentado en el flanco meridional. Los bastiones y las torres se rellenan de cascotes hasta volverlos macizos en sus tramos externos, se ciegan portillos, y la fortaleza se constituye en una vasta plataforma maciza a modo de las baterías artilleras helenísticas que, desde mediados del siglo III a. C., se extienden por los confines del Mediterráneo (Ober 1987; Bakhuizen 1986). No es casual, por tanto, el hallazgo en el interior de la Fortaleza de diversos elementos de *ballista* que responden a modelos precedentes a las *scorpionas* de Ampurias, La Caridad y Azaila (Vicente *et alii*, 1997; García Díez 2002; Berrocal-Rangel, 2004...).

Pero los resultados demostraron la rotunda ineficacia de estas construcciones, sin duda porque el propio emplazamiento batido es inadecuado a cualquier intento de defensa ante una unidad militar suficientemente dotada. Sin duda por ello hay que valorar otros indicios relacionados más con los valores simbólicos que estratégicos del lugar. La importancia de la desacralización del santuario central ha sido esgrimida para defender esta hipótesis, por la que El Castrejón debió jugar un papel extraordinario entre las poblaciones célticas del Ardila (Berrocal-Rangel, 1994-a; Almagro-Gorbea y Berrocal, 1997...). Y, en efecto, es posible que la constatación de su emplazamiento en el centro geográfico de la Comarca central del Ardila (Fig.: 1) no sea casual y responda a un conocimiento mayor de la geografía del paisaje por parte de sus habitantes del que, en principio, hubiéramos podido suponer.

## 5. BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO-GORBEA, M., 1994: «El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y oppida», *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín, eds.), Extra Complutum, 4:13-76.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; BERROCAL-RANGEL, L., 1997: «Entre iberos y celtas: Sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicios en Hispania», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 18: 567-588.
- BAKHUIZEN, S.C., 1986: «La gran batterie de Goritsa et l'artillerie défensive.», *La fortification dans l'Histoire du Monde Grec* (Leriche y Treziny, eds.): 315-322.
- BELÉN, M.; CHAPA, T., 1997: *La Edad del Hierro.*, Historia Universal de Síntesis, Prehistoria, vol.: 11, Madrid.
- BENDALA GALÁN, M.; BLÁNQUEZ, J. J. 2002-2003: «Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania», en M. Bendala, P. Moret y F. Quesada, eds., *Formas e imágenes del poder en los siglos III y II a. C.*, CupaUAM, 28-289: 145-160.
- BENÍTEZ DE LUGO, L.; ESTEBAN, G.; HEVIA, P., 2004: *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C. – 500 d. C.)*, Biblioteca Oretana, 1, Puertollano
- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 2, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994-a: *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etnoarqueológico de un ritual céltico en el Suroeste peninsular*. Ayuntamiento de Higuera la Real – Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994-b: La falcata de Capote y su contexto. Anotaciones sobre la Fase tardía de la cultura céltico-lusitana.», *MM*, 35, 258-292.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1996: «Fortificación, guerra y poblamiento en la Beturia. Consideraciones sobre el altar de Capote y la conquista del Suroeste», *REE (Homenaje a Álvarez y Sáez de Buruaga)*, LII-II, 411-440.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2003-a: «Poblamiento y defensa en el territorio céltico durante la Época republicana.», en A. Morillo, M. Cadiou, D. Hourcade, eds., *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto: 185-218*, Casa de Velásquez – Universidad de León, Salamanca.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2003-b: «La expansión meridional de los chevaux de frise: los castros célticos del Suroeste.», *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea* (Alonso et alii, eds.): 209-232, Lleida.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: «La Defensa de la Comunidad. Sobre las funciones emblemáticas de las fortificaciones protohistóricas peninsulares.», *Gladius*



- BERROCAL-RANGEL, L., 2005-a: «Celtic identity in the south-western Iberian Peninsula: Cumulative and/or Migrations?», en W. Gillies and D. W. Harding, eds., *Celtic connections*. Xth Int. Congress Celtic Studies (Edinburgh 1995), II: 15-32, Edinburgh.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2005-b: «Las fortalezas de entrada, un elemento de la poliorcética castreña desde el enfoque de la Conquista romana», *Conquista y Aculturación. Norba, Revista de Historia*, 18: 11-31, Cáceres.
- BERROCAL-RANGEL, L.; RUIZ TRIVIÑO, C., 2003: *El Depósito Alto-imperial de Capote.*, Memorias de Arqueología Extremeña, 5, Mérida.
- COLLIS, J., 1989: *La Edad del Hierro en Europa.*, Labor ed., Barcelona.
- COSGROVE, D., 2002: «Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista», *Boletín de la A.G.E.* 34: 65-89
- CUADERAY, G.C. 1994: «Los medios de identificación de los transportes sanitarios protegidos», *Revista Internacional de la Cruz Roja*, 123: 269-282
- FARNÍE, C.; QUESADA, F., 2005: *Espadas de Hierro, Grebas de Bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica.*, Monografías Museo de El Cigarralero, 2, Murcia.
- FERNÁNDEZ CORRALES, J.M.; SAUCEDA, M.I.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1988: «Los poblados calcolítico y prerromano de Los Castillejos (Fuentes de Cantos, Badajoz)», *EA*, I: 69-88.
- FICHTL, S., 2001: *La ville celtique. Les oppida de 150 av. J.C. à 15 ap. J.-C.*, París.
- GARCÍA DÍEZ, F., 2002: «Las catapultas de Azaila (Teruel)», en A. Morillo, ed., *Arqueología Romana en Hispania*, Gladius Anejos, 5: 293-302, Madrid.
- GRACIA ALONSO, F., 1997: «L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la Conquête du Nord-Est de la Péninsule Ibérique (218-195 av. J.-C.)», en Feugère, M., ed., *L'Équipement militaire et l'armement de la République (Ive – Ier S. avant J.-C.)*, JRMES, 8, 201-231.
- MARCO SIMÓN, F., 1994: «La religión indígena en la Hispania Indoeuropea», en J. M. Blázquez, et alii, *Historia de las Religiones de la Europa Antigua*, Edít. Cátedra, Madrid.
- MORET, P., 2001: «Del buen uso de las murallas ibéricas», *Gladius*, XXI: 137-144.
- MORET, P., 2002: «Les fortifications ibériques complexes. Questions de tracé et d'unité de mesure», en P. Moret y F. Quesada, eds., *La Guerra en el Mundo ibérico y celtibérico*, Coll. Casa Velázquez, 78: 189-215, Madrid.
- OBER, J., 1987: «Early artillery towers: Messenia, Boiotia, Attica, Megarid...», *American Journal of Archaeology*, 91: 569-604.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., 2001: *Extremadura tartésica.*, ed. Bellaterra, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., ed., 1998: *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento.*, UEX, Cáceres.
- ROVIRA, C., 1999: «Las armas-trofeo en la Cultura ibérica», *Gladius*, XIX: 13-32.
- SALGUERO MARÍN, A., 1999: «Recinto fortificado en Higuera la Real (Badajoz). Aportación al sistema defensivo prerromano en la Baja Extremadura», *La Higuera*, 1: 29-32.
- SANZ MÍGUEZ, C., 1997: *Los Vacceos: Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid).*, Arqueología en Castilla y León, 6, Valladolid.
- VÉLEZ RIVAS, J.; PÉREZ AVILÉS, J.J., 1999: «Oretanos en la Meseta sur. El yacimiento ibérico del Cerro de las Cabezas», *Revista de Arqueología*, 213: 46-55.
- VICENTE, J. D.; PUNTER, M.P.; EZQUERRA, B., 1997: «La capatapulta tardo-republicana y otro equipamiento militar de La Caridad (Caminreal, Teruel)», en Feugère, M., ed., *L'Équipement militaire et l'armement de la République*, JRMES, 8, 167-199.

# LA SECUENCIA DEFENSIVA DE LA BIENVENIDA-SISAPO (ALMODÓVAR DEL CAMPO, CIUDAD REAL). EL FLANCO SURORIENTAL DE LA FORTIFICACIÓN

MAR ZARZALEJOS PRIETO - GERMÁN ESTEBAN BORRAJO

*Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid) - Equipo de Investigación Sisapo*

## ABSTRACT

*El estudio de la estratigrafía en el flanco suroriental del yacimiento, así como el análisis de otras evidencias arqueológicas de La Bienvenida-Sisapo, centro gestor de los recursos mineros de la vertiente N de Sierra Morena durante la Protohistoria y la Antigüedad, está permitiendo abordar la investigación de la secuencia arquitectónica defensiva del oppidum. Presentamos en esta ocasión la evidencia arqueológica de un sector considerable de la muralla de casamatas, aproximándonos a la problemática histórica inherente a su estratigrafía.*

## RESUMEN

*Stratigraphical studies about the south-eastern wall of La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real, Central Spain), a Iron Age oppidum call SISAPO, reveals the economic importance of this settlement, a mine centre of North Sierra Morena region during Iron Age and the Roman periods. In this paper, it is presented a casemate wall, which stratigraphy allows us an important approach to its historic process.*

## 1. INTRODUCCIÓN

El yacimiento de La Bienvenida se localiza en el sector centro-occidental del Valle de Alcudia, junto a la aldea homónima, perteneciente al término municipal de Almodóvar del Campo (Ciudad Real) (fig. 1). Su emplazamiento topográfico a 691 m de altitud, junto a los puntos más elevados de este sector del valle que se corresponden con los «Castillejos de La Bienvenida» (727 m), otorga a este asentamiento una innegable estrategia de control espacial, que se corresponde fielmente con el papel que pudo desempeñar en la Antigüedad: el de un centro gestor de los recursos mineros de la vertiente N de Sierra Morena (Fernández Ochoa *et alii*, 1994; Zarzalejos, 1994; Zarzalejos, 1995; Fernández Ochoa *et alii*, 2002).

La identificación de este yacimiento con la *Sisapo* antigua se planteó como hipótesis a inicios de los años 80, a raíz del hallazgo en contexto arqueológico de un fragmento de epígrafe relacionado con una dedicatoria de carácter público, en la que se lee (S)ISAPONE(N) (Fernández Ochoa, Caballero y Morano, 1982-83). Nuevos restos epigráficos en curso de es-

tudio<sup>111</sup> y las propias evidencias arqueológicas que se han ido conociendo a lo largo de estos años (Zarzalejos, 1994), autorizan a mantener la reducción de *Sisapo* en este yacimiento enclavado en el Valle de Alcudia. En este sentido también apuntan las investigaciones que estamos desarrollando sobre el territorio minero de la vertiente norte de Sierra Morena, que subrayan el carácter del núcleo sisaponense como lugar central dentro de la jerarquía del poblamiento antiguo identificado en esta región (Fernández Ochoa *et alii*, 2002; Zarzalejos *et alii*, e.p.).

Se trata, por otra parte, de un establecimiento que acredita un prolongado lapso de ocupación temporal, hecho que sugiere lo atinado de su ubicación original en razón de una estrategia de control territorial que se mantiene en vigor durante más de un milenio. En este sentido, el estudio de la configuración de su sistema defensivo colabora en un mejor conocimiento de la historia y función del núcleo y del desarrollo de su contexto regional.

<sup>111</sup> Existe un nuevo conjunto de material epigráfico en proceso de análisis por los Dres. A. Stylow y H. Gimeno, que en breve se dará a conocer.

## 2. LA SECUENCIA OCUPACIONAL

La secuencia ocupacional más completa obtenida hasta el momento se recuperó en los años 90 en el área 1 del yacimiento, donde se practicó un sondeo —A-1 ab—en el pavimento del que parece ser el *kardo maximus*. Al análisis exhaustivo de esta serie estratigráfica deben añadirse los resultados de las investigaciones en otras áreas del asentamiento que, por el momento, corroboran y, en algún caso, completan el ensayo de interpretación histórica obtenido entonces y del que hemos venido dando cuenta en anteriores publicaciones (Fernández Ochoa *et alii*, 1994; Zarzalejos *et alii*, 1994; Zarzalejos, 1995; Zarzalejos, Fernández Ochoa y Hevia, 2004).

De acuerdo con los resultados obtenidos en estos años y como síntesis muy breve de los trabajos que acabamos de citar, la etapa de ocupación más antigua identificada hasta el momento se remonta a fines del siglo VIII a.C. o inicios del VII a.C. Desde el punto de vista cultural, estos inicios se vinculan con el tránsito entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro y relacionan La Bienvenida con la cultura tartésica asentada en el suroeste peninsular (Fernández Ochoa *et alii*, 1994: 143-145; Zarzalejos, 1995: 822-839)<sup>112</sup>. En esta fase inicial tenemos ya constancia de que los moradores del lugar conocían el cinabrio, puesto que aparecieron varios fragmentos en contexto estratigráfico (Fernández Ochoa *et alii*, 1994: 44). Aunque no sea posible aventurar a cuál de sus posibles usos se aplicaba en esta época, el hallazgo es importante ya que constituye la evidencia más antigua conocida sobre el beneficio de este mineral procedente del entorno de Almadén. Aunque en su día constituyeron una cierta novedad, los datos que perfilan la caracterización del arranque ocupacional del yacimiento de La Bienvenida son absolutamente coherentes con los obtenidos más recientemente en otros enclaves de la mitad meridional de la provincia de Ciudad Real (Esteban *et alii*, 2003; Benítez de Lugo, Esteban y Hevia, 2004: 56 ss.; Zarzalejos y López Precioso, 2005: 811 ss), contribuyendo a perfilar un horizonte cultural bastante homogéneo en estas tierras del extremo sur de la Meseta.

Entre mediados del siglo VII y la primera mitad del VI a.C., los indicadores materiales hacen posible identificar una etapa Orientalizante que ilustra un mestizaje característico entre los elementos indígenas y los

aportes del contacto con fenicios y griegos vehiculados a través del suroeste peninsular<sup>113</sup>. El análisis de este fenómeno dentro del ámbito territorial que nos ocupa pone de manifiesto la consolidación de un modelo de organización territorial regido ya por los que serán los grandes *oppida* de la Oretania Septentrional (La Bienvenida-*Sisapo*, Alarcos-*Lacurris*, Villanueva de la Fuente-*Mentesa Oretana*, Cerro de las Cabezas, Almedina, Cerro de Zuqueca-*Oretum*), en el marco de un reparto del control de las rutas que conectan el suroeste con la Meseta a través del Valle de Alcudía, el Guadiana y la llanura manchega o que contactan con la Alta Andalucía a través de los pasos de Sierra Morena (Benítez, Esteban y Hevia, 2004: 69).

Desde mediados del siglo VI a.C. y, sobre todo, a partir del siglo V a.C., La Bienvenida da muestras evidentes de su incorporación en los círculos culturales de la Alta Andalucía, el SE de la Meseta y Levante. Los cambios que se gestan en el período Orientalizante cristalizan en un proceso de iberización temprana que contrasta con la visión imperante hace algunos años que defendía una tardía incorporación de este espacio al mundo ibérico (Esteban y Hevia 1996: 539; Benítez, Esteban y Hevia, 2004: 70-71). Correspondientes al período Ibérico Antiguo son varios restos de muros identificados en el sondeo A-1 ab que conformaban dos ambientes de planta cuadrada o rectangular con diferentes momentos de uso atestiguados por la realización de hogares de arcilla con base de piedras pequeñas y fragmentos cerámicos y por alteraciones en los accesos (Fernández Ochoa *et alii* 1994: 147-148). Dentro del mismo sondeo y ya en el Ibérico Pleno se identifica parte de una vivienda con un patio, quizá de uso común, en una de cuyas esquinas se construyó un horno para la fabricación de pan (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, 39 y 150-151). Los conjuntos materiales constituyen un buen indicador de la evolución de esta etapa. Así, se observarán cambios en la cerámica gris a torno, bien representada ahora a través de sus variedades formales de cuenco hemisférico, así como en las cerámicas a torno pintadas, llamadas a imponerse sobre las anteriores durante el período Ibérico Pleno. Dentro de esta especie cerámica resultan especialmente significativas las producciones que combinan la decoración pintada con impresiones de estampillas y que conforman un grupo de materiales característico del área oretana septentrional (Esteban, 1998: 101-107). Entre los materiales de importación destacan las cerámicas áticas de figuras rojas, con

<sup>112</sup> Entre los materiales cerámicos relacionados con esta fase identificada con el estrato 13 de A-1 ab se encuentran una cazuela del tipo A.Ia de Ruiz Mata con decoración bruñida interna con motivos de palmas radiales, que cuenta con referencias en Huelva en la fase final del BF I del SO (Ruiz Mata *et alii*, 1981: 245) y en la fase de transición I-II de San Bartolomé de Almonte (Huelva) (segunda mitad del siglo VIII-inicios del siglo VII a.C.) (Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986: 206, 236-37). Se ha documentado además un conjunto de cerámica a mano con decoración pintada monocroma en rojo perteneciente a la variedad Guadalquivir II/San Pedro II (Ruiz Mata, 1984-85: 225; Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986: 196-197). Los análisis de las pastas cerámicas confirman que estos materiales se elaboraron en el entorno de La Bienvenida, ya que contienen cristales de olivino, un elemento ligado a terrenos con fenomenología volcánica (Vigil y García Giménez, 1994).

<sup>113</sup> A tal efecto puede destacarse la presencia de producciones grises a torno con perfiles carenados, ánforas de «fondo de saco» y contenedores con decoración pintada bicroma con referencias en el Suroeste andaluz y el oriente extremeño (Fernández Ochoa *et alii*, 1994: 145). Entre los materiales a mano, las cerámicas pintadas postcocción de tipo Medellín y Guadalquivir II-San Pedro II revelan las mismas conexiones. A estos conjuntos se agregan las, por el momento escasas pero muy significativas, importaciones de cerámicas griegas representadas por un fragmento de vaso protocorintio de fabricación itálica y una copa de Grecia del Este del tipo B-2 (Zarzalejos y López Precioso, 2005: 827; Zarzalejos *et alii*, 1995, 183).

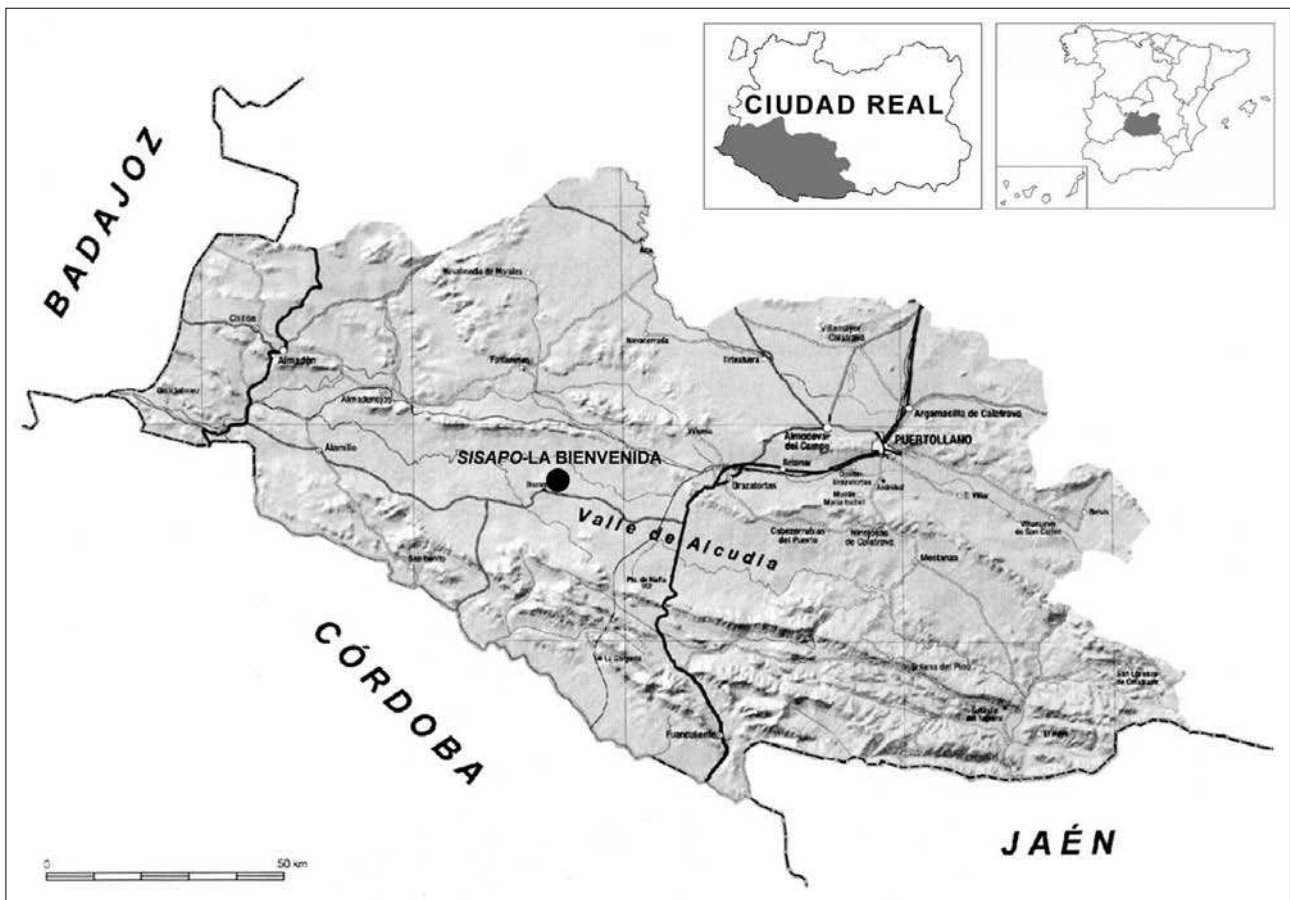


FIGURA 1.—Mapas de situación.

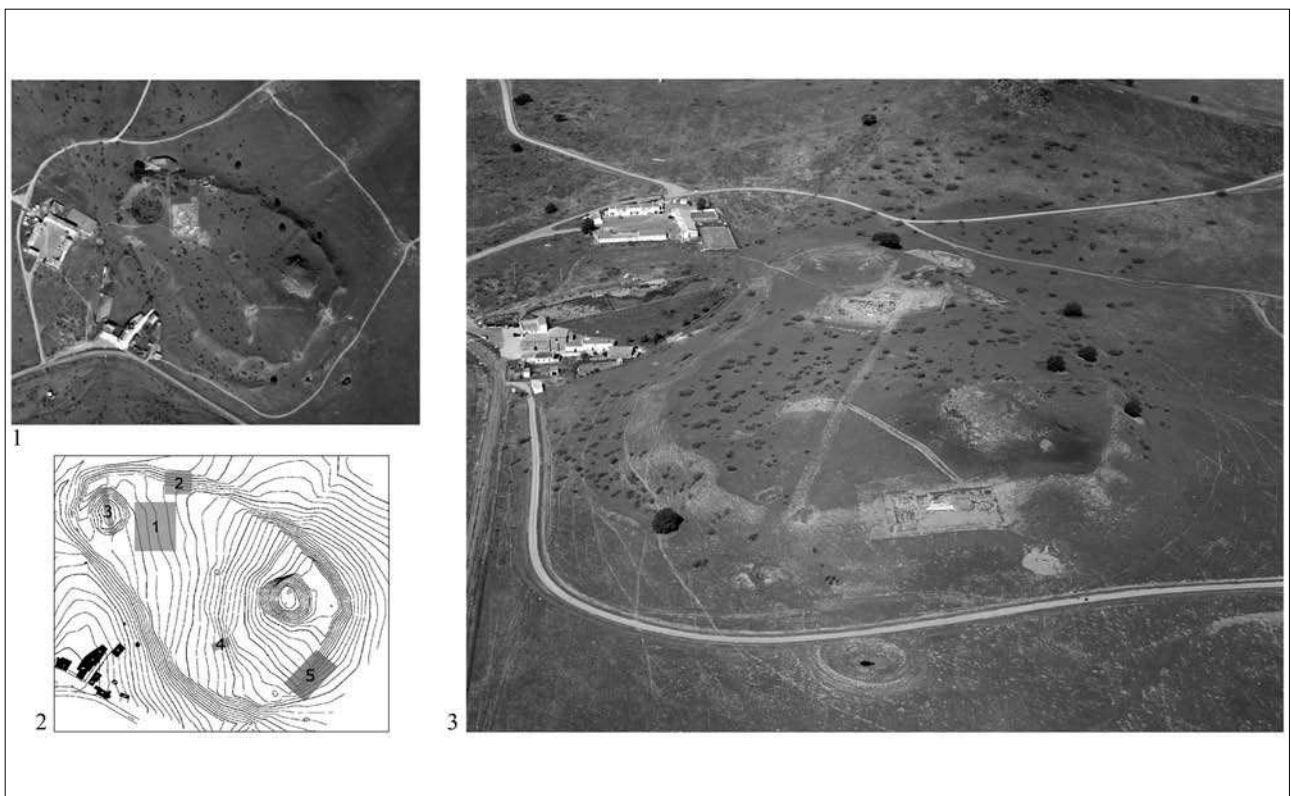


FIGURA 2.—1: Vista aérea del oppidum. 2: Topografía y áreas de excavación arqueológica. 3: Vista del oppidum con el área 5 y las murallas en primer término.

especial representación del grupo Pintor de Viena 116 (Zarzalejos *et alii*, 1993: 184-185), bien testimoniado en yacimientos de Andalucía, el SE y Levante (Fernández Ochoa *et alii*, 1994: 95).

Hasta el momento, la primera presencia romana en este lugar se ha venido contextualizando en el marco del relato literario sobre el proceso de conquista e incorporación de estas tierras bajo la égida de Roma (Zarzalejos, Fernández Ochoa y Hevia, 2004: 171; Fernández Ochoa y Zarzalejos, 2006: 228). Como apyatura de una presencia romana temprana en el yacimiento hemos manejado repetidamente algunos indicios cerámicos y numismáticos adscribibles al siglo II a.C. (Fernández Ochoa *et alii*, 1994, 153; Arévalo, 1995, 129-138; Arévalo y Zarzalejos, 1995, 167), si bien siempre se ha hecho constar que se trataba de elementos aislados, ya que el conjunto material republicano más representativo venía correspondiendo a la primera mitad del siglo I a.C. Los resultados de las intervenciones en la fortificación sisaponense que vamos a presentar aquí arrojan nueva luz al conocimiento de esta etapa romana inicial, como después se detallará, enriqueciendo los datos que abogan por una presencia romana efectiva en momentos remontables a mediados del siglo II a.C. Desde este momento y claramente a partir de finales de esa centuria comienza el beneficio a gran escala de la región minera en la que se encuentra *Sisapo*, tal y como hemos desarrollado en otros lugares (Fernández Ochoa *et alii*, 2002, 51; Fernández Ochoa y Zarzalejos, 2003).

La evolución del núcleo en tiempos altoimperiales ha sido extensamente tratada en buena parte de los trabajos que venimos citando por lo que no insistiremos en reiterar los aspectos descriptivos de las estructuras urbanas que se están exhumando en el área central del asentamiento, así como de los conjuntos materiales ya dados a conocer. Sírvanos destacar únicamente que en este sector se percibe una transformación urbanística de cierto calado a comienzos de la Era, consolidándose un nuevo trazado urbano del que se ha excavado parte de una calle con orientación N-S y estructura porticada —muy probablemente el *kardo maximus*—, a la que abren varias tiendas (*tabernae*) y una gran *domus* de peristilo, en cuya excavación estamos trabajando intensamente en los últimos años<sup>114</sup>. A través de los datos obtenidos en esta zona y en otros sectores del yacimiento como el área 4, donde se han identificado dos *officinae ferrariae* (Zarzalejos, Fernández Ochoa y Hevia, 2004: 176), puede colegirse que durante los dos primeros siglos de la Era, y quizá también en los primeros decenios de la siguiente centuria, la ciudad da muestras de un notable vigor económico

sustentado sobre la gestión y explotación de las minas de cinabrio y galenas argentíferas. La intensidad de la actividad minera en tiempos altoimperiales ha sido contrastada con los resultados de nuestras investigaciones sobre el poblamiento en el *territorium* de *Sisapo* perteneciente a la actual comarca almadense, donde se ha verificado cómo la actividad extractiva se complementa con la creación de una red de establecimientos agropecuarios destinados a garantizar el sostén de las comunidades mineras (Zarzalejos *et alii*, e.p.).

Una consecuencia fundamental de la presencia romana en estas tierras será la articulación de un entramado viario que facilitara la administración y gestión de los recursos minerales. Sobre este asunto hemos trabajado con cierta intensidad por lo que remitimos a las síntesis ya publicadas (Zarzalejos, 1995: 103 ss; Benítez, Esteban y Hevia, 2004: 127 ss; Fernández Ochoa y Zarzalejos, 2006: 229-232). Esta red de comunicaciones aprovechó, en parte, los pasos tradicionales entre las cuencas del Guadiana y el Guadalquivir, sistematizando rutas que habían sido transitadas durante el I milenio a.C. *Sisapo* fue *mansio* en una de las vías que enlazaban Mérida y Zaragoza atravesando estas tierras del reborde suroccidental de la Meseta (vía XXIX del Itinerario de Antonino), en tanto que otros caminos de vital importancia minera comunicaban el núcleo con *Corduba* y *Castulo*.

No podemos concluir este repaso sintético a las etapas de ocupación identificadas en el yacimiento sin hacer mención a los nuevos e interesantes testimonios sobre la historia de la ciudad en tiempos tardíos (ss. IV-V d.C.), que se están recuperando en las intervenciones en curso en las áreas 1 y 5. Así, en el área 1 se ha documentado una primera fase de cronología tardía identificada por acciones de uso y amortización de las estructuras semiarruinadas de la *domus* de las Columnas Rojas, que rompen con el carácter unitario de la vivienda y reutilizan sus espacios con fines distintos a los originales. Una vez producido el colapso total de las estructuras portantes se identifica una nueva ocupación asentada sobre los derrumbes de tapial y que se evidencia por oquedades de tamaño medio rellenas de cenizas, carbones y elementos de desecho procedentes del saqueo de las estructuras altoimperiales. Esta fase se asocia también a construcciones de carácter más efímero tal y como evidencian algunas huellas de postes de madera que sustentarían cubiertas temporales. Por su parte, el área 5 también está proporcionando datos inestimables para el conocimiento de las últimas ocupaciones antiguas del núcleo sisaponense, ya que se han excavado varias UUEE de ocupación tardorromana asentadas sobre los restos semiarruinados de las *casamatas* de la muralla. Como después se explicará con mayor detalle, estos usos se concretan en estructuras murarias de escasa entidad, alguna a modo de cerco, con hornos y hogares de uso indeterminado. De estos datos puede colegirse la pérdida de vigencia de la estructura defensiva en el período tardoimperial.

<sup>114</sup> Estamos comenzando a proporcionar los primeros avances sobre la evolución arquitectónica y la secuencia de los programas decorativos de esta *domus* a la que denominamos «de las Columnas Rojas» en referencia a la decoración pictórica conservada por algunas columnas del peristilo (Zarzalejos, Guiral y Fernández Ochoa, e.p.; Hevia, Corral y Sierra, e.p.; Zarzalejos, Fernández Ochoa y Hevia, e.p.).

### 3. LOS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS EN EL FLANCO SUR-ORIENTAL DEL ENCINTADO

#### 3.1. Características topográficas, estructurales y edilicias de la arquitectura defensiva

Si una conocida mención de Plinio (III, 13-14) identifica explícitamente *Sisapo* con un *oppidum*, no es menos cierto que una de las principales referencias topográficas que se perciben de la antigua ciudad, tal y como ha llegado a nuestros días, es precisamente su carácter de núcleo fortificado (fig. 2). En efecto, el yacimiento se conforma como una meseta artificial o *tell*, sobreelevada a causa de la acumulación de restos arqueológicos en el interior del espacio abrazado por un encintado murario. Este recinto se erigió en torno al domo más oriental de los tres que componen el conjunto volcánico de Los Castillejos de La Bienvenida, que constituyen con sus 727 m los accidentes geográficos más destacados en este sector del Valle de Alcuía. Desde este promontorio natural, que se eleva bastantes metros sobre el espacio que se encuentra a sus pies, o desde el sector más elevado del *tell*, que bascula hacia el SO, levantándose más de una decena de metros sobre los terrenos circundantes, se constata un dominio visual muy importante del entorno.

Hacia el N y el S existe un control efectivo sobre gran parte de los pasos de las sierras de la Solana y de la Umbría de Alcuía que flanquean el valle en este sector. Hacia el E se divisa todo el espacio oriental del Valle de Alcuía, percibiéndose claramente los accesos desde Caracollera, Puerto Pulido, Puerto de Veredas y Puerto de Niefla, así como la zona minera de La Romana. Hacia el O se visualiza el sector occidental del valle, así como las sierras que cierran este espacio, ya en la encrucijada de las comarcas naturales de Los Montes de Ciudad Real, La Serena-La Sibera extremeña y Los Pedroches cordobeses, con sus correspondientes pasos naturales. No obstante, en esta dirección, la topografía ondulada del valle explica la existencia de obstáculos topográficos y, por consiguiente, de áreas que escapan del control visual desde el asentamiento. En relación con este problema podemos afirmar que se recurrió, al menos en época romana, a un control indirecto a través de la ocupación de puntos cercanos con marcada capacidad estratégica (Fernández Ochoa *et alii*, 2002, 62-63). El primero de ellos se encuentra localizado en Los Castillejos de La Bienvenida, a unos 500 m al noroeste de *Sisapo*. El castillejo más occidental, con una altitud de 727 m, es el punto más elevado de la mitad occidental del Valle de Alcuía, por lo que se convierte en un privilegiado otero que permite divisar la totalidad del territorio hacia el poniente. Además, su prospección superficial acredita una reiterada ocupación, muy probablemente relacionada con esta función de control territorial<sup>115</sup>.

El segundo lugar que complementaría esta estrategia de control visual es el yacimiento de Hato del Rey, situado en la finca del mismo nombre, al pie del camino que va de Almadenejos a La Bienvenida y perfectamente visible desde el núcleo sisaponense (Fernández Ochoa *et alii*, 200, 63). En este caso no será la altitud el factor determinante de su caracterización estratégica<sup>116</sup>, sino su posición en el límite de una zona amesetada a partir de la cual el valle desciende hacia el río Pasaderas y ya no vuelve a elevarse.

Una documentación de partida excepcional a la hora de plantear el estudio de la muralla ha sido la fotografía aérea (fig. 3), que permite percibir con cierta nitidez la existencia de un encintado de tendencia oval, que ciñe un espacio próximo a las 10 Ha. A través de este medio se intuye una estructura en la que pueden contabilizarse al menos 19 elementos salientes (¿bastiones?) distribuidos en los flancos E, S y O, en tanto que la zona N muestra alguna peculiaridad que ahora referiremos. En su mayor parte, los posibles bastiones parecen estar unidos por cortinas murarias en tramos de cierta regularidad. Sin embargo, en varios puntos se aprecian discontinuidades, quizás correspondientes a diferentes acontecimientos constructivos que, como es lógico, sólo pueden esbozarse como hipótesis de trabajo. De este modo, parte del sector NO del recinto fortificado no muestra en la fotografía aérea ni en superficie huellas ostensibles de bastiones, circunstancia que podría justificarse en razón de una posible ampliación del área amurallada de la ciudad en época romana. Esta hipótesis encontraría cierta apoyatura en la identificación de algunos restos de habitación de época romana fuera del recinto murado, por lo que podría presumirse un crecimiento del núcleo que requirió la ampliación del encintado perimetral.

Otra discontinuidad se localiza en el flanco suroriental, donde la fotografía aérea permite apreciar una estructura arquitectónica de tendencia rectilínea que parece superponerse a la muralla de bastiones, a ambos lados del que quizás sea el acceso principal del asentamiento, perfectamente definido en la topografía. A través de la fotointerpretación se intuye, en efecto, la existencia de sendos lienzos rectilíneos a ambos lados de una puerta flanqueada por lo que parecen ser dos torres cuadrangulares. Da la sensación que los extremos de estos tramos se adosan a la estructura de bastiones, por lo que en principio podría suponerse que la construcción rectilínea no ciñe todo el perímetro sino que constituyó una refacción que se incorpora a la muralla de bastiones preexistente en un punto muy concreto del *oppidum*: su acceso principal y el flanco suroriental.

cerámica campaniense. TSH y cerámica común romana. Este mismo castillejo occidental ha proporcionado cerámica vidriada medieval, indicio de una ocupación postclásica que no se identifica en el solar sisaponense y que nos hizo suponer en su momento que este lugar pudiera corresponder al Hisn Al-Kudya mencionado por Al-Idrisi (Zarza- lejos, 1995: 269).

<sup>116</sup> Se encuentra a 649 m, en una posición inferior a la de Los Castillejos y La Bienvenida.

<sup>115</sup> Se han hallado materiales de superficie correspondientes a un margen temporal muy amplio que incluye producciones áticas del siglo IV a.C..

Fue precisamente la identificación de esta puerta de la ciudad en el flanco suroriental del encintado el indicio que aconsejó la elección de esta zona para la apertura del área 5 de excavación (fig. 2, 2). Se trataba además de un sector topográficamente muy apto para plantear una intervención de cara a la valoración patrimonial del yacimiento sisaponense, a causa de su buena visibilidad desde la carretera de acceso. Los trabajos en esta área se han sucedido entre las campañas de 2000 a 2004 y está previsto que se retomen en cuanto sea posible disponer de un equipo humano suficiente para simultanear las actuaciones en las áreas 1 y 5, ya que los trabajos que se están desarrollando en la primera de las zonas citadas poseen en esta fase del proyecto una marcada prioridad sobre otras intervenciones. En el transcurso de las campañas mencionadas se ha trabajado en cinco cortes (fig. 4, 1) que han permitido documentar la existencia de arquitecturas defensivas correspondientes al menos a dos momentos de la historia del asentamiento.

La construcción más antigua se corresponde con una muralla de bastiones, de la que se han exhumado dos de estos elementos avanzados (fig. 4). La distancia entre ambos es de unos 12 m y no se conoce aún la entidad y definición constructiva de la cortina muraria que los une ya que se encuentra bajo una construcción defensiva posterior con casamatas cuya cimentación rompe la planta de los bastiones, como después se verá.

El bastión más septentrional —UE 5/2/17— se configura como una estructura maciza de planta ultra-semicircular irregular, de unos 8 m de diámetro máximo. Está conformado por una línea exterior de piedras pequeñas y medianas trabadas con tierra. Se trata en su mayor parte de lajas de pizarra en disposición transversal, siguiendo hiladas y formando un pequeño talud apenas apreciable a esta cota, que inclina ligeramente la estructura hacia el interior. En principio, la construcción en talud fue un procedimiento técnico destinado a minimizar los problemas de estabilidad de las estructuras defensivas antiguas, generalmente realizadas con una escasa cimentación y un importante espesor de muro. Pero, como bien advierte P. Moret (1996: 86), este rasgo no tiene por qué ser interpretado como una práctica arquitectónica arcaica sino que en otros casos se aplicó como un refinamiento destinado a mejorar la defensa reduciendo el ángulo muerto de estos elementos salientes. La composición interna de la obra resulta visible en un punto al NO y N gracias a un rompimiento en la cara externa del alzado; al menos en esta zona consiste en un relleno heterogéneo careado y a plomo, constituido de piedras, tierra y adobes. En el flanco N se observa un alzado de 1,20 m, arrasado con un buzamiento descendente de O a E, siguiendo la pendiente del talud de la meseta, en tanto que el plano superior de arrasamiento coincide con la línea superior de la cimentación de la muralla de casamatas.

Por su parte, el bastión meridional —5/5/8— apenas es conocido en planta y en un punto de su alzado

N, ya que la excavación del corte 5/5 se encuentra inconclusa. Como el anterior, presenta una planta ultrasemicircular irregular, de unos 8 m de diámetro, y la altura máxima observable hasta el momento es de 1,20 m (alzado N). Evidencia una afección por la obra de casamatas idéntica a la del bastión contiguo y su fábrica constructiva en la escasa porción visible es también coincidente con la de aquel: careado de mampostería de piedra trabada con tierra y relleno interno de piedras y fragmentos de adobes con tierra, e incluso alguna pequeña zona con un careado formado con adobes.

La datación de esta estructura no ha podido ser establecida por el momento, dado que sólo se han excavado estratos asociados a su uso apoyados en los dos bastiones exhumados parcialmente en los cortes 5/2, 5/4 y 5/5. En todo caso, su anulación por la estructura de casamatas permite defender con seguridad que se trata de una obra anterior a ésta. Sin que deba inferirse de ello una relación cronológica, destaca la similitud conceptual existente entre esta muralla de La Bienvenida y la del *oppidum* de Plaza de Armas (Puente Tablas, Jaén), en este caso jalonada por bastiones cuadrangulares. Las semejanzas se advierten también en algún detalle constructivo como la realización en ambos casos de una pared interior a plomada y un revestimiento en talud (Ruiz, Molinos y Choclán, 1991: 115).

La segunda fase constructiva documentada está representada por una obra con casamatas que aflora en los cinco cortes abiertos en este sector del yacimiento (fig. 4). En cuatro de ellos —5/1, 5/2, 5/3 y 5/4— se ha completado la excavación hasta los estratos basales de cimentación de la estructura de casamatas, mientras que el corte 5/5 se encuentra aún en una fase inicial de la intervención. En el curso de estos trabajos se ha sacado a la luz un sector de esta estructura cercano a los 35 m lineales y notable por su fábrica y concepto constructivo. Se trata de una obra constituida por varios conjuntos de casamatas adosados unos a otros de NE a SO. Cada uno de ellos conserva el muro perimetral externo y los muros transversales que delimitan las casamatas, en tanto que el muro perimetral interno fue profundamente alterado por las reocupaciones tardorromanas de este espacio, llegando a eliminarlo en casi todo el ámbito excavado, salvo en el caso de la casamata más septentrional<sup>117</sup>.

Los dos primeros se identifican como conjuntos diferenciados dado que constituyen unidades de obra adosadas. El conjunto nororiental, que parece adosarse a un bastión de la muralla preexistente, consta de dos casamatas (C1 y C2) y su muro perimetral externo se adosa al siguiente segmento manteniendo la continuidad lineal respecto al muro perimetral externo de éste. Este segundo conjunto consta de tres casamatas (C3,

<sup>117</sup> Incluso en este caso el muro perimetral interno ha sido severamente alterado por la reutilización tardía de este espacio rompiendo su trazado físico y la relación estratigráfica con la estructura de casamatas.

C4 y C5), y su muro perimetral se adosa al siguiente sin alinearse con el muro perimetral externo de éste, de modo que el tercer conjunto se configura como un cuerpo adelantado respecto a los dos anteriores. De este tercer conjunto se han exhumado hasta el momento tres casamatas (C6, C7 y C8), si bien se encuentra aún por definir en su integridad mientras no avance la excavación hacia el S.

La longitud de cada uno de los conjuntos es diferente. El primero presenta unas dimensiones de 7,34 m y el segundo de 9,84 m, en tanto que la porción conocida del tercero supera los 16 m. Es evidente que en su estado actual esta obra carece del grado de conservación necesario para intentar la aplicación de cálculos metrológicos con una mínima base de fiabilidad<sup>118</sup>. Sin embargo, aunque es obvio que la falta de conservación del muro perimetral interno y de parte de los transversales que configuran las casamatas impide conocer las dimensiones completas de estos habitáculos, estimamos que para valorar el carácter unitario de su proyecto constructivo puede ser resultar indicativa la consideración de sus anchuras. De este modo, se detecta una cierta regularidad en las dimensiones de ancho de las casamatas de los conjuntos 1 y 2, aunque no existe un tamaño único de referencia<sup>119</sup>. De igual modo y aunque en una primera mirada la anchura de los habitáculos del tercer conjunto parezca diferir de la de los anteriores debemos destacar que  $C6=C4$  (2,34 m),  $C8=C1$  (3,125 m) y que  $C7=C2 \times 2$  (2,5 x 2=5 m).

Donde sí se aprecian diferencias entre el grupo constituido por los conjuntos 1-2 y 3 es en los aspectos propiamente constructivos y edificios. En efecto, el conjunto 3, adelantado respecto a la línea frontal de los otros dos, presenta una arquitectura de mayor enjundia, en la que se ha cuidado más la fábrica y la regularidad del material empleado (fig. 5). Debemos empezar destacando la potente cimentación que muestra el muro perimetral externo en este segmento y que alcanza una media de 2 m de profundidad, con una obra realizada con bloques de toba<sup>120</sup> de tamaño medio y elementos cuarcíticos irregulares más pequeños, dispuestos en hiladas horizontales y ligeramente sobresalientes en planta respecto a la fábrica del alzado<sup>121</sup>. Del alzado se conserva apenas una sola hilada

de unos 0,30 m de altura integrada por sillares y sillarejos de toba dispuestos prácticamente a hueso. A pesar de su enorme grado de arrasamiento, la observación de los elementos que aún permanecen *in situ* permite anotar algún dato de interés sobre la configuración de este paramento, como los indicios del empleo de sillares engatillados<sup>122</sup> y algún somero trabajo de almohadillado.

Por lo que respecta a los muros que delimitan las casamatas en el conjunto que estamos tratando, se trata de paramentos de obra irregular que combinan los sillarejos de toba con la mampostería de piedras de diversos tipos y tamaños. Conservan alturas máximas en torno a los 0,75 m. Hay que destacar una mayor potencia de estos muros medianeros respecto de los de las casamatas de los conjuntos 1 y 2, ya que alcanzan 1,20 m de anchura. La mayor potencia de estos elementos y la solidez de la cimentación de este segmento de la muralla de casamatas podrían hacer pensar que se trata de un cuerpo con mayor altura que el de los conjuntos anejos por el N.

Los conjuntos 1 y 2 se ejecutaron de acuerdo con unas mismas pautas arquitectónicas y, aunque se trata de unidades de obra individualizadas, constituyen, como venimos destacando, un tramo continuo de la muralla de casamatas. Ambos conjuntos muestran una edificación menos cuidada y de menor envergadura arquitectónica que la del segmento de casamatas adelantado. Sus respectivos muros perimetrales externos poseen una anchura de 1,50 m y conservan un alzado visto de una o dos hiladas de piedras irregulares de tamaño grande, de 0,70 m de altura máxima. Presentan fábrica de mampostería integrada por piedras de diversos tamaños trabadas con tierra, con un careado bastante imperfecto. El empleo de la toba volcánica es menos abundante que en el conjunto 3. Por su parte, este sector presenta una cimentación de potencia inferior a la del muro perimetral del conjunto 3, con 0,60 m de altura. Los muros laterales de las casamatas tienen una anchura de 0,90 m y alzados vistos con una altura máxima conservada cercana a 1 m. Como ya hemos mencionado más arriba, parece conservarse aunque parcialmente el muro perimetral interior de la casamata 1, por lo que es posible conocer el ancho de la misma —3,75 m—, su superficie —11,7 m<sup>2</sup>— y la potencia completa de la muralla de casamatas en este punto: 6,25 m.

<sup>118</sup> Véanse los interesantes resultados de esta índole obtenidos y recopilados por P. Moret en relación con diversos patrones antiguos (Moret, 1998; 2002; Moret y Badie, 1998).

<sup>119</sup>  $C1=3,1$  m;  $C2=2,50$  m;  $C3=2,2$  m;  $C4=2,34$  m;  $C5=2,65$ .

<sup>120</sup> La toba constituye un recurso litológico disponible en el entorno del yacimiento, que forma parte de la arquitectura de los domos volcánicos conocidos como Castillejos de La Bienvenida. Esta roca fue empleada también con cierta profusión en las construcciones de época romana. La cantera parece estar ubicada en el castillejo oriental, ya que se observan en él evidencias claras de trabajos de extracción de bloques y sillares.

<sup>121</sup> Destaca P. Moret (1996: 77) que las fundaciones de este género no resultan excesivamente frecuentes en la Iberia prerromana, ya que se prefirió adoptar fórmulas más sencillas como la realización de capas de nivelación compactas sobre las que asentar la construcción, o ensanchar la base del muro. Sin embargo, el mismo autor citado apunta la existencia de ejemplos de cimentación muy potente como los de

Torreparedones o compleja como Carmona, en este último caso en fechas ya situadas entre la presencia cartaginesa y los momentos iniciales de la implantación romana.

<sup>122</sup> La escasa porción conservada de este alzado no permite por el momento una definición plena de este procedimiento de encaje de piezas, por lo que no puede descartarse que los entalles observados pudieran corresponder a orificios de desagüe. Sin embargo, estimamos que la realización de estos puntos de drenaje no precisaría de una solución técnica tan elaborada, siendo suficiente la colocación de los sillares disponiendo un hueco entre ellos.



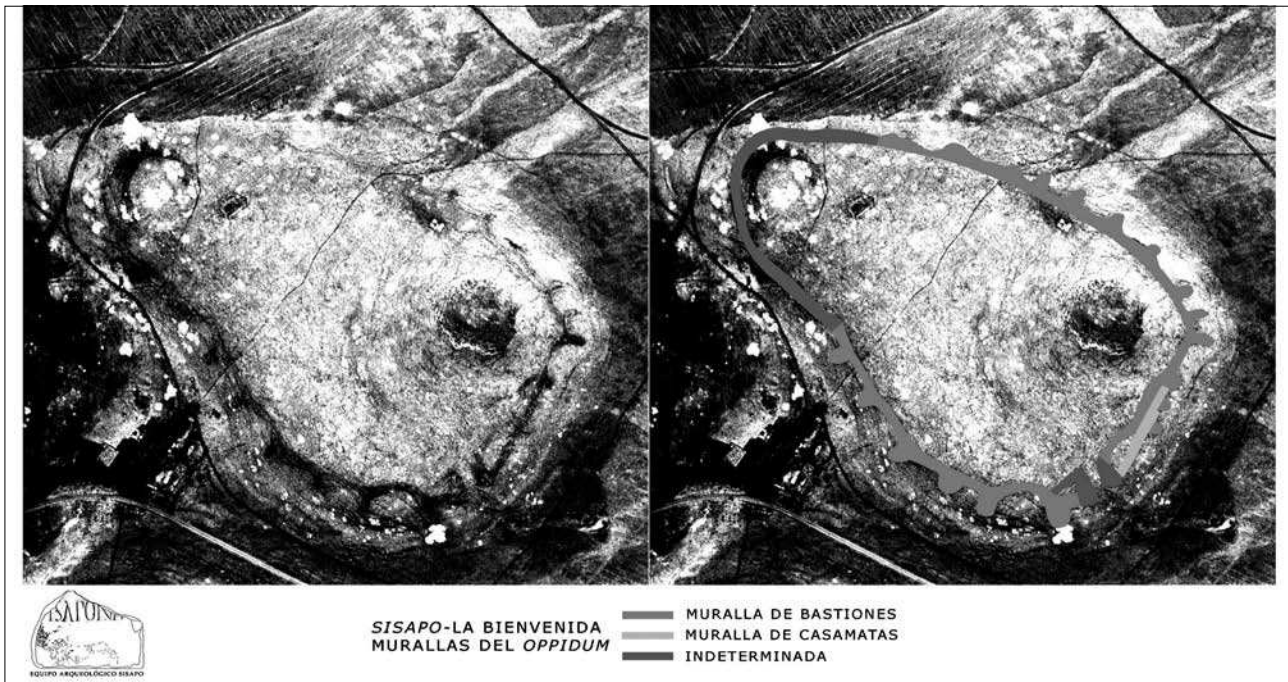


FIGURA 3.—Interpretación de las murallas del oppidum a partir de la fotografía aérea.

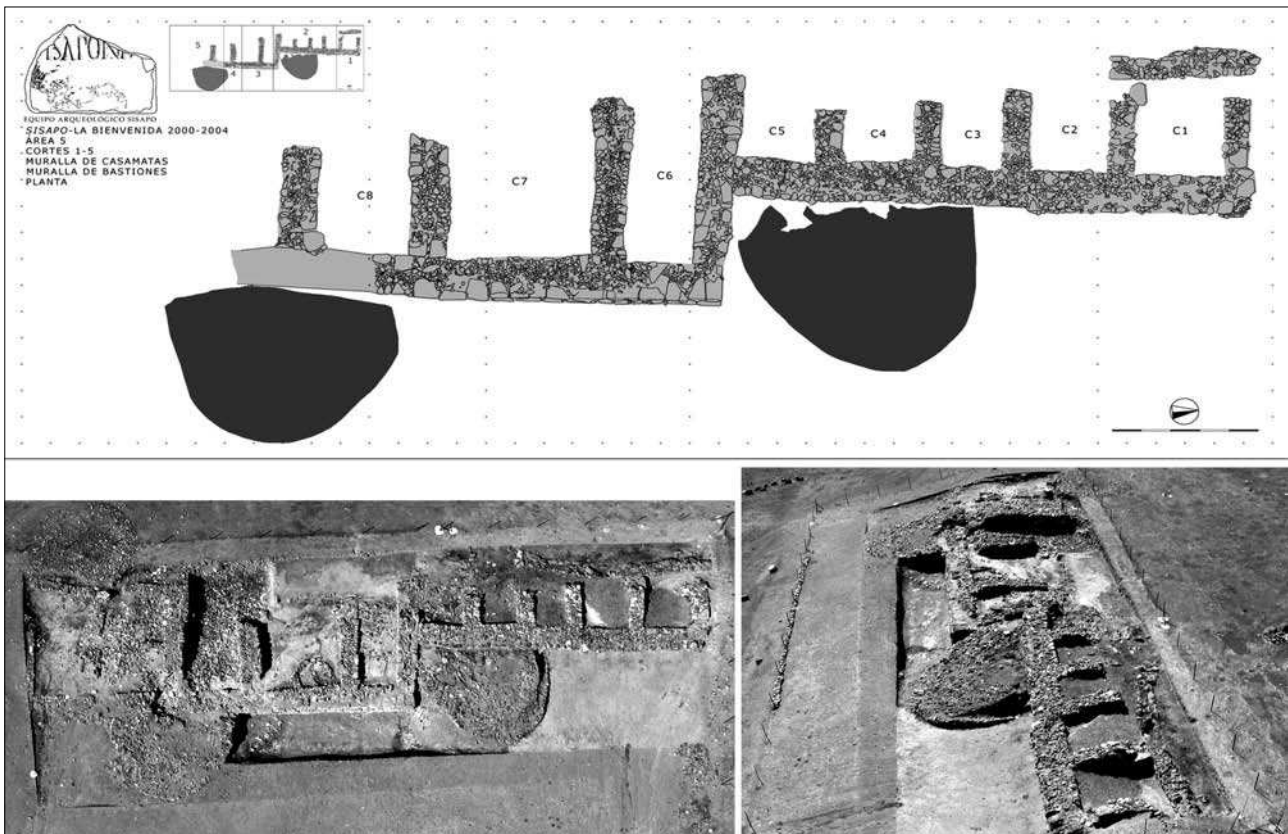


FIGURA 4.—1: Área 5. Cortes 1-5. Planta de la muralla de casamatas y de la muralla de bastiones. 2-3: Vista aérea de las murallas.

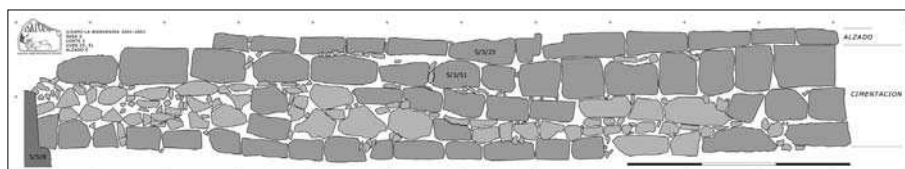


FIGURA 5.—Corte 3. Alzado del muro perimetral exterior de la muralla de casamatas.

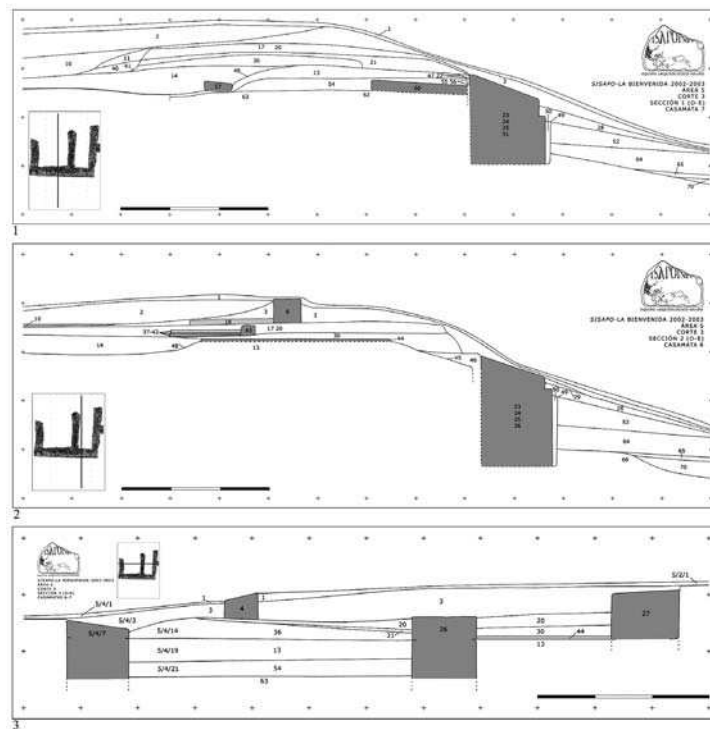


FIGURA 6.—1-3: Corte 3. Estratigrafía.

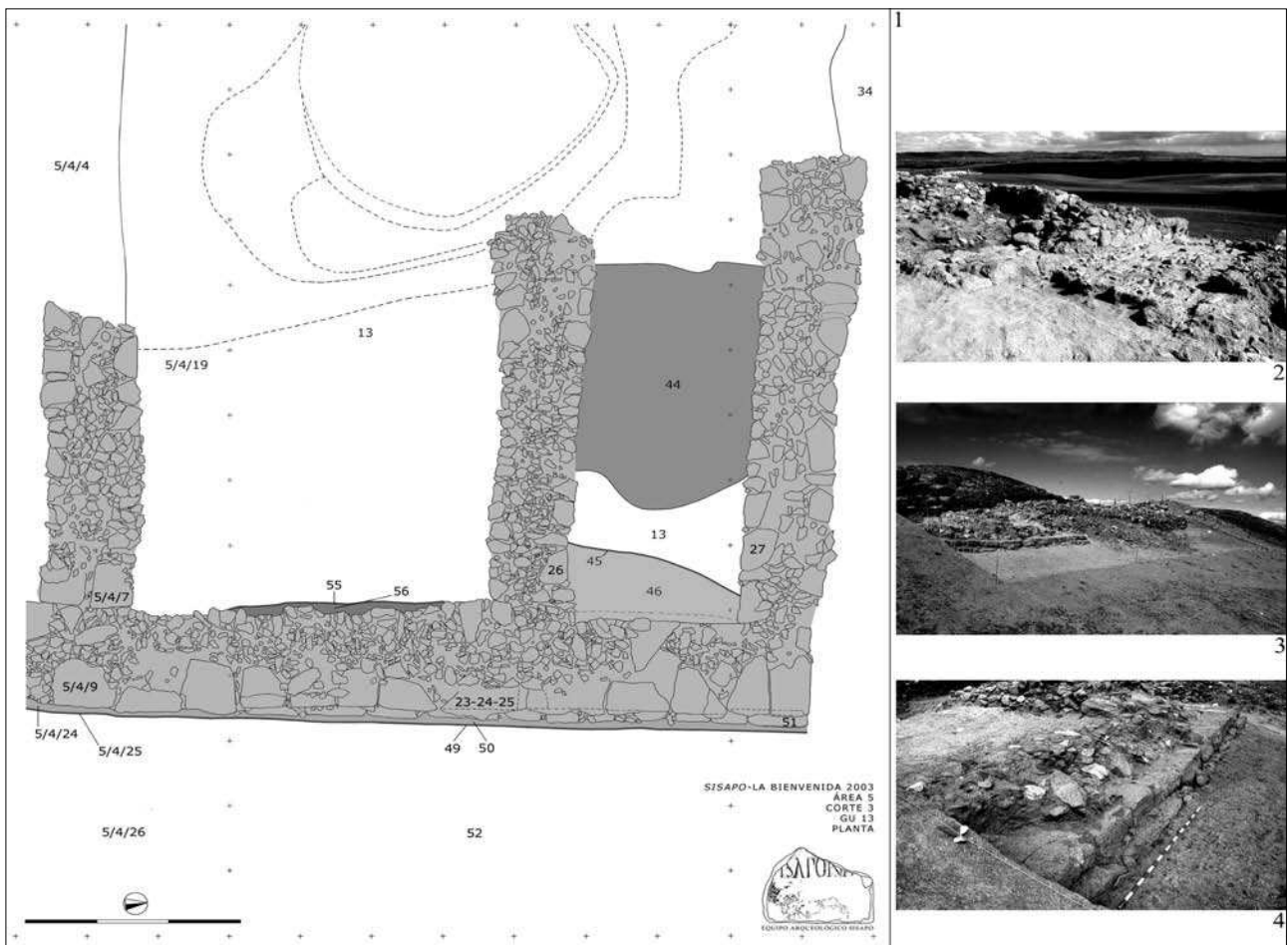


FIGURA 7.—1: Fase V. GU 13, muralla de casamatas; 2: Fase IV. UE 44, superficie de uso de la casamata 6; 3: Fase VI. Vista general; 4: Fase VI. Las UUEE 13 (intramuros) y 52 (extramuros) con las zanjas de cimentación de la muralla de casamatas cortando su superficie.

### 3.2. La secuencia estratigráfica

A la hora de contextualizar las estructuras que acabamos de describir, los cortes 5/1<sup>123</sup> y 5/3<sup>124</sup> son los que han proporcionado estratigrafías más completas sobre el proceso constructivo sometido a estudio. Con afán sintético se mostrará la secuencia exhumada en el corte 5/3, considerando que permite un conocimiento suficiente y completo del contexto estratigráfico al que corresponden las estructuras aludidas (fig. 6).

El corte 5/3 se localiza en el talud SE del *tell* de La Bienvenida y fue trazado con unas dimensiones iniciales de 7 m en dirección N-S y 14 m en dirección E-O, ampliadas en el transcurso de la intervención por la necesidad de contextualizar desde el punto de vista estratigráfico diversas estructuras arquitectónicas. Su excavación ha deparado hasta el momento la documentación de nueve grandes fases de ocupación que encuentran correspondencia parcial en el resto de los cortes.

#### Fase I

Se trata del estrato superficial contemporáneo.

#### Fase II

Está representada por varios grupos de UUEE de construcción, uso y abandono localizados dentro del espacio que correspondió a las casamatas C6 y C7 y al ámbito extramuros anejo, una vez que éstas han sido arrasadas o amortizadas parcialmente. Se trata de una fase que comprende diversos momentos de cronología romana bajoimperial que se suceden durante los siglos IV y V, de acuerdo con el análisis preliminar de los materiales cerámicos. En esta etapa la muralla sisaponense, o al menos este sector de la estructura, ha perdido completamente su función, de tal modo que el extremo suroriental del *oppidum* se convierte en sede de ocupaciones relacionadas con diversos usos, entre los que destacan las actividades artesanales. Desde el punto de vista estructural se identifican construcciones de baja calidad arquitectónica, con muros de escasa envergadura y simples cercas, relacionadas con hornos metalúrgicos y de otros tipos y simples hogares. En esta fase se documenta la amortización de los restos arquitectónicos de la muralla de casamatas, especialmente en lo que atañe a su desmantelamiento para la posible obtención de materiales constructivos.

Entre todos los grupos de UUEE que conforman esta fase II son especialmente destacables cuatro que la ejemplifican de manera bastante explícita:

— El GU 4 incorpora la fase constructiva correspondiente a varios muros erigidos en mampostería de mala factura (UUEE 4, 5, 6, 7 y 15), un hogar (UUEE 18 y 19) y un posible horno metalúrgico (UUEE 31, 32, 33) asociado a éstos. Se trata de los restos de varios espacios que amortizan los restos parciales del muro

N de C6 (UE 27) en un tramo que permanece aún en pie en este momento y que comprendería desde la confluencia con el muro 6 hasta el arrasamiento con acusado buzamiento de la estructura en el inicio del talud E del *tell*. En este momento se verifica ya la inexistencia del muro perimetral interior de la misma y la ruina de los muros S de las casamatas C6 y C7, que se encontraban sepultados. Asimismo, es posible observar el arrasamiento hasta casi la línea de cimentación del muro perimetral externo de la muralla en el borde del talud del *tell*, arrasamiento que puede venir dado por una acción de saqueo de la que no existen evidencias en el corte 5/3, aunque sí en otros cortes anejos.

— El GU 6 está integrado por los restos arrasados de un horno de funcionalidad indeterminada, con al menos dos fases de uso (UUEE 35 y 37; UUEE 38, 39, 40, 42, 43), así como por su cenicero y relleno correspondiente (UUEE 40, 41). Se trata de una estructura situada al aire libre, físicamente localizada sobre un espacio coincidente con los restos del muro S de la casamata C6 (UE 26) y asociada únicamente al uso de los restos parciales del muro N de la casamata C6 (UE 27).

— El GU 9 representa una primera fase constructiva bajoimperial en el que fuera el espacio ocupado por las casamatas C6 y C7. Está integrado por el muro UE 57, una estructura de escasa envergadura que se construye a modo de cerca, sin cimentación, sobre la superficie de la zanja de robo del muro perimetral interior de la muralla de casamatas, adaptándose a la concavidad de ésta. Une los dos extremos occidentales rotos de los muros de la casamata C7 (26 y 5/4/7), delimitando un espacio en forma de U en el que no ha podido documentarse un cierre E. En realidad, en este lado debería aparecer el muro perimetral exterior de la muralla, pero a esta cota se encuentra ya arrasado y sin relación estratigráfica con esta estructura arquitectónica, de lo que deducimos que se destruyó o fue desmantelado previamente.

— El GU 10 resulta muy interesante para determinar las causas de la probable destrucción de la muralla de casamatas a comienzos de esta fase II. Está constituido por un gran agujero o zanja (UE 14) -de tendencia circular, sección cóncava y unos 7 m de diámetro por 1 m aproximado de potencia-, practicado sobre parte de las UUEE de las fases IV, V y VI, incluido el extremo occidental de los muros laterales de la casamata C7 (26 y 5/4/7). Dicha zanja fue amortizada posteriormente mediante la construcción del muro 57 en su extremo E y por la existencia de parte de un basurero (GU 8-UE 14) que la rellena. Esta zanja de saqueo tiene correspondencia en un GU de los cortes 5/4 y 5/5 (UUEE 5/4/22, 5/4/23, 5/5/16 y 5/5/17), tratándose en este caso de una gran zanja efectuada sobre el muro perimetral exterior que produjo un rompimiento muy considerable del muro hasta niveles profundos de su cimentación. Por lo tanto, parece que el

<sup>123</sup> Fue excavado durante la campaña de 2001.

<sup>124</sup> Intervenido a lo largo de las campañas de 2002 y 2003.

desmantelamiento de la muralla de casamatas se produce en esta fase II de cronología romana bajoimperial.

### Fase III

La fase III está representada por el GU 11, constituido por varias UUEE de colmatación paulatina, apoyadas sobre el alzado del muro perimetral externo y relacionadas con el uso de la muralla de casamatas. Dichas UUEE han aportado escaso material arqueológico, aunque el recuperado es suficientemente elocuente para ratificar la permanencia en uso de la estructura defensiva en época altoimperial<sup>125</sup>.

### Fase IV

La fase IV está representada por la UE 44 (GU 12), que se corresponde con un posible suelo o superficie de uso de época romana indeterminada, a modo de empedrado con piedras irregulares y algún fragmento de teja (fig. 7, 2). Se localiza en una parte del espacio de la casamata C6, enrasando con un posible umbral situado al O del muro lateral S de la casamata (UE 26). Dicha superficie de uso se encuentra apoyada en los muros laterales de la casamata C6 —UUEE 26 y 27 (fase V)— y sobre UE 13 (fase VI). Esta formación puede señalar el último uso de la casamata 6<sup>126</sup>.

### Fase V

Está constituida por el GU 13, un conjunto de UUEE que representa la obra de la muralla de casamatas (fig. 7, 1). En el espacio incluido en el corte 5/3 se documentan las casamatas C6 y C7, que forman parte del conjunto más meridional de las tres unidades constructivas identificadas en el tramo de la muralla conocido hasta el momento, que constituye, como ya hemos indicado, un cuerpo adelantado respecto a la línea de los otros dos.

El muro perimetral exterior de la muralla de casamatas muestra dentro del corte 5/3, unos 10 m lineales de longitud con la adición de la parte correspondiente al corte 5/4 intervenida en la excavación intramuros. Esta obra está compuesta por las siguientes UUEE:

— UE 51 (fig. 5; fig. 7, 1): Cimentación o zapata de la estructura observable sólo a extramuros. Está constituida por cuatro hiladas de sillares y sillarejos de toba volcánica de grandes y medianas dimensiones y un careado imperfecto, combinados con pequeñas piedras a modo de calzos y cuñas, y con trabazón de tierra. Se ha identificado una zanja de cimentación (fig. 7, 4) (UE 49) muy estrecha (0,10-0,15 m) y alargada, de sección rectangular e importante profundidad

(aproximadamente 1,50 m documentados), que perforó numerosas UUEE (52, 64, 65 y 66). El relleno de la zanja 49 —UE 50— es heterogéneo y está constituido por las tierras que la zanja fue perforando. Desde el punto de vista cronológico ha sido significativa la documentación en esta unidad de materiales arqueológicos que aportan una fecha *post quem* para referenciar la cronología de la muralla a mediados del siglo II a.C., como veremos más adelante. La zanja de cimentación extramuros UE 49 tiene correspondencia en los cortes 5/2 y 5/4 en las zanjas 5/2/54 y 5/4/24, que además perforan los bastiones de la muralla preexistente, de modo que se verifica la pérdida de uso de la misma en el momento de construcción de la muralla de casamatas en el tramo excavado hasta el momento.

— UE 25 (fig. 5; fig. 7, 1): Paramento del muro perimetral externo. Se conserva una única hilada de sillares y sillarejos, de unos 0,35 m de altura máxima, ligera y parcialmente retranqueada hacia el interior. Apoya en UE 51. Como se ha apuntado más arriba, algunos sillares muestran rebajes, quizás efectuados para encastrar las piezas de la siguiente hilada, por lo que pudo tratarse de un paramento que hizo uso de la técnica del engatillado. También presentan estas piezas un cierto trabajo de talla a modo de un almohadillado de efecto grosero a causa del grueso grano de la toba y un perfilado de su cara E, efectos que imprimen a la obra un acabado más cuidado que el de los conjuntos de casamatas anejos. La unión de estos elementos se realizó prácticamente a hueso, con trabazón de tierra al interior.

— UUEE 23 y 24 (fig. 5; fig. 7, 1): Constituyen la obra interior de cimentación en la mitad longitudinal O del muro, realizada fundamentalmente con mampostería trabada con tierra muy irregular. Las UUEE 23 y 24 se introdujeron en las zanjas de cimentación intramuros 45, 47 y 55 (fig. 7, 4), que presentan rellenos (UUEE 22, 46 y 56) poco significativos desde el punto de vista cronológico.

Ya en la zona interior de la estructura, debe precisarse que los tres muros laterales de las casamatas C6 y C7 aparecen trabados con el muro perimetral exterior, argumento que refuerza la unidad de la obra. El muro N de C6 (UE 27)<sup>127</sup>, se levantó inmediatamente antes que el lienzo perimetral exterior del conjunto 2 de casamatas, puesto que, según se ha comprobado en el corte 5/2, dicho lienzo se le adosa aproximadamente en su zona media, provocando el ya mencionado adelantamiento de este cuerpo respecto a la línea de los conjuntos 1 y 2. Por su parte, el muro medianero entre las casamatas C6 y C7 (UE 26) también está trabado con el muro perimetral exterior de la muralla. Presenta

<sup>125</sup> En la UE 28 se han recuperado fragmentos de TSG correspondientes a un plato de forma Drag. 4/22 de *marmorata* y un fragmento de Drag.30 decorada, ambos procedentes del centro de producción de La Graufesenque.

<sup>126</sup> No obstante, la situación en profundidad de las zanjas de cimentación y del citado umbral determina que se ocupe en esta zona una superficie situada prácticamente a la misma cota desde el momento de construcción de la muralla hasta el uso de época romana indeterminada que representa la UE 44.

<sup>127</sup> Se trata de un muro de obra mixta de mampostería y sillarejos trabados con tierra, del que se conservan 9 m de longitud, aunque se encuentra roto en su extremo O: tiene 1.20 m de anchura, y conserva cerca de 1.50 m de altura, incluida la cimentación que observamos, ya que el alzado visto máximo conservado está en torno a 0.90 m.

idéntica técnica constructiva que UE 27 y conserva unos 6 m de longitud, siendo su anchura de 1,20 m y la altura conservada de la obra vista de apenas unos 0,40 m. Muestra los restos de un umbral con una losa de piedra al O, en la zona donde confluiría con el muro perimetral interno, hoy desaparecido. El muro S de la casamata C7 (UE 5/4/7) ha sido exhumado en el corte 5/4. Está levantado con mampostería irregular con trabazón de tierra y con algún elemento de sillería de tamaño medio. Tiene una anchura de unos 1,25 m, y en su alzado N es posible observar que su cimentación se ha realizado con mampostería de piedras más pequeñas a partir de una línea superior regular coincidente con la superficie de cimentación. El alzado visto conservado es de unos 0,30 m de altura.

Al O, el muro interior de cierre de este conjunto 3 de casamatas ha desaparecido también en este caso por efecto de su expolio para la obtención de materiales constructivos, tal y como ha quedado demostrado con la excavación de la zanja o agujero de saqueo perteneciente a la fase II (UE 48).

### Fase VI

Esta fase está representada por el GU 14, integrado por las UUEE 13 y 54 (intramuros) que son equivalentes y UE 52 (extramuros) (fig. 7, 3 y 4). Se trata de niveles de colmatación, formados por tierra semidura y dura de tonalidad marrón amarillenta, producto de la disgregación de tapial, con algunas piedras y bastante material arqueológico. Resultan de especial interés, ya que son los estratos más superficiales relacionados con el uso de la muralla de bastiones, en la que apoyan, y sobre los que se construye la muralla de casamatas<sup>128</sup>. La relación estratigráfica entre ambas construcciones defensivas permite plantear una posible limpieza y explanación de la superficie de la estructura de bastiones previa al asentamiento de la muralla de casamatas, ya que, tanto a extramuros como a intramuros, no se identifican escombros o restos de derrumbes. Por el contrario, se percibe una superficie plana y horizontal a intramuros y sesgada y con buzamiento descendente en sentido O-E a extramuros.

Desde el punto de vista cronológico, estos estratos, junto con el relleno de la zanja de cimentación extramuros (UE 50), expresan el término *post quem* de construcción de la muralla de casamatas. Los materiales asociados a la excavación de estas UUEE vuelven a remitir a un horizonte propio de las décadas centrales del siglo II a.C., como se argumentará después.

### Fase VII

La fase VII está representada por varios GGUU pertenecientes a un momento ibérico reciente-romano

republicano inmediatamente anterior al de la fase VI, que puede situarse en los años anteriores a la mitad del siglo II a.C., de lo que cabe deducir la inmediatez entre esta fase de uso de la muralla de bastiones y la fase VI, relacionada también con esta estructura pero estrechamente vinculada con la construcción de la muralla de casamatas, como acabamos de exponer.

Entre los GGUU que componen esta fase destacaremos varios que sirven para establecer las pautas funcionales del espacio extramuros de la muralla de bastiones en estos momentos previos a la construcción de la muralla de casamatas:

— El GU 15 representa la fase constructiva de un horno (UE 60) muy arrasado y cortado en su extremo E por la cimentación de la muralla de casamatas, así como el momento de amortización del mismo como escombrera (UE 61).

— El GU 16 resulta especialmente importante por lo que se refiere a la determinación de la cronología de esta fase y su relación con la de la fase inmediatamente posterior. Está constituido por la UE 64, un estrato heterogéneo formado por restos de tapial disgregado con bastantes cenizas, piedras y material arqueológico. Lo hemos interpretado como parte de un basurero o escombrera extramuros.

— Por último, el GU 18, representado por las UUEE 67, 68 y 69, es un conjunto de carácter funerario representado por una pequeña cista que no conservaba resto alguno en su interior. Se trata de una estructura cuadrangular (UE 68), de unos 0,50 x 0,50 x 0,24 m, de la que se conservaban tres lados formados por una laja de pizarra cada uno, y como cubierta, otra laja que se halló movida, apoyada en la pared S pero caída hacia el N en el interior de la cista. UE 69 se corresponde con la perforación realizada para construir la cista. Presenta planta cuadrangular y sección rectangular y su lado E no ha podido ser localizado, confundándose el relleno con la tierra circundante, de modo que pudo ser esta la zona por donde se realizó una posible remoción o saqueo de su contenido. Esta tumba fue efectuada sobre la UE 67.

— Los GGUU 17 y 19 son niveles de colmatación paulatina que representan episodios intermedios entre los momentos de uso del espacio extramuros mencionados.

### Fase VIII

Está representada por el GU 20 (UUEE 66, 5/2/53, 5/4/6, 5/4/29 y 5/4/30), que aglutina una serie de estratos interpretados de manera preliminar como capas de preparación relacionadas con la arquitectura de la muralla de bastiones.

La excavación de UE 66 (equivalente a 5/2/50 y a 5/4/28) resultaba *a priori* primordial para resolver su relación con la cimentación de la muralla de casamatas y para, presumiblemente, observar por completo el alzado de dicha cimentación. Su excavación se abordó en conjunto en los cortes 2 (únicamente en la

<sup>128</sup> La construcción de la muralla sobre las UUEE que componen esta fase está demostrada por la relación estratigráfica existente entre las mismas, la zanja de cimentación del muro perimetral exterior y las obras de cimentación de los muros de compartimentación de las casamatas.

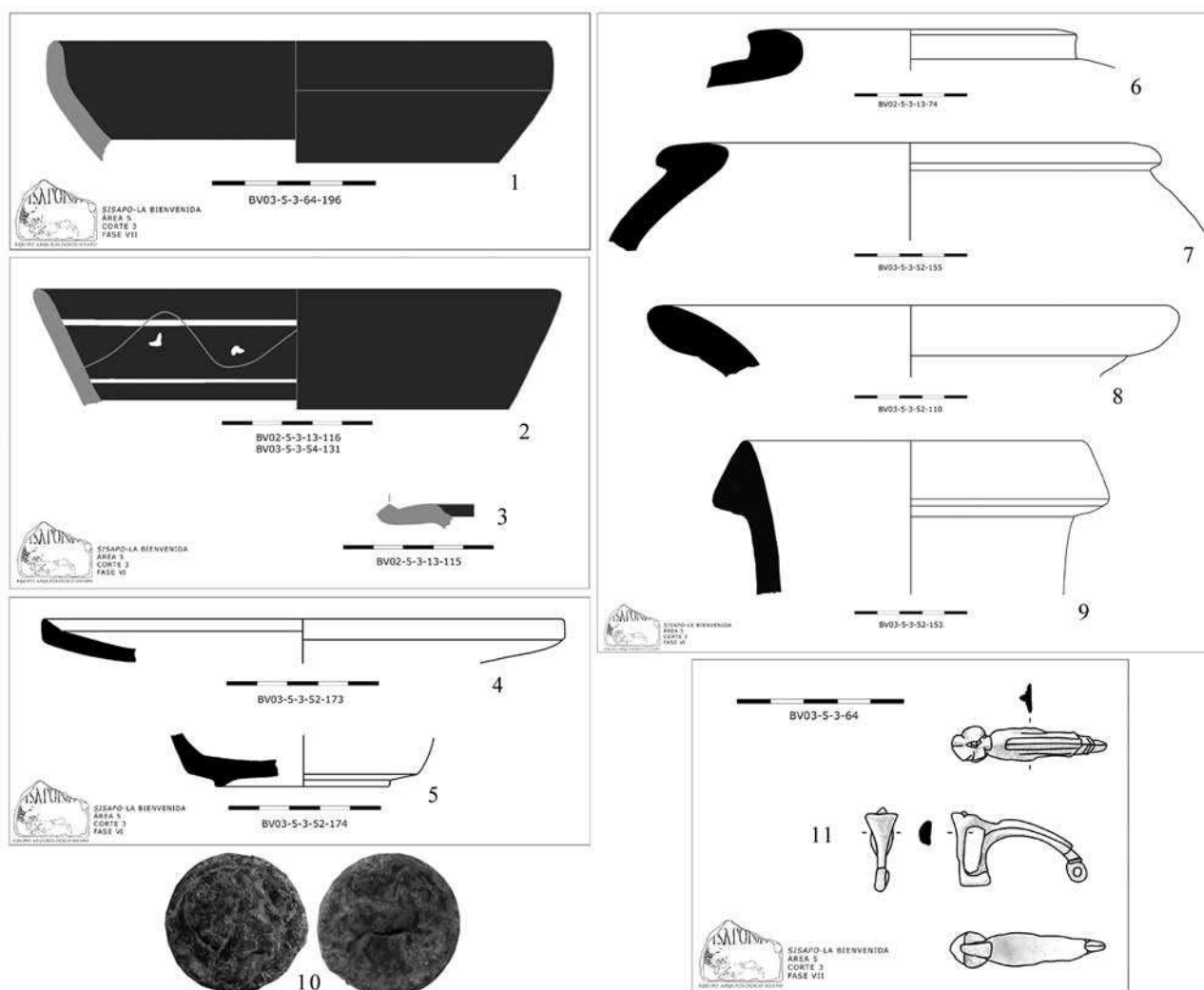


FIGURA 8.—Selección de materiales de las fases VI y VII del corte 3. 1: Fase VII, cerámica campaniense. 2-3: Fase VI, cerámica campaniense. 4-5: Fase VI, imitaciones de cerámica campaniense. 6-9: Fase VI, ánforas. 10: Fase VI, moneda. 11: Fase VII, fibula.

zona S), 3 y 4, para incorporar el espacio comprendido entre ambos bastiones, pero toda ella se documentó dentro de los límites del corte 3. Esta formación se presenta como un estrato homogéneo, integrado por un conglomerado de piedras (esencialmente esquirlas de pizarras pequeñas, muy abundantes, y alguna piedra mediana) y tierra marrón o marrón amarillenta semidura o dura, con componente bajo de cenizas (concentradas en algunos puntos) y algún material arqueológico que permite su datación preliminar en un momento ibérico pleno avanzado (s. III a.C.). La UE 66 muestra un buzamiento descendente general en sentido O-E y se documenta a cota más elevada en torno a los bastiones, como si hubiese sido amontonada contra ellos. Aparece a cota más profunda en la zona aneja a la esquina NE del retranqueo de la muralla de casamatas, donde forma en superficie una depresión O-E a modo de zanja, donde incluso falta la superficie de pizarras. Esta unidad puede interpretarse como un preparado en relación con la muralla de bastiones, quizás un sistema de drenaje, para evitar el socava-

miento por efecto del agua en la base de la estructura. Aunque alcanzaba un grosor considerable, no fue excavada por completo, sino únicamente hasta verificar el final de la cimentación del muro exterior de la muralla de casamatas, ya que su retirada afecta a la estabilidad de esta cimentación.

### Fase IX

Se corresponde con la fase constructiva de la muralla de bastiones, representada por dos bastiones excavados parcialmente en los cortes 2, 4 y 5 (5/2/17 y 5/5/8) a los que ya nos hemos referido. Por problemas de estabilidad de las estructuras exhumadas hasta este punto, la excavación se ha detenido hasta que se acometa un proyecto de consolidación y estabilización de la muralla de casamatas.

### 3.3. Evidencias materiales y precisiones cronológicas

La dinámica estratigráfica que acabamos de sintetizar caracteriza los estratos integrados en las fases V (UE 50) y VI (UUEE 13, 54 y 52) del corte 5/3 como

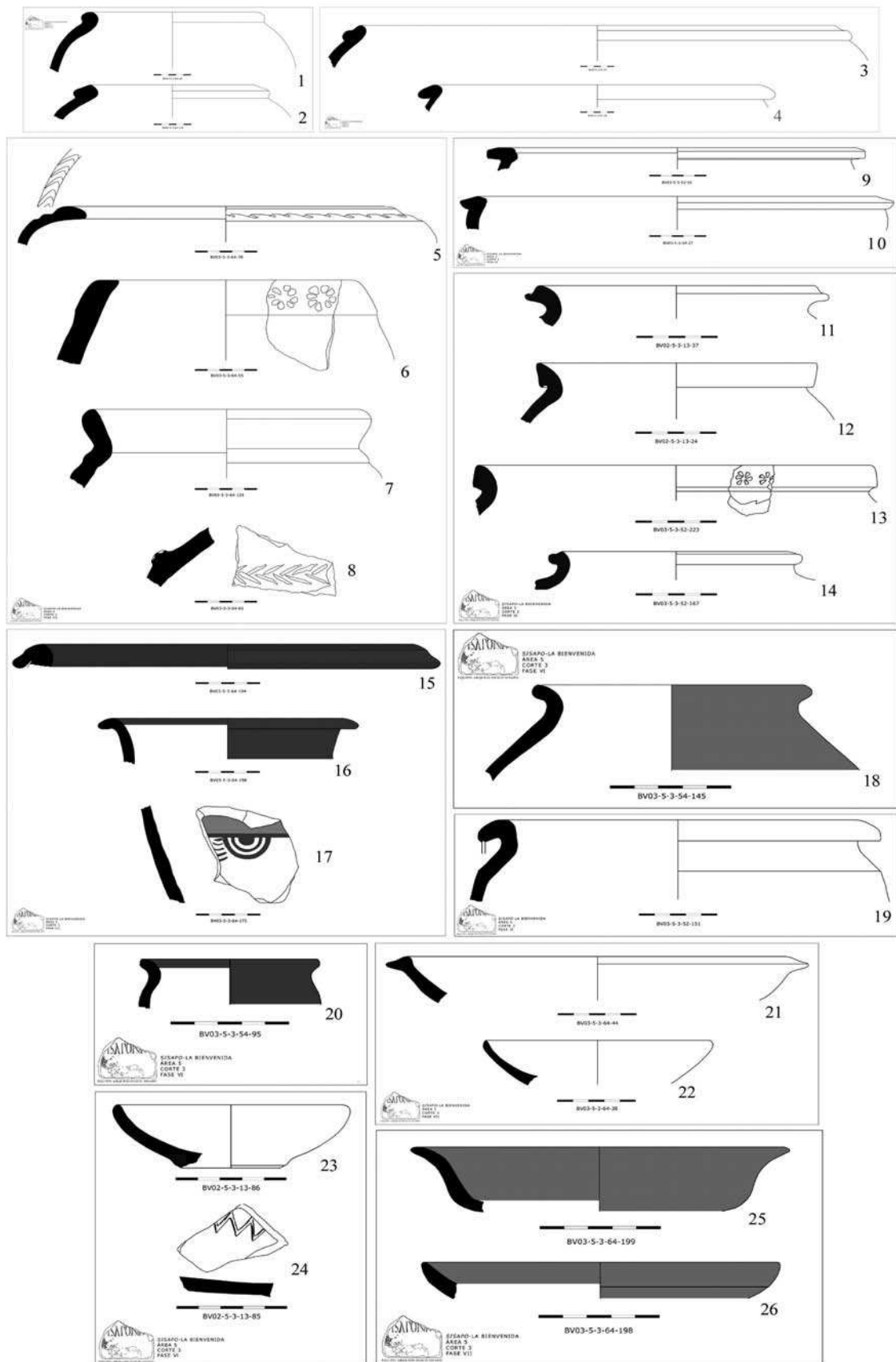


FIGURA 9.—Selección de materiales de las fases VI y VII del corte 3. 1-2: Fase VII, cerámica común a torno, ánforas. 3-4: Fase VI, cerámica común a torno, tinajas. 5-8: Fase VII, cerámica común a torno, tinajas. 9-10: Fase VI, cerámica común a torno, orzas y lebrillos. 11-14: Fase VI, cerámica común a torno, tinajillas. 15-17: Fase VII, cerámica a torno pintada, tinajillas. 18: Fase VI, cerámica de barniz rojo, tinajilla u olla. 19: Fase VI, cerámica común a torno, tarro. 20: Fase VI, cerámica a torno pintada, caliciforme. 21-22: Fase VII, cerámica común a torno, platos. 23-24: Fase VI, cerámica gris, platos. 25-26: Fase VII, cerámica de barniz rojo, platos.

fundamentos para establecer la fecha *post quem* de la muralla de casamatas. Para efectuar el encuadre cronológico de este acontecimiento constructivo contamos con un conjunto material constituido por un repertorio de productos indígenas junto con algunas piezas de importación muy significativas. La inmediata sucesión temporal que muestran los estratos de la fase VII del mismo corte 5/3, permite considerar también el estudio del basurero UE 64, que proporciona un volumen mayor de materiales susceptible de completar los datos de las fases V y VI.

Entre los materiales de importación hemos de referirnos en primer lugar a las cerámicas de barniz negro itálico pertenecientes a la producción de Campaniense A. La única pieza documentada en la UE 64 (fig. 8, 1) se identifica como una copa de forma Lamboglia 27c<sup>129</sup> (Morel 2825 c1). Su diámetro (15,2 cm) permite su consideración dentro de un conjunto de ejemplares con un módulo menor comprendido entre los 15 y 18 cm. La cronología de estos perfiles es muy amplia, estando presente entre fines del siglo III y el fin de la fabricación de Campaniense A (Vivar, 2005: 32). Según J. P. Morel (1994: 229) se encuentra entre las formas más antiguas de la producción aunque su mayor apogeo se sitúa a mediados o en el tercer cuarto del siglo II a.C. No obstante, es preciso hacer constar que esta forma junto con otros perfiles de Campaniense A pudo llegar a la Península Ibérica en momentos inmediatamente anteriores a la II Guerra Púnica, constituyendo un conjunto de materiales de importación esenciales para el estudio de esta importante etapa histórica (Ramón *et alii*, 1998). Las UUEE 13 y 54 han proporcionado sendos ejemplares de cerámica Campaniense A (fig. 8, 2). El primero<sup>130</sup> corresponde a una copa de forma Lamboglia 33a (Morel 2154)<sup>131</sup>. Conserva decoración sobrepintada en color blanco en el borde interno, consistente en un friso enmarcado por sendas bandas entre las que se desarrolla un tallo zigzagueante inciso en alternancia con pequeñas hojas de hiedra. Este tipo de decoración es frecuente en la producción antigua (220-190 a.C.) y en la fase inicial de la producción clásica de Campaniense A (Morel, 1994: 142), ya que tiende a desaparecer a lo largo de la primera mitad del siglo II a.C. (Vivar, 2005: 28; Brecciaroli, 2006: 71). La segunda pieza (fig. 8, 3) se identifica con un borde de plato de forma Lamboglia 6<sup>132</sup> (Morel 1443c). Su diámetro

(15,8 cm) hace posible su incorporación en un grupo de ejemplares de pequeño módulo (16-18 cm). La relación morfológica de este perfil con los repertorios de Campaniense B permite situar su aparición a mediados del siglo II a.C., manteniéndose en el repertorio hasta el final de la producción (Vivar, 2005: 30).

En relación estrecha con estas importaciones y en su mismo contexto estratigráfico se han recuperado producciones de cerámica gris a torno de imitación de cerámica campaniense. Se trata de tres ejemplares documentados en la UE 52. Dos de ellos reproducen el perfil del plato de forma Lamboglia 5 (Morel 2252) (fig. 8, 4), que aparece en la producción original de barniz negro hacia un momento indeterminado del segundo cuarto del siglo II a.C. y perdura hasta el fin de la producción (Morel, 1994: 153; Vivar, 2005: 29). Una tercera pieza (fig. 8, 5) imita la forma Lamboglia 28 ab (Morel 2644), que posee en la producción original una cronología comprendida entre fines del siglo III y mediados del siglo II a.C. (Vivar, 2005: 32). Se conocen imitaciones de esta forma en cerámica gris de fabricación ibicenca en contextos del siglo II a.C. (Morel, 1994: 199).

El capítulo de las importaciones se cierra con dos bordes de ánforas también hallados en la UE 52. El primero de ellos (fig. 8, 8) parece corresponder a un envase del tipo Mañá C2<sup>133</sup>. A falta de un análisis arqueométrico definitivo, sus características tecnológicas son equiparables a las del grupo 22 de J. Molina (1997: 315) por lo que podría presumirse el origen norteafricano de la pieza. A juzgar por el diámetro del borde y la conformación de su perfil podría clasificarse dentro de la variedad C2a datable entre el 175 y 125 a.C. (Guerrero, 1986: 167). Estos contenedores pudieron envasar vino o *garum* (Guerrero, 1986: 168; Rodero, 1995: 129). El segundo ejemplar de borde (fig. 8, 9) parece pertenecer a un ánfora grecoitalica tardía<sup>134</sup>. Estos envases vinarios son originarios del área tirrénica comprendida entre la Campania y Etruria. Resultan frecuentes en los mercados occidentales (Will, 1982: 348 ss) y de manera especial en la Península Ibérica (Molina, 1997: 136) durante la primera mitad del siglo II a.C., momento a partir del cual ceden paso de manera gradual a los envases de tipo Dressel 1 (Will, 1982: 353; Peacock y Williams, 1991, 85; Bruno, 2005: 365). Materiales anfóricos de este tipo están documentados en zonas próximas a *Sisapo*, como Córdoba y Jaén (Beltrán, 1990: 226; fig. 111).

El elenco de materiales significativos puede completarse con una pieza numismática procedente de la UE 52 (fig. 8, 10). Se trata de un *semis* de bronce de

<sup>129</sup> BV03/5/3/64/196. Pasta de tonalidad castaña anaranjada, bien depurada, con algún desgrasante micáceo de granulometría muy fina. Cubierta de barniz negro brillante con reflejos iridiscentes.

<sup>130</sup> BV03/5/13/13/116 y BV03/5/13/54/131. Pasta de tonalidad rojizo-anaranjada, bien depurada. Cubierta de barniz negro de espesor uniforme y reflejos metalescentes de tonalidad azulada y violácea.

<sup>131</sup> Al no disponer de mayor porción del perfil y ante la carencia de la base de esta copa realizamos esta atribución formal considerando en este caso una tendencia algo más exvasada del perfil que la que caracteriza la forma Lamboglia 31A (Morel 2574).

<sup>132</sup> BV02/5/3/13/115. Pasta de tonalidad castaña anaranjada, muy depurada. Cubierta de barniz negro brillante con reflejos metalescentes de color azulado.

<sup>133</sup> BV03/5/3/52/110. Pasta de tonalidad rojizo-anaranjada con abundantes inclusiones y desgrasantes de granulometría media de color blanco. Superficie bañada en un engobe ligero de color castaño rojizo y tacto algo rugoso.

<sup>134</sup> BV03/5/3/52/153. Pasta de tonalidad anaranjada clara, con abundantes inclusiones de grano muy fino de coloración blanca, negra u brillante, así como algunos granos de chamota. Superficie de tacto áspero. Bañada por un engobe ocre claro.



*Kese*<sup>135</sup>, posiblemente perteneciente a la 14ª emisión de la ceca datada entre el 160 y el 140 a.C. (García y Bellido y Blázquez, 2001: 246), o más genéricamente encuadrable en la primera mitad del siglo II a.C. (Villaronga, 1979: 123). Un último elemento de interés es una fíbula hallada en la UE 64 (fig. 8, 11). Se trata de un modelo cuya morfología del pie recuerda la de las fíbulas de torrecilla. Estos materiales se difundieron a lo largo de la Meseta Norte, Asturias y Cantabria a partir del siglo IV a.C., si bien se conocen tipos derivados que alcanzaron la romanización. Hacia los siglos II-I a.C. existen ejemplares astures que recuerdan formalmente la pieza de La Bienvenida (Maya y Cuesta, 2001: 104, fig. 46).

Por lo que atañe a las restantes producciones cerámicas recuperadas, su estudio revela ciertas tendencias que hacen pensar en una evolución sin rupturas a partir de los conjuntos del Ibérico Pleno avanzado, bien conocidos en el ámbito ibero-oretano septentrional en el que se incluye *Sisapo*<sup>136</sup>. Al mismo tiempo se detectan elementos novedosos que revelan la presencia de nuevas influencias culturales y presuponen la apertura de un nuevo horizonte al que puede calificarse de ibero-romano.

El repertorio cerámico de este momento (fig. 9) está integrado por diversas categorías de cerámicas comunes a mano, cerámicas comunes a torno, grises, pintadas y de barniz rojo. Con el fin de sintetizar al máximo la información derivada de estos conjuntos realizaremos un primer comentario general sobre los comportamientos de cada especie en la estratigrafía de referencia, al que seguirá una valoración sobre la representación formal.

El primer rasgo general a destacar en este conjunto estriba en el considerable predominio de la cerámica a torno sobre la realizada a mano, lo que constituye un primer indicio elocuente de que nos hallamos en una fase protohistórica relativamente avanzada. El conjunto del material realizado a mano mantiene en líneas generales los repertorios tradicionales de formas y decoraciones. La cerámica común a torno resulta abrumadoramente predominante sobre el resto de las producciones y existe un cierto repertorio de formas nuevas que no proceden de la tradición, sino probablemente de estímulos romanos. Por su parte, la cerámica gris resulta proporcionalmente algo menos abundante que en el periodo Ibérico Pleno, aunque mantiene los tipos y calidades tecnológicas propias de aquel momento. Mucho más llamativo es el receso en can-

tidades y calidades que experimenta la cerámica pintada respecto al periodo inmediatamente anterior, siendo especialmente significativo el descenso de la producción ibero-oretana de tipo Valdepeñas (Esteban, 2000) a favor de otras series como los grupos 6 y 8 identificados en la cerámica pintada sisaponense (Esteban, 1998: 81-83). En consecuencia, se percibe en este momento un empobrecimiento formal y decorativo notable de la cerámica pintada. La producción evoluciona hacia un repertorio formal más reducido y a desarrollos ornamentales menos complejos, basados fundamentalmente en la combinación de bandas o en la aplicación de anchas bandas de pintura alisada, bruñida o incluso barniz rojo, en detrimento de las combinaciones de bandas, líneas y motivos geométricos típicamente ibéricos. Por último, debemos hacer constar una mayor presencia relativa de la cerámica de barniz rojo que en el Ibérico Pleno, aunque su proporción total dista de ser elevada. Dentro de esta categoría se advierte el predominio de una producción caracterizada por una pasta ocre amarillenta muy característica y un barniz bastante deficiente, ya testimoniada anteriormente en el yacimiento en estratos del periodo Ibérico Pleno.

En cuanto a las formas debemos empezar anotando una relativa monotonía que se refleja en la repetición de ciertos tipos poco significativos desde el punto de vista cronológico. Resulta muy destacable la proporción alta, y casi predominante respecto al resto de los tipos, del conjunto integrado por las ánforas y los grandes contenedores, tinajas y orzas, identificadas en las producciones de cerámica común a mano y a torno.

Entre el material anfórico se encuentran representados algunos bordes (fig. 9, 1-2) asimilables al perfil de la forma Ribera 1-4, con un marco temporal situado entre los siglos III-II a.C. (Ribera, 1982: 105). Una referencia cronológica coincidente viene dada por la presencia de un borde de ánfora de tipo ibérico asignable a la forma I-6 de Ribera. Este material resulta muy abundante en la fase II de la Serreta de Alcoy, cuya datación se sitúa entre el siglo III y mediados del siglo II a.C. por la ausencia de Campaniense B (Ribera, 1982: 52 y 106).

Las tinajas (fig. 9, 3-8) están representadas en variantes de perfil en S, de borde exvasado o de borde exvasado engrosado, a menudo con molduraciones en los bordes o acanaladuras en el cuello. Se han identificado también variantes sin cuello, con el borde exvasado engrosado o, incluso, con un borde recto que da continuidad a la pared del recipiente. Un rasgo recurrente de estos grandes contenedores será la decoración de cordones aplicados con trazos incisivos en espiga o en combinaciones geométricas, muy característica del periodo Ibérico Pleno, así como de otras decoraciones impresas con grandes motivos geométricos, estilizaciones vegetales o pequeñas estampillas de tipo oretano, también muy abundantes en el momento precedente (fig. 9, 5-6 y 8). Estas fórmulas decorativas experimentan un avance durante esta etapa, a la vez

<sup>135</sup> Anverso: cabeza masculina imberbe a la derecha y detrás caduceo. Reverso: Caballo al paso a derecha, con rienda suelta y glóbulo entre las patas delanteras. No resulta legible la ceca.

<sup>136</sup> Se han realizado estudios de conjunto sobre los materiales de época ibérica de La Bienvenida como parte de la documentación del corte A-1 (ab) (Fernández Ochoa *et alii*, 1994; Zarzalejos, 1995), análisis monográficos sobre las producciones a torno pintadas (Esteban, 1998; Esteban, 2000) y estudios generales sobre los materiales cerámicos de la Oretania norte (Esteban y Hevia, 1995; Benítez de Lugo, Esteban y Hevia, 2004).

que su estilo se hace más tosco, tendiendo a representaciones de mayor tamaño aplicadas, sobre todo, en recipientes de la categoría que venimos tratando. Un último tipo de tinajas que se documentan en el conjunto material analizado (fig. 9, 3 y 5) se hallan muy próximas a los perfiles característicos del *dolium* romano: recipientes muy cerrados, con borde engrosado y a veces acanalado, aunque se constatan casos en los que sobre esta forma se aplica la típica decoración ibero-oretana de cordón inciso.

Las orzas y lebrillos (fig. 9, 9-10) muestran también un porcentaje apreciable. Junto a ejemplares a mano con perfiles de tendencia hemisférica o tronco-cónica y sin borde, enraizados en la tradición del Bronce de La Mancha, existen variantes con un perfil bastante característico del momento, que puede tener su origen en modelos romanos. Se trata de orzas de cerámica común a torno, con cuerpo de tendencia cilíndrica, sin cuello, borde exvasado engrosado o doblemente engrosado y con cierta molduración.

Por lo que se refiere a los contenedores de tamaño mediano, junto a las ollas de cerámica común a mano y a torno, nada significativas desde el punto de vista de la información cultural o cronológica, las tinajillas son las formas mejor representadas. Este tipo de recipiente se documenta tanto en las producciones de cerámica común a torno (fig. 9, 11-14) como en las de cerámica a torno pintada (fig. 9, 15-17). Las variantes más repetidas presentan perfil en S y diferentes conformaciones de borde (exvasado, exvasado vuelto, exvasado moldurado en ala plana y exvasado moldurado en forma de pico de ánade). En el conjunto analizado parecen predominar las variantes de borde liso sobre las que presentan molduración, o al menos se encuentran equilibradas, dato de por sí significativo ya que en el momento inmediatamente precedente las molduraciones de labios son muy comunes. Este dato, añadido a otros que hemos ido mencionando, parece perfilar una evolución en la que la alfarería avanza hacia perfiles más sencillos, si bien el volumen de la muestra y la falta de contrastación de estos datos con los procedentes de otros lugares de este mismo entorno cultural, aconseja mantener esta observación por el momento como mera hipótesis de trabajo. Existe un tipo de tinajilla muy abierta, próximo a los perfiles de tinajillas de cuello destacado o incluso del *kalathos* y presente sobre todo en producciones de cerámica pintada, que es tal vez la variante más significativa del momento (fig. 9, 16). Esta forma se convertirá en uno de los tipos más característicos de la cerámica pintada iberorromana del asentamiento durante el siglo I a.C. (Esteban, 1998: 126-130). Otra variante menos abundante pero muy significativa es la tinajilla u olla con rehundimiento en el borde, prototipo que en el yacimiento aparece fundamentalmente asociado a los niveles romanos (fig. 9, 14). Por lo que respecta a la decoración de las tinajillas, predomina la pintura, bien representada a través de

ejemplares de tipo Valdepeñas (fig. 9, 15 y 17) y, sobre todo, de piezas con combinaciones de bandas o franjas de pintura cuidada o barniz rojo (fig. 9, 16). También se documentan ejemplos de decoración estampillada que muestran la continuidad de la tradición ibero-oretana plena.

Una forma bastante representada en el horizonte que venimos tratando es el tarro o *kalathos* de cuello estrangulado, presente en variedades comunes a mano y a torno (fig. 9, 19), y que evidencia un apego a la tradición ibérica plena. Destaca en muchos casos el gran tamaño de los ejemplares, así como su predominio en cerámica común a torno. Por el contrario, la presencia, también apreciable, de perfiles próximos al *kalathos* o sombrero de copa típico en variantes comunes a torno y pintadas apunta necesariamente a cronologías situadas a partir del s III a.C. en adelante.

Dentro ya de las series formales pertenecientes a la vajilla de mesa se identifican caliciformes de perfil en S, tanto en producciones de cerámica común a torno como en cerámica pintada (fig. 9, 20). Junto a éstos deben mencionarse también las típicas ollitas (fig. 9, 18) y botellas de barniz rojo.

Los platos constituyen otra de las formas más abundantes en el conjunto analizado, con un predominio de la variante hemisférica o escudilla, con borde redondeado y, sobre todo, apuntado y base anular (fig. 9, 22). Están presentes en producciones comunes a mano, a torno, pintadas, grises y de barniz rojo. En esta última categoría aparece el plato carenado o de perfil en S, de labio exvasado (fig. 9, 25), y otras variantes específicas como las que se inspiran en el perfil de los cuencos de cerámica Campaniense A de forma Lamboglia 27c (fig. 9, 26), también reproducidos en cerámica gris, como hemos indicado más arriba. Con respecto a los platos grises es necesario destacar la documentación de ejemplares con decoraciones bruñidas de líneas en zig-zag (fig. 9, 24), muy características del periodo Ibérico Pleno y que vuelven a señalar la pervivencia de elementos tradicionales. Más residual, dentro de esta misma variedad gris, será el plato de tendencia hemisférica con el borde engrosado al interior (fig. 9, 23), un perfil que es característico del Ibérico Antiguo que decae de manera notoria durante el Ibérico Pleno.

La última forma documentada en el conjunto son las fuentes de cerámica común de tendencia hemisférica con bordes engrosados de sección triangular (fig. 9, 21), que encuentra su lugar tanto entre los perfiles ibéricos, aun sin ser muy frecuente, como en los repertorios de cerámica común romana.

Una vez presentados los conjuntos materiales susceptibles de aportar información sobre el encuadre cronológico de los estratos que marcan la fecha *post quem* de la construcción de la muralla de casamatas, conviene que realicemos una ponderación de estos datos de cara a delimitar el horizonte cronológico en el que se inscriben. Como es obvio, serán los materiales impor-

tados los que permitan establecer una aproximación temporal más ajustada, sin despreciar las tendencias y cambios que acabamos de referir en las producciones de fabricación indígena. En principio, el conjunto de cerámica Campaniense A está representado por ejemplos de cierta antigüedad, como la pieza con decoración sobrepintada de forma Lamboglia 33a, cuyo inicio suele situarse a partir del último cuarto del siglo III y tiende a desaparecer en la primera mitad del II a.C. (Morel, 1980: 102). Sin embargo, como bien advierte J. J. Ventura (1996: 61), se conoce alguna perduración en fechas más avanzadas, como la de *Valentia*. El mismo autor propone un marco de la primera mitad del siglo II a.C. para los ejemplares cordobeses, cuya proximidad a nuestra pieza resulta notable. Por su parte, la copa de forma 27c puede aparecer también en contextos de la primera mitad del siglo II, aunque conviene considerar que experimenta su auge entre mediados y el tercer cuarto del siglo II a.C. por lo que no sería privativa de la primera mitad del siglo. En principio, este horizonte de importaciones de barniz negro itálico no resulta en modo alguno inédito en este ámbito peninsular, encontrando significativas analogías con el identificado en Córdoba como correspondiente a la primera mitad del siglo II a.C., en posible relación con la fundación de *Colonia Patricia* (Carrillo *et alii*, 1999; Murillo y Jiménez, 2002). También el material anfórico importado, representado por sendos ejemplares adscribibles a la producción grecoitálica tardía y cartaginesa (Mañá C2), podría esbozar un horizonte de la primera mitad del siglo II a.C., marco éste en el que también se inscribiría el *semis* de Kese hallado en la UE 52. Sin embargo, el plato de forma Lamboglia 6 parece rebajar la cronología del conjunto hasta mediados del siglo II, fecha a partir de la cual arranca su producción (Vivar, 2005: 29-30).

Cabría concluir, por tanto, que el conjunto analizado corresponde a las décadas centrales de la segunda centuria, data que concuerda con la ausencia, al menos por el momento, de producciones de Campaniense B<sup>137</sup>. En un escenario temporal semejante podrían situarse las imitaciones de las formas Lamboglia 5, 28ab y 27c de Campaniense A en cerámica gris y de barniz rojo, teniendo en cuenta que la emulación de estos perfiles presupone un cierto contacto previo con las series originales, cuya fecha de partida coincide también con la primera mitad del siglo II a.C.

#### 4. LAS MURALLAS DE SISAPO EN SU CONTEXTO HISTÓRICO Y TERRITORIAL

Una vez asignada una cronología de referencia para la construcción de la muralla de casamatas conviene

reflexionar sobre el papel y el significado de esta obra en el devenir de la presencia romana en esta región. A tal efecto, esta reflexión se centrará, por un lado, en comentar el concepto arquitectónico y sus implicaciones culturales y, por otro, en emitir hipótesis acerca del carácter de esta primera presencia romana y de sus protagonistas reales.

Por lo que se refiere al primero de los asuntos, las investigaciones realizadas han permitido comprobar el desarrollo de una acción constructiva que introduce un cambio importante en el aparato defensivo del núcleo en su flanco suroriental. Esta obra anula en este sector la fortificación indígena, cuya fecha aún no podemos precisar, asentando sobre la planta desmontada y limpia de los antiguos bastiones una nueva construcción que hace acopio de conceptos poliorcéticos bien conocidos en el Mediterráneo oriental desde fechas tempranas (Leriche, 1992). Como es bien sabido, el sistema de casamatas se presenta como una obra de ingeniería defensiva avanzada, que dotaba a la construcción de una importante versatilidad: por un lado, se proveía un potente muro defensivo con una gran economía de medios, susceptible de hacer valer una anchura de más de 6 m si llegado el caso habían de macizarse las casamatas para afrontar una contingencia bélica, o bien para cobijar tropas en su interior<sup>138</sup>; por otro, sus habitáculos expeditos podían funcionar como zonas de talleres o almacenes, estratégicamente ubicadas junto al que parece ser el principal acceso al núcleo.

Sin embargo y a pesar de sus aptitudes poliorcéticas y funcionales, la documentación de este concepto defensivo en la Península Ibérica dista de ser abundante, perfilando los casos conocidos un reparto relacionado con dos áreas culturalmente diversas. La primera de ellas pivota en torno al ámbito de influencia fenicio-púnica, relación que no hace sino ratificar la raigambre oriental del modelo (Treziny, 1986: 198). El ejemplo más paradigmático es, sin duda, el Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), donde la aplicación de este sistema se remonta al siglo VIII a.C., vuelve a ser empleado en la segunda fase de fortificación datada en los siglos VI-V a.C. y, de manera más sistemática, en la última etapa de refacción del aparato defensivo, acaecida ya en el siglo III a.C. (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez, 1997; Ruiz Mata, 2001). También en relación con el fenómeno colonial fenicio identificado en el área alicantina puede citarse el sistema defensivo del Cabezo Pequeño del Estañó (Guardamar del Segura) (García Menarguez, 1994), considerado por algún autor una fortificación de vanguardia dependiente del asentamiento fenicio de La Fonteta (González Prats, 2001: 178) o, simplemente, como un asentamiento indígena en la órbita del núcleo fenicio (Roldán *et alii*, 2003: 205). Mayor polémica

<sup>137</sup> Conviene tener en cuenta a este respecto que J. J. Ventura (2000: 186) menciona la posible documentación de Campaniense B en contextos avanzados de la primera mitad o mediados del siglo II a.C. en el solar cordobés, si bien es partidario de cierta prudencia en la valoración del dato.

<sup>138</sup> Una defensa de estas características recuerda Apiano (HR. VIII. 95) en el caso de Cartago.

mica suscita la interpretación sobre la existencia o no de casamatas en la muralla del siglo VII a.C. de La Fonteta (Guardamar del Segura) por parte de los dos equipos que han tomado parte en su investigación (González Prats, 2001: 178-179; González Prats *et alii*, 1999; Azuar *et alii*, 1998). Ninguna duda ofrecen a este respecto los significativos ejemplos representados por la muralla púnica de *Carteia* y por la estructura defensiva fundacional de Cartagena. En el primer caso se han identificado dos fases de amurallamiento correspondientes a la etapa púnica previa a la conquista romana de la ciudad. La primera de ellas se asocia a los primeros estratos ocupacionales del asentamiento y la segunda —de casamatas— a la monumentalización de la ciudad en el último cuarto del siglo III a.C. (Roldán *et alii*, 2006: 301). En Cartagena se han exhumado restos de la fortaleza púnica en la zona conocida como La Milagrosa, situada entre el Monte de San José y el de Despeñaperros, en el lugar donde, según la topografía que describe Polibio, se encontraba el istmo que constituía el único punto de acceso a la ciudad desde tierra firme (Marín, 1998: 245). Esta obra presenta una estructura interna compartimentada y accesible que permite su consideración dentro de las edificaciones con casamatas (Martín Camino, 1994: 316).

La segunda área donde se documentan construcciones de estas características se localiza en el ámbito ibérico del NE, dentro de la órbita de influencia de *Emporion*. El yacimiento del Turó del Montgros (El Brull, Barcelona) presenta un cuerpo de casamatas adscrito a las obras construcción de una segunda defensa, datadas entre fines del siglo V y mediados del IV a.C. e inspirada conceptualmente en modelos mediterráneos (Molist y Rovira, 1991: 252 y 255) aunque ha de hacerse constar que su metrología interna acredita una elaboración local en los sistemas de medidas (Moret, 1998: 89). También en Barcelona, el Casol de Puigcastellet (Folgueroles) (Molas, Mestres y Rocafiguera, 1991) presenta un sistema defensivo que recuerda el del Turó del Montgros, aunque quizás no deba considerarse una obra de casamatas en el sentido estricto del término sino la reinterpretación local de un concepto importado (Moret, 1996: 213-214).

Revisados los casos existentes no es difícil colegir que la estructura identificada en *Sisapo* reviste un especial interés por tratarse de una obra erigida en época romana republicana<sup>139</sup>. La realización de esta construcción defensiva en las décadas centrales del siglo II a.C. adquiere una dimensión nueva en el marco de la acción ejercida por Roma en este territorio tras la conquista. Por un lado, permite certificar algo que hemos venido defendiendo reiteradamente a partir de otros indicadores: la ocupación romana del *oppidum* indí-

gena y, por ende, la ubicación de la *Sisapo* romana en el solar de un núcleo fundado a fines del siglo VIII-inicios del VII a.C.<sup>140</sup> Aunque es algo que aún no puede asegurarse con certeza, parece que la toma del *oppidum* por los recién llegados no halló demasiada resistencia o, al menos, no ha dejado huellas identificables en el registro arqueológico. En principio, la propia continuidad del hábitat podría ser un indicio de la actitud colaboracionista del núcleo, si se considera que otros *oppida* oretanos como El Cerro de las Cabezas o Alarcos fueron abandonados; pero tampoco creemos que sea éste un argumento irrefutable, pudiendo deberse la continuidad al hecho de que el núcleo se hallaba en un emplazamiento útil a los intereses estratégicos y económicos de los recién llegados.

Aunque no conocemos con precisión la fecha concreta de estos acontecimientos, es evidente que debe situarse con anterioridad a la realización de esta obra defensiva que supuso la obliteración de la cerca indígena en este punto. Aunque los relatos sobre el proceso de conquista no se refieren específicamente a este espacio, es bien sabido que el sometimiento definitivo de esta región oretana a Roma se produjo bajo el mandato T. Sempronio Graco (180-179 a.C.). Al decir de T. Livio, Graco sometió más de 130 ciudades en el curso de su actuación en Carpetania y Oretania. Las fronteras quedaron fijadas en el río Tajo, al oeste de Toledo y en la cuenca media del Guadiana. Se puede afirmar, en consecuencia, que buena parte de la provincia de Ciudad Real entró en la órbita del dominio romano a finales del primer tercio del siglo II a.C. (Fernández Ochoa y Zarzalejos, 2006: 228). Estas noticias deducidas de los testimonios literarios encuentran ahora un buen apoyo en los datos arqueológicos, puesto que apenas dos décadas después de estos acontecimientos la presencia de Roma en este territorio del extremo suroccidental de la Meseta parece ya consolidada. Trascendiendo el ámbito inmediato a *Sisapo*, una mirada hacia los territorios situados más al S aconseja tener en cuenta la implantación romana en *Corduba* y la fundación de *Colonia Patricia* a fines del primer tercio o a mediados del siglo II a.C. (Stylyow, 1996). De hecho, la comparación de los horizontes de importaciones de barniz negro itálico identificados en *Sisapo* y Córdoba (Ventura, 1996) revela interesantes coincidencias que ya se han hecho constar más arriba, aunque nuestro conjunto parece corresponder a la fase inmediatamente posterior a la etapa más antigua identificada en el solar cordobés, testimonio quizás de un debatido horizonte prefundacional relacionado con la presencia de tropas romanas junto al poblado indígena (Ventura, 2000: 186).

Volviendo a La Bienvenida, la realización de esta obra defensiva supone la integración de un poblado

<sup>139</sup> En efecto, el avance en extensión de los trabajos iniciales y el análisis estratigráfico que presentamos han permitido aquilatar mucho más las fechas que se empezaron a manejar como hipótesis tras las primeras campañas (Fernández Ochoa *et alii*, 2002: 60; Zarzalejos, Fernández Ochoa y Hevia, 2004: 170).

<sup>140</sup> Se confirma también ahora la referencia cronológica de mediados del siglo II a.C. deducible de las importaciones de cerámica de barniz negro itálico y de la numismática de superficie hallada en el yacimiento (Arévalo, 1995: 132).

ibérico dentro de las estructuras romanas, comportamiento éste que no resulta inédito en la casuística hispana, como demuestra, entre otros, el bien estudiado caso de Sant Julià de Ramis (Gerona) (Rodá, 2001: 28). En efecto, las intervenciones realizadas en este yacimiento indígena situado en las cercanías de *Gerunda* permiten documentar la existencia en el *oppidum* de una muralla «hecha por los romanos o bajo control romano» en el último tercio del siglo II a.C. para mantener el control del viejo camino de Herakles (Burch *et alii*, 2001:85). En nuestro caso, debemos también interrogarnos sobre el significado real de la construcción de La Bienvenida y el contexto en el que surge. Desde el punto de vista tipológico ya hemos visto cómo el concepto aplicado remite tanto a patrones de filiación púnica como griega, pero no consideramos imprescindible particularizar su relación con uno de estos ambientes culturales, ya que en las fechas en que nos hallamos se trata, en todo caso, de concepciones helenísticas que impregnan las tierras asomadas al Mediterráneo, Roma entre ellas.

Mucho más interesante es advertir la verdadera intención que puede impulsar a los romanos a plantear una obra de estas características, en la que convergen necesidades funcionales con una innegable imagen de prestigio. Entre las primeras, a las aptitudes puramente defensivas se añaden los usos complementarios para el almacenamiento que poseen las casamatas, como ya hemos indicado, aspecto éste que cobra indudable interés estratégico en un centro como *Sisapo* cuya economía gira en torno a la explotación de los recursos mineros de la vertiente N de Sierra Morena. Pero también la función simbólica y de prestigio parece implícita en la elección de la puerta S, muy probablemente el acceso principal al *oppidum*, para plantear una construcción con evidentes pretensiones de monumentalidad. Sólo así se explica la construcción del paramento de sillería en el muro perimetral externo del cuerpo adelantado de casamatas, con una obra que parece incorporar sillares engatillados y algún trabajo somero de almohadillado, técnicas ambas que evocan los modos de hacer en los ambientes púnicos de *Carteia* o Cartagena (Roldán *et alii*, 2003: 203-204).

En todo caso, creemos que una obra de estas características debe corresponder a un momento inmediatamente posterior a la conquista de esta zona, por lo que su concepto y dirección deberían relacionarse con la estabilización y el control militar del territorio circundante. Por las fechas a las que parece remitir esta construcción resulta en verdad tentador relacionar su levantamiento con la inquietud que debió sacudir esta región ante los acontecimientos desencadenados por las correrías de Viriato. Es cierto que las fuentes no se hacen eco de importantes acciones lusitanas en esta región, pero no parece descabellado pensar que sus incursiones alcanzaran los cotos mineros de la Oretania con el fin de incrementar el botín para sufragar su guerra contra Roma. Un argumento material de la pre-

sencia de los levantiscos lusitanos en Oretania por estas fechas podría ser la presencia de tesorillos en Lusitania con cuencos de plata oretanos, producto según M. P. García y Bellido y C. Blázquez (2001: 130) de las *razzias* llevadas a cabo en esta zona. Por esta razón, no descartamos la permanencia de algún contingente militar romano durante los primeros tiempos, aún cuando no se han descubierto todavía elementos típicamente militares entre los conjuntos sisaponenses. Debe advertirse a este respecto que una presencia militar «poco visible» dentro de yacimientos indígenas está comenzando a ser planteada desde otros ámbitos como una faceta más de la estrategia de control del territorio desplegada por Roma durante el proceso de conquista y de control subsiguiente (Fabião, 2006: 125).

Opinamos que entre esta fase y el arranque de la explotación minera no debió transcurrir mucho tiempo. En este sentido autorizan a pensar las referencias numismáticas que sitúan el inicio de la actividad en el centro metalúrgico de Valderrepisa (Fuencaliente, Ciudad Real) a mediados del siglo II a.C., con signos de frecuentación anteriores (Marcos, 1993: 49). El vínculo de este centro con *Sisapo* parece indudable si se considera el hallazgo de restos de cinabrio en una de las canalizaciones del poblado (Hevia, 2003: 25). En fechas más avanzadas del siglo II a.C. está documentada la explotación de Diogenes I (Domergue, 1967), así como la puesta en marcha del complejo minero-metalúrgico del Quinto del Hierro (Almadén) y la fundición de San Pablo (Chillón) (Zarzalejos *et alii*, e.p.).

La realización de esta arquitectura defensiva romana en el *oppidum* oretano de La Bienvenida ratifica, en definitiva, el interés de Roma por este núcleo llamado a capitalizar la estrategia de la explotación minera de la vertiente N de Sierra Morena, aún cuando todavía algún investigador cuestiona, en verdad sin argumentos contrastados, el papel real del yacimiento en la trama geopolítica y económica de Roma en estas tierras y su estatuto administrativo y urbano.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARÉVALO, A., 1995: «Sobre la circulación monetaria de la ciudad de *Sisapo* (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)», *La moneda hispánica. Ciudad y Territorio. I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua*. Madrid: 129-137.
- ARÉVALO, A. y ZARZALEJOS, M., 1995: «Apuntes para las claves interpretativas de la *Sisapo* republicana: Testimonios materiales», *XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. II, Elche: 161-171.
- AZUAR, R. *et alii*, 1998: «El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de la Rabita, Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998», *Trabajos de Prehistoria*, 55: 11-126.
- BARRIONUEVO, F., RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C., 1997: «Fortificaciones de casernas del Castillo de Doña

- Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, vol. III. Cartagena: 115-123.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1990: *Guía de la Cerámica Romana*, Zaragoza.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L.; ESTEBAN BORRAJO, G. y HEVIA GÓMEZ, P., 2004: *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d.C.)*. Ciudad Real.
- BRECCIAROLI TABORELLI, L., 2005. «Ceramiche a vernice nera». En D. Gandolfi (a cura di): *La ceramica e i materiali di età romana. Classi, produzioni, commerci e consumi*. Bordighera: 59-103.
- BRUNO, B., 2005: «Le anfore da trasporto». En D. Gandolfi (a cura di): *La ceramica e i materiali di età romana. Classi, produzioni, commerci e consumi*. Bordighera: 353-394.
- BURCH, J. *et alii*, 2001: *Excavacions arqueològiques a la Muntanya de Sant Julià de Ramis. 1. El sector de l'antiga església parroquial*, Girona.
- CABRERA BONET, P., 1995: «Cerámicas griegas en Tartessos: su significado en la Costa Meridional de la Península Ibérica desde Málaga hasta Huelva», *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera: 387-399.
- CARRILLO, J. R., HIDALGO, R., MURILLO, J. F. y VENTURA, A., 1999: «Córdoba. De los orígenes a la Antigüedad Tardía». En F. García Verdugo y F. Acosta (eds.): *Córdoba en la Historia. La construcción de la Urbe*. Córdoba: 37-74.
- ESTEBAN BORRAJO, G., 1998: *Cerámicas a torno pintadas orientalizantes, ibéricas e iberorromanas de Sisapo*, Madrid.
- ESTEBAN BORRAJO, G., 2000: «Una característica producción cerámica pintada del periodo ibérico pleno en el Sur de la Meseta». *CuPAUAM*, 26: 69-84.
- ESTEBAN BORRAJO, G. y HEVIA GÓMEZ, P., 1996: «Algunos datos para la caracterización del fenómeno ibérico en la provincia de Ciudad Real». *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología I*. (Elche, 1995) Alicante: 537-544.
- ESTEBAN BORRAJO, G., HEVIA GÓMEZ, P., PÉREZ AVILÉS, J. J., VÉLEZ RIVAS, J., 2003: «La transición del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)», *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 25/26: 11-46.
- FABIAO, C., 2006: «The Roman Army in Portugal». En A. Morillo y J. Aurrecochea (eds.): *The Roman army in Hispania. An archaeological guide*, León: 107-126.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., CABALLERO KLINK, A. y MORANO, C., 1982-1983: «Nuevo documento epigráfico para la localización de Sisapo», *CuPAUAM*, 9-10: 211-220.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS PRIETO, M.; HEVIA GÓMEZ, P. y ESTEBAN BORRAJO, G., 1994: *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)*. Serie Patrimonio Histórico-Arqueológica de Castilla-La Mancha 10. Toledo.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS PRIETO, M.; BURKHALTER THIÉBAUT, C.; HEVIA GÓMEZ, P. y ESTEBAN BORRAJO, G., 2002: *Arqueominería del sector central de Sierra Morena. Introducción al estudio del Área Sisaponense*. Anejos de AEspA XXVI. Madrid.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS PRIETO, M.; BURKHALTER THIÉBAUT, C.; HEVIA GÓMEZ, P. y ESTEBAN BORRAJO, G., 2003: «Les mines anciennes du secteur central de Sierra Morena. La région sisaponense», en Orejas, A. (dir.): *Atlas Historique des zones minières d'Europe II*, dossier II, 1-18.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS PRIETO, M., 2003: «Minería romana y estrategias de poblamiento en el sector central de Sierra Morena», *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, León: 253-272.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y ZARZALEJOS PRIETO, M., 2006: «La época romana en Ciudad Real. Modelos de ocupación y procesos económicos en el ámbito suroccidental de la Meseta entre los siglos II a.C. y IV d.C.». En D. VAQUERIZO y J. F. MURILLO (eds.): *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo*. Homenaje a la Profesora Pilar León Alonso, Córdoba: 225-250.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y GARCÍA BUENO, C., 1993: «La minería romana de época republicana en Sierra Morena: El poblado de Valderrepisa (Fuencaliente, Ciudad Real)», *Melanges de la Casa de Velázquez*, XXIX (I): 25-50.
- GARCÍA Y BELLIDO, M. P. y BLÁZQUEZ CERRATO, M. C., 2001: *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos*, Madrid.
- GARCÍA MENARGUEZ, A., 1994: «El Cabezo Pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura». En A. González Blanco *et alii* (coords.): *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Murcia: 269-280.
- GARCÍA SANSEGUNDO, J., LORENZO, S., ORTEGA, E., 1987: *Memoria de la Hoja 808 del MGN, 1:50.000, Almadén*. IGME. Madrid.
- GONZÁLEZ CÁRDENAS, E., 1991: «El Relieve». En *La Provincia de Ciudad Real- I. Geografía*. Ciudad Real.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 2001: «Arquitectura orientalizante en el Levante peninsular», En D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 173-192.
- GONZÁLEZ PRATS, A., RUIZ SEGURA, E. y GARCÍA MENARGUEZ, A., 1999: «La Fonteta 1997. Memoria preliminar de la segunda campaña de excavación ordinaria en la ciudad fenicia de la desembocadura del río Segura, Guardamar (Alicante)», *La cerámica fenicia en Occidente. Centros de producción y áreas de comercio*. Alicante: 257-301

- GUERRERO AYUSO, V., 1986: «Una aportación al estudio de las ánforas púnicas Mañá C», *Archaeonautica*, 6: 147-186.
- HEVIA GÓMEZ, P., 2003: *El Patrimonio Minero del Valle de Alcudia y Sierra Madrona*, Ciudad Real.
- HEVIA GÓMEZ, P., CORRAL DÍAZ, R. y SIERRA SÁIZ, N., e.p.: «Recuperación y restitución de las pinturas del *viridarium* de la *domus* de las *Columns Rojas* de *Sisapo* (La Bienvenida, Ciudad Real)», *IX Congreso Internacional de la «Association internationale pour la peinture murale antique*, Zaragoza-Madrid.
- LERICHE, P., 1992: «Fortification», *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*. Bruselas-París: 173-175.
- MARCOS ALONSO, C., 1993: «Monedas halladas en el yacimiento de Valderrepisa (Fuencaliente, Ciudad Real)», en Fernández Rodríguez y García Bueno (1993), *Melanges de la Casa de Velázquez*, XXIX (I): 42-50.
- MARÍN BAÑO, C., 1998: «La cerámica ibérica pintada de la muralla púnica de Cartagena», *Revista de Estudios Ibéricos*, 3: 245-298.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F., 2001: *El Castro de la Campa Torres. Período Prerromano*, Gijón.
- MOLAS, M. D., MESTRES, I. y ROCAFIURA, M., 1991: «La fortaleza ibérica del Casol de Puigcastellet», *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Manresa: 245-248.
- MOLINA VIDAL, J., 1997: *La dinámica comercial romana entre Italia e Hispania Citerior (siglos II a.C.-II d.C.)*. Alicante.
- MOLIST, N. y ROVIRA, J., 1991: «La fortificació ibèrica del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)», *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Manresa: 249-264.
- MOREL, J. P., 1980: «La céramique campanienne. Acquis et problèmes», *Céramiques hellénistiques et romaines*, 85-122.
- MOREL, J. P., 1994: *La céramique campanienne. Les Formes*. 2 vol. 2ª ed. Roma (ed. or. 1981, París).
- MORET, P., 1991: «Facteurs indigènes et exogènes dans l'évolution de l'architecture défensive ibérique», *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Manresa: 265-271.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques. De la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*, Madrid.
- MORET, P., 1998: «Rostros de piedra. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas», *Los Iberos príncipes de Occidente*, (Congreso Internacional, Barcelona 1998). Valencia: 83-92.
- MORET, P. y BADIE, A., 1998: «Metrología y arquitectura modular en el Puerto de La Picola (Santa Pola, Alicante) al final del siglo V a.C.», *AEspArg*, 71: 59-61.
- MORET, P., 2002: «Les fortifications ibériques complexes: questions de tracé et d'unité de mesure». En P. MORET y F. QUESADA (eds.): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss VI-II a.C.)*. Madrid: 189-215.
- MURILLO, J. F. y JIMÉNEZ, J. L., 2002: «La fundación de Córdoba». En J. L. Jiménez y A. Ribera (eds.): *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*. Valencia: 183-193.
- PEACOCK, D.P.S. y WILLIAMS, D.F., 1991: *Amphorae and the Roman economy*, New York.
- POBLETE, M. A., SERRANO, E., 1991: «Valle de Alcudia». En González-Vázquez (coord.): *Guía de los espacios naturales de Castilla-La Mancha*. Toledo: 539-574.
- RAMÓN, J., SANMARTÍ, E., ASENSIO, D. y PRINCIPAL, J., eds. 1998: *Les façies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C. i la primera mitat del segle II a.C.* Barcelona.
- RIBERA LACOMBA, A., 1982: *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*. Valencia.
- RODÁ, I., 2001: «La cronología de las fortificaciones de las ciudades romanas en Hispania Citerior (al norte del Ebro y del Duero)», *Historia Antiqua*, 7: 21-40.
- RODERO, A., 1995: *Las ánforas prerromanas en Andalucía*. Bologna.
- ROLDÁN, L., BENDALA, M., BLÁNQUEZ, J., MARTÍNEZ LILLO, S., BERNAL, D., 2003: *Carteia II*, Madrid.
- ROLDÁN, L., BENDALA, M., BLÁNQUEZ, J., MARTÍNEZ LILLO, S., dir., 2006: *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz) 1994-1999*. Madrid.
- RUIZ MATA, D., 1984-1985: «Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final —estilo Carambolo o Guadalquivir I—», *CuPAUAM*, 11-12: 225-243.
- RUIZ MATA, D., 1998: «Turdetanos: origen, territorio y delimitación del tiempo histórico», *Revista de Estudios Ibéricos*, 3, Madrid: 153-221.
- RUIZ MATA, D., 2001: «Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El puerto de Santa María, Cádiz)». En D: Ruiz Mata y S. Celestino (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 261-274.
- RUIZ MATA, D., BLÁNQUEZ, J. M. y MARTÍN DE LA CRUZ, J.C., 1981: «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica V*: 149-327.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J., 1986: *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*, Huelva Arqueológica VIII, 2 vol. Huelva.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS MOLINOS, M. y CHOCLÁN SABINA, C., 1991: «Fortificaciones ibéricas en la Alta Andalucía», *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*. Manresa: 109-126.

- STYLOW, A., 1996: «De Corduba a Colonia Patricia. La fundación de la Corduba romana». En P. León (ed.): *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, Coloquio Internacional, 1993, Córdoba: 77-85.
- TREZINY, H., 1986: «Les techniques grecques de fortification et leur diffusion à la périphérie du monde grec d'Occident», *La fortification dans l'histoire du monde grec*, París : 185-200.
- VENTURA MARTÍNEZ, J. J., 1996: «El origen de la Córdoba romana a través del estudio de las cerámicas de barniz negro». En P. León (ed.): *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, Coloquio Internacional, 1993, Córdoba: 49-62.
- VENTURA MARTÍNEZ, J. J., 2000: «La cerámica de barniz negro de los siglos II-I a.C. en Andalucía Occidental». En X. Aquilué, J. García y J. Guitart (coords.): *La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C. Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica*, Taula Rodona, Ampurias, 1998: 177-215.
- VIGIL, R. y GARCÍA GIMÉNEZ, R., 1994: «Análisis de cerámicas protohistóricas de La Bienvenida». En FERNÁNDEZ OCHOA, C.; ZARZALEJOS, M.; HEVIA, P. y ESTEBAN, G. (1994): *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)*: 265-272.
- VILLARONGA, L., 1979: *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona.
- VIVAR, G., 2005: «La cerámica Campaniense A». En M. Roca y M. I. Fernández (coords.): *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Málaga: 23-46.
- WILL, E. L., 1982: «Greco-Italic amphorae», *Hesperia*, 52: 338-256.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., 1994: «La búsqueda de Sisapo: hipótesis sobre la reducción geográfica de la capital del cinabrio hispano». *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, 7: 175-191.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., 1995: *Arqueología de la región sisaponense. Aproximación a la evolución histórica del área SW de la provincia de Ciudad Real (Fines del siglo VIII a.C.-II d.C.* Tesis doctoral UAM en microfichas. Madrid.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., 2000: «El yacimiento arqueológico de La Bienvenida (Almodóvar del Campo) y la evolución metodológica en proyecto de investigación a largo plazo», Benítez de Lugo Enrich, L. (Coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de trabajo y actuaciones recientes*. Valdepeñas: 205-240.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., HEVIA, P. y ESTEBAN, G., 1994: «Excavaciones en La Bienvenida (Ciudad Real). Hacia una definición preliminar del horizonte histórico-arqueológico de la Sisapo antigua». *Arqueología en Ciudad Real. Jornadas de Arqueología de Ciudad Real en la UAM. Serie Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha*, nº 8: 167-199.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., HEVIA, P. y ESTEBAN, G., 1995: «Cerámicas griegas de Sisapo», *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Vigo: 183-189.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C. y HEVIA GÓMEZ, P., 2004: «El proyecto Sisapo-La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real). Balance de los trabajos más recientes y nuevas perspectivas de la investigación», *Investigaciones Arqueológicas en Castilla-La Mancha 1996-2002*. Salamanca: 163-180.
- ZARZALEJOS PRIETO, M. y LÓPEZ PRECIOSO, F. J., 2005: «Apuntes para una caracterización de los procesos orientalizantes en la Meseta Sur». En Celestino, S. y Jiménez Ávila, J.: *El Período Orientalizante*. Anejos de AEspA XXXV: 809-842.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., HEVIA, P., ESTEBAN, G. y BURKHALTER, C., e.p.: «El horizonte del Bronce Final de La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)», Coloquio *El fin de la Edad del Bronce en la Meseta*. Molina de Aragón.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., GUIRAL PELEGRIN, C. y FERNÁNDEZ OCHOA, C, e.p.: «La decoración pictórica de la *domus* de las Columnas Rojas de Sisapo (La Bienvenida, Ciudad Real)», *IX Congreso Internacional de la «Association internationale pour la peinture murale antique*, Zaragoza-Madrid.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C. y HEVIA, P., e.p.: «El yacimiento de La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real. Nuevos elementos para la puesta en valor de la Antigua Sisapo», *I Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*, Cuenca.
- ZARZALEJOS PRIETO, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., ESTEBAN, G. y HEVIA, P., e.p.: El paisaje minero antiguo de la comarca de Almadén (Ciudad Real): nuevas aportaciones sobre el *territorium* de Sisapo, *Minería antigua: Estudios regionales y temas de investigación actual*, Madrid.





# LAS FORTIFICACIONES DEL BAJO ARAGÓN ENTRE LOS SIGLOS III Y I a.C.: UN ESTILO REGIONAL

SALVADOR MELGUIZO Y PIERRE MORET

*Grupo de Investigación de la Universidad de Zaragoza PPVE / Casa de Velázquez*

## RÉSUMÉ

*On étudie dans cette communication les fortifications de la fin de l'époque ibérique dans deux secteurs du Bas Aragon: l'embouchure du Regallo, à Caspe (sites de La Tallada et de Palermo I), et la moyenne vallée du Matarraña, entre Calaceite y Valdel tormo (sites de San Antonio, Els Castellans et Torre Cremada). On observe dans cette région un schéma récurrent, caractérisé par la présence de trois éléments qui se concentrent dans la zone d'accès la plus vulnérable: tour ronde ou tronçon de muraille incurvé, fossé et avant-murs.*

## RESUMEN

*Se estudian en esta comunicación las fortificaciones del final de la época ibérica en dos áreas del Bajo Aragón: la desembocadura del Regallo, en Caspe, con los yacimientos de La Tallada y Palermo I, y el valle medio del Matarraña, entre Calaceite y Valdel tormo, con los yacimientos de San Antonio, Els Castellans y Torre Cremada. Se observa en ellos un patrón repetitivo, caracterizado por la presencia de tres elementos, concentrados en la zona de acceso más vulnerable: torre circular o muralla curva, foso y antemurales.*

## 1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta comunicación es el análisis de las constantes topográficas y arquitectónicas que caracterizan las fortificaciones del final de la época ibérica en dos áreas del Bajo Aragón: la desembocadura del arroyo del Regallo, en Caspe, y el valle medio del Matarraña, entre Calaceite y Valdel tormo (fig. 1). El carácter singular que confiere a esta región la forma curvilínea de las torres y la sofisticación de los aparejos trapezoidales, ya señalada hace años (Moret, 1996: 309, donde se hablaba de un «estilo local»), ha sido confirmado por las investigaciones y las excavaciones de la última década, como queda subrayado en un trabajo reciente dedicado en conjunto a las fortificaciones peninsulares (Berrocal-Rangel, 2004: 71-72).

Hemos escogido cinco yacimientos datados entre el siglo III y mediados del I a.C., dos en la zona de Caspe (La Tallada y Palermo I) y tres en el Matarraña medio (San Antonio de Calaceite, Els Castellans de Cretas y la Torre Cremada de Valdel tormo), con el fin de estudiar detalladamente sus fortificaciones y analizar sus relaciones. La Tallada, Els Castellans y San Antonio pre-

sentan la particularidad de haber sido excavados, parcial o completamente, durante la primera mitad del siglo XX. En estos tres casos, el trabajo consistió en la reevaluación de los datos publicados, el estudio del material de las excavaciones antiguas (en la medida en la que fue posible localizarlo) y el examen directo de las estructuras aún visibles. Se realizó además una microprospección sistemática de La Tallada y de su entorno inmediato. El yacimiento de Palermo lo fue intensivamente, especialmente a raíz de la construcción ilegal de un camino que destruyó niveles arqueológicos en su lado occidental en marzo del 2005. Torre Cremada es el único que fue objeto de excavaciones programadas entre 1995 y 2000 (Benavente y Moret, 2002).

Se realizaron levantamientos topográficos de la totalidad del yacimiento en La Tallada y Palermo I (Melguizo, 2005), así como en Torre Cremada (Benavente y Moret, 2002) (fig. 3 y 5). Los planos de Els Castellans y San Antonio que presentamos aquí (fig. 2) están basados en las viejas planimetrías de Bosch Gimpera, salvo en lo que se refiere a las obras defensivas, con una corrección parcial de la planta de las torres en el caso de San Antonio (Moret, 2002), y un nuevo le-

vantamiento del bastión biabsidial de Els Castellans que se realizó en julio de 2006 (fig. 8).

## 2. HISTORIA DE LOS DESCUBRIMIENTOS

El descubrimiento de las fortificaciones tardoibéricas del Bajo Aragón data de los primeros años del siglo XX. En 1902, las primeras excavaciones de un jovencísimo Juan Cabré en Calaceite, cerca de la ermita de San Antonio, sacaron a la luz un hábitat fortificado ibérico excepcionalmente bien conservado. Este hallazgo despertó el interés del *Institut d'Estudis Catalans* que encargó a Pere Bosch Gimpera un ambicioso programa de excavaciones y prospecciones en el valle de Matarranya. A partir de 1914, y hasta 1923, quince yacimientos arqueológicos (sin contar las tumbas aisladas) fueron excavados bajo su dirección, completa o parcialmente, tres de los cuales presentaban potentes fortificaciones: San Antonio de Calaceite, Els Castellans de Cretas y la Torre Cremada de Valdeltormo (Bosch Gimpera, 1915-1920, 1931).

Las excavaciones realizadas en Els Castellans de Cretas por Lorenzo Pérez Temprado entre 1915 y 1920 han quedado casi inéditas, excepto una breve descripción del urbanismo de este pequeño recinto fortificado (Bosch Gimpera, 1931: 76-77). Sobre San Antonio, a los artículos citados de Bosch se añade una monografía realizada a finales de los años 1950 por Francisca Pallarés, en la que se reproduce el texto inédito de los diarios de excavación de Bosch Gimpera (Pallarés, 1965), así como la publicación póstuma de las notas y croquis de Juan Cabré (1984). De la Torre Cremada, sólo se sabía que Josep de Serra-Ràfols, entonces ayudante de Bosch, había realizado catas durante 1923 en dos habitaciones pegadas al torreón (Bosch Gimpera, 1931: 72, 76), hasta que un equipo dirigido por José Antonio Benavente Serrano y el segundo firmante de este trabajo retomó el estudio de este yacimiento de 1995 a 2000 (Moret *et al.*, 1997; Benavente y Moret, 2002; Moret *et al.*, 2006).

En Caspe, los dos enclaves de los que aquí tratamos comienzan a aparecer en la documentación escrita durante la segunda mitad del siglo XIX, aunque serán descubiertos oficialmente para la investigación arqueológica por uno de los miembros del Grupo del Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón, el calaceitano Santiago Vidiella (Bosch, 1915-1920: 655).

Debió realizar una visita a los yacimientos de La Tallada y Palermo a principios del siglo pasado en la que descubriría una estela ibérica reutilizada en la pared de la cercana ermita de San Marcos en Chiprana. Todo ello sin duda animaría la excursión de varios días que realizaron Bosch-Gimpera y Lorenzo Pérez Temprado hacia 1916, cuyas notas serían publicadas en el *Anuari de L'Institut d'Estudis Catalans* (Bosch, 1915-1920: 655-656) y que suponen para los dos enclaves su paso a la bibliografía arqueológica.

Los años 1927, 1930 y 1931, el segundo de ellos ayudado por su hijo Luis Pérez Fortea (restaurador del Museo Arqueológico Nacional y también antiguo colaborador de Bosch y Cabré) desarrollaron varias campañas de excavación en La Tallada y Palermo (Vallespí, 1957: 354; Vallespí, 2001: 72). La intervención de estos años se realizó en la parte que después definiría Manuel Pellicer como Palermo III-IV, asentamiento ocupado durante el Bronce Final y el Hierro inicial. No se actuó en el poblado ibérico tardío llamado Palermo I y del que aquí trataremos. Por causas desconocidas este trabajo de campo nunca vio la luz en publicación alguna. Ciertamente es que en 1932 cesó toda actividad arqueológica de Pérez Temprado tras su jubilación, y que la posterior Guerra Civil así como su avanzada edad, debieron impedir su propósito.

José Galiay glosó unas sucintas líneas sobre ellos en su Prehistoria de Aragón (Galiay, 1945: 130), pero no sería hasta inicios de los años cincuenta del siglo XX cuando Manuel Pellicer publicará sus investigaciones y prospecciones que sistematizaron los restos de los dos poblados (Pellicer, 1951: 391-394).

Hace poco editamos (Melguizo, 2005) un pequeño trabajo con la inestimable ayuda del profesor Enrique Vallespí que ha intentado sacar del olvido su memoria arqueológica. Recuperamos y actualizamos en él la planta de las construcciones de La Tallada así como los restos cerámicos procedentes de nuestras prospecciones que fijan, al menos aproximadamente, la ocupación de los dos enclaves.

## 3. DATOS CRONOLÓGICOS

El torreón curvilíneo de San Antonio pertenece a la última fase de construcción del poblado, fechable según toda probabilidad en la segunda mitad del siglo III a.C. El abandono de este poblado se produce en circunstancias violentas (Moret *et al.*, 2006), entre los últimos años del siglo III y el comienzo del siglo II a.C., según la datación de los vasos de Campaniense A más recientes encontrados en las habitaciones destruidas por el fuego (Moret, 2002: 123-125).

Los datos de las excavaciones de principios del siglo XX sobre el recinto fortificado de Els Castellans son más imprecisos y contradictorios. Los materiales conservados en el *Museu d'Arqueologia de Catalunya* van desde el Hierro I hasta el siglo I a.C., sin que se pueda precisar su procedencia exacta, dado que las publicaciones de Bosch Gimpera no ofrecen detalles sobre el desarrollo de las excavaciones de Pérez Temprado ni sobre las relaciones entre materiales cerámicos y espacios de hábitat o estructuras defensivas. Sin embargo, se puede precisar un poco más la cronología del recinto fortificado gracias a un lote de material cerámico que procede de la excavación de una habitación situada en las inmediaciones del bastión, efectuada hace unos veinte años y que permanece inédita. Agradecemos a

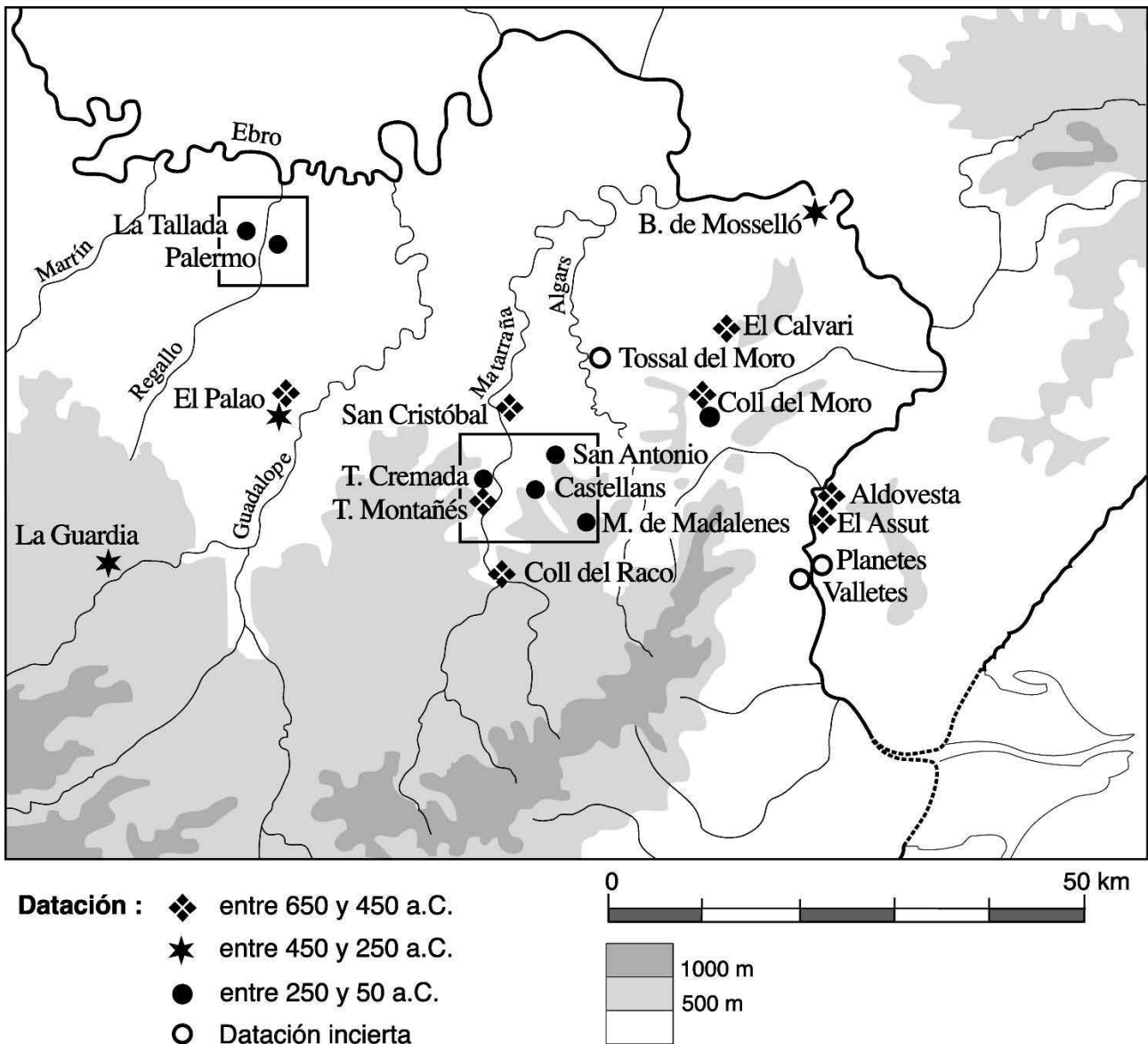


FIGURA 1.—Mapa de distribución de las torres y obras de defensa curvilíneas en el tramo inferior del Ebro (según Moret, 2006).  
Recuadros: las dos áreas de estudio en el Bajo Aragón.

Joaquín Llerda las valiosas informaciones y las facilidades ofrecidas para el examen de dicho material que se conserva en el Museo municipal de Cretas.

Varios vasos de cerámica ibérica pintada, especialmente las copas de borde exvasado, varios fragmentos pintados con motivos geométricos y alguna imitación de *skyphos*, presentan grandes similitudes con el material de San Antonio de Calaceite publicado por Pallarés (1965), lo que permite proponer con bastante seguridad una fecha inicial del siglo III para este conjunto. Otras piezas son claramente adscribibles a la época republicana, en particular copas ibéricas de borde convergente, parecidas a varios ejemplares de Torre Cremada, así como un fragmento de Campaniense A reciente que no parece posible fechar antes de finales del siglo II a.C. En ausencia de reformas o remodelaciones visibles en las estructuras arquitectó-

nicas, se puede inferir de estos datos que la fortificación de Els Castellans fue construida en algún momento del siglo III, al igual que el torreón de San Antonio de Calaceite, pero que su ocupación se prolongó durante un período más largo después de la conquista romana, hasta bien entrado el siglo I a.C.

En la Torre Cremada de Valdeltormo, abstracción hecha de una fase de ocupación preibérica muy mal conservada, todas las estructuras excavadas pertenecen a la época republicana. Más precisamente, el estudio del material cerámico realizado por A. Gorgues proporciona una cronología entre finales del siglo II a.C. y principios del reinado de Augusto (Moret *et al.*, 2006).

Con respecto a los yacimientos de Caspe, presentamos aquí de forma muy resumida los elementos cronológicos que se exponen con más detalle en una publicación anterior (Melguizo, 2005: 33-37 y 42-46).

En La Tallada, la cerámica importada más antigua, localizada en prospección, es «una base de pátera de precampaniense fechada en el siglo IV a.C.» (Pellicer, 2004: 103 y 119). Agradecemos la comunicación verbal que nos hizo don Manuel Pellicer concretando un poco más el hallazgo. Fue catalogado por María Ángeles Mezquiriz y se trataría de parte de un fondo de un *kylix* con decoración impresa de palmetas. El hallazgo de un ejemplar del Taller de las Tres Palmetas Radiales (F 221 de Morel 1981, pl. 233) atestiguaría la permanencia del hábitat a finales de dicha centuria o en la siguiente, aunque en su gran mayoría los materiales hallados en prospección (Campaniense A media y tardía, Campaniense B, Barniz negro de Cales, Dressel I, paredes finas Mayet 3, cerámica gris ampuritana, cerámica de cocina itálica) se sitúan en la horquilla de los siglos II y I antes de la Era.

En Palermo I, el número de piezas estudiadas es más reducido, debido a la menor intensidad de nuestras prospecciones. Entre los hallazgos no figura ninguna importación que nos lleve más allá del siglo II a. C. y como en el caso de La Tallada se sitúan mayoritariamente entre los siglos II y I a.C. (Campaniense A media y tardía, Campaniense B y B-oides, Dressel I A, cerámica gris ampuritana, cerámica de cocina itálica).

En resumen, los sistemas fortificados que describiremos a continuación están plenamente vigentes en época republicana, entre 150 y 50 a.C., pero hunden sus raíces en una fase anterior —por lo menos desde finales del siglo III a.C.—, como queda atestiguado en los casos de San Antonio y de Els Castellans.

#### 4. ELECCIÓN DEL LUGAR Y FORMAS DE ASENTAMIENTO

Las fortificaciones de la cuenca media del Matarraña se sitúan casi todas en cerros testigos aislados, en medio del interfluvio entre el Matarraña y el Algar (caso de San Antonio y Els Castellans), o en las cornisas de arenisca que bordean el cauce del río (caso de la Torre Cremada).

El poblado de San Antonio ocupa una cumbre secundaria situada al sur del cerro que domina la actual ciudad de Calaceite, a medio camino entre los ríos Matarraña y Algar. En su fase inicial (siglo V a.C.), se trata de un poblado de calle central de poco más de 2200 m<sup>2</sup>, defendido por dos torres cuadrangulares en el lado oeste. Este primer poblado sufre una profunda remodelación durante el siglo III, con la construcción de un nuevo barrio situado en una terraza inferior, al oeste de la plataforma somital, que hace pasar su área ocupada a casi 3000 m<sup>2</sup> (fig. 2, 1). En esta nueva configuración, el barrio alto está compuesto por una treintena de casas situadas a ambos lados de una calle central, mientras que el barrio bajo suma ocho o nueve casas de gran tamaño. Las defensas, formadas por un gran torreón, una balsa/foso y varios antemu-

rales, se concentran frente al istmo que une el cerro de San Antonio el cerro de San Cristóbal. Quedan entonces inutilizadas (o por lo menos pierden su función de flanqueo) las dos torres cuadrangulares del barrio alto.

El asentamiento de Els Castellans se ubica en un altozano que prolonga hacia el oeste un cerro que domina el Barranco de Calapatá, a cuatro kilómetros al suroeste de San Antonio. Se trata de un recinto muy pequeño, de menos de 1000 m<sup>2</sup> (fig. 2, 3). Sus defensas, formadas por un gran bastión biabsidal y dos antemurales, miran hacia el Oeste, lo que hizo suponer la existencia de otras estructuras (y posiblemente de un poblado más grande) al este de la zona excavada.

La fortificación de Torre Cremada está construida sobre un espolón rocoso triangular que forma parte de la cornisa arenisca de la margen izquierda del Matarraña (fig. 2, 2). Debajo del espolón, el asentamiento se extendía en la ladera, fuera del recinto fortificado.

La zona de Caspe se diferencia del valle del Matarraña por la omnipresencia de los paleocanales de arenisca, en un paisaje de relieves menos acusados y de clima más seco. En el caso de La Tallada, se eligió un gran paleocanal con orientación general norte-sur (fig. 3 y 4). La erosión diferencial dejó resaltado, en su ladera este, otro meandro unos cinco metros por debajo de su cota que discurre respecto al primero generando una curva. La ocupación, de acuerdo con los restos constructivos en superficie, aprovechó esos relieves para el área que definimos como acrópolis, a lo que hay que sumar el hábitat establecido en la ladera oriental hasta llegar a la zona llana. Por el contrario hacia poniente no se aprecian indicios de edificaciones.

Para protegerla, sus moradores seccionaron al norte toda la altura y anchura de ese accidente pétreo con amplio foso, hoy desmoronado por la erosión. El flanco occidental del relieve naturalmente defendible fue reforzado mediante una torre de planta rectangular. En el sector más elevado los muros traseros de las viviendas asumieron el papel de muralla que en su parte meridional se ve precedida por otra zanja excavada y dos antemurales. Ladera oriental y llano parecen contar con una delimitación perimetral establecida mediante lienzos, aunque la falta de excavación nos impide profundizar más en ella.

Palermo I está levantado también sobre dos resaltes areniscos con eje longitudinal norte-sur que determinan igualmente la superficie de su acrópolis (fig. 5 y 6). La ladera noreste es la más abrupta con un desnivel cercano a los 25 metros salvado en breve espacio, mientras que los flancos occidental y meridional son relativamente más accesibles. Se atestiguan viviendas y estructuras en todas las laderas del conjunto llegando a establecerse al este en el mismo llano.

El núcleo principal guarece su acrópolis mediante la elevación de dos torres hacia los sectores menos abruptos completadas en su función con esos cierres



FIGURA 2.—Planta de los asentamientos de San Antonio de Calaceite (1), Torre Cremada de Valdelormo (2) y Els Castellans de Cretas (3). Elaboración P. Moret. Los planos de San Antonio y de Els Castellans están basados en la planimetría de Bosch Gimpera, salvo los torreones cuya planta está corregida.

de fondo de las viviendas ya comentadas. La más meridional se integra en un conjunto complejo: a sus pies se suceden dos fosos excavados en la roca que culminan en una potente muralla. Ésta encierra los recursos de agua situados en el cuadrante sudeste del poblado y parece prolongarse hacia el norte en el tránsito de la ladera al llano.

## 5. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y FUNCIONES

### 5.1. Lienzos de muralla:

En todos los yacimientos estudiados, el muro perimetral del asentamiento es poco potente, hasta tal punto que en varios casos resulta difícil hablar de una au-

téntica muralla. En la mayoría de los casos, el muro de cierre del poblado estaba constituido por las paredes de fondo de las propias viviendas. Éstas se distribuyen adosadas unas a otras, teniendo así su cierre posterior una doble funcionalidad: doméstica y defensiva. No se trata de ningún sistema novedoso ni improvisado pues es el utilizado en los «poblados de calle central» o «villages clos» del inmediato entorno geográfico desde el Bronce Final, así como el de todos aquellos que se distribuyen por el Noreste peninsular (Moret, 1996: 145-148).

Esta situación es especialmente notable en San Antonio de Calaceite y en Els Castellans de Cretas, donde se observa un fuerte contraste entre la monumentalidad del torreón, situado en el punto más débil del perí-

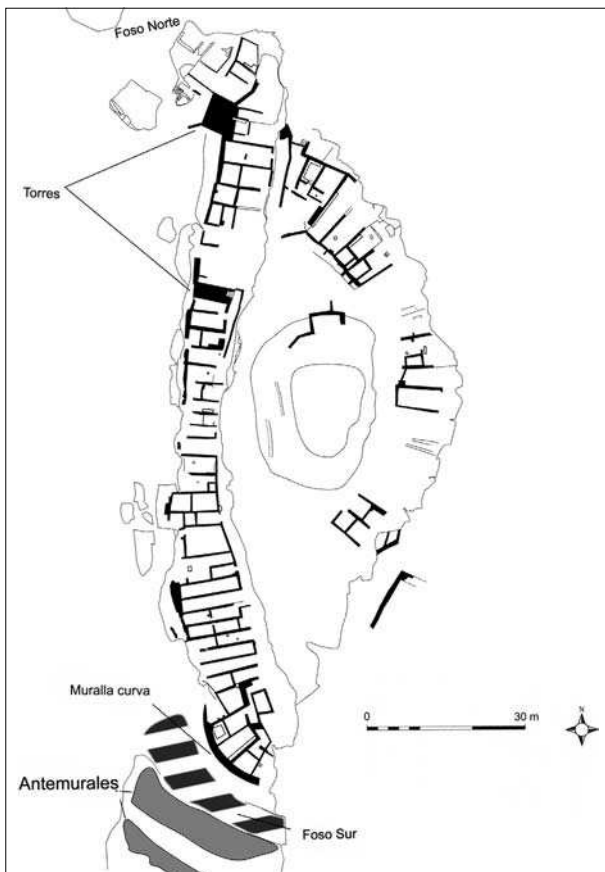


FIGURA 3.—Plano de la acrópolis de la Tallada a partir de los restos conservados y del realizado por Lorenzo Pérez Temprado. Elaboración S. Melguizo.

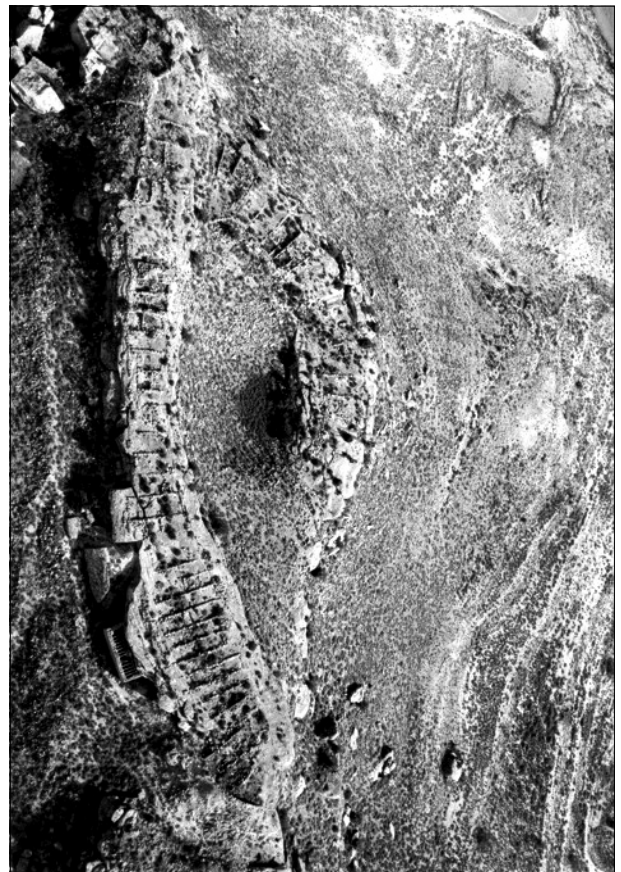


FIGURA 4.—Vista aérea de los paleocanales que conforman la acrópolis de La Tallada. Foto S. Melguizo.

metro del poblado y pieza maestra de sus defensas, y los muros de apenas un metro de grosor que hacen las veces de muralla en los otros lados, sin ningún elemento defensivo añadido (fig. 2). En Els Castellans, los paramentos escalonados que se ven al sur, en la parte alta de la ladera, son refuerzos o muros de contención, no estructuras defensivas.

En los dos yacimientos de Caspe, es necesario diferenciar dos áreas: la acrópolis o zona más elevada, y el barrio que se extiende en la ladera o en el llano al pie de la fortificación.

En las acrópolis, la implantación de las murallas utiliza dos tipos de base según su disposición natural en el terreno: la roca o las laderas de tierra. En el primer caso encontramos el flanco occidental de La Tallada. Allí el grosor conservado de los muros varía entre 0,5 y 0,9 m. No podemos hablar de un lienzo de muralla masivo e independiente, aunque pensamos que su objetivo lo conseguiría perfectamente la suma del escarpe vertical del relieve arenisco y las paredes edificadas sobre él. Podemos deducir de ello que el camino de ronda o adarve estaba constituido por los tejados de las viviendas que de alguna forma, o con estructuras desconocidas, deberían ofrecer protección al defensor. Así el paleocanal supone a la par una base sólida para las paredes y un zócalo natural abrupto, compacto y

de gran tamaño frente a las tareas de zapa del enemigo. Lo mismo puede ser aplicado para la parte oriental más elevada de Palermo I.

Por último queremos destacar el cierre curvado meridional de la acrópolis de La Tallada. Su muro de 1,4 m de grosor supera con creces los antes comentados y aunque no es una torre, el aspecto casi monumental que debía ofrecer sobre las rocas del cantil arenisco, precedido de foso y antemurales, dotaba a la fortificación con algo más que meras estructuras funcionales.

En la parte de la aglomeración que se extiende en la ladera y el llano, nuestras observaciones no dejan de ser ciertamente subjetivas a partir de los restos en superficie. En La Tallada encontramos parte de este cierre descendiendo por la ladera oriental. Allí un lienzo de 11 metros discurre perpendicular a la pendiente hasta girar en ángulo recto y desaparecer en superficie. Queda en evidencia su configuración de hiladas de mampostería regularizada al exterior y relleno de menor módulo contando con una anchura total de 1,6 m.

Igualmente contamos con los indicios hacia el norte y este del sector menos abrupto del poblado (fig. 7). En la primera zona queda a la vista un tramo de 109 m lineales que discurre en dirección noroeste-sudeste, siendo en la actualidad el límite con los campos culti-

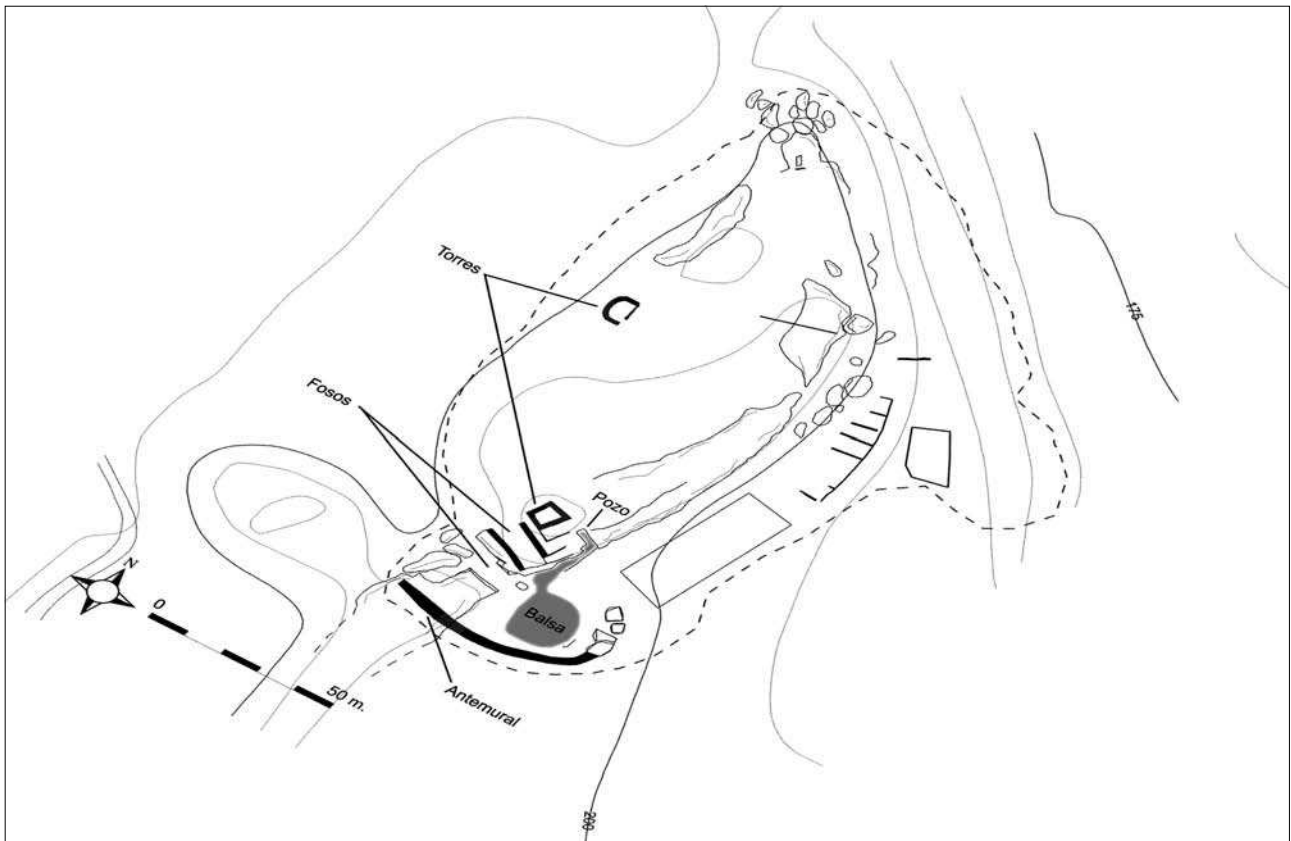


FIGURA 5.—Plano de las principales estructuras visibles de Palermo I. En línea discontinua, extensión de los restos en superficie. Elaboración S. Melguizo.



FIGURA 6.—Vista aérea de Palermo I desde el SSE. Las flechas indican el perímetro del antemural que resguarda la balsa y el límite fortificado en el llano Este. Foto S. Melguizo.



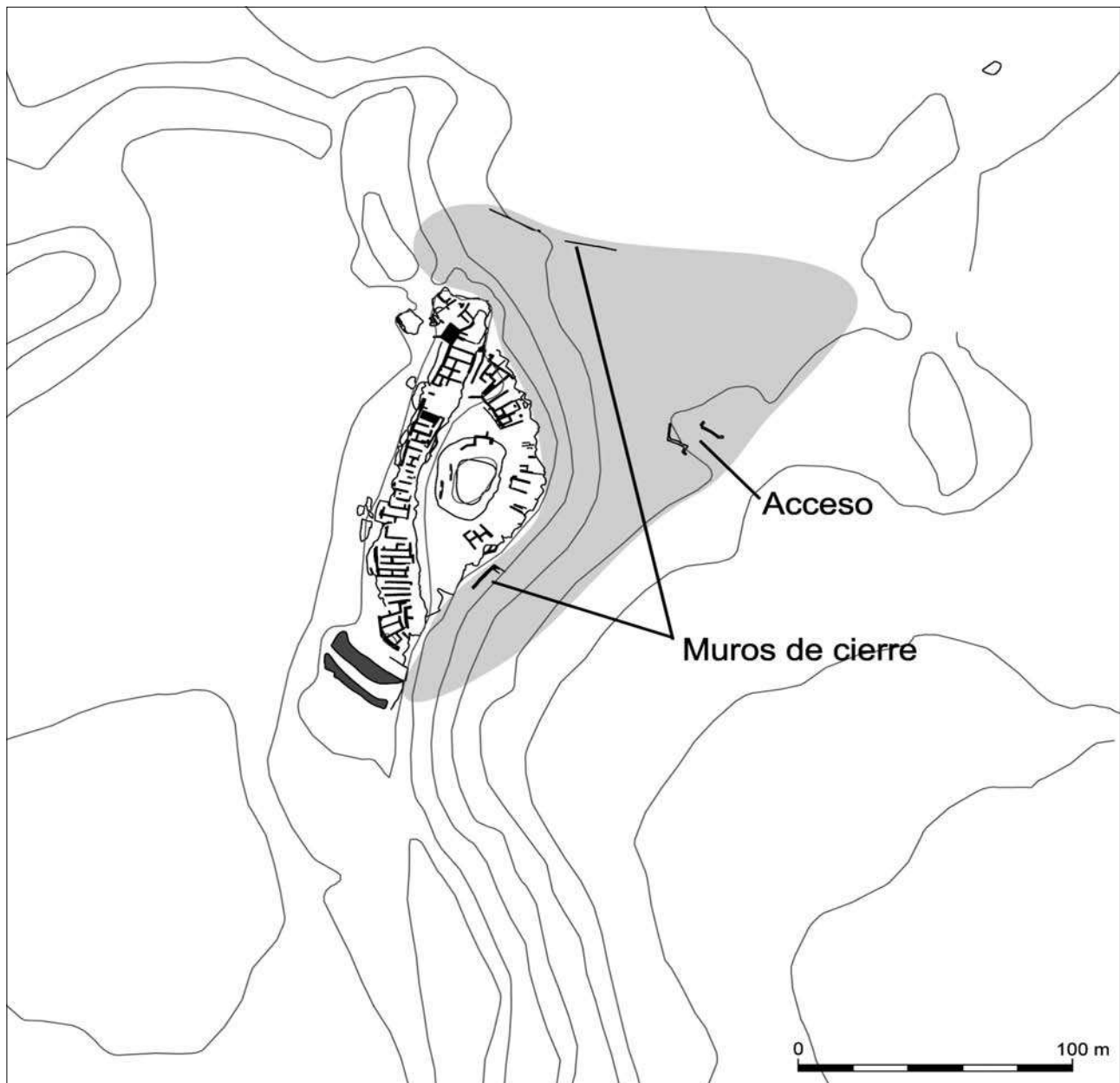


FIGURA 7.—El yacimiento de La Tallada. En gris, extensión del hábitat en ladera y llano con la indicación de posibles estructuras de delimitación y acceso. Elaboración S. Melguizo.

vados. Hemos obtenido unas medidas entre 1,5 y 1,6 m de grosor que vienen a coincidir con lo constatado en el anterior ejemplo, concordando así mismo la técnica constructiva. El muro desaparece al este sobre otro paleocanal situado a una altura inferior con respecto a los dos de la acrópolis. La cota del sustrato rocoso regulariza en horizontal la parte baja del poblado salvo en una depresión. Precisamente en ella volvemos a encontrar restos de cimentaciones que continúan la línea de cierre. Otras enmarcan la vaguada en sus laterales largos, generando así lo que interpretamos como un posible acceso a esta parte inferior del asentamiento.

En Palermo I (ver fig. 6), el sector sudeste del asentamiento, desde la cima del paleocanal al llano inmediato, cuenta con una obra defensiva cuyo gro-

sor varía entre los 2,65 y 2,2 m. Sus características técnicas vienen a coincidir con las expuestas para La Tallada, aunque matizaremos un poco más su planta y finalidad. El desarrollo hacia el oeste se encuentra completamente perdido al haberse producido un desmoronamiento erosivo masivo. Es hacia oriente donde podemos seguirlo. Sus vestigios continúan perpendiculares al eje del paleocanal hasta su base para comenzar a describir una curva hacia el norte y alcanzar los restos de otro elemento natural arenisco que perfectamente pudiera desempeñar esa misma función. En esa zona, las ruinas de un gran corral parecen impedirnos reconocer la continuidad de su trazado. Resulta evidente que esta construcción moderna aprovechó para su edificación la inmediata cantera arqueológica,

e incluso algo más que eso. Su fachada externa, partiendo desde esas rocas, llega a coincidir con los cimientos de una potente pared que a lo largo del flanco oriental discurre paralela al paleocanal más elevado.

Regresando al sector meridional de Palermo I, el grueso lienzo protege junto con el paleocanal uno de los elementos sin duda fundamentales y vitales —como también puede ocurrir en La Tallada— para el conjunto del yacimiento: una balsa y un pozo excavado en la roca para acceder a ella desde la acrópolis. El esfuerzo para defender los recursos de agua parece más que obvio. Cruzando a la ladera occidental, la de mayor accesibilidad, y antes de la vandálica destrucción ocurrida en 2005, contaba con lo que interpretamos como otra muralla. De ella en superficie se veían parte de sus potentes paramentos interiores en algunos puntos. En la actualidad poco o nada queda de ello.

Queda aparte el caso de Torre Cremada —probablemente el más reciente de todos—, porque ahí la fortificación y el hábitat están claramente separados (Benavente y Moret, 2002). En la parte más alta del yacimiento, se ha excavado un recinto fortificado que ocupa un área superficial de unos 400 m<sup>2</sup> (fig. 2,2). Una muralla de 1,5 a 2 m de grosor lo cierra comprendiendo varios departamentos rectangulares o trapezoidales, repartidos a ambos lados de un corredor o callejón medianero que conduce al potente torreón del que hablaremos más adelante. En la ladera que se extiende debajo de esta fortificación, la presencia de algunos muros visibles en superficie y el hallazgo de materiales arqueológicos de época ibérica tardía, permiten delimitar —a pesar de un fuerte proceso de erosión— un área de aproximadamente una hectárea de superficie en la que parecen adivinarse estructuras de hábitat. Según el aspecto actual de la superficie de esta amplia extensión de terreno, no parecen existir murallas (excepto tal vez en el extremo noreste), si bien este aspecto, como muchos otros, no podrá confirmarse hasta que no se realicen excavaciones arqueológicas más sistemáticas.

## 5.2. Torres:

Las torres curvilíneas, circulares o absidales son uno de los elementos definidores más notables de una zona geográfica que se extiende a lo largo del curso del Ebro a partir de Caspe, preferentemente al Sur del río, incluyendo el Bajo Aragón, la *Terra Alta*, la *Ribera d'Ebre* y el *Baix Ebre* (Moret, 2006) (fig. 1). Los descubrimientos de la última década (El Palao, Palermo, Tossal Montañés, El Calvari, Barranc del Mosselló, Palermo I) confirman que en toda esta región las torres redondas son mayoritarias con respecto a las de planta cuadrangular. En el Bajo Aragón, las únicas cuadrangulares que se conocen son las dos del barrio alto de San Antonio de Calaceite (Moret *et al.*, 2006), la de la entrada de El Taratrato de Alcañiz (Moret, 1996: 420), las dos rectangulares de El Cabo de Andorra (Benavente, 2004: 14 y fig. 3-4), las dos de La Tallada de Caspe y la de Palermo I.

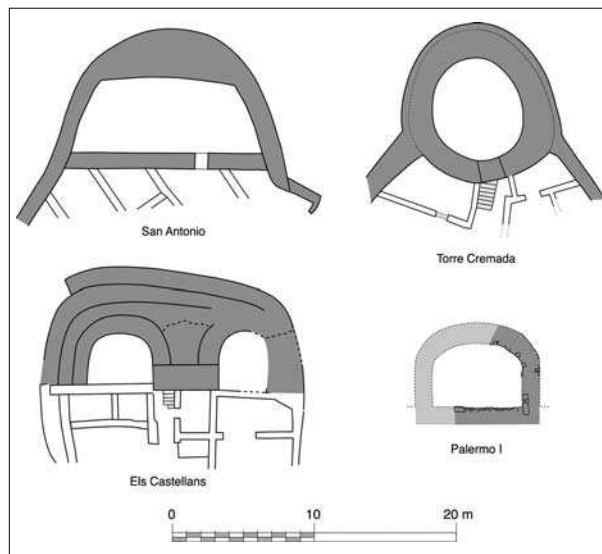


FIGURA 8.—Planta de los torreones curvilíneos de San Antonio de Calaceite (según Moret, 2002), Torre Cremada de Valdeltnormo (según Moret *et al.*, 2006), Els Castellans de Cretas (según planimetría nueva de julio de 2006) y Palermo I de Caspe, flanco Oeste (planimetría abril de 2006). Elaboración S. Melguizo y P. Moret.

La presencia de torres redondas está documentada en esta área durante toda la Edad del Hierro, desde la primera aparición de un urbanismo estable hasta el final de la época republicana, a lo largo de ocho siglos. Esto significa primero que la forma curvilínea estuvo presente en las tierras del Ebro antes de la formación de la cultura ibérica *stricto sensu* —podemos hablar, por lo tanto, de un elemento de substrato—, segundo que el desarrollo de la cultura ibérica no hizo más que potenciarla y darle mayor difusión (con las lógicas adaptaciones y evoluciones), y tercero que sobrevivió varias décadas a la incipiente romanización de las comunidades indígenas, experimentando su última evolución bajo el dominio romano entre 150 y 50 a.C. Así pues, a pesar de los profundos cambios que durante ese largo período sufrieron los patrones de asentamiento, las formas de hábitat, los conceptos defensivos y los modelos de organización socio-política, el referente arquitectónico (y tal vez simbólico) que constituye la torre de planta circular o curvilínea se mantuvo siempre presente.

En este panorama, los torreones curvilíneos de aparejo casi regular forman una categoría aparte. Están documentados a partir de la segunda mitad del siglo III (en San Antonio de Calaceite) y hasta la primera mitad del siglo I a.C. (en Torre Cremada). Esta tardía y última evolución conserva la idea de la planta curvilínea, pero con profundos cambios: las dimensiones aumentan, los aparejos son más cuidados y aparecen formas muy diversas (fig. 8). Se nota pues una tendencia a la monumentalización y a cierto barroquismo, lo que probablemente delata la acentuación del papel simbólico y ostentatorio de la torre.

El torreón curvilíneo de San Antonio de Calaceite, situado cerca de una puerta, al extremo norte del barrio nuevo, constituía la pieza maestra de las defensas (Moret 1996: 424-425; Romeo 2002: 179-180; Moret *et al.*, 2006). Presenta una planta aproximadamente semicircular (fig. 8). El muro rectilíneo que forma su fondo (al sur) tiene una longitud de 13,60 m, y su radio, en perpendicular al centro de ese muro, es de 8,25 m. El muro de fondo se va engrosando progresivamente a partir de los extremos hasta alcanzar un espesor de 3,25 en el centro. Los paramentos externos, incluido el del muro de fondo, están cuidadosamente dispuestos, con un aparejo entre rectangular y poligonal muy similar a los de Els Castellans y Torre de Foios, en tanto que los paramentos de la cámara interna son muy toscos.

Esta torre carece de entrada en la planta baja. El acceso al interior se hacía mediante una puerta que comunicaba la primera planta de la torre con la de las casas adyacentes. Esta abertura, visible en una fotografía antigua (Moret *et al.*, 2006, fig. 153), fue tapiada a raíz de las restauraciones de los años 1970. El edificio fuerte ocupa un lugar que a primera vista parece poco adecuado para la defensa del poblado: está situado en su punto más bajo y en el fondo de un ángulo entrante. Sin embargo, combinado con una balsa artificial destinada a recoger las aguas pluviales (Bosch Gimpera, 1931: 77 y fig. 147), dificultaba el acceso, obligando al posible atacante a seguir un recorrido en zigzag, costeando el torreón de oeste a este por el estrecho terraplén que lo separa de ella, antes de llegar a una puerta muy estrecha, pegada al escarpe rocoso y casi escondida detrás del torreón.

En Els Castellans de Cretas, el elemento más llamativo de las defensas es un bastión más ancho que largo (18,2 x 8,7 m) que cerraba el extremo occidental del poblado (fig. 8). Presenta una planta original, asimétrica, con partes curvas en ambos lados y un tramo rectilíneo en medio. Tiene una parte maciza de tres a cuatro metros de grosor, formada por varios paramentos adosados, y contiene en la parte que mira hacia el Este (hacia el interior del poblado) dos compartimentos absidales geminados cuya función se desconoce (¿casamatas?). En el eje de la calle central, una escalera de piedra con cinco gradas conservadas daba acceso a la parte alta del torreón, como en la Torre Cremada de Valdeltormo. El paramento exterior está marcadamente ataludado y destaca por la calidad del aparejo, parecido al de San Antonio de Calaceite, con una mezcla de sillares rectangulares y poligonales. A poca distancia, dos antemurales completaban las defensas del lado oeste.

En el yacimiento de Torre Cremada (Valdeltormo), se conservan los restos de otro gran torreón de planta ligeramente elíptica, con un eje mayor que alcanza los 12 metros, un eje menor de 10,3 metros y un diámetro interior de unos 8 metros (fig. 8). Se construyó con grandes sillares y mampuestos toscos de arenisca que

fueron trabados con una simple argamasa de barro sin mezcla de cal. El aparejo es rectangular aunque con hiladas bastante irregulares. Los bloques son de tamaño mediano, presentando en su cara vista una superficie lisa bien acabada. El muro perimetral muestra un ligero talud y alcanza un espesor de 2 m en el sector norte. El alzado del mismo se conserva en buena parte con una media aproximada de unos dos metros, si bien, en el sector norte, mucho mejor conservado, todavía alcanza una altura que supera los 5,50 metros. Por la considerable longitud de las hiladas de desplome y derrumbes del tramo superior del sector norte, que cayó sobre el tramo sur y que quedaron registrados en el proceso de excavación y desescombro del interior del torreón, se puede deducir que éste pudo tener una altura superior a los 10 m. En una primera fase, existió una puerta que permitía el paso entre su planta baja y el espacio de hábitat adyacente; posteriormente, este hueco fue cegado y reemplazado por una escalera maciza exterior de piedra. Se supone que desde esta escalera se accedía directamente a la primera de las plantas del edificio.

La Tallada de Caspe cuenta en el sector norte de la acrópolis con una torre de planta rectangular adosada a la «muralla» occidental del poblado, es decir y como ya hemos dicho, a las paredes posteriores de las viviendas hacia el sur (fig. 3 y 9). Se eleva en su parte mejor conservada casi dos metros y medio mediante hiladas irregulares de mampostería. Sus lados miden 6,72 por 4,46 m en la base. Junto a ella, hacia el noroeste, y en un trabajo anterior, planteamos que el sustrato rocoso en su desarrollo original pudo generar un bastión natural (Melguizo, 2005: 26). Numerosas huellas de peldaños y otros grandes entalles labrados nos hacían intuir la existencia de un acceso hacia la parte baja y tal vez de una puerta, lo que evidentemente convertiría a este ámbito en uno de los puntos críticos del recinto. Los recientes trabajos de restauración en el lugar han echado por tierra tal hipótesis, al norte y al oeste se adosan viviendas lo que evidentemente trunca ese acceso e imposibilita cualquier tipo de flanqueo, al menos para la fase evolutiva del poblado que tales estructuras constructivas determinan.

Un poco al sur del conjunto y en el interior del poblado encontramos una edificación con unas medidas máximas de 6,64 m de largo, por 2,97 m de ancho (fig. 2 y 10). Conserva una altura que supera por poco el metro y su planta viene a coincidir con la de las viviendas inmediatas, pero esta vez se diferencia como un elemento macizo al estar su interior relleno de piedra. En su esquina noreste permanecen cinco peldaños de una escalera. Podríamos pensar en la base de otra torre rectangular. Su situación interior en el poblado amplía sus posibles funciones desde la defensiva hasta la estratégica como atalaya o punto de transmisión de señales (Moret, 1996: 119). Tampoco hemos de descartar que nos encontremos ante un acceso al adarve. Hemos apuntado al hablar de los lienzos de



FIGURA 9.—Torre Norte de La Tallada. Foto S. Melguizo.



FIGURA 10.—Torre interior de La Tallada. Foto S. Melguizo.



FIGURA 11.—Foso Norte de La Tallada. A la derecha basamento de la torre. Foto S. Melguizo.



FIGURA 12.—Antemurales en el sector meridional de La Tallada. Foto S. Melguizo.



FIGURA 13.—Panorámica del foso meridional de La Tallada.

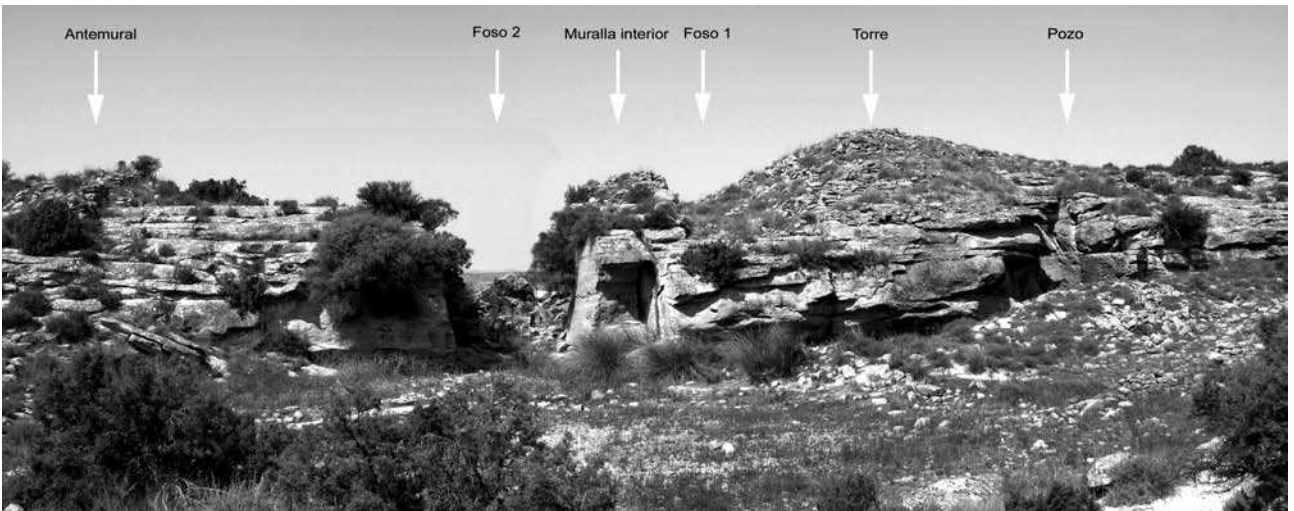


FIGURA 14.—Escalonamiento del sistema defensivo meridional de Palermo I.

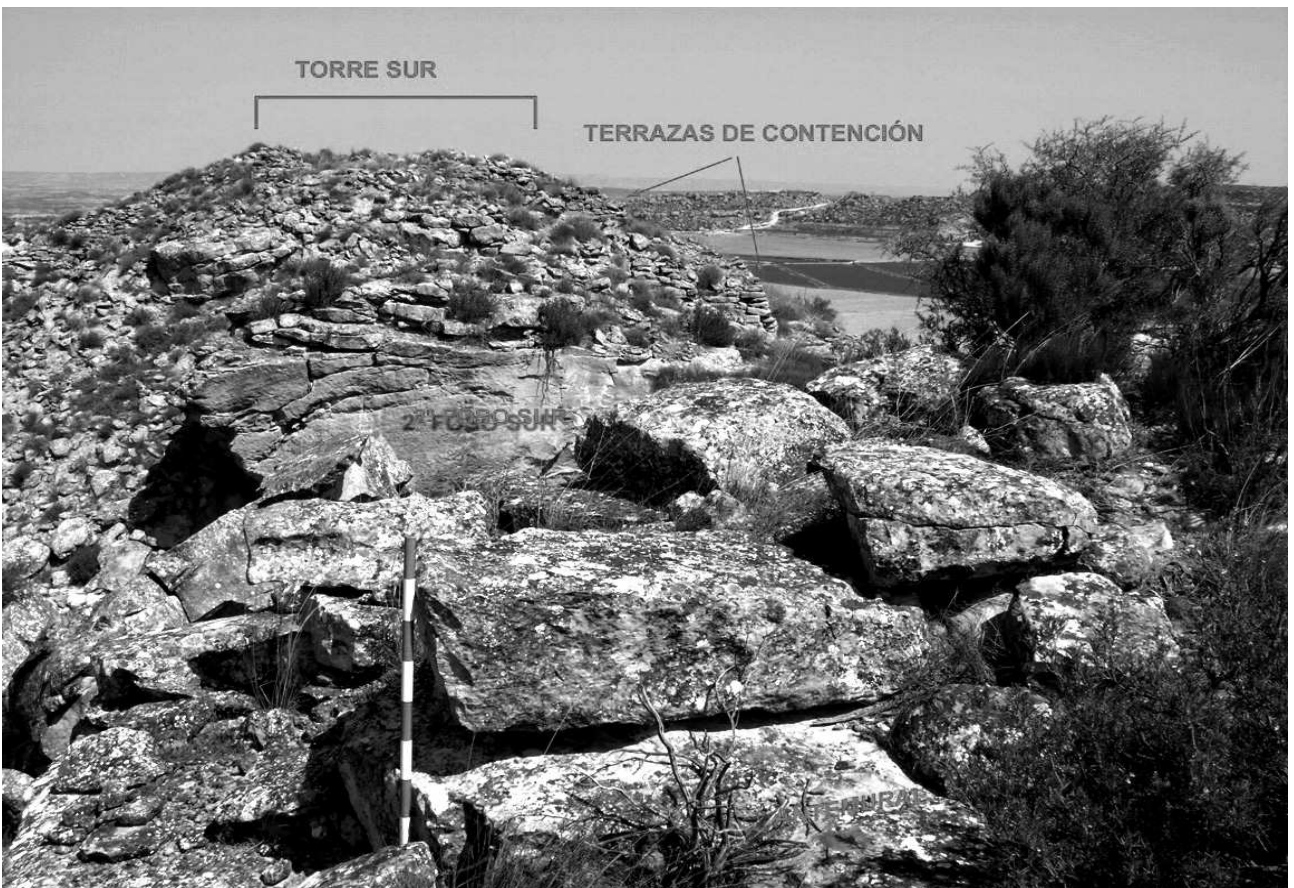


FIGURA 15.—Sistema defensivo Sur de Palermo I. Fotos S. Melguizo.

muralla de las acrópolis de estos poblados que tal función debía desarrollarse sobre los tejados de las casas. Dado que están unidas unas a otras debería existir en todas o en parte de ellas un paso hacia él. Cuando el número de individuos defensores concentrados fuera importante y se necesitara llegar lo más rápido posible a lo alto podrían encontrarse con alguna dificultad de organización entrando por cada una de las viviendas. Así pues este camino facilitaría en gran manera tal fin.

Palermo I posee en el sur de la acrópolis una torre de planta casi cuadrangular (6,59 por 6,48 m) que constituye el punto más elevado del conjunto (fig. 15). Contrasta con la similar de La Tallada por no ser un bloque homogéneo relleno de piedra, sino que el interior es diáfano (dato provisional a falta de excavación completa), así el grosor de sus muros varía entre 1,2 y 1,3 m. Hacia su lado este y sobre el cordón arenisco se levantaron al menos dos plataformas escalonadas de contención para asegurar su sustento. Hacia el oeste las viviendas se le adosan, formando el muro posterior de ellas (0,6 m de ancho) lo que parece definirse como pared de cierre de la acrópolis en esa zona. El elemento defensivo se completa con otras estructuras hacia el sur que ya hemos descrito en el apartado de lienzos y que completaremos en el de fosos.

La ladera occidental de la acrópolis, la más accesible, dispone de otro baluarte que se constituye en elemento destacado, pues esta vez su planta es curvilínea (fig. 5 y 8). Sus medidas, realizando una reconstrucción a partir de los restos hoy maltrechos tras su parcial arrase, podrían aproximarse a los 8,8 m de largo por 5,9 m de ancho. El grosor del muro visible alcanza el metro y medio en el sector curvado.

En resumen, existe un evidente aire de familia entre las torres curvilíneas del Matarraña, debido sobre todo a su monumentalidad y a la calidad del aparejo, a pesar de la diversidad de sus formas. La situación que se empieza a desvelar en Caspe es más compleja. La forma cuadrangular parece más arraigada, por lo menos es la que encontramos en los lugares más elevados y estratégicos de los yacimientos, pero existen también obras de defensa curvilíneas, posiblemente coetáneas de las cuadrangulares, como la torre occidental de Palermo I o el tramo de muralla curvo del extremo Sur de La Tallada.

### 5.3. Fosos:

El norte de la acrópolis de La Tallada queda delimitado por una excavación que secciona el paleocanal por completo con una anchura entre 11 y 12 m en su cima y una altura que ronda los seis como media (fig. 11). La medida debe matizarse conociendo la situación de cada una de las partes desprendidas, como la de dos grandes bloques más al norte que hoy hacen casi intransitable el lugar. Puede considerarse que parte de la incisión puede tener origen natural por despren-

dimientos aunque parece fuera de duda que haya existido un acondicionamiento humano.

El sur posee también una trinchera excavada en parte sobre la roca base (5,30 m de anchura por 1,7 m de profundidad) y otra más amplia en las margas del terreno (fig. 12 y 13). En esa última zona se aprecia que la contraescarpa fue cubierta con paramentos de mampostería arenisca. La escarpa está colmatada parcialmente por una escombrera de la antigua excavación y derrumbes del muro curvado superior. La muy reciente limpieza y restauración del yacimiento ha permitido observar que existen hiladas de mampostería que conforman una pared en talud con una interesante similitud con Castellans de Cretas.

El lienzo meridional de la torre cuadrangular en Palermo I da paso a sus pies a un primer foso tallado sobre la misma roca de unos 5,3 m de anchura en su lado oriental que no llega a seccionar completamente en vertical el paleocanal (fig. 14). Su escarpa se recrece con un muro de piedras de gran módulo al igual que la contraescarpa que se eleva con similares materiales y tamaños hasta presentar ahora una diferencia de cotas máxima de 3,70 m con su base visible al este.

A poco más de 4 m al sur de este foso nos topamos con el segundo foso que esta vez sí, perforando 6 m, prácticamente secciona el relieve arenisco en toda su potencia. La parte inferior muestra una anchura en su base de 5,1 m y va abriendo su sección hasta su nivel superior donde alcanza 6,75 m. Las dos paredes de esta gran trinchera dejan claro su origen al estar cubiertas por huellas de las herramientas utilizadas.

No existe ningún foso en Els Castellans ni en la Torre Cremada. En San Antonio de Calaceite, una balsa de forma irregular, con una longitud de 30 m y una anchura que oscila entre 4 y 9 m, se extiende al pie de la plataforma somital, al noroeste del poblado (fig. 2). Tenía seguramente una doble función, de cisterna para el suministro de agua, y de foso para la defensa del poblado.

### 5.4. Antemurales:

Como acabamos de señalar La Tallada en su parte meridional cuenta con un foso excavado. Al este finaliza en un precipicio, cuenta con escarpa de piedra en talud y contraescarpa construida (fig. 13). Se completa el conjunto con otros dos murallones paralelos separados entre sí por unos 5,4 m. Ahora aparecen como amontonamientos bastante considerables de piedras colocadas de forma muy tosca, de diversos tamaños y que no presentan ningún trabajo especial en su obtención. Su objetivo sería bloquear el paso y la visión directa al atacante desde la parte alta del resto del paleocanal meridional.

En el caso de Palermo el antemural encierra los sistemas de almacenamiento de agua destacando su construcción continua desde la cima del paleocanal hasta el nivel inferior.

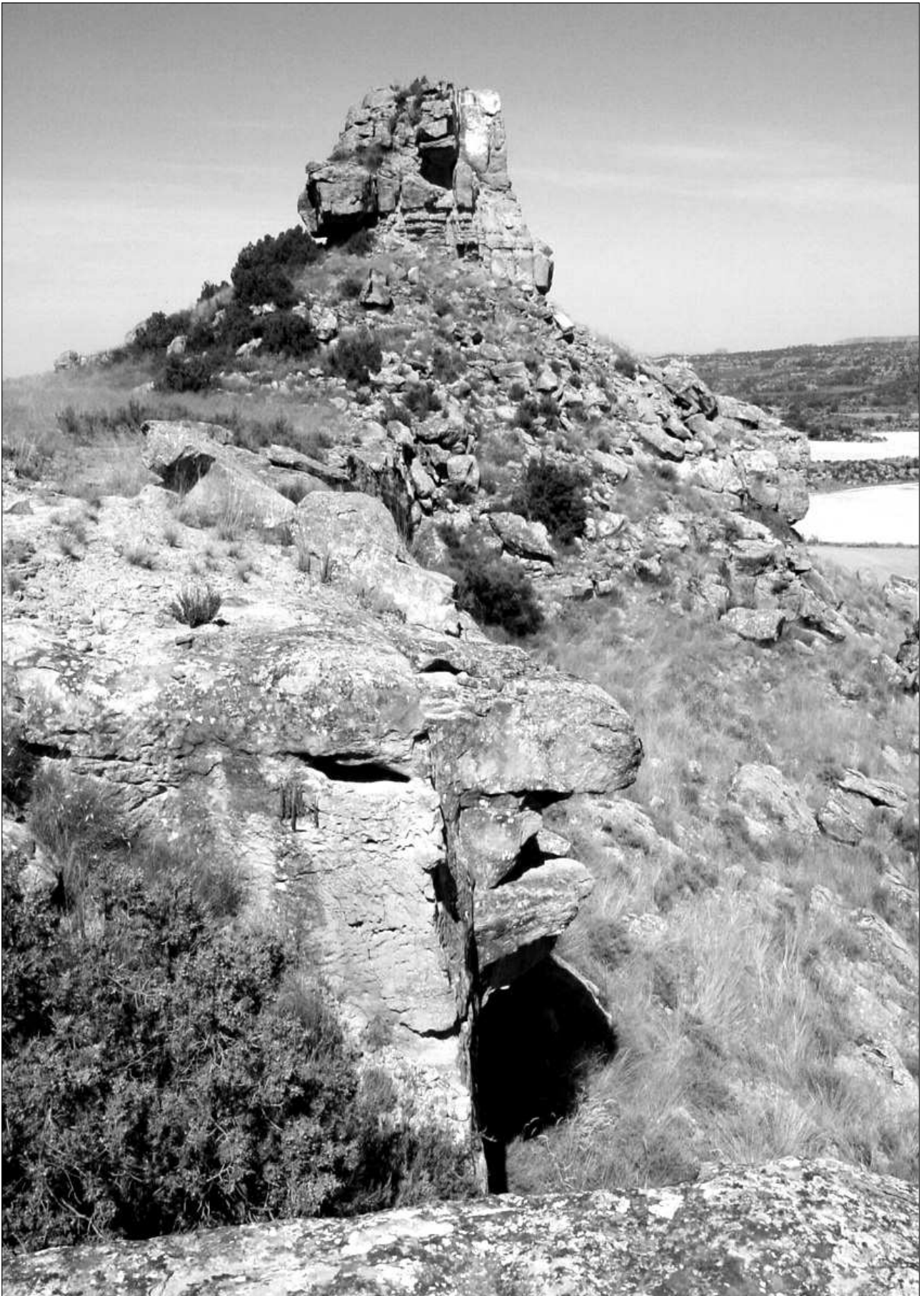


FIGURA 16.—Acrópolis de la Caraza de Vallerías (Alcañiz). En primer plano el foso excavado en la roca. Foto S. Melguizo.



Existe también un antemural en San Antonio, delante del torreón. Es la prolongación de la contraescarpa que forma el límite noroeste de la balsa. Este antemural, combinado con el torreón y la balsa, crea una especie de *chicane* acodada que dificultaba el acceso hasta la puerta del poblado, situada en un ángulo entrante al este del torreón (fig. 2).

La fortificación de Els Castellans posee dos antemurales, muy derruidos, que cierran la cresta de la colina al Oeste del bastión. El primero está situado a 5 m del bastión, el segundo a 12 m. Su grosor varía entre 2,5 y 3 m.

### 5.5. Elementos de un patrón representativo en el Bajo Aragón: muralla/torre curva, fosos y antemurales

El sistema muralla curva con base en talud, foso y antemurales de La Tallada tiene evidentes paralelos con el del cercano yacimiento de Castellans de Cretas (Romeo, 2002: 162), siguiendo los principios de fortificación escalonada y estableciendo un dispositivo reforzado en la punta más vulnerable del recinto fortificado (Moret, 1996: 436).

La asociación torre cuadrada (sin excavar y por lo tanto sin completa seguridad), fosos con diferente profundidad y antemurales de Palermo resultaría una adaptación particular de este modelo. La Caraza de Vallerías, pocos kilómetros al sur de éste posee en la acrópolis, bastante arrasada por la erosión, un foso tallado y lo que pudiera interpretarse como ruinas de un baluarte sobre una pequeña elevación inmediata al este (Asensio, 1995: 205) (fig. 16). Igualmente se repite el esquema, aunque en diferente situación topográfica, en la vertiente noroeste de San Antonio de Calaceite de torre curva, foso y antemurales (véase *supra* y Romeo, 2002: 162).

Otros poblados que pudieran poseer similares dispositivos defensivos, ciertamente peor conocidos, podrían ser la zona oriental de Mas de Madalenes en Cretas, con un amplio foso excavado en la roca (Cabré, 1908: 229) y una torre curvilínea a su lado occidental (Moret, 2006: 202) y el Poblat Gran de la Vall de la Cabrera en Calaceite (Bosch, 1931: 75) con lienzos en las escarpas de una zanja de siete metros de ancho (Moret, 1996: 426).

La falta de una cronología firme para el establecimiento y desarrollo de estas estructuras en la mayoría de estos yacimientos sólo permite su atribución a los períodos amplios del Ibérico Pleno y Tardío, aunque a partir de los datos deducidos de San Antonio de Calaceite o de Castellans de Cretas se puede plantear allí su origen a lo largo del siglo III a.C.

Parece que la planificación previa de estas fortificaciones, deducible ante esta repetición de un prototipo, y la misma elección de lugares unidos mediante interconexiones visuales que estructuran y organizan un espacio físico y humano en el entorno del Regallo no es fruto de la casualidad.

Estas observaciones vienen a confirmar nuestras propuestas iniciales sobre un modelo regional basado en la distribución de las llamadas torres circulares. Con lo aquí planteado y en el seno de ese marco de tipología constructiva y espacial, parecen desarrollarse corrientes locales que vinculan estrechamente en sus planteamientos defensivos a las gentes que habitaban durante el período ibérico —especialmente en su fase tardía— los cauces del Regallo y el del Matarraña. Se da la notable coincidencia de que estas dos áreas, la una alrededor de Caspe, la otra entre Calaceite y Valderrobres, constituyen también dos de los principales focos de difusión de las estelas decoradas del Bajo Aragón, otra manifestación de un sistema de valores y de representación que parece propio del pueblo indígena que ocupaba esta parte del Bajo Aragón.

### 6. EL PAPEL DE LAS FORTIFICACIONES EN LA ESTRUCTURACIÓN ESPACIAL DEL PAISAJE

Los yacimientos de San Antonio, Els Castellans y Torre Cremada se sitúan en el valle medio del Matarraña, el último afluente de la margen derecha del Ebro que tiene aguas perennes (fig. 1). El dominio estructural de esta parte del Bajo Aragón es el horizontal, con relieves tabulares que quedan disectados profundamente por una red de barrancos de fondo plano, configurando un paisaje digitado de aristas o cordales que se dispone en graderío, quedando individualizadas pequeñas mesas. Este paisaje no presenta obstáculos importantes para las comunicaciones, pero la presencia de múltiples barrancos y relieves secundarios que fraccionan el territorio y acortan el horizonte, explica sin duda la tendencia del poblamiento ibérico a buscar los lugares de asentamiento más elevados.

En los tres casos analizados, desde la fortificación se domina visualmente una amplia extensión de terreno. Existe una interconexión visual entre Castellans y San Antonio, pero no entre Castellans y Torre Cremada. La relación visual entre San Antonio y Torre Cremada no tiene relevancia, puesto que estos dos yacimientos no llegaron a ser habitados simultáneamente.

Resulta extremadamente difícil reconstruir la red territorial del poblamiento ibérico a finales del siglo III en esta zona del Bajo Aragón, dado que San Antonio y Els Castellans son los únicos yacimientos de la comarca del Matarraña que han proporcionado materiales característicos de un período durante el cual las importaciones (especialmente las cerámicas de barniz negro) escasean en el interior del valle del Ebro. A pesar de estas limitaciones del registro arqueológico, se puede observar una modificación bastante marcada de los patrones de asentamiento. Es muy probable el abandono de varios poblados (El Cerrao, Tossal Montañés, Tossal del Moro, El Vilallonc, Piuró del Barranc Fondo) en una fecha que podemos situar en

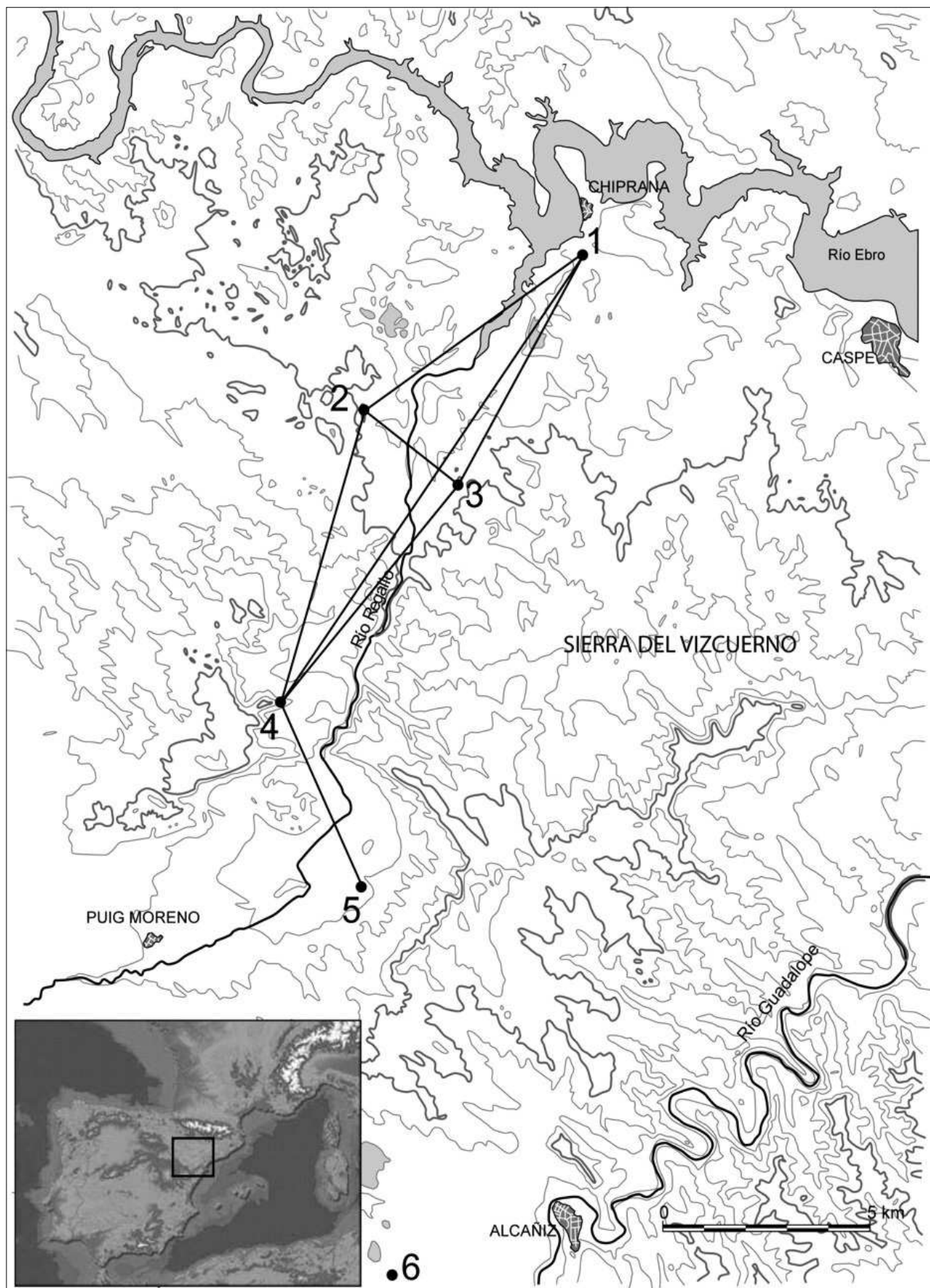


FIGURA 17.—Situación y líneas visuales establecidas entre los principales yacimientos ibéricos del curso medio y bajo del Regallos: 1. Cabezo de la Estanca; 2. La Tallada; 3. Palermo I; 4. La Caraza de Vallerías; 5. Cabezo del Moro; 6. El Palao. Elaboración S. Melguizo.

tre finales del siglo IV y mediados del siglo III (Moret *et al.*, 2006).

Además, todo parece indicar que en la segunda mitad del siglo III el poblado de San Antonio adquiere un notable protagonismo en el sector de interfluvio que se extiende entre el Matarraña y el Algars. A pesar de su reducida extensión —entre sus muros no podían vivir más de 200 o 300 personas—, hay varios indicios que nos llevan a pensar que dicho poblado había alcanzado en aquella época un rango preeminente. Tenemos, en primer lugar, su excepcional emplazamiento, visible desde cualquier lugar a más de 10 km a la redonda, y dominando el paisaje de barrancos y pequeñas colinas que se extiende entre ambos ríos. En segundo lugar, hay que considerar la importancia de la reestructuración del hábitat, con casas de gran tamaño en el nuevo barrio (miden en promedio el doble de las casas de la fase antigua) y una torre monumental que servirá de referente para otras edificaciones durante los dos siglos siguientes (véase *infra*), prueba de que esta singular construcción, sin paralelos conocidos en la arquitectura militar ibérica, se había convertido en una especie de símbolo de identidad para los iberos del Bajo Aragón oriental. A finales del siglo III San Antonio se había convertido sin lugar a dudas en un espacio de poder en el que probablemente vivían las familias más influyentes de la comarca.

El caso de Els Castellans es más complejo. Sin entrar en la cuestión de saber si un asentamiento fortificado tan pequeño debe ser tipificado como un poblado o un fortín, hay que recordar la existencia de otro más grande, sólo conocido mediante prospecciones superficiales, al este de la zona excavada por el *Institut d'Estudis Catalans* (Bosch Gimpera, 1931: 76; Burillo, 1991: 39 y 49).

Si se pudiera demostrar que estos dos yacimientos vecinos fueron ocupados simultáneamente, tendríamos que ponerlos en relación y ver en el recinto fortificado una defensa avanzada del poblado de la cima oriental, a modo de baluarte o de fortín. Así se explicaría el fuerte desequilibrio de las defensas, concentradas casi todas en su extremidad oeste. Si al contrario se comprobara que el poblado grande estaba abandonado cuando se construyó la fortificación, estaríamos ante un problema mucho más difícil.

Una primera solución consistiría en interpretar el asentamiento de la cima occidental como un fortín o lugar de vigilancia dependiente de San Antonio. Dos argumentos parecen abogar a favor de esta hipótesis. La torre de Els Castellans y la de San Antonio miran en direcciones casi opuestas, ésta al norte y aquella al oeste. Si se tratara de dos poblados fortificados independientes —y por consiguiente potenciales enemigos—, siendo vecinos muy próximos (la distancia que los separa es de sólo 3,9 km en línea recta), se esperaría que sus defensas estuvieran diseñadas y orientadas en función del riesgo que derivaba de esta vecindad. Al contrario, todo pasa como si las fortifica-

ciones de los dos asentamientos fueran complementarias. Por otra parte, aunque Els Castellans es cuatro veces más pequeño que San Antonio (fig. 2), su sistema defensivo (bastión biabsidal + antemurales) ocupa proporcionalmente mucho más espacio que el de San Antonio, lo que parece indicar una función principalmente militar.

Sin embargo, la ausencia de rasgos estatales en la ordenación del territorio en esta parte del Bajo Aragón (Moret, 2002) y el carácter evidentemente no urbano del asentamiento de San Antonio, chocan frontalmente contra esta interpretación. No parece plausible que los dueños de un poblado del tamaño de San Antonio, aunque se tratase del más importante de la zona, tuvieran el poder político suficiente y los medios necesarios para mantener una guarnición permanente en la fortificación de Els Castellans.

Se puede hacer otra lectura de los datos arqueológicos. Recientes investigaciones, tanto en el Bajo Ebro como en el País Valenciano, tienden a reemplazar el concepto de poblado pequeño por el de casa o residencia fortificada, en diversos casos en los que se combina una fortificación de mediana o gran envergadura (generalmente organizada en torno a un torreón), un hábitat de muy reducida extensión (inferior a 1000 m<sup>2</sup>), y la presencia de diversas actividades (defensivas, domésticas, artesanales, eventualmente culturales) atestiguadas por el material y la disposición de los departamentos. Habrá que preguntarse si el recinto fortificado de Els Castellans no puede entrar en esa categoría. En cualquier caso, no se podrá escoger entre todas estas hipótesis mientras no se hacen nuevas excavaciones en los dos yacimientos de Els Castellans.

La Torre Cremada pertenece a una fase posterior de la historia del Bajo Aragón. Desde finales del siglo III a.C. hasta mediados del siglo I a.C., se produce un continuado proceso de abandono de los asentamientos ibéricos en el área del Matarraña, proceso que afecta principalmente a los caseríos y poblados de pequeño tamaño, situados en altura, alejados de las vías de comunicación y de las tierras más fértiles. Al mismo tiempo se crean nuevos asentamientos, como Torre Cremada en Valdeltormo, Camino de Santa Ana en Calaceite, Els Gallipons en La Fresneda o Mas de Madalenes en Cretas, donde se va concentrando la población del área (Moret *et al.*, 2006, fig. 227). Estos nuevos poblados adquirirán a partir de finales del siglo II a.C. un papel vertebrador en la nueva organización del territorio bajo dominio romano. Esta estrategia de recomposición del territorio parece responder tanto al deseo de integración de las élites indígenas como a exigencias de eficacia administrativa por parte de Roma.

Las nuevas formas de organización del hábitat pueden ser estudiadas con cierto detalle a través del caso de Torre Cremada. Como hemos visto, este asentamiento presenta dos partes claramente diferenciadas: un pequeño recinto fortificado sobre un espolón rocoso,

en la parte más alta del yacimiento, y un poblado que se extiende en la ladera debajo de esta potente fortificación. Lo que diferencia profundamente a este conjunto de los poblados ibéricos tradicionales es el hecho de que la fortificación se reserva a un sector limitado, en posición a la vez dominante y excéntrica, adoptando un aspecto francamente monumental y acentuando hasta la hipertrofia el carácter ostentatorio de la torre que constituye su elemento principal.

A la hora de explicar la función de este asentamiento construido hacia el 100 a.C., se presentan dos vías de interpretación. Por un lado, se puede poner el acento en su función militar en el contexto de una política romana de reorganización del territorio a partir de un pequeño número de puntos de apoyo fácilmente defendibles. Pero no se entiende bien cuáles debieron de ser los intereses estratégicos de Roma en esta zona marginal que no fue travesada por ninguna vía de comunicación importante. Por otro lado, deben subrayarse los componentes indígenas de este establecimiento, y en este contexto indígena, la torre monumental de Torre Cremada aparece sobre todo como un símbolo de identidad, encarnando los mismos valores guerreros que las estelas decoradas con figuras de guerreros y con lanzas. Torres monumentales y estelas decoradas parecen ser dos expresiones de un mismo sistema de valores que exalta la función militar y guerrera, fuente de legitimidad esencial para las élites ibéricas (Moret, 2003: 173-174). Si estos valores se exaltan con tanta fuerza, es precisamente porque, desde la instauración de la *pax romana*, la guerra ya no forma parte de la praxis social y política de los iberos (salvo en tanto que soldados auxiliares); pasando del horizonte de lo vivido al de lo simbólico, toma en la iconografía y en la arquitectura el lugar que ya no tiene en la realidad.

En Caspe, los yacimientos de La Tallada y de Palermo I se sitúan en un marco de paisaje particular (Ibáñez, 1976: 271-277) en el entorno de la desembocadura del Regallo caracterizado por sus formas de relieve (fig. 17). En general nos encontramos ante una llanura subdividida a su vez en pequeñas áreas depresivas que quedan encerradas por resaltes de areniscas calcáreas. Han permitido elegir como asentamiento lugares que naturalmente dificultaban el acceso a un posible atacante por sus laderas rocosas y abruptas.

Si esto puede apreciarse en las mismas inmediaciones perfectamente durante el Bronce Final (caso del inmediato yacimiento de Zaforas) o el Hierro Inicial (Corraliza de Rayes), pasará a ser más evidente durante el Ibérico pleno y tardío, momento en el que además de ese condicionante se tendrán en cuenta otros hasta entonces desconocidos o no necesarios.

Así entre La Tallada, Palermo y otro yacimiento ibérico de menor entidad física que ponemos en relación con ellos: Cabezo de la Estanca (Chiprana), encontramos que a la hora de elegir su emplazamiento se tuvo en cuenta la necesidad de una comunicación

visual perfecta (fig. 17). Se establece así un triángulo cuyo vértice más septentrional es el tercero de ellos. De esta forma se constituye en vanguardia a la hora de comunicar a los demás cualquier acontecimiento que llegara por el cauce del Ebro.

Tallada y Palermo se sitúan frente a frente, a un poco menos de tres kilómetros, en cada una de las márgenes del cauce. No es casual la elección de dos conjuntos de paleocanales destacados como puntos de observación, a lo que ha de sumarse, como hemos comentado, su relativa dificultad en el acceso.

De esta forma vigilan, defienden o cierran el paso hacia el camino natural y ruta directa del pequeño río que en las proximidades, hacia el sur, comienza a encajarse en el anfiteatro de escarpes que rodea el área depresiva de Valmuel.

Parece evidente que existió un planeamiento más amplio espacialmente que los vincula mediante visuales con el también yacimiento ibérico de La Caraza de Vallerías. Éste, situado en el término de Alcañiz, es el punto clave desde el que se pueden ver a los tres y toda la desembocadura del arroyo, además de controlar por su inmediatez la ruta más directa hacia el sur.

Si a ello sumamos la visual que lo une al Cabezo del Moro (Bardavíu y Thouvenot, 1930), asentamiento más destacado por su extensión en toda esa llanura, adquiere un rango en la jerarquía entre ellos muy elevado, como ya se planteó en anteriores investigaciones (Benavente, 1984: 186).

Quedaría así propuesto un modelo de ocupación longitudinal de control (Ruiz y Molinos, 1993: 140) basado en la elección de puntos estratégicos y la intervisibilidad a lo largo de la parte media y final de Arroyo del Regallo.

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- ASENSIO ESTEBAN, J.Á., 1995: *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón.*, Zaragoza (*Caesaraugusta*, 70).
- BARDAVÍU, V.; THOUVENOT, R., 1930: *Fouilles dans la région de Alcañiz (Province de Teruel) I Alcañiz el Viejo. II El Palao. III Cabezo del Moro.*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques, XI, 2, Bordeaux.
- BENAVENTE, J.A., 1984: «El poblamiento ibérico en el valle medio del Regallo (Alcañiz, Teruel).», *Kalathos*, 3-4: 155-190.
- BENAVENTE, J.A., 2004: «El traslado y reconstrucción del poblado ibérico de El Cabo (Andorra, Teruel): una alternativa a la destrucción del patrimonio ibérico.», *Museo de Zaragoza - Boletín*, 18: 11-24.
- BENAVENTE, J.A.; GORGUES, A.; MARCO, F.; MORET, P., 2004: «Les campagnes de fouille 2003 et 2004 à El Palao (Alcañiz, Teruel)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34 (2): 358-370.

- BENAVENTE, J.A.; MORET, P., 2002: «El poblado ibérico tardío de Torre Cremada (Valdeltormo, Teruel). Un hábitat fortificado del siglo I a.C. en el Bajo Aragón.», *I Jornades d'Arqueologia - Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació, Tivissa, 23-24 novembre 2001 (Ilercavònia, 3)*, Tivissa: 221-228.
- BERROCAL, L., 2004: «La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica.», *Gladius*, 24: 27-98.
- BOSCH GIMPERA, P., 1915-1920: «Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó.», *Anuari de L'Institut d'Estudis Catalans*, VI: 642-664.
- BOSCH GIMPERA, P., 1931: «Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó.», *Anuari de Institut d'Estudis Catalans*, VII: 72-80.
- BURILLO MOZOTA, F., 1991: «Introducción a las fortificaciones de época ibérica en la margen derecha del valle medio del Ebro», *Fortificacions – la problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a. C.)*. Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica, Manresa, Centre d'Estudis del Bages: 37-53.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1908: «Hallazgos arqueológicos.», *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, Año II, Núm. 5: 214-243.
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1984: «San Antonio de Calaceite (Catálogo Monumental de Teruel. Tomo 1).», *Kalathos*, 3-4: 9-49.
- GALIAY, J., 1945: *Prehistoria de Aragón.*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.
- IBÁÑEZ, M.<sup>a</sup> J., 1976: *El piedemonte ibérico Bajoaragonés. Estudio Geomorfológico.*, Madrid.
- MELGUIZO, S., 2005: *Íberos en el Bajo Regallo*, CEDEMAR e Institución Fernando «El Católico», Zaragoza.
- MOREL, J.-P., 1981: *Céramique campanienne: les formes.*, París, Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 244.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez, 56.
- MORET, P., 2002: «Reflexiones sobre el período ibérico pleno (siglos V a III a. C.) en el Bajo Aragón y zonas vecinas del curso inferior del Ebro.», *I Jornades d'Arqueologia - Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació, Tivissa, 23-24 novembre 2001 (Ilercavònia, 3)*, Tivissa: 111-136.
- MORET, P., 2003: «Fortifications ibériques tardives et défense du territoire en Hispanie citérieure.», Á. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (ed.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto. Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (19 y 20 de marzo de 2001)*, Universidad de León: 159-183.
- MORET, P., 2006: «Torres circulares del Bajo Aragón y zonas vecinas: hacia la definición de un modelo regional.», en A. Oliver Foix (ed.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica (Benicarló, 3-4 de febrero 2005)*, Castellón, Sociedad Castellonense de Cultura: 187-218.
- MORET, P.; BENAVENTE, J.A.; GORGUES, A., 2006: *Iberos del Matarraña. Investigaciones arqueológicas en Valdeltormo, Calaceite, Cretas y La Fresneda (Teruel)*, Alcañiz, Taller de Arqueología de Alcañiz - Casa de Velázquez.
- PALLARÉS SALVADOR, F., 1965: *El poblado Ibérico de San Antonio de Calaceite*, Barcelona, Instituto Internacional de Estudios Ligures.
- PELLICER, M., 1951: «Yacimientos arqueológicos en el término de Caspe.», *Caesaraugusta*, 1: 389-396.
- PELLICER, M., 2004: *Panorama histórico-arqueológico de Caspe en el Bajo Aragón.*, Zaragoza, Colección Historias Municipales, 2.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M., 1993: *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico.*, Barcelona.
- ROMEO MARUGÁN, F., 2002: Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos.», P. Moret y F. Quesada (ed.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Collection de la Casa de Velázquez, 78: 153-188.
- VALLESPÍ, E., 1954: *Anotaciones al mausoleo romano de Fabara*, reedición en A.A.V.V., *Memorias incompletas de Fabara*, Grupo Cultural Caspolino, 38, Almazán (Soria), 1986: 203-256.
- VALLESPÍ, E., 1957: «Las prospecciones y excavaciones arqueológica de D. Lorenzo Pérez Temprado (1865-1954)», *Teruel*, 17-18: 353-356.

# FORTALEZAS CONVERTIDAS EN MUSEOS. ANÁLISIS DE LAS ESTRATEGIAS DE DIFUSIÓN Y GESTIÓN DEL PATRIMONIO FORTIFICADO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

RAQUEL CASTELO RUANO - MARÍA AZCONA - MARÍA AGUADO

*Universidad Autónoma de Madrid - Museo Arqueológico Nacional - Universidad Autónoma de Madrid*

## ABSTRACT

*This paper stresses what it is been doing in some of the more relevant fortified sites from Spanish late Bronze and Iron Ages, in terms of communication and education for general public. Firstly, is shown how meaningful is to achieve a correct and effective translation of scientific knowledge in order to preserve and promote our archaeological heritage social value. Secondly, this paper focuses on every selected site museum or interpretation center analysis and then, it concludes with a general evaluation of the way we are working on the field of museum communication and education nowadays.*

## RESUMEN

*En el presente artículo se propone un acercamiento al estado actual de la musealización de alguno de los yacimientos fortificados más relevantes de nuestra protohistoria. Tras una introducción teórica sobre la importancia y necesidad de la difusión del patrimonio como herramienta de socialización del conocimiento científico y el papel que en ella juega la didáctica de la arqueología, se procede a analizar los planteamientos de adaptación museológica y museográfica de los yacimientos antes mencionados. Dicho análisis conduce finalmente, a una valoración general del grado de cumplimiento de los objetivos de la difusión de la arqueología de este período histórico, en el presente.*

## 1. INTRODUCCIÓN: LA PUESTA EN VALOR DE LOS YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

Dentro del Patrimonio Cultural en general, el patrimonio arqueológico es uno de los que presenta mayor cantidad de bienes, mayor complejidad de documentación y conservación, así como mayor riesgo de expolio, por lo que al iniciarse los trabajos arqueológicos debería diseñarse un proyecto integral, redactado de antemano, que contemple la financiación necesaria para la excavación, conservación, presentación y difusión de los restos arqueológicos documentados.

Hace tiempo y desde diferentes ámbitos se vienen incrementando los esfuerzos para transmitir el concepto de que la investigación arqueológica posee una dimensión social. Tanto desde la comunidad intelectual y científica como desde la administración se ha conseguido ubicar la labor de la investigación científica en su contexto socio-cultural, se le ha otorgado un sentido y se le ha relacionado con la transformación y mejora de la sociedad en la que vivimos. Somos cons-

cientes de que sólo si los resultados de la investigación desarrollada por especialistas se trasladan, con sus correspondientes adaptaciones, al resto de los ciudadanos, el esfuerzo invertido en el trabajo científico tendrá significado. La difusión de los resultados de la investigación arqueológica sobre un yacimiento y el acercamiento a la metodología del trabajo arqueológico al público no especialista poseen una importancia excepcional. El conocimiento del pasado hace que la sociedad sea más tolerante, solidaria y libre.

Es de sobra conocido que la población en que más calado tiene la transmisión de los conocimientos históricos u otros, es la población infantil y juvenil. Por ello, y puesto que es responsabilidad de todos contribuir positivamente a que su desarrollo intelectual y humano sea lo más completo y ético posible, el papel de la didáctica en la labor de la difusión de los resultados de la investigación arqueológica cobra un protagonismo especial.

Para lograr este cometido se ha de garantizar la preservación de los restos sacados a la luz para las ge-

neraciones futuras, sin que estos se desvirtúen más de lo absolutamente necesario, mediante su consolidación o restauración, o incluso rehabilitación. Se debe evitar, ante todo, dañar o transformar el yacimiento en algo para lo que no estaba destinado o dedicarlo a actividades que le puedan causar daño.

La actuación en el patrimonio histórico construido se concreta en actuaciones visibles y que transforman la realidad del yacimiento. Por ello, toda medida que se adopte debe ser susceptible de modificación, y por tanto, de fácil eliminación, sin comprometer la integridad de la obra original. La reversibilidad de la actuación y la continuidad de la forma de las estructuras antiguas equilibran las operaciones según el criterio de alcanzar la armonía entre la objetividad científica y la didáctica. Los planteamientos de consolidación deben asociarse a los de musealización, dirigiendo la actuación hacia una eficaz preservación de los restos arqueológicos y, al mismo tiempo, a un mejor entendimiento de la confirmación espacial del yacimiento.

Una vez consolidado el yacimiento, ya es factible el disfrute del PH. Dicho disfrute ha pasado de ser una práctica minoritaria a transformarse en un elemento de creciente importancia en la sociedad actual. En este sentido, el acercamiento al patrimonio arqueológico ha dejado de ser una práctica elitista de un reducido colectivo, para pasar a ser parte importante del fomento del conocimiento del pasado.

Los bienes arqueológicos, a través del desarrollo de iniciativas de gestión consecuencia de las nuevas demandas socio-culturales, han comenzado a perfilarse como un elemento generador de desarrollo social. Ello ha conducido a ampliar el campo de las políticas culturales. En España y en los últimos años se está asistiendo a una verdadera eclosión de estrategias dirigidas al desarrollo de proyectos de puesta en valor del patrimonio arqueológico, tanto urbano como rural, por lo que el avance en materia de investigación, protección, gestión y divulgación del patrimonio Histórico Español ha sido notable. Ahondando algo más en lo expuesto anteriormente, entre los objetivos que un arqueólogo debe siempre marcarse, están la investigación y la difusión. En el preámbulo de la LPHE se dice: «los bienes del patrimonio lo son debido exclusivamente a la acción social que cumplen».

En este sentido compartimos plenamente lo recogido en la Ley de Patrimonio Histórico Español de 1985 donde se señala que el Patrimonio ha de cumplir una cuádruple finalidad:

- 1.—Estudio y disfrute.
- 2.—Preservación.
- 3.—Estímulo creativo para generaciones siguientes.
- 4.—Integración del hombre en la sociedad; ley que fue ampliada en los Reales Decretos de 1986 y 1994. La legislación actual es una secuela derivada del artículo 46 de la Constitución Española que proclama el derecho a la educación, uso y conservación de los bienes históricos y artísticos: «los poderes públicos

garantizarán la conservación y promoverán el enriquecimiento del Patrimonio Histórico, Cultural y Artístico de los pueblos de España y de los bienes que lo integran, cualquiera que sea su régimen jurídico y su titularidad. La ley penal sancionará los atentados contra este patrimonio».

Tanto las leyes de ámbito autonómico, nacional como internacional pretenden despejar, y al mismo tiempo regular el tránsito hacia el futuro del legado patrimonial del pasado. J.M. Cuenca (2004) en su estudio sobre el patrimonio en el ámbito de la educación no reglada recoge algunos ejemplos de legislación europea sobre la Protección del Patrimonio Arqueológico.

### 1) Didáctica y difusión del patrimonio arqueológico

La sociedad civil se involucraría gradualmente en la conservación del patrimonio arqueológico desde el conocimiento que le proporcionaría el acceso a los yacimientos. La difusión lleva al conocimiento, el conocimiento a la apreciación y de la apreciación a la exigencia de protección y valorización. Las técnicas que acercan los testimonios del pasado al público provocan respuestas seguras en él. Éste siempre gana impresiones y sensaciones que de otra manera no obtendría y ve facilitada su capacidad para acumular información. El público gana un sentido de las medidas y de las proporciones de las cosas, la posibilidad de apreciar la textura y calidad de los materiales, respecto a una realidad que se acostumbra a presentar de forma abstracta y lejana, y un sentimiento humano de simpatía hacia los sucesos y hasta un cierto nivel de identificación emocional con las mismas que se transforma en empatía.

J. Prats (2001) en su estudio sobre la utilización didáctica de los Bienes patrimoniales señaló que la relación entre el patrimonio cultural y la educación es de gran actualidad. Desde las administraciones estatal, autonómica y local se está realizando un esfuerzo para adecentar y activar gran número de repertorios patrimoniales (monumentos, yacimientos arqueológicos, restauración de obras de arte o remozamiento de museos), para conseguir este fin. Los recursos (sobre los que más adelante incidiremos) más útiles para dar un uso educativo a los conjuntos patrimoniales tanto para las escuelas como para los estudiantes universitarios se podían resumir, siguiendo a Prats, en los siguientes:

- 1.—Salas de interpretación.
- 2.—Materiales didácticos de calidad y al alcance de todos, comprensibles y ligados a los procesos educativos que se producen en las diferentes etapas escolares.
- 3.—Actividades de formación sistemáticas dirigidas a docentes.
- 4.—Planteamientos museográficos que contemplen más las necesidades de comprender que tiene el visitante, que no en el valor sagrado y simbólico de lo que se expone.

El público escolar ha sido uno de los sectores más buscados por parte de los gestores patrimoniales. La razón es bien sencilla: los estudiantes, son uno de los públicos potenciales más importantes por el número de visitantes que aportan. Además, no debemos olvidar que el hecho de salir fuera del aula para buscar elementos que mediante la vivencia directa y la observación ayuden al alumnado a un mejor aprendizaje del contenido social y cultural de las disciplinas académicas es de gran importancia. La reforma educativa ha traído como consecuencia que el patrimonio cultural tomara especial relevancia como instrumento práctico para el conocimiento de las ciencias sociales. Los *curricula* actuales programan el aprendizaje por descubrimiento y la arqueología se brinda a ello. Permitir el disfrute de los restos arqueológicos genera valores educativos y de respeto al patrimonio en todas sus vertientes.

Siguiendo una vez más a J. Prats los factores que pueden mejorar la función educativa de los Bienes patrimoniales serían:

1.—La existencia de una verdadera voluntad política de potenciar el patrimonio orientado a su tratamiento hacia la valoración social y a su utilización en la educación. Es una cuestión de sensibilidad, de civilidad de los políticos y, como no podría ser de otra manera, de disponibilidad de recursos presupuestarios.

2.—Dar prioridad a las estrategias de difusión sin dejar de lado la investigación y la conservación. Departamentos de educación específicos o de difusión pensados para la educación y la extensión social de los valores patrimoniales, es primordial.

3.—La creación de departamentos multidisciplinarios con un papel importante reservado para los especialistas en didáctica patrimonial. Deben disponer de recursos suficientes para actuar en la formación del profesorado y para crear materiales de calidad para antes de la visita, para la visita y para después de la visita. Los planteamientos museográficos deben tener en cuenta, de manera obligada, cuales son las necesidades y las demandas de los usuarios de los que son parte escogida y muy significativa, como ya dijimos, los estudiantes de los diversos niveles educativos. Es necesario, para ello, elaborar estudios previos de todas las tipologías de los usuarios, establecer estrategias de visitas adoptadas y diferenciadas para cada grupo, etc. Y en tercer lugar, ofrecer actividades a públicos con intereses concretos.

4.—Adoptar nuevos planteamientos museográficos de carácter moderno, incorporando las nuevas técnicas y nuevas tecnologías para superar la vitrina, la postal y el letrero explicativo. Las nuevas tendencias de la musealización nos han venido por influencia de los museos de la ciencia. Los espacios interactivos deben ser predominantes. Es importante que la mayoría del público, y sobre todo, el público más joven, identifique los museos y otras instalaciones patrimoniales con espacios amables, atractivos, donde pueda moverse y aprender de manera autónoma y lo más lúdica posi-

ble. Esto supone establecer unas estrategias museográficas que incorporen nuevos medios de comunicación y diseño e incluso la adopción de algunas estrategias publicitarias en los recorridos y en la creación de los ambientes. El usuario ha de tener la posibilidad de hacer cosas, de manipular, de buscar, de resolver enigmas, y de construir conocimientos.

5.—Debe existir un decidido planteamiento que considere la didáctica (entendida ésta como hilo conductor del aprendizaje) como elemento fundamental para orientar la museografía, la difusión y la comunicación. En definitiva, se deberá buscar la calidad didáctica de las visitas. Como bien señala Prats «un discurso correcto y conveniente para la utilización educativa de los bienes patrimoniales será aquel que esté en concordancia con los principios de racionalidad y visión crítica de hechos sociales. Deberá, así mismo, producir un conocimiento lo más coincidente posible con los resultados que sobre la historia y la sociedad producen las ciencias humanas». A través de la utilización patrimonial, es posible hacer revivir el pasado a los estudiantes, conseguir que se emocionen con él y disfrutar del gusto por descubrir y por entender cosas llenas de razones y vida.

## 2) La gestión de los yacimientos musealizados

Además de la importancia que tiene el patrimonio arqueológico para la educación, en las últimas décadas ha pasado, también, a desempeñar un papel importante en las actividades turísticas. Ya hace algunos años la legislación sobre turismo concedió importancia al turismo cultural. Así podemos mencionar que en La carta del Turismo Cultural (1976), editada en Bruselas por el ICOM, se dice: «el turismo cultural es el que tiene por objeto entre otros, el descubrimiento de yacimientos y de monumentos. Ejerce sobre ellos un efecto positivo en la medida en que contribuye a su mantenimiento y protección. Esta forma de turismo justifica los esfuerzos que este mantenimiento y protección exigen de la comunidad en razón de beneficios socioculturales y económicos que revierten en el conjunto de las poblaciones implicadas».

Años más tarde, a finales de los años ochenta, no solo las administraciones locales y regionales tuvieron como prioridad en muchas zonas el crecimiento de la oferta turística, sino también los Estados y las entidades supra-estatales. Entre 1990 y 1991 la Comunidad Europea dedicó atención prioritaria a la política turística centrándose en la organización y promoción de los llamados turismo alternativo, fundamentalmente el turismo rural o ecoturismo y el turismo cultural. El objetivo era hacer compatibles el crecimiento económico y la defensa del medio natural, juntamente con la recuperación de sus paisajes tradicionales y del patrimonio. En 1994, la Comisión Europea sobre acciones comunitarias en materia de turismo atribuyó prioridad a «aprovechar el patrimonio natural, histórico, arquitectónico y cultural con interés para los turistas».



La popularidad creciente de la arqueología como sinónimo de emoción, aventura y misterio unido al aumento creciente del turismo cultural está repercutiendo en un gran interés del ciudadano en conocer y visitar los sitios arqueológicos. M. Moreno Benítez en su reflexión sobre el patrimonio cultural señaló que la sociedad actual demanda el uso y disfrute de nuevas y más activas maneras de ocio. Entre estas destaca el turismo cultural y más concretamente aquél que fomenta sus parámetros en el Patrimonio Histórico. Este interés por difundir y poner en uso el PH, y según expone la autora antes citada, viene dado, entre otros factores por:

1.—Un aumento del periodo vacacional y de ocio, a la par que cierta insatisfacción ante la oferta turística existente ya que este se ha apoyado en el binomio de sol-playa, prefiriéndose un turismo más activo.

2.—Un incremento de los niveles educativos y culturales de la población.

3.—Un incremento de la sensibilidad de la sociedad hacia los problemas del medio ambiente. Esta sociedad cada vez más alejada de la naturaleza busca un mayor contacto con ella.

Por todo lo expuesto anteriormente y siguiendo a N. Morere Molinero (2000, 19-25), la aproximación al turismo de la arqueología parecía algo inalcanzable hace apenas unos años y hoy es un hecho. Dos sectores profesionales antaño antagónicos han sabido hallar convergencias y coincidencias. El patrimonio arqueológico, por tanto, está adquiriendo un nuevo significado, antes se le consideraba como unos vestigios del pasado, de la historia y ahora se piensa en ellos como un bien además de cultural, económico que necesita de una gestión y que puede producir beneficios para quien lo posea o administre. Para la actividad arqueológica el turismo cultural ha permitido obtener una nueva y muy importante fuente de financiación

Desde 1985 el Ministerio de Trabajo y la Seguridad Social, por medio del Instituto Nacional de Empleo ha promovido el programa de Escuelas Taller y Casas de Oficios. Se trata de proyectos que combinan el empleo, la formación y la actuación sobre una obra concreta, vinculada al rico Patrimonio Histórico y Arqueológico de nuestro Estado. Estas Escuelas Taller permiten la formación de profesionales que pueden contribuir, con los conocimientos adquiridos en la puesta en valor del patrimonio Histórico en general y del arqueológico en particular.

La puesta en valor de un yacimiento es cara y su rentabilidad directa, entendida en términos capitalistas es poca. Los precios de las entradas nunca podrán ser elevados y no alcanzarán a cubrir los gastos, que solo en salarios de personal suponen un alto coste. La rentabilidad indirecta de estas actividades arqueológicas es mayor y positiva ya que pueden crearse puestos de trabajo subsidiario en el terreno de la hostelería, de los transportes, etc. Conseguir esta rentabilidad es difícil, todas las actuaciones necesitarán una buena

gestión en la que deberán intervenir, no solo arqueólogos, sino también otros profesionales especializados, como economistas. Es importante el diseño de una política coherente, estableciendo criterios claros para definir qué yacimientos pueden y deben restaurarse y cuáles deben ser tapados después de su proceso de investigación porque es evidente que no todos los yacimientos pueden ser tratados por igual.

El patrimonio presenta, por tanto, los siguientes valores:

1.—Valor científico (grado desarrollo de los trabajos arqueológicos);

2.—Valor estético (monumentalidad de los restos);

3.—Valor cultural (significado e importancia para la región. El lugar, etc)

4.—Valor histórico. (al ser revelación de una época o de un modo de vida);

5.—Valor social (fortalecimiento de la identidad cultural de la zona y su población);

6.—valor económico (patrimonio generador de ingresos, empleo y actividad económica);

7.—Valor educativo (como herramienta formativa complementaria a las empleadas en la escuela para la educación reglada y para el desarrollo de actitudes y valores).

### 3) Requisitos de la puesta en valor del patrimonio

Por todo lo dicho anteriormente, para abrir al público un yacimiento arqueológico con las máximas garantías de que los valores potenciales que hemos descrito para el patrimonio se desarrollen de forma efectiva, deben darse una serie de condiciones mínimas de preservación del monumento o vestigio, que suele ser de alto interés científico, educativo, artístico, histórico, arqueológico, etnográfico y natural. A la vez, su entorno debe ofrecer: rutas culturales, gastronómicas, deportivas y naturales promovidas desde los Ayuntamientos, las comunidades autónomas u organismos internacionales.

Entre las medidas que deben tomarse para que un yacimiento pueda ser empleado como recurso debemos señalar las siguientes:

3.1.—Adecuarlo para su explotación turística y para recibir visitas. La musealización de un yacimiento arqueológico debería contar con:

3.1.1.—Un área de acogida que debe cumplir múltiples funciones: a) Aparcamientos: es preciso articular una infraestructura de aparcamientos acorde con las imposiciones del entorno y también con la ordenación física y programática. El área de aparcamiento, tanto para automóviles como autocares debería situarse al final del recorrido de aproximación exterior al conjunto, conectando directamente con el edificio de servicios museográficos que marcaría, por un lado, el punto inicial y final de la visita y que albergará, como tendremos ocasión de desarrollar posteriormente, aquellas instalaciones necesarias para el desarrollo de las ac-

tuaciones científicas y de mantenimiento; b) Entrada al yacimiento en la que debe existir un centro de información en el que mediante una breve exposición se introduzca al visitante en el marco global, histórico y geográfico del yacimiento. En este punto se aprovecharía también para atender y orientar al visitante y donde se pueda adquirir la guía o recoger folletos informativos. Las guías, aún siendo esenciales, no suelen leerse durante la visita sino que más bien tienden a servir de recordatorio. Por ello, es más conveniente la publicación de un tríptico en el que se insista en los aspectos que dan personalidad al yacimiento y que son más comprensibles como por ejemplo su situación, paisaje circundante, vicisitudes ocurridas hasta su estado actual, el particular atractivo de un monumento de excepcionales características; asuntos que pueden ser la vía para atraer la atención y el interés del público. También constaría de un plano con el itinerario y los puntos más importantes para su contemplación y entendimiento. Esta zona de recepción sería, por tanto, un lugar de exposición en la que el visitante pueda comprender el sentido y significado histórico y natural del yacimiento así como el tratamiento que se le ha dado a los restos arqueológicos, arquitectónicos y naturales.

3.1.2. Rutas: Junto a la cerca y área de acogida deberían establecerse rutas para la visita. Se trata de dejar al visitante en libertad para el empleo de su tiempo y de un espacio concebido para él, pero con un control que le obligue, casi sin darse cuenta, a comprender el sitio y su significado incluso aunque no quiera o no le apetezca. Las rutas podrían estar divididas según mayor o menor duración de la visita, de modo que sea posible elegir *a priori*. Los caminos los seguirán en función de sus deseos de inversión de tiempo o de esfuerzo. También se tendrá en cuenta el factor de accesibilidad, señalándose con claridad la ruta recomendada para personas mayores, niños, personas con discapacidad, etc. La idea es facilitar una visita agradable y productiva, de acuerdo con el nivel cultural del público y el tiempo que éste puede emplear.

Todo el recorrido propuesto iría completado con paneles explicativos instalados en puntos neurálgicos del conjunto para informar al visitante *in-situ* de las características de los principales ámbitos. Enlazados correlativamente vertebrarán, de una manera coherente y razonada, el itinerario recomendado, de forma que el público, con el complemento opcional de la guía itineraria, los folletos o tríptico y otros materiales didácticos, pueda conocer los principales monumentos, su evolución y significación histórica y su fisonomía original.

3.2.—Convertirlo en algo atractivo, sugerente e interesante. Para ello, es necesario un tratamiento didáctico de las estructuras y ambientes. Deben realizarse labores de interpretación originales, aplicando técnicas de interpretación y de presentación. Incluso

es interesante crear espectáculos históricos como los que acontecen en Tarragona «Tarraco Viva»; organizar comidas o cenas romanas (como las llevadas a cabo en Almedinilla, Córdoba) o espectáculos de luz y sonido.

3.3.—Hacerlo comprensible para el visitante. Se debe ser capaz de presentarlo, interpretarlo, transmitirlo y comunicarlo. Para ello, se crearán textos apropiados tanto para estudiantes de grado medio o superior como para niños y público en general.

Se debe enseñar el objeto o vestigio colocándolo en un marco histórico y humano más próxima al visitante, para lo cual, se pueden utilizar diferentes tipos de recursos museográficos.

Uno de los más frecuentemente empleado son los paneles explicativos. Las premisas que deberían tenerse en cuenta a la hora de su elaboración serían las siguientes: a) permitir la localización del yacimiento y de su acceso para evitar que los turistas se pierdan; b) los carteles informativos y explicativos deberán combinar los textos cortos y amenos con ilustraciones y recreaciones que permitan conocer el pasado de forma atrayente y rigurosa. Es, por tanto, importante primar el aspecto gráfico sobre el textual, presentando una información básica y global.

Pero también son útiles los folletos y guías escritas con función didáctica que incorporen una presentación donde estén claras las funciones socioeconómicas, políticas o ideológicas del monumento o vestigio. Los textos deben ser sencillos y ágiles y deben incorporarse planos de acceso, horario de apertura y si lo hubiera servicio de visitas guiadas;

Por último, la creación de un aula didáctica es otra estrategia interesante. Esta aula suele ser un pequeño centro para explicar los restos asociados a los yacimientos, y tiene, como ya hemos señalado, un marcado carácter pedagógico. No alberga materiales arqueológicos ya que no reúne las características necesarias de conservación y protección de los museos. Los currícula actuales programan el aprendizaje por descubrimiento y la arqueología se brinda perfectamente a ello. Permitir el disfrute de los restos arqueológicos generará valores educativos y de respeto al patrimonio arqueológico en todas sus vertientes. Hay que decir que ya en 1956 la UNESCO aprobó una recomendación acerca de la importancia de la existencia de un aula didáctica junto a los yacimientos visitables: «cerca de los lugares arqueológicos importantes debería crearse un pequeño establecimiento para que el visitante comprendiera mejor. Pues los bienes arqueológicos no hablan por sí mismos, aunque se hallen bien conservados y para que se conviertan en objetos de consumo han de recibir un intenso tratamiento didáctico».

En este sentido, la Creación de un centro de interpretación de sitio que contenga zona expositiva, área de talleres, tienda, librería, cafetería, guardería, áreas de picnic, asegurando al tiempo la salvaguarda y pro-

tección del entorno se presenta como el sistema más extendido de consecución del objetivo antes mencionado de hacer el yacimiento comprensible.

De la concepción de los museos de arqueología como meros contenedores de objetos que han de ser valorados exclusivamente por su visualización descontextualizada se ha pasado a una concepción en la que los objetos han de convertirse en soportes materiales de explicaciones de orden social, cultural y tecnológico. Escenografías y recreaciones, dioramas, manipulación de materiales, etc. se convierten en los ejes museográficos de estas nuevas propuestas que permiten ampliar el espectro cronológico clásico de los museos arqueológicos. Se ha generado la máxima «lo importante es participar», como alternativa del museo contemplativo e informativo. En este contexto, los departamentos de didáctica de los museos arqueológicos están adquiriendo protagonismo de forma creciente, ya que, como hemos dejado claro en algunos apartados anteriores, la captación de un público escolar y no escolar, por medio de ofertas de actividades complementarias a la nueva visita, se está mostrando como una de las vías prioritarias de rentabilización de las instalaciones tanto desde el punto de vista económico como socio-cultural (González Marcén, 2002). Los museos comienzan a incorporarse con entusiasmo a la nueva era de las tecnologías de la información, aunque aún quede mucho por hacer. Se trata de hacer llegar sus colecciones a los visitantes de modos diferentes y novedosos, como centros activos de conocimiento que integran las nuevas formas de cultura como objeto e instrumento de comunicación. En esta nueva forma de enfocar los museos encontramos ayuda de las nuevas tecnologías que se convierten en el puente de unión entre el pasado y el futuro. Las nuevas tecnologías deberían ser capaces, no solo de aportar un procesamiento más eficaz de la información sino de hacer que desde cualquier parte del mundo se pueda tener acceso al museo. Lo importante en un museo es su capacidad para cautivar a escolares y jóvenes, y para ellos «la red» se convierte en un elemento primordial al permitir la distribución de materiales didácticos generados en el museo y que pueden ser utilizados en los centros educativos para su empleo en las aulas o en los lugares antes y después de la visita.

Pero volviendo al Centro de Interpretación de sitio, su función es la de adquirir, conservar, comunicar y exponer los testimonios de la cultura. J. J. Vega Miguel (2000), expuso que los centros de interpretación son uno de los recursos más importantes en la publicitación de los yacimientos arqueológicos. Estos centros se enfrentan al reto de establecer estrategias innovadoras a favor de implicar activamente al visitante en el aprendizaje de la temática planteada, haciéndole participe y protagonista de los acontecimientos expuestos.

Los recursos didácticos de la exposición, según J. J. Vega Miguel son:

a) Las vitrinas, imprescindibles para la exposición de piezas originales y los objetos que ilustran el tema. Deben ser de tamaños y formas variables, la tendencia es a exponer, como antes dijimos, pocas piezas y bien ambientadas.

b) Ambientes y montajes, la recreación del medio es un recurso de primer orden, pero debe seguir un diseño y planificación contrastada y rigurosa. Su éxito dependerá de los medios técnicos y didácticos utilizados y requiere especiales atenciones de presentación (espacio, iluminación, sonido, etc.).

c) Paneles: soportes de objetos, réplicas, fotografías, dibujos, imágenes 3d, con poco texto y mucho diseño para mantener la atención del visitante. Los paneles deben acercar y hacer comprensible al visitante el contenido de los yacimientos. A través de estos paneles explicativos se pretende traspasar la barrera de los círculos especializados empleando un lenguaje entendible por el público en general y no caer en la tentación de emplear un léxico técnico. Como señalan Almansa y Señorán (2005), la cartelería que se emplee deberá conseguir que la exposición sea comprendida por un público no experto, en poco tiempo y sin esfuerzo excesivo. Dentro de la cartelería, el texto escrito es la forma tradicional de comunicación y estará presente a lo largo de toda la exposición, teniendo en cuenta varios aspectos: características de legibilidad y confort visual de los textos, condiciones de atracción, atención y comprensión, etc. Junto a los medios escritos debemos emplear los medios gráficos o ilustraciones (grabados, dibujos, fotografías, esquemas, mapas y diagramas). Su función, ayudar y apoyar la comprensión de los textos de la exposición. La interpretación de las ilustraciones debe ser directa y sencilla, por lo que hay que evitar detalles inútiles y conviene representar objetos familiares y reconocibles.

d) Audiovisuales. Se trata de medios tanto visuales como sonoros. La proyección de los medios visuales puede ser en multipantalla o en una sola pantalla y necesitan de un espacio exclusivo y exigen la atención del visitante. Otros medios audiovisuales son los interactivos, ordenadores, pantallas luminosas, mapas luminosos, etc. Se debería contar con medios tridimensionales como pueden ser las maquetas o dioramas.

e) Interactivos. Se aplicarán las nuevas tecnologías de audiovisual e informática combinadas que permiten ampliar todo tipo de información mediante la combinación de juegos y aprendizaje.

Todo ello se complementa con los Programas Educativos y de Público. Las actividades de sala, con el principio de educar entreteniéndolo y divirtiéndolo, ofrecen las claves que permiten al visitante la lectura múltiple del yacimiento. Por otro lado, están también las visitas guiadas con distintas escalas de animación en función del diálogo y la participación que se busque por parte del grupo. Otra tipología de programas son las actividades fuera de las salas, que se realizan dentro del centro de interpretación pero fuera de las aulas de

exposición, en espacios destinados a tal efecto. Puede tratarse de conciertos, como los que se llevan a cabo en los parques arqueológicos de Castilla-La Mancha (Carranque, Toledo); talleres dirigidos al público infantil o juvenil que permiten la participación práctica y divertida. La organización de los talleres nace de la necesidad de acercar el pasado a algo más tangible que la visión de los yacimientos. El objetivo de los talleres es completar la visita de los yacimientos y facilitar la comprensión de los niños mediante el análisis, la observación y la manipulación de distintos objetos, para posteriormente poder describirlos e interpretarlos. Los talleres pretenden ser actividades entretenidas y participativas centradas en el conocimiento del pasado y su recreación; juegos, que posibilitan un acercamiento lúdico a la realidad que se quiere transmitir.

El centro deberá contar con salas de proyección o donde organizar conferencias, congresos, seminarios, etc., para poder ampliar los programas de público con ciclos de cine, cursos de formación dirigidos a todo tipo de público u otras actividades.

También es interesante organizar exposiciones temáticas temporales que no solo ofrecen una actividad complementaria sino que renuevan la atención sobre el yacimiento dotándola de una expectación permanente, manteniendo una pulsación social viva y constante sobre él.

Para lograr que este conjunto de actuaciones didácticas de adaptación de los contenidos del centro a los diferentes segmentos de público potencial alcance su mayor grado de calidad, es necesario contar con la presencia de guías interpretes. Los arqueólogos podemos leer el pasado a través de las estructuras conservadas y no conservadas, pero a la mayor parte del público no le es posible. Esto hace que la labor del guía sea completamente necesaria. Estos guías, al igual que sucede ya en Atapuerca (Burgos) deben ser guías cualificados: arqueólogos, historiadores y técnicos en turismo, dejando a un lado al guarda de los yacimientos que hasta hace muy poco tiempo era quien explicaba el contenido de los restos que custodiaba.

Para terminar, recordaremos que con un buen conocimiento del lugar, la puesta en valor de ese patrimonio puede traer las siguientes consecuencias:

1.—Empleo e ingresos directos derivados de la conservación; restauración, apertura al público, mantenimiento e investigación.

2.—Desarrollo tecnológico, mejora de la competitividad de empresas, la creación de compañías nuevas e incentivación de la denominada «ingeniería cultural» (programas informáticos, internet, medios audiovisuales, etc.).

3.—Recuperación de antiguos oficios y técnicos: reproducción de piezas antiguas, artesanía, rehabilitación del edificios antiguos o históricos con técnicas antiguas o ya olvidadas (cantería, forja, carpintería).

4.—Revitalización de entornos rurales.

5.—Activación económica (museos, centros culturales, actividades turísticas y empresariales, turismo

cultural, publicaciones, etc. crean puestos de trabajo y generan consumo).

6.—Turismo cultural que permitirá financiar la investigación y conservación.

7.—Formación y conocimiento que contribuye a aumentar la cultura de la población, lo que redundará en su valoración y aprecio del patrimonio contribuyendo a su conservación.

## 2. ALGUNOS EJEMPLOS DE YACIMIENTOS FORTIFICADOS MUSEALIZADOS

Una vez planteados los requisitos de la puesta en valor de un bien arqueológico en términos generales, se hace necesaria la contrastación de su efectividad. En el caso que nos ocupa, el de los yacimientos fortificados del Bronce Final y Hierro peninsular, hemos querido comprobar el grado de cumplimiento de las premisas arriba enunciadas mediante la valoración de algunas de las propuestas de musealización de yacimientos más significativas de las diferentes regiones de nuestra geografía.

Así, en esta ponencia revisaremos el tipo de estrategias museológicas y la selección de recursos museográficos de varios asentamientos fortificados datados en el I milenio a.C., con la intención de analizar la proyección sociocultural alcanzada en la actualidad y sus potencialidades futuras.

Los yacimientos seleccionados constituyen un ejemplo de cada comunidad por presentar una puesta en valor completa, es decir tanto un centro de acogida como un recorrido didáctico por el propio yacimiento en la mayoría de los casos, así como algunos estudios de público.

De Asturias hemos seleccionado Campa Torres (Gijón); de Galicia: Viladonga (Castro del rei, Lugo); Castilla y León: Numancia (Garray, Soria); País Vasco: La Hoya (Laguardia, Álava); La Rioja: Inestrillas; Castilla-La Mancha: El cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real); Extremadura: El Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz) y Andalucía: Carteia (San Roque, Cádiz).

### 2.1. Viladonga (Castro de Rei, Lugo)

El yacimiento de Viladonga es uno de los castros más representativos de la cultura castreña gallega. Desde principios del s. XX en la zona de Viladonga se estaban dando hallazgos casuales, sin embargo, las excavaciones arqueológicas no comenzaron hasta los años setenta bajo la dirección de Manuel Chamoso Lamas. En los años ochenta Felipe Arias Vilas se encarga del proyecto de limpieza, consolidación, excavación y estudio de materiales aparecidos con vistas al futuro montaje del Museo. Las excavaciones continuarán durante los años noventa.

Viladonga es un ejemplo paradigmático de los castros que se ocupan después de la conquista romana del

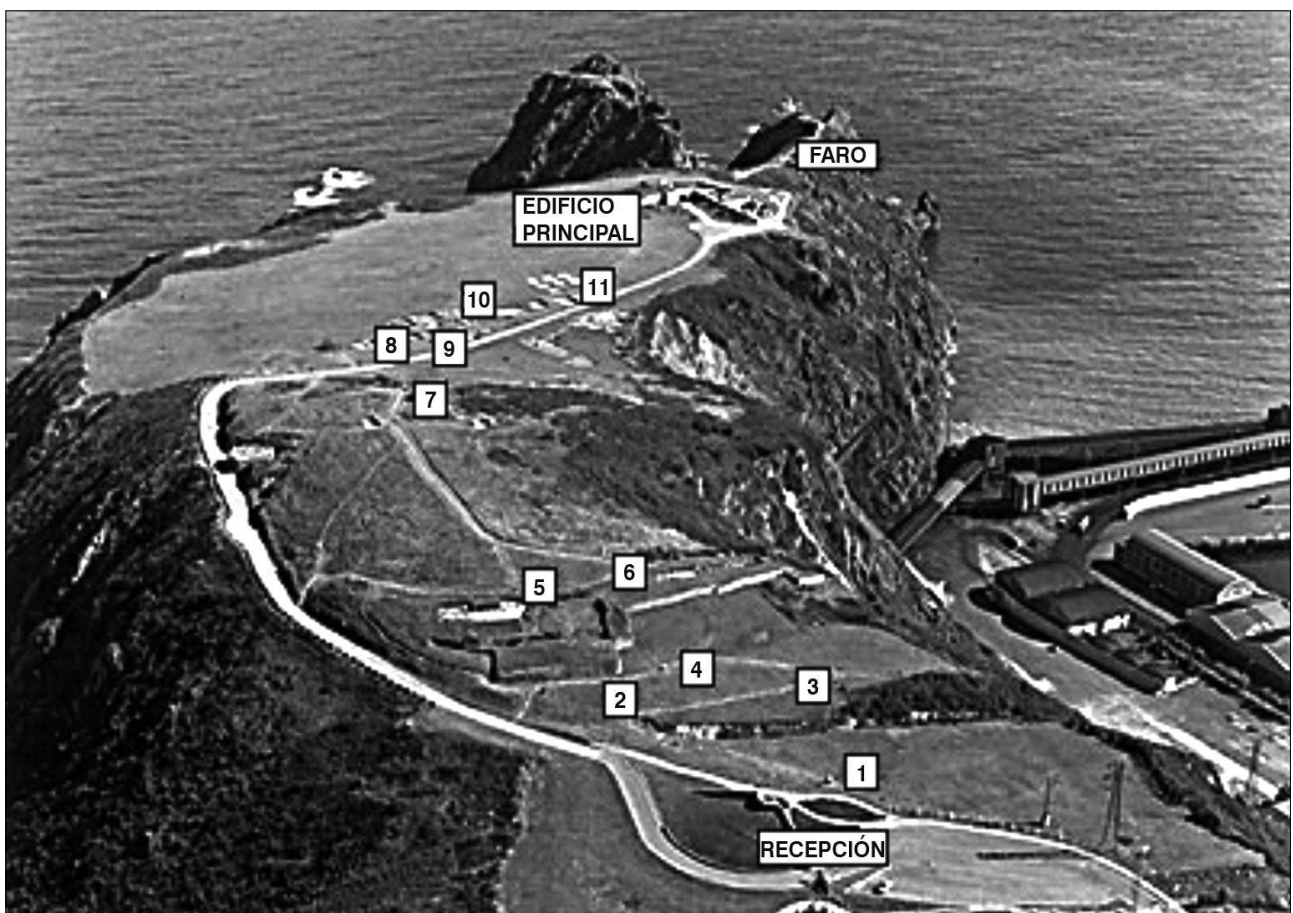
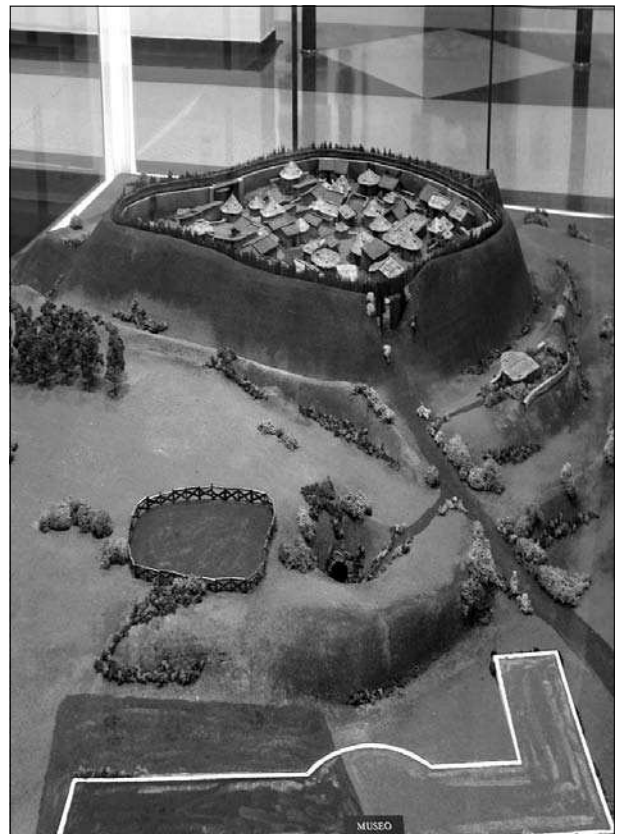
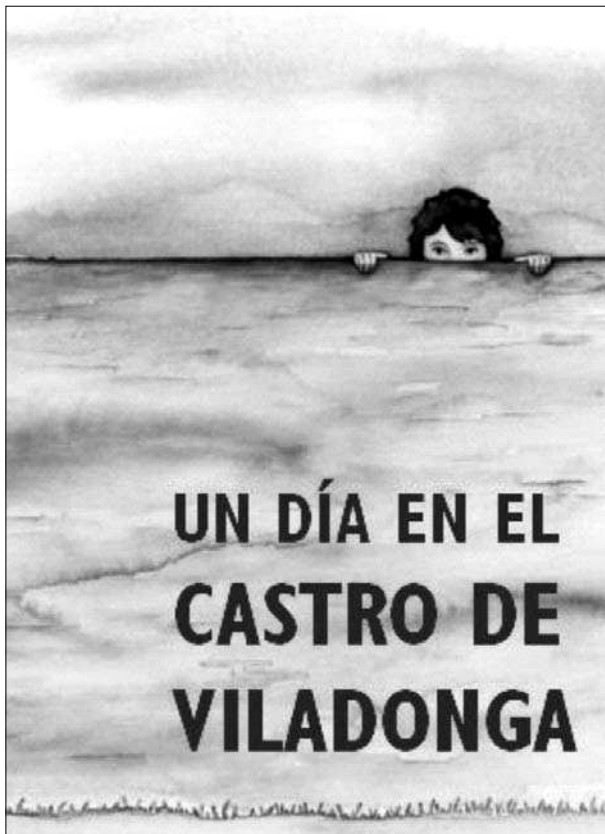


FIGURA 1.—1-2: Cuaderno didáctico y maqueta del castro de Viladonga (Castro de Rei, Lugo); 2: Vista aérea del castro de La Campa Torres (Gijón, Asturias), con señalización del circuito de visitas.

Noroste y sitio clave para estudiar y entender el desarrollo y la evolución de la Cultura Castreña en la etapa galaico-romana. Los materiales encontrados (torques y otros adornos, dos áureos del augusto Arcadio, entre otras monedas, cerámica de tradición castreña, común romana y *terra sigillata*, elementos constructivos y molinos manuales, etc.) y la organización espacial interior del castro, sus construcciones y el propio sistema defensivo son todas evidencias de un asentamiento continuado y estable que es importante, sobre todo, en época tardorromana o bajoimperial, ya que el castro conserva las estructuras y materiales de la Edad del Hierro, pero aportando rasgos y elementos culturales foráneos, procedentes de otras partes del Imperio Romano (s.III-IV d.C.) (Arias Vilas y Durán Fuentes, 1996: 22).

Según se van realizando las actuaciones arqueológicas, se van limpiando y consolidando los muros que van quedando al aire, reponiendo las piedras caídas y recubriéndolas con terrones de hierba cortados a propósito para fijar bien sus hiladas superiores.

Su puesta en valor no está recogida en un Plan Director. El castro cuenta con un museo en el que se trabaja constantemente, estando aún en parte en construcción. Este fue creado en 1983 ante la importancia arqueológica y el interés del yacimiento, la calidad y cantidad de los materiales aparecidos, así como la necesidad de investigarlos y exponerlos en su propio contexto. El edificio empleado para instalación museográfica había sido construido entre 1976-1978. Su acondicionamiento, instalación y montaje se hizo entre 1985-1986, abriéndose al público en 1986. Entre 1992 y 1994 se realizaron unas importantes obras de ampliación y reforma de las instalaciones; obras que estuvieron financiadas por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo de la Xunta de Galicia. El edificio está situado al pie de la última muralla del Castro. Está estructurado en cuatro salas: Sala I (Medio Natural y hábitat), muestra aspectos relacionados con el medio natural en el que se inserta el yacimiento; informa sobre el posible nivel prerromano del castro y explica la disposición y tipo de defensas; la organización del poblado, los diversos tipos de construcción y sus elementos. Pueden verse materiales arqueológicos, todo ello expuesto por medio de vitrinas y paneles informativos. Sala II (Cultura material 1). En ella se exponen los elementos de la vida común y cultura material no solo del castro sino de toda la cultura castreña y galaico-romana. En ella puede verse una maqueta que reconstruye el poblado en su conjunto. Sala III (Cultura material 2 y Creencias), muestra materiales de factura y uso diverso. La sala (Información Complementaria) resume la historia u el plan del museo, los trabajos arqueológicos realizados en 1971, así como una información global sobre la cultura castreña, la época galaico-romana y el entorno arqueológico del castro, ilustrado todo con mapas, dibujos y fotografías.

El museo es en realidad la única actuación visible de puesta en valor del yacimiento ya que este carece de un itinerario guiado con paneles porque no se ha considerado necesario. El Museo de Viladonga es realmente un museo de sitio o incluso un centro de investigación, ya que en él, no sólo podemos admirar las piezas más importantes obtenidas en la excavación del castro con sus correspondientes explicaciones sino que en el existen todas las instalaciones, condiciones y servicios necesarios para que el edificio se considere un verdadero museo. Cuenta con despachos y salas de trabajo, biblioteca especializada en arqueología y museología, laboratorio fotográfico, taller de restauración, sala de dibujo y reprografía, almacén para fondos arqueológicos, área para servir de base para los trabajos arqueológicos. Cumple, por tanto, funciones conservadoras, científicas, didácticas y comunicativas.

El castro está abierto de forma permanente y es de visita gratuita. El museo, por su parte, tiene unas condiciones de visita que pueden variar según la normativa vigente en cada momento. Las visitas de grupos ya sea de escolares o de cualquier nivel o de otro tipo, deben anunciarse con antelación, con el fin de hacer subgrupos debido no solo al espacio disponible, sino también para facilitar el aprovechamiento didáctico. El museo dispone de unos programas didácticos, con explicaciones, textos gráficos y fichas para uso de profesores y/o alumnos.

Existen programas de visitas de grupos universitarios, asociaciones culturales o de vecinos, grupos parroquiales, centros sociales para la Tercera Edad, asociaciones de amigos de los museos, etc., además de programas de Acción Didáctica. El museo quiere ser una ampliación de las aulas, por lo que el programa de acción didáctica está dirigido, por un lado, a fomentar el conocimiento del yacimiento castreño y galaico-romano de Viladonga y de su museo y por otro, a facilitar y potenciar las actividades sobre las mismas. Con la Unidad Informativa para el profesorado y las fichas de trabajo para el alumnado se intenta que los centros escolares (de enseñanza primaria, secundaria o Bachillerato) programen y preparen las visitas, adecuadas al nivel escolar. La finalidad de este programa es ayudar a completar las enseñanzas recibidas en las aulas con un tipo de actividad didáctica de carácter práctico como introducción a la investigación histórica, en contacto directo con los materiales arqueológicos como fuente que son de conocimiento de la historia y en concreto de la cultura castreña y galaico-romana. Se quiere. Además, dar a conocer una parte importante del Patrimonio Cultural de Galicia con el fin de que se pueda valorar, proteger, entender y conservar como es obligado moral y legalmente, y ayudar a evitar su degradación o desaparición.

El museo, dispone, además, de una serie de exposiciones temporales: «Del yacimiento al museo», «Los trabajos artesanales en el Castro de Viladonga», «Arqueología lucense desde el aire», son algunos de los

títulos de las exposiciones ya montadas. Estas exposiciones temporales son elaboradas periódicamente y versan, como podemos apreciar, sobre el ámbito del museo y de su yacimiento o sobre cuestiones relativas al patrimonio cultural. Se conciben como exposiciones itinerantes, no son excesivamente grandes ni costosas de trasladar e instalar y por lo tanto se ofrecen a otros museos, instituciones, centros de enseñanza, asociaciones o entidades científicas que solo tienen que encargarse del seguro si la exposición conlleva el traslado de las piezas o bienes culturales, desde el sitio donde está la exposición hasta el lugar donde se quiera instalar.

En términos generales, la valoración que podemos hacer del planteamiento de la puesta en valor de este yacimiento es positiva. El museo cumple la función didáctica y de motivación para incrementar el conocimiento del público no especialista acerca del yacimiento y de su época histórica. No obstante, el proyecto museográfico podría incluir interactivos y audiovisuales para mejorar el grado de comprensión de los contenidos, así como recursos didácticos aplicados directamente sobre los objetos expuestos en salas, no sólo a los programas escolares. Así también, destacaremos que el discurso museológico es más efectivo en términos de aprendizaje cuando se plantea de forma deductiva, de lo general (contexto sociocultural) a lo concreto (características del yacimiento), dadas las limitaciones de espacio y sobre todo, de tiempo de la visita, que impiden disponer del que hace falta en un proceso de enseñanza-aprendizaje inductivo.

Por otro lado, también sería interesante que el museo contara con infraestructuras de servicios para el público (cafetería, tienda) y de espacio para actividades educativas complementarias o programas de público adicionales. El recorrido guiado y adaptado por el yacimiento también es una herramienta de difusión fundamental, como hemos destacado anteriormente, por lo que sería igualmente necesaria su proyección para el futuro.

En cuanto a los estudios de público del castro de Viladonga, éstos se reducen al análisis estadístico del número de visitantes. En él, podemos observar (ver la tabla de datos y en el gráfico) la evolución en el nú-

mero de visitantes desde los años ochenta hasta nuestros días, tanto en el museo como en el castro. Debemos decir que sólo se han recogido los datos de las visitas al castro desde 1997, ya que, por cuestiones administrativas, antes no se llevaba el control desde el museo. Sin embargo, el castro no está vallado y por tanto, está abierto permanentemente a las visitas, así que el número de visitantes que se refleja en la tabla es sólo estimado, aunque con bastante aproximación. Para los años comprendidos entre 1987 y 1996, pueden calcularse los visitantes del castro sumando un 30 % (como media) a los visitantes computados en el museo, aunque también debe tener en cuenta que el yacimiento empezó a recibir visitas, incluso de grupos organizados, como por ejemplo de escolares, ya desde mediados de los años 70 del siglo XX, cuando las excavaciones dejaron a la vista la mayor parte de la acrópolis interior o «croa». Por último, se observa una bajada muy considerable en 1993, año en el cual el museo estuvo cerrado durante nueve meses para la realización de una reforma.

## 2.2. Campa Torres (Gijón)

El Parque Arqueológico Natural de la Campa Torres se encuentra casi en el casco urbano de la ciudad de Gijón en Asturias; es un yacimiento de unas 33 hectáreas que se conocía desde el s. XVII, cuando comenzó a recibir las primeras visitas de viajeros eruditos y se la relacionó con la ciudad de Noega mencionada por Estrabón. Las primeras excavaciones arqueológicas se realizaron en el s. XVIII y fueron encargadas por Jovellanos a Manuel Reguera, con el objetivo de localizar el emplazamiento del monumento dedicado a Augusto que Pomponio Mela situaba en Noega. Los restos arqueológicos sufrieron expolios en el s. XIX y durante la Guerra Civil se utilizó el yacimiento como lugar para la construcción de un búnker, lo que provocó el deterioro general de los restos arqueológicos. A partir de los años setenta se realizan excavaciones arqueológicas a cargo de J.L. Maya y J. Bayón y en 1982, Manuel Fernández Miranda impulsa el plan de investigación arqueológica conocido como Proyecto Gijón, planificándose campañas de excavación anuales hasta hoy. Más tarde, la Subdirección General de

Año	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995
Visitas al Museo	12060	9415	14351	14056	14042	14723	1697	16307	15801
Visitas al Castro	15678	12240	18656	18273	18255	19140	2206	21199	20541

Año	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004
Visitas al Museo	13503	17886	17394	18140	19394	22105	21214	19761	20379
Visitas al Castro	17554	21840	25160	25320	23620	28270	26810	20380	24810

Tabla de la estadística de visitas a Viladonga (según datos del museo de sitio).

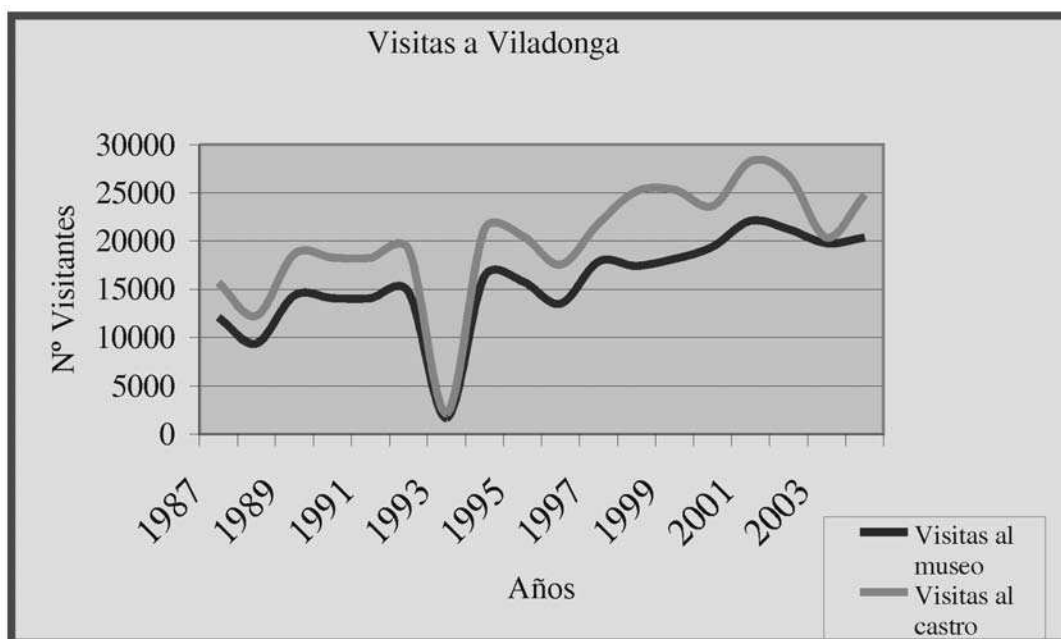


Gráfico de la estadísticas de visitas a Viladonga (según datos del Museo de Viladonga): Puede observarse la progresión de los visitantes al castro y al museo de Viladonga. Ésta ha sido ascendente desde el momento en que se abrió al público, sobre todo después de la reforma del año 1993 y tras el traspaso de competencias desde el Ministerio a la Xunta de Galicia en 1997.

Arqueología del Ministerio de Cultura encargó a José Luis Maya y Francisco Cuesta un anteproyecto para la realización de un Parque Arqueológico, que hoy podemos disfrutar. La Campa Torres es un lugar elegido para el asentamiento de seres humanos desde el Paleolítico Inferior hasta el s. III d.C. aproximadamente, cuando el yacimiento desapareció como ciudad, coincidiendo con el amurallamiento apresurado de la ciudad de Cimadevilla que le toma el relevo (Maya y Cuesta, 2003: 25), sin embargo los siglos más intensos serán desde el s. IV a. C. hasta el II d.C., durante los cuales el yacimiento fue habitado por astures que lo fortificaron y más tarde fueron incluidos en el Imperio romano en el cambio de era de una manera gradual y acompañado de una remodelación urbanística del poblado.

El castro es uno de los yacimientos arqueológicos más significativos y emblemáticos del Principado de Asturias. El recorrido propuesto consta de quince puntos de observación y permite la identificación de los elementos más representativos del poblado. Se ha diseñado para hacer fácilmente comprensible lo que se está viendo en cada momento. Los puntos de información pueden ofrecer datos sobre las especies vegetales y su evolución histórica hasta configurar el paisaje actual. El parque Arqueológico natural es el centro que organiza y coordina toda la actividad arqueológica del Concejo de Gijón, sede del centro de documentación arqueológica del municipio y de la Biblioteca Manuel Fernández Miranda.

Puede iniciarse en la zona alta de la carretera de acceso al yacimiento, aunque este no es el único punto

de partida, ya que el recorrido tiene una dirección única pero dos sentidos, incluso es posible renunciar al paseo por algunos puntos sin perder la visión global del castro. Punto de observación nº 1: se aprecia que la Campa es una península situada en el extremo occidental del Concejo de Gijón así como también se puede observar el conjunto defensivo. El punto nº 2: está situado delante de los fosos del recinto amurallado. Para alcanzar el punto nº 3: hay que caminar a lo largo del extremo interior del foso, en dirección este. Se sitúa delante del contrafoso y ante-castro, una franja de seguridad entre la primera línea de defensa y la superior o muralla. El punto nº 4: está situado a los pies de la muralla, próximo a la zona de acceso del recinto defensivo. Para dirigirse al punto de observación nº 5 es preciso salir del recinto amurallado y caminar a lo largo de la carretera, pudiendo ver que, unido al gran bastión, se aprecia una prolongación de la muralla. Se pasa por donde debería estar la puerta de acceso al castro. En este punto se conservan los restos de una cabaña de los astures. Esta zona de hábitat es de las más antiguas conservadas en Asturias (fines del s. V a.C.). Si continuamos hacia el este y siguiendo la línea de muralla se encuentra el punto nº 6, correspondiente a un paseo de ronda y también se puede apreciar la zapata de cimentación de la muralla. Si continuamos hacia el norte alcanzamos el punto de observación nº 7 desde donde se puede apreciar una vista general de toda la Campa, donde está situado parte del poblado indígena y la mayoría de las construcciones romanas conocidas. Para acceder al punto de observación nº 8 se debe descender, con sumo cuidado, por



la ladera oriental del montículo, a partir de aquí se inicia la visita a las primeras estructuras romanas conservadas en el castro. Unos metros más adelante está el punto de observación nº 9 donde se encuentra el elemento más representativo de la dedicación metalúrgica de Noega. Si caminamos en línea recta encontramos el punto de observación nº 10 donde se encuentran las casas romanas de planta rectangular y tres habitaciones. Dando media vuelta y avanzando unos metros más encontramos el punto nº 11, un aljibe para agua con corredor y escalones. El punto nº 12 está situado inmediatamente a la derecha donde se ubican dos estructuras bien distintas: una cabaña astur y una vivienda romana. Al otro lado de la carretera se encuentra el punto nº 13 donde se observa un tramo de calle y varias viviendas. Cruzando la carretera se alcanza el punto de observación 14, nuevamente una casa romana. El último punto está situado unos metros más adelante se aprecian dos pozos, uno prerromano y otro romano.

El parque Arqueológico y Natural es titularidad de la Fundación Municipal del Ayuntamiento gijonés. Ocupa una superficie de 50.000 metros cuadrados. Fue uno de los primeros resultados del plan de parques arqueológicos elaborado por el Ministerio de Cultura en 1989. Este parque responde a varios objetivos: protege y pone en valor los restos arqueológicos, actividad necesaria para su protección y conservación, al tiempo que facilita la investigación y difusión científico-didáctica del yacimiento. El cabo Torres tiene una personalidad geológica, botánica, faunística que está ligada a la historia del yacimiento. Todas las actuaciones se dirigen a la integración de los restos arqueológicos en su entorno natural. El parque es un punto excelente para la observación de las aves y un territorio con un paisaje vegetal característico. Desde el punto de vista arqueológico el parque proporciona información sobre la protohistoria asturiana y explica los orígenes de la ciudad de Gijón. Nos permite conocer el paso de la época prerromana a la romana. Las instalaciones se componen de tres edificios principales: recepción, museo y faro.

En el centro de acogida de visitantes realiza también exposiciones temporales. El museo de sitio fue inaugurado en 1995. La exposición permanente explica la historia del castro desde su fundación, en época prerromana, hasta su decadencia, a finales del siglo III d.C. Se muestran los restos localizados en las excavaciones, maquetas, textos, reproducciones e imágenes ilustrativas. La visita se completa con un audiovisual que recrea el antiguo poblado de Noega. Se articula en dos grandes apartados: el castro en la época prerromana y el castro de época romana. La visita se inicia en una sala introductoria dedicada a la explicación de la formación geológica y paisajística del Cabo Torres, continua en una estancia donde se muestra el origen y fundación del castro de Campa Torres; maquetas, fotografías, textos y planos reflejan los modos de vida de los habitantes del castro y su sistema económico

en época prerromana. Se continúa atravesando un puente, que simboliza el encuentro entre el mundo indígena y el romano. Los materiales que se presentan en este apartado atestiguan la importancia del castro como núcleo de intercambio comercial, marítimo o terrestre con otros pueblos. Pasando el puente se llega al castro de época romana. Aquí se evidencian los cambios que se documentan en el poblado tras la inclusión del territorio astur en el orbe romano a inicios del siglo I d.C. y posterior abandono en los ss. II-III d.C. Los materiales arqueológicos, textos reconstrucciones e imágenes recrean este momento histórico.

El acceso al Parque es libre y es un lugar magnífico para pasear por su privilegiado emplazamiento, aunque para entrar al museo hay que abonar una entrada de 2,30 € o 1,35 €, en caso de reducción. Existe también la posibilidad de comprar una entrada combinada para dos o cuatro museos de la ciudad de Gijón. Cabe visitar el museo todos los días de la semana, menos los lunes, en horario de mañana y tarde. La visita puede ser libre y guiada si se concierta para grupos.

Aunque existe un aparcamiento a la entrada es posible llegar al mismo en autobús urbano de Gijón. Otros servicios que ofrece el Parque es el de una pequeña tienda en el centro de acogida de visitantes y una zona de bancos para descansar o incluso tomar algo, aunque debe ser traído de fuera puesto que en el Parque no hay cafetería.

En cuanto a las actividades que se realizan en el Parque, podemos decir que son bastante numerosas. Entre estas podemos mencionar la organización de colonias de vacaciones creadas por la Fundación Municipal de Cultura, dentro de una novedosa propuesta de vacaciones en la ciudad. A los niños y niñas que participaron se les propuso convertirse en detectives del pasado para que averiguasen los misterios que esconden este promontorio. Se realizaron actividades de dibujo, pintura, expresión corporal, música, representaciones de cuentos, cocina, conocimiento de las aves y plantas y descubrimiento de los secretos del Parque Arqueológico Natural de Campa Torres. En cuanto a los talleres didácticos podemos mencionar: Un recreo a la romana: dirigido a grupos de escolares de primaria. Se pretende que los escolares más pequeños se diviertan trasladando allí su recreo habitual que, esta vez será distinto: tanto la merienda como los juegos son los propios de los niños/as romanos. La intención es motivar la curiosidad para conocer como se vivía en época romana, atendiendo especialmente al territorio, alimentación y ocio infantil. Taller de cerámica romana: dirigido a escolares de cuarto de Primaria. En él se trabaja con los escolares, la alfarería. Las sesiones incluyen visita al yacimiento, museo y laboratorio. También se realizan visitas didácticas, como por ejemplo: La Hora del baño: para escolares de tercero de primaria. Se pretende que conozcan un espacio termal público y urbano, tomando como centro de

interés la higiene en aquella época, cuestión relacionada con como era la ciudad entonces y el modo de vida y los hábitos cotidianos de la población. Se hace especial hincapié en la vida diaria de los niños, así como en todo lo que rodeaba al momento del baño: el lugar, la hora, la compañía, el ritual, los utensilios, etc. Se realiza en las termas de Campo Valdés. Noega, castro de Los Cilúrnigos: para escolares de cuarto de Primaria. Se trata de un recorrido por el yacimiento y una parte del museo, con el fin de estudiar este espacio natural y castreño. Se trabaja la relación entre las características del medio natural en el que se asentaron los cilúrnigos. Secretos arqueológicos: la cerámica de los cilúrnigos, destinado a escolares de quinto y sexto de Primaria. Se intenta que los escolares conozcan el trabajo arqueológico que se realiza con los restos cerámicos hallados en la excavación. La actividad se desarrolla en el laboratorio de Campa Torres y en el museo. Baños, perfumes y otros potingues para quinto y sexto de Primaria. El trabajo se centra en conocer los hábitos higiénicos de los romanos: el ritual del baño, los espacios termales públicos y privados de mayor o menor lujo, uso de perfumes, tintes, aceites y otros ungüentos. Por último podemos mencionar la celebración de Circuitos didácticos, como Una Historia de Astures y Romanos, para escolares de quinto y sexto de Primaria. Se propone un recorrido cronológico para conocer la evolución del poblamiento. También se estudia la ciudad de Gijón, visitando las termas. Otras actividades que se llevan a cabo son Lección en el museo, para E.S.O. y Bachillerato, en el que se abordan los cambios que trajo la conquista romana del NO peninsular, así como conferencias y presentaciones de libros, etc.

En conjunto, se observa que el parque arqueológico cuenta con un planteamiento museológico y de difu-

sión bastante completo. La integración y coordinación de las diferentes actividades ofertadas al público en sus sedes promueve el acercamiento de la ciudadanía al patrimonio arqueológico con efectividad y su proyección educativa también está asegurada gracias al potente conjunto de programas puestos en marcha. Sin embargo, estos están demasiado enfocados al público escolar, faltando quizá programas para público adulto, familiar, de la Tercera Edad, etc. que podrían ampliar el espectro sociológico de la divulgación del conocimiento que se está haciendo en Campa Torres. De igual modo, en el museo, una mayor variedad de recursos museográficos podría contribuir a mejorar la percepción y vinculación emocional del visitante con el mundo de los Astures y su proceso de romanización. Por otro lado, la infraestructura y la gestión de cara al turismo en el parque parecen ser suficientes para atender a las necesidades y demandas del público visitante en términos, tanto de satisfacción como de aprovechamiento de la jornada.

Todo ello se manifiesta en los porcentajes de público visitante que reflejan las estadísticas de Campa Torres:

Los datos procedentes del Ayuntamiento de Gijón, corresponden a los años 2000-2005, aunque el yacimiento haya estado abierto desde el 1995; La Campa Torres ha conocido una progresión en el número de sus visitantes en los últimos cinco años bastante importante, ya que el número de visitantes de 2004 supera en más del doble al de 2000. El crecimiento ha sido más importante en los tres últimos años, aumentando el número de visitantes en 17.000.

### 2.3. La Hoya (Laguardia, Álava)

El yacimiento fue descubierto en 1935 por un vecino de Laguardia. Tras unos primeros sondeos en los

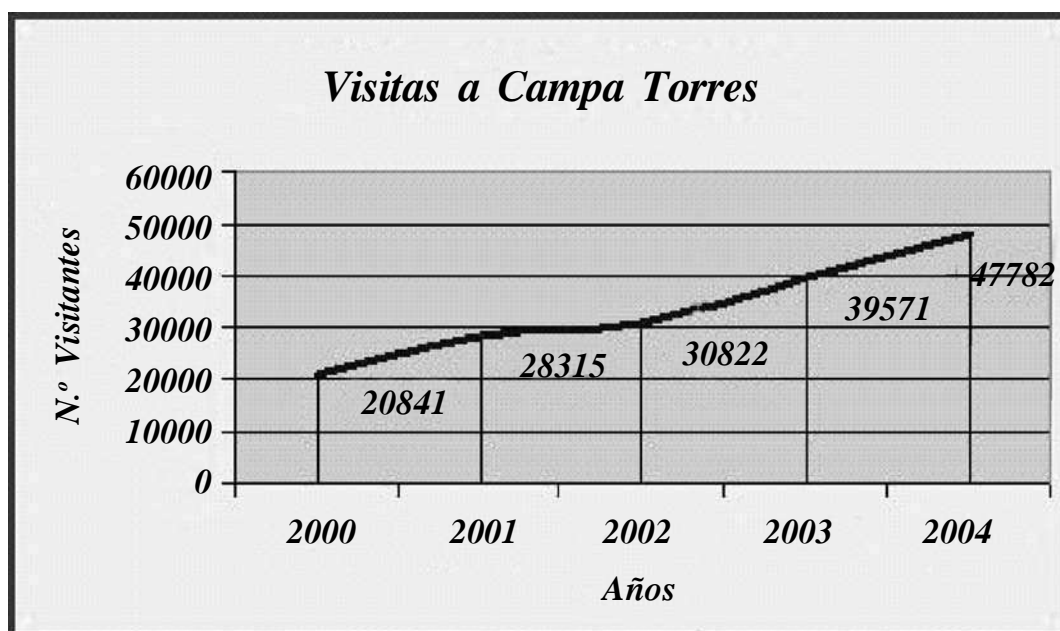


Tabla y gráfico de la estadística de visitas a Campa Torres (según datos del Ayuntamiento de Gijón).

que se comprobó su importancia arqueológica, el poblado ha sido objeto de diferentes excavaciones arqueológicas durante el s. XX a cargo de varias personas entre las que destacan el Prof. Gratiniano Nieto y actualmente es Armando Llanos quien se encarga de las mismas. El poblado se encuentra habitado desde el s. XIV a. C. en varias etapas: s. XIV-XIII a.C., s. IX a.C. hasta la celtiberización y s. III a.C. en adelante. La elección del emplazamiento, en una zona llana, sin duda tuvo que ver con una buena ubicación respecto a los recursos naturales y a las vías de comunicación. Las fases documentadas durante el proceso de excavación han sido: Bronce Final. I Edad del Hierro (1200-450 a.C.), defendido por una empalizada de madera y posteriormente por una muralla de mampostería. Las viviendas se situaban junto a la muralla. II Edad del Hierro (450-250 a.C.), a mediados del siglo V a.C. se produjo una profunda reestructuración del poblado de la mano de un cambio cultural de índole celtiberizante. La muralla se hizo entonces más potente, constatándose rituales de fundación en la presencia de cuernos de ciervo entre sus hiladas inferiores. Ya no se construyeron viviendas junto a la muralla, dejándose un corredor para reforzar la eficacia defensiva. El poblado se organizó con una nueva preocupación urbanística, las casas se distribuyeron en manzanas en torno a calles y plazas pavimentadas con piedras o asentadas directamente sobre la roca y dotadas de aceras y piedras pasaderas. El ataque, incendio y derrumbe que sufrió el poblado en este periodo nos ha dejado interesantes datos in-situ. Se ha podido deducir que la destrucción tuvo lugar en un día de mercado en el que las mercancías estaban expuestas en las calles. Tras una ulterior reconstrucción, el poblado se abandonó en un momento no precisado del s. III a.C., sino que se pueda establecer sus causas, ni el destino de sus habitantes. El hallazgo de la necrópolis completa la visión que se tenía de la vida en el poblado y refleja la existencia de una elite de guerreros en su sociedad. Estuvo protegido por una fuerte muralla, con una extensión próxima a las 4 hectáreas y destacan entre sus estructuras algunas con carácter comercial de intercambio de productos y materiales.

La Hoya no tiene un itinerario con paneles pero sí un museo-centro de interpretación, inaugurado en 1986. Se encuentra situado en la entrada del yacimiento, en él se muestra mediante paneles con documentación gráfica y vitrinas con materiales, la historia del poblado reconstruida a partir de los resultados de las excavaciones. Una gran maqueta a escala 1/160 reproduce la parte conocida del poblado de la II Edad del Hierro y su entorno ambiental. En la parte central del mismo, a escala natural se encuentra la réplica de una de las viviendas excavadas de la etapa celtibérica. Este recinto queda abierto por uno de sus lados para poder contemplar el interior, animado por un montaje de luz y sonido. Se reproduce así un área de vestíbulo en la que encontramos un telar vertical, un amplio

espacio central con el hogar en el que se desarrollarían las actividades propias del ámbito doméstico, y finalmente, una zona trasera de almacenaje. Son visitables los distintos sistemas constructivos del periodo. En la parte delantera de la casa se reproduce también una de las calles del poblado. En el exterior del museo, una detenida visita al yacimiento nos acercará a los restos del poblado protohistórico en el que podremos contemplar in-situ las plantas de las viviendas, las calles y sus aceras, así como el recinto amurallado que lo defendía. Para contemplar la visión de este importante poblado se recomienda visitar el Museo de Álava, en Vitoria-Gasteiz, donde, además de contar en su exposición con destacadas piezas originales del yacimiento, se le encuadra dentro del contexto más amplio de la Edad del Hierro del territorio alavés.

El museo se puede visitar todos los días menos los lunes en horario de mañana en invierno y de mañana y tarde en verano; la entrada es gratuita y en él podemos encontrar una tienda.

De este planteamiento museológico y museográfico se puede destacar la asociación de diferentes recursos que promueven accesos, a su vez, diferenciados al contenido a transmitir en el museo, como son los paneles, las maquetas y las réplicas de objetos. Así mismo, es positivo el peso concedido a las reconstrucciones de ambiente, dado que éste es un recurso didáctico de gran importancia en la difusión del patrimonio, especialmente, del arqueológico, por servir de apoyo en el proceso de recomposición mental del contexto ergológico, las estructuras arquitectónicas, hoy desaparecidas, o las morfologías originales de los artefactos hallados en los yacimientos. El discurso del museo de sitio de La Hoya se completaría adecuadamente con un recorrido por el yacimiento, y con una programación de actividades didácticas y de complemento para todo tipo de público, que seguramente contribuiría a incrementar el número de visitantes del centro, aunque no disponemos de datos sobre la evolución de estas cifras.

#### **2.4. Contrebia Leukade, Aguilar del río Alhama (La Rioja)**

El yacimiento de Inestrillas o Contrebia Leukade se encuentra situado a 3 km. De Aguilar y a 1 de Inestrillas. Se ha estudiado desde el s.XVIII, cuando Mariano y Domingo de Traggia visitaron y realizaron algunas excavaciones en el lugar. Durante el s. XX fue Blas Taracena quien se encargó de las excavaciones e investigaciones en el yacimiento. De esta ciudad celtibérica llama la atención las construcciones defensivas que se componen de foso, muralla y torres.

Podemos dividir la ocupación del yacimiento en tres etapas: una durante la Primera Edad del Hierro, que responde al modelo de poblado de calle central, una segunda celtibero-romana, sobre el poblado anterior pero con carácter militar, y una tercera durante el Imperio; en el s.III d.C. se produce la reconstrucción, modifi-

cación y reordenación de algunos de los elementos que formaban la ciudad celtibérica.

El proyecto de puesta en valor de Inestrellas está financiado por Fundación Caja-Rioja, Asociación para el Desarrollo Rural de La Rioja Suroriental y el Ayuntamiento de Aguilar del Río Alhama (La Rioja). El centro cuenta con una inversión total de 480.000 euros, el 80% financiado gracias a un proyecto Leader Plus, gestionado por la Asociación para el Desarrollo Rural de La Rioja suroccidental; el 20% restante está asumido por el Ayuntamiento de Aguilar y la Fundación Caja Rioja que aportó 60.000 euros. Este convenio se enmarca en la línea de trabajo desarrollado por la Fundación Caja Rioja que persigue el conocimiento, conservación, difusión y puesta en valor del patrimonio histórico y artístico riojano como elemento fundamental del desarrollo regional, sobre todo en zonas rurales de la Comunidad Autónoma.

Entre las actuaciones que se proyectaron destaca la creación de un centro de interpretación, ya inaugurado y la adecuación del yacimiento incluyendo la recreación de sus modos de vida y sus asentamientos originales. También se rehabilitarían las casas cueva del yacimiento y se habilitaría un sistema de información con paneles para la correcta visita a Contrebia.

El centro puede ser visitado todos los días de la semana salvo los lunes. El centro está dividido en cinco espacios y ofrece un recorrido por la ciudad: emplazamiento histórico, contexto, arquitectura militar, casas y naturaleza, sus gentes, la historia, etc.

El centro es un espacio expositivo que, a través de la visita por sus distintas salas, evocará al visitante, de manera atractiva y sugerente, una ciudad reinventada en el mundo celtibérico cargada de simbolismo, en la que se reflejará su vida cotidiana, sus costumbres, su función militar y estratégica y los sueños y sensaciones de los que la construyeron y habitaron. El visitante quedará atrapado en el ambiente de una época histórica que convirtió a La Rioja y a sus gentes, en uno de los lugares más activos del mundo celtibérico.

Los espacios expositivos están ordenados de la siguiente manera: Sala I La entrada a la ciudad. Fue uno de los enclaves más importantes entre los ss. V al I d.C. y su entramado urbano uno de los mejores exponentes del mundo celtibérico, una ciudad de gran tamaño y un alto desarrollo político, sociocultural y económico de un pueblo como se refleja sobre una maqueta del yacimiento desarrollada marcando las curvas de nivel. Un mapa permite entender la importancia que tuvo la ciudad respecto a otros yacimientos de la península ibérica. Se relacionó con otras ciudades celtibéricas, ocupando un lugar estratégico de comunicación de la meseta con el valle del Ebro en relación a Numancia y vinculada con el mediterráneo como muestra un video, a través de mapas superpuestos, que descubrirán al visitante la importancia de la ubicación física y temporal de esta ciudad, y así, acceder a ella para conocerla mejor. Sala II. La Ciudad. Se recrea

la evolución de la ciudad, el entramado urbano, las casas, la ruina y abandono. Sala III. El camino, el pozo y la naturaleza; Sala IV El camino hacia la gente: el laberinto. Las gentes de esta ciudad se cruzaban, hablaban y se relacionaban por las calles, gente anónima, hoy representada por siluetas, sombras de jóvenes, niños y ancianos. Sala V. La gente: La plaza de las historias, la plaza era el centro vital de la ciudad y así lo representa esta sala que pretende dar a conocer la vida cotidiana de los habitantes de Contrebia.

En definitiva, el centro busca ser un espacio para sentir el latido de una ciudad desaparecida, un lugar que conserva todavía su espíritu de gran urbe, el calor de la vida, los valores de sus ciudadanos, el respeto a los dioses. El recorrido, se ha querido articular a partir del lenguaje de las emociones, apoyado desde creaciones artísticas que ayudan a evocar, imaginar, soñar, y a hacernos perfiles sobre los ciudadanos de Contrebia. El centro propone, por tanto, como eje vertebrador de sus contenidos un paseo por Contrebia, un recorrido por una ciudad nueva, reinventada a partir del yacimiento arqueológico. El descubrimiento de la ciudad se realiza progresivamente a lo largo de diferentes salas guiadas por un camino que nos llenará del contacto con el espacio al encuentro con la gente. El centro representa un nuevo modelo de presentación del patrimonio arqueológico, que sin dejar de lado la información utiliza la experiencia y la emoción como claves de conexión con el visitante.

El yacimiento carece de un itinerario guiado con paneles (sólo hay uno general de todo el yacimiento). Persigue un objetivo múltiple, pues aparte de facilitar su contemplación y más exacta valoración, permitirá una más efectiva protección de las ruinas y de su entorno inmediato. Aquellos que conocen la comarca de Cervera, que engloba el valle del Alhama y el de su afluente, el Linares hasta su confluencia de amos en las proximidades de los Baños de Fitero, ya en Navarra, seguramente se mostraran partidarios de que las actuaciones de protección y difusión se extiendan a la totalidad de la comarca, ya que el interés paisajístico, geológico e histórico de todo este espacio está suficientemente acreditado.

El yacimiento es, lógicamente el elemento principal y generador del centro de interpretación, recientemente inaugurado y el hecho de que en él se expongan piezas originales del yacimiento nos obliga a denominarlo museo de sitio.

Está abierto de martes a sábado en horario de tarde y mañana y la entrada cuesta 3 € con las correspondientes reducciones. Se ha creado un grupo de teatro que tiene como finalidad el comienzo de un proyecto de cuatro años que pretende llevar a la escena historias asociadas a esta ciudad.

Así pues, aunque nuevamente, destaquemos que sería necesario complementar la visita al museo de sitio con un recorrido por el yacimiento, articulado didácticamente, el enfoque del discurso museológico del mu-

seo es suficientemente atractivo como para generar interés en el público e incitar a éste a conocer más sobre la historia y protohistoria de la Rioja. El recurso de la vinculación emocional a través del viaje figurado a la ciudad de Contrebia se completa adecuadamente con los recursos más convencionales de los paneles, audiovisuales y los mapas, un elemento importante en la didáctica de la historia y de la arqueología, por tanto. Los programas educativos basados en la dramatización de situaciones o historias son igualmente muy efectivos para cumplir los objetivos de la socialización del conocimiento arqueológico que persiguen este tipo de centros, pues aúnan la adaptación de los contenidos a diferentes niveles de comprensión con al cercanía de la transmisión de los mismos a través de personas (más directa y cálida) así como con el disfrute del ocio.

Pero para alcanzar la máxima efectividad en el empleo de estas estrategias y otras similares, el centro debería contar con infraestructuras que permitan realizar más actividades, de diferente tipo, in situ, así como otras destinadas al descanso y mejora de las condiciones de visita del público.

## 2.5. Numancia (Garray, Soria)

Siendo Numancia uno de los yacimientos más importantes de la arqueología española, es necesario que cuente con una infraestructura de puesta en valor adecuada a su categoría. Por tanto, estas actuaciones han recogido toda la información que se tiene del yacimiento desde el s.XIX y se han plasmado en las reconstrucciones, los paneles y el aula arqueológica. Esta puesta en valor se recoge en el Plan Director del yacimiento, impulsado por la Junta de Castilla y León y que se aprobó en 1994.

Numancia se ha documentado como lugar de hábitat desde el III milenio a.C., aunque las fases de poblamiento más importantes son las que van desde el s.III a.C. hasta el s.IV d.C.; en estos siete siglos Numancia es fundada como ciudad por los arévacos y en el 133 a.C., después del famoso asedio, es conquistada por las tropas de Escipión. Durante la época romana, la ciudad indígena va a ser adaptada al esquema romano, añadiendo incluso nuevos barrios, como en la zona sur.

El yacimiento está preparado para la visita del público con un gran aparcamiento a la entrada del mismo que conduce hacia el centro de acogida de visitantes, donde se puede ver un audiovisual sobre el yacimiento que sirve como punto de partida a la visita, que puede ser libre o guiada. Este audiovisual junto a un CD-rom, proporcionan al visitante las claves necesarias para entender los restos arqueológicos del itinerario de la visita.

El recorrido está marcado con un camino de maderas y se detiene en los puntos más importantes, explicándolos mediante un panel.

Los once puntos clave elegidos en el recorrido fueron reexcavados y limpiados para la puesta en valor,

posteriormente fueron cubiertos con una malla geotextil que aísla el suelo e impide que la vegetación altere las estructuras arqueológicas, todo ello oculto bajo una capa de grava, que facilita el drenaje y posibilita una mejor delimitación y visualización de las estructuras constructivas. Estos puntos son los siguientes: 1.—El cerco de Escipión; 2.—Pequeños baños, tan solo quedan los restos de un *caldarium* doble; 3.—Desagüe y edificio público; 4.—Calle central, aljibe y encrucijadas de calles; 5.—Piedras pasaderas y aljibe con escalera; 6.—Casa de época romana, reconstruida, realizada en piedra, armadura de madera y cubierta con gravillas. A través de un patio abierto (con pozo y horno de pan) se accede al vestíbulo (molinos de mano y telares) que facilita el paso a la cocina (boca del horno, hogar, mesa, banco corrido y utillaje correspondiente), habitaciones (cama y arcón), granero y almacén de útiles y aperos comunicado con un pequeño corral exterior para animales; 7.—Muralla celtibérica, se ha reconstruido un tramo de muralla, con base de piedra y parapeto superior más estrecho realizado en adobe y madera. Desde lo alto se contempla un singular panorama del exterior e interior de la ciudad; 8.—Casas celtibéricas, reconstruidas y una de ellas acondicionada para la visita; 9 y 10.—Barrio sur. Casas con patios porticados, correspondientes al grupo dirigente de época romana; 11.—Molinos de mano.

La visita al yacimiento se completa con el aula arqueológica El Cerco de Numancia, ésta se encuentra en el pueblo de Garray, en un edificio rehabilitado; se trata de las antiguas escuelas, que de esta manera mantienen su capacidad de enseñar una parte del singular legado histórico. El Aula consta de dos salas en las que se han recreado las dos culturas o mundos enfrentados: el numantino o celtibérico, que ocupa la primera, y el romano, instalado en la segunda, aparecen separados simbólicamente por la recreación de la murallas (*vallum*) del cerco romano que es necesario atravesar para pasar de un espacio a otro. La sala celtibérica recrea el mundo militar y funerario. Está presidida por el ejército numantino, que dejando atrás la muralla de la ciudad se dirige al asalto del cerco. La maqueta que preside el centro de la sala y los diferentes paneles permiten conocer las características topográficas de Numancia y del cerco romano, así como la manera de hacer la guerra y su importancia en el mundo celtibérico. Finalmente, a través de la muralla se puede penetrar en el ritual funerario del guerrero celtibérico. Antes de atravesar la muralla de estacada de madera, que simboliza el cerco romano, un guerrero numantino ofrece sus armas como ayuda para pasar al otro lado. La sala romana representa el mundo militar de la época. Está presidida por la gran escena que simula al ejército romano defendiendo el cerco, que deja atrás un campamento simbolizado en la reconstrucción de un barracón de legionario, al que se puede entrar y saludar a su ocupante, para ver su uniforme y armamento. Los paneles explicativos am-



FIGURA 2.—1: Vista del área excavada de La Hoya (Laguardia, Álava); 2: Casa reconstruida y circuito en Numancia (Garray, Soria); 3: Cartel del circuito de Numancia; 4: Aula didáctica de Numancia, en Garray.

plían esta información sobre la milicia romana. La maqueta del centro de la sala reproduce en detalle los aspectos más destacados de uno de los campamentos romanos del cerco y un video aporta la información necesaria para conocer las características de las legiones romanas y sus movimientos tácticos.

Un panel final explica la leyenda y realidad de la caída de Numancia después de 20 años de enfrentamiento y once de asedio que la convirtieron en mito y símbolo de la lucha de un pueblo por su libertad.

En el aula arqueológica no encontramos piezas originales sino una serie de recursos como maquetas interactivas, reproducciones para usar, paneles, etc., que explican al visitante los diferentes aspectos del cerco de Numancia. Si este tiene interés en ver las piezas originales, podrá hacerlo en el Museo Provincial de Soria que se encuentra a pocos kilómetros. Las visitas pueden realizarse todos los días de la semana excepto los lunes en horario de mañana y tarde pagando un precio simbólico de 0,60 € tanto en el castro como en el aula.

En Numancia se realizan muchas actividades, algunas de las cuales, como la representación del cerco de Numancia, han conseguido implicar a todo el pueblo de Garray a través de la Asociación Tierra Quemada. Estas escenificaciones populares de los diferentes episodios se vienen realizando desde 1999.

Aparte de esta representación se realizan visitas guiadas con Guías-Arqueólogos, becados por la Fundación Duques de Soria, que muestra a los visitantes la ciudad y los introduce en la práctica de actividades de la vida celtibero-romana, Escuela Arqueológica de Numancia en colaboración con la Universidad Alfonso VIII de la Diputación de Soria, que va dirigida a niños, a los que de forma práctica se les pone en contacto con los modos de vida antiguos, a través de la participación en diferentes artesanías (cerámica, pan, tejido, forja, construcción, etc) y con la investigación arqueológica (control espacial, dibujo, restauración), visitas al yacimiento con gente caracterizada y la Semana celtibérica.

En este sentido, podemos decir que el yacimiento de Numancia es uno de los mejor preparados y más dinámicos a nivel de programas educativos y para el público, aunque el centro de recepción de visitantes del mismo es algo exiguo y muy convencional en el aspecto museográfico del montaje. Predominan los paneles, aunque las maquetas y los interactivos completan el discurso y promuevan otros tipos de apren-

dizaje (por descubrimiento, por ejemplo). Sería interesante ampliar la exposición con mapas y cronologías y hacer más evidentes las conexiones entre el discurso del centro y el del yacimiento, articulado en torno, principalmente, a la vida cotidiana a través de las reconstrucciones de casas. Las escenografías *in situ*, como ya comentamos anteriormente, son uno de los recursos más potentes de la didáctica del patrimonio y Numancia cuenta con ellas, pero podrían ser aún más efectivas si se articularan los dos discursos, el de actividades y modos de vida de los habitantes del asentamiento y el de la organización militar y el mundo funerario, de forma más coordinada (mediante materiales de sala, quizá).

La capacidad de atracción de los programas de público y educativos para escolares que comentamos anteriormente se evidencia a través del análisis de las cifras de visitantes. Para Numancia sólo contamos con datos hasta el año 1999, ya que las estadísticas proceden de la bibliografía (Zuriñaga, 1995; Jimeno, 2000). Las estadísticas demuestran, aunque con altibajos, un constante crecimiento en el número de visitantes al yacimiento.

Es necesario destacar, como hechos importantes que han tenido su influencia en el número de visitantes, el plan de acondicionamiento del yacimiento que se presentó en 1990 y sobre todo a partir de 1993, año en que se descubrió la necrópolis celtibérica, y 1994 cuando se pone en práctica un Plan Arqueológico para la recuperación del yacimiento, contando las visitas con guías. Otro hito importante es la incorporación al itinerario de visitas de las reconstrucciones de las casas y el inicio de las representaciones escénicas de las Guerras Numantinas en las que se implica todo el pueblo de Garray a partir de 1999.

## 2.6. San Antonio de Calaceite (Teruel)

Las excavaciones en el yacimiento de San Antonio de Calaceite (Teruel) comenzaron en 1902, cuando Juan Cabré, contando veinte años, empezó su carrera arqueológica en este lugar, cerca de su casa natal de Calaceite. Cinco años después publicó el primer trabajo sobre este yacimiento; este fue el primero de varios trabajos que dieron a conocer la importancia del lugar, lo que provocó que otros historiadores se acercaran para estudiarlo, como Antonio Vives, el padre Furgús, que también excavó en el yacimiento, o Josep Pijoan, que realizó por orden del anterior, un inventario de todo lo descubierto, además de fotografías y

Años	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990
Nº Visitantes	11512	12353	9660	6133	7193	14238	10653	15764	28932	33648

Años	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999
Nº Visitantes	33261	31566	40207	46142	46595	49100	49747	44518	50871

Tabla de la estadística de visitas a Numancia.

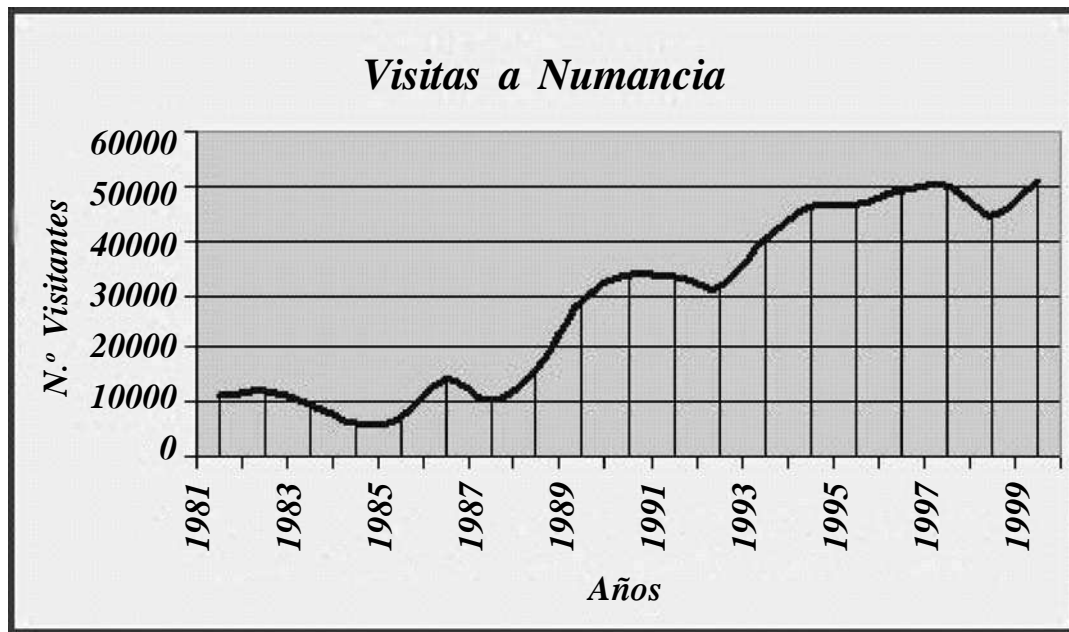


Gráfico de la estadística de visitas a Numancia (según Zurinaga Fernández-Toribio, 1995 y Jimeno Martínez, 2000).

planos. Además de estos investigadores, Bosch Gimpera también realizó excavaciones entre 1915 y 1920.

Según F. Pallarés (1965:103), San Antonio de Calaceite es un yacimiento que cronológicamente podemos situar entre los s.V y III a.C. El yacimiento se conformaría como un *oppidum* típico de la Edad del Hierro; durante su ocupación se podrían distinguir tres momentos diferentes de poblamiento, estando este siempre rodeado por una muralla. El momento de mayor florecimiento del poblado corresponde a los años 350-300 a.C., periodo en el que podemos encuadrar la cerámica precampaniense y campaniense, además de la cerámica ibérica decorada. El poblado se destruyó probablemente en un incendio, ya que abundan en la superficie los restos de tierra quemada, en algún momento anterior al 200 a.C.; este acontecimiento pudo estar relacionado con las luchas entre romanos y cartagineses.

En 1973 se realizó una campaña de limpieza y restauración del yacimiento en la que se esparcieron productos químicos adecuados para evitar el crecimiento de la maleza. En la actualidad el estado del yacimiento es de abandono, ya que podemos ver las estructuras consolidadas cubiertas de hierbas. Además las ruinas no han sufrido ningún tipo de puesta en valor ni acondicionamiento para la visita.

En 1987, la Diputación General de Aragón fundó el Museo Juan Cabré de Calaceite que recoge la actividad investigadora de Juan Cabré, no sólo en San Antonio de Calaceite, sino también en todo el Bajo Aragón. Este museo se creó gracias al impulso de los propios calaceitanos y de los hijos del propio Cabré, Encarnación y Enrique.

El Museo depende del Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno de Aragón y forma parte del

Sistema de Museos de Aragón. Es el único existente con esta categoría en la comarca de Matarraña. La construcción del Museo aprovechó una antigua casa construida en 1790, adquirida y rehabilitada por el Gobierno de Aragón en los años ochenta. Las cinco plantas del edificio han sido restauradas de manera que los elementos y estructuras originales se integran con el nuevo uso, lo que permite el visitante disfrutar de ambos aspectos (Portolés Espallargas y Pintado Arias: 2004, 143).

El edificio fue construido como una vivienda particular de un importante y acaudalado abogado de la localidad, a finales del s. XVIII y constituye un magnífico ejemplo de la arquitectura civil de la época. El Museo expone la colección que el propio Juan Cabré fue reuniendo durante su vida profesional y que heredaron sus hijos, pero donaron posteriormente para la fundación del Museo. Esta colección abarca desde el paleolítico hasta la época hispanovisigoda, destacando sobre todo el conjunto de exvotos del santuario ibérico de Collado de los Jardines en Jaén. Además de los objetos arqueológicos, la colección también contiene los objetos personales del investigador, incluyendo calcos, dibujos, etc. Se organizó, hasta hace poco tiempo en: Planta baja, donde se encuentran la recepción, oficinas y salas de exposición sobre Juan Cabré, se exponen distintos materiales originales (calcos, dibujos, pinturas, fotografías), así como distinta información sobre la vida y obras de este arqueólogo, sus descubrimientos e investigaciones sobre arte rupestre levantino, su actividad como pintor y fotógrafo y por último su relación con Calaceite, su localidad natal. En la planta primera se encuentran las salas de exposiciones sobre la cultura ibérica del Bajo Aragón, los exvotos de Jaén y el Poblado ibérico de San Antonio



de Calaceite. En las diferentes salas o espacios de esta planta se expone un variado conjunto de magníficas piezas de época ibérica y romana de distintas procedencias y ofrece información sobre Juan Cabré y sus investigaciones sobre la cultura ibérica del bajo Aragón, y, especialmente, sobre el poblado de San Antonio de Calaceite. En otra de las salas se expone un extraordinario conjunto de exvotos ibéricos procedentes del Collado de los Jardines (Jaén).

En la planta segunda se encuentra el salón de actos y biblioteca-almacén del museo. Esta planta se suele utilizar como espacio complementario para exposiciones temporales, presentación de libros y actos y actividades culturales. Y la planta semisótano se trata de la sala de exposiciones de arte contemporáneo.

Se conserva en el edificio un antiguo depósito de aceite, en planta semisótano 2, que es la sala de Etnología. Ésta guarda un heterogéneo conjunto de piezas y objetos de carácter etnológico que fueron donados por distintos vecinos de la localidad.

En general, el discurso museográfico del museo se apoya en varios recursos como son reproducciones de los calcos de pinturas rupestres, fotos antiguas, exposición de piezas originales, conservación de los elementos originales del edificio, que permiten mostrar otros modos de vida, paneles, etc.

Los servicios que ofrece el Museo son los típicos de una institución de este tipo, como biblioteca o sala de conferencias, además de favorecer unas condiciones adecuadas para la conservación de las piezas a través de los termohigrómetros, el sistema de calefacción individualizada y la iluminación controlada. La entrada para cualquier tipo de público es gratuita y el museo se puede visitar todos los días en horario de mañana y tarde, excepto los lunes y los martes por la mañana.

El Museo Juan Cabré realiza algunas actividades como las exposiciones temporales de arte contemporáneo, en un intento de aproximar el espíritu crítico al público en general. Así el Museo pretende ser un lugar de animación cultural y de ocio, aunando la difusión de la historia antigua y la contemporánea (Portolés Espallargas y Pintado Arias: 2004, 146). También se realizan congresos, presentaciones de libros, conciertos de música, además de visitas guiadas para grupos.

En la actualidad, el Museo está sufriendo un proceso de renovación para actualizar su discurso museográfico. Esto se ha contemplado en un Proyecto de Actuación en tres fases: plantas Baja y Primera del Museo (2000-2001), planta Segunda y planta Sótano. Se prevé instalar la recreación de una vivienda ibérica del poblado de San Antonio a partir de las informaciones obtenidas en las excavaciones. Se tiene la intención de amueblarla con reproducciones de piezas originales, así como estructuras y objetos propios de la época.

Esta medida incrementará decididamente la efectividad del discurso museológico para transmitir de

forma adecuada a diferentes tipos de público la realidad de la vida y la cultura de los habitantes del asentamiento de Calaceite, ya que el actual planteamiento se presenta poco ordenado y parcial. En definitiva, parece tratarse de un centro que posee potencialidades futuras, a tenor de la renovación conceptual y de recursos museográficos puesta en marcha, y que esperamos aproveche la importante colección de objetos originales relativos a las actividades profesionales del Cabré, para ofrecer un acercamiento didáctico al proceso de investigación arqueológico y por tanto, al de investigación científica en general, para lo que los centros o museos arqueológicos son especialmente adecuados. El conjunto de programas educativos y de actividades culturales en torno al museo, ya importante, se verán redimensionadas también, incrementando así su efectividad.

## 2.7. Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)

Este yacimiento, junto a la Bienvenida y Alarcos, es uno de los yacimientos ibéricos más importantes de la provincia de Ciudad Real. Es un punto de referencia en la cultura ibérica, tanto por la monumentalidad de sus sistemas defensivos, la excelente conservación de sus restos arquitectónicos y arqueológicos, como por su singularidad. Para favorecer la conservación se realizan tareas de mantenimiento periódico consistentes en desherbización, limpieza de depósitos, revisión de canalizaciones, reinterpretación de faltas, etc. La ciudad ibérica del Cerro de Las Cabezas se localiza en el sur de la provincia, a unos 8 kilómetros de la actual Valdepeñas. Se trata de un gran *oppidum*, de unos 140.000 metros cuadrados, situado junto al río Jabalón y enclavado en un cerro de unos 800 metros de altura. La fuerte pendiente natural del terreno se soluciona mediante el establecimiento de terrazas y muros de contención. Los trabajos de documentación arqueológica comenzaron en 1984-1985, desde entonces y hasta la actualidad se han llevado a cabo campañas sistemáticas de excavación promovidas por el Ayuntamiento de Valdepeñas y la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. El poblado ocupa una situación estratégica en medio de las llanuras de la Mancha, con un control de las vías de comunicación entre La Mancha, Andalucía y Levante. Se ha calculado una población entre 4000-5000 habitantes. El poblado fue ocupado por primera vez en el Bronce Final (VII-VI a.C.), momento en que se han documentado estructuras semirectangulares y cerámica a mano. En los primeros niveles, propiamente ibéricos, se muestra la existencia de un protourbanismo, con el trazado de las primeras calles y construcción del sistema defensivo. Será a partir del siglo V-IV a.C. cuando el ordenamiento urbano comience a configurarse. El urbanismo se estructura en torno a ejes principales y secundarios dando lugar a una ordenación urbana en torno a grandes núcleos de casas que forman manzanas y barrios singulares. Algunas de las calles llegaron a tener una anchura me-

dia de 3 a 4 m. y presentan tramos de empedrado. En el recorrido por el yacimiento destaca una de estas vías, la conocida como calle del Jabalón. Las áreas urbanas tienen una clara funcionalidad económica: hornos alfareros, de metales, así como zonas de almacén muestran las múltiples facetas de la vida económica de la ciudad. De entre los edificios destaca La casa de las Pizarras, así denominada por el material utilizado en los suelos de las habitaciones. Las viviendas se construyeron con muros de mampostería, adobes o tapiales. Las paredes interiores se recubrieron con mortero fino y estaban encaladas o pintadas. Las techumbres se formaron por entrevigados de madera que sostenían capas de mortero de tierra y cal. Será durante estos siglos mencionados (V-IV a.C.) cuando se construye la mayor parte del sistema defensivo. Se trata de 1600 metros lineales en los que se combinan: 1.—murallas ciclópeas: para su construcción se utilizaron grandes bloques de piedra cuarcita. Destaca el denominado bastión-almacén, construido a mediados del siglo IV que desempeñó una función defensiva de la puerta sur de la ciudad, además de servir de almacén de productos agrícolas. El edificio fue amortizado en el siglo III a.C.; 2.—sistema de cajas, técnica fechada en el siglo V a.C., consiste en construir dos muros paralelos que forman la cara externa e interna de la muralla, éstos se unen por muros perpendiculares a intervalos irregulares, formando cajas, que son rellenas por tierra y materiales pétreos. Otros sistemas de construcción constatados en el recinto son: murallas con casamatas de paramentos múltiples, bastiones circulares, rectangulares y torres circulares, en definitiva un complejo sistema defensivo que perdurará hasta el siglo III a.C., momento en el cual la ciudad es abandonada, no volviéndose a ocupar hasta la época medieval. Destaca la puerta norte, situada en la zona baja del poblado y cerca del río Jabalón. Debió ser una de las puertas principales de acceso a la ciudad. Se construyó en el siglo V y fue reconstruida en el siglo IV a.C. mediante la edificación de paramentos ciclópeos. Se caracteriza por formar un pasillo de 25 m. de largo, con forma de embudo, dando lugar a un largo corredor. Mención especial requiere el área sacra, situada intramuros, junto a la puerta norte. Se trata de una habitación heptagonal dentro de un edificio mayor de carácter doméstico. En el transcurso de las excavaciones se localizó una tríada betflica. Se ha interpretado como un santuario de carácter familiar y se le ha relacionado con ritos de paso o iniciación, documentándose ofrendas de carácter femenino.

Formando parte del conjunto arqueológico debemos destacar el centro de interpretación. Es de planta heptagonal, de una sola planta y 850 metros cuadrados. En su ejecución se proyectó una zona administrativa con talleres y almacén; albergue-restaurante de dos plantas con dormitorios, baños, zona de esparcimiento y cafetería, taller de arqueología y restauración con amplio almacén y Centro de Estudios Ibéricos que dispone

de salón de juntas, biblioteca, taller de estudio y salas de conferencias. El objetivo del centro es mostrar al visitante todos los pormenores de la cultura ibérica mediante sistemas multimedia, audiovisuales, maquetas, paneles y reproducciones que muestran el desarrollo y evolución de la cultura ibero-turdetana. La utilización de representaciones en 3D, simulaciones de los sistemas defensivos, recreaciones sobre el urbanismo y desarrollo de la ciudad ibérica, reconstrucciones de áreas específicas, almacenes, casa del alfarero, murallas, nos mostrarán en su totalidad qué y cómo fue la cultura que se desarrolló entre los ss. VII y III a.C. en esta comarca.

Alberga a lo largo de sus siete secciones una amplia visión de lo que supuso el Cerro de las Cabezas dentro del territorio de la antigua Oretania. Espacio I. Sala de Proyecciones: recorrido aéreo desde el sur peninsular en que mediante visiones panorámicas de los territorios turdetanos y oretanos aterrizamos en la ciudad ibérica del Cerro de las Cabezas, contemplando una visión global del mismo. En este recorrido se trata de que el visitante entienda lo que en la historia ha significado este enclave ibérico. Espacio II: recorrido por los más importantes asentamientos oretanos del área y sus relaciones con el medio natural circundante. Espacio III: la arqueología Científica: con la que se quiere explicar al visitante algunos de los principios fundamentales del método científico. Espacio IV. La casa del alfarero, en ella se ha materializado una casa ibérica ideal, la que habitaría un alfarero de la época. Con la vista, oído, tacto y olfato se podrán percibir de manera rigurosa lo que debió ser una casa ibérica hace 2400 años. Espacio V. La arquitectura monumental se ha reproducido en resina, el torreón adosado a la muralla del siglo V que fue utilizado también como almacén de cereal y productos agrarios diversos. Espacio VI. El rito de la muerte se concreta en la parte ritual: el duelo ante la tumba de un noble ibérico y la cremación del cadáver. Espacio VII. La arqueología y la informática se realiza una llamada de atención sobre las enormes posibilidades que la informática abre a la investigación arqueológica. Finalmente se hace una invitación para realizar el recorrido por la ciudad ibérica y la visita a los diferentes museos de Valdepeñas, con el fin de completar una atractiva jornada didáctica y cultural cuyo eje principal es la ciudad ibérica del Cerro de las Cabezas.

A falta de disponer estudios de público (tanto de número de visitantes como de efectividad educativa y satisfacción con la visita), podemos afirmar a nivel teórico, que se trata de uno de los centros más modernos en términos museográficos de cuantos analizamos en este artículo y que posee una gran potencialidad como herramienta de difusión patrimonial. Sólo resta comprobar que las actividades y programas que relacionan el centro con otros espacios culturales y museos de Valdepeñas completan adecuadamente el objetivo general de explicar la cultura íbera y hacerla atractiva para el público no especialista.

## 2.8. Carteia (San Roque, Algeciras)

La ciudad de Carteia dada su dilatada historia, grado de conservación y conocimiento científico ofrece una excelente oportunidad para ser conocida por la ciudadanía. Se encuentra incluida en la Red Andaluza de yacimientos arqueológicos. Todo ello requiere la colaboración coordinada de distintas entidades: La Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía; que tiene competencia en la administración y cuidado del conjunto arqueológico; Delegación de Cultura de Cádiz que lleva a la práctica la gestión de dicho patrimonio y el Ayuntamiento de San Roque, quien por su cercanía puede y debe velar por su adecuada conservación y mantenimiento. La empresa privada asentada en la Bahía de Algeciras (CEPSA) y la Autoridad Portuaria de Algeciras, no deben de quedarse al margen de este proyecto de puesta en valor.

En el siglo VII a.C. los fenicios, en el desarrollo de su importante y civilizadora actividad comercial, se establecieron en el Cerro del Prado, situado a unos dos kilómetros al noroeste de Carteia. Tres siglos después, los fenicios procedentes de su principal colonia, la norteafricana Cartago, fundaron lo que hoy conocemos como Carteia. Eligieron para la nueva ciudad un promontorio de mayor extensión y más cercano a la desembocadura del río Guadarranque, con una magnífica situación de control sobre el Estrecho y de abrigo en el interior de la bahía de Algeciras. Cuando Roma vence a Cartago en las Guerras Púnicas, s. III a.C., los romanos se establecieron ampliando notablemente la ciudad y llevando a cabo un proceso de monumentalización. La población nacida en ella, hijos de hispanas y soldados romanos, no eran reconocidos por Roma como ciudadanos hasta que consiguieron del senado la concesión del título de *Colonia Libertinorum* en el año 171 a.C., convirtiéndose así en la primera colonia latina fuera de Roma. La ciudad se vio envuelta en conflictos políticos como el que enfrentó a César con Pompeyo a finales del s. I a.C. optando por la facción pompeyana y acogiendo a los hijos de éste que organizaron su estrategia desde ella. César contó en la ciudad con partidarios, por lo que se produjo un grave incidente entre los habitantes de la ciudad. César ganó la guerra y Carteia se vio afectada por haber apoyado a los pompeyanos.

A partir del siglo VI d.C. los visigodos se instalaron en la ciudad, volviendo a modificar su estructura. Las tropas árabes hacen acto de presencia en la zona a comienzos del siglo VIII y desde aquí se iniciará la conquista de al-Andalus. Gracias a los textos musulmanes conocemos que adaptaron una de las capillas ya existentes en Carteia y la hicieron mezquita. Posteriormente, con la llegada de los ejércitos merenies en el s. XIII, se construyó un recinto llamado *hins Qartayana*, hoy conocido como Torre Cartagena. Estuvo en manos árabes hasta mediados del siglo XIV, cuando fue tomando, tras dos días de asedio, por las tropas de Alfonso XI de Castilla. Después, y no sin

otros episodios de armas, mantuvo su posición dentro del control militar de la zona hasta el s. XVIII. La última construcción corresponde a la Torre del Rocadillo, almenara de la línea de vigilancia costera de finales del s. XVI; sin olvidar que aún en pleno siglo pasado se ubicaron fortines próximas a la torre lo que demuestra al alto valor estratégico que ha mantenido el yacimiento a lo largo de varios milenios.

El yacimiento cuenta con una muselización incipiente basada en el establecimiento del siguiente itinerario: 1.—Muralla púnica: una puerta de acceso a la ciudad, primorosamente labrada en piedra arenisca compuesta por sillares almohadillados y otras piezas que encajan perfectamente entre sí. La muralla es de tipo casamatas y el conjunto está realizado siguiendo el modelo en la época, el griego. 2.—Templo romano: asentado sobre un altar de época púnica, es de *cella* única, estaba rodeado de columnas por tres de sus lados y elevado sobre un *podium* al que se accedía a través de una gran escalinata. Debió presentar un aspecto majestuoso por su gran tamaño y altura y por sus elementos ornamentales, capiteles, cornisas y prótomos de toro que lo completaban. 3.—Foro: los restos arqueológicos que aparecen próximos apuntan a que en la explanada delantera del templo se extendía el foro, centro de la vida pública. Se trata de una plataforma construida para elevar este gran espacio de forma rectangular y en cuanto a los edificios exhumados, podemos contemplar un pequeño mercado o *macellum*, una casa señorial y una monumental escalinata para acceder a esta zona elevada a la que se adosaban tiendas. En el siglo XVIII se utilizó esta magnífica terraza para la instalación del Cortijo de Rocadillo y sus dependencias. 4.—Necrópolis visigoda: el templo está rodeado por tumbas de época visigoda (VI-VII) construidas con piezas del propio templo romano. Nos hablan de la reutilización, pero también de pervivencia de uso del espacio como lugar sagrado. 5.—Edificio termal: se trata de un edificio destinado no solo al baño, sino un verdadero complejo con espacios y estancias para la realización de ejercicios físicos, al aseo personal, vestuarios, servicios públicos, una piscina al aire libre, etc. Cuenta con el repertorio completo de piscinas de agua caliente, templadas y frías, utilizando en su construcción materiales nobles, como el mármol, que nos hacen referencia a su lujo y esplendor pasados. 6.—Casa señorial romana: se trata de una gran casa señorial del tipo *domus*, perteneciente a una familia acaudalada de Carteia, con numerosas habitaciones y amplios atrio y peristilo, pavimentados con mosaicos. Junto a ella podemos deambular por las calles romanas de la ciudad. 7.—Torre Rocadillo: Adosada a la muralla romana y junto a una de las torres exteriores de ésta se encentra una torre vigía encargada, junto a otras del mismo sistema litoral, al ingeniero Livadote, a finales del s. XVI. Su planta cuadrada y su zarpa para adaptarse al desnivel del terreno le confieren cierto aspecto medieval.



FIGURA 3.—1: Vista del área del poblado y centro de interpretación de El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real);  
2: Circuito y puentes de acceso al Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz).

Las visitas están programadas de miércoles a domingo de 10:00 a 14:00 horas, estando cerrado los lunes y martes. Las visitas guiadas son de una hora de duración, contando con material didáctico para llevarlas a cabo.

El yacimiento ha dispuesto de un Museo Monográfico en San Roque, ubicado, hasta el momento en el palacio de Los Gobernadores que fue abierto al público en 2001. En la actualidad se ha construido un nuevo edificio y se está procediendo a su montaje museográfico. La adjudicación se ha realizado a la empresa Expociencia S.L. y gracias a la amabilidad del profesor J. Blánquez Pérez, uno de los redactores del proyecto, hemos podido acceder a la documentación del concurso adjudicatario del montaje: Concurso del Proyecto expositivo, diseño, ejecución, montaje y suministro de fabricación e instalación de la Exposición permanente del Museo Municipal de San Roque. Sección arqueología (2006). En el citado proyecto se especifica la filosofía y discurso museológico del nuevo centro museístico que brevemente resumimos: «con este nuevo centro se quiere proyectar una arquitectura interior estructurada en torno a la puesta en valor de las piezas y de los contenido gráficos con el fin de favorecer una escenografía apropiada. Se han elegido una serie de recursos que envuelven al visitante y crean un microambientes que permite alojar diferentes tipologías museográficas».

El discurso museográfico está organizado en varias salas distribuidas en dos plantas. «Planta baja. Se hará alusión al entorno natural y ubicará al visitante en el contexto geográfico de Carteia. A continuación de esta zona, el visitante podrá realizar en el resto de la planta bajo un recorrido por las distintas etapas de la ciudad de Carteia: su origen y los periodos históricos que ha vivido la ciudad (púnica y romana). Esta planta será un estímulo para que el visitante visite, tanto el yacimiento de Carteia como otros del entorno geográfico del campo de Gibraltar». En la parte alta se podrá obtener información de la época medieval de Carteia así como de la importancia de la fortaleza medieval de Torre Cartagena» «Antes de llegar a la tienda, los visitantes podrán visualizar, a través de un abanico de fotografías y piezas históricas cómo se fundó la ciudad de San Roque y cual es el panorama de la zona».

Los redactores del proyecto exponen que «uno de los principales propósitos en concebir este espacio como un área de proyección cultural, de respeto a la historia de San Roque y a las manifestaciones culturales que a lo largo de los siglos ha tenido lugar en el área geográfica del Campo de Gibraltar. También pretenden potenciar y valorar la importancia del yacimiento de Carteia así como de otros yacimientos arqueológicos del entorno geográfico de la Bahía de Algeciras». En cuanto a los recursos expositivos se especifica que «mediante una combinación entre las tecnologías de la información y la comunicación y los elementos expo-

sitivos tradicionales, el plan museográfico pretende dar forma a un guión museológico basado en la interactividad y en la participación». Se emplearán un gran número de recursos, pudiendo mencionar: reconstrucciones en 3D, audiovisuales, reconstrucciones o escenografías ambientadas —como es el caso del embarcadero romano del barrio alfarero de Carteia; paneles gráficos opacos; paneles retroiluminados, lona retroiluminada, cartelas, etc e interactivos informáticos que ayuden a profundizar en determinados contenidos.

Los redactores del proyecto han propuesto también cuáles deberán ser los materiales educativos a elaborar, con el fin de cumplir la función didáctica de estas instituciones: guía del museo, folleto para la visita, hojas didácticas de sala dirigidas al visitante general no especialista, público familiar e invidentes o personas con discapacidad visual, así como cuadernos para escolares. Es de destacar la iniciativa de elaborar materiales para visitantes con necesidades especiales y la elaboración de cuadernos para familias, con el fin de fomentar la interacción entre padres e hijos.

## 2.9. Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)

El yacimiento extremeño del Castrejón de Capote, se descubrió en 1984 cuando se encontró en la finca rústica «Las Nieves», emplazada en los límites de Extremadura con el Parque Natural de los Picos de Aroche y Sierra de Aracena en Huelva, una losa con escritura «tartésica». A partir de 1988 se planteó la posibilidad de realizar excavaciones que se sucedieron hasta 1996, aunque el estudio de los materiales continúa hasta la actualidad. El resultado de estas excavaciones ha sido el conocimiento de un yacimiento adscrito a la Segunda Edad del Hierro, excepcionalmente fortificado, sobre todo durante el s.II a. C.

En el interior se ha podido documentar una estructura urbana articulada en torno a una gran calle longitudinal, bifurcada a mitad de su recorrido y un sistema de casas adosadas que repiten un módulo sencillo de dos estancias (Berrocal-Rangel y otros, 2002-03:360). Quizás lo más sorprendente del poblado sea la presencia de un santuario hallado en el centro del poblado, con numerosos restos que indican la realización de banquetes comunales de carácter ritual.

Además del importante patrimonio arqueológico que se intenta recuperar, en el Castrejón existen también varias muestras de patrimonio etnográfico, cuya puesta en valor pretende completar el proyecto de creación de un parque arqueológico con una parte de patrimonio etnológico. Básicamente se pueden distinguir tres agrupaciones: un chozo, con cochiguera y zahurdones, un molino hidráulico y una gran zahúrda con corrales.

No se ha querido dejar tampoco de lado el medio ambiente, ya que la excepcionalidad del entorno natural en el que se encuentra el yacimiento (cerca a la Sierra de Aracena, presencia de animales como el Lince Ibérico o la Cigüeña Negra) provoca que se haya tenido muy en cuenta, a la hora de elaborar el

plan director del Parque, la minimización del impacto ambiental.

Con todos estos ingredientes se elaboró el Plan Director para la realización de un Parque Etnoarqueológico y Natural, que incluía la previsión de actuaciones de recuperación, excavación y musealización de los restos arqueológicos y etnológicos, además del estudio medioambiental. Este Plan general se dividió en cuatro subproyectos (arqueológico-etnográfico, medioambiental, arquitectónico y museográfico), encargados a especialistas en cada una de las materias, que derivaron en actuaciones a lo largo de 25 meses.

Sin embargo, la política de patrimonio de la Junta de Extremadura, centrada en la puesta en valor de unos yacimientos seleccionados, entre los que no se contaba con el Castrejón de Capote, y el desarrollo del macroproyecto de recuperación de la Vía de la Plata, provocaron que el proyecto de recuperación y musealización de Capote se retrasara varios años.

Con respecto a las actuaciones de puesta en valor del yacimiento estas se centraron en el Plan Director en: 1.—Creación de un acceso al yacimiento desde la antigua Carretera Nacional y creación de una zona de aparcamiento; 2.—Construcción de un puente sobre el río Álamo; 3.—Construcción de un centro de interpretación que albergue una exposición permanente de reproducciones de objetos arqueológicos, y plantee una introducción global que sirva como preparación a la visita al yacimiento. Para conseguir esto se establecerán diferentes unidades de información materializadas en diferentes soportes y recursos expositivos; 4.—Consolidación y restauración de las estructuras de carácter etnográfico; 5.—Limpieza y consolidación de las estructuras arqueológicas y reconstrucción de las más significativas, como el altar; 6.—Establecimiento de un circuito de visitas en el yacimiento, que aproveche el suelo original y se complete con el establecimiento de paneles informativos con contenidos textuales y documentación gráfica. Estos paneles se colocarán en el área de acogida y en los puntos más significativos del recorrido.

El proyecto de revalorización del Castrejón de Capote se ha concebido como la creación de un centro de investigación arqueológica, al mismo tiempo que un foco de rentabilidad social debido a su equipamiento cultural y turístico (Berrocal-Rangel y otros, 2002/03:368). Para la consecución de estos objetivos será necesario un mantenimiento adecuado que asegure su rentabilidad.

### 3. VALORACIÓN GENERAL Y CONCLUSIONES

Una vez que hemos comentado y valorado los recursos más importantes de los que se han utilizado en la puesta en valor de los nueve yacimientos que hemos elegido para este trabajo, debemos avanzar un paso hacia delante y observar qué repercusiones tiene la

musealización de los sitios arqueológicos, para de esa forma, comprender mejor la efectividad que poseen estas iniciativas en la labor de preservación del patrimonio, difusión de la arqueología y desarrollo regional.

En primer lugar, comentaremos las conclusiones que podemos extraer de las estadísticas de público de que disponemos. Sólo podemos contar con los datos de público de tres de los nueve yacimientos estudiados. Las razones son dos: en primer lugar, la falta de estadísticas, sobre todo en yacimientos que se han abierto al público hace pocos años, en segundo lugar, la ausencia de una respuesta por parte de las Administraciones pertinentes a nuestra peticiones de datos de asistencia. El resultado es que, como hemos dejado reflejado en el apartado anterior, poseemos datos de Viladonga, Campa Torres y Numancia.

Analizando los tres yacimiento en conjunto, observamos que es común a todos los casos el crecimiento en el número de visitantes a lo largo de los años, aunque haya sido con altibajos en algunos casos. Creemos que la razón principal de esta situación es el incremento de la demanda de turismo cultural que existe en la sociedad actual. El mayor poder adquisitivo de la sociedad y su mayor nivel cultural provocan que el turismo de «sol y playa» no sea la única opción considerada a la hora de organizar unas vacaciones. Los recursos culturales como gastronomía, folklore, naturaleza y, cada vez más, el Patrimonio se convierten en reclamos turísticos de gran importancia. Dentro de este Patrimonio, encontramos el Patrimonio Arqueológico que, gracias a los esfuerzos de los arqueólogos por acercar su trabajo a la sociedad con iniciativas como los yacimientos musealizados, se está revalorizando como recurso turístico.

Es importante que los arqueólogos mismos se den cuenta de la importancia de la visita a yacimientos como recurso turístico y también como posible motor económico y social de la zona, y que sepan transmitirle esas impresiones a la Administración, para que la financiación de proyectos de musealización de yacimientos sea algo continuo en el tiempo y no iniciativas puntuales, impulsadas por circunstancias políticas o económicas.

Un ejemplo claro del interés que suscitan la visita a yacimientos arqueológicos lo tenemos en el caso de Coaña. Se trata de un yacimiento que recibe unas 50.000 personas al año sin estar aún terminada su musealización, lo cual ilustra visiblemente el interés que existe en la sociedad por la arqueología.

En segundo lugar, vemos que en los casos analizados mediante estadísticas, el aumento de visitantes suele seguir a la realización de actividades de puesta en valor del yacimiento. Por ejemplo, el número de visitantes en el castro de Viladonga experimentó un crecimiento a partir de los años 1993 y 1994, momento en que se llevó a cabo la reforma del museo. Otro de los casos más llamativos es el de Numancia. Aunque no tengamos datos hasta la actualidad, se cuenta con

algunos significativos, ya que los crecimientos más importantes en el número de visitas corresponden a los años posteriores a 1994 y 1999. El primer momento corresponde a la realización de las primeras actuaciones en el yacimiento, fruto del Plan Director, y también a la aparición de la posibilidad de visitar el yacimiento con Guías-Arqueólogos. El segundo momento, a partir de 1999, corresponde a la incorporación a la visita de las reconstrucciones de las casas y la muralla y también al comienzo de las representaciones del Cerco de Numancia por los habitantes del pueblo de Garray.

Consideramos que al no tener datos de todos los yacimientos no podemos hacer una comparativa completa de que tipo de yacimiento es el más visitado, pero sí que podemos destacar algunas características que ayudan a que el público acuda a un sitio arqueológico.

En primer lugar, como acabamos de ver, las actuaciones que se lleven a cabo para la puesta en valor del mismo son trascendentales. De los yacimientos con datos, Numancia, Viladonga y Campa Torres, todos con cifras que rondan las cuarenta o cincuenta mil personas al año, poseen también un centro de interpretación o un museo, tienen reconstrucciones y dos de ellos, Numancia y Campa Torres, cuentan con un itinerario señalizado.

Otra circunstancia importante es que los tres yacimientos se encuentran a menos de treinta kilómetros de la capital de provincia o, incluso, dentro de una gran ciudad, como Campa Torres. La cercanía a las grandes ciudades es una gran ventaja porque el yacimiento estará próximo a mejores carreteras, porque una capital de provincia ofrece unas infraestructuras de hoteles, restaurantes, cafeterías, etc., donde el viajero puede descansar y disfrutar de su tiempo de ocio y porque la visita a éste se podrá completar con otros puntos de interés que existan en la ciudad. Por ejemplo, las piezas procedentes de las excavaciones de Numancia se encuentran en el Museo Numantino de Soria, situado a no más de diez kilómetros del yacimiento, por lo que no supone un gran esfuerzo terminar la visita al yacimiento y acercarse a la ciudad a ver las piezas, donde además se podrá disfrutar de un paseo por la Alameda o visitar una de sus numerosas iglesias y quedarse allí a dormir en el Parador de Turismo. La Campa Torres tiene la ventaja de ser un yacimiento casi urbano, al que se puede acceder mediante el mismo transporte público de la ciudad de Gijón. Además, el Ayuntamiento ofrece la posibilidad de visitar el castro y el resto de museos de la ciudad mediante entradas combinadas con un precio más económico. Por último, Lugo y Ávila ofrecen al visitante de Viladonga la posibilidad de seguir contemplando murallas además de las del castro, ya que las de la ciudad son incluso Patrimonio de la Humanidad.

En tercer lugar, debemos destacar que algunos de estos yacimientos se encuentran cercanos a otros recursos patrimoniales que no se encuentran necesaria-

mente en las ciudades. Cerca de Numancia se encuentra el valle de Valonsadero, donde podemos visitar numerosas cuevas con arte rupestre. Otra característica esencial es la oferta de actividades que el yacimiento pone a disposición de los visitantes.

Finalmente, destacamos que cómo tanto en Numancia, como en la Campa Torres y Viladonga, el público puede disfrutar no sólo de visitas guiadas, sino también de escuelas de arqueología, actividades para escolares, charlas y cursos, talleres, visitas teatralizadas, exposiciones temporales etc. Es importante involucrar a los visitantes con actividades al margen de la simple visita, puesto que así podemos crear un grupo de público, normalmente de la zona, asiduo y que participa regularmente en lo que el yacimiento propone. Viendo las cifras de público, aparte de la importancia arqueológica de estos yacimientos nombrados, está claro que la variada oferta atraerá siempre a muchos más visitantes.

Por último, es necesario reseñar que estos algunos de estos yacimientos son sitios de referencia de la arqueología española, como por ejemplo Numancia donde se combinan su atractiva musealización, su interés arqueológico y el hecho de que fuera protagonista de uno de los pasajes más conocidos de la Historia española. Por tanto, estos lugares aportan también un halo de mito y de curiosidad casi legendaria que atrae a muchos visitantes.

Lo que hemos querido ilustrar con estos ejemplos, es que aunque un yacimiento tenga una musealización espectacular, si no está rodeado de buenas infraestructuras y otros lugares que visitar, probablemente no recibirá el mismo número de visitas que podría haber recibido si hubiera podido contar con ellos.

En el caso de los asentamientos fortificados del I milenio a.C. de la Peninsular que hemos escogido como modelos para este estudio, las propuestas de musealización siguen todas un esquema parecido, acorde con las premisas generales de la última museología, pero presentan también diversas deficiencias en su materialización, en su adecuación a las potencialidades del sitio en sí.

Pocos son los casos en los que el centro de interpretación y la visita al yacimiento se complementan, no sólo como partes de la visita, sino como elementos de un mismo discurso museológico. No en todos encontramos la combinación de recursos museográficos más adecuada para aportar todas las modalidades de comunicación y participación que favorecen el aprendizaje y el disfrute de un bien patrimonial y tampoco en todos ellos, los programas educativos y para el público en general están totalmente desarrollados, abarcando los diferentes segmentos de público potencial y sus necesidades y demandas.

Los primeros pasos ya están dados, pero aún resta por afinar la elección de estrategias y recursos asociados en cada caso para alcanzar el máximo de objetivos posibles de difusión del patrimonio. Para lle-

gar al siguiente nivel habría que comenzar por realizar estudios de público completos, no meras estadísticas de visitantes. Los análisis de la efectividad educativa de los montajes museológicos y museográficos, los de aciertos y defectos en su gestión, tanto económica como de regulación de visitas y los de los efectos indirectos de los centros-museos-parques arqueológicos sobre su entorno social inmediato empiezan a ser muy necesarios para poder evaluar lo que ya se ha hecho y planificar lo que está por hacer. Sólo a través de ellos podremos corroborar, o no, las valoraciones anteriores sobre sus logros y deficiencias y en función de los resultados constatables, ayudar a redefinir las políticas de patrimonio de las administraciones responsables.

Como hemos evidenciado, una musealización adecuada, rodeada de unas buenas infraestructuras, con un montaje museológico y museográfico didáctico y completo y actuaciones adicionales de formación, dinamización sociocultural, etc., junto a una adecuada promoción por parte de las instituciones, puede conseguir un buen resultado y una gran aceptación por parte del público.

#### 4. BIBLIOGRAFÍA

- ALMANSA, J. y SEÑORÁN, J. M. (2005) «La cartelería y sus niveles», *Arqueoweb*, 7 (1), Mayo 2005.
- ARIAS VILAS, F. y DURÁN FUENTES, M.<sup>a</sup> C. (1996): Museo do Castro de Viladonga. Castro de Rei. Lugo. Xunta de Galicia.
- BERROCAL-RANGEL, L. *et alii* (2002/03): «El parque etnoarqueológico y natural de Capote, un proyecto de rehabilitación integral del Patrimonio Histórico y Cultural extremeño», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 42, pp. 357-374
- CUENCA, J.M. (2004) «El patrimonio en el ámbito de la educación no formal», *El Patrimonio en la didáctica de las ciencias sociales. Análisis de Concepciones, dificultades y obstáculos para su integración en la enseñanza obligatoria*.
- FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.<sup>a</sup>, HERAS MORA, F. J. y CERRILLO CUENCA, E. (2004): «Los Castillejos de Fuente de Cantos: un conjunto fortificado de época protohistórica en el sur de Badajoz» en *Revista de Estudios Extremeños*, 60/3. Págs. 913-924.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (2002): «Arqueología y enseñanza: la función social y educativa de los museos», *IV Seminari Arqueologia i Enseyament, Treballs d'Arqueologia*, 8.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (2000). «Numancia: pasado vivido, pasado sentido» en *Trabajos de Prehistoria*, 57/2: 175-193.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. y CUESTA TORIBIO, F. (dir.) (2003): *Campa Torres*. Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón. Gijón
- MORENO BENÍTEZ, M. Patrimonio cultural. Puesta en valor y uso. Una reflexión.
- MORENO LARA, V. (2000): «Las propuestas educativas en los yacimientos de la Sierra de Atapuerca (Burgos)», *III Seminari Arqueologia i Enseyament, Treballs d'Arqueologia*, 6, 77-90.
- MORERE MOLINERO, N. (2000) «Arqueología, ciudad y turismo. La formación», *Actas del Primer Congreso Internacional Ciudad, Arqueología y desarrollo*, 19-25, Alcalá de Henares.
- PALLARÉS SALVADOR, F. (1965): *El poblado ibérico de San Antonio de Calaceite*. Instituto Internacional de Estudios Ligures.
- PORTOLÉS ESPALLARGAS, C. y PINTADO ARIAS, D. (2004). «El Museo Juan Cabré de Calaceite (Teruel)». En Rodríguez Nuerte, B. y Blázquez Pérez, J. (coords.) *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947): la fotografía como técnica documental*: Madrid, Museo de San Isidro del 24 de junio al 31 de octubre de 2004. pags. 141-148
- PRATS, J. (2001): «Valorar el Patrimonio Histórico desde la Educación. Factores para una mejor utilización de los Bienes patrimoniales», *Aspectos didácticos de las Ciencias Sociales*, 15, Zaragoza.
- RASCÓN, S. y SÁNCHEZ, A.L. (2000): «Las escuelas taller y la formación de profesionales en torno a la arqueología», *III Seminari Arqueologia i Enseyament, Treballs d'Arqueologia*, 6, 91-115.
- VEGA MIGUEL, J.J. (2000) «Centros de interpretación y exposiciones temáticas: una oferta turística», *Actas del Primer Congreso Internacional Ciudad, arqueología y desarrollo*, Alcalá de Henares.
- ZURINAGA FERNÁNDEZ-TORIBIO, S. (1995). «La arqueología al servicio del turismo cultural: Numancia y el público». En *Numantia: Arqueología en Castilla y León*, 7: 207-220.











ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 28 DE SEPTIEMBRE  
DE 2007, FESTIVIDAD DE SAN WENCESLAO, EN LOS  
TALLERES DE IMPRENTA TARAVILLA,  
MESÓN DE PAÑOS, 6,  
28013 MADRID



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 28

